

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Psicología Social



TESIS DOCTORAL

Título

**Lenguajes de la psique, voces de la nación: el peso del
psicologismo en la representación académica y social del
nacionalismo**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Juan García García

Directores

**José Ramón Torregrosa Peris
Sagrario Ramírez Dorado**

Madrid, 2013

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL**



**LENGUAJES DE LA PSIQUE, VOCES DE LA NACIÓN:
EL PESO DEL PSICOLOGISMO EN LA
REPRESENTACIÓN ACADÉMICA Y SOCIAL DEL
NACIONALISMO**

Juan García García

**Directores: Dr. José Ramón Torregrosa Peris
 Dra. Sagrario Ramírez Dorado**

Madrid, 2013

Agradecimientos

Agradezco al Ministerio de Educación y Ciencia la concesión de una beca de FPI con la que pude iniciar el trabajo que aquí se presenta.

A la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Cambridge (Inglaterra) y, en especial, al profesor Colin Fraser, siempre tan cordial, gracias a los cuales pude ampliar mis estudios como Visiting Scholar.

También estoy en deuda con la Universidad de Tufts y el profesor Álvarez Junco que me facilitaron una nueva estancia investigadora.

Por lo demás, difícil olvidar al personal de la Biblioteca Central de la Universidad de Cambridge, de la Biblioteca de la Universidad de Harvard y, muy especialmente, de la Biblioteca Nacional, que aguantó con mucha paciencia mis interminables embestidas con la bibliografía. Al personal de la biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, y a su excelente servicio de préstamo interbibliotecario (gracias, Rosa).

Las deudas intelectuales son numerosas. Primero y sobre todo, con mi director José Ramón Torregrosa, que nunca miró el reloj para debatir sobre cuestiones de fondo, y que volcó su vocación docente e investigadora sobre una tesis que se prolongó mucho más allá de lo que ambos quisimos. Todo un ejemplo de entrega y dedicación a la universidad. Con mi directora Sagrario Ramírez, que discutió con paciencia y rigor los diferentes borradores que fui redactando. Y que, con muy buen juicio, tuvo que imponer su agenda para que el barco pudiera llegar a puerto. Gracias, Sagrario.

Con mis profesores Eduardo Crespo y Emilio Lamo de Espinosa, de los que tanto aprendí, y que me orientaron en mis primeros años de doctorando.

Con mis compañeros del Departamento de Psicología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, que recibieron y aceptaron de forma comprensiva mi pésima gestión del tiempo. Muy agradecido con el apoyo constante y cercano del profesor Álvaro (gracias José Luis) y de la profesora Joelle Bergere, con los que siempre pude contar. Y cuando hizo falta, allí estuvieron Alicia Garrido, Rafael González y tantos otros profesores del Departamento.

Por último -¿o era lo primero?- a mi familia, a mi hermano Agustín, a mi madre... Y a Pilar, ¿eh?, sobre todo a Pilar.

A la memoria de mi padre (1930-1991)

Contenido

INTRODUCCIÓN	3
PARTE I: LAS VOCES DE LA NATURALIZACIÓN. ORIGEN Y DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS	14
CAPÍTULO PRIMERO: LA CONCEPCIÓN POST-RACIONALISTA DEL SUJETO.....	15
1.1. La unidad e indivisibilidad del yo.....	18
1.2. La individualidad y originalidad del yo	23
1.3. La expresividad y creatividad del yo	25
1.4. El peso de la Ilustración en el yo	28
1.5. La huella de Dios en el yo	31
1.6. La centralidad del grupo en la constitución del yo. Los orígenes de la psicología social.....	34
CAPÍTULO SEGUNDO: LA NACIÓN COMO SUJETO DE 'LA HISTORIA'. NACIONALISMO E HISTORICISMO.....	38
2.1. La nación como organismo y como sujeto	41
2.2. La individualidad y originalidad de la nación.....	45
2.3. La expresión del pueblo. La importancia del arte en la ideología nacionalista	47
2.4. Historicismo: la centralidad de la Historia en la ideología nacionalista.....	51
2.5. Dios y patria. El peso de la religión en la Historia nacionalista.....	57
2.6. El mensaje nacionalista: Historia y Regeneración	61
CAPÍTULO TERCERO: NACIONALISMO Y PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS	64
3.1. Del 'Volkgeist' a la Psicología de los Pueblos	67
3.2. La construcción cultural y lingüística de la mente	73
3.3. La nación como sujeto de expresión y creatividad.....	77
3.4. Psicología del pueblo, Historia y Regeneración	84
3.5. Sobre el carácter nacional.....	89
CAPÍTULO CUARTO: DE LA PSICOPATOLOGÍA DE LOS PUEBLOS AL NUEVO NACIONALISMO DE MASAS.....	95
4.1. La nación finisecular como cuerpo y como mente.....	99
4.2. Degeneración y psicopatología nacional.....	106
4.3. La nueva psicología de los pueblos	118
4.3.1. La influencia de la raza y el medio.....	122
4.3.2. La constitución mental de la nación.....	125
4.3.3. El peso de la sugestión en la Historia	130
4.4. La instrumentalización nacionalista de la psicología de las masas	133
4.5. La elaboración doctrinal del nuevo nacionalismo	146

PARTE II: EL LENGUAJE DE LOS CRÍTICOS. LA FUNDAMENTACIÓN PSICOLÓGICA DEL ANTINACIONALISMO	157
CAPÍTULO QUINTO: LA CONCEPCIÓN PSICOLOGISTA DEL SUJETO	158
5.1. La fragilidad del yo	161
5.2. La sugestibilidad del yo	168
5.3. La pérdida de la voz política: la reducción psicologista del yo	172
5.4. La ausencia del contexto social: más sobre la reducción psicologista del yo	177
5.5. La importancia de la masa en la definición del yo	181
CAPÍTULO SEXTO: LA MALDICIÓN DE NUESTRO TIEMPO. LAS MASAS BÁRBARAS Y DEGENERADAS DEL NACIONALISMO	187
6.1. Nacionalismo y guerra	190
6.2. La regresión atávica del nacionalismo	195
6.3. Locura y degeneración nacionalista	200
6.4. La psicología de las masas y la crítica del nacionalismo	211
CAPÍTULO SÉPTIMO: LA NACIÓN COMO OBJETO DE LA PSICOLOGÍA. NACIONALISMO Y PSICOLOGISMO	220
7.1. ¿La Voluntad de la Nación? Reinventando a Renan después de la guerra	224
7.2. De la Voz del Pueblo a la conducta de la población	231
7.3. Psicologismo: la importancia de la psique en la nueva representación del nacionalismo	235
7.3.1. El nacionalismo como falacia del entendimiento: símbolos, mitos, ficciones y fetiches de la mente	236
7.3.2. El nacionalismo como prejuicio de la mente	242
7.3.3. El nacionalismo como estereotipo (“imágenes en la cabeza”)	251
7.4. La medida de las actitudes y la escala del nacionalismo	256
CAPÍTULO OCTAVO: LAS GUERRAS DE LA MENTE. NACIONALISMO Y PSICOANÁLISIS	263
8.1. Psicoanálisis de las masas nacionalistas	267
8.2. Detrás de las masas. Los sujetos psicóticos del nacionalismo	274
8.3. Prejuicio, etnocentrismo y personalidad autoritaria	281
8.4. Psicodiagnóstico del fanatismo	287
8.5. Después del holocausto. La medida del prejuicio extremo	290
PARTE III: ¿MÁS ALLÁ DEL PSICOLOGISMO?	295
A MODO DE CONCLUSIÓN. EL PESO DE LA PSICOLOGÍA MEDIO SIGLO DESPUÉS	296
9.1. Psique, voz y sociedad: la hora de la sociología	301
BIBLIOGRAFÍA	316

INTRODUCCIÓN

En la literatura académica del nacionalismo no han faltado casi nunca autores de diferente procedencia y formación dispuestos a otorgar a la psicología un lugar o posición privilegiada en el análisis de las conductas y manifestaciones de la ideología. Nos referimos a una larga nómina de científicos y estudiosos que podríamos remontar cuanto menos a William McDougall o Walter Pillsbury, pero que no carece de representantes mucho más cercanos en el tiempo (W. Bloom, 1990; L. Hooghe, 1992; T. J. Scheff, 1994; M. Tyrrell, 1996; W. Connor, 1993 y 2001; J. Searle-Whyte, 2002...). Incluso autores contemporáneos que difícilmente podrían ser tildados de psicologistas como A. Giddens o A. D. Smith no dejan de invocar, llegado el caso, la existencia de una psicología que explique la vinculación emocional con la nación, el líder nacional o los símbolos patrióticos. Cada vez que abordamos la cuestión del nacionalismo –afirma Tom Nairn- nos encontramos hablando al poco de sentimientos, instintos, supuestos deseos y anhelos de pertenecer, etc.¹ La necesidad de pertenecer, la defensa de la identidad, la búsqueda de reconocimiento, el instinto territorial, la necesidad de autotranscendencia, el miedo al extraño o el vínculo primario con el líder son algunos de los fundamentos y procesos psicológicos básicos que explicarían –a juicio de estos autores- la lealtad a la nación y/o los excesos irracionales del nacionalismo.

Con todo, y en vez de establecer o invocar una posición epistémica privilegiada, la psicología podría ser considerada alternativamente como un lenguaje más –si bien uno de extraordinaria importancia- en la construcción social y cultural del nacionalismo. Una serie de conceptos o constructos psicológicos –en especial, las voces de la psicología de los pueblos, la terminología de la psicología de las masas y el psicoanálisis- ha tenido una enorme influencia y penetración en la forma en que hemos concebido las naciones y el nacionalismo: el alma del pueblo, el carácter nacional, la psicología nacional, el instinto de la horda, la conciencia colectiva, la personalidad colectiva, la mente del grupo, la sugestión colectiva, el miedo al Otro, la lógica del resentimiento, la necesidad de pertenencia, la defensa de la identidad, el inconsciente

¹ T. Nairn, “The Break-up of Britain” (1977), en J. Hutchinson y A. D. Smith, “Nationalism”, London: Routledge, 2000, vol. I, pág. 291.

colectivo, el encuentro con el otro, la búsqueda de reconocimiento, la autoestima colectiva, la memoria y el olvido, la falacia de la nación, la lógica de los prejuicios, el peso de los estereotipos...

La tesis parte de este primer supuesto: la importancia que la psicología ha tenido y aún tiene en la construcción social de la nación y el nacionalismo. Dicho de otra forma, el papel relevante que diferentes corrientes de pensamiento psicológico han jugado en la representación académica y social de la ideología, y en sus procesos de legitimación y deslegitimación política y social. “Algunos tipos de la psicología social más antigua contribuyeron a crear la imagen global de las naciones y el nacionalismo presentada por la modernidad clásica”, afirmaba no hace mucho Anthony Smith.² Nuestro propósito es insistir en esta hipótesis, ampliando en todo caso tanto el poder o influencia del lenguaje psicológico como su permanencia o continuidad en el tiempo. La psicología de los pueblos de Herder, Wundt y McDougall, la psicología de las masas de Taine y Le Bon o el psicoanálisis de Freud, Fromm y Adorno han tenido una influencia enorme y penetrante en los modos en que hemos concebido la nación e interpretado el nacionalismo a lo largo del último siglo, tanto a nivel académico como a nivel popular.

Para explorar la aportación del pensamiento psicológico a los conceptos de nación y nacionalismo, proponemos de entrada dividirla en dos tipos de teorías o corrientes distintas: las psicologías *naturalizadoras* del nacionalismo y las psicologías *críticas* del nacionalismo –aunque, como veremos más abajo, la división entre unas y otras sea provisoria y más problemática de lo que podría pensarse. Entre las *primeras* destaca la que se dio en llamar “psicología de los pueblos” y los estudios sobre el “carácter nacional”, de notable influencia ideológica en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX. “Si se ha podido decir que las naciones son ‘comunidades de carácter que se han formado de comunidades de destino’...-decía el historiador Jose Antonio Maravall- ello constituye una corroboración del papel decisivo que a la idea de ‘carácter nacional’ le ha tocado desenvolver en la concepción de las modernas formas de comunidad política a las que llamamos naciones”.³

Entre las aportaciones psicológicas *críticas* del nacionalismo destacan sobre todo aquellas que se hicieron a partir de la Gran Guerra desde las premisas de la psicología

² A. D. Smith, “Nacionalismo y modernidad”, Madrid: Ed. Istmo (1998) 2000, pág. 46.

³ J. A. Maravall, “Sobre el mito de los caracteres nacionales”, Revista de Occidente, Abr. 1963, nº 3, pág. 257. El historiador toma la afirmación de Otto Bauer.

de las masas y el psicoanálisis. Al término de la II Guerra Mundial la psicología se había convertido en la disciplina preferente para explicar las manifestaciones ‘extremas’ e ‘irracionales’ de la ideología. Filósofos, moralistas, educadores, sociólogos, incluso historiadores –que habían sido la punta de lanza del nacionalismo en décadas anteriores– citaban ahora a Le Bon y a Freud para denunciar sus consecuencias atroces e inhumanas. Es un hecho alentador que estemos incorporando al análisis la perspectiva de las nuevas ciencias de la mente –decía el historiador Louis Leo Snyder. “...el nacionalismo no es enteramente lógico ni racional...debe considerarse primero y ante todo un estado mental, un acto de conciencia, un hecho psicológico”.⁴

En cierto sentido, el objetivo de este trabajo se asienta en un territorio cercano a la sociología del conocimiento, y explora la interrelación compleja y dialéctica entre ciencia e ideología –entre conocimiento psicosocial y nacionalismo. Esta vinculación podría analizarse desde una doble perspectiva. En primer lugar, en tanto que nos permite rescatar del olvido, aunque sea de forma tentativa, algunas de las filiaciones y dependencias ideológicas tempranas de la psicología social, en concreto, las relacionadas con la nación y el nacionalismo. “Los primeros psicólogos sociales estaban interesados en la dimensión psicológica de los pueblos” –decía Ellsworth Faris a finales de los años veinte.⁵ Esta filiación estaba todavía presente en varios libros y manuales de principios de siglo –p.ej., los de G. E. Howard, M. Ginsberg, J. W. Sprowls o F. B. Karpf-⁶ pero el giro positivista y experimentalista abanderado por Floyd Allport la convirtió en una curiosidad irrelevante, o un capítulo a olvidar del pasado de la disciplina. Una mayor conciencia de la historicidad de las ciencias sociales devolvería

⁴ L. L. Snyder, “The Meaning of Nationalism” Westport, Conn.: Greenwood Press, 1954, págs. 101 y 196-197.

⁵ E. Faris, Book reviews, *The American Journal of Sociology*, vol. 35, 1929-1930, págs. 307-308.

⁶ Véase G. E. Howard, “Social Psychology. An Analytical Reference Syllabus”, Nebraska: University of Nebraska, 1910, pág. 10; M. Ginsberg, “The Psychology of Society”, London: Methuen & Co., 1921, págs. viii-xii; J. W. Sprowls, “Social Psychology Interpreted”, London: Baillière, 1927, pág. 5; F. B. Karpf, “American Social Psychology. Its Origins, Development and European Background”, New York: McGraw-Hill, 1932, pág. 417.

toda la relevancia a este tipo de reconstrucciones (K. J. Gergen, 1973; J. R. Torregrosa, 1984 y 1998).⁷

Con todo, también es posible explorar el vínculo ciencia-ideología desde otro punto de vista, analizando en este caso la constante apropiación e instrumentalización por parte de los sujetos o actores del nacionalismo del lenguaje y los conceptos de la ciencia. De hecho, como han señalado varios autores, la nación es una suerte de colectividad conceptual o ‘reflexiva’ (A. Giddens, 1987; 1990), un tipo de organización social moderna relacionado con el desarrollo de la cultura secular (F. Znaniecki, 1952) y el nacimiento de las ciencias del espíritu (J. Habermas, 1989). En este sentido, son los intelectuales y, en particular, los académicos, los que han codificado las estructuras cognitivas para imaginar la nación (G. Delanty y P. O’Mahony, 2002). Son ellos quienes han propuesto y elaborado los conceptos y el lenguaje de la nación y el nacionalismo (A. D. Smith, 1991). Poetas, pintores, músicos, novelistas, dramaturgos, pero también historiadores, filólogos, arqueólogos, antropólogos, filósofos y, como veremos, psicólogos han dado vida y hasta “voz” a la colectividad nacional.

Por supuesto, las categorías y códigos interpretativos de la nación van a ser propagados o difundidos mucho más allá de los círculos académicos e intelectuales. Primero, por razones políticas evidentes, y en la medida en que el nacionalismo como ideología guarda sobre todo relación con la legitimación y secularización del poder de las sociedades modernas (A. Pérez-Agote, 1990). Pero también por otras razones sociológicas quizás menos obvias, relacionadas con la estructura u organización de estas mismas sociedades llamadas también del conocimiento o de la ciencia (E. Lamo de Espinosa, 1996). Serge Moscovici proponía el concepto de “representación social” para describir el proceso de producción, circulación y transformación del conocimiento que acontece en las sociedades modernas, un proceso en el que el lenguaje de la filosofía y de la ciencia se filtraría de una u otra forma hacia el conjunto de la población, convirtiéndose en un aspecto fundamental del sentido común o saber ordinario. De este modo, como sistemas cognitivos y teorías profanas sobre la naturaleza y sobre la historia, las representaciones sociales ejercen –a su juicio- un papel parecido al que antaño jugaban la tradición y el mito:

⁷ Partir de esa conciencia de ‘historicidad’ exigiría también –como afirma José Ramón Torregrosa- una mayor conciencia de la relatividad de la disciplina en tanto que “construcción lograda...en determinados contextos y para ciertos propósitos de los que es imposible desvincular sus contenidos de verdad”. Ello no implica necesariamente un relativismo absoluto (“Psicología social”, en S. Giner, E. Lamo de Espinosa y C. Torres (eds.), “Diccionario de sociología”, Madrid: Alianza, 1998, pág. 618).

“Hasta ahora, el vocabulario y las nociones indispensables para describir y explicar la experiencia ordinaria, para prever los comportamientos y los acontecimientos y darles un sentido, provenían del lenguaje y de la sabiduría largamente acumulados por comunidades regionales o profesionales...El sentido común, con su inocencia, sus técnicas, sus ilusiones, sus arquetipos y sus mañas, estaba primero. La ciencia y la filosofía tomaban de ahí sus materiales más preciosos y los destilaban en el alambique de los sucesivos sistemas. Desde hace varios decenios la corriente se ha invertido. Las ciencias inventan y proponen la mayoría de los objetos, conceptos, analogías y formas lógicas que usamos para encarar nuestras tareas económicas, políticas o intelectuales. A la larga, lo que se impone como dato inmediato a nuestros sentidos, a nuestro entendimiento, en verdad es un producto segundo, reelaborado, de las investigaciones científicas...Las representaciones sociales... se apropian a diestra y siniestra de nociones y lenguajes de las ciencias o de las filosofías, y extraen las conclusiones”.⁸

El nacionalismo como un sistema de creencias ideológico deriva su aparición de una serie de lenguajes o discursos filosóficos, históricos y antropológicos que surgieron sobre todo durante el siglo XVIII, en el contexto de la Ilustración europea, y se desarrollaron y expandieron con toda su fuerza y vitalidad a lo largo del siglo XIX.⁹ En este periodo –como veremos en el 1º capítulo- un conjunto de filósofos y pensadores críticos con el racionalismo ilustrado y los dogmas de la religión establecida pasó a postular una nueva concepción del sujeto a partir de los atributos de unidad, individualidad, autenticidad y libre determinación. El sujeto era –para ellos- una entidad unitaria e indivisible, individualizada y original, un ser libre y creativo señalado por Dios para el desarrollo de sus propias facultades, potencias y valores. Esta concepción del sujeto, que es –a juicio de algunos autores – una de las piedras angulares de la

⁸ S. Moscovici, “El psicoanálisis: su imagen y su público”, B. Aires: Huemul (1961) 1979, págs. 13 y 30. Véase también U. Flick, “Introduction: Social Representations in Knowledge and Language as Approaches to a Psychology of the Social”, en U. Flick (ed.), “The Psychology of the Social”, Cambridge: Cambr. Univ. Press, 1998, págs. 1-12.

⁹ Véase A. D. Smith, “National Identity”, London: Penguin, 1991, págs. 74-75.

cultura moderna, constituye también uno de los fundamentos ideológicos del nacionalismo.¹⁰

De hecho, y como veremos en el capítulo siguiente, los primeros ideólogos del nacionalismo presentaban y *naturalizaban* la nación como si fuera un individuo real, una personificación del pasado. Sobre la base de la autoridad de la ciencia, los historiadores, arqueólogos y filólogos historicistas hablaban de la nación como de un sujeto o agencia colectiva –el Sujeto de la Historia– como un ser al que adscribir voluntad, autoconsciencia, alma, espíritu, genio, carácter y voz. En cualquier caso, la existencia de la nación no tenía que ver con una agencia intemporal y misteriosa sino más bien con la noción moderna de sujeto (unidad e indivisibilidad, individualidad y originalidad, autonomía, creatividad, providencialismo). Así, los historiadores y poetas del XIX describían a la nación como una colectividad única e indivisible, capaz de regir por sí misma su destino (autodeterminarse), heredera de una estirpe de creadores y hombres de genio, dotada con cualidades propias, valores diferenciados y una vocación irrenunciable de continuar en el futuro la obra de los antepasados.

La psicología de los pueblos puede considerarse la contribución más señalada e influyente por parte de la psicología a la defensa y justificación de unos Sujetos colectivos que habían sido concebidos en primer lugar por historiadores, filólogos, poetas y artistas, en el contexto intelectual del historicismo y el romanticismo del XIX. Aunque un cierto pensamiento psicosocial se había articulado ya en los escritos de Herder y Fichte, fue sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX cuando comenzaron a proliferar los estudios sobre el ‘carácter’ y la ‘psicología’ de los pueblos. Para entonces –como veremos en el capítulo 3º– la fórmula poética y providencial del ‘Volkgeist’ (espíritu, alma del pueblo) necesitaba revestirse de una justificación más científica y positiva a través de los estudios de la *Völkerpsychologie* (psicología de los pueblos) y la investigación sobre el carácter nacional. Para M. Lazarus, H. Steinthal, W. Wundt, P. Orano, A. Fouillée o W. McDougall el Volkgeist no era una entidad metafísica separada e independiente de los individuos, sino más bien el resultado de procesos y características psicológicas particulares [que emergen de la interacción social continuada] de los miembros de una comunidad histórica concreta. En todo caso, la psicología de los pueblos encierra el intento de legitimar y *naturalizar*, desde la

¹⁰ Véase, p. ej., C. Taylor, “Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna”, Barcelona: Paidós (1989) 2006, pág. 514; C. Calhoun, “Nationalism”, Buckingham: Open Univ. Press, 1997, págs. 44-45; S. Macdonald, “Reimagining Culture”, Oxford: Berg, 1997, pág. 4.

psicología, las reivindicaciones del nacionalismo, asignando para ello rasgos o estructuras caracterológicas diferenciales y persistentes a los miembros de una misma nación o comunidad de destino (S. Ramírez y J. R. Torregrosa, 1996).

De hecho, a partir de la década de 1870, el planteamiento de la psicología de los pueblos va a tener un peso nada desdeñable en la legitimación y naturalización del nacionalismo. Porque los hombres pertenecen *por naturaleza* a una colectividad llamada nación –vienen a decir- y esta pertenencia condiciona o determina el desarrollo de su carácter. Además, y a pesar de la crítica al misticismo y la metafísica del Volkgeist, los psicólogos dan por buena la retórica propia y peculiar del nacionalismo: la nación es, por un lado, una colectividad compuesta de sujetos equivalentes y, a la vez, un Sujeto colectivo con atributos humanos (C. Calhoun, 1997). De este modo, los autores hablan una y otra vez de la ‘psicología’, el ‘carácter’, la ‘personalidad’ o la ‘mente’ de la nación, pero lo hacen al menos con dos sentidos distintos y, a menudo, solapados: para referirse a los rasgos psicológicos adscritos a los miembros individuales de la nación y, al mismo tiempo, en referencia a una colectividad a la que se confiere caracteres humanos, y que no podría reducirse a la suma de sus miembros.

Por lo demás, aunque la mayoría de los autores participaba del deseo de fundar el conocimiento sobre bases científicas, no hay criterio compartido a la hora de definir con claridad el objeto de la psicología de los pueblos ni un acuerdo básico sobre los factores que explicarían la formación del ‘carácter nacional’. En el capítulo 3º nos detendremos en una primera corriente, la de los autores cercanos a la Völkerpsychologie, que mantienen una estrecha relación con el idealismo y el historicismo alemán, y otorgan a la expresión del lenguaje y al arte un peso fundamental en el desarrollo de la ‘psicología de los pueblos’. En el capítulo 4º nos fijaremos en una corriente alternativa, mucho más positivista, que vierte los conceptos románticos de la nación a las fórmulas de la biología y la psiquiatría finisecular, y explica la formación y el desarrollo del ‘alma de los pueblos’ a partir de factores como la raza y los procesos de sugestión inconsciente de una minoría sobre la ‘masa’ de la población.

Con todo, no habrían de ser estas las únicas contribuciones de la psicología a la *naturalización* de los Sujetos de la Historia. En el contexto del organicismo y el evolucionismo de la segunda mitad del XIX, se fueron introduciendo otros lenguajes, casi siempre de corte psicobiológico, en el debate político y social de las naciones. Por ejemplo, en las últimas décadas del siglo los esquemas o planteamientos teóricos de la

medicina y la psiquiatría degeneracionista no sólo habían alcanzado una enorme penetración en el ámbito de la clínica para el estudio de las patologías orgánicas y mentales del individuo, sino que se convirtieron en ideas y modelos causales ampliamente divulgados entre los intelectuales para la explicación de la decadencia de la patria. La idea de declive nacional, entendida a menudo como decadencia de la raza, se anunciaba con las voces de la medicina y la psiquiatría. Se hablaba de la ‘abulia’, la ‘sugestibilidad patológica’, la ‘atonía’, la ‘mente disociativa’ de los españoles (o de los franceses, o de los italianos)...El miedo a la degeneración estaba presente en muchos países europeos, sobre todo en aquellos afectados por crisis internas de orden social o político, o por la pérdida de las colonias y las derrotas militares en el exterior.

A finales del siglo XIX y, por lo menos, hasta después de la I Guerra Mundial, la presencia del lenguaje psicológico en la construcción de los relatos sobre la nación resulta cada vez más acusado, incorporando ideas y conceptos procedentes del alienismo, la psiquiatría degeneracionista, la psicología de los pueblos y la psicología de las masas. Una vez que el cuerpo político de la nación se hubo asimilado a un ‘organismo’ y una ‘mente’ colectiva –como veremos en el capítulo 4º- la psicología de la época pasó a considerarse una disciplina privilegiada para explicar ‘de forma científica’ el relato histórico-evolutivo de la patria.¹¹

El papel de la psicología en el concepto de la nación y, como veremos, en la justificación ideológica de un nacionalismo de masas, reflejaba otros cambios no menos profundos en la visión del sujeto individual. A finales del siglo XIX, un número creciente de intelectuales educados en los valores de la Ilustración y el positivismo, en la fe en la racionalidad humana y en la aplicación social del conocimiento científico, empezó a considerar la irracionalidad como una característica definidora de la especie. Desde los parámetros interpretativos utilizados por la psiquiatría y la psicología de la época muchos autores veían ahora al sujeto como a un ser de constitución mental frágil y, en esencia, irracional, incapaz de regir su propio destino (heterónomo), determinado por necesidades instintivas y procesos inconscientes, sugestionado con facilidad por

¹¹ Véase S. Reicher y N. Hopkins, “Self and Nation: Categorization, Contestation and Mobilization”, London: Sage, 2001, pág. 208.

agentes externos, impulsado por sentimientos y asociaciones de imágenes, y no tanto por ideas y argumentos –un miembro de lo que los intelectuales llamaban la masa (Z. Sternhell, 1978). Esta concepción del yo –sobre la que hablaremos en el capítulo 5º- va a ser también decisiva en la articulación de la *crítica* del nacionalismo tras la I Guerra Mundial.

En la segunda parte de la tesis giramos nuestra atención al *lenguaje de los críticos*, a la fundamentación y argumentación discursiva de unos intelectuales que, a partir de los años veinte y treinta, relacionaban mayoritariamente la ideología nacionalista con la violencia. De acuerdo con estos autores, el nacionalismo no tenía que ver con el despertar del Volkgeist a su historia y su destino, con la reivindicación de su autonomía o la realización de su individualidad creadora. El nacionalismo tenía que ver, en cambio, con el prejuicio, la ignorancia y la estrechez mental, con el fanatismo y la pulsión a la guerra. Aunque casi todos ellos seguirían participando de la legitimación y naturalización de la ideología (p. ej., dando por supuesta la existencia inmemorial de las naciones y los caracteres nacionales) el objetivo primordial de sus escritos e investigaciones empíricas era ahora la denuncia del nacionalismo como una amenaza para la paz mundial. Después de la I y, sobre todo, la II Guerra Mundial, una mayoría de intelectuales –al menos, en los países de Occidente- identificaba el nacionalismo con conductas extremas, intolerantes y agresivas que debían ser explicadas desde la psicología y reprobadas en el plano de la moral.¹²

De hecho, la psicología se iba a convertir en este periodo en el recurso básico para la explicación y la condena del nacionalismo. En primer lugar, a través de los conceptos y planteamientos avanzados algunas décadas antes por la psicología de las masas (H. Taine, G. Tarde, S. Sighele y G. Le Bon). Al término de la Gran Guerra – como veremos en el capítulo 6º- muchos intelectuales a derecha e izquierda describían el nacionalismo como una manifestación de las partes tenebrosas de la psique (la reaparición de las pulsiones primitivas, brutales y sanguinarias de nuestra naturaleza) y como un síntoma inequívoco de ‘degeneración’ (enfermedad, crimen y perversión moral de la vida civilizada). Pero, sobre todo, la conducta del nacionalista se asimilaba a la de unas masas irracionales y bárbaras, instigadas maliciosamente por un puñado de

¹² Véase L. L. Bernard y J. Bernard, “Sociology and the Study of International Relations”, St. Louis: Washington University Studies, 1934, pág. 47; R. Stagner, J. F. Brown, R. Gundlach y R. White, “An Analysis of Social Scientists’ Opinions on the Prevention of War”, The Journal of Social Psychology, 1942, nº 15, págs. 393-394.

agitadores interesados e irresponsables, siguiendo las leyes psicológicas de la sugestión y el contagio emocional. Se trata, sin duda, de una de las representaciones académicas y sociales más poderosas del nacionalismo que –con las variaciones que se quiera- ha llegado a nuestros días.

De acuerdo con esta interpretación, las causas del nacionalismo no estaban ya en el pasado colectivo de los pueblos, sino en la mente individual de una ciudadanía convertida en una masa irracional, y engañada por prejuicios y quimeras. En el capítulo 7º nos detendremos en algunos conceptos mentalistas en torno a los que se va a fijar a mediados de siglo la nueva representación académica y social del nacionalismo: ficciones y creencias falaces, emociones primarias, ideas inconscientes, prejuicios irracionales, estereotipos simplificadores. Al tiempo que los intelectuales y científicos neo-positivistas hacían abstracción del significado y el contexto sociohistórico de la ideología, el nacionalismo era reducido a una serie de constructos de la mente (‘actitudes’, ‘falacias’, ‘prejuicios’, ‘estereotipos’), y medidos a menudo con los nuevos procedimientos metodológicos de la psicología social.

Con todo, el giro psicologista de la literatura no estaría completo sin detenernos en la influencia decisiva del psicoanálisis (capítulo 8º). Después de la guerra contra el fascismo y el holocausto judío, un número considerable de intelectuales europeos y norteamericanos localizaba el origen último de la ideología en el inconsciente (como una forma encubierta de narcisismo y una vía de escape para la agresividad reprimida). La hipótesis más aceptada y popular atribuía el nacionalismo a individuos muy concretos, con una personalidad inestable, inmadura o patológica. Los científicos y estudiosos de mitad de siglo se valían de la investigación empírica sobre el prejuicio y la medición escalar de las actitudes para fijar un diagnóstico del nacionalista como un individuo intolerante y fanático, pero también como un ser con poca autoestima y problemas emocionales, débil e inseguro, obsesionado por sentimientos de insignificancia, incapaz de reconocer sus dudas, temores y pulsiones reprimidas. La conducta del nacionalista se analizaba y ejemplificaba desde los casos extremos -Hitler como su máxima expresión. Estamos, de nuevo, ante una de las representaciones sociales del nacionalismo más penetrantes y duraderas en la segunda mitad del siglo XX.

De hecho, el psicoanálisis –como la psicología de las masas- conserva en el presente una indiscutible fuerza como teoría profana del nacionalismo. Ello es así a pesar de que la investigación académica haya iniciado en las últimas décadas un

paulatino pero evidente cambio de paradigma, más allá del historicismo y el psicologismo, y hacia una progresiva sociologización de sus conceptos y explicaciones.

**PARTE I: LAS VOCES DE LA NATURALIZACIÓN. ORIGEN Y
DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS**

CAPÍTULO PRIMERO: LA CONCEPCIÓN POST-RACIONALISTA DEL SUJETO

El pensamiento de la Ilustración había depositado una enorme fe en la razón como principio regulador de la actividad humana y en la aplicación del conocimiento científico como base de la organización social del futuro. El saber, la felicidad y la virtud aparecían a su juicio vinculados de manera indisoluble. De ahí que concibieran el tiempo de la historia como progreso, esto es, como un proceso necesario y continuo de cambio social guiado por la razón y tendente al bienestar, la felicidad y la moralidad de los hombres. El progreso era –para ellos- la ley de desarrollo de las sociedades. El sentido de la historia venía marcado por la creencia optimista en una línea única de desarrollo ascendente hacia cotas siempre más altas de conocimiento, bienestar y felicidad. Su certidumbre estaba asentada en la confianza en los nuevos conocimientos científicos –en especial la física mecánica- y en la efectividad de sus aplicaciones técnicas, que daban a los hombres del XVIII la percepción de un poder inusitado de control sobre la naturaleza. En este contexto no eran infrecuentes las interpretaciones racionalistas y mecanicistas de la naturaleza –incluida la naturaleza humana.¹

Por supuesto, el concepto de progreso contenía todavía un fuerte sentido profético y religioso, pero el mensaje de la Ilustración presagiaba también un mundo nuevo de concepciones seculares, de utopías e ideologías políticas que llamaban a la

¹ Puede consultarse al respecto E. Lamo de Espinosa et al., “La sociología del conocimiento y de la ciencia”, Madrid: Alianza Universidad, 1994, págs. 165 y 235; E. Crespo, “Introducción a la psicología social”, Madrid: Ed. Universitaria, 1995, pág. 37.

libertad y autonomía del sujeto, a la igualdad entre los hombres o a su fraternidad. Un mundo emancipado de la religión tradicional que –a juicio de alguno de los ilustrados– simbolizaba el irracionalismo, los prejuicios y las supersticiones de épocas pasadas.

En cualquier caso, no todos los filósofos del siglo habían compartido la misma confianza ciega en el progreso de la razón ni la fe en la aplicación social del conocimiento científico. De hecho, algunos autores señalaron al mismo tiempo las que eran –a su juicio– influencias perniciosas de la “civilización” sobre la naturaleza humana. (“Todo sale perfecto de manos del autor de la Naturaleza; en las del hombre todo degenera”).² Los augures de la degeneración son tan antiguos como los del progreso, y desconfían desde un principio del mensaje utópico de los ilustrados: en vez de bienestar, el progreso podría traer enfermedad y angustia; en vez de felicidad, desdicha; en vez de virtud, vicio y corrupción moral.

Así, autores como Rousseau y Herder se habían adelantado al romanticismo en la crítica del pensamiento canónico de la Ilustración. Entre otras consideraciones, ambos filósofos cuestionaban la existencia de una ley universal de desarrollo de la sociedad, la defensa de un patrón único, homogéneo y universal de valores morales y, sobre todo, la preeminencia de la razón como vía de acceso a la felicidad de los hombres. De hecho, y más que negar de plano la posibilidad misma de progreso, los autores mencionados se oponían sobre todo a su factura racionalista, al protagonismo del intelecto en el desarrollo del ser humano, en su actividad y felicidad. En este sentido, reclamaban el papel de la intuición y el sentimiento frente al de la abstracción y el puro raciocinio, el ejercicio de la voluntad y la espontaneidad frente al artificio y el racionalismo de la Enciclopedia, la visión organicista de la naturaleza frente a las concepciones mecanicistas, la vida del campo frente a la ciudad...

Tanto Rousseau como Herder aspiraban a destronar a la razón de su primacía sobre las restantes facultades del sujeto. Porque un refinamiento intelectual sin medida – en palabras de Herder– no podía ser nunca lo mismo que la felicidad. “Una cabeza sobrecargada de conocimientos, aunque fuera de la ciencia más pura, agobia el cuerpo, oprime el pecho, oscurece la mirada y se convierte en carga pesada y mortífera para el que la lleva. Cuanto más vamos refinando y especializando nuestras potencias psíquicas, tanto más se van atrofiando las fuerzas espontáneas; atormentadas en el potro

² J. J. Rousseau, “Emilio o de la educación”, México: Ed. Porrúa (1762) 1972, pág. 1.

del artificio, se marchitan nuestras aptitudes junto con nuestros miembros crucificados...”³

Ambos filósofos eran significados precursores de una *concepción post-racionalista, expresivista del sujeto*, una idea alternativa del yo que se fue configurando en las postrimerías de la Ilustración y que cristalizaría en el siglo posterior, a partir de la influencia conjunta del romanticismo y el idealismo alemán. Esta nueva concepción del sujeto se caracteriza –como veremos en el apartado que abre el capítulo– por el sentido de *unidad e indivisibilidad* del yo. El propio Herder había negado la posibilidad de considerar la razón como una facultad separada de las otras actividades del yo. (“Sólo el uso integral del alma cuenta con las bendiciones de la salud”).⁴ En segundo lugar, el sujeto se define ahora por una idea de *individualidad y originalidad* esencial, esto es, como una entidad única que no puede explicarse por las leyes generales de la naturaleza. Su comportamiento no se rige por ninguna causalidad externa ni moral heterónoma –vienen a decir– sino por la voz singular inscrita en su naturaleza interior. En tercer lugar, el sujeto desarrolla su individualidad gracias a la capacidad que tiene para expresarse a través del lenguaje. No es el raciocinio abstracto sino la *expresión creativa* y concreta la que define y particulariza al nuevo sujeto.

En un cuarto apartado señalaremos las coincidencias que subsisten, a pesar de todo, con la *Ilustración*. No se niega la posibilidad de progreso, ni la demanda de racionalidad, libertad o humanitarismo. Pero tales conceptos han perdido el sentido que les diera la Enciclopedia. En quinto lugar nos fijaremos en otra influencia sobre el sujeto, la de la *tradición religiosa*. El yo se concibe todavía como realidad metafísica, como eslabón sacro, como espíritu...Pero el mensaje divino –que invita ahora al desarrollo y expresión de la individualidad– parece modificar para siempre el sentido de los viejos textos sagrados. Finalmente, nos detendremos en el papel capital de la alteridad. El sujeto se concibe también en interacción con otros sujetos, vinculado a ellos y a toda la comunidad a través del lenguaje. En este sentido, la *voz de toda la*

³ J. G. Herder, Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad”, Buenos Aires, Ed. Losada (1791) 1959, pág. 252.

⁴ Herder, op.cit., pág. 252.

colectividad –el lenguaje del Pueblo- interviene de algún modo en la conformación del mismo yo.

1.1. La unidad e indivisibilidad del yo

En el estudio del hombre y la sociedad los filósofos de la Ilustración habían avanzado algunos presupuestos y postulados desarrollados más tarde por el positivismo decimonónico. Desde su concepción newtoniana del universo, varios autores de la Enciclopedia habían planteado ya la necesidad de pensar al ser humano como parte de la naturaleza, bosquejando su análisis desde las premisas de la física del momento. Así, no era infrecuente un vago materialismo, ni extraño concebir leyes causales y analogías mecánicas guiando la mente y la sociedad. Un proyecto en ciernes de la unidad de la ciencia que pasaba, en todo caso, por la reducción del sujeto y la sociedad a elementos y unidades descomponibles, e incorporaba los métodos de las ciencias de la naturaleza.

Cierto que, en todo ello, los ilustrados daban por buena la propuesta del empirismo inglés de analizar al propio sujeto a partir de sus principios y procesos más simples, esto es, reduciendo la conciencia, la mente y el yo a sensaciones y facultades. Nada hay en el intelecto –había afirmado Locke- que no estuviera antes en los sentidos. El intelecto resultaba –a su juicio- del impacto de la sensación y el entrecruzamiento de asociaciones. En su “Ensayo sobre el entendimiento humano”, Locke había descrito los procesos de pensamiento en términos de una psicología de la percepción. “Preguntar en qué momento tiene ideas un hombre es igual que preguntar cuándo comienza a percibir, ya que tener ideas y percibir son la misma cosa”.⁵ De manera semejante, Hume entendía la conciencia en términos de percepciones particulares. Nunca puedo comprender el yo – o *mí mismo*- sin una percepción, y nunca puedo observar otra cosa que la percepción misma. Así –añadía Hume- “puedo aventurarme a afirmar que todos los demás seres humanos no son sino un haz o colección de percepciones diferentes, que se suceden entre sí con rapidez inconcebible y están en un perpetuo flujo y movimiento”.⁶

Hume –no está de más recordarlo- había soñado con ser Newton en el estudio de la mente, y que las leyes de asociación de ideas tuvieran el peso y la fuerza de la

⁵ J. Locke, “Ensayo sobre el entendimiento humano”, Madrid: Ed. Nacional (1690) 1980, vol. I, pág. 169.

⁶ D. Hume, “Tratado de la naturaleza humana”, Madrid: Tecnos (1739-1740) 2005, págs. 355-356.

gravitación universal. Su visión atomista y mecanicista de la naturaleza humana será retomada más tarde por la Ilustración europea: la mente reproduce –si bien de forma pálida e imperfecta- el vasto y grandioso mecanismo del universo. Y el problema no es otro que el de dar cuenta de los principios que remedan las leyes del cosmos. El estudio científico de la mente humana busca por entonces un lugar al amparo de las nuevas exigencias epistémicas, como evidencia el predicamento que, entre los ilustrados, llegó a tener la doctrina sensacionista de Condillac.

En su “*Traité des sensations*”, Condillac imagina al hombre como una estatua pasiva que recibe impresiones sensoriales del entorno y las combina en una variedad de formas.⁷ Con su representación en piedra, Condillac trataba de establecer el principio de que todas las ideas complejas de la conciencia se reducen a una serie de transformaciones de sensaciones simples. Facultades mentales superiores como la memoria, la abstracción, la reflexión, la imaginación o la volición se podrían analizar a partir de sensaciones aisladas como el olfato, el gusto o la audición. La investigación avanzaría, por tanto, desde los elementos sensoriales a la combinación y complicación posterior de sus operaciones.

En sentido coincidente, C. A. D’Helvetius había escandalizado a sus contemporáneos con la defensa materialista del ser humano, su visión de una mente pasiva, receptora de sensaciones externas y carente de “alma”. En el fondo –afirma D’Helvetius- las sensaciones producen todas nuestras ideas: “...en la capacidad que tenemos de percibir las semejanzas o las diferencias, las concordancias o discordancias que tienen entre sí objetos diversos...[en esto] consisten todas las operaciones del espíritu...todo se reduce, pues, a sentir...todo juicio no es más que una sensación”.⁸ En su deseo de derribar los prejuicios del pasado, muchos pensadores del siglo atacaban directamente al “mundo del espíritu” –lo que Guido de Ruggiero llamaría “la fortaleza de la metafísica tradicional”. Para ello, parecía necesario el recurso a una epistemología

⁷ E. B. de Condillac, “*Traité des sensations*”, Paris : Chez Debuse, 1754, pág. xxx.

⁸ C. A. D’Helvetius, “*Del espíritu*”, Madrid: Editora Nacional (1758) 1984, págs. 93-94 y 96. En las primeras páginas del libro habla de dos “facultades” o “potencias pasivas” en el hombre: la facultad de recibir las diferentes impresiones que los objetos del exterior nos producen (“sensibilidad física”) y la facultad de conservar la impresión que estos objetos nos han producido (“memoria”), si bien hace recaer esta segunda facultad sobre la primera (la memoria no sería más que “una sensación continua, pero más débil” (op. cit., págs. 91-92).

fecunda en el estudio de la naturaleza, y la consiguiente naturalización del espíritu y la sociedad. Un paso obligado hacia la Nueva Atlántida positiva.⁹

Con todo, no todos se habían adherido a las propuestas del empirismo para el estudio de la mente, como pone de manifiesto la psicología racional de la escuela de Leibniz-Wolff. “Nada hay en el intelecto que no estuviera antes en los sentidos” –había repetido Leibniz después de Locke, para agregar: “Nada, salvo el intelecto mismo”.¹⁰ Culpaba de este modo a Locke por olvidar los procesos centrales y directivos en la formación de la experiencia humana. El “espíritu” –afirma Leibniz- es una entidad perpetuamente activa, autoimpulsada e intencional. No resulta mecánicamente del impacto y entrecruzamiento de sensaciones. Ni puede cuartearse en ningún caso su esencia unitaria e indivisible. En lugar del concepto de percepción de los asociacionistas, Leibniz concibe la “apercepción” del sujeto como un proceso volitivo y autoconsciente (reflexivo).¹¹

Desde la tradición del racionalismo otros autores iban a articular una visión del sujeto como un ser con conciencia y voluntad. A juicio de Kant, si bien el hombre forma parte del mundo de la física (cuerpo físico), también es parte del reino de las ideas y la libertad (ser espiritual). Como ser activo y racional –como actor- el individuo no podría ser tratado por las ciencias del mundo fenoménico, ni por sus métodos analíticos y generalizadores. En este sentido –afirma Kant- el yo pensante no está sujeto a la ciega determinación de la ley física, sino que se rige por su ley interior. En base a normas descubiertas por él y auto-impuestas, el individuo se auto-determina como ser libre y moral. En la “Crítica de la Razón Práctica”, Kant vincula estrechamente la libertad y moralidad del hombre, y hace recaer ambas sobre una ley interior al sujeto racional, un imperativo categórico que nada tiene que ver ni con las leyes físicas de la naturaleza exterior ni con mandato heterónomo alguno.¹² Así las cosas, se trata de una libertad definida por el hiato radical con el cuerpo humano, la naturaleza y la historia. A

⁹ Véase Guido de Ruggiero, “Positivismo”, en “Encyclopaedia of the Social Sciences, vol. XI, pág. 262.

¹⁰ G. W. Leibniz, “Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano”, Madrid: Alianza Editorial (1703-1704) 1992, pág. 115.

¹¹ “El alma entraña al ser, la sustancia, lo uno, lo mismo, la causa, la percepción, el razonamiento, y otras muchas nociones que los sentidos no pueden proporcionar” –afirma Leibniz (op. cit., pág. 115).

¹² “...la ley de la voluntad pura (voluntad que es libre) ubica esa voluntad en una esfera totalmente distinta de la empírica y la necesidad que expresa, al no deber suponer ninguna necesidad de orden natural, no puede consistir sino en las condiciones formales de la posibilidad de una ley general...” - afirma Kant (“Crítica de la razón práctica”, Madrid: Alianza (1788) 2004, pág. 102).

un lado, la libertad y racionalidad trascendente del espíritu; al otro, su biología y realidad fenoménica, sujetas a una causalidad de corte físico, mecánico.

Buena parte de la arquitectura kantiana se basaba en las divisiones conceptuales entre intelecto, voluntad y sentimiento establecidas por la segunda gran doctrina psicológica de la época: la psicología de las facultades. En auge durante la segunda mitad del s. XVIII y la primera del XIX, consideraba en esencia que la mente humana estaba dividida en potencias o “facultades” diferenciadas (inteligencia, memoria, voluntad, percepción...).¹³ Ahora bien, frente a todas estas propuestas, la psicología idealista post-kantiana va a enfatizar la *unidad y totalidad indivisible* del “espíritu”. Así, una serie de autores no tardaría en oponerse a la división del yo en facultades o potencias separadas. Las divisiones radicales entre las distintas facultades y órdenes de experiencia –facultades mentales y corporales, razón e imaginación, el mundo de los sentidos y el de la voluntad ética o el conocimiento a priori- sirven a su juicio al deseo racionalista por la fría clasificación y la vaga generalidad. No hay razón ni voluntad –vienen a decir- que no sea al mismo tiempo sensación e imaginación. El pensamiento y la sensibilidad se utilizan –y se desarrollan- conjuntamente, y ninguna de ellas podría separarse de la conducta.

En esta misma línea, Herder critica las propuestas de la Ilustración de reducir el espíritu a facultades, dada la imposibilidad de buscar aisladamente en las distintas partes materiales del cerebro el trabajo conjunto de la formación de las ideas. No es posible una división semejante –afirma el alemán- como si en tal región del cerebro se encontrara la comprensión, en tal otra la memoria y la imaginación, y en la de más allá los afectos y demás fuerzas sensibles. “Es la misma el alma que piensa y quiere, que entiende y siente, la que ejercita la razón y la que apetece. Todas estas facultades se hallan tan cerca unas de otras, no sólo en su uso, sino también en su desarrollo y quizá incluso en su origen, tan compenetradas y entrelazadas, que no podemos haber designado otro sujeto cuando hemos designado otra función del mismo”.¹⁴

¹³ Otros autores incorporaban las ideas de la frenología, la doctrina psicológica que pretendía localizar las diferentes facultades psíquicas en zonas precisas del cerebro, y en correspondencia con los relieves del cráneo.

¹⁴ J. G. Herder, “Una metacrítica de la ‘Crítica de la razón pura’” (1799), en “Obra selecta”, Madrid: Ed. Alfaguara, 1982, pág. 372. Véase también “Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad”, B.

Se trata de una concepción del sujeto que puede localizarse en la obra de Rousseau y Herder, y que será sancionada por el movimiento romántico posterior. Frente a los intentos racionalistas de dividir al sujeto en facultades y las pretensiones empiristas de reducir su explicación a sensaciones, el romanticismo comenzará a ver al individuo como una entidad *unificada*, un espíritu autoimpulsado y unitario, un yo necesariamente *indivisible*. Además –y vinculado a lo anterior– los modelos de crecimiento biológico adquieren preeminencia en la definición y explicación de los procesos de funcionamiento y desarrollo de la mente, lo que va a dar entrada a una concepción más orgánica, dinámica y evolutiva del sujeto.¹⁵

Este último punto guardaba una relación estrecha con la nueva percepción de la naturaleza. En la base misma de la cosmovisión romántica estaba la reacción frente al mecanicismo de los ilustrados y, consiguientemente, la contemplación organicista de toda la naturaleza, incluida la naturaleza humana. Así como el universo empezó a verse como una unidad orgánica, una totalidad diferente del agregado de sus partes, la naturaleza del sujeto parecía ser algo más que el ensamblaje de sus partes o facultades constitutivas, o la suma total de sensaciones percibidas.¹⁶ De este modo, la reunificación armónica de las facultades del yo refleja lo que estaba aconteciendo en todo el universo

Aires: Losada (1791) 1959, pág. 97. Y en otra de sus obras fundamentales afirma: “Se ha concebido la razón como una nueva facultad introducida en el alma del hombre, totalmente separada, convertida en propiedad suya como regalo que le hace superior a todo animal (). Esto es, desde luego, un absurdo filosófico, por muy respetables que sean los filósofos que lo sostienen. Las facultades todas del alma humana y del alma animal no son otra cosa que abstracciones y resultados metafísicos. Los separamos debido a que nuestro débil espíritu es incapaz de considerarlas conjuntamente; figuran en distintos capítulos, no porque actúen por capítulos en la naturaleza, sino porque quizá es ésta la mejor manera de formarse el aprendiz (). Pero en todas partes actúa el alma indivisa” (“Ensayo sobre el origen del lenguaje” (1772), en “Obra selecta”...págs. 151-152).

¹⁵ D. E. Leary evalúa en términos parecidos lo que denomina psicología idealista post-kantiana. “[El] énfasis en el método histórico, o genético, de análisis estaba relacionado con la oposición de los idealistas a las dicotomías estáticas y a la bifurcación de la realidad...su oposición a la división de la mente en varias “facultades” fue un factor importante en el desarrollo de una visión de los procesos mentales más unificada, dinámica y funcional. En buena medida a causa de los idealistas, la psicología de las facultades fue sustituida en el s. XIX por una psicología más “orgánica” en la que un proceso se consideraba que desembocaba directa, o dialécticamente, en otro. Sentir, entender y razonar, p. ej. se representaban como estadios progresivos en la realización de la conciencia, no como procesos claramente separados. Desde la época de los idealistas, la psicología de las facultades nunca ha sido de nuevo una perspectiva psicológica aceptada” (D. E. Leary, “German Idealism and the Development of Psychology in the Nineteenth Century”, *Journal of the History of Philosophy*, vol. XVIII, nº 3, July 1980, pág. 314). Véase también C. Taylor, “Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna”...pág. 512.

¹⁶ Véase F. M. Barnard, “Herder’s Social and Political Thought”, Oxford: Clarendon, 1965, págs. 39-40.

romántico. La naturaleza es el “espíritu visible”; el espíritu, la “naturaleza invisible” – llegará a decir Schelling.¹⁷

1.2. La individualidad y originalidad del yo

Junto a la indivisibilidad del espíritu, otro supuesto decisivo en la nueva representación del sujeto que se gesta en las postrimerías de la Ilustración es el de que todos y cada uno de los hombres son únicos, diferentes, originales. Esto es, la creencia en la radical *individualidad* del ser humano. Todo hombre lleva en la conformación de su cuerpo y en las predisposiciones de su alma “la medida para la cual está destinado y hacia la cual debe evolucionar”.¹⁸ Rousseau y Herder, como más tarde Humboldt, Fichte, Schelling, Hegel y otros van a participar en diferentes interpretaciones de este principio de *individualidad* del yo.

Tampoco esta idea va a suponer una drástica separación del hombre con la naturaleza exterior –como fuera vista desde el universo romántico. Difícilmente podría significar tal cosa para quienes pretenden inscribir al ser humano en el orden natural. Más bien al contrario. Se trataría de aplicar al hombre una ley que –para algunos de estos autores- tiene plena vigencia en la naturaleza restante. “Todo en la naturaleza – afirma Herder- se basa en la más estricta individualidad de los seres”.¹⁹ También el hombre ha de atender a su pulsión individual, a la conciencia, a *la voz* de la naturaleza en su interior.²⁰

La idea que cristaliza a finales del s. XVIII no es sólo que cada individuo es diferente a los demás, único y necesariamente original, sino la de que esta diferencia se debe convertir en guía natural de toda conducta. Como afirma Charles Taylor, lo nuevo es que la “diferencia” pasó a ser una llamada o invocación al modo en que cada cual debía vivir: “Las diferencias no son simples variaciones sin importancia dentro de una misma naturaleza humana básica; ni tampoco las diferencias morales entre individuos

¹⁷ F. Schelling, “Schellings Werke”, vol. I, pág. 176, citado en Leary, “German Idealism and the Development of Psychology”...pág. 314.

¹⁸ J. G. Herder, “Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad”...pág. 503.

¹⁹ Herder, op. cit., pág. 503.

²⁰ Quien sigue a la conciencia como guía –afirma Rousseau- “obedece a la Naturaleza, y no teme descarriarse” (“Emilio o de la educación”...pág. 217).

buenos o malos. Implican más bien que cada uno de nosotros tiene un camino original que debe transitar; imponen a cada uno de nosotros la obligación de vivir de acuerdo con nuestra originalidad”.²¹

Probablemente fuera Rousseau quien desbrozara el camino hacia este tipo de visiones de la subjetividad, defendiendo el cultivo de uno mismo, de la propia individualidad y diferencia frente a las convenciones, del contacto íntimo con el yo; en una palabra, el desarrollo de la propia naturaleza individual –que es también el de su originalidad. La educación de la naturaleza –afirma en las páginas que abren su “Emilio”- es “el desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos”.²² Esta es la senda cierta para llegar a tener una existencia dichosa y moral.

Como el ginebrino, también Herder va a ofrecer una justificación bastante audaz para su tiempo de la idea de *individualidad* del yo. Así, Herder no sólo desconfía de plano de las pretensiones racionalistas e ilustradas de utilizar categorías y leyes universales para la explicación de la conducta humana (“Nadie en el mundo siente más que yo la debilidad de las caracterizaciones generales”)²³, sino que acentúa el carácter radicalmente singular e inefable de cualquiera de sus manifestaciones (“¿Quién ha observado que es imposible expresar la peculiaridad de un ser humano, señalar su distintivo distinguiéndolo, el modo como siente y vive, la diferente y peculiar manera de apropiarse de todas las cosas una vez que su ojo las ve, que su alma las compara, que su corazón las siente?”)²⁴. De ahí que haga de la *individualidad* una de las ideas vertebradoras de su concepción del sujeto (“La base más profunda de nuestro ser es individual, en sensibilidad, como en voluntad y pensamiento abstracto”)²⁵.

La cuestión es especialmente significativa en el tratamiento de los valores. Defiende reiteradamente la pluralidad e incommensurabilidad de los valores humanos. La medida y determinación de la felicidad sólo puede situarse en el “interior” de cada hombre. Nadie tiene capacidad ni derecho a imponer su forma de ser y sentir a los

²¹ C. Taylor, “Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna”...pág. 513. Taylor señala que la noción de la diferencia individual no era nueva –“nada es más evidente ni más banal”- pero sí lo era el hecho de convertirse en modelo de conducta (op. cit., pág. 513).

²² J. J. Rousseau, “Emilio o de la educación”...pág. 2.

²³ J. G. Herder, “Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad” (1774), en “Obra selecta”...pág. 295.

²⁴ Herder, op. cit., pág. 295.

²⁵ Herder, “Vom Erkennen und Empfinden der Menschlichen Seele” (1774), citado en M. Schutze, “Herder’s Psychology”, *The Monist*, vol. XXXV, oct. 1925, n° 4, pág. 541.

demás. Ni podrá ser juzgado de acuerdo con valores ajenos –cuanto menos con una escala de valor absoluta, universal e intemporal, como la que defendían los ilustrados franceses. “Cada hombre lleva en sí la medida de su dicha: le está impresa la forma hacia la que debe evolucionar y dentro de cuyos límites puede únicamente llegar a ser feliz”.²⁶

De este modo la virtud y –por oposición- el vicio llegan a formularse en clave de autonomía, según la capacidad del yo para auto-definirse y auto-determinarse. Como Rousseau, Herder vincula la bondad a la voz interior del sujeto, libre de determinaciones y coacciones externas. Pero esta voz interior, libre y moral no es la del sujeto kantiano –universal, racional- sino la voz de la naturaleza única y singular que se desarrolla en todos y cada uno de los individuos.

Muchos otros autores van a realizar su particular defensa de la *individualidad* y *originalidad* del sujeto. Para Fichte, la “grandeza humana” se fundamenta en la “autonomía” y “originariedad” de la persona, en su ausencia de artificio, en su capacidad para constituir “una idea nueva y peculiar de la totalidad del mundo” y en su voluntad firme para hacer esta idea realidad.²⁷ Para Humboldt la “individualidad” es la “única senda” que permite a los hombres desarrollar su “humanidad” y aspirar a la universalidad.²⁸

1.3. La expresividad y creatividad del yo

De modo que, para su desarrollo personal, el sujeto ha de atender a la voz individualizada y singular de la naturaleza en su interior. Para el acceso a una vida dichosa y virtuosa, necesita renunciar a la moralidad heterónoma, articular sus propios impulsos, cultivar sus metas diferenciales. Pero hay algo más. Para la consecución de todo ello el individuo en cuestión no podrá ya recurrir a la facultad aislada de raciocinio

²⁶ Herder, “Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad”, op. cit., pág. 257.

²⁷ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”, Madrid: Ed. Nacional (1807-8) 1977, pág. 294. Véase también pág. 308.

²⁸ W. von Humboldt, “Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano”, Barcelona: Círculo de Lectores (1836) 1995, pág. 55. Diferentes “peculiaridades” pueden volver a reunirse –viene a decir Humboldt- “formando un todo” (op. cit., pág. 55). No obstante, estos autores comparten en general la idea de que cada uno de los individuos manifiesta una “humanidad” común, como veremos en un apartado posterior.

sino, antes bien, a su capacidad de *expresión y creatividad*. Dicho de otro modo, la autodefinición o articulación del yo es, primero y sobre todo, una forma de “auto-expresión”.

Estamos en este caso frente a lo que algunos autores han denominado la concepción expresivista del ser humano. La reacción a la Ilustración de Herder, Humboldt y el movimiento romántico condujo igualmente a una nueva antropología de la expresión, una visión alternativa y post-racionalista del yo que iba a conceder un papel preferente a la dimensión expresiva/creativa del ser humano. El hombre se realiza como tal a través de la *expresión*. El desarrollo de mi individualidad es necesariamente el desarrollo de mi “expresividad” individual.²⁹ Charles Taylor ha vinculado esta concepción expresivista con la creencia coetánea en un sujeto supuestamente dotado de una inagotable “hondura o profundidad interior”: “La noción de hondura interior va intrínsecamente ligada a la comprensión que de nosotros mismos tenemos como seres que expresan, que articulan una fuente interior. El sujeto con hondura es, por tanto, un sujeto con facultad expresiva. Algo fundamental cambia en el siglo XVIII. El sujeto moderno ya no se define sólo por la facultad de control racional desvinculado, sino también por una nueva facultad de autoarticulación expresiva: la facultad atribuída a la imaginación creativa desde el período romántico”.³⁰

Este sujeto expresivo y creativo aparecía especialmente asociado a la concepción del artista y su obra acuñada por el romanticismo. En épocas anteriores el arte había sido contemplado como mimesis, imitación de la naturaleza o reflejo de la realidad externa. Frente a esta concepción tradicional, los románticos verán el arte más bien como creación, expresión creativa, o manifestación de la voz individualizada en el interior del yo. Para ellos la obra del artista requería el pleno ejercicio de todos los poderes de la mente “en unidad” –sensibilidad, razón y volición, incluyendo el impulso. De este modo, el arte se iba a convertir en la esfera de actividad característica en que

²⁹ Para escribir este apartado la referencia fundamental ha sido Taylor, “Fuentes del yo”...Del mismo autor han sido también de ayuda “Argumentos filosóficos”, Barcelona: Paidós, (1995) 1997 y “Human Agency and Language”, Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1985. Véase igualmente H. Joas, “The Creativity of Action”, Cambridge : Polity Press (1992) 1996 e I. Berlin, “Vico and Herder. Two Studies in the History of Ideas”, London: Chatto and Windus (1976) 1980.

³⁰ “Fuentes del yo”...pág. 532. En los capítulos anteriores de su libro Taylor ya había observado la “intensa orientación hacia la interioridad” en Descartes y Montaigne. Pero –advierte- “sólo con la idea expresivista de la articulación de la naturaleza interior realmente percibimos los fundamentos para construir este ámbito interior con “profundidad”...un ámbito que supera lo que jamás podemos articular, un ámbito que se extiende más allá de nuestro más lejano punto de expresión clara” (op. cit., pág. 531).

“un ser humano se expresa como una persona completa”. Y el artista llegará a ser modelo o paradigma del modo en que todos los hombres están llamados a vivir.³¹

La creatividad humana se plasma con toda su fuerza e intensidad en las diversas manifestaciones artísticas –poesía, pintura, música, danza, arquitectura...Pero no se agota o se limita a tales lenguajes. A juicio del expresivismo alemán va a ser más bien la *capacidad humana para el lenguaje* –entendida ahora en sentido genérico- la que otorgue a los hombres una potencia creativa ilimitada. Solamente mediante el habla – sostiene Herder- “se aunan todos los sentidos en el pensamiento creador”.³² “El lenguaje es –a juicio de Humboldt- una de las facetas a partir de las cuales la fuerza universal del espíritu humano entra en una actividad de creación incesante”.³³

La función principal del lenguaje para estos autores no es ya la de designar o describir el mundo exterior. A semejanza del arte, su función principal radicaría en la *expresión* de los sentimientos y aspiraciones propias y en la realización creativa de un modo diferenciado de ser.³⁴ (El alma humana crea y recrea una lengua como obra suya –afirma Herder. “Ella se construye este sentido de la razón como creadora”).³⁵ Resulta así difícil establecer una diferencia muy marcada entre el arte del artista y el lenguaje del hablante. Ambas expresiones se definen en buena medida por su creatividad. Todos los hombres son, en cierto modo, artistas.³⁶

Lo más significativo va a ser quizás la importancia que el arte y el lenguaje tendrán en la nueva antropología del sujeto. La dimensión creativa y expresiva del yo resultan a la postre rasgos definitorios en la visión de la subjetividad post-ilustrada. El

³¹ La afirmación entrecomillada está sacada de Joas, “The Creativity of Action”...pág. 80. Véase también Taylor, “Fuentes del yo”...págs. 514 a 517, y Schutze, “Herder’s Psychology”...pág. 542.

³² J. G. Herder, “Ideas para una fil. de la hist. de la hum.”...pág. 108.

³³ W. von Humboldt, “Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano”...pág. 50.

³⁴ Taylor sostiene que “la idea revolucionaria del expresivismo” –en el que se suele incluir a autores como Herder, Humboldt y Hegel- era que “el desarrollo de nuevos modos de expresión nos posibilita tener nuevos sentimientos”. Y enseguida afirma: “Visto desde este ángulo, el lenguaje no puede confinarse a la actividad de hablar sobre cosas. Transformamos nuestras emociones en humanas no principalmente al hablar sobre ellas, sino al expresarlas. El lenguaje también sirve para expresar/realizar modos de sentir sin hablar sobre ellos. () En el periodo romántico, hubo una tendencia a ver esta constitución de las emociones humanas como la función más importante del lenguaje en un sentido amplio” (“Human Agency and Language”...pág. 233).

³⁵ J. G. Herder, “Ensayo sobre el origen del lenguaje”...pág. 231.

³⁶ Véase Berlin, “Vico and Herder”...pág. 204. El acto aparentemente sencillo de “percibir” es considerado por Herder como un proceso “único” y “creativo”. Como expone Barnard, Herder considera que los hombres no simplemente ven, sino que crean sus propias imágenes. “Al combinar la sensación la mente crea algo que es nuevo y más rico que las sensaciones que han ocasionado su actividad” (“Herder’s Social and Political Thought”...págs. 33 y 40).

hombre es “una criatura de discernimiento y lenguaje, de conocimiento y creatividad lingüística”...una “obra de arte de la naturaleza”.³⁷

1.4. El peso de la Ilustración en el yo

A pesar de lo afirmado en apartados anteriores, esta nueva representación del sujeto que surgía del caldo de cultivo del romanticismo y el idealismo alemán no estaba desligada en modo alguno de las bases doctrinales del pensamiento ilustrado. De hecho, autores como Herder, Humboldt, Fichte, Schiller, Jahn o Schelling solamente podrían haber desarrollado su crítica a la Ilustración desde las premisas intelectuales de la propia *tradición ilustrada*, en la que se habían formado y con la que compartirían metas y aspiraciones básicas. El progreso, la racionalidad, la libertad, el humanitarismo...nada de esto les era ajeno.

La Ilustración había concebido el progreso como un proceso continuo guiado por la razón y tendente al bienestar, la virtud moral y la felicidad de toda la humanidad. Frente a ella, la tradición iniciada por Herder y el historicismo criticaba abiertamente el protagonismo otorgado a la racionalidad, la creencia en una norma moral universal abstraída de las diferentes individualidades, y la idea de progreso único y continuo. Pero persistían algunas coincidencias.

De entrada, la idea misma de progreso. El historicismo clásico consideraba que la historia humana estaba recorrida por un propósito racional y ético. Dudaba ciertamente de una razón y una norma moral desvinculada de la realidad concreta de los individuos participantes. Pero Fichte, Schelling o Hegel no tenían duda alguna de un progreso inmanente a la realidad misma, manifestándose en los distintos actores de la historia.³⁸ Tampoco Herder lo dudaba: “...lo esencial de nuestra vida no es nunca el gozo, sino el progreso, y no habremos sido hombres hasta que hayamos llegado al final

³⁷ J. G. Herder, “Ensayo sobre el orig. del leng.”...pág. 180. También Humboldt sostiene que “la producción del lenguaje constituye una necesidad interna de la humanidad; () forma parte de la naturaleza misma de los hombres, y es indispensable para el desarrollo de sus capacidades espirituales”. También juzga consustancial a la naturaleza humana la “actividad de creación incesante” que se desprende de su capacidad lingüística (“Sobre la divers. de la estruct. del leng. hum....”, págs. 49-50).

³⁸ Con independencia de que tales actores fueran “individuos” o “naciones”. O que la aportación de cada sujeto a este progreso fuera desigual. (Para la exposición de la idea de progreso del historicismo resulta de gran ayuda el libro de G. G. Iggers, “The German Conception of History”, Middletown: Wesleyan University Press, 1968, en especial las págs. 13-14, 26 y 39-40).

de nuestra vida... Naturalmente, no en todos los tiempos actúa con el mismo grado de observabilidad esa ley de perfeccionamiento, de progreso mediante reflexión. Pero ¿acaso no existe por ser menos observable?”.³⁹

Asimismo, existían coincidencias en cuanto a la creencia en la racionalidad sustantiva del sujeto. Ya vimos como Herder había criticado el racionalismo kantiano y la doctrina de las facultades psicológicas. Deseaba con ello destronar a la razón de su posición de supremacía y oponerse a la idea de que pudiera existir una facultad separada de las otras actividades mentales (“en todas partes actúa el alma indivisa”)⁴⁰. Pero no se desprende de ello creencia alguna en la irracionalidad humana. Frente a la ausencia de razón y la determinación ciega de los instintos en los animales –viene a decir Herder- la reflexión humana tiene un peso decisivo en la estructuración global de la mente y en la constitución del sujeto, en su apertura al mundo y en su libertad. “Al no precipitarse ciegamente sobre un único punto ni quedarse ciegamente en él, [el hombre] estará libre, pudiendo buscar una esfera donde reflejarse, donde puede verse dentro de sí mismo como en un espejo. No será ya una máquina infalible en manos de la naturaleza, sino que se convertirá él mismo en objeto y fin de su trabajo”.⁴¹ El hombre –concluye más adelante- “está tejido de reflexión”.⁴²

Casi todos ellos hacen hincapié en la base instintiva del comportamiento humano (“Es común a todo hombre –afirma Fichte- el tener como base de sus manifestaciones vitales un instinto”)⁴³. Puede verse aquí, nuevamente, la influencia del romanticismo en su deseo de inscribir al hombre en el ámbito de la naturaleza. Pero al mismo tiempo no dejan de señalar la capacidad humana para la racionalidad y la libre determinación.

³⁹ J. G. Herder, “Ensayo sobre el origen del lenguaje”...pág. 199.

⁴⁰ Herder, op. cit., pág. 152. (Para esta cuestión véase también Barnard, “Herder’s Social and Political Thought”, ...pág. xx).

⁴¹ Herder, op. cit., págs. 150-151. Y dice a continuación: “Llámesese como se quiera esta disposición de sus facultades: entendimiento, razón, conciencia, reflexión, etc. Con tal de que no se aplique el nombre a facultades aisladas y a simples elevaciones de la escala de facultades animales, me da igual. Se trata de la organización global de todas las facultades humanas, del gobierno conjunto de sus facultades sensibles y cognoscitivas, de su naturaleza cognoscente y volitiva” (op. cit., págs. 150-151).

⁴² Herder, op. cit., pág. 200. “No hay en él estado alguno –apostilla- que, considerando el conjunto, no sea, a su vez, reflexión o pueda explicarse con ella”, op. cit., pág. 200.

⁴³ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 111. En sentido parecido, afirma Herder: “El hombre tiene todos los instintos que posea cualquier animal terrestre de los que le rodean”. Bien es cierto –añade- que el hombre “ha suavizado” todos estos instintos de acuerdo con “su organización” para que estén en “más bellas proporciones” (“Ideas para una filosof. de la hist. de la human.”...pág. 110).

“Dios no quiere espíritus estrechos, ni cabezas vacías en sus hijos”.⁴⁴ El propio Fichte aspira a una educación en que el joven “sea capaz de pensar por sí mismo”.⁴⁵ Y Jahn tiene como meta el ideal educativo de lo que considera un “hombre completo” – “racional”, “viril” e independiente”.⁴⁶ Por su parte, Herder se queja del “instinto simiesco de imitación” del escolar. El hombre no es “un animal que necesite amo”. Mejor haríamos en invertir la frase, advierte el autor: “el hombre que necesita un amo es un animal”.⁴⁷

Destaquemos un último aspecto coincidente con la tradición ilustrada: su creencia en la Humanidad. Al igual que Lessing o Kant, todos ellos defienden la existencia de una humanidad común, una cierta igualdad básica a todos los sujetos, una suerte de “dignidad” presente en cada uno de los individuos y que cada cual deberá desarrollar en la medida de sus posibilidades. “Encontramos a los hombres en todas partes, en posesión y uso del derecho de formarse de acuerdo con un ideal de humanidad”.⁴⁸

Cierto que la idea ilustrada de Humanidad había enfatizado las características comunes a todos los hombres y su racionalidad, mientras que el ideal humanitario de Herder, Schiller o Humboldt ponía el acento en la multiplicidad de sus manifestaciones, en la diversidad de sus formas resultantes, en la condición única, singular e irrepetible de sus expresiones individuales. “Todos los hombres son diferentes” –vienen a decir-, y es la expresión o manifestación de esa diferencia lo que permite desarrollar al máximo la humanidad inscrita en el yo.

⁴⁴ La afirmación es de Hegel en sus “Lecciones sobre la filosofía de la historia universal”, vol. 1, Madrid: Revista de Occidente, 1953, pág. 36.

⁴⁵ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 106.

⁴⁶ F. L. Jahn, “Das deutsche Volkstum” (1810), en L. L. Snyder (ed.), “The Dynamics of Nationalism”, Princeton: Van Nostrand, 1964, págs. 151-152. Poco nos importa en este momento el hecho de que tanto Fichte como Jahn aspirasen al mismo tiempo a una instrucción nacionalista difícilmente compatible en alguno de sus extremos con la racionalidad y libertad de los individuos preconizada por el pensamiento ilustrado del XVIII. Nos interesa aquí únicamente la representación del sujeto individual - el “yo” ideal- no tanto los medios elegidos para acceder a él.

⁴⁷ J. G. Herder, “De la gracia en la escuela”, Madrid: Ed. de la Lectura, s. a., pág. 32; “Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad”...pág. 284.

⁴⁸ J. G. Herder, “Ideas para una fil. de la hist. de la human.”...pág. 491. Para el tratamiento de este punto referido a la idea de Humanidad de autores como Herder, Wilckelmann, Schiller, Wilhelm von Humboldt o el propio Goethe ha sido de gran ayuda la breve exposición hecha por G. G. Iggers en “The German Conception of History”...en especial págs. 37-38.

A pesar de la transformación de su significado, también ellos creen en la idea de una Humanidad común, compartida por todos, constitutiva de la especie, realizada progresivamente a lo largo de la historia.

1.5. La huella de Dios en el yo

Pero no era sólo la influencia directa de la Ilustración –y su fe en un cierto orden progresivo, racional y humanitario- lo que iba a preservarles de toda tentación de pesimismo antropológico y relativismo moral. Su confianza en el sujeto venía también determinada por su profunda fe en una realidad metafísica superior. Así, p. ej., el idealismo alemán consideraba al sujeto como pieza en un proceso transcendental, como parte de un espíritu creador absoluto que se revelaba de todas formas más allá de contingencias específicas de espacio y tiempo. Toda vida espiritual –afirma Fichte- es “un eslabón eterno en la cadena de la manifestación de la vida divina”.⁴⁹

A pesar de la individualidad y singularidad adscrita al sujeto, a pesar de la inconmensurabilidad de sus valores y formas de vida, ellos tenían plena confianza en un orden ético subyacente al conjunto de las manifestaciones humanas, un orden estrechamente unido a la existencia de Dios. Era su fe en la existencia de Dios lo que vinculaba finalmente las expresiones en apariencia irracionales e inmorales de las distintas mónadas (individuos) en un todo armónico y racional, pleno de sentido.

No obstante, esta nueva fe no admitía ya doctrina revelada ni culto externo. Tampoco consideraba creíble la invocación e intervención milagrosa de Dios en el orden de la naturaleza. “¿Pues, qué Providencia sería ésta –se pregunta Herder- a la que cualquiera pudiera usar como duende policíaco, como aliado de sus pretensiones de corto alcance o protector de su propia estrechez de miras...?”.⁵⁰ La naturaleza –había afirmado anteriormente Rousseau- “no obedece a los impostores cuyos milagros se hacen en encrucijadas, en desiertos, en aposentos”.⁵¹ Para la nueva religión era precisamente el orden natural de las cosas –la voz directa de la naturaleza- la que mostraría la existencia y la bondad de Dios.

⁴⁹ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 107.

⁵⁰ J. G. Herder, “Ideas para una filos. de la hist. de la human.”...pág. 515.

⁵¹ J. J. Rousseau, “Emilio o de la educación”...pág. 228.

Al tiempo que critica las revelaciones, la enseñanza del culto, el ceremonial religioso y la creencia en los milagros, Rousseau reconoce a Dios en sus obras. “No necesito que me enseñen este culto, pues me lo dicta la misma naturaleza”.⁵² Este orden natural pondría de relieve “la diestra sabia que la rige”.⁵³ Por su parte, la única revelación concebida por Herder es aquella en la que la divinidad habría otorgado la palabra a la naturaleza. “Cuando hubo creado la tierra y los seres privados de razón, formó al hombre y le dijo: ‘¡Sé tú mi imagen, un dios en la tierra: reina y gobierna! Lo que puedas producir de noble y excelente de tu naturaleza, prodúcelo; no puedo asistirte con milagros porque he puesto tu destino humano en tus manos de hombre; pero te auxiliarán todas mis sagradas y eternas leyes naturales’”.⁵⁴

La relación de Dios con el hombre está mediada por la contemplación de la naturaleza. Una idea planteada ya por el deísmo del s. XVIII y retomada más tarde por Rousseau, Herder y el romanticismo alemán. No falta tampoco quien identifique totalmente a Dios con la naturaleza, como en la fórmula panteísta de Schelling o en la de Hegel. Todos ellos, en las diferentes versiones de la “religión de la naturaleza” abrían la puerta a una paulatina secularización del sujeto, al limitar y racionalizar el papel que la Providencia había ejercido sobre su destino. “Dios nos ayuda solamente por medio de nuestra diligencia, nuestro intelecto y nuestras energías” –afirmaba Herder.⁵⁵

Pero para ninguno de ellos había duda de que cada sujeto llevaba impresa la *huella de la divinidad*. De hecho, era precisamente la expresión única y creativa de cada sujeto –la voz de la naturaleza en su interior– la manifestación más evidente de aquella Voluntad divina. “Hay que interpretar a Dios como aquello que vemos luchando en la naturaleza y que halla su voz en nuestro interior”.⁵⁶ Todos podrían coincidir con la afirmación de Fichte de que la existencia del yo, junto a su autonomía y originalidad,

⁵² Rousseau, op. cit., pág. 209.

⁵³ Rousseau, op. cit., pág. 228. Véanse también págs. 208, 223, 225. Vuelve Rousseau varias veces sobre la crítica a la religión revelada y a los “apóstoles de la verdad” que median artificialmente entre Dios y el yo. “...¡Siempre hombres que me cuentan lo que han contado otros hombres! ¡Cuántos hombres entre Dios y yo!...” (op. cit., pág. 227).

⁵⁴ J. G. Herder, “Ideas para una filos. de la hist. de la human.”...pág. 494.

⁵⁵ Herder, op. cit., pág. 494.

⁵⁶ La frase está tomada del libro de Taylor, “Fuentes del yo...”, pág. 507. Véanse también las págs. 493 y 504-507, así como el libro de G. G. Iggers, “The German Conception of History”...págs. 13-14 y 26.

proceden del “mundo espiritual, eterno y originario”.⁵⁷ Y no pocos terminarían representando al sujeto a imagen y semejanza del mismo Dios –un principio activo y creador, un demiurgo sobre la tierra, capaz de creación ilimitada y autonomía infinita.⁵⁸

Destaquemos una última cuestión. Ya ha sido señalada la postura crítica frente a la religión tradicional, la doctrina revelada, su ceremonial, sus milagros, sus profetas... Con todo, en la obra de muchos románticos se advierte el recurso constante al lenguaje de aquella religión tradicional, la reiteración de temas del Antiguo y Nuevo Testamento, la abundancia de frases y parábolas bíblicas y, especialmente, la emulación de la *palabra del profeta*. Como ha afirmado Mary Perkins, “la voz profética pasó a ser un tema persistente del romanticismo europeo. Fascinó a Blake y Coleridge en Inglaterra, a Mickiewicz en Polonia, a Novalis, Schlegel y Schelling en los estados alemanes”.⁵⁹

Ahora bien, el recurso constante a la palabra del profeta no tenía ya el mismo significado religioso que en otro tiempo había tenido. Sin prescindir de su sentido sacro, la profecía se separaba radicalmente de la literalidad de la doctrina original. “Aunque pudieran usar las escrituras del Apocalipsis –afirma Perkins- lo hicieron en conjunto con pleno conocimiento de que era la verdad simbólica, no la literal, la que tenía significación para el presente”.⁶⁰ De hecho, podían servirse de la fuerza de su oratoria, de su verbo encendido y sonoro, de su activismo, su afán moralizador o su espiritualidad desbordante para la justificación ideológica de un sujeto que hubiera sido inconcebible en los viejos textos sagrados. Un sujeto único y bien diferenciado, con hondura interior y autonomía, con la necesidad y la exigencia moral de expresar su interioridad.

Así las cosas, no resulta extraño que el *verbo* del profeta se convierta –a menudo- en el *verso* del artista. “Todo artista es un mediador para los demás” –afirma Schlegel. El artista se asemeja a “...un verdadero sacerdote del Altísimo que acerca más

⁵⁷ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 294.

⁵⁸ Véase en este sentido la cita previa de Herder en la que concibe al hombre “a imagen de Dios” o “un Dios en la tierra” (“Ideas para una filos. de la hist. de la human.”...pág. 494). También Rousseau considera la conciencia humana como un “instinto divino”, una “voz inmortal del cielo”...que hace al hombre “semejante a Dios” (“Emilio o de la educación”...págs. 220-221).

⁵⁹ M. A. Perkins, “Nation and Word, 1770-1850. Religions and Metaphysical Language in European National Consciousness”, Aldershot: Ashgate, 1999, pp. 123-124. No obstante, también hemos encontrado –y con mayor frecuencia en algunos casos- la utilización de personajes, figuras y enseñanzas extraídas del mito clásico. Herder es un claro ejemplo de este último tipo de lenguaje.

⁶⁰ Perkins, op. cit., págs. 132 y 140-141.

[a Dios] a quienes sólo acostumbran entender lo finito y baladí” –sostiene Schleiermacher. “Un poeta es un profeta” porque “participa en lo eterno, lo infinito y lo divino” –afirma por su parte Shelley.⁶¹

1.6. La centralidad del grupo en la constitución del yo. Los orígenes de la psicología social

A pesar de la individualidad y autonomía de un sujeto creador concebido aún a imagen de Dios, otros muchos sujetos van a participar en su constitución y desarrollo. En este sentido, el espíritu del yo no se contempla sólo en el espejo de la trascendencia; se constituye a la vez en el vínculo con la alteridad. Se convierte o llega a ser una mente “frente a otras”, en conexión con otros sujetos y con la totalidad del grupo al que pertenece. Como afirma Jacques Droz, “los románticos han reconocido pronto que esta individualidad genial, de la cual pensaban tener el secreto, no se podía alcanzar más que mediante el contacto continuo con otros hombres”, esto es “han dado prioridad a los vínculos de todo tipo que unen al individuo con la colectividad”.⁶²

De entrada, en el proceso de ontogenia el yo se aparecía más como un ser desvalido y necesitado del sustento, la protección y la comunicación de “alter” que como un demiurgo creador, divinizado y omnipotente. “...el niño, el lactante llegado al mundo: ¡hasta qué punto depende de la ayuda humana y de la compasión social!”. Frente al oso, el pájaro o el erizo –afirma Herder- el hombre llega al mundo como un ser débil, privado de habilidades o talentos específicos e incapaz de sobrevivir. Su debilidad originaria le predispone para el aprendizaje y la comunicación social. “...los niños satisfacen la ignorada necesidad de su naturaleza aprendiendo...Cada individuo es hijo o hija, ha sido educado mediante la enseñanza y, en consecuencia, ha recibido una parte del tesoro de pensamientos de sus antepasados, y los seguirá ampliando a su manera”.⁶³

Así las cosas, la *pertenencia al grupo* –que para ellos va a ser el pueblo, el “Volk”, la nación- se concibe como un requisito imprescindible para el *desarrollo del*

⁶¹ Las citas de F. Schlegel, F. Schleiermacher y P. B. Shelley están sacadas de C. Taylor “Fuentes del yo”...págs. 516-517 y de M. A. Perkins, “Nation and Word, 1770-1850”...pág. 134.

⁶² J. Droz, “Le Romantisme politique en Allemagne”, Paris: Armand Colin, 1963, págs. 13 y 16.

⁶³ J. G. Herder, “Ensayo sobre el origen del lenguaje”...págs. 208-210 y 222.

yo. “...ningún individuo se ha hecho hombre por sí mismo” –había afirmado Herder.⁶⁴ El hombre se desarrolla como tal –afirma Fichte- a partir del pueblo.⁶⁵ O, como manifiesta Friedrich L. Jahn: “El hombre está destinado a convertirse en hombre” –y abandonar la vida del animal- “porque siente la necesidad de unirse a los otros [hombres]”.⁶⁶ La conclusión parece evidente: solamente en grupo puede llegar el individuo a crecer, pensar, crear y, en definitiva, desarrollarse como ser humano.

Esta concepción socializada del yo no parece acotarse al período inicial de su desarrollo como individuo. La sociedad y la cultura se convierten ahora en ámbitos permanentes de definición para el sujeto. “El hombre individual –dice Humboldt- está siempre en relación con una totalidad...Su vida, se mire como se mire, está siempre vinculada a la sociabilidad...”.⁶⁷ O dicho de otra forma: el ser humano se define constitutivamente como ser social. No es posible pensar al individuo al margen de la sociedad, ni concebir un estado de naturaleza previo a un hipotético contrato entre los hombres. “El estado natural del hombre –afirma Herder- es el social”.⁶⁸

Además de expandir el *vínculo social* del individuo van a darle una profundidad mayor. Como hace notar Isaiah Berlin, la proposición de que el hombre es sociable por naturaleza ya había sido expuesta por un amplio elenco de pensadores –Aristóteles, Cicerón, Santo Tomás, Hooker, Grocio y muchos otros. Pero ninguno de ellos alcanza a dar a esa idea la consideración y la profundidad psicológica que va a tener en la tradición de pensamiento iniciada por Herder, Humboldt y Hegel. Para estos autores la naturaleza del vínculo social resulta decisiva en la conformación de la *personalidad del individuo*. La sociedad no sólo coadyuva, facilita o asiste el desarrollo del sujeto. Es mucho más que eso: la sociedad crea, define, construye subjetividad.⁶⁹

⁶⁴ Herder, “Ideas para una filos. de la hist. de la human.”...pág. 261.

⁶⁵ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 208.

⁶⁶ F. L. Jahn, “Das deutsche Volkstum” (1810), en L. L. Snyder (ed.), “The Dynamics of Nationalism”...pág. 153.

⁶⁷ Humboldt, “Sobre la divers. de la estruct. del leng. hum.”...pág 69.

⁶⁸ “Ideas para una filos. de la hist. de la human.”...pág. 279. O, como afirma en otra ocasión: “...el hombre es una criatura de rebaño, de sociedad” (“Ensayo sobre el origen del lenguaje”...pág. 208). En este punto sí se advierten diferencias con Rousseau. (Véase Barnard, “Herder’s Social and Political Thought”...pág. 54).

⁶⁹ En este sentido no le falta razón a Berlin cuando considera a Herder un adelantado de la psicología social. “...sean los que fueran sus defectos como profeta (y Herder habla con muchas voces, algunas de ellas muy poco claras y manifestando con frecuencia sentimientos contradictorios), como psicólogo social se elevó por encima de su generación; más claramente que ningún otro escritor, concibió y arrojó luz sobre la crucialmente importante función social de ‘pertenecer’ –sobre qué es pertenecer a un grupo, una

Este proceso de construcción social y cultural del yo va a realizarse en buena medida *a través del lenguaje*. Ya señalamos en un apartado anterior la importancia que tiene el lenguaje en la definición expresivista del sujeto. El hombre es “un tejido destinado al lenguaje” –había dicho Herder.⁷⁰ De forma parecida, Humboldt concibió el lenguaje como parte fundamental de la naturaleza humana, “indispensable para el desarrollo de sus capacidades espirituales”.⁷¹ Pero además, el lenguaje es –a juicio de estos autores- un producto eminentemente social, un legado colectivo que evidencia la naturaleza gregaria del sujeto y, sobre todo, pone de manifiesto la profundidad de su vínculo con la sociedad. “Con la lengua recibe [el niño] el alma entera, todo el modo de pensar, de sus progenitores” –se había adelantado a decir Herder.⁷²

Herder concibe el lenguaje como un producto colectivo, y llama la atención de su honda y duradera huella sobre la subjetividad (“¿Cuándo vamos a desconocer las palabras de la infancia, esos primeros compañeros de juego en la aurora de la vida con los que se desarrolló nuestra alma entera? ¿Cuándo las olvidaremos?”).⁷³ De forma parecida Fichte considera la lengua como legado de un pueblo que “acompaña al individuo hasta lo más recóndito de su pensar y su querer”.⁷⁴ Muy especialmente Wilhelm von Humboldt argumenta que el desarrollo social del lenguaje deja una impronta decisiva en los procesos cognitivos del yo, en su pensamiento y hasta en su propia autoconciencia (“el hombre sólo se entiende a sí mismo en cuanto que comprueba en los demás, en intentos sucesivos, la inteligibilidad de sus palabras”).⁷⁵ La lengua materna, la lengua del Volk –afirma Jahn- es “la puerta abierta al corazón, la

cultura, un movimiento, una forma de vida. Fue uno de los logros más originales” (“Vico and Herder”...pág. 194. Véase también pág. 199).

⁷⁰ J. G. Herder, “Ensayo sobre el origen del lenguaje”...pág. 180.

⁷¹ Humboldt, “Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano”...pág. 49.

⁷² “Ensayo sobre el or. del leng.”...pág. 210. Herder pone énfasis en el vínculo entre lenguaje y pensamiento. (Véase en la obra citada, págs. 165 y 196; y en “Ideas para una filos. de la hist. de la human.”... págs. 107-108 y 272). Una cuestión que retomará y desarrollará Humboldt.

⁷³ J. G. Herder, “Ensayo sobre el or. del leng.”...pág. 211. E inmediatamente después afirma: “Nuestra lengua materna fue simultáneamente el primer mundo que vimos, las primeras sensaciones que sentimos, la actividad y alegría que primero disfrutamos. Las ideas concomitantes de lugar y tiempo, de amor y odio, de alegría y actividad, así como lo imaginado junto con ellas por la borboteante alma juvenil, todo ello se eterniza a la vez: ¡el lenguaje se convierte en linaje!” (op. cit., pág. 211). Véase también su libro “Una Metacrítica de la ‘Crítica de la Razón Pura’”...pág. 373.

⁷⁴ J. G. Fichte “Discursos a la nación alemana”...pág. 138.

⁷⁵ Humboldt, “Sobre la divers. de la estr. del leng. humano”...pág. 93. Véase también pág. 90.

memoria y la razón [del sujeto]”.⁷⁶ En conclusión, todos ellos vienen a coincidir en la idea de que el individuo percibe, piensa, siente, quiere, se hace consciente o recuerda a través del lenguaje de su grupo social.

Dicho de otra manera, las personas que hablan una misma lengua desarrollan una *subjetividad semejante* en el ámbito de una comunidad compartida. Este pensamiento de corte psicosocial no era enteramente conciliable –no lo era al menos en términos lógicos- con la absoluta autonomía y la radical singularidad que habían atribuido al individuo. A fin de cuentas, el peso conformador del lenguaje, la relevancia constitutiva del vínculo social, la presencia definitoria de la alteridad, debería echar por tierra la concepción individualista del sujeto, la frágil arquitectura de unas mónadas que dejaba filtrar constantemente las voces externas de los otros hombres. Pero los autores mencionados no van a llevar tan lejos su reflexión.

De hecho, ninguno de ellos pretendía criticar frontalmente las bases ideológicas del individualismo romántico –la creencia en la autonomía, originalidad, expresividad o sacralidad del yo. Antes bien, persiguen en todo caso reproducir sus bases doctrinales a escala ampliada. Aspiran a la inclusión y unidad última de cada uno de los individuos en un Sujeto nacional de características semejantes: un Yo concebido como una entidad igualmente autónoma, única, original, creativa y sacralizada...pero colectiva.

El objeto de esta aspiración nos lleva al capítulo siguiente.

⁷⁶ F. L. Jahn, “Das deutsche Volkstum” (1810), en L. L. Snyder (ed.) “The Dynamics of Nationalism”...pág. 152.

CAPÍTULO SEGUNDO: LA NACIÓN COMO SUJETO DE 'LA HISTORIA'. NACIONALISMO E HISTORICISMO

El sujeto con vocación expresiva –la idea de un ser único, libre y creativo, dotado con hondura interior y llamado a expresar su individualidad- se convirtió pronto en una de las representaciones sociales más poderosas del mundo alumbrado por la Ilustración y el romanticismo. Probablemente no exagera Charles Taylor al considerar la individuación expresiva como “una de las piedras angulares de la cultura moderna”, una idea tan evidente y penetrante que apenas la percibimos como tal idea –una “creencia”, en sentido orteguiano. Además, la nueva idea no sólo se habría de considerar un atributo de los individuos sino que iba a hacer también referencia a las colectividades, muy en especial a las colectividades nacionales. En este sentido, estamos asimismo ante una de las nociones originarias y nucleares del nacionalismo moderno.¹

“Culturalmente, la idea más decisiva detrás del nacionalismo (o la identidad nacional) es la noción moderna de individuo” –ha afirmado con rotundidad el sociólogo norteamericano Craig Calhoun.² De hecho, la idea de nación parece reflejar al detalle la factura ideológica del hombre contemporáneo. Así, los historiadores románticos del

¹ Como el propio Taylor ha señalado en “Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna”...pág. 514.

² C. Calhoun, “Nationalism and Civil Society: Democracy, Diversity and Self-Determination”, en C. Calhoun (ed.), “Social Theory and the Politics of Identity”, Cambridge, Mass.: Blackwell, 1994, pág. 315. Véase también su libro “Nationalism”...págs. 44-45. En este último texto afirma: “...el discurso moderno de la identidad nacional está estrechamente vinculado a la idea del individuo. Las naciones son construidas como “super-individuos” por una parte y como categorías de individuos equivalentes por otra” (op. cit., pág. 125).

XIX se apresuraron a ver la nación como un sujeto potencialmente autónomo, con capacidad creativa, cualidades propias, valores diferenciados, y la vocación irrenunciable de vivir de acuerdo con esas capacidades, cualidades y valores. Cada nación –en consecuencia- tiene su idiosincrasia; no puede ni debe imitar los patrones y normas de conducta de las otras naciones.

La analogía individuo-nación se refuerza con el recurso incansable al lenguaje del antropomorfismo. Todos los nacionalistas de ayer y hoy hacen referencia a su colectividad como si efectivamente se tratara de un individuo o sujeto real–*el Sujeto de la Historia*. Pues la nación es considerada como una entidad dotada de “voz”, “conciencia” y “voluntad”; “carácter”, “alma” o “espíritu”; “genio”, “orgullo” y “honor”; “cuna”, “linaje” y “ciclos vitales” (“nacimiento”, “desarrollo”, “decadencia”, “miedo a la desaparición”...); “sueños” y “despertares”... “Que cada nación tiene una personalidad distinta –se preguntaba el historiador J. Holland Rose a principios del siglo XX- ¿quién puede dudarlo?”.³

Casi un siglo y medio antes el filósofo y teólogo alemán Johann Gottfried von Herder había considerado a las naciones como actores históricos con organismo y personalidad. Aunque otros se habían expresado ya en términos parecidos, fue Herder quien más contribuyó a acuñar y popularizar unos conceptos que todavía hoy forman parte del modo en que se alude a las naciones: “espíritu de la nación”, “genio de la nación”, “alma del pueblo”, “carácter nacional”, “organismo nacional”...Desde entonces, los tropos organicistas y las metáforas personificadoras se han convertido en figuras retóricas comunes al lenguaje nacionalista.

En cualquier caso, la analogía con el individuo no hace referencia a un ser humano atemporal e indeterminado sino a la noción específica de sujeto autónomo, creador y expresivo que se gesta a finales del XVIII, y que hemos analizado en el capítulo anterior. En este nuevo capítulo pasaremos revista a los “rasgos” similares que definen a la nación como sujeto colectivo. Nos serviremos para ello de algunas obras clave del primer nacionalismo –romántico e historicista- pero también de escritos posteriores que contienen la influencia directa e inequívoca de aquel nacionalismo originario.

³ J. H. Rose, “Nationality in Modern History”, N. Y.: Macmillan Co., 1916, pág. 17.

Así como el yo fue considerado una realidad unitaria y autónoma, como vimos más arriba, en el apartado que abre este capítulo veremos cómo las naciones fueron igualmente descritas como *unidades o totalidades indivisibles* –“organismos”- dotados de conciencia, voluntad y autonomía- “sujetos colectivos”. En el segundo apartado nos detendremos en una cuestión muy querida para el nacionalista: la defensa de la condición distintiva y original de la nación, la pretensión de su naturaleza particular. Para Fichte –y para muchos otros después de él- las naciones son *individualidades* con talentos particulares y con la posibilidad y el deber de desarrollarlos. En el tercer apartado veremos cómo el desarrollo de esos talentos se hace efectivo nuevamente a través de la expresión. También las naciones –como los individuos- necesitan *expresar creativamente* su individualidad para desarrollarse como sujetos plenos. De ahí la importancia del lenguaje y, muy especialmente, del lenguaje del arte en el relato nacionalista. Con frecuencia, la voz del artista representa la de todo el pueblo.

En el siguiente apartado nos fijaremos en otra cuestión clave en la visión del mundo del nacionalista. El sujeto nacional es, antes que nada, un “desarrollo en el tiempo”. El valor de su originalidad y fuerza creadora se considera una herencia del pasado. La nación es el *sujeto de la Historia* –tal y como ésta es concebida por el historicismo del XIX. Y el historiador tiene un protagonismo evidente en la formulación de la ideología nacionalista. Además del historiador y el artista, la religiosidad y el *tono moral del profeta* tiene un papel primordial, al menos en la formación ideológica del primer nacionalismo –cuestión que abordaremos en el quinto apartado. La Historia de la nación es, también, “ley de desarrollo de lo divino” –había afirmado Fichte en sus famosos “Discursos a la nación alemana”.⁴ La fe historicista en el devenir se sustenta igualmente en la creencia en un Dios benefactor.

La defensa de la unidad y autonomía de la nación, de su individualidad creadora, de su legado histórico y su misión providencial encierra en cualquier caso un *mensaje de regeneración colectiva* –como veremos en el penúltimo apartado. En vez de enfrentar tradición y progreso –como habían hecho los ilustrados- el nacionalista busca en el pasado, en la tradición y, muy especialmente, en los logros colectivos de una supuesta edad heroica, la inspiración y el sentido último de un progreso modelado a imagen de la comunidad, de su individualidad prístina y creadora.

⁴ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”..., pág. 208.

2.1. La nación como organismo y como sujeto

Como venimos señalando, de la misma manera que el yo había pasado a considerarse una realidad unitaria, indivisible y autónoma por parte de un sector crítico del racionalismo dieciochesco, también la nación se habría de concebir por las mismas fechas como una totalidad indivisible, una entidad unitaria representada no pocas veces como un *organismo vivo*, e incluso como un *sujeto colectivo*, con voluntad y autonomía. En esta representación de la comunidad estaba nuevamente implícita la revuelta romántica frente a la Ilustración –su mecanicismo, determinismo ciego y reduccionismo materialista.

Uno de los supuestos originarios del nacionalismo es el de considerar la colectividad *como si* fuera un producto de la naturaleza. Frente a la pretensión ilustrada de equiparar la sociedad y el Estado a una máquina, o a un artificio asentado sobre el acuerdo contractual o el interés de los individuos integrantes, el pensamiento romántico e historicista iba a considerar la nación *como si* de un organismo viviente se tratara. Nuevamente Herder se había anticipado a casi todos al decir que un pueblo era una unidad orgánica, “una planta natural” en desarrollo que no debía destruirse, sino cultivarse.⁵ En parecidos términos se expresaba Jahn, que considera a Prusia “el tronco de la planta alemana”.⁶ También Humboldt hacía uso de una metáfora organicista cuando afirmaba que el espíritu de un pueblo, su lengua, es “una unidad y el hálito de un ser vivo”.⁷

En la versión nacionalista elaborada por el romanticismo alemán –Fichte, Schlegel, Schleiermacher, Arndt, Jahn, Muller...- la *analogía de la nación con el organismo* se repite una y otra vez. En sus “Discursos a la nación alemana”, Fichte trataba de convencer a los alemanes de que, como pueblo, existían “por naturaleza” (pág. 197), tenían una “vida real”, un “cuerpo nacional” en constante “desarrollo” (págs. 120,143, 208), algo que –a su juicio- se evidenciaba en su lengua “viva” (págs. 138-

⁵ J. G. Herder, “Ideas para una filos. de la hist. de la human.”...pág. 285. Además de Herder, otro autor que ejerce una gran influencia en la aplicación de las nociones organicistas en la representación del Estado y la sociedad es, sin duda, Schelling. Véase en este sentido J. Droz, “Le romantisme politique en Allemagne”...págs. 53-54. Para la visión ilustrada del Estado y la sociedad puede igualmente consultarse el libro de Droz, en especial las págs. 16-18, 25 y 53-54.

⁶ F. L. Jahn, “Das deutsche Volkstum” (1810), en L. L. Snyder (ed.), “The Dynamics of Nationalism.”...pág. 150.

⁷ W. von Humboldt, “Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano...”, págs. 77 y 85.

145). La lengua –afirma Fichte- “se ha desarrollado ininterrumpidamente a partir de la vida común real de este pueblo, y...nunca ha aparecido...una idea fuera del contexto omnipresente de todas las demás ideas del mismo pueblo” (pág. 132). Y anunciaba que “un ejército de enfermedades” terminaría con los “miembros mortecinos” de la nación si la lengua se mezclaba o “corrompía” con elementos extraños (págs. 81, 120, 208).⁸

Además de la apelación a la naturaleza, la metáfora orgánica hace también referencia a la idea de *unidad indivisible* de la nación. La nación es una totalidad natural, una misma unidad en desarrollo, un todo orgánico que determina la vida de las partes. Ninguna idea puede existir al margen de las restantes ideas en la corriente vital del lenguaje –decía Fichte. Ningún “miembro” individual puede aspirar a una vida plena si pierde u olvida sus “raíces”. Asimismo, ninguna actividad social o “rama” de la cultura puede desarrollarse con independencia del tronco nacional del que procede. La organización política de la nación, sus leyes, ceremonial, arquitectura, religión, poesía, economía, lenguaje, mitos, epopeya, sus baladas...todo forma parte de la misma “vida” nacional.

Ninguna de estas actividades puede entenderse por separado, como ocupaciones independientes o dimensiones elementales del análisis científico social. Cada una de ellas es una manifestación de la “vida” del conjunto. Parafraseando a I. Berlin, las costumbres, las canciones o la legislación alemana son manifestaciones del mismo “desarrollo colectivo” que produjera las leyendas, las baladas y las crónicas alemanas, que hiciera posible la Biblia de Lutero o inspirase las artes, las técnicas, las imágenes y las categorías de pensamiento de los alemanes de ayer y de hoy.⁹

Esta idea de unidad o totalidad indivisible de la nación podía representarse también por medio de una analogía con el individuo. No sólo en su condición de realidad orgánica sino en la medida en que el yo era pensado –según vimos en el capítulo anterior- como una entidad unitaria, algo más que el ensamblaje de sus facultades o la suma total de sensaciones percibidas. Del mismo modo que la razón individual debía comprenderse en relación con los sentimientos, emociones, impulsos y fines morales del sujeto, las categorías de pensamiento de la nación (fijadas en su lenguaje) remitían a su expresión artística, mitos, costumbres y, en general, al modo de

⁸ Las páginas señaladas son de la ed. española, citada más arriba.

⁹ I. Berlin, “El retorno del bastón”, en G. Delannoi y P. A. Taguieff (comp.), “Teorías del nacionalismo”, Barcelona: Paidós, 1993, págs. 431-432. Véase también para la idea de “totalidad nacional” J. Breuilly, “Nationalism and the State”, Manchester: Manch. Univ. Press, 1982, págs. 337-338.

vida de la nación. El historiador nacionalista Rafael Altamira –muy influido por el historicismo alemán- defendía precisamente la validez de la analogía: “...así como la *totalidad* de las facultades, funciones y actos externos de un individuo, considerados a la vez en su desarrollo peculiar y en la relación en que se dan unos para otros, caracterizan al sujeto a quien se refieren, así *en el conjunto*...puede caracterizarse la vida de un pueblo...cada uno de los elementos de la vida adquiere su propio valor y ocupa el sitio que relativamente a los demás y al *todo* le corresponde...”.¹⁰

La *metáfora antropomórfica de la nación* era igualmente un recurso retórico imprescindible para estos autores. Herder había considerado la nación *como si* se tratara de una unidad orgánica. Pero el “organismo nacional” era capaz –a su juicio- de conciencia, voluntad, raciocinio, creatividad. Las naciones tienen “alma”, “genio”, “espíritu”, “carácter nacional”. Herder traza una analogía estrecha entre la nación y el *individuo*, de la que deriva hasta media docena de expresiones aceptadas por el pensamiento nacionalista posterior.¹¹ Desde entonces –afirma la antropóloga Katherine Verdery- “las naciones son concebidas –al igual que los individuos- como actores históricos, que tienen espíritus o almas, misiones, voluntades, genios...lugares de origen/nacimiento...y linajes...además de ciclos vitales...Las naciones, como los individuos, se piensa que tienen identidades, a menudo basadas en los llamados caracteres nacionales”.¹²

Fichte ve la nación alemana como un sujeto colectivo, un “yo nacional” que se autodetermina, a imagen del sujeto moral kantiano.¹³ Hegel concibe al pueblo a

¹⁰ R. Altamira, “La enseñanza de la historia”, Madrid: Fortanet, 1891, págs. 96-97, curs. añad. al orig.

¹¹ Karl Lamprecht considera a Herder como el creador del concepto de “alma del pueblo” (K. Lamprecht, “What is History?”, N. Y: Macmillan Co., 1905, pág. 19). Otras expresiones son anteriores, como la de “espíritu nacional”. A juicio de Berlin, se trata de una expresión acuñada probablemente por Friedrich von Moses. (“Vico and Herder...”, págs. 181-182).

¹² “Whither ‘Nation’ and Nationalism?”, en Balakrishnan (ed.), “Mapping the Nation”, London: Verso, 1996, págs. 228-229. Otros muchos autores han llamado la atención sobre esta analogía individuo-nación, tal y como fuera establecida por el primer nacionalismo romántico. Véase p. ej. Barnard, “Herder’s Social and Political Thought”...pág. 69; y Taguieff, “El nacionalismo de los ‘nacionalistas’”, en Delannoi y Taguieff, op. cit., pág. 91.

¹³ De nuevo nos referimos básicamente a los “Discursos a la nación alemana”. (Véase como ejemplo la pág. 77). Algunos autores –muy especialmente Elie Kedourie- han visto en el concepto de autodeterminación nacional una prueba concluyente de la influencia de Kant en la ideología nacionalista. Sin embargo, el yo racional kantiano está demasiado lejos de los postulados románticos y expresivistas de

semejanza del individuo –el “espíritu” o “autoconciencia” nacional tomando cuerpo en “la realidad concreta del Estado”.¹⁴ Michelet dirá que la nación es un “organismo vivo” con “alma” y “carácter” –el carácter nacional.¹⁵ La representación antropomórfica está también presente en autores mucho más cercanos en el tiempo a nosotros, influidos de una o otra forma por el pensamiento nacionalista. A juicio de Johannet, “...una nacionalidad es la idea de una personalidad colectiva, variable de inspiración, de conciencia, de intensidad y de grandeza...”.¹⁶ Las naciones son –en palabras de G. E. Partridge- “personalidades persistentes que andan con majestuosidad por las páginas de la historia con tremendo poder y tenacidad de propósito”.¹⁷

En cualquier caso, el sujeto que sirve de punto de comparación a la nación no es un ser atemporal, indeterminado o abstracto, sino que hace referencia a la idea de actor autónomo o autodeterminado que se constituye ideológicamente a partir de la Ilustración. Un sujeto al que se define –según hemos visto- como realidad unitaria e indivisible. “Así como las personas son concebidas como unitarias en el pensamiento moderno prototípico –ha afirmado recientemente C. Calhoun- del mismo modo las naciones son consideradas como totalidades”.¹⁸ Además –y como pasamos a ver a continuación- se trata de un sujeto al que se describe o caracteriza por su naturaleza única y original.

los pensadores posteriores como para considerarlo una figura fundamental para esta ideología. Más bien fue la lectura de Kant que otros hicieron –p. ej., Fichte- lo que resultó muy influyente en este terreno.

¹⁴ J. G. Hegel, “Lecciones sobre la filosofía de la historia”...pág. 93.

¹⁵ J. Michelet, “Le Peuple”, Paris: Lucien Reftot (1846) 1946, pág. 232.

¹⁶ R. Johannet, “Le Principe des Nationalités”, Paris : Nouvelle Libr. Nat., 1918, págs. 404-405.

¹⁷ G. E. Partridge, “The Psychology of Nations”, N. Y.: Macmillan Co., 1919, pág. 79.

¹⁸ C. Calhoun, “Nationalism and Civil Society”...pág. 315. En un libro posterior Calhoun ejemplifica la coexistencia ideológica de individualismo y nacionalismo por medio del pensamiento de Rousseau: “La idea de Rousseau...de la voluntad general supone una totalidad social, como una nación, y al mismo tiempo encarna su idea radical de la integridad y la libertad –la inalienabilidad absoluta- del individuo. La voluntad general es radicalmente ‘íntegra’, no un asunto de mera mayoría de votos, con todo también está presente en cada miembro individual del conjunto. Por paradójico que haya parecido a ulteriores analistas, Rousseau captura algo básico al discurso del nacionalismo afirmando simultáneamente la indivisibilidad de la persona individual y de la comunidad toda, y reclamando la posibilidad de una relación inmediata entre las dos” (“Nationalism”...págs. 44-45). Véase también J. S. McClelland, “A History of Western Political Thought”, London: Routledge, 1996, págs. 632-633.

2.2. La individualidad y originalidad de la nación

Si todas las actividades de la nación resultaban de la misma vida colectiva y no podían analizarse más que conjuntamente ello se debía en último término a que su desarrollo se consideraba a la vez como un proceso único, individualizado, extremadamente original. Lo que la poesía épica alemana tenía en común con la indumentaria alemana, la legislación alemana o la gramática alemana era un principio singular de desarrollo, un curso diferenciado de evolución, una secuencia particularizada de progreso. Todas las actividades nacionales eran resultado de un mismo proceso de individuación en el tiempo. Las naciones son –para el nacionalismo- *individualidades* que resultan de la historia.

Las naciones –decía Humboldt- tienen la singularidad de los rostros humanos: es posible descubrir semejanzas entre ellas –como entre las facciones de caras diferentes- pero “en ambos casos nos hallamos innegablemente ante una *individualidad*”. Cada nación tiene su fisonomía, y no hay medición ni descripción de las partes, ni por separado ni en conjunto, que pueda encerrar en un concepto su peculiaridad característica. A los ojos de Humboldt –y, en general, del primer historicismo- las naciones son sujetos únicos que no pueden explicarse o aprehenderse con leyes universales o fórmulas abstractas.¹⁹

También Herder había retratado a las naciones como sujetos con un temperamento o carácter diferenciado, un destino particular y un patrón único e inconmensurable de valores morales. Cada una de ellas tiene “su medida de perfección”: los fenicios, el espíritu del navegante y la iniciativa del mercader; los hindúes, un puritanismo retraído y un cumplimiento callado de sus deberes; los chinos, una refinada moral política; los griegos, la aspiración a la belleza sensible, a la ciencia y la constitución política...²⁰ Insiste a menudo en la inexistencia de una jerarquía universal de valores –como la que pretendía la Ilustración. La posibilidad misma de comparar patrones morales diferentes era –a su juicio- muy dudosa. “...¿quién puede

¹⁹ Su peculiaridad reposaría en cualquier caso en el conjunto –afirma Humboldt. Véase “Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano”...pág. 84. En expresión de Herder, “el carácter de una nación” –su ‘profundidad’ y ‘peculiaridad’- “huye de la palabra” (“Otra filos. de la hist. para la educ. de la human.”...pág. 295). Como vimos en el capítulo anterior, estos autores habían concebido igualmente a los sujetos individuales como seres únicos, inefables e inconmensurables.

²⁰ J. G. Herder, “Ideas para una fil. de la hist. de la human.”...págs. 503-504.

comparar la distinta satisfacción de sentidos distintos en mundos distintos...Al igual que cada esfera posee su centro de gravedad, cada nación tiene su centro de felicidad en sí misma”.²¹

Frente a la defensa racionalista de una civilización única o un progreso lineal indiscutible, Herder consideraba que la sociedad no podía asentarse sobre criterios exclusivos de voluntad o racionalidad, ni organizarse en torno a patrones normativos universalmente válidos. En vez de eso, era el desarrollo de la *individualidad* nacional, su vitalidad, talentos y valores –en una palabra, su *originalidad*- lo que haría posible el florecer de la civilización. La civilización humana no vive ni prospera en sus manifestaciones generales y universales sino en la particularidad de cada nación.²² A la misma conclusión iba a llegar poco después Fichte: la “esencia de la humanidad”, además de manifestarse con las más variadas matizaciones en los individuos, se manifiesta también “con la individualidad en general en los pueblos”.²³

Fichte reivindica en los “Discursos” la defensa de una nación con vida “propia” –una nación que no se entregue a “una vida extraña”- el desarrollo de la “peculiaridad” germana o –como afirma en otro momento- la permanencia de una individualidad autónoma e independiente que pone empeño en destacar: “...unida entre sí íntimamente por una lengua y una idiosincrasia común y diferenciada con claridad de los otros pueblos, estaba asentada la nación alemana en el centro de Europa...”.²⁴ Solamente aquellas naciones que se desarrollen “conforme a su idiosincrasia”, atendiendo la llamada de su “naturaleza espiritual” –afirma enseguida- son elegidas para perdurar en el tiempo.²⁵

El mensaje final de Fichte lo hemos oído ya referido al individuo: sólo aquellos sujetos que siguen su naturaleza interior, su voluntad o determinación original, aquellos que tienen voz propia, están preparados para la dignidad, la virtud y la realización

²¹ J. G. Herder, “Otra fil. de la hist. para la educ. de la human.”...pág. 301. Del mismo modo que –como fuera señalado- situaba la felicidad del yo en el “interior” de cada hombre.

²² Véase en este sentido la interpretación del pensamiento de Herder realizada por H. Kohn en “Historia del nacionalismo”, México: F.C.E. (1944) 1949, pág. 358.

²³ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 308. Como se ve, el filósofo alemán considera a la vez la individualización del ‘individuo’ y de la ‘nación’. Del mismo modo Humboldt creía en la existencia de una jerarquía de ‘individualidades’, entre las que contaba la persona individual y el ‘Volk’. Y ya hicimos mención en el capítulo anterior de la defensa de Herder de la ‘individualidad’ del yo, en términos muy parecidos a su descripción de las colectividades nacionales.

²⁴ J. G. Fichte, op. cit., págs. 68, 77, 208 y 302.

²⁵ J. G. Fichte, op. cit., págs. 308-309.

humana.²⁶ Se trata nuevamente de instigar la voz interior de la naturaleza, convertida en este caso en “voz del pueblo”. La misma naturaleza ha ordenado a los hombres en naciones, esto es, en *individualidades* históricas irreductibles que encuentran en sí mismas -más allá de toda ley universal- su propia norma o ideal de vida.²⁷

Este sentido de individualidad nacional se aparece como un recurso constante en las formulaciones sucesivas de la ideología nacionalista. Como afirma Calhoun, los ideólogos del s. XIX enfatizaron un “proceso de individualización” en el que cada pueblo asumía su carácter, misión y destino distintivo. “...Francia asumió su misión civilizadora, Alemania encontró su destino histórico, y los polacos cristalizaron su concepción romántica de la nación-mártir. Cada nación tenía una experiencia y carácter distintivo, algo especial que ofrecer al mundo y algo especial que expresar por sí misma”.²⁸

2.3. La expresión del pueblo. La importancia del arte en la ideología nacionalista

El desarrollo de esta individualidad nacional se hace efectivo en todo caso *a través de la expresión*. También las naciones –como los individuos- necesitan expresar creativamente su propia voz interior para desarrollarse como sujetos plenos. De ahí la importancia que la ideología nacionalista concede al lenguaje y, muy especialmente, al lenguaje del arte. La nación se aparece a menudo como una “obra de arte orgánica, planetaria” (Burke, Schleiermacher), una “voz coral” o “nota típica” en la sinfonía del cosmos (Herder, Altamira), un “orden arquitectónico” de la naturaleza (Barrès).²⁹

²⁶ De hecho termina diciendo: “...Solamente en las peculiaridades de las naciones, invisibles y ocultas incluso a sus propios ojos y que constituyen el nexo a través del cual se vincula con la fuente de la vida primaria, radica la garantía de su dignidad, virtudes y méritos presentes y futuros...” (op. cit., pág. 309).

²⁷ Véase para el concepto de ‘individualidad nacional’ la exposición de Herder que hace Z. Sternhell en “De l’historicisme au nationalisme de la terre et des morts”, prefacio a “Maurice Barrès et le nationalisme français”, Paris: Fayard, 2000, pág. 20.

²⁸ C. Calhoun, “Nationalism and Civil Society”...págs. 315-316. Adam de Hegedus afirmaba que “nada deprime más al nacionalista que el descubrimiento de que una institución nacional o una filosofía nacional querida por él es también una institución nacional o una filosofía nacional de otro país...” (“Patriotism or Peace?”, N. Y.: Scribner’s Sons, 1947, pág. 160).

²⁹ Véase M. Barrès, “Scènes et Doctrines du Nationalisme”, Paris: Libr. Franç. (1902) 1987, pág. 18; Herder, “Otra filos. de la hist. para la educ. de la human”...pág. 344. Influido asimismo por Herder –a quien cita en diversas ocasiones- Altamira gusta mucho de las metáforas musicales en su descripción de

Florian Znaniecki llamaba la atención sobre la importancia de los hombres de letras –escritores, poetas, dramaturgos...- en la articulación de la ideología nacionalista.³⁰ Autores más recientes han señalado el papel fundamental del poeta en los estadios iniciales del movimiento.³¹ Resulta en todo caso evidente, más allá de su presencia real en el movimiento nacionalista, el peso o influencia de su figura en la articulación misma de la ideología. La nación como sujeto se define necesariamente por su *creatividad*. En este sentido, el poeta pasó a concebirse como expresión del singular genio creador de todo un pueblo.

La inspiración auténtica del bardo procede del caudal de creatividad inagotable de la nación. Los grandes poetas –y, en general, todos los grandes artistas- sólo pueden realizar su acto de creación a partir del “genio colectivo”, esto es, como expresión del “alma nacional”. El *poeta* es, por tanto, un mediador, el portavoz del grupo, la *voz del pueblo*: “le da un mundo para contemplar, sujeta su alma en la mano” –dice Herder.³² La fórmula que vincula indisolublemente al poeta y al pueblo va a hacer fortuna, y será repetida mucho tiempo después, siempre desde parámetros ideológicos cercanos al nacionalismo original.

“El pueblo no escribe ciertamente sus opiniones –decía el filósofo catalán Carreras i Artau- más hay quien se las escribe...el poeta”.³³ Para el nacionalista italiano Scipio Sighele, el arte del poeta sigue los pensamientos y sentimientos “difusos” en el alma colectiva, y se nutre de ellos: “Los poemas homéricos de Grecia, las creaciones rapsódicas de todo país, no son más que lentas formaciones intelectuales creadas o

las naciones. Véase p. ej. “Filosofía de la historia y teoría de la civilización”, Madrid: La Lectura, 1915, págs. 129-131. (“Cada ‘civilización’ particular de aquellas que llegaron a madurez aprovechable, ha dado su nota típica...y ¿qué hará si le falta la colaboración de los que son grandes en aquellas otras notas que a él le faltan en la lira de su espíritu, o que no sabría hacer sonar con tan honda y comunicativa vibración...?...hace falta que las respetemos todas...”). En cuanto a las referencias a Schleiermacher y Burke están tomadas de Shafer, “Nationalism: Myth and Reality”, N. Y.: Harcourt, 1955, págs. 143-144.

³⁰ F. Znaniecki, “Modern Nationalities. A Sociological Study”, Urbana: University of Illinois Press, 1952, pág. 25. Véase también K. Symmons-Symonolewicz, “Nationalist Movements: A Comparative View”, Meadville: Maplewood, 1970, pág. 23.

³¹ Entre ellos, M. Hroch, “Social Preconditions of National Revival in Europe”, Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

³² J. G. Herder, “Werke”, vol. VIII, pág. 33, citado en Berlin, “Vico and Herder”...pág. 203. Para la relación entre el artista y el pueblo en Herder resulta útil, además del libro de Berlin, el texto más antiguo de R. R. Ergang, “Herder and the Foundations of German Nationalism”, N.Y.: Columbia University Press, 1931, pág. 87, y la breve exposición de P. García “Herder”, en A. de Blas Guerrero (dir.), “Enciclopedia del nacionalismo”, Madrid: Alianza, 1997, págs. 213-215.

³³ “La filosofía del derecho en el Quijote”, Girona: Carreras y Mas, 1903, págs. 26-27.

transmitidas por la muchedumbre”.³⁴ La obra de los grandes artistas –decía Joaquín Costa- es tanto del pueblo como del poeta. Aquel pone la materia primera, las ideas, su “soplo de vida”; éste se convierte en el mejor intérprete, le da un medio de expresión, lo pule y abrillanta hasta hacerlo inmortal. “Sólo se escucha una voz, pero esa voz es coreada: detrás del poeta, canta todo un pueblo”.³⁵

El predicamento del poeta sólo es comprensible en una colectividad que se autodefine por su capacidad creadora. A juicio del nacionalismo, la nación se constituye como sujeto individualizado y singular a través de *la expresión creativa* del pueblo. El arte no es un don restringido a una minoría de individuos cultivados ni una esfera de la vida social escindida de las restantes ocupaciones sociales. El arte es, más bien, el reflejo de todas las esferas de actividad de la nación, el producto creativo de todos sus miembros. En una palabra, el resultado conjunto del “genio nacional”.

Herder se había propuesto recuperar las múltiples y variadísimas manifestaciones tradicionales de expresión popular que –a su juicio- ponían al descubierto la creatividad sustancial del pueblo. En los viejos cantos populares, en los refranes, romances y poemas primitivos o cantares de gesta hallaba una vitalidad, audacia y originalidad semejante a la de los grandes poetas. Exhortaba a los alemanes a que recuperaran las canciones, tonadillas y narraciones folklóricas que todavía se podían oír en calles, plazas y mercados, o entre las poblaciones campesinas. Como afirma Hans Kohn, esta llamada de los primeros nacionalistas no iba a caer en el vacío: “...los jóvenes empezaron a coleccionar canciones y narraciones folklóricas entre los alemanes y entre muchas otras nacionalidades. Enseguida se dio nueva importancia al pueblo, a sus recónditos recursos de belleza y vigor, a su participación activa como un factor nacional...”.³⁶

La poesía y la canción popular pasaron a contemplarse como productos culturales privilegiados para la comprensión del “Volkgeist”. El propio Herder las consideraba una de las expresiones más puras o incontaminadas del “alma nacional”, de sus rasgos privativos y genuinos, la manifestación más cierta de sus virtudes y defectos,

³⁴ S. Sighele, “L’intelligenza della folla”, Torino: Fratelli Bocca Editori, (1903) 1922, págs. 22 y 31.

³⁵ J. Costa, “Poesía popular española”, Madrid: Librería de F. Fé (1881) 1888, págs. 10-11 y 18-21.

³⁶ “Historia del Nacionalismo”...pág. 368. Como afirma Juaristi, “la ciencia del folklore nació estrechamente vinculada al surgimiento de los nacionalismos en la época de las guerras napoleónicas” (“Introducción” a “En torno al casticismo”, Madrid: Bibl. Nueva (1895) 1998, pág. 33).

el espejo de sus sentimientos y metas últimas.³⁷ En el mismo sentido –mucho después– Joaquín Costa invitaba a los españoles al estudio sistemático de la poesía popular –romances y cantares de gesta, a los que añadía los refranes– como vía regia “para penetrar el pensamiento ético, religioso, jurídico y político que animó al pueblo...durante los siglos medios...”.³⁸ Y el nacionalista Ricardo Rojas proponía “una reconstrucción folklórica integral” –que incluía también danza y mitología– para determinar el “carácter nacional” de los argentinos. “...En el contoneo de la danza plebeya, en la melodía de sus cantos, en las imágenes de su poesía, en el concepto obscuro de sus mitos, es donde el pueblo refleja las perdurables idiosincrasias de su carácter”.³⁹

Poesía y canción popular, refranes y danzas, leyendas, baladas, romances, alfarería y cerámica, arquitectura vernácula, cuentos populares...Y junto a los variados registros del folklore, el *genio del pueblo* se manifiesta sin solución de continuidad en toda la *expresión del lenguaje*. La capacidad para el lenguaje –había afirmado en su origen el expresivismo alemán– permitía a los hombres una potencia creativa ilimitada.⁴⁰ Pero el lenguaje –señalaban asimismo Herder, Humboldt o Fichte⁴¹– era eminentemente un producto social, una herencia colectiva y, en consecuencia, una manifestación privilegiada de la creatividad popular.

De hecho, el nacionalismo valora la expresión del lenguaje en términos muy parecidos a los que utiliza para la creación del artista o la manifestación del folklore. La lengua nacional es un espejo del Volkgeist, una expresión pura del alma nacional y su genio creador único. “...el genio de un pueblo –afirma Herder– no se revela en ningún lugar mejor que en la fisonomía de su lenguaje”.⁴² A juicio de Humboldt, el lenguaje es “la manifestación externa del espíritu de los pueblos” y su recurso de “creación

³⁷ Véase la interpretación que al respecto hace R. R. Ergang en “Herder and the Foundations of German Nationalism”...págs. 220-221. En el mismo sentido afirma I. Berlin que “...la canción popular...es (para Herder) una respuesta a los deseos humanos más profundos, a los deseos colectivos que buscan expresar las experiencias comunes en formas simbólicas nunca soñadas en la filosofía de Voltaire” (“Vico and Herder”...págs. 179-180).

³⁸ J. Costa, “Poesía popular española”...págs. 18-21.

³⁹ R. Rojas, “Cosmópolis”, París: Garnier, 1908, pág. 49. Y añadía: “...cuando por una reconstrucción folklórica integral y definitiva hayamos aprendido a reconocernos, habremos dejado de tantear en la sombra la ruta de nuestro propio destino” (op. cit., pág. 49).

⁴⁰ Véase en el apartado “La expresividad y creatividad del yo”, del capítulo anterior.

⁴¹ Véase en el apartado “La centralidad del grupo en la constitución del yo...”, del capítulo anterior.

⁴² J. G. Herder, “Ideas para una filos. de la hist. de la human.”...pág. 273.

incesante”.⁴³ Solamente de la lengua viva, única y originaria del pueblo –dirá Fichte- puede surgir “la genialidad verdaderamente creadora”.⁴⁴

2.4. Historicismo: la centralidad de la Historia en la ideología nacionalista

Pero el sujeto nacional es, antes que nada, un *desarrollo en el tiempo*. El valor de su originalidad y fuerza creadora se considera una herencia del pasado, el resultado de muchos siglos de evolución. La nación es el *sujeto de la Historia* –en el sentido que a ésta le va a dar el historicismo del XIX. Y el historiador va a tener un protagonismo manifiesto en la formulación de la ideología nacionalista.

De hecho, además del poeta –y el filólogo- también el *historiador* está presente en el desarrollo de los movimientos nacionales europeos del siglo XIX. Como diversos estudios han puesto en evidencia, un número importante de historiadores integra a menudo la vanguardia del movimiento y participa directamente en la definición, justificación y difusión de la ideología. “Michelet, Burke, Müller, Karamzin, Palàcki y muchos otros suministraron la fundación moral e intelectual para un nacionalismo emergente en sus comunidades respectivas. Junto con los filólogos, los historiadores han proporcionado de muchas maneras la razón fundamental y la carta de privilegio de sus naciones aspirantes”.⁴⁵

En cualquier caso, su participación en la ideología no podía ser casual. Ocurre aquí algo semejante a lo que ya hemos visto en referencia a la figura del poeta. Más allá de su presencia real en el movimiento, la obra del historiador es de todas formas necesaria para construir la idea misma de colectividad nacional (“una nación –decía Disraeli- es una obra de arte y una obra del tiempo”).⁴⁶ La Historia es la materia básica

⁴³ W. von Humboldt, “Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano”...págs. 77 y 50.

⁴⁴ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 154.

⁴⁵ A. D. Smith, “Nationalism and the Historians”, en G. Balakrishnan (ed.), “Mapping the Nation”, London: Verso, 1996, pág. 175. Véase también Girardet, “Nationalismes et Nation”, Bruxelles: Complexe, 1996, págs. 33-34; Özkirimli, “Theories of Nationalism”, London: Macmillan 2000, pág. 23.

⁴⁶ B. Disraeli, “Whigs and Whiggism” (1836) pág. 343 –citado en F. Hertz, “Nationality in History and Politics”, London: K. Paul, 1944, pág. 29.

que funda el sentido de nación. Pensar en términos históricos es una condición sine qua non para imaginar comunidades nacionales.⁴⁷

Unos autores definen la nación preferentemente a partir del vínculo fundamental con la lengua y otros prefieren destacar la influencia decisiva de la religión, el paisaje, la raza o la organización política. Unos ponen el acento en los elementos voluntaristas de la ideología y otros apenas ocultan su factura determinista. Pero todos ellos establecen una identificación necesaria entre historia y nación. La nación es “un producto del proceso histórico” (R. Altamira).⁴⁸ “...una entidad natural, producto de la espontaneidad del desarrollo histórico” (E. Prat de la Riba).⁴⁹ “...una fuerza interna, espiritual...depósito del curso completo de la historia humana” (G. E. Partridge).⁵⁰ “Una nación –en la aclamada fórmula de Ernest Renan- es un principio espiritual resultante de complicaciones profundas de la historia...la posesión en común de un rico legado de recuerdos...la desembocadura de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de abnegaciones...”.⁵¹

Esta identificación entre comunidad nacional e historia está también presente en las primeras formulaciones nacionalistas. Si hay una ciencia que sirva de instrumento al “más genuino espíritu patriótico” esa es la Historia –había dicho Herder a los alemanes, invitándoles al estudio del pasado.⁵² La idea será recogida enseguida por los padres del nacionalismo alemán, después de la derrota de Prusia en Jena (1806). “Quien ame a su nación debe conocer su historia” –afirma Jahn.⁵³ La Historia no es solamente una “colección de ejemplos” –declara Savigny con solemnidad- sino “el único camino al conocimiento verdadero de nuestra condición.”⁵⁴ En todos ellos se repite la identificación plena entre nación e historia. Un pueblo es, en esencia, el resultado necesario de su

⁴⁷ Como afirman S. Reicher y N. Hopkins, “suprimir la historia de la nación es socavar su misma capacidad de ser imaginada como una comunidad diferenciada –esto es, su capacidad de existir” (“Self and Nation”...pág. 18).

⁴⁸ R. Altamira, “Psicología del pueblo español”, Madrid: Biblioteca Nueva (1902) 1998, pág. 65.

⁴⁹ E. Prat de la Riba, “La nacionalidad catalana”, Madrid: Alianza (1906) 1987, pág. 37.

⁵⁰ G. E. Partridge, “The Psychology of Nations”...pág. 213.

⁵¹ E. Renan, “¿Qué es una nación?”, Madrid: C. E. C. (1882) 1983, págs. 36-37.

⁵² Véase en R. R. Ergang, “Herder and the Foundations of German Nationalism”...pág. 232.

⁵³ “Das deutsche Volkstum” (1810), en L. L. Snyder (ed.), “The Dynamics of Nationalism”...pág. 152.

⁵⁴ Véase Koselleck, “Futures Past: On the Semantics of Historical Time”, Camb: MIT Press, 1985, p. 38.

historia, la serie total de hombres que “se reproducen natural y espiritualmente de manera continuada” –afirmaba Fichte.⁵⁵

De todas formas, la Historia de la nación se construye desde unos parámetros ideológicos muy concretos, a partir de planteamientos básicos al *historicismo* de la época. Según una interpretación muy extendida, el racionalismo del XVIII había juzgado la historia como un periodo ominoso de ignorancia, guerra y barbarie. Con su visión mecanicista del universo y su creencia en una naturaleza humana uniforme, los ilustrados habían puesto su foco de interés en el presente y en la aspiración a un futuro racional. La historia tenía poco que enseñar –nada, en realidad, tras el declive de Grecia y Roma. Aunque esta interpretación exagera la ausencia de interés hacia la historia por parte del pensamiento ilustrado –como expone J. A. Maravall⁵⁶– parece haber mayor coincidencia en constatar que el historicismo romántico impulsó definitivamente el interés por el pasado de las sociedades y el estudio de la historia. “¡...la historia ya no es para mí lo que antes parecía: una devastación sacrílega sobre una tierra sagrada!” –había proclamado poco antes uno de los profetas del historicismo.⁵⁷ Lo que caracteriza a esta nueva perspectiva es su creencia de que la historia no es una simple colección de abusos y supersticiones, sino el rastro más cierto para la explicación satisfactoria de los asuntos humanos.⁵⁸

La Historia se va a contemplar además como un proceso incesante de creación en que –en palabras de H. Kohn– lo importante no es ya lo general y común sino lo individual y único. “El pensamiento racional del s. XVIII, que culminó en Kant, había dado importancia a la ley, a los planes y a la finalidad; el nuevo concepto [de historia] desplazó el acento hacia el crecimiento, la vitalidad y la originalidad”.⁵⁹ Para el

⁵⁵ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...págs. 116 y 207-208.

⁵⁶ “...Si el siglo XVIII se apasiona por la física y pone en ella su ilusión de un progreso de las sociedades humanas, no menos en ese siglo hay que reconocer el arranque de una neta conciencia histórica que abrirá el camino a la comprensión de los hechos humanos...” (“Mentalidad burguesa e idea de la Historia”, R. de Occidente, Febr. 1972, nº 107, pág. 250). Y añade: “...Con frecuencia se ha hablado de la visión de la Historia, en los pensadores de la Ilustración, como el cúmulo de errores del pasado, puesto de manifiesto por la crítica racional...Este es un aspecto de la Ilustración que reiteradamente, de Meinecke a P. Hazard, se ha señalado. Pero la Historia es también, para el ilustrado, el procedimiento de repristinar y depurar instituciones, leyes, costumbres, etc, que vienen de atrás y pueden emplearse para rehacer, según las puras exigencias del modo de ser nacional, la decaída situación del presente” (op. cit., pág. 282).

⁵⁷ J. G. Herder, “Ideas para una filos. de la hist. de la human.”...pág. 266. Entre los grandes profetas del historicismo, G. Vico y J. G. Herder son referencias obligadas.

⁵⁸ Véase para esta cuestión G. G. Iggers, “The German Conception of History”...pág. 33.

⁵⁹ H. Kohn, “Historia del nacionalismo”...pág. 357. No obstante, también en este punto la contraposición entre Ilustración e Historicismo tiende a remarcarse en exceso. En el artículo ya citado, Maravall afirma

historicismo⁶⁰, *la Historia se escribe como una práctica individualizadora*, como una búsqueda de la secuencia de eventos que revela el desarrollo pretendidamente singular de las entidades humanas –sean éstas individuales o colectivas. Su objetivo final es la investigación detallada de los orígenes, crecimiento y propósito de estas individualidades.

El auge de la investigación histórica y el triunfo del historicismo a lo largo del siglo XIX guarda una relación muy estrecha con la propia expansión de la ideología nacionalista.⁶¹ El nacionalismo puede considerarse de hecho una ideología profundamente historicista –como afirma con acierto A. D. Smith- “cada comunidad en posesión de un carácter e historia únicas, y cada una el resultado de orígenes y desarrollos específicos”.⁶² El significado de tales historias no reside en la dirección de los acontecimientos hacia un fin racional único –como hubiera pretendido la Ilustración- sino en la multiplicidad de formas en que las distintas naciones se desarrollan y expresan como individualidades nacionales. La historia de la humanidad –decía Herder- “habla con mil voces y resuena con múltiples armonías”.⁶³

La Historia escrita por el nacionalismo, además de única, aspira a ser *popular*. Cuando exhorta al conocimiento del pasado, el nacionalista se queja con frecuencia de las historias parciales que desatienden el estudio de la literatura, la música, el lenguaje,

que el interés por “el contenido histórico concreto” y “los factores individualizadores” de la historia había sido poco a poco incorporado por el historiador ilustrado, sirviendo así de transición al “historicismo romántico, particularizador, diversificador” (op. cit., págs. 270-271).

⁶⁰ La historia, concebida como práctica individualizadora, es la vía decisiva para la explicación de los asuntos humanos, la clave para la comprensión del hombre como ser político, social y cultural: éste es el sentido básico de la ‘Weltanschauung’ historicista. No utilizamos el término ‘historicismo’ en la acepción relativista que, a fines del XIX, le diera Dilthey; ni tampoco en el sentido bien distinto que mucho después iba a darle Popper, que homologa el término al concepto genérico de ‘filosofía de la historia’. Ni el relativismo ni su opuesto son necesarios si tomamos el término en su acepción más clásica (como ‘Historismus’: historismo), y hacemos referencia, con él, a la decisiva importancia de la historia en la explicación satisfactoria de los asuntos humanos. Para una discusión más amplia del término ‘historicismo’ puede verse Iggers, “The German Conception of History”...págs. 287-290. Hay un resumen valioso de las diferentes acepciones en S. Giner, “Historicismo”, en S. Giner et al. (eds.), “Diccionario de sociología”, Madrid: Alianza, 1998.

⁶¹ Se ha dicho del XIX –el siglo en que emergió definitivamente la doctrina ‘historicista’- que fue probablemente el período más inclinado al estudio de la historia en Occidente. Véase p. ej., A. Ben-Amos, “The Uses of the Past”, en D. Bar-Tal y E. Staub (eds.), “Patriotism in the Lives of Individuals and Nations”, Chicago: Nelson, 1997, pág. 132. “Nunca fue la historia tan popular –recuerda por otra parte R. Stromberg- como en el período en que puso el énfasis en el ascenso de la nación y el destino de su pueblo” (“European Intellectual History Since 1789”, N. Jersey: Prentice Hall (1966) 1981, pág. 189.

⁶² A. D. Smith, “Nationalism and the Historians”...pág. 175. Resulta también de gran ayuda la exposición de Smith en “The Ethnic Revival”, Cambridge: Camb. Univ. Press, 1981, págs. 87-88.

⁶³ J. G. Herder, “Ideas para una Fil. de la hist. de la human.”...pág. 511.

la religión o las leyendas del pueblo. A menudo contrapone la historia de emperadores y casas principescas o la narración de los grandes sucesos del pasado a la labor callada y sencilla del pueblo llano. “...Si pudiéseris descender...a las casas de los ciudadanos, a las cabañas de los campesinos, y pudiéseris observar la vida tranquila y callada de estas clases en las que parece haberse refugiado la fidelidad y honradez...” –afirma Fichte.⁶⁴ De la ‘historia profunda’ de Herder a la ‘historia interna’ de Altamira o la ‘intrahistoria’ de Unamuno, el nacionalista convierte con facilidad la vida oscura y anónima del pueblo llano en protagonista de la historia.

“...Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia...la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna...”.⁶⁵ Hay una implicación aparentemente democratizadora en este intento de renunciar a una historiografía de reyes, príncipes y hombres de Estado. Pero la historia del pueblo se desdobra casi siempre en su vocación *populista*. El pueblo-actor es también el pueblo-objeto, la masa sobre la que obran los grandes hombres y genios de la historia. La ‘Historia’ de la nación es un relato improbable: anónimo y colectivo, biográfico y hagiográfico.

Así, Herder reprocha a la vez a sus coetáneos el olvido de la vida y obra de los *grandes hombres del pasado*, el núcleo de la nacionalidad. (“No de otra manera ejerce Dios su acción sobre la tierra, sino por medio de hombres elegidos y de gran envergadura”).⁶⁶ De forma parecida Grimm, Schlegel y otros románticos hacen referencia al papel fundamental de las individualidades creadoras. El pueblo es –como vimos– la fuente de vitalidad y creación...pero no sin que un genio module su voz o haga previamente de conciencia. Sin las “individualidades salientes” –dirá Altamira décadas más tarde– “la masa jamás daría forma artística y oportuna a su espíritu, o no

⁶⁴ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 341. Por su parte, Herder afirma: “¿Dónde está la historia del pueblo alemán? No la de los emperadores alemanes, no la de los príncipes alemanes y las casas principescas, sino la de la nacionalidad alemana, su organización, bienestar y lenguaje”, citado en R. R. Ergang, “Herder and the Foundations of German Nationalism”...págs. 220-221.

⁶⁵ M. de Unamuno, “En torno al casticismo”...págs. 62-63. De forma parecida, Altamira diferencia la ‘historia externa’ –las luchas y cambios de dinastía, las guerras y, en general, los grandes sucesos de la vida política– de la ‘historia interna’ –el estudio de las causas y elaboraciones pequeñas de la colectividad, los hechos que tienen su base en estados profundos de la cultura, las creencias y la economía de la masa. (“La enseñanza de la historia”, Madrid: Fortanet, 1891, págs. 89, 120-121; y “Discurso preliminar a una historia universal” (1917), en “Cuestiones modernas de historia”, Madrid: Aguilar 1935, págs. 28-29).

⁶⁶ J. G. Herder, “Ideas para una fil. de la hist. de la hum.”...pág. 265. Véase también R. R. Ergang, “Herder and the Foundations of German Nationalism”...pág. 222.

sabría concentrar sus aspiraciones latentes en esfuerzos reflexivos que las llevaran brevemente a término”.⁶⁷

A pesar del interés manifestado por los *pequeños hechos* de la vida cotidiana –la obra lenta, rutinaria, silenciosa, ‘intrahistórica’ del pueblo...- el pasado nacional se construye también a partir de *grandes hechos* y acontecimientos extraordinarios. Una nación –decía Renan- es la memoria común de grandes cosas hechas conjuntamente y el deseo de repetirlas. “...Un pasado heroico, grandes hombres, gloria...he aquí el capital social sobre el que se asienta una idea nacional.”⁶⁸ La Historia de la nación se cuenta con frecuencia como un relato de estilo elevado, personajes heroicos, empresas fabulosas y gestas memorables –a menudo luchas contra la opresión y contiendas militares. El estilo narrativo –y épico- del pasado se revela como otra condición fundamental para el ejercicio de imaginar historias nacionales.

Esto nos lleva a una última consideración. La pertenencia nacional se presenta siempre como un fenómeno de inserción en el tiempo de la historia (R. Girardet). Pero no en cualquier historia. La ‘Historia’ de la nación existe para ser contada –existe mientras pueda ser contada. Las naciones son como *narrativas del pasado colectivo* (H. Bhabha). Los ‘lugares de la memoria’ (P. Nora) son lugares de la novela nacional. El pasado se presenta con una estructura narrativa e invita a sus miembros a participar en la continuidad de la misma trama. La nación es “la constante reanudación y re-escritura de nuestro cuento” (A. D. Smith).⁶⁹

Historiadores y novelistas forman parte de la vanguardia del movimiento y contribuyen conjuntamente a modelar la conciencia nacional.⁷⁰ Historiadores como Michelet, Guizot, Prescott o Treitschke ‘desentierran’ y reúnen de manera siempre selectiva los datos y testimonios del pasado. Novelistas, dramaturgos y poetas como

⁶⁷ R. Altamira, “La enseñanza de la historia”...págs. 126-127.

⁶⁸ E. Renan, “¿Qué es una nación?”...pág. 37. Por su parte –y en referencia a la historia universal- dice Herder: “¡...La historia es un *drama* de infinitas escenas, una *epopeya* divina a través de todos los milenios, de todos los continentes, de todas las generaciones humanas, una *fábula* con mil formas y llena de sentido *grandioso*!...Veo una *obra* sin nombre, llena de nombres por todas partes, llena de voces y de fuerzas”, en “Otra fil. de la hist. para la educ. de la hum.”...págs. 343-344 (curs. añad. al orig.).

⁶⁹ A. D. Smith, “The Ethnic Origins of Nations”, Oxford: Blackwell, 1986, pág. 208. Véase igualmente Girardet, “Nationalismes et Nation”...pág. 77 ; H. Bhabha, “Narrating the Nation”, en J. Hutchinson y A. D. Smith (eds.), “Nationalism”...pág. 306; P. Nora (ed.), “Les Lieux de Mémoire”, vol. II, Paris : Gallimard, 1986; y S. Reicher y N. Hopkins, “Self and Nation”...pág. 150.

⁷⁰ Véase R. N. Stromberg, “European Intellectual History Since 1789”...págs. 188-189; P. Hall, “Nationalism and historicity”, Nations and Nationalism, Vol. III, Part 1, March 1997, pág. 7; E. A. Tiryakian, “Nacionalismo, modernidad y sociología”, en A. Pérez-Agote (ed.), “Sociología del nacionalismo”, Bilbao: UPV, 1989, pág. 148.

Alfieri, Körais o Walter Scott dan forma y estructuran el relato de la historia nacional. La *novela de la historia* es, seguramente, la única capaz de fundar sentido en términos nacionalistas, afirmando a la vez la unidad, individualidad, originalidad y continuidad temporal del sujeto protagonista –la Nación.

De hecho, la información necesariamente selectiva y unilateral del pasado se oculta tanto mejor –como afirma Habermas- “en la selectividad que es inherente a la forma narrativa”.⁷¹ Esta característica del relato es, en sí misma, muy relevante. El error histórico y el olvido del pasado son tan necesarios para la ideología nacionalista como la propia invocación o recuerdo de la historia. “...la esencia de una nación –decía Renan- es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que todos hayan olvidado muchas cosas”.⁷²

2. 5. Dios y patria. El peso de la religión en la Historia nacionalista

Pero si la nación se concibe como sujeto de la historia, el desarrollo de la misma es, a su vez, *parte de un designio providencial*, la manifestación de un espíritu trascendente que se realiza a lo largo del tiempo. Dios ha creado las naciones como parte de su plan divino. De ahí que los historiadores y poetas nacionalistas adopten con frecuencia el lenguaje y tono moral de los antiguos profetas.

La idea de que Dios deja su impronta en las capacidades y potencias de los hombres y se manifiesta providencialmente en el sentido mismo del progreso humano era evidente tanto en el deísmo del XVIII como en el idealismo religioso del siglo posterior.⁷³ De manera particular el historicismo de la época había destacado el origen divino de las naciones y el propósito providencial de la Historia. “Con admirable acierto distribuyó [la Providencia] los pueblos no sólo por selvas y montañas, mares y desiertos, ríos y climas, sino también por idiomas, inclinaciones y caracteres...”. Y su

⁷¹ J. Habermas, “Identidades nacionales y postnacionales”, Madrid: Tecnos, 1989, págs. 91-92.

⁷² E. Renan, “¿Qué es una nación?”...pág. 16. “El olvido, e incluso diría el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, y de aquí que el progreso de los estudios históricos sea frecuentemente un peligro para la nacionalidad. La investigación histórica, en efecto, ilumina los hechos de violencia ocurridos en el origen de todas las formaciones políticas, incluso aquellas cuyas consecuencias han sido más benéficas. La unidad siempre se hace brutalmente; la reunión de la Francia del Norte y la Francia del Mediodía ha sido el resultado de una exterminación y de un terror continuados durante casi un siglo...” (op. cit., págs. 14-15).

⁷³ Véase A. D. Smith, “The Ethnic Revival”...pág. 89.

desarrollo a lo largo de los siglos era igualmente una manifestación de aquella Providencia: "...si hay un Dios en la naturaleza, también lo hay en la historia...".⁷⁴

Como Herder, también Fichte piensa la historia como parte de un proceso trascendental, como manifestación o "envolvente de lo eterno".⁷⁵ Para Schelling, el hombre conduce a través del tiempo una continua prueba de la existencia de Dios ("la historia como conjunto es una continua revelación, siempre descubriéndose del absoluto").⁷⁶ Todos ellos ven en la historia una manifestación privilegiada de la divinidad. "Los caminos de la Providencia –afirma Hegel– son los medios, los fenómenos en la Historia, los cuales están patentes ante nosotros".⁷⁷

El desarrollo divinizado de la Humanidad a lo largo del tiempo se encarna en todo caso en los Sujetos de la historia –las naciones. De hecho, es a través de las cualidades propias y peculiares de la nación como la voluntad del pueblo se convierte en una manifestación de la voluntad divina –según reza la doctrina originaria del nacionalismo. "Cada nacionalidad –proclama Schleiermacher– está destinada a través de su organización peculiar y su lugar en el mundo a representar una parte determinada de la imagen divina...Porque es Dios quien directamente asigna a cada nacionalidad su tarea definida sobre la tierra...".⁷⁸ En términos muy parecidos había escrito Fichte que cada pueblo está sometido a "una determinada ley especial del desarrollo de lo divino a partir de él".⁷⁹ Toda nación "corresponde" a una potencia fundamental de la historia –afirma Francisco Giner décadas más tarde– "a una idea esencial, a un término del plan divino".⁸⁰

Aunque todos ellos creen en un orden providencial superior que habría creado y dispuesto el devenir secular de las naciones, desconfían al mismo tiempo de los vínculos tradicionalmente existentes entre Dios y los hombres, según el criterio de las religiones establecidas. Así, no sólo critican la doctrina revelada y el culto externo, sino que además impugnan la creencia en la intervención arbitraria y constante de Dios en la

⁷⁴ J. G. Herder, "Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad"...págs. 256 y 489.

⁷⁵ J. G. Fichte, "Discursos a la nación alemana"...pág. 213.

⁷⁶ Citado en W. Wundt, "Ética", Madrid: Daniel Jorro, (1886) 1917, vol. II, pág. 240.

⁷⁷ J. G. F. Hegel, "Lecciones sobre la filosofía de la historia universal"...pág. 30.

⁷⁸ La cita está tomada de E. Kedourie, "Nationalism", Oxford: Blackwell (1960) 1993, págs. 51-52.

⁷⁹ J. G. Fichte, "Discursos a la nación alemana"...pág. 208.

⁸⁰ F. Giner, "La persona social", Madrid, Librería Gº. de V. Suárez, 1899, pág. 277. Como es sabido, Giner estaba muy influido por el idealismo alemán, a través del pensamiento de Karl Krause.

secuencia de la historia. La Providencia –a juicio de Herder- no es “un espectro” que se aparece por las esquinas “para interrumpir constantemente el curso de las acciones humanas” en aras de un fin particular o caprichoso. “El Dios a quien yo he de buscar en la historia debe ser el mismo que se encuentra en la naturaleza” –afirma- pues también allí tienen validez unas “leyes naturales” que han sido creadas por la misma divinidad.⁸¹ La relación entre Dios y los hombres está mediada por las leyes de la naturaleza, que son también las de la historia.

A pesar de la crítica sustantiva a la religión tradicional sorprende la *influencia terminológica y temática de la tradición religiosa* en la formulación de la ideología. Así, p. ej., un aspecto común al lenguaje de este primer nacionalismo es la repetición de temas de las Sagradas Escrituras: el pecado, el sufrimiento y la salvación, la muerte y la resurrección, la misión y la elección, la visión mesiánica...todo ello aparece constantemente en el relato histórico de la colectividad nacional.⁸² Aunque utilizan a menudo fuentes de inspiración diferentes –como las del mito antiguo- las referencias bíblicas de autores como Fichte, Arndt, Michelet, Mazzini, Rojas o Costa se repiten una y otra vez, como si fueran incapaces de separar del todo la historia de las Escrituras de la Historia de la nación.⁸³

Reiteran p.ej., un mensaje o *idea de misión nacional*, la necesidad de expandir los valores y tradiciones del pueblo para hacer así avanzar una civilización que ha sido ordenada en cualquier caso por Dios. (“...la Providencia y el plan divino para el mundo...os conjuran a que salvéis su honor y su existencia”, exhortaba Fichte a los alemanes, y añadía: “...si vosotros os hundís, se hunde también con vosotros toda la humanidad sin esperanza de una restauración futura”).⁸⁴ Recurren igualmente a otra idea de claras resonancias bíblicas, la *idea de pueblo elegido*, la fe en la pertenencia a una nación que se considera escogida por Dios y beneficiaria del favor divino.⁸⁵ O, por

⁸¹ J. G. Herder, “Ideas para una fil. de la hist. de la hum.”...pág. 515.

⁸² Véase M. A. Perkins, “Nation and Word, 1770-1850”...pág. 18. Para la realización de este apartado estamos en deuda con el libro de Perkins.

⁸³ En referencia al último autor citado –Joaquín Costa- véanse los comentarios al respecto de J. Varela en “La novela de España”, Madrid: Taurus, 1999, pág. 132.

⁸⁴ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...págs. 344-345.

⁸⁵ “Uno de los más poderosos arquetipos de la identidad nacional única sigue siendo la de la narrativa bíblica del pueblo escogido de Israel. Fue central para la auto-conciencia de nacionalidad entre pueblos que estaban empezando a afirmar su carácter único e independencia como naciones soberanas en la Europa revolucionaria” (Perkins, “Nation and Word”..., pág. 155).

citar un ejemplo más, hacen otras veces referencia a una *idea mesiánica de nación*, la creencia de que el Hijo de Dios se encarna ahora en el espíritu del pueblo y se revela en su historia. (“No es suficiente decir que Dios se hizo hombre...”, afirma Michelet. Más bien –continúa– “debemos buscar cómo Dios se ha manifestado en el hombre de cada nación, cómo, en la variedad del genio nacional, el padre se ha adaptado a los deseos de sus hijos”).⁸⁶

Sorprende especialmente el *uso frecuente de profecías bíblicas*, y la emulación de la voz airada de los viejos profetas, de sus imágenes y de su tono moral. P. ej., en un pasaje de sus “Discursos”, ante la derrota de los alemanes frente a las tropas napoleónicas, Fichte se coloca abiertamente en la posición del profeta Ezequiel, se apropia de su visión ante el pueblo cautivo de Israel en el valle de los huesos secos (Ezequiel 37:1-10) y exhorta al renacimiento de la patria: “...La mano del Señor cayó sobre mí...me sacó y me llevó a un lejano campo que estaba lleno de huesos...Y el Señor me dijo: ‘Conjura al viento, tú, criatura humana, y dile: así habla el Señor. Ven desde los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vuelvan a vivir’. Y yo conjuré como Él me lo había ordenado. Entonces entró en ellos el espíritu y volvieron a la vida; se pusieron en pie y eran un gran ejército”.⁸⁷

Fichte no es el único que emplea este pasaje del Antiguo Testamento. En su mensaje de regeneración de España Joaquín Costa hace suyas las palabras de Ezequiel, y lo mismo hará Ricardo Rojas en su discurso a los argentinos (“...el espíritu de Jehová que está en la Historia, aún puede, en la visión de sus evocadores...abrir sus tumbas, congregar sus sombras y redimir un pueblo sobre su tierra...”).⁸⁸ Ahora bien, aunque ninguno de estos autores deja de otorgar a sus palabras un cierto sentido sacro, el

⁸⁶ J. Michelet, “Le Peuple”...pág. 243. Perkins desarrolla detenidamente esta idea: “ Los profetas románticos del nacionalismo...reinterpretaban a menudo el Viejo y el Nuevo Testamento para presentar una imagen mesiánica de la nación...Dios, se proclamaba, está encarnado en la soberanía y el espíritu del pueblo, revelado en su historia. Él sufre en y con ellos en su opresión, su voluntad es expresada en su misión, su Palabra en su lenguaje y literatura y es resucitado en su auto-realización última, libertad y satisfacción” (op. cit., págs. 175-176).

⁸⁷ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 119-120.

⁸⁸ R. Rojas, “La restauración nacionalista” B. Aires: M.J.I.P., 1909, pág. 472. Rojas reproduce el pasaje de Ezequiel varias veces a lo largo de su obra. En un libro posterior, a la vez que considera que se ha consumado finalmente aquel deseo de regeneración nacional, vuelve a decir: “...Y he aquí, señores, que el espíritu de la resurrección ideal ha venido de los cuatro vientos y ha soplado sobre la tierra argentina...y he aquí que un renacimiento nacional comienza a realizarse...” (“La Guerra de las naciones”, B. Aires: la Facultad, 1924, págs. 27-28). En relación a Costa, véase “Historia, política social, patria”, Madrid: Aguilar (1901) 1961, pág. 316. Tanto Costa como Rojas son autores muy influidos por la tradición idealista alemana.

significado de la profecía bíblica es radicalmente modificado y reinterpretado desde las coordenadas ideológicas del nacionalismo. Así, la visión original del profeta ante el pueblo elegido por Dios –y cautivo- pasa a ser ahora una representación alegórica de la demanda nacionalista de autonomía e individualidad del pueblo frente a las influencias foráneas, y convierte el valle sagrado de huesos y sombras redivivas en un símbolo historicista del pasado nacional.

2.6. El mensaje nacionalista: Historia y Regeneración

Las ideas esbozadas hasta aquí –la defensa de la unidad y autonomía de la nación, de su individualidad creadora, de su legado histórico y su misión providencial- se articulan conjuntamente en un *mensaje de regeneración colectiva*. Los profetas de la nación alternan casi siempre el tono admonitorio y la advertencia de peligros y amenazas inminentes para la colectividad con la promesa de una nueva era de realización y esplendor colectivo para la comunidad del futuro: “...el objetivo general de estos discursos –afirma Fichte ante los alemanes- consiste en proporcionar valor y esperanza a los fracasados, anunciar alegría en la profunda tristeza y superar con facilidad y en paz la hora del aprieto...La aurora del nuevo mundo ha irrumpido ya y dora las cumbres de las montañas dando forma al día que se acerca...”.⁸⁹

En cualquier caso, el reino prometido va a ser inexorablemente secularizado. Como afirma A. D. Smith, la ideología nacionalista no puede confundirse con la religión tradicional. Las sanciones, objetivos y valores de uno y otro divergen radicalmente entre sí, y expresan dos mundos diferentes de pensamiento y acción.⁹⁰ De entrada, frente al criterio supra-empírico de verdad, invocado por los textos sagrados, la ideología nacionalista aspira cuanto menos a legitimarse a partir de las leyes de la naturaleza y de la historia. En este sentido, los vínculos con la Ilustración son mucho más importantes que el parentesco trazado con la religión y la profecía. Pero, además, el mensaje fundamental del nacionalista sólo puede articularse a partir del pensamiento

⁸⁹ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...págs. 81-82.

⁹⁰ “Las teorías del nacionalismo”, Barcelona: Península (1971) 1976, págs. 94-97. No obstante, en libros recientes, Smith parece situarse más cerca de aquellos autores que equiparan el nacionalismo a la religión. P. ej., en “Nationalism” afirma que “a pesar de su empuje secularizador, el nacionalismo es en último término más afín a la ‘religión política’ que a la ideología política” (Camb.: Polity Press, 2001, pág. 35).

mismo de la Ilustración, en disputa con su noción de progreso secular, su idea de bienestar y felicidad mundanos, su definición de autonomía o su concepto de humanidad común.

Ya señalamos en el capítulo anterior las deudas intelectuales de Herder, Fichte, Jahn, Schleiermacher y tantos otros con el pensamiento ilustrado, con el que compartían una serie de preocupaciones comunes. Pero, a la vez, se oponen abiertamente a la concepción unitaria, uniforme e intelectualista del *progreso* (desconfían de la existencia de una ley ‘universal’ de desarrollo de las sociedades, de la fe ilimitada en la razón para el logro del bienestar y la felicidad entre los hombres, de la existencia misma de un patrón único de valores morales para la humanidad en su conjunto, etc.). Y critican repetidamente las influencias perniciosas y degenerativas que este progreso habría de tener en la comunidad: la hipertrofia del raciocinio, la mecanización desmedida de la sociedad, el utilitarismo, el materialismo y la corrupción de las normas morales, la disolución de las costumbres, la excesiva especialización del saber, la vida artificiosa e impersonal de las ciudades...y, muy especialmente, el olvido de las *tradiciones*.

Frente al programa de cambio y reforma social sobre la base de unos principios racionalistas que son considerados exógenos o foráneos, el nacionalismo reivindica un proyecto diferenciado y endógeno de regeneración colectiva sobre la base de la Historia. Dicho de otra manera, en vez de enfrentar tradición y progreso –como habían hecho los ilustrados- el nacionalista afirma la necesidad de buscar en el pasado, en la tradición y, muy especialmente, en los logros colectivos de una supuesta edad heroica, la inspiración y el sentido último de *un progreso modelado a imagen de la comunidad*, de su individualidad prístina y creadora. Éste era, en esencia, el mensaje de los profetas de la nación. La libertad de los antiguos pueblos germanos –dice Fichte- consistía en renunciar al esplendor, los placeres y la ley de Roma; en decidir siempre “de acuerdo con su espíritu”, y en poder así “avanzar en su progreso”. Este rasgo de la individualidad alemana –que incapacita para toda dependencia exterior- “podrá librarnos [de nuevo] de la ruina de nuestra nación en la confluencia con el extranjero” – afirma. “El nuevo mundo” –anuncia Fichte- se hará realidad como “continuación y consecuencia de la época pasada, sobre todo entre los alemanes”.⁹¹

La idea de *regenerarse a partir de la Historia* es repetida por los restantes nacionalistas de la época. (“...Nuestro sentimiento de nacionalismo, de germanidad, ha

⁹¹ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...págs. 215, 68 y 116.

estado desapareciendo cada vez más a causa de nuestros propios pecados. Debemos regresar al pasado perdido y recrear la nación, lo alemán, la patria” –afirma Jahn).⁹² Pero también por los nacionalistas posteriores, con escasas variaciones temáticas. “La España nueva”, la que aspira a vivir en la era moderna –dice Altamira- sabe que su mayor fuerza consiste en no romper la tradición, en continuar siendo “una personalidad definida” y utilizar con provecho “las creaciones” del pasado.⁹³ “...queremos el progreso con un contenido de civilización propia, que no se elabora sino en substancia tradicional” –afirma el argentino Ricardo Rojas. Para eso será necesario crear en la República conciencia y sentido histórico, “restaurar el espíritu tradicional”.⁹⁴ Todo lo demás –advierte con lenguaje bíblico- arte, riqueza, ciencia, orden, prestigio... “todo eso ha de venirnos en añadidura”.⁹⁵

Por supuesto, el nacionalista no aspira a reproducir en el futuro las condiciones de vida de los antiguos germanos, los españoles del Siglo de Oro o los gauchos argentinos...pero sí a captar el espíritu de unos antepasados ‘heroicos’ a los que la comunidad está supuestamente unida por lazos de sangre y lenguaje. El mensaje – afirma John Breuilly- parece claro: el vínculo con los héroes del pasado es una garantía para el futuro, la prueba inequívoca de que la comunidad podría de nuevo moldear el progreso a su imagen y semejanza, siguiendo el criterio definido por su individualidad creadora.⁹⁶

⁹² “Das deutsche Volkstum” (1810), en Snyder (ed.), “The Dynamics of Nationalism”...pág. 150.

⁹³ R. Altamira, “Escritos patrióticos”, Madrid: Libr. Fernando Fé, 1929, págs. 62-63.

⁹⁴ R. Rojas, “La restauración nacionalista”...pág. 91, 445 y 467.

⁹⁵ R. Rojas, op. cit., pág. 445.

⁹⁶ J. Breuilly, “Nationalism and the State”...pág. 347; A. D. Smith, “Las teorías del nacionalismo”...pág. 52; y, del mismo autor, “The Ethnic Origins of Nations”...págs. 196-197. Como afirma Breuilly, “el tema central de la restauración de una condición del pasado en la que la nación era más plenamente ella misma tiene un atractivo enorme y en parte da cuenta del impacto de la ideología y el simbolismo nacionalista” (op. cit., pág. 348).

CAPÍTULO TERCERO: NACIONALISMO Y PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS

Como ya vimos en el capítulo primero, un cierto pensamiento psicosocial en torno a la constitución del sujeto había ido formándose en las postrimerías de la Ilustración. Para su formación plena como ser humano el individuo debe formar parte de un grupo particular, socializarse en las prácticas y valores de la cultura, hablar la lengua de los antepasados. La comunidad de cultura y lenguaje es el ámbito necesario y decisivo para la aparición y el desarrollo completo de la subjetividad. Ahora estamos en condiciones de decir algo más de una psicología social que, en buena medida, había surgido de la mano de la doctrina nacionalista.

En la defensa y justificación de su ideología, el nacionalista afirma con frecuencia la naturaleza intrínsecamente social del individuo (“ningún hombre se basta por sí mismo...”, “el hombre ha nacido en sociedad”, “el hombre es, por naturaleza, un ser social”). A la vez, circunscribe esta naturaleza social al interior de un grupo o colectividad humana de la que el individuo habría recibido un legado de creencias, valores, prácticas, costumbres y tradiciones seculares transmitidas de generación a generación. Y considera –a menudo de modo implícito– que la colectividad en cuestión forma y moldea profundamente a sus miembros como ‘tipos’ específicos de personas. Esta psicología social en ciernes va a desembocar en los estudios sobre el carácter nacional y la psicología de los pueblos.

Para su formación o desarrollo como persona, el yo debe pertenecer a una colectividad social, pero no a una cualquiera, sino a la nación. Estamos ante una *psicología naturalizadora del nacionalismo*. De hecho, los rasgos psicológicos adscritos

a los miembros del grupo se determinan siguiendo los criterios nacionalistas de particularidad y originalidad, de creatividad y continuidad temporal. Los rasgos del carácter resultan de ‘la Historia’. Como afirman S. Ramírez y J. R. Torregrosa, la psicología de los pueblos no es sino la legitimación del nacionalismo cultural en el plano psicológico. “La creencia en la existencia de características psicológicas distintivas y estables en los miembros de cada nación constituyentes de un ‘Volkgeist’ o ‘comunidad de carácter’ es la base para defender el derecho a realizarse estatalmente como ‘comunidad de destino’”.¹

Los orígenes ideológicos de la psicología de los pueblos pueden localizarse en el último tercio del siglo XVIII y el primero del XIX, a partir de la influencia conjunta del idealismo alemán y el movimiento romántico. Como ha sido señalado anteriormente, una serie de autores entre los que se cuenta a Herder, Hamman, Fichte, Humboldt, Hegel o Herbart había prefigurado –con una profundidad desconocida hasta entonces- la naturaleza social del individuo, la decisiva importancia del grupo en la constitución de la personalidad. Para ellos, la comunidad de cultura y lenguaje en la que el yo había de formarse era –por naturaleza- una comunidad nacional. De este modo, el desarrollo psicosocial de la persona se anticipa como un proceso de educación nacionalista.

No obstante, este tipo de reflexiones en torno al desarrollo del sujeto no va a desembocar en la demanda de una disciplina diferenciada hasta la segunda mitad del siglo XIX, y a partir del influjo ulterior del positivismo de la época. Cuando Moritz Lazarus y Hajim Steinthal dan nombre al nuevo campo de estudio (“Völkerpsychologie”), pretenden impulsar una dirección más científica a los estudios sobre el Volkgeist del período romántico. Aspiran a identificar y definir de forma rigurosa y metódica el “alma de las naciones”, el “espíritu de los pueblos”, entendido ahora en el lenguaje de la nueva ciencia, esto es, como “mente” y “psicología de los pueblos”.

Por supuesto, esta propuesta académica estaba plenamente inmersa en las luchas políticas de mitad de siglo –y concretamente en la aspiración de los intelectuales alemanes a la creación de un Estado alemán unificado. Pero para Lazarus y Steinthal –y para los muchos psicólogos de los pueblos que les seguirían- la fundamentación y legitimación de las naciones necesitaba algo más que las referencias místicas y poéticas

¹ S. Ramírez y J. R. Torregrosa, “Psicosociología de las relaciones internacionales”, en J. L. Álvaro, A. Garrido y J. R. Torregrosa (coord.), “Psicología social aplicada”, Madrid: McGraw-Hill, 1996, pág. 208.

del Volkgeist y las invocaciones providenciales a la Historia. La visión vaga, imprecisa, literaria del nacionalismo romántico necesitaba revestirse de un lenguaje menos críptico, una terminología más rigurosa y una evidente pretensión de cientificidad. A la voz del poeta, el profeta y el historiador se une ahora la *voz del psicólogo*, hablando en nombre de todo un pueblo.

Si la mayoría de títulos sobre la psicología de los pueblos aparecidos en las décadas siguientes participa del mismo deseo de fundar sobre bases científicas el conocimiento del Volkgeist, no hay un criterio compartido a la hora de definir con claridad el objeto de estudio de la nueva disciplina, ni criterios comunes para discriminar los factores que participan en la formación del Volkgeist, o los procesos básicos que dan cuenta de su desarrollo en el tiempo. Con todo, a pesar de la heterogeneidad de las propuestas, podemos dividir la psicología de los pueblos en dos tradiciones más o menos diferenciadas. La primera, la “Völkerpsychologie”, mantiene una fuerte vinculación con el idealismo y el historicismo alemán, y otorga a la expresión del lenguaje y el arte un peso fundamental en la definición y desarrollo del alma o psicología de los pueblos. Dentro de esta corriente o cercanos a ella pueden situarse autores como Lazarus y Steinthal, W. Wundt, M. de Unamuno, R. Menéndez Pidal, E. L. André, O. Bauer, R. Thurnwald, R. Altamira, etc. En determinados pasajes los veremos articular sus ideas sobre la psicología de los pueblos en un mensaje manifiestamente nacionalista, dirigido a la regeneración de su patria.

La segunda tradición, mucho más positivista, vierte los antiguos conceptos románticos de la nación a las fórmulas de la biología y la psiquiatría finisecular, y explica la formación y el desarrollo del alma de los pueblos a partir de la influencia de la raza y los procesos inconscientes a lo largo de la historia. Aquí puede citarse a modo de ejemplo la psicología de los pueblos de G. Le Bon, A. Fouillée, É. Boutmy, P. Orano, W. McDougall, A. Arguedas, D. Abad de Santillán y un largo etcétera. Aunque, como señalaremos en el capítulo próximo, casi todos ellos provenían de ámbitos intelectuales alejados de las formulaciones doctrinales del nacionalismo, sus contribuciones a la psicología de los pueblos terminarán jugando un papel ideológico importante en la gestación de un nuevo nacionalismo, vitalista y de masas –el nacionalismo de M. Barrès, G. D’Annunzio, S. Sighele, J. M. Ramos Mejía y otros.

En este capítulo nos centraremos sobre todo en la primera tradición señalada. Las viejas filosofías de la historia, las antiguas concepciones metafísicas y literarias del

“espíritu del pueblo” necesitan en la segunda mitad de siglo del complemento de una ciencia nueva, la psicología de los pueblos. El Volkgeist –así reza el argumento- no es una realidad sustancial independiente de los individuos sino el resultado de los procesos o *características psicológicas particulares* que emergen a partir de la interacción social continuada en el tiempo, entre los miembros de una comunidad histórica. Este vínculo entre psicología e interacción social no era nuevo –lo hemos visto mencionar un siglo antes a los primeros ideólogos del nacionalismo. Pero sí es ahora más señalado y urgente para la justificación de las naciones en una era en que los argumentos sacros y líricos han perdido parte de su autoridad. De todo ello hablaremos en los dos primeros apartados del capítulo.

Las deudas intelectuales con el nacionalismo original son, en todo caso, notables. Con frecuencia, la Völkerpsychologie da por buenas las viejas analogías del Volkgeist, y retrata a la Nación como a un *Sujeto colectivo*, con organismo, alma voluntad, conciencia...y ahora, psicología. Sobre todo, define al Sujeto colectivo por su *capacidad de expresión*: el lenguaje y el arte van a tener una importancia capital en el desarrollo de la psicología de los pueblos (tercer apartado). Además, y aunque el nacionalismo deba buscarse a menudo en los supuestos implícitos a la doctrina, otras muchas veces articulan sus ideas sobre la psicología de los pueblos en un mensaje explícito de *regeneración nacional* dirigido a sus compatriotas (cuarto apartado).

En el último apartado veremos cómo la psicología atribuida al pueblo se elige siempre de acuerdo con los valores reivindicados por el *nacionalismo*, y que hemos señalado en el capítulo anterior. No vale cualquier rasgo del carácter. Sólo aquellos rasgos que determinen la individualidad, originalidad y creatividad del Sujeto portador, y que sean –a juicio de estos autores- herencia de ‘la Historia’.

3.1. Del ‘Volkgeist’ a la Psicología de los Pueblos

A mediados del siglo XIX –afirman Lazarus y Steinthal- la idea del Volkgeist flota en el ambiente. Nacida en tiempos de la Ilustración y difundida por toda Europa durante la época romántica, los movimientos nacionalistas de la primera mitad de siglo le habían dado carta de naturaleza. Sin duda, la idea en cuestión estaba muy presente entre algunos intelectuales alemanes, y especialmente entre aquellos que se unieron a la lucha política por la creación de un Estado unificado. Así, del Volkgeist alemán

hablaban los historiadores, los filólogos, los juristas, por supuesto los poetas alemanes...Sin embargo, algunos autores comenzaron a pensar que era necesaria una nueva ciencia para su estudio.

A pesar del amplio uso del término, Lazarus y Steinthal señalaban también que la idea corriente del Volkgeist carecía de rigor y precisión. Durante la segunda mitad del siglo XIX, y una vez agotado el período romántico, la visión poética y providencial del ‘espíritu del pueblo’ necesitaba buscar un fundamento y legitimidad ulterior en el ámbito de las nuevas ciencias positivas. En una época en que el “espíritu” individual comenzaba a convertirse de manera irreversible en la “mente” y la “psicología” del individuo, no tardaron en aparecer voces que adscribían de modo análogo una mente y una psicología para la nación. La analogía en cuestión va a dar nombre a la nueva ciencia del Volkgeist, como “Völkerpsychologie” (psicología de los pueblos). “Igual que la biografía de la persona individual descansa en las leyes de la psicología individual, también la historia –la biografía de la humanidad- recibe su fundamento racional de la ‘psicología de los pueblos’”.²

Lazarus, Steinthal y la mayor parte de los psicólogos de los pueblos reclaman, de entrada, una *dirección más científica* para el conocimiento del Volkgeist. Aspiran a identificar y definir de forma rigurosa y metódica el alma o espíritu nacional, entendido ahora como *psicología o carácter de los pueblos*. En este punto hay una enorme coincidencia en casi todos ellos, desde la aportación de Lazarus y Steinthal al planteamiento del primer Unamuno o la propuesta que más tarde va a hacer Otto Bauer sobre la psicología o el carácter nacional. “Hasta ahora –dice Bauer- los estudiosos han dejado casi enteramente la nación a los poetas, los columnistas de periódico y los oradores en reuniones públicas, en el parlamento y la taberna”. Pero –sigue diciendo Bauer- la tarea de explicar en términos causales la psicología o comunidad de carácter de los miembros de una nación solamente es postergada si recurrimos a la misteriosa terminología romántica del espíritu (o alma) de los pueblos. “...el espíritu del pueblo no es en sí mismo nada más que el carácter nacional transformado en una esencia metafísica, en un fantasma...”.³

² M. Lazarus y H. Steinthal, “Einleitende Gedanken über Völkerpsychologie”, 1860, 1, pág. 19. (Citado en G. Jahoda, “Encrucijadas entre la cultura y la mente”, Madrid: Visor, 1995, págs. 173-174).

³ O. Bauer, “The Question of Nationalities and Social Democracy”, Minneapolis, Univ. of Minnesota Press, (1907) 2000, págs. 19 y 23-24. Sobre el joven Unamuno, resulta acertada la valoración de Ereño Altuna: “...el primer Unamuno es una mezcla especial, por una parte, de talante y preocupaciones vertebralmente románticos, y, por otra, de tensión científica, de deseo de traducir positiva y

La psicología de tradición más positivista –a la que volveremos en el capítulo próximo- no hará sino reforzar este planteamiento, separándose aún más de la factura romántica e idealista del Volkgeist. Todos ellos parecen plantear, de entrada, una cierta exigencia de rigor positivo y metodológico. “Lo que los poetas antiguos decían de manera figurada, los científicos modernos han podido mostrarlo con el nombre de la realidad misma” –dice Fouillée en su “Psychologie du peuple français”.⁴ Entender la psicología italiana –afirma Orano- “es ante todo...una cuestión de método...se trata de no ir ya de las ideas a las cosas, sino de las cosas a las ideas”.⁵ La demanda de una psicología de los pueblos estaba siendo planteada igualmente por autores formados en la tradición idealista. “...necesitamos conocer la psicología del pueblo español, que apenas sí ha principiado a ser esbozada en la ciencia, y sin la cual la política española carece de base objetiva, científica...” –afirma Joaquín Costa.⁶

Procedente también del idealismo alemán, Wilhelm Wundt criticaba no pocos aspectos de las filosofías de la historia del período romántico, desde su marcado carácter providencialista (la Historia concebida como evolución de la propia divinidad) a las nociones vagas del Geist (‘espíritu’), el misticismo o la sustancialidad atribuida al Volkgeist. En sus estudios sobre ética Wundt había elogiado la filosofía de la historia de Herder y, muy significativamente, su defensa de las manifestaciones individuales de la Historia (“...la acentuación enérgica del valor independiente de todo fenómeno cultural, especialmente, por lo tanto, también de todo pueblo individual y de sus espirituales

científicamente ese mismo talante y esas preocupaciones. Los estudios folklóricos (lingüísticos, jurídicos, etc.) provenían...del romanticismo, de cuya filosofía profunda tomaban sentido y justificación, pero...(era) imprescindible su traducción científica...la mayor parte de su primera obra estuvo al servicio de una intención psicológico colectiva, de eso que se llamó ‘psicología de los pueblos’” (“De Psicología de los pueblos y de folklore”, Bilbao: Ereño, 1995, págs. 14 y 16).

En relación a Unamuno véase también A. Peña, “La ‘Völkerpsychologie’ y la visión de España en la generación del noventa y ocho”, Cuadernos Hispanoamer., ene 1978, n° 331, págs. 82-101; y C. Morón Arroyo, “‘Alma nacional: el transfondo sociológico de ‘En Torno al Casticismo’”, en T. Berchem y H. Laitenberger (coord.), “El joven Unamuno en su época”, Salam.: J. de Castilla y León, 1997, págs.11-29.

⁴ A. Fouillée, “Psychologie du peuple français”, Paris, F. Alcan (1898), 1921, pág. 385. Con palabras parecidas, Gropali afirma que el espíritu del pueblo “no debe tener nada de misterioso, sino que debe ser interpretado realistamente al margen de las nieblas románticas de los juristas de la escuela histórica y despojado de la fantasía de la escuela germánica” (“Psicologia sociale e psicologia collettiva” (1900), en “Sociologia e psicologia”, Verona: F. Drucker, 1902, pág. 153).

⁵ P. Orano, “Per una psicologia del popolo italiano”, en su libro “Psicologia sociale”, Bari: Gius, 1902, pág. 207. A la vez que manifiesta Orano su fe científica (op. cit., pág. 113), se declara positivista y experimentalista (págs. 345-346) y critica las ‘conclusiones idealistas’ de Wundt (pág. 107).

⁶ J. Costa, “Muerte y resurrección de España” (1898), en “Reconstitución y europeización de España y otros escritos”, Madrid: I. E. A. L., 1981, págs. 348-349.

creaciones”).⁷ Pero se distancia a la vez de su fuerte contenido teológico y su falta de rigor.⁸ Para evitar esta carencia, Wundt afirma que toda consideración sobre el valor de la Historia debe fundamentarse primero sobre la base sustantiva y metódica de la nueva disciplina, la psicología de los pueblos.⁹

“Indudablemente, la filosofía de la Historia habrá de seguir otras vías en el porvenir. Sin el auxilio de medios auxiliares de fuera del campo histórico, el cumplimiento de su propósito sería limitado....habrá de basarse en la historia de la evolución psicológica de la Humanidad” –afirma Wundt en una obra posterior.¹⁰ La idea de cimentar la filosofía de la historia sobre el conocimiento psicológico había sido planteada décadas atrás por Herbart (“...la filosofía de la historia depende de la psicología, y...no aspira a investigar los modos de la Providencia, que...aún son y permanecerán oscuros”)¹¹, pero sólo alcanzará resonancia intelectual en la segunda mitad del XIX, y aún más durante la crisis finisecular de la razón, en el período de eclosión definitiva de las ciencias de la mente.¹²

⁷ W. Wundt, “Ética”, vol. II, Madrid, Daniel Jorro (1886) 1917, pág. 215.

⁸ W. Wundt, op. cit., págs. 211 y 214.

⁹ W. Wundt, op. cit., vol I, pág. 2 y vol. II, pág. 360.

¹⁰ “Elementos de psicología de los pueblos”, Barcelona: Alta Fulla (1912) 1990, págs. 462-463. Adviértase que Wundt habla de “la evolución psicológica de la Humanidad”, no “de los pueblos”. De hecho, va a delimitar el ámbito intelectual de su ‘Völkerpsychologie’ al estudio de aquellos procesos psicológicos superiores –de actuación *universal*– que forman la base del desarrollo *general* de las comunidades humanas. De este modo, y en contra de la definición de la nueva disciplina que habían dado Lazarus y Steinthal, las diferencias entre las naciones no parecen relevantes para su ‘Völkerpsychologie’, pues no arrojan luz sobre aquellas leyes psicológicas universales. (Véase op. cit., pág. 462). Con todo, a pesar de que tanto la definición como el desarrollo de su Völkerpsychologie debían mucho al positivismo y al evolucionismo de la época, no pocos de los supuestos terminológicos y temáticos de Wundt estaban influidos por el historicismo y el idealismo alemán, como veremos en los próximos apartados.

¹¹ J. F. Herbart, “A Text-Book in Psychology”, N. Y.: Appleton (1816) 1896, pág. 192.

¹² No obstante, los autores influidos por la Völkerpsychologie no niegan la necesidad de articular una filosofía de la historia –como sí harán desde la tradición más positivista Le Bon, Fouillée o McDougall. La Völkerpsychologie –dice Wundt– “no puede abrigar la pretensión de sustituir a una filosofía de la historia ni de representarla en modo alguno”, aunque ésta última deba basarse en los conocimientos de la primera (“Elem. de psic. de los pueb.”...págs. 462-463). Por contra, la psicología de los pueblos de origen positivista rechaza plenamente la necesidad de la filosofía de la historia. A juicio de McDougall, “...la Filosofía de la Historia del pasado se relaciona con la ciencia sociopsicológica...como la alquimia se relacionó con la química, o la astrología con la astronomía. Esto es, fue un reino de ideas oscuras y fantásticas, de suposiciones dogmáticas y mal fundamentadas y razonamiento poco correcto...La tarea del análisis y la investigación científica fue evitada incorporando, como los principios explicativos principales o agencias causales, entidades vagamente concebidas que se consideran presidiendo el desarrollo de los pueblos...” (“The Group Mind”, Cambr.: Cambr. Univ. Press (1920) 1927, págs. 101-102). Un planteamiento parecido puede verse en Fouillée, “La ciencia social contemporánea”, Madrid: La España Moderna (1880) 1894, pp. 375-376.

Una de las críticas más comunes de la *Völkerpsychologie* a las anteriores filosofías de la historia es la que cuestiona la supuesta creencia en el *Volkgeist* como una entidad o sustancia espiritual independiente de los sujetos individuales. La posibilidad de un ‘espíritu colectivo’ que exista fuera de los sujetos o al margen de los procesos de conciencia y voluntad individuales –afirma Wundt– no se da en la experiencia. Pero no hay necesidad de tal “ente místico” –continúa diciendo el autor. Para certificar la existencia del alma de los pueblos bastaría con dejar constancia de los productos espirituales compartidos –como el lenguaje, el mito y la costumbre– que necesariamente emergen en los procesos de interacción social continuada y que influyen a la vez en el desarrollo de los miembros individuales de la comunidad. De ahí que la psicología de los pueblos se limite a estudiar los efectos sobre la mente del individuo de “todas las cuestiones espirituales que resultan de la vida humana en común y...suponen la influencia recíproca de muchos”.¹³

Tampoco Lazarus y Steinthal habían visto en el *Volkgeist* una realidad sustancial o entidad colectiva separada de la mente de los individuos. En el primer volumen de su revista pionera sobre la psicología de los pueblos definían el *Volkgeist* como “una conciencia similar de muchos individuos, además de una conciencia de esta similitud, que surge a partir de una descendencia semejante y una proximidad espacial”.¹⁴ Influido por esta misma tradición psicológica, Damian Isern suscribe la idea de Lazarus de que “la conciencia nacional se forma por lo que hay de común, en relación con la vida del Estado, en las conciencias individuales”.¹⁵ Otto Bauer, por su parte, critica también la noción sustancial del *Volkgeist* como un “fantasma romántico” (“...nosotros reconocemos solamente fenómenos psicológicos empíricos, que son

¹³ W. Wundt, “Elem. de psic. de los pueb.”...pág. 2. Para este punto véase también “Sistemas de filosofía científica”, vol. II, Madrid: D. Jorro, (1889) 1913, págs. 232-233, y “Compendio de psicología”, Madrid: La España Moderna (1896) s. a., pág. 420. Aunque Wundt –como ha sido ya señalado– aspiraba a estudiar los procesos psicológicos *universales* que se derivan del desarrollo de la vida colectiva *en general*, sin atender de entrada a las diferencias entre las distintas colectividades (o ‘naciones’), el peso o influencia del idealismo alemán a lo largo de su obra permitía hacer otras lecturas de su *Völkerpsychologie*, en clave más historicista. Y lo que es más importante, muchos autores de la época van a interpretar a Wundt en este segundo sentido.

¹⁴ Nos referimos a la revista *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, publicada entre 1860 y 1890. (Véase la referencia en G. W. Allport, “The Historical Background of Modern Social Psychology”...pág. 35).

¹⁵ D. Isern, “De la psicología del pueblo español y de la opinión pública”, en su libro “Del desastre nacional y sus causas”, Madrid: V. M. R., 1900, pág. 385.

entendidos en términos de su interdependencia”).¹⁶ Y el wundtiano Eloy L. André afirma que la “conciencia nacional” no es algo realmente distinto o externo a las conciencias individuales sino su integración o producto, “la resultante de los choques y reacciones” entre las conciencias individuales.¹⁷

No basta con negar la existencia de un alma colectiva, afirmando por tanto el origen individual de toda producción de la mente –sostiene por su parte Menéndez Pidal, otro autor influido por la *Völkerpsychologie* de Lazarus y Steinthal. Hay que considerar a la vez la “enorme coacción que sobre el individuo ejercen las ideas y sentimientos de sus coetáneos, y más aún, de sus antepasados” y que produce, en consecuencia, “elementos psíquicos comunes...de elaboración colectiva y tradicional”.¹⁸ La renuncia al *Volkgeist* como entidad metafísica separada de los individuos les lleva a traducir a un lenguaje más positivo la idea romántica del alma o espíritu nacional, en términos de influencia e interacción de las mentes individuales a lo largo del tiempo y, en concreto, entre los miembros de una comunidad histórica diferenciada. A partir del choque de las acciones y reacciones de los individuos entre sí –afirma Groppali– se forma un espíritu común que ejerce asimismo, a lo largo del tiempo, una influencia decisiva sobre la conciencia de los individuos. Describe así lo que considera un proceso fenoménico real, no fantasioso, del espíritu del pueblo. “Para nosotros –añade Groppali– el llamado espíritu del pueblo emerge simplemente de la combinación de los pensamientos, de los sentimientos, de las tendencias, de las aspiraciones y de las voluntades comunes a todos los individuos de un grupo dado...”.¹⁹

De nuevo hay en este punto una cierta continuidad entre las dos tradiciones de la psicología de los pueblos, al concebir en ambos casos el *Volkgeist* como *interacción*

¹⁶ O. Bauer, “The Question of Nationalities and Social Democracy”...pág. 24. Como otros autores, Bauer critica la noción sustancial del ‘alma’, individual o colectiva.

¹⁷ E. L. André, “La conciencia nacional y sus generadores” (1924), en “Españolismo”, Madrid: S. de Rivadeneyra, 1931, págs. 129 y 136-138. “Si la conciencia individual es aquella actividad sintética, organizadora de todos los elementos que el mundo aporta al ser humano, la conciencia social (entiéndase ‘nacional’) será la integración de conciencias individuales” (op. cit., págs. 136-137). Aunque muy influenciado por la *Völkerpsychologie* de Wundt, el modo en que André describe la “integración” de las conciencias individuales en la “conciencia nacional” se sirve también de los supuestos teóricos de la psicología de las masas (op. cit., págs. 138-139).

¹⁸ “Los españoles en la literatura”, Madrid: Espasa-Calpe (1949) 1971, págs. 18-19. A pesar de la fecha tardía del libro, la influencia de la *Völkerpsychologie* sobre Pidal se remonta a principios de siglo.

¹⁹ A. Groppali, “Psicologia sociale e psicologia collettiva”...págs. 150-152. “De todos modos, a esta palabra un tanto equívoca, que usamos sólo por comodidad –afirma refiriéndose al *Volkgeist*– no adherimos el significado de una especie de conciencia social que exista objetivamente fuera y más allá de las conciencias individuales” (op. cit., pág. 151).

mental entre los miembros del grupo a través del curso de la historia. Entre los individuos de la nación –afirma Fouillée- se producen acciones mutuas que resultan en una manera general de sentir, de pensar y de querer, y que no es sino el peso de la historia entera que el individuo experimenta en las relaciones con sus conciudadanos. Pero esta “conciencia nacional” no reside en un ente espiritual o cerebro colectivo – afirma el autor- sino en “la totalidad de los cerebros individuales” y en “la sistematización de ideas-fuerza en dependencia recíproca”.²⁰ La diferencia fundamental entre ambas tradiciones estriba en el modo en que una y otra va a explicar este proceso de interacción social continuada entre los individuos de la nación.

3.2. La construcción cultural y lingüística de la mente

De todas formas, la pertenencia y participación en el Volkgeist influye decisivamente en el desarrollo psicológico de los individuos. El vínculo entre psicología individual e interacción social continuada había sido establecido mucho antes por los primeros ideólogos del nacionalismo, como vimos en el capítulo primero de este trabajo. Pero resultaba más importante para la justificación de las naciones en un tiempo en que los argumentos sacros y líricos estaban perdiendo parte de su autoridad y legitimidad académica. Si los autores de la Völkerpsychologie consideraban necesario justificar complementariamente las analogías poéticas y religiosas del Volkgeist, tuvieron que recurrir con mayor insistencia a los *argumentos psicosociales* que habían sido perfilados por Herder, Humboldt o Herbart.

Precisamente Herbart se había adelantado a señalar que el hombre no nace con facultades fijas y que la vida mental del individuo es en buena medida producto de las relaciones sociales del entorno. “La psicología permanecerá sesgada en tanto que considere al hombre en soledad. Porque el hombre vive en sociedad”. Lazarus, Steinthal y, con ellos, la restante Völkerpsychologie, iban a hacerse eco décadas más tarde de esta visión necesariamente social de la psicología. “En cada conjunto social las personas individuales están relacionadas entre sí de un modo muy parecido al de los conceptos en

²⁰ A. Fouillée, “Psychologie du peuple français”...págs. 4-5 y 12.

la mente del individuo, si los lazos sociales son lo bastante estrechos para asegurar por completo la influencia mutua”.²¹

Casi todos ellos afirman, de entrada, la naturaleza social del ser humano. “...la realidad enseña que el hombre es recibido en todas partes, al nacer, en el regazo de la comunidad humana que le rodea” –afirma Wundt.²² A juicio del economista Vicente Gay –otro autor influido puntualmente por la *Völkerpsychologie*– “el hombre aislado no puede satisfacer sus necesidades de mejor suerte que agrupado en sociedad”.²³ Se trata de un dato incontrovertible, dice Enric Prat de la Riba casi al tiempo que saluda la obra de Lazarus y Steinthal: “...el hombre nace, crece, se forma y vive dentro de una sociedad”.²⁴ De este modo reconocen la naturaleza social del hombre y, más concretamente, su necesaria pertenencia a un grupo o comunidad determinada.

Además, *la pertenencia al grupo social* se considera –por parte de estos autores– como una *condición básica y definitoria del desarrollo psicológico del individuo*. De hecho, la individualidad o personalidad del sujeto solamente puede constituirse a partir de formas sociales de existencia, en el ámbito de la vida social. “...el individuo no es posible anteriormente a la sociedad, sino que considerado como personalidad individual autoconsciente, sólo es posible con la comunidad y en ella” –había dicho Wundt.²⁵ Siguiendo la estela del psicólogo alemán, Miguel de Unamuno afirmaba que “las que se llaman facultades superiores” tienen por origen el estado social, “la influencia de la sociedad humana sobre los individuos”.²⁶ Y Prat de la Riba sostiene, en sentido

²¹ J. F. Herbart, “A Text-Book in Psychology”...pág. 190.

²² “Evolución de las filosofías de los pueblos”, Madrid: Nueva Bibliot. Filos. (1915) 1929, pág. 131.

²³ V. Gay, “La psicología de los pueblos de España ante las fórmulas del progreso”, en “Constitución y vida del pueblo español”, Madrid: Bibl. Int. de C. Soc., 1905, pág. 358. Aunque Gay está muy influido por la rama más positivista de la psicología de los pueblos, el autor alude en repetidas ocasiones a Lazarus y Steinthal (págs. 266-267, 271, 274-275...), respaldando algunas de sus hipótesis, como la de la centralidad del lenguaje en la formación del “alma del pueblo”.

²⁴ E. Prat de la Riba, “La nacionalidad catalana”, Madrid: Alianza (1906) 1987, pág. 44. Aunque en la página referida habla Prat en nombre de los “sociólogos” y del sentido que dan de la “nacionalidad”, ésta concepción coincide básicamente con la de los fundadores de la psicología de los pueblos (op. cit. pág. 55) y con la que, al final del capítulo, aporta el propio autor (op. cit., pág. 57).

²⁵ “Sistema de filosofía científica”, Tomo II...pág. 233. Atender a que, a pesar de los vínculos ya señalados entre la *Völkerpsychologie* de Wundt y el evolucionismo de la época, el autor se separa en muchos aspectos de los evolucionistas clásicos. P. ej., en el mayor énfasis que pone en la naturaleza social del sujeto y en la determinación social de su vida psicológica. Esta cuestión está acertadamente señalada en Goldenweiser, “The Psychosociological Thought of Wilhelm Wundt”, en H. E. Barnes (ed.), “An Introd. to the History of Sociology”, Chicago: Univ. of Chicago Press, 1948, pág. 220. A juicio de Goldenweiser, “Wundt rompe el individualismo de los evolucionistas clásicos”(op. cit., pág. 220).

²⁶ “La enseñanza del latín en España” (1894), en “O. C.”, Vol. I, Madrid: Escelicer, 1966, pág. 880.

parecido, que la voluntad y el carácter del hombre -“su misma alma”- se educa y constituye “con los ejemplos que le rodean”.²⁷

En definitiva, tras manifestar la ineludible naturaleza gregaria del ser humano, los autores referidos sitúan la vida psicológica del yo en el ámbito de la comunidad de pertenencia, esto es, en interacción con los restantes miembros del grupo y sus productos espirituales heredados (lenguaje, mitos, costumbres, creencias, prácticas, valores...). El desarrollo psicológico del sujeto está vinculado y determinado necesariamente por la sociedad. Este vínculo psicosocial –establecido durante la infancia- no se rompe en los estadios ulteriores del desarrollo de la persona. Bien al contrario, a juicio de estos autores la comunidad en cuestión es el marco de referencia permanente para el crecimiento y la expansión de las capacidades del sujeto. “Como el desarrollo psíquico del niño deriva de una relación recíproca con el ambiente –afirma Wundt- así también la conciencia madura está en relación continua con la comunidad espiritual en la cual participa pasiva y activamente”.²⁸

Por supuesto, y como se desprende de la cita de Wundt, la determinación del individuo por parte de la comunidad nunca es completa. (“Cada uno de los individuos – dice Unamuno- determina por su parte a la colectividad...El individuo socializado individualiza a la sociedad, que, por su parte, socializa a aquel”).²⁹ Pero la comunidad toda, el Volkgeist, el legado espiritual que resulta de la interacción de las conciencias individuales en el transcurso de la historia- tiene una prioridad temporal lógica sobre el individuo, e influye decisivamente en su constitución mental.³⁰ Las concepciones transmitidas, el lenguaje y sus formas de pensamiento, las pautas de educación, las costumbres heredadas, los mitos seculares...todo ello son condiciones previas, pero necesarias y decisivas, para la experiencia subjetiva del yo.

De esta forma, *los productos culturales del pasado* tienen una *importancia capital en la constitución psicológica del sujeto*. Como resume Goldenweiser, “la vida psicológica del individuo está tan constantemente determinada, y tan estrechamente entrelazada con su entorno social que la una no puede entenderse sin el otro”.³¹ Las

²⁷ E. Prat de la Riba, “La nacionalidad catalana”...pág. 45.

²⁸ W. Wundt, “Compendio de psicología”...pág. 399.

²⁹ M. de Unamuno, “Más sociabilidad” (1898), en “O. C.”, Vol. XI...pág. 62.

³⁰ Sobre la relación entre el ‘desarrollo individual’ y el ‘Volkgeist’ como es analizada por Lazarus y Steinthal, véase G. Jahoda, “Encrucijadas entre la cultura y la mente”...pág. 171.

³¹ A. Goldenweiser, “The Psychosociological Thought of Wilhelm Wundt”...pág. 220.

costumbres compartidas proporcionan los límites dentro de los cuales actúa la volición individual. Los mitos establecen las bases de la capacidad imaginativa del sujeto. El lenguaje, por su parte, es el medio cultural en el que opera la actividad cognitiva. El lenguaje, el mito, la costumbre...y los restantes productos culturales conforman una “mentalidad” común entre los miembros del Volk –“la actividad [psicológica] común a todos los individuos”, dicen Lazarus y Steinthal.³²

Pero es sobre todo *el lenguaje el instrumento decisivo para la conformación social y cultural de la mente*. Ya fue señalada en un capítulo anterior la importancia que el expresivismo había otorgado al lenguaje en su definición del sujeto. “...Un tejido destinado al lenguaje”, había dicho Herder. En la misma línea Humboldt veía en la capacidad expresiva y lingüística un aspecto nuclear de la naturaleza humana. Los fundadores de la *Völkerpsychologie* van a seguir en este punto los pasos de Humboldt, concediendo al lenguaje una influencia determinante en la formación y en la actividad de la mente. No sólo Lazarus y Steinthal, también Wundt, y otros tantos autores próximos a la “psicología de los pueblos”, reiteran la importancia del lenguaje en el funcionamiento psicológico del individuo.³³ “El hombre es un animal que habla”. Por eso –dice Unamuno– “la lingüística ha de ser uno de los instrumentos más eficaces, el más eficaz acaso, de la investigación psicológica, allí donde cesa el concurso de la fisiología; en la lingüística ha de buscarse una de las primeras fuentes...del desarrollo superior psíquico del hombre”.³⁴ Su amigo, el escritor catalán Pere Corominas había llegado a una conclusión parecida en su “Psicología del amor patrio”: “...la lengua originaria, dando forma a todos los productos de nuestro cerebro, forma parte integrante de nuestro yo...”.³⁵

³² M. Lazarus y H. Steinthal, “Einleitende Gedanken über Völkerpsychologie”, 1860, pág. 29 ;citado en Jahoda, “Encrucijadas entre la cultura y la mente”...pág. 171. Véase también K. Danziger, “Origins and Basic Principles of Wundt’s ‘Völkerpsychologie’”, *British J. of Soc. Psych.*, 1983, 22, pág. 309. Aunque Wundt estudiaba el lenguaje, el mito y la costumbre con el propósito de proporcionar una explicación de los procesos psicológicos universales, la mayor parte de los ‘psicólogos de los pueblos’ estudiaban estos u otros productos culturales con la intención última de acceder a una supuesta ‘psicología’ diferenciada y exclusiva de cada uno de los pueblos o naciones. (Ésta era básicamente la segunda parte del programa de la *Völkerpsychologie* de Lazarus y Steinthal).

³³ En relación a Wundt, Danziger resume acertadamente su posición: “...No era la comunicación algo añadido a la mente después de su formación. El hecho de que la base de la comunicación conecte con el nivel más primitivo de funcionamiento significaba que, desde el principio, la mente del individuo era parte de un sistema psicológico trans-individual mantenido mediante vínculos establecidos a través de la comunicación de gestos” (“Origins and Basic Principles of Wundt’s *Völkerpsychologie*”... pág. 309).

³⁴ “La enseñanza del latín en España” (1894), en “O. C.”, vol. I...págs. 879-880.

³⁵ P. Corominas, “Psicología del amor patrio”, *Ciencia Social*, año II, marzo de 1896, nº 6, pág. 173.

El nexo entre la herencia cultural lingüística -la lengua del pueblo- y la psicología del individuo se establece en buena medida a través de las categorías de pensamiento. De nuevo, Herder y Humboldt habían dado ya los pasos decisivos, al conectar indisolublemente razón y lenguaje. Las categorías del conocimiento, que para Kant habían sido trascendentales y universales, se transformaban desde este punto de vista en categorías lingüísticas. Años más tarde, Steinthal defiende la misma hipótesis: “Es a través de los ojos como el alma ve, y a través del lenguaje como piensa”.³⁶ Y Wundt va a establecer un vínculo estrecho entre el lenguaje y todos los procesos cognitivos superiores –“unido al lenguaje va el pensamiento”, afirma.³⁷ Por su parte, y tras reconocer la deuda intelectual con la *Völkerpsychologie* de Lazarus y Steinthal, Unamuno vuelve a subrayar el carácter lingüístico –y, por tanto, colectivo- de la razón humana: “...El hombre piensa con palabras, el lenguaje ha nacido con la razón, y hasta la ha hecho, y como es el lenguaje producto social o colectivo, producto social es la razón también”.³⁸

Que la razón individual –dependiente del lenguaje- sea considerada un producto colectivo pone nuevamente de relieve la profundidad del vínculo psicosocial definido por la *Völkerpsychologie*. Pero la intención última de estos autores era además la de inscribir y naturalizar este vínculo en el seno de un grupo concreto, una colectividad definida, una comunidad política imaginada que reivindica para sí la razón y la palabra –el legado transmitido por la lengua y la visión privilegiada del progreso. En los apartados que restan de este capítulo destacaremos la dificultad de ofrecer una valoración acertada de la psicología de los pueblos al margen de la ideología nacionalista.

3.3. La nación como sujeto de expresión y creatividad

Las deudas intelectuales con el nacionalismo original son, de hecho, notables. A pesar de las pretensiones científicas de la *Völkerpsychologie* y su empeño en traducir a

³⁶ “Der Ursprung der Sprache”, Berlin: Dümmler, 1888, pág. 120; citado en G. Jahoda, “Encrucijadas entre la cultura y la mente”...pág. 170. A juicio de Jahoda las influencias probablemente más importantes sobre el pensamiento de Lazarus y Steinthal fueron las de Herbart y Humboldt (op. cit., pág. 158).

³⁷ W. Wundt, “Elem. de psic. de los pueblos”...pág. 50.

³⁸ M. de Unamuno, “El siglo en España. La lingüística” (1901), en “O. C.”, Vol. IV...págs. 345-346.

un lenguaje más positivo el estudio del Volkgeist, los planteamientos, formulaciones y hasta la terminología de la nueva disciplina tiene una gran continuidad con la literatura nacionalista de la época romántica.

De entrada, la Völkerpsychologie da por buenas las viejas analogías del *Volkgeist*, y retrata a la nación una vez más *a imagen de la persona individual*. Por supuesto, los autores citados niegan repetidamente que el espíritu de los pueblos pueda ser una entidad metafísica, una realidad orgánica o una sustancia espiritual separada de los individuos miembros. El Volkgeist –como hemos visto– no podría ser para ellos más que la integración, interdependencia o semejanza de las conciencias individuales en el curso de la historia. Pero persiste con todo la representación final de la nación *como si* de un sujeto o personalidad colectiva se tratara.

Dicho de otra manera, también ellos parecen recurrir a la *representación antropomorfa* de la colectividad nacional acuñada en tiempos de Herder, por mucho que enfatizen ahora el sentido analógico de la misma, o se vean obligados a algún tipo de justificación ulterior para conjurar toda sospecha de misticismo romántico. En cualquier caso, la nación se describe nuevamente *como si* fuera un Sujeto colectivo, *como si* tuviera organismo, *como si* tuviera alma, voluntad, conciencia, personalidad, carácter...y psicología propia. A principios de siglo Herbart había adoptado una postura parecida. Aunque rechazaba la existencia del ‘alma del pueblo’, establecía una estrecha analogía entre el funcionamiento de la colectividad y el funcionamiento de la mente del individuo.

Cuenta Gustav Jahoda que este paralelismo sirvió de inspiración a Lazarus para el nuevo campo de la “psicología de los pueblos” (“...en la mente colectiva...las mentes individuales se comportan exactamente de la misma manera que los conceptos particulares, o elementos mentales en general, se comportan dentro de la mente individual”).³⁹ Lazarus y Steinthal van a proponer una relación de semejanza entre el ‘Geist’ individual y el ‘Volk-geist’, a la vez que vinculan hegelianamente la colectividad con el Estado nacional. Sobre esta analogía básica era posible trazar otras muchas correspondencias. Así, hablan de la “salud del cuerpo político” y el

³⁹ M. Lazarus, “Einige synthetische Gedanken über die Völkerpsychologie”, 1865, p. 9; citado en Jahoda, “Encrucijadas entre la cultura y la mente”...pág. 166.

“sentimiento de nacionalidad” –que se corresponden con la salud y el sentimiento de personalidad del individuo.⁴⁰

Aunque Wundt criticaba la concepción analógica de la *Völkerpsychologie* de Lazarus y Steinthal, él mismo no dejó de trazar una serie de semejanzas entre el individuo y la colectividad nacional. En las comunidades sociales, y especialmente en el ámbito del desarrollo del lenguaje, el mito y la costumbre, se producen una serie de conexiones y relaciones espirituales que, si bien no existen fuera de los procesos de la conciencia y la voluntad individuales, hay que atribuir una realidad. “En este sentido, -afirma- la conexión de las representaciones y de los sentimientos, dentro de una comunidad social, puede designarse llamándola ‘conciencia colectiva’, y a las direcciones comunes de la voluntad, ‘voluntad colectiva’”.⁴¹

La personificación de la comunidad –y en concreto, de la nación- resulta evidente. “Personas reales –afirma Wundt en otro momento- ...sólo hay dos: la persona individual y la personalidad general del Estado”.⁴² Wundt adscribe al Estado-nación una serie de propiedades y características únicas –la posesión de “organismo”, la capacidad de “voluntad” y “autoconciencia”- que sólo pueden atribuirse al sujeto individual. Así, *puede decirse* que la colectividad tiene un “organismo” en el sentido de “una concordancia o síntesis armónica de todos los fines comunes de la vida”.⁴³ Y también que será capaz de “determinarse” libremente en la medida en que sus leyes propias constituyan un sistema de autorregulaciones gobernadas por la voluntad y la conciencia colectiva.⁴⁴

Otros muchos autores cercanos a la *Völkerpsychologie* van a dar por válida la analogía. Por ejemplo, en su “Psicología del pueblo español” Rafael Altamira considera la nación como “una persona claramente definida y real en el concierto de las otras muchas en que se divide hoy la humanidad civilizada”. De ahí que hable de su

⁴⁰ Véase G. Jahoda, op. cit., págs. 166 y 171.

⁴¹ W. Wundt, “Compendio de psicología”...pág. 420.

⁴² W. Wundt, “Ética”...vol. III, págs. 407-408.

⁴³ W. Wundt, “Sistema de filosofía científica”...vol. II, pág. 244.

⁴⁴ W. Wundt, op. cit., págs. 246-247. Véase también su “Ética”, vol. III...págs. 404-408. Además –afirma Wundt- las acciones de “una comunidad bien constituida” surgen de “una voluntad colectiva” que posee la propiedad de la libre elección “en un grado muy superior a las facultades individuales” (“Sistema de fil. cient.”...vol. II, págs. 246-247; “Ética”...vol.III, págs. 405 y 408). H. K. Haeberlin fue uno de los primeros en criticar las constantes analogías entre el organismo del sujeto y el organismo del Estado, y entre la mente individual y el alma del pueblo. Véase su artículo “The Theoretical Foundations of Wundt’s Folk-Psychology”, *Psychol. Review*, 1916, vol. 23, págs. 290-291.

“conciencia” y su “personalidad”, de su “genio” y “carácter” propios, de su “idiosincrasia” y su “psicología”.⁴⁵ T. Carreras i Artau describe por su parte al pueblo como “una persona colectiva dotada de necesidades, ideas y sentimientos”, una persona con “unidad psicológica”, capaz de crear, sostener y transformar el lenguaje, el derecho y las instituciones.⁴⁶ Y el psicólogo Eloy L. André se refiere a la nación como si fuera un sujeto con “conciencia”, “voluntad” y “personalidad” colectivas.⁴⁷

En todo caso, y debido a la afinidad terminológica con el pensamiento romántico y el idealismo de la primera mitad de siglo, la *Völkerpsychologie* describe nuevamente la nación como un Sujeto colectivo, con “organismo”, “voluntad” y “conciencia”, con la capacidad de determinarse libremente. Casi todos ellos hablan otra vez del “espíritu” y el “genio del pueblo”, del “alma de la nación”. Pero también de la “mente colectiva”, el “carácter nacional”, la “personalidad colectiva” y la “psicología del pueblo”. Podríamos pensar en una cierta transición desde los conceptos más espiritualistas y voluntaristas que definían al Sujeto de la Historia en tiempo de Herder o Fichte (alma, espíritu, conciencia, voluntad...) a una terminología más empirista, de corte psicológico, para describir la nación de la segunda mitad del siglo XIX (carácter, personalidad, mente, psicología del pueblo...). Pero este giro lingüístico está sólo en sus inicios entre los autores de la *Völkerpsychologie*.⁴⁸

De todos modos, las deudas intelectuales con el romanticismo y el idealismo alemán eran mucho más profundas que las del mero recurso a la analogía y a la personificación del Pueblo, y apuntaban a su naturaleza fundamental, a la concepción misma de ‘la Nación’ como Sujeto colectivo. En este punto tenemos que hablar nuevamente de la importancia concedida a la expresión en la factura de la colectividad nacional. De la misma manera que Herder y Fichte habían considerado el *lenguaje* como una pieza central en la conformación del Volkgeist, Steinthal, Wundt y los

⁴⁵ R. Altamira, “Psicología del pueblo español”...págs. 54 y 76.

⁴⁶ “Ética hispana”, Madrid: V. Suárez, 1912, págs. 16-17. El pueblo debe ser estudiado –advierte Carreras– “por el investigador científico, llámese psicólogo o historiador” (op. cit. pág. 17).

⁴⁷ E. L. André, “La conciencia nacional y sus generadores”...págs. 139-140.

⁴⁸ Además –y sin negar la posibilidad de este giro– no es menos cierto que Herder y Fichte ya habían hecho referencia al “carácter nacional”, mientras que Steinthal y Wundt seguirían hablando del “espíritu” o el “alma” de los pueblos.

seguidores de la *Völkerpsychologie* lo tienen por un elemento decisivo en la constitución de la *psicología de los pueblos*.

En cada una de las lenguas se forma y manifiesta el espíritu característico de cada pueblo, su genio único e incomparable –había dicho Herder. “...el hecho de que un pueblo prefiera muchos verbos de acción o, por el contrario, muchos conceptos, cómo exprese personas y tiempos, qué orden de conceptos le guste más, todo esto es muy característico y a menudo se manifiesta en rasgos muy delicados. Naciones hay que para el sexo femenino tienen un idioma y para el masculino otro; en otras se distinguen las clases sociales con la sola palabra “Yo”. Pueblos de vida activa tienen abundancia de modos; pueblos más cultos multitud de estados circunstanciales de las cosas que han abstraído”.⁴⁹ Este vínculo entre la lengua y la formación del Sujeto colectivo reaparece en el nacionalismo alemán posterior. Por supuesto, en los “Discursos” de Fichte (“Cuán grande es la influencia que la condición de una lengua puede ejercer sobre el desarrollo humano total de un pueblo...”).⁵⁰ Pero también en la obra de Humboldt, que va a influir muy directamente en la aportación de Lazarus y Steinthal. “La peculiaridad espiritual y la conformación lingüística de un pueblo están tan estrechamente fundidas la una con la otra que, si estuviese dada la una, la otra debería poder derivarse íntegramente de ella”.⁵¹

Los padres de la *Völkerpsychologie* hacen suya esta relación entre lenguaje y *Volkgeist*. Steinthal, procedente del campo de la filología, había persuadido a Lazarus sobre la centralidad de la lengua en el estudio de las diferentes naciones. El lenguaje es el instrumento básico que media la interacción social continuada en el interior de la comunidad, une a los miembros entre sí, y unifica el contenido psíquico de cada uno de ellos. Un planteamiento muy parecido lo encontramos en Wundt: “La condición por la cual es únicamente posible una comunidad espiritual...es la función del ‘lenguaje’. Éste es precisamente el que psicológicamente determina el tránsito de la existencia individual a la comunidad espiritual, porque en su origen pertenece a los movimientos

⁴⁹ J. G. Herder, “Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad”...pág. 273.

⁵⁰ J. G. Fichte, “Discursos a la nación alemana”...pág. 138.

⁵¹ W. von Humboldt, “Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano”...pág. 77.

expresivos individuales; pero por la evolución que experimenta, llega a ser la forma inseparable de todos los contenidos espirituales comunes”.⁵²

Procedente como Steinthal de la filología, Unamuno plantea repetidamente la necesidad de estudiar el lenguaje como vía de acceso al Sujeto colectivo (“...en los hondos repliegues de sus metáforas...ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva...”).⁵³ De hecho, considera la lengua como el “receptáculo” de la experiencia colectiva, el “sedimento” de su pensar o –en términos de la nueva ciencia– “el reflejo más fiel de la psicología del pueblo”.⁵⁴ No mucho después, Ricardo Rojas propone la misma fórmula de la *Völkerpsychologie* para el conocimiento científico del Volk: “El idioma tiene gran valor como documento psicológico sobre la mentalidad de un pueblo, por ser la expresión de sus ideas”.⁵⁵ Y en la misma línea, Vicente Gay afirma que la lengua refleja la “contextura mental” de los pueblos; es “consustancial” con su psicología.⁵⁶

En definitiva, *la psicología del pueblo* se forma como tal a través de la *expresión del lenguaje*.⁵⁷ Esta concepción expresivista del pueblo aparece nuevamente conectada con la idea de *creatividad*.⁵⁸ La lengua es –para ellos– la creación por excelencia del

⁵² W. Wundt, “Compendio de psicología”...págs. 400-401. Además –afirma Wundt en otra ocasión– “...la lengua... marca los límites dentro de los cuales un sentimiento político común, como equivalente del sentimiento de descendencia de los tiempos pasados, puede nacer” (W. Wundt, “Ética”, vol. I...pág. 297). En relación a Steinthal y Lazarus, véase de nuevo el libro ya citado de G. Jahoda, “Encrucijadas entre la cultura y la mente”...págs. 170 y 172.

⁵³ M. de Unamuno, “En torno al casticismo”...pág. 76.

⁵⁴ Véase la carta de Unamuno a P. Múgica de 24 de junio de 1890 en Fernández Larrain, “Cartas inéditas de Miguel de Unamuno”, S. de Chile: Zig-zag, 1965, págs. 100-101: “...Como el lenguaje es la expresión del pensamiento espontáneo del pueblo, es el reflejo más fiel de la psicología del pueblo...Este sentido, el más hondo, fecundo y profundo de la filología, es el que ahí le dieron Lazarus y Steinthal, los creadores de la *Völkerpsychologie*, así como el gran antropólogo Waitz”. No es ésta la única vez que Unamuno menciona la “psicología de los pueblos”. (“El siglo en España. La lingüística”...págs. 345-346). Ni sólo aquí aborda la relación estrecha entre lengua y Volkgeist. (“La enseñanza del latín en España”...pág. 879; “Sobre el cultivo de la demótica” (1896), en “O. C.”, vol. IX, pág. 56; “Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1934 a 1935”, vol. IX, págs. 447-448).

⁵⁵ Ricardo Rojas, “La restauración nacionalista. Informe sobre educación”...págs. 408-409.

⁵⁶ “Constitución y vida del pueblo español”...págs. 279 y 281. Influido por la antropología racial positivista de Nicéforo y Sergi, la obra de Gay es muy diferente a la de Unamuno y Rojas. Sin embargo, en algunos apartados de su libro respalda las tesis de Lazarus y Steinthal.

⁵⁷ Esta idea básica –que vincula ‘lenguaje’ y ‘psicología de los pueblos’– va a tener continuidad en autores posteriores, no necesariamente adscritos a la *Völkerpsychologie*. P. ej., a juicio del nacionalista judío B. Joseph, el lenguaje es “la expresión más directa del carácter nacional...la base de la psicología nacional...” (“Nationality”, London: A. & U., 1929, págs. 54-55). Para R. Redslob, “...practicar una lengua es introducirse en la psicología colectiva...la lengua permite penetrar en la psicología nacional”. *Le Principe des Nationalités*, Bordeaux: Bière, 1930, págs. 53-54).

⁵⁸ Los autores incluidos en esta tradición de la *Völkerpsychologie* también consideran la “creatividad” como una dimensión central en la definición del ser humano. P. ej., Wundt y André consideran la

genio nacional. La palabra “pueblo” –dice Wundt- no sólo comprende el sentido de una población determinada, sino también la idea decisiva de sus “creaciones fundamentales”, el fruto de lo que aún se llama genio nacional. “La psicología social de un pueblo” –afirma E. L. André- sólo puede estudiarse científicamente después de averiguar y caracterizar “lo que ha creado” con su labor espiritual “en las distintas esferas de su cultura”. En este sentido, la expresión del lenguaje “participa continuamente” en el desarrollo de esta comunidad espiritual y creadora, como se manifiesta de forma particular en su tradición literaria y poética (poemas, romances, canciones, cuentos y baladas populares...).⁵⁹

De ahí que la mayor parte de estos autores busque en la lengua y, con especial énfasis, en el *lenguaje literario y poético*, la clave para la comprensión de la psicología de los pueblos. El ser del pueblo, su ideal –afirma Unamuno- se refleja sobre todo en una lengua con la literatura que engendra.⁶⁰ “...para encontrar el carácter, la psicología de un pueblo –afirma por su parte V. Gay- basta analizar el vocabulario que sus escritos han estampado en las hojas de sus libros, que así equivalen a una revelación psicológica”.⁶¹ Menéndez Pidal estudia la psicología histórica de la nación –lo que en algún momento denomina “psicología arqueológica”- a partir del lenguaje literario y poético tradicional.⁶² Incluso el propio Wundt –tan alejado en ocasiones de planteamientos románticos- asigna también al lenguaje poético una importancia especial en el conocimiento del Sujeto colectivo.

Así, cuando afirma: “Para comprender la psicología de un pueblo, todos los sectores de la vida espiritual son de importancia. Tanto en la ciencia como en el arte, en la poesía como en la filosofía, imprime cada pueblo su sello propio. Sin embargo, ya se comprende que en esto es desigual el valor de los distintos sectores. () la única

conciencia como “un principio de actividad organizadora y creadora”, una “síntesis aperceptiva” que lleva consigo una “fuerza creadora”; y la evolución humana como un proceso creativo y espiritual. Véase Wundt, “Elem. de psic. de los pueb.”...pág. 10; André, “La conciencia nacional y sus generadores”...págs. 133-134.

⁵⁹ Las referencias proceden de Wundt, “Elem. de psic. de los pueb.” ...pág. 4 y “Compendio de Psicología”...págs. 400-401; y André, “La mentalidad alemana”, Madrid: D. Jorro, 1914, pág. vi. Como vimos en el cap. 1º, Herder, Humboldt y el expresivismo alemán se habían adelantado a afirmar que la capacidad lingüística del ser humano era una fuente de creatividad ilimitada.

⁶⁰ M. de Unamuno, “En torno al casticismo”...pág. 76.

⁶¹ V. Gay, “Constitución y vida del pueblo español”...pág. 286.

⁶² Véase “La epopeya castellana a través de la literatura española”, Madrid: Espasa-Calpe (1909) 1945.

[manifestación] que posee particular valor para revelar las emociones latentes en el pueblo, por el contenido ideológico inherente al lenguaje, es la Poesía”.⁶³

3.4. Psicología del pueblo, Historia y Regeneración

Aunque el nacionalismo de estos autores deba buscarse a menudo en los supuestos implícitos a la doctrina de la *Völkerpsychologie*, en ocasiones articulan sus ideas sobre la psicología de los pueblos en un mensaje explícito de regeneración colectiva, dirigido a sus compatriotas. En este sentido, el pueblo no es sólo un sujeto de expresión y creatividad. El Pueblo de la *Völkerpsychologie* es también el *Sujeto de la Historia nacionalista*. La influencia de esta ideología está presente en la primera formulación de Lazarus y Steinthal, durante el proceso de creación de un Estado-nación alemán. Pero también en la obra posterior de Wundt y, con mayor claridad, en las diversas propuestas regeneracionistas que van a ser planteadas por otros autores desde finales del siglo XIX –entre nosotros, Altamira, Unamuno, André, Pidal, etc. Muchos de ellos manifiestan una constante preocupación por la condición espiritual y moral de su pueblo y reivindican, en clave nacionalista, la regeneración de la patria a partir de ‘la Historia’.

Cierto que algunos planteamientos de la *Völkerpsychologie* parecían estar más cerca del evolucionismo clásico de la segunda mitad del XIX que de los postulados historicistas de la ideología de las naciones. P. ej., Lazarus y Steinthal proponían como primer objetivo de la nueva disciplina el estudio de las leyes que rigen el desarrollo del *Volkgeist* en general, sin referencia a las diferentes comunidades históricas. En segundo lugar, la *Völkerpsychologie* estudiaría las características psicológicas de cada uno de los pueblos, y su proceso de crecimiento diferenciado. Sólo esta parte del programa podría homologarse a lo que, con el tiempo, se ha denominado el estudio del “carácter nacional”. Ahora bien, Lazarus y Steinthal –y, con ellos, los restantes autores que

⁶³ W. Wundt, “Evoluc. de las fil. de los pueb.”...págs. 6-7. Además de la poesía, la “canción popular” es uno de los más fieles reflejos de las emociones existentes en el alma del pueblo (op. cit., págs. 180-181). Aunque en el planteamiento original de su *Völkerpsychologie* Wundt no buscaba el conocimiento de la psicología de los diferentes “pueblos”, en la tradición romántica, sino el estudio de los procesos mentales superiores de actuación universal (a partir del desarrollo evolutivo de los productos culturales), en diversas partes de su obra aborda el tema de la psicología de los pueblos desde presupuestos mucho más cercanos al pensamiento romántico. En tales casos –como otros psicólogos de pueblos- Wundt pasa a hablar de la personalidad diferenciada de cada nación. E incluso del papel del poeta como portavoz autorizado de la individualidad creadora del pueblo.

participaron en la Zeitschrift- iban a ignorar casi totalmente la primera parte del programa fundacional, en favor de la descripción de la historia singular de cada pueblo.⁶⁴

Bajo el influjo del evolucionismo de su tiempo, Wundt llegó incluso a trazar las distintas etapas de la evolución psicológica universal que explicaban –a su juicio- el desarrollo de la cultura en términos generales. “...la Psicología de los pueblos nos conduce a la consideración de los diferentes grados de evolución psíquica, que la Humanidad, aún hoy, ofrece al camino de una verdadera psicogénesis”.⁶⁵ No obstante, el autor huía otras veces de la concepción unilineal del evolucionismo clásico, de su sentido de progreso cultural uniforme, y daba entrada a cadenas alternativas de desarrollo. Así, frente a la idea de progreso único, lineal y basado en el individuo, Wundt presenta una visión alternativa del progreso, que acentúa más bien la idea de variabilidad y multiplicidad de sus manifestaciones, y que hace recaer no sobre el individuo, sino sobre la base de las “comunidades históricas”. “...la evolución humana...tiende a que el individuo se funda con su ambiente espiritual en un todo...las formas de la comunidad humana son extraordinariamente variables, mientras que, al mismo tiempo, las formas más perfectas proceden en una continuidad de evolución histórica, la cual extiende la convivencia espiritual de los individuos más allá de los límites de la coexistencia inmediata en el espacio y en el tiempo, casi hasta el infinito”.⁶⁶

El sentido de diversidad evolutiva, el protagonismo de la comunidad espiritual y, aun más importante, el énfasis en la continuidad histórica conecta la noción wundtiana de progreso con las premisas establecidas por el historicismo. El desarrollo evolutivo de la cultura humana no surge por eliminación de anteriores relaciones y condiciones

⁶⁴ De este modo, la nueva ciencia, que había nacido con pretensiones de ‘explicar’ rigurosa y metódicamente –al modo de las ciencias de la naturaleza- las leyes universales de desarrollo del Volkgeist, terminaría ‘describiendo’ la manifestación múltiple, diferenciada y singular de tales procesos históricos –a la manera de las ciencias del espíritu. Véase en este sentido la valoración temprana de J. W. Sprowls en “Social Psychology Interpreted”...pág. 96, y el artículo de G. Cavallo, “Psicologia dei Popoli, Storia e Idee in Lazarus e Steinthal”, *Filosofia*, 1986, 37, págs. 205-221.

⁶⁵ “Elementos de psic. de los pueb.”...págs. 3-4. Y continúa diciendo: “Por el conocimiento de los estados primitivos en sí cerrados, llégase, mediante una continua serie de grados intermedios, a tender puentes sobre culturas más complicadas y superiores. Así es la Psicología de los pueblos, en el sentido principal de la palabra, Psicología de la evolución” (op. cit., pág. 4). El subtítulo de esta obra –“Bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad”- es revelador de este planteamiento.

⁶⁶ W. Wundt, “Compendio de psicología”...págs. 399-400. Esta cuestión está bien tratada en Goldenweiser, “History, Psychology and Culture”, Gloucester: P. S. (1933) 1968, pág. 193. Véase también del mismo autor “The Psychosociological Thought of Wilhelm Wundt”...pág. 221.

psíquicas ni se deshace por completo de “la raigambre de los primeros tiempos” –en expresión del autor. Es propio de la evolución espiritual –afirma Wundt- que “lo antiguo” influya y sea parte integrante de “lo nuevo”. De ahí que el progreso moral de los hombres traiga consigo el desarrollo de las culturas preexistentes, “...ampliándose la diferenciación nacional...las peculiaridades espirituales y la personalidad individual de cada pueblo”.⁶⁷

El desarrollo de la idea de Humanidad –el criterio moral evolutivo sobre el que Wundt asienta la realización del progreso entre los hombres- va a necesitar en cualquier caso del protagonismo del Volk. “...En la evolución general de la vida del espíritu...el ‘pueblo’ destácase como concepto unitario fundamental en el que todos los otros van a insertarse”.⁶⁸ En este sentido, lejos de enfrentar tradición y progreso, la *Völkerpsychologie* establece una conexión necesaria entre ambos en base al principio de continuidad histórica de los pueblos. Renunciar a la tradición –afirma Unamuno- es pretender inútilmente que el árbol de la patria crezca a tirones. “...Progreso que no se basa en tradición no es verdadero progreso”.⁶⁹ Para Eloy André, el pasado colectivo, la tradición nacional es el único garante para acceder al ideal de progreso, al humanismo verdadero. “...la tradición es yunque, y la necesidad vital de progreso, martillo...El pasado hay que recogerlo...La tradición es placenta que gesta el ideal...”.⁷⁰

La tradición histórica es reivindicada en los términos del historicismo nacionalista: la Historia es el resultado de la práctica individualizadora de la nación, la secuencia que revela el desarrollo particular de cada pueblo. El historiador cercano a la *Völkerpsychologie* tiene como meta preferente la búsqueda de la identidad, la permanencia, la unidad y el sello inconfundible de la personalidad nacional. En su

⁶⁷ W. Wundt, “Elem. de psic. de los pueb.”...págs. 421 y 450. A juicio de Wundt, “...no existe un período propiamente humano en el que se excluyan las más estrechas relaciones humanas que se destacan dentro del campo de la evolución precedente...Así resulta que lo precedente no es sólo preparación para el camino nuevamente abierto, sino hasta comienzo de una nueva ruta” (págs. 421-422).

⁶⁸ “Elem. de psic. de los pueb.”...pág. 4. No obstante, para el desarrollo de la Humanidad Wundt reconoce la importancia del intercambio de ideas entre los distintos pueblos, dentro de ciertos límites (véase su “Ética”... vol. III, pág. 411). De todas formas, se muestra optimista en relación a la continuidad de los ‘pueblos’ y sus ‘caracteres’ diferenciados: “Sería...defectuoso si se quisiera esperar de esta espiritual injerencia recíproca de la vida una desaparición de las diferencias nacionales de capacidad y del carácter. La cultura...desarrollará...seguramente los caracteres de los pueblos al conducir a un cambio de ideas más movido, sólo que mucho más rico, en las propias direcciones” (op. cit. pág. 428).

⁶⁹ M. de Unamuno, “Espíritu de la raza vasca” (1887), en “O. C.”, vol. IV...págs. 155-156; “De la enseñanza superior en España” (1899), en “O. C.”, vol. I...pág. 771.

⁷⁰ E. L. André, “Ética española”, Madrid: Hijos de M. G. H., 1910, págs. 256 y 261; “La conciencia nacional y sus generadores”...págs. 134-135 y 156.

“Psicología del pueblo español”, el historiador Altamira define la trama de la Historia nacional como un proceso de caracterización que pone al descubierto los talentos o cualidades singulares del Sujeto colectivo. “...En la historia de los individuos y de las naciones, por muy accidentada y varia que sea, parece haber siempre cierto sentido, modalidad u orientación que la unifica, la caracteriza por lo que toca al camino recorrido hasta hoy, y señala la aptitud particular del sujeto, la dirección en que con más originalidad, fuerza y resultados prácticos ha podido y sabido encauzar sus actividades...”.⁷¹

De esta forma, los autores referidos comparten con sus predecesores –en primer lugar- el interés por el estudio del pasado y la rehabilitación de la historia. El fondo del ser de los hombres es “la sustancia de la historia” –dice Unamuno- y fuera de la historia no hay verdadera vida humana que merezca el nombre de tal.⁷² “Todos los hechos históricos –afirma Wundt- poseen un valor objetivo que subsiste, ante todo, por sí mismo,...valor que les corresponde por ser manifestaciones vitales del espíritu colectivo que los produce”.⁷³ En segundo lugar, suscriben igualmente la idea de que el valor de la Historia se fundamenta en la unidad y continuidad de las naciones. La Historia es la expresión del genio colectivo, del ‘carácter’ y la ‘psicología’ de los pueblos. A cada pueblo –dice Altamira- “su historia le da el sentido de su íntimo genio y carácter...y señala la aptitud particular del sujeto...”.⁷⁴ Por último, el interés por la Historia y la psicología colectiva encierra en ocasiones un mensaje inequívocamente regeneracionista, anclado en la ideología nacional, y dirigido a sus compatriotas.

“Lo que yo soñaba era nuestra regeneración interior, la corrección de nuestras faltas, el esfuerzo vigoroso que había de sacarnos de la honda decadencia nacional...” – escribía Altamira poco después del desastre de Cuba.⁷⁵ El recurso a la psicología de los pueblos se convierte en este punto en una nueva versión del regeneracionismo

⁷¹ “Psicología del pueblo español”...pág. 170. Aunque Altamira no es ajeno a los estudios sobre la psicología de los pueblos realizados desde la tradición positivista (cita a Le Bon, a Fouillée, a Orano, a Letourneau...), su formación idealista y su recelo hacia la antropología evolucionista y racial permiten encuadrar más acertadamente su trabajo en la órbita de la *Völkerpsychologie*. Además de traducir al español los “Discursos a la nación alemana”, Altamira elogia la obra de M. Efendi, uno de los cultores de la *Völkerpsychologie* (op. cit., pág. 77).

⁷² M. de Unamuno, “En torno al casticismo”...pág. 64; “Salvar el alma en la historia” (1915), en “O. C.”, vol. VII...págs. 1000-1003.

⁷³ “Sistema de filosofía científica”...vol. II, págs. 269-270.

⁷⁴ R. Altamira, “Psicología del pueblo español”...pág. 170.

⁷⁵ Altamira, op. cit., pág. 53.

nacionalista. Nuestro pueblo ha sido grande en el pasado en tanto que la psicología nacional ha podido expresarse libremente, y volverá a serlo en el futuro revitalizando su personalidad nativa, y aceptándola como la base necesaria de la acción nacional. En tanto que Sujeto colectivo, *el Pueblo posee una personalidad o psicología única e irrepetible*, cuyo modelo proporciona no sólo el sentido para la comprensión del pasado sino *la inspiración y la confianza necesarias para la superación de la crisis actual*. “Nosotros tenemos que...buscar las condiciones naturales del sujeto, su psicología fundamental. () en el fondo de nuestro espíritu existen muchas de las cualidades fundamentales en virtud de las que es posible...la formación de un pueblo grande y fuerte...”.⁷⁶

Por supuesto, la demanda primera y principal de este regeneracionismo no era tanto la racionalización de la sociedad, la economía o la política –aunque tales medidas pudieran estar incluidas en el mensaje final- como la búsqueda de la renovación espiritual y el progreso colectivo a partir del conocimiento de la Historia. De esta forma, Altamira propone “restaurar el crédito de nuestra historia”, y recuperar así “la fe en las cualidades nativas...”.⁷⁷ La “verdad histórica” pone al descubierto el carácter, la psicología del pueblo –a juicio de Menéndez Pidal- y es la única que puede conferir una “fe robusta en la plenitud de su desarrollo, en el aunamiento de sus fuerzas...”.⁷⁸ El porvenir nos espera “dentro de nuestra sociedad histórica, en la intrahistoria” –dice Unamuno.⁷⁹ “Volvamos a nosotros mismos”, a la evolución creadora de la cultura, a las gestas de la historia, allí donde se revela –dice E. André- “el carácter propio”, “la personalidad característica” de la nación.⁸⁰ También Joaquín Costa va a participar en este ejercicio de “introspección” psicológico-colectiva:

⁷⁶ Altamira, op. cit., págs. 57 y 142. De hecho, este era el objetivo principal del libro referido. (Véanse también las págs. 103, 128, 131-132 y 164).

⁷⁷ Altamira, op. cit., pág. 160. La segunda condición necesaria para la regeneración es la de “realizar nuestra reforma en el sentido de la civilización moderna, a cuyo contacto se vivifique y depure el genio nacional y se prosiga, conforme a la modalidad de la época, la obra sustancial de nuestra raza” (op. cit., pág. 160). Así, este tipo de regeneracionismo podía aspirar simultáneamente a la aplicación de una serie de medidas racionalizadoras en pro de la modernización –y europeización- del pueblo.

⁷⁸ “Los españoles en la historia”, Madrid: Espasa-Calpe (1947) 1971, pág. 237. Véase también “La epopeya castellana a través de la literatura española”.

⁷⁹ “En torno al casticismo”...pág. 166.

⁸⁰ “¿Somos nosotros un pueblo?” (1918) y “La conciencia nacional y sus generadores” (1924), en “Españolismo”...págs. 109-110 y 139-140. Tras un periodo de decadencia de siglos –“hurdida y tramada por exóticos personajes” –en alusión a los Habsburgos y los Borbones- ésta sería la receta de André: “Volvamos a nosotros mismos y encarnemos nuestro espíritu en nuestra propia tierra, fija la vista en el ideal...” (págs. 109-110). “...es necesario que encadenemos una generación a otra...con un nexo que

“...necesitamos conocernos; necesitamos conocer nuestra psicología colectiva, la psicología del pueblo español...Qué es España, cuál su valor y significación en el mundo, cuales los caracteres de su historia y qué vocación y qué aptitudes ha demostrado en ella; para qué sirvió un día, en qué sirvió a la causa de la humanidad y puede volver a servirla;...cómo podría ser...restaurada la personalidad nacional...”.⁸¹

3.5. Sobre el carácter nacional

La psicología atribuida al pueblo se elige siempre de acuerdo con los valores reivindicados por el nacionalismo –y señalados en el capítulo anterior. No vale cualquier rasgo del carácter. Sólo aquellos que determinen la individualidad, originalidad y creatividad del Sujeto portador, y que sea –a juicio de estos autores– herencia de la Historia. El estudio de la psicología del pueblo o –como será conocido por otros– la investigación del carácter nacional se concibe como una *psicología naturalizadora del nacionalismo*. De ahí que “la capacidad de penetración de la psicología de los pueblos sea equivalente a la capacidad de penetración del propio nacionalismo” –como afirman S. Ramírez y J. R. Torregrosa.⁸² En el apartado que resta nos detendremos algo más en la traza ideológica de esta psicología, a partir de una serie de autores que –entre 1890 y los años 40 del pasado siglo– participaron en la definición del carácter o la psicología del pueblo español.⁸³

asegure la continuidad, identidad y permanencia de la personalidad colectiva...” (pág. 151). Éste discípulo de Wundt, buen conocedor de la *Völkerpsychologie*, manifiesta en varios libros su preocupación por la situación del pueblo español, a la vez que reclama su “renacimiento” a partir de su Historia y psicología. En ocasiones articula sus propuestas en una praxis regeneracionista que aspira a controlar la enseñanza y los medios de comunicación. El patriotismo ha de ser “el alfa y omega de toda educación política” (“Nociones de educación cívica, juríd. y econ.”, Madrid: Hijos de M.G.H., 1921, pág. 15). Para esta praxis se servirá también de ideas cercanas a la psicología de las masas.

⁸¹ J. Costa, “Muerte y resurrección de España”...págs. 348-349. En términos parecidos plantea Carreras i Artau la necesidad de buscar la “psicología nacional”, esto es, la “psicología colectiva hispánica” que revele la fisonomía espiritual y moral del pueblo, y que precisa primero de “un gran examen de conciencia colectiva, a fin de llegar al conocimiento de nosotros mismos como pueblo y como raza...el presupuesto necesario de toda Ética futura” (“Ética hispana”...págs. 5, 8 y 9).

⁸² S. Ramírez y J. R. Torregrosa, “Psicosociología de las relaciones internacionales”...pág. 209.

⁸³ Aunque el propio Wundt había evitado asociar la nueva disciplina de la *Völkerpsychologie* a los estudios del “carácter nacional”, esto es, a la investigación del “conjunto de consideraciones psicológico-etnográficas, referentes a las cualidades intelectuales, morales y otras de orden psíquico de los pueblos” (“Elem. de psic. de los pueb.”...pág. 1), él mismo contribuyó a este tipo de estudios. Muy especialmente en su “Evolución de las filosofías de los pueblos”.

De entrada, el estudio de la psicología del pueblo español se concreta en lo que puede llamarse la *búsqueda de la diferencia*. Esto es, no se trata de señalar los rasgos psicológicos generales compartidos por todos o la mayoría de los españoles. Como abiertamente reconoce Rafael Altamira, se trata más bien de distinguir aquellos rasgos del carácter que sean distintivos del pueblo español en relación a las restantes naciones. Se busca intencionalmente los rasgos psicológicos diferenciales. “No se olvide que estamos hablando de la psicología nacional; por tanto, de caracteres fundamentales y diferenciales...la existencia común de varias cualidades buenas o malas en dos pueblos distintos no quita que sean tan propias de uno como de otro; pero sirve para quitarles la singularidad que en otro caso tendrían y que influye enormemente (sobre todo si se trata de defectos) en el juicio definitivo”.⁸⁴

En el mismo sentido, el diplomático y escritor Fernando Antón del Olmet busca la individualidad ibérica en su “Genealogía psicológica del pueblo español”. Así, presta atención a lo que considera el sello genuino, castizo, característico, típico de la personalidad nacional. “...existe...algo español [tan]...inconfundible, nuestro, propio, exclusivo, con una nota diferencial tan fuerte, que no hay manera de poder confundirlo con lo extranjero, sea la nación que fuere”.⁸⁵ En su “Psicología del pueblo español”, José Bergua habla también de una serie de rasgos o características que son “patrimonio exclusivo” de los españoles –la lealtad, el amor propio, el honor...- y que habrían de conducirles –a juicio del autor- a “la explicación exacta de la psicología heroica nacional”.⁸⁶

El estudio del carácter o la psicología del pueblo se traduce en un ejercicio de caracterización colectiva, en una justificación ulterior del principio de individualidad

⁸⁴ “Psicol. del pueb. españ...” págs. 101 y 105-106. “Pueden ser muy agudos ciertos males que padece la administración de justicia...y la administración general del Estado (verbigracia, en sus relaciones con el caciquismo), y no ser característicos del pueblo español, ni constantes en su historia” (pág. 101).

⁸⁵ F. Antón del Olmet, “El alma nacional. Sus vicios y sus causas. Genealogía psicológica del pueblo español”, Madrid: Impr. Cervantina, 1915, pág. 19. Este libro no puede clasificarse con claridad en ninguna de las dos tradiciones de estudio de la “psicología de los pueblos”. Más bien, parece estar influido por ambas. Su nacionalismo contiene algunos supuestos ideológicos que conectan con el idealismo, y otros lo hacen con el nacionalismo vitalista de corte nietzscheano.

⁸⁶ J. Bergua, “Psicología del pueblo español”, Madrid: Bergua, 1934, pág. 286. Tampoco este libro tiene una adscripción ideológica definida. No se separa del todo de la tradición idealista, si bien parece influido también por la corriente más positivista de la psicología de los pueblos. (Y probablemente en el caso de Bergua el influjo del positivismo es aún mayor. Así, habla de la división élite/masa, del ‘instinto del pueblo’, del ‘temperamento’ y la ‘raza’, de las condiciones topográficas y climatológicas para la formación de la psicología nacional, etc. Nada extraña, por tanto, el subtítulo del libro: “Ensayo de un análisis biológico del alma nacional”).

nacional. “Somos diferentes...—decía el escritor José María Salaverría- los españoles somos distintos o dígame originales...”.⁸⁷ “La naturaleza ha hecho lo posible para que seamos un pueblo original y característico en la Historia...” —decía por su parte el psicólogo Eloy Luis André.⁸⁸ Por supuesto, para que no se diga diferencial lo que es común a otros pueblos, Altamira propone “...la comparación del estado y las manifestaciones psicológicas de cada pueblo con las de sus contemporáneos”.⁸⁹ Y Menéndez Pidal —que aspira a definir el carácter español a partir de su literatura- pone buen cuidado en excluir aquellos rasgos pretendidamente característicos que no lo son tanto, “por encontrarse igualmente en literaturas que queremos diferenciar de la nuestra”.⁹⁰

Todos ellos participan en la *búsqueda* de lo que consideran *un carácter definido, un tipo psicológico*. En este sentido, no importa tanto ésta o aquella característica aislada de la personalidad que pudiera diferenciar al español, sino más bien una serie de características o rasgos psicológicos que —diferenciándole- se relacionan, vinculan o agrupan entre sí hasta formar un tipo, un carácter, el carácter nacional. “...hay notas comunes de intereses, de ideas, de aficiones, de aptitudes y defectos...que hacen del español un tipo característico en la psicología del mundo...” —afirma R. Altamira.⁹¹ También Unamuno y, años más tarde, Salvador de Madariaga hablan de la existencia de un tipo español (“...un tipo o carácter definido...una manera de ser y de pensar propia” —dice éste último en su célebre “Ensayo de psicología colectiva comparada”).⁹² Y lo mismo hace Antón del Olmet, advirtiéndolo que “...aunque ese tipo pueda encontrarse

⁸⁷ J. M. Salaverría, “La afirmación española”, Barcelona: G. Gili, 1917, págs. 9-10.

⁸⁸ E. L. André, ¿Somos nosotros un pueblo?...págs. 109-110.

⁸⁹ R. Altamira, “Psicología del pueblo español”...pág. 106.

⁹⁰ R. Menéndez Pidal, “Los españoles en la literatura”...pág. 28. El mismo planteamiento se haya en Milá y Fontanals, que se había propuesto investigar “el carácter de la literatura castellana”, examinando para ello “los modos, el gesto, el acento que particularizan también a los pueblos no menos que a los individuos y a las familias”. Y en este empeño —añade- hay que “reducirlo todo a riguroso cotejo para que no se nos antoje diferencial o específico lo que es común a varias gentes o a todo el género humano” (“De la poesía heroico-popular castellana”, Barcelona: Verdagner, 1874, pág. iii).

⁹¹ “Psicología del pueblo español”...pág. 81. Casi medio siglo después, en “Los elementos de la civilización y del carácter españoles”, Altamira vuelve sobre esta idea, resaltando la existencia de “...un tipo original (el español) en que vinieron a fundirse o a modificarse los elementos extraños, al calor de un molde de fortísima y sostenida personalidad” (op. cit., pág. 41).

⁹² S. de Madariaga, “Ingleses, franceses, españoles. Ensayo de psicología colectiva comparada”, Madrid: Espasa-Calpe (1928) 1931, págs. 289-290. También Unamuno habla de un “tipo español”. Véase p. ej. en “De la enseñanza superior en España”...págs. 765-767.

fuera en la suma de unas cuantas de sus notas, en su total es solamente español, es sólo ibero”.⁹³

La idea de tipo o carácter nacional lleva implícito el sentido de *una totalidad de rasgos psicológicos estructurados*. El conjunto de tendencias que forma el carácter individual se desarrolla conjuntamente, y trabaja de consuno. “...el carácter –afirma Madariaga- es un determinado sistema de tendencias...”. Este planteamiento parece vincularse al sentido de unidad y totalidad indivisible que Herder y los románticos habían atribuido al sujeto individual. En palabras de Madariaga: “...los actos son frutos de la totalidad del ser que los produce. Atribuirlos a tal o cual facultad, cualidad o defecto del agente, no pasa de ser una forma de lenguaje, utilizada por comodidad, a pesar de su notoria inexactitud...todas mis facultades son responsables de mis actos...”.⁹⁴ También Altamira había señalado que únicamente “la totalidad de las facultades, funciones y actos externos de un individuo”, estudiadas en interrelación, sería capaz de “caracterizar” al sujeto al que se refieren.⁹⁵

Por lo demás, la personalidad característica de la nación *se busca sobre todo en el ámbito de la creatividad*, en lo que André llama “la evolución creadora de su cultura”.⁹⁶ De ahí que muchas veces opten por buscar la psicología atribuida al pueblo en la lengua y, más concretamente, en la literatura medieval. P. ej., Unamuno ve el romance castellano como un “vivo manadero” del que fluye el patrimonio espiritual de la raza, la herencia que –a su juicio- “nos está haciendo el alma española”.⁹⁷ Por su parte, Menéndez Pidal afirma que las viejas ficciones de la primitiva epopeya llevan en sí el misterio que envuelve los oscuros orígenes de “nuestra manera de ser”, de lo que denomina “psicología arqueológica”.⁹⁸

Otras muchas veces prefieren fijarse en la obra magna de Cervantes. “El Quijote” –dice Carreras i Artau- no es sólo ni principalmente la obra de Cervantes. De

⁹³ F. Antón del Olmet, “El alma nacional”...1915, págs. 17-18. A diferencia de la mayoría de autores citados en este apartado, Antón del Olmet no sólo describe el “tipo español” por sus rasgos psicológicos, sino también por sus características anatómicas.

⁹⁴ “Ingleses, franceses, españoles”...págs. 11 y 10. “...Todas las tendencias que forman el carácter individual trabajan en colaboración...Algunas de ellas predominan...” (op. cit., pág. 13).

⁹⁵ R. Altamira, “La enseñanza de la historia”...pág. 96.

⁹⁶ E. L. André, “La conciencia nacional y sus generadores”...pág. 140.

⁹⁷ “Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1934 a 1935”... págs. 448-450. Aunque Unamuno habla de “patrimonio espiritual de la raza”, la idea de raza tiene un sentido más bien vago, más cercano a la idea de cultura o pueblo que al ámbito de la biología.

⁹⁸ R. Menéndez Pidal, “La epopeya castellana a través de la literatura española”...págs. 210-211.

hecho, al escribir el libro, el autor sólo cumpliría “la genuina misión del poeta”, el “intérprete fiel” de la vida del pueblo español. “El Quijote” –dice Carreras- es una obra de “psicología colectiva”, de “psico-sociología”.⁹⁹ Si Cervantes se sirvió de “modelos vivos” –afirma José Bergua- hubo de elegir su tipo por ser éste abundante, fácil y llano. “Don Quijote fue el hidalgué de todos los días, de todos los pueblos, de toda Castilla manchega y no manchega...En él se compendia y vive cuanto de humano y espiritual existe en un pueblo como el español...”.¹⁰⁰

Por último, la búsqueda del tipo distintivo y el carácter creador del español deberá realizarse necesariamente *a partir de las notas constantes de la Historia*. La Historia es entendida –al modo nacionalista- como el proceso de formación de la personalidad singular del pueblo desde época inmemorial. De este modo, los que aspiren a encontrar la psicología del pueblo español deberán observar –en palabras de Altamira- “las notas constantes que, en medio de la variedad enorme de los distintos tiempos vividos hasta hoy, presenta nuestro pueblo”.¹⁰¹ Se trataría de reconocer –a juicio de Pidal- “...la continuidad (a través de los siglos) de algunas modalidades psíquicas muy generales que prolongan su fuerza tradicional determinando una mayoría de actos semejantes...”.¹⁰² La Historia es el escenario natural en el que se han ido depositando unos rasgos del carácter que Menéndez Pidal y muchos otros autores retrotraen a los tiempos de Estrabón.¹⁰³

Dicho de otra forma, las preguntas sobre la psicología del pueblo español remiten al dictamen de la Historia. “...la psicología de nuestra nación –decía Joaquín Costa- sigue siendo libro cerrado para nosotros...Yo he sentido curiosidad de saber, y se lo he preguntado a la Historia...”.¹⁰⁴ Los enigmas del carácter español se zanján

⁹⁹ “La filosofía del derecho en el Quijote: ensayos de psicología colectiva”...págs. 379, 396 y 401.

¹⁰⁰ J. Bergua, “Psicología del pueblo español”...págs. 279-280.

¹⁰¹ R. Altamira, “Psicología del pueblo español”...pág. 90. Véase también del mismo autor “Los elementos de la civilización y del carácter españoles”...págs. 42-43.

¹⁰² R. Menéndez Pidal, “Los españoles en la literatura...”pág. 20. Esta ‘continuidad’ de las ‘modalidades psíquicas’ acontece “a pesar de los cambios ocurridos en la composición racial de la colectividad y en las circunstancias concurrentes” (op. cit, pág. 20).

¹⁰³ A menudo se mencionan las características descritas por Estrabón para certificar la ‘continuidad’ o ‘permanencia’ del carácter nacional. Como afirma D. Peabody: “En el siglo XIX las características nacionales eran a menudo consideradas invariables –las características alemanas contemporáneas estaban relacionadas directamente con las descritas por Tácito y las características francesas directamente con las de Vercingetorix” (“National Characteristics”, Camb.: Camb. Univ., 1985, pág. 15).

¹⁰⁴ J. Costa, “Historia, política social, patria”...págs. 308-310.

aparentemente ante el juicio del historiador, capaz de remontarse a Estrabón, incluso más lejos, hasta la prehistoria –como hace Antón del Olmet en su “Genealogía psicológica”: “Para conocer a España es necesario seguir el curso de su vida. Hay que estudiarla desde los tiempos pre-históricos, sorprenderla en la caverna primitiva y acompañarla en el creciente desarrollo de su existencia material y espiritual...Tan sólo de esta manera...puede tenerse una base positiva de conocimiento exacto de lo que es el alma de la Nación”.¹⁰⁵

¹⁰⁵ F. Antón del Olmet, “El alma nacional”...pág. 35-36.

CAPÍTULO CUARTO: DE LA PSICOPATOLOGÍA DE LOS PUEBLOS AL NUEVO NACIONALISMO DE MASAS

La Völkerpsychologie puede considerarse la primera contribución de la naciente psicología a la defensa ideológica de una comunidad que había sido imaginada principalmente por historiadores, filólogos, poetas y artistas, en el contexto intelectual del historicismo y el romanticismo de la primera mitad del siglo XIX. En este sentido, la psicología idealista de los pueblos va a cumplir un papel ideológico complementario, aunque no irrelevante, en el proceso de legitimación intelectual del nacionalismo de la segunda mitad de siglo, participando en la *naturalización* de la comunidad nacional. En primer lugar, los hombres pertenecen por naturaleza a la colectividad llamada nación –vienen a decir- y esta pertenencia tiene una importancia capital en la formación de su carácter, fundamentalmente a través del lenguaje. Además –en segundo lugar- los rasgos psicológicos adscritos a los miembros individuales del grupo se determinan a partir de los criterios nacionalistas de particularidad, originalidad, creatividad y continuidad en el tiempo de la Historia. Por último, el discurso de la psicología de los pueblos mantiene en todo caso la retórica empleada por los principales ideólogos del nacionalismo: la nación se describe como una colectividad compuesta de sujetos individuales equivalentes y, al mismo tiempo, como un Sujeto colectivo con atributos humanos, con voluntad, conciencia, carácter y psicología propias.¹

¹ Conforme a la idea señalada por Calhoun de que las naciones son concebidas a la vez “como categorías de individuos equivalentes” y “como super-individuos”. Véase su libro “Nationalism”...pág. 125.

No obstante, a finales del XIX la *Völkerpsychologie* no era la única corriente psicológica implicada en la naturalización de la colectividad nacional. Muy al contrario, en las últimas décadas del siglo y, por lo menos, hasta la Primera Guerra Mundial, el *peso o influencia de la psicología* en la construcción de la Historia resulta cada vez más innegable. Un amplio repertorio de ideas y conceptos procedentes del alienismo, la psiquiatría, la psicología de los pueblos y la psicología de las masas se incorpora y naturaliza en la misma trama colectiva que compone el relato histórico de la nación. “La historia, en su base, es un problema de psicología” –había dicho anticipadamente el historiador H. Taine.² O, como dirá G. Le Bon, uno de los divulgadores científicos más significados del momento: “Los acontecimientos más importantes [de la Historia], los que han influido en la existencia de los pueblos y sus civilizaciones, emanaron de factores psicológicos inconscientes...”.³

De la misma forma que la idea de nación de Herder y los románticos alemanes había sido construida a semejanza del sujeto expresivista en las postrimerías de la Ilustración, la idea de colectividad nacional de autores como Le Bon y Taine debía mucho a la emergencia de un sujeto definido por la biología evolutiva y las nuevas ciencias de la mente. Para ellos la nación se aparece como un organismo vivo que ha perdido la salud y el vigor; un sujeto enfermo y depravado que necesita diagnóstico, tratamiento, curación. Tras la derrota frente a Prusia y la Comuna de París, Taine se ve a sí mismo como médico y psicólogo de una patria ‘degenerada’. “Yo no he hecho otra cosa que psicología aplicada o psicología pura” –llegó a afirmar en sus memorias.⁴

En las últimas décadas del siglo las teorías sobre la “degeneración evolutiva”, de C. Lucas y B. H. Morel no sólo llegaron a tener una indiscutible importancia en el ámbito de la medicina y la psiquiatría clínica para el estudio de las patologías individuales anormales, sino que se convirtieron en modelos teóricos ampliamente difundidos para la explicación de la decadencia de la patria. La idea de declive nacional pasó a formularse con terminología bio-médica y psiquiátrica, como *degeneración hereditaria de la raza*. El miedo a la degeneración racial se extendió por muchos países europeos, y en especial por aquellos que se vieron afectados por crisis internas agudas de orden social o político, o por la pérdida de las colonias y las derrotas militares en la

² H. Taine, “Introducción a la historia de la literatura inglesa”, B. Aires: Aguilar (1864) 1960, pág. 63.

³ G. Le Bon, “La psicología política y la defensa social”, Madrid: Gutenberg (1910) 1912, pp.159-160.

⁴ H. Taine, “Sa vie et sa correspondance”, Vol. IV, Paris, Hachette et Cie., 1907, pág. 317.

escena internacional. Así, la derrota del ejército francés, italiano y español en Sedán, Adua y Cuba, respectivamente, alimentó la creencia en la “degeneración de las razas latinas”.

La influencia conjunta del organicismo evolucionista, el temor a la degeneración de la raza y las nuevas investigaciones sobre el inconsciente abonó el terreno al nacimiento de una corriente alternativa en el estudio de la *psicología de los pueblos*. Esta segunda tradición, mucho más positivista que la *Völkerpsychologie*, vierte los antiguos conceptos románticos de la nación a las fórmulas de la biología y la psiquiatría finisecular, y explica la formación y el desarrollo del alma de los pueblos a partir de la aportación decisiva de la raza y los procesos inconscientes a lo largo de la historia. Gran parte de los trabajos realizados desde esta perspectiva pertenece a autores franceses, italianos, españoles o de origen latino (G. Le Bon, A. Fouillée, É. Boutmy, P. Orano, D. Abad de Santillán, A. Arguedas...). Sus ideas sobre la formación del carácter y la psicología de los pueblos van a utilizarse desde finales de siglo en la justificación ideológica del nuevo nacionalismo vitalista y de masas.⁵

Algo semejante acontece con otra de las perspectivas psicológicas empleadas en la legitimación y naturalización del nacionalismo: la *psicología de las masas*. La psicología de las multitudes había extraído de la literatura evolucionista y degeneracionista la perspectiva analítica del médico, el psiquiatra y el criminólogo para la explicación de la conducta de las nuevas masas urbanas (en especial, del movimiento obrero) como un fenómeno irracional y patológico. Pero Barrès, D’Annunzio y otros nacionalistas de la época van a hacer su propia lectura de los libros de Taine, Sighele y, sobre todo, Le Bon. Así, en vez de juzgar a las masas exclusivamente como un factor perturbador y un síntoma de la degeneración de la patria, las masas serán consideradas a la vez como un elemento necesario y fundante de la regeneración nacional. Bajo el adecuado liderazgo, las masas aparecen como un miembro sano, la reserva de energía de la nación, la fuerza instintiva de la raza. De modo que los nacionalistas van a apostar por la movilización en la calle, incorporando los conocimientos y aplicaciones de la

⁵ Como afirma Robert A. Nye, la psicología de los pueblos de Le Bon, Fouillée, Boutmy, Bardoux y otros “jugó un papel importante en reforzar los movimientos nacionalistas finiseculares con la sanción favorable de la confirmación científica” (Nye, “The Origins of Crowd Psychology”, London: Sage, 1975, pág. 54). Además, los mismos ‘psicólogos de pueblos’ –caso de Le Bon, Orano, Abad de Santillán, etc.- terminarán sumándose años más tarde a la justificación directa del nuevo nacionalismo.

psicología leboniana para controlar, excitar y manipular la fuerza instintiva de las multitudes.⁶

En el primer apartado de este capítulo nos fijaremos en las referencias a la *nación como organismo y mente colectiva*. Aunque los románticos ya habían hecho uso del lenguaje organicista para referirse a la nación, la influencia de la biología evolutiva y la psicología de la época otorgó nuevo crédito a este tipo de lenguaje. Hasta el punto de que algunos autores negarán incluso su sentido metafórico. En el segundo apartado destacaremos la importancia de las teorías médicas y psiquiátricas ligadas a la *idea de degeneración*. La degeneración explica supuestamente todo tipo de enfermedades físicas y mentales, de conductas criminales y comportamientos desviados de individuos, clases y minorías sociales específicas. Pero se presenta también como un proceso ubicuo y un peligro inminente para la totalidad del cuerpo social. A finales del XIX muchos intelectuales europeos anunciaban la decadencia de la patria con las *voces* de la medicina y la psiquiatría.

En el apartado siguiente centraremos nuestra atención en la *psicología de los pueblos de tradición positivista*. Desde esta perspectiva, los factores que explican el origen y desarrollo del carácter de los pueblos son la herencia de la raza, la constitución mental de la nación y, por último, los procesos de sugestión de la élite sobre las masas. En el apartado cuarto nos fijaremos en la otra aportación psicológica señalada –la *psicología de las multitudes*– indispensable para la justificación y articulación del nuevo nacionalismo de masas. Antes de cerrar el capítulo, pasaremos revista a la elaboración doctrinal de este *nacionalismo ‘fin de siglo’*. Aunque su fundamento ideológico responde al clima intelectual de ‘revuelta contra la razón positiva’, resaltaremos otra vez sus muchas conexiones con el positivismo tardío, el evolucionismo y las ciencias de la mente. El apartado servirá también para destacar algunas similitudes y diferencias con el nacionalismo del periodo romántico.

⁶ Y también en este caso la influencia se había de producir en las dos direcciones: la mayoría de los ‘psicólogos de masas’ –v.gr. Le Bon, Sighele, Marie, Duprat– abrazó posteriormente el nacionalismo como base ideológica para el control y la movilización de las masas. Véase Nye, “The Origins of Crowd Psychology”...pág. 169; y R. Geiger, “Democracy and the Crowd: the Social History of an Idea in France and Italy, 1890-1914”, Societas, vol. VII, nº 1, 1977, pág. 66.

4.1. La nación finisecular como cuerpo y como mente

Si los autores próximos a la *Völkerpsychologie* habían hecho suya la idea romántica de nación como sujeto colectivo, los pensadores más cercanos a la biología evolutiva renuevan otra de las ideas acuñadas por el nacionalismo romántico: esa de la *nación como cuerpo u organismo colectivo*. Como vimos en el capítulo segundo, el nacionalismo originario había considerado la nación como un organismo viviente, una expresión de la naturaleza, una “planta natural” en desarrollo (Herder). La metáfora en cuestión daba por supuesta la condición natural, unitaria e indivisible de la colectividad nacional y determinaba a la vez la dependencia de sus miembros. Esta analogía con los organismos va a ser retomada por el evolucionismo social de la segunda mitad del XIX.

Para el historiador Hippolite Taine la nación es como un organismo natural, un cuerpo vivo. “Una civilización forma un cuerpo y sus partes se mantienen lo mismo que las partes de un cuerpo orgánico”.⁷ En “Los orígenes de la Francia contemporánea” Taine describe la nación francesa *como si* fuera un organismo –casi siempre un árbol; y traza su historia como un proceso evolutivo en el que quedan acotadas las secuencias del crecimiento o desarrollo, de la degeneración y de la amenaza de la muerte. El relato final está repleto de metáforas botánicas –el árbol, la savia, las semillas, los tejidos, las raíces, el tronco, las ramas, los frutos... La asimilación de la causalidad histórica a la biológica es notoria.⁸

El desarrollo de la biología evolutiva y su enorme influencia sobre las ciencias humanas y sociales explican en parte la aceptación que llegó a tener la visión organicista de la sociedad. Para el filósofo A. Fouillée, las sociedades humanas “constituyen verdaderos organismos físicamente análogos a los organismos vivos”.⁹ A juicio de G. Le Bon, un pueblo es “un organismo creado por el pasado”.¹⁰ La misma visión orgánica de la sociedad será articulada poco después por los ideólogos del nacionalismo. Así, Maurice Barrès describe la nación como un organismo vivo, un plátano, “el árbol de Taine” –en una imagen que toma prestada directamente del

⁷ H. Taine, “Introducción a la historia de la literatura inglesa”...pág. 59.

⁸ “Los orígenes de la Francia contemporánea”, vol. II, Barcelona: De Agostini (1876) 1996.

⁹ A. Fouillée, “La ciencia social contemporánea”...págs. 117-118.

¹⁰ G. Le Bon, “Psicología de las multitudes”, Madrid: Daniel Jorro (1895) 1931, pág. 106.

historiador.¹¹ Para Scipio Sighele “...la nación [es] como un organismo que vive y se desarrolla sobre su territorio, como una planta que crece sobre la tierra donde ha nacido, encontrando en ésta y el ambiente de su entorno las condiciones necesarias de su desarrollo;...las generaciones que se suceden en una nación no son más que las hojas y las ramas que la planta renueva cada año...”.¹²

De esta forma, la concepción de la sociedad como un organismo natural se convierte en una de las ideas fundamentales del pensamiento social y político de finales del XIX. Cuenta R. A. Nye que las metáforas orgánicas y las tipologías orgánicas de la sociedad aumentaron enormemente su popularidad a partir de la década de 1890, ejerciendo “una especie de imperialismo lingüístico” en el debate sobre la nación.¹³ Incluso desde la órbita del idealismo iba a hacerse amplio uso de este lenguaje. “Entre las verdades definitivamente adquiridas por la ciencia –dice R. Altamira– hállese, sin duda, el reconocimiento de la sociedad como un organismo que, idéntico en esto a los organismos individuales, nace, se desarrolla, sufre trastornos morbosos, reacciona y hasta muere”.¹⁴ Pero van a ser los autores de formación más positivista, cercanos a las nuevas ciencias de la naturaleza, los que establezcan la forma y el tono del nuevo discurso.

De hecho, estos autores no sólo se apropian del lenguaje organicista, sino que aspiran a aplicarlo en su literalidad, siguiendo el modelo de las ciencias positivas y la nueva biología de la raza. “Una civilización forma un cuerpo y sus partes se mantienen lo mismo que las partes de un cuerpo orgánico” –había dicho Taine, para añadir a continuación: “No hay nada que sea vago en esta dependencia”. Lo que regula orgánicamente las partes del cuerpo social es la existencia cierta de una “facultad”,

¹¹ “Los desarraigados”, Madrid: Cátedra (1897) 1996, cap. VII: ‘El árbol del señor Taine’.

¹² S. Sighele, “Il nazionalismo e i partiti politici”, Milano: Treves, 1911, págs. 23-24. La metáfora organicista es una forma de “*naturalizar*” la colectividad nacional, pasando por alto las condiciones sociales y políticas que hacen posible la aparición de las naciones. Por supuesto, el nacionalista deja caer la analogía cuando ésta hace peligrar las premisas de la ideología. “Las naciones no pueden ser comparadas en todo a los organismos individuales, ya que...para ellas puede verificarse o el milagro de la inmortalidad o al menos aquel de la resurrección...”(S. Sighele, “L’intelligenza della folla”...pág. 13). En palabras de McDougall: “...el organismo nacional difiere de todos los otros en que...no tiene una madurez que lleva inevitablemente al declive, sino que más bien es capaz de desarrollo continuado sin límite” (“The American Nation: Its Problems and Psychology”, London: Allen & Unwin, 1925, pág. viii).

¹³ Especialmente cuando se trataba de valorar la situación nacional en comparación con otras naciones – dice Nye. Véase su libro “Crime, Madness and Politics in Modern France. The Medical Concept of National Decline”, Princeton: Princ. Univ. Press, 1984, pág. 140. Véase también Z. Sternhell, “Maurice Barrès et le nationalisme français”, Paris, Armand Colin, 1972, págs. 8-9.

¹⁴ R. Altamira, “El problema de la dictadura tutelar en la historia” (1895), reimpreso en “De Historia y arte. Estudios críticos”, Madrid: V. Suárez, 1898, pág. 107.

“aptitud” o “disposición” compartida hereditariamente por todos los miembros de la raza.¹⁵ La idea de la herencia racial se utiliza en este caso para certificar la noción de organismo colectivo. “Un pueblo es un organismo creado por el pasado y que, como todo organismo, no puede modificarse sino por lentas acumulaciones hereditarias” –dice Le Bon.¹⁶

El uso que Herder había hecho previamente de la expresión ‘organismo nacional’ tenía un significado mucho más vago. Como expone F. M. Barnard, a pesar de la utilización de metáforas biológicas “Herder no parece tener dudas de que ser un miembro de un todo u organismo social es una relación bastante diferente a la de ser parte de un cuerpo”.¹⁷ Por contra, el sentido que Taine, Le Bon, Soury o Barrès van a dar al lenguaje organicista aspira a ir más allá de su significado figurado. “Yo hablo de espina dorsal –dice el nacionalista Barrès- y no es de ningún modo una metáfora, sino la más poderosa analogía. Un encadenamiento de prácticas multiplicadas a través de los siglos anteriores que constituye la educación de nuestros reflejos... Toda la cadena de descendientes no forma más que un mismo ser”.¹⁸ Los datos ‘científicos’ de la biología racial les permiten creer en una nueva determinación colectiva que ya no necesita del lenguaje vago de la filosofía de la historia. Los caracteres seculares de la nación –afirma el también nacionalista Jules Soury- “no son asunto de metáforas, sino de fenómenos tan reales como la materia de los elementos anatómicos de nuestros centros nerviosos, las neuronas...”.¹⁹

Por otra parte, si la influencia del evolucionismo y el darwinismo social había dado carta de naturaleza a la concepción del organismo nacional, la aportación de las nuevas psicologías en ascenso a finales de siglo va a hacer posible una representación complementaria, la *nación como psique o mente colectiva*. Para entonces, muchos autores comenzaron a describir la nación *como si* de un ser psicológico se tratara, como

¹⁵ H. Taine, “Introducción a la historia de la literatura inglesa”...págs. 59-60.

¹⁶ G. Le Bon, “Psicología de las multitudes”...pág. 106.

¹⁷ “Herder’s Social and Political Thought”...pág. 69. En el mismo sentido, afirma Berlin: “Para Herder todos los grupos son en último término colecciones de individuos; su uso de ‘orgánico’ y ‘organismo’ es aún enteramente metafórico...” (“Vico and Herder”...pág. 198).

¹⁸ M. Barrès, “Scènes et doctrines du nationalisme”...págs. 15 y 18.

¹⁹ J. Soury, “Campagne nationaliste”, Paris: Librairie Plon, 1902, pág. 65.

una mente que explica las reacciones y conductas de la nación en la Historia. Todos los pueblos poseen un “alma colectiva” o “inconsciente racial” que se manifiesta especialmente en las grandes circunstancias que interesan a su destino como pueblo – afirma G. Le Bon.²⁰ Para el nacionalista polaco Zygmunt Balicki la nación podía compararse a “un gran cerebro con vida independiente”, con estructuras, motivos, necesidades y metas propias.²¹ Casi al mismo tiempo E. Prat de la Riba habla de Cataluña como una “fisonomía moral” y un “ser psicológico”, como un “inconsciente colectivo” en que se han ido acumulando durante siglos las tradiciones de la nacionalidad.²² Y Paolo Orano estudia el proceso de desarrollo de lo que denomina la “mente colectiva” de la nación italiana.²³

Lo que es aplicable para el individuo –decía Unamuno en referencia a los procesos inconscientes- también lo es para el pueblo. “Su espíritu colectivo, el ‘Volkgeist’ de los alemanes, tiene su fondo subconsciente, por debajo de la conciencia pública...La conciencia pública, lo que suele llamarse opinión, es lo que se manifiesta al exterior...lo que pasa a los cricones y memorias y periódicos; y el espíritu público es algo más y más hondo y más permanente; es la resultante de la totalidad toda de la vida del pueblo, con su inmenso lecho de tendencias subconscientes, con el riquísimo fondo en que palpita el silencioso sedimento de los siglos hundidos en la tradición”.²⁴ La idea de Unamuno de inconsciente nacional era deudora de la filosofía romántica alemana y, muy especialmente, de la concepción metafísica de E. von Hartmann.²⁵ Pero por las mismas fechas no era difícil encontrar una justificación alternativa del ‘inconsciente colectivo’ realizada por autores más próximos al positivismo.

Entre 1880 y 1900 la investigación clínica de la mente humana había dado grandes pasos en lo que H. F. Ellenberger llama ‘el descubrimiento del inconsciente’. El enfoque especulativo tradicional –de Schelling y los románticos, de Schopenhauer,

²⁰ G. Le Bon, “Las opiniones y las creencias”, Madrid: Gutenberg (1911) 1912, pág. 223.

²¹ Z. Balicki, “Metody nauk społecznych i ich rozwój w XIX stuleciu”, 1903, pág. 56 –citado en B. Porter, “When Nationalism Began to Hate”, Oxford: Oxford Univ. Press, 2000, pág. 153.

²² E. Prat de la Riba, “La nacionalidad catalana”...págs. 29, 57 y 67-68.

²³ P. Orano, “Psicología social”...véase la expresión referida p. ej. en págs. 222 y 335.

²⁴ “Sobre el cultivo de la demótica”...pág. 49; y “En torno al casticismo”...págs. 64 y 166-167.

²⁵ El concepto de ‘lo inconsciente’ o ‘lo subconsciente’ en la historia –que Unamuno denomina otras veces ‘intrahistoria’- estaba vinculado al libro de Hartmann “Filosofía del inconsciente”. Aunque aparecido en 1869, el libro suponía en cierto modo una vuelta a la noción romántica de “inconsciente” como fuerza invisible de todo el cosmos –y, por tanto, nexo de unión del hombre con la naturaleza. (Véase Cerezo Galán, “Las máscaras de lo trágico”, Madrid: Trotta, 1996, págs. 188 y 224).

Carus y Von Hartmann- se completa ahora con el enfoque experimental y clínico de la nueva psiquiatría: los estudios sobre la hipnosis de Charcot y Bernheim, la investigación sobre la personalidad dual de Max Dessoir y Pierre Janet, los estudios sobre la histeria de Breuer y Freud, etc. Muchos filósofos, ensayistas y escritores coetáneos admitieron con prontitud la existencia del inconsciente para el individuo, y se encargaron de popularizar las aportaciones de la ciencia.²⁶ Al mismo tiempo, una serie de autores realizaba un ‘descubrimiento’ análogo para ese otro Sujeto que era la nación, dando por válida la existencia simultánea de un inconsciente colectivo. El espíritu social de la nación –dice Balicki- “posee su propia inconsciencia, su propio yo, su propia individualidad, sus métodos propios de pensamiento y una gama completa de manifestaciones de sentimientos, pensamientos y deseos”.²⁷

De esta forma, la representación de la colectividad nacional se construye también a imagen de la mente. Por ejemplo, Alfred Fouillée describe otras veces la nación como una realidad dividida en capas o estratos –capas superiores e inferiores. Los estratos nacionales hacen referencia, en primer lugar, a una jerarquía de orden social (*‘élite/masa’*) pero también, y al mismo tiempo, a una configuración de naturaleza psíquica (*‘consciencia/inconsciente’*):

“...[Las capas inferiores] son como la infraestructura del carácter nacional, representan su lado casi inconsciente, que arraiga en el suelo nacional, que a él permanece fijo, producto directo de las razas y sus cruzamientos, del clima, medio físico, estado económico y social, costumbres tradicionales, tradiciones religiosas y morales. Existen en él, en estado latente y a veces letárgico, las fuerzas vivas de la nación; de él proceden, en general, los hombres de energía, que condensan...las aptitudes hereditarias o las nuevas aspiraciones de la masa. Las capas superiores, más intelectuales, poseen a la vez las buenas cualidades y defectos de la inteligencia: pronuncian la palabra que la muchedumbre busca en vano, dan una determinación a los ensueños e instintos del pueblo entero. Pero pierden en extensión lo que ganan en precisión y claridad; representan la supra-estructura, dominio de la conciencia reflexiva. Pueden por esto mismo, dirigir el conjunto, como la conciencia dirige a la voluntad por sus motivos

²⁶ Véase H. F. Ellenberger, “El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica”, Madrid: Gredos (1970) 1976, págs. 365-370.

²⁷ Z. Balicki, op. cit., pág. 56.

reflexivos; las fuerzas vivas, al hacerse ideas-fuerzas, adquieren así un poder nuevo, tan pronto favorable como perjudicial, según la dirección que toman”.²⁸

Esta representación psicológica de la nación, que equipara la colectividad a una mente -en la que *la minoría hace las veces de conciencia*- tiene una gran acogida entre los nacionalistas de principios de siglo. Así, y utilizando esta misma metáfora, Barrès alzaba su voz contra aquellos intelectuales defensores de valores racionalistas y universales -los partidarios de Dreyfus- que a su juicio han olvidado su papel en la arquitectura natural de la mente. “Yo concluyo denunciando a ciertas inteligencias, llamadas intelectuales, en revuelta contra su subconsciente, contra sus cementerios...”.²⁹ Por supuesto, la idea del inconsciente colectivo de Barrès y los restantes nacionalistas mantiene una gran afinidad con el historicismo -una versión psicobiológica del concepto de tradición nacional. El inconsciente y el instinto de la raza -ambos términos se utilizan con una significación muy parecida- conforman ahora la herencia básica del pasado.

Por lo demás, conviene resaltar de nuevo algo que ya fuera señalado en el capítulo anterior: el paso de la descripción romántica del Pueblo-como-Sujeto-colectivo en los términos establecidos a principios del XIX (alma, conciencia, espíritu, expresión, voluntad, genio...) a una *descripción más positivizada que debe mucho al lenguaje de la psicología* (mente, inconsciente, instinto, carácter, personalidad, psicología del pueblo...). Para el psiquiatra y político catalán D. Martí i Julià las nacionalidades son “organismos vivos en los que se encuentran todas las funciones y actividades que posee la personalidad humana”.³⁰ El psicólogo inglés William McDougall define la nacionalidad como un pueblo que disfruta de algún grado de independencia política y que posee, en cierto modo, “una mente colectiva”.³¹ Para G. E.

²⁸ A. Fouillée, “Bosquejo psicológico de los pueblos europeos”, Madrid: D. Jorro (1902) 1903, págs. 611-612. En otras ocasiones establece Fouillée la misma división estratificada de la colectividad a partir de la analogía organicista, haciendo la élite las veces de ‘cerebro nacional’: “No puede haber evolución nacional sin una ‘élite’ literaria, científica y política...hay un tipo de cerebro nacional que es importante para proveer del alimento mejor adaptado para la dirección de todo el organismo...hay una jerarquía como la hay entre el estómago y el cerebro en el cuerpo vivo...” (“Education From a National Standpoint”, London: Arnold (1891) 2000, pág. 105).

²⁹ M. Barrès, “Scènes et doctrines du nationalisme”...pág. 81.

³⁰ D. Martí i Julià, “Per Catalunya”, Barcelona: La Magrana (1913) 1984, pág. 53.

³¹ “The Group Mind”...págs. 100 y 9. “...debemos reconocer la existencia en cierto modo de mentes supra-individuales o colectivas...Porque las acciones colectivas que constituyen la historia de una sociedad están condicionadas por una organización que sólo puede describirse en términos de mente, y que con todo no está comprendida dentro de la mente de ningún individuo...” (op. cit., pág. 9). Los autores que utilizan esta analogía de la ‘mente nacional’ suelen manejar a la vez la analogía organicista.

Partridge los “propósitos inconscientes” y las “disposiciones profundas” son consustanciales a la vida nacional, los “motivos conductores” de la historia.³² El título y subtítulo del libro de Partridge –“The Psychology of Nations. A Contribution to the Philosophy of History”- es un indicio del papel que la psicología había alcanzado en la descripción de las comunidades nacionales al término de la I Guerra Mundial.

De todas formas, tampoco en este caso podemos hablar de un cambio radical en el lenguaje. Esto es, ni Taine ni Le Bon ni, por supuesto, ninguno de los ideólogos del nuevo nacionalismo negaron la existencia del alma, el espíritu o la voluntad nacional, ni del genio y la expresión del pueblo, por mucho que se esforzaran en la positivación de los viejos conceptos y filosofías de la historia. Paolo Orano criticaba con dureza el espiritualismo arcaico de las filosofías anteriores, pero no dudaba en referirse al “espíritu milenario de Italia”.³³ Alfred Fouillée y William McDougall guardaban repetidamente distancias con el lenguaje ‘vago’ y ‘místico’ del idealismo y la *Völkerpsychologie* alemana, pero como ellos volvían a hablar del “espíritu” y el “alma nacional”, o de la “voluntad del pueblo”.³⁴ Dicho de otra forma, a pesar de la crítica al misticismo, la oposición a toda agencia providencial y el rechazo a toda entidad o sustancia espiritual separada de los miembros individuales de la nación, subsiste entre estos autores una cierta deuda terminológica con el romanticismo y la metafísica alemana.

“...la mente nacional es un crecimiento continuo; no está encarnada en una sucesión temporal de individuos, sino en un organismo único en continua evolución” (McDougall, op. cit., pág. 105).

³² G. E. Partridge, “The Psychology of Nations”...págs. 31 y 143.

³³ P. Orano, “Psicología sociale”...pág. 353. Véase también la pág. 266.

³⁴ En palabras de Fouillée: “...podemos estar de acuerdo en que hay un cierto *espíritu francés o alemán*, que no es meramente la suma total de las mentes individuales en este momento en Francia o Alemania. Podemos también estar de acuerdo en que este *espíritu nacional* tiene sus condiciones de preservación, que son al mismo tiempo las condiciones primarias de su progreso...” (“Educ. from a National Standp.”...pág. 111). Y en un libro posterior: “...cada pueblo comprende...un conjunto de sentimientos y de ideas producido por la acción de los sentimientos de todos sobre cada uno y de los sentimientos de cada uno sobre todos...De aquí resulta...un sistema de ‘ideas-fuerzas colectivas’, que, en último análisis, constituye la ‘conciencia nacional’, el *alma de un pueblo*” (“Bosq. psic. de los pueb. europ.”...págs. 22-23). En ocasiones utiliza Fouillée otra metáfora igualmente querida por el nacionalismo romántico, la del ‘*sueño de la nación*’ (op. cit., págs. 611-612, 622).

De la misma manera W. McDougall había criticado los vagos conceptos y divagaciones de la filosofía de la historia, y la terminología ‘oscura’ y ‘fantástica’ del idealismo alemán, pero reutilizaba muchas de sus expresiones: ‘la Voluntad del Pueblo’, ‘el sueño y despertar de la nación’, el ‘espíritu’ y la ‘conciencia nacional’, etc. Véase p. ej. “The Will of the People”, *Sociol. Review*, vol. 5, nº 2, apr. 1912, págs. 89-104; “The Group Mind”...págs. xi, 100, 169, 173, 299; “The American Nation”...págs. 5 y 67.

Una deuda que va a ser no sólo terminológica, sino también conceptual e ideológica a medida que el ciclo del positivismo dé paso a una nueva etapa caracterizada por las ideas vitalistas y el surgimiento de un clima intelectual neorromántico. Sobre este asunto volveremos en el apartado final del capítulo.

4.2. Degeneración y psicopatología nacional

Pero, además de representar a la nación como cuerpo y mente colectiva, muchos intelectuales la consideran inmersa en un proceso de degeneración irreversible. Esto es, la nación se aparece al mismo tiempo como un sujeto enfermo, postrado e inmoral. Un sujeto degenerado. En las dos últimas décadas de siglo y hasta el final de la guerra del 14 no son pocos los autores que anuncian la decadencia de la patria con las voces de la medicina y la psiquiatría, como “degeneración hereditaria de la raza”.

La historia de este concepto –“*degeneración*”- puede en sentido genérico remontarse más atrás. De hecho, el término en cuestión había sido utilizado ya en la crítica a los ilustrados. Rousseau empleaba la palabra para significar las consecuencias a su juicio perniciosas de la “civilización”. “Todo sale perfecto de manos del autor de la naturaleza; en las del hombre todo degenera”.³⁵ El filósofo ginebrino afirmaba que el desarrollo de la ciencia y la civilización podía entenderse alternativamente como un proceso mórbido que corrompe la vida social y la fibra moral de los hombres. Rousseau, Herder y el romanticismo emiten en este punto un diagnóstico similar: la vida moderna y el progreso científico podrían degenerar en una sociedad enferma, decadente, moralmente depravada y pecaminosa.

Mayor interés tiene, para lo que aquí nos ocupa, el uso posterior del término. Como ha afirmado Daniel Pick, a partir de 1850 la idea de “degeneración” pasó de ser un tema ocasional de las doctrinas filosóficas y las prédicas religiosas que advertían de los peligros del progreso y la vida moderna para convertirse además en un concepto básico de la investigación científica de la época. Dicho de otra manera, la degeneración no se discutía sólo como un problema filosófico, ético y religioso, sino también como un dato científico demostrable. “...la segunda mitad del XIX se caracteriza por la

³⁵ J. J. Rousseau, “Emilio o de la educación”...pág. 1. Véase también su “Discurso sobre las ciencias y las artes”, Madrid: Alba (1750) 1999.

enorme producción de trabajos científicos naturales y médicos sobre evolución social, degeneración, morbilidad y perversión: desde el ‘*Traité des Dégénérescences*’ de Morel a... ‘*Body and Will*’ de Maudsley, ‘*Degeneration*’ de Lankester, ‘*Psychopathia Sexualis*’ de Krafft-Ebing, ‘*Degeneración*’ de Nordau, etc. Detrás de cada uno de estos textos, uno descubre una avalancha de libros, panfletos y artículos similares...[que] apelan a la autoridad del conocimiento científico natural...”³⁶

De hecho, el concepto de “degeneración” hace fortuna como término científico a partir del desarrollo conjunto de la biología y la psiquiatría evolutiva. En este nuevo contexto se define la “degeneración” como la pérdida creciente de la normalidad psicofísica y moral de los miembros de un mismo linaje a consecuencia de enfermedades adquiridas o hereditarias.³⁷ El origen de los síndromes degenerativos se explicaba en gran medida a partir de la concepción hereditaria de Lamarck, esto es, dando entrada a la posibilidad de que los individuos adaptados a un medio social patógeno estuvieran transmitiendo fatalmente los caracteres o rasgos adquiridos a sus vástagos.³⁸ Así las cosas, una vez que un rasgo degenerado hubiera aparecido en una generación, éste podría multiplicarse y acentuarse en generaciones sucesivas en un proceso de evolución hacia atrás que haría peligrar la continuidad misma del linaje.³⁹

El recurso a las ideas de Lamarck concede un peso importante al medio en la constitución hereditaria del “degenerado”. Y, en concreto, al medio patógeno de la “civilización”. A medida que avanza el siglo la ortodoxia científico-positiva estaba

³⁶ D. Pick, “Faces of Degeneration: a European Disorder, c. 1848-c. 1918”, Cambridge: Cambridge University Press, 1989, pág. 20. Pick incluye entre sus ejemplos a Lombroso, que, como es sabido, desarrollaba fundamentalmente la tesis del ‘atavismo’ en su libro ‘*L’Uomo delinquente*’. No obstante – como recuerda Pick- Lombroso incorporaba algunas ideas degeneracionistas en su análisis del criminal, sobre todo en las ediciones posteriores del libro (Pick, op. cit., págs. 120-121).

³⁷ P. ej., Magnan y Legrain definen la degeneración como “el estado patológico del ser que, comparado con su ascendencia más inmediata, se encuentra constitucionalmente disminuido en su resistencia psicofísica y cumple sólo en parte las condiciones biológicas de la lucha hereditaria por la vida”. Se trata, además, de un estado morbo que “se agrava progresivamente” dentro de la misma familia, hasta alcanzar a todos los representantes de la estirpe. (“*Les dégénéres*”, Paris: Rueff, 1895, págs. 79 y 74).

³⁸ En el esquema evolutivo de Lamarck –afirma Nye- la adaptación no era ciega. “Una vez habituado a una nueva relación funcional...el organismo adquiría la habilidad para transmitir esta nueva organización a sus vástagos...Pero ¿y si el medio se altera de tal modo que produce respuestas del organismo que son exitosas en el empeño de adaptación a corto plazo, pero potencialmente disfuncionales para el organismo a largo plazo –en otras palabras, una adaptación que el organismo sufre como una patología? Era éste ‘problema’...el que produjo la teoría de la degeneración” (“*Crime, Madness and Politics in Modern France*”...págs. 120-121). Véase también Nye, “*Sociology and Degeneration*”, en Chamberlin y Gilman (eds.), “*Degeneration: the Dark Side of Progress*”, N.Y.: Col.Univ. Press, 1985, pág. 64.

³⁹ Para una revisión de esta literatura véase Pick, “*Faces of Degeneration*”... y Nye, “*Crime, Madness and Politics in Modern France*”... Este apartado está en deuda con ambos trabajos.

fragmentando su optimismo inicial en el progreso en una visión más ambivalente de la vida moderna. De hecho, los científicos comenzaron a preguntarse si la civilización no aumentaba –más que disminuir- el número de enfermedades físicas y mentales. La degeneración es “el detritus de la civilización” –decía Charles Féré.⁴⁰ Con el progreso industrial y científico y la división creciente del trabajo –afirma Fouillée- las funciones diversas del cuerpo y del espíritu son desigualmente ejercidas: algunas regiones del cerebro son estimuladas en exceso, mientras que el resto del cuerpo es olvidado. “...de ahí la destrucción parcial de los diversos órganos, el deterioro general de la salud, la ruptura del equilibrio en la constitución, en el temperamento, en el carácter”.⁴¹ La civilización agota las energías y produce “grandes masas de abúlicos” –afirma Vicente Gay.⁴² La “degeneración” y la “histeria” son el producto del “desgaste orgánico exagerado” que resulta del aumento del trabajo y el crecimiento notable de las grandes ciudades –dice por su parte Max Nordau.⁴³

El *medio urbano* se convierte en el escenario principal de los procesos degenerativos. Durante décadas la ciudad había simbolizado –frente al medio rural atrasado, pobre e ignorante- las aspiraciones e ideales del progreso y la civilización. A finales de siglo la valoración de muchos intelectuales positivistas estaba cambiando. Toda gran ciudad –afirman A. Nicéforo y S. Sighele- es un “instrumento de selección” donde los inadaptados perecen pero también “de perversión”, donde los débiles se corrompen.⁴⁴ También Fouillée considera que la vida urbana tiene ventajas e inconvenientes, pero acentúa sobre todo los últimos: la ciudad es “un medio física y

⁴⁰ C. Féré, “Degeneración y criminalidad”, Madrid : Daniel Jorro (1889) 1903, pág. 128.

⁴¹ “Dégénérescence?”, R. des Deux Mondes, 15 oct. 1895, págs. 818-819. Aunque Fouillée no suscribe la hipótesis de que la degeneración sea un proceso inexorable, no es ajeno a la valoración negativa de muchos de sus coetáneos. “...la herencia de los hábitos adquiridos transmite el mal con mucha más eficacia y prontitud que el bien. Ella transmite la locura y la neurosis antes que la fuerza del cerebro... Ella perpetua e intensifica el deterioro de los sentidos del hombre civilizado...” (op. cit., pág. 820).

⁴² “Constitución y vida del pueblo español”, Tomo I...pág. 144. “El gran trabajo intelectual y las continuas y constantes sacudidas que experimenta el sistema nervioso de un individuo abismado en un trabajo mental potente...trae consigo, y transmite de generación en generación, el cansancio, el deseo de reposo, el agotamiento de los nervios, y, por fin, la impotencia para el trabajo” (op. cit., págs. 359-360).

⁴³ M. Nordau, “Degeneración”, Madrid: Fernando Fé (1892) 1902, pág. 69.

⁴⁴ “La mala vida en Roma”, Madrid: R. Serra (1898) s. a., págs. 21-22. Pocos años después Sighele dará una visión más negativa de la ciudad, como si ésta fuera ya únicamente un “instrumento de perversión”: “...vivimos en la mefítica atmósfera de la planicie sentimental, en el ambiente fumoso y ensordecedor de las grandes ciudades, donde el hombre, lejos de ser dueño de sus acciones, es siervo de la atmósfera que le rodea, donde reina soberana la degeneración...” (S. Sighele, “Literatura trágica”, Madrid: E. Teodoro y Alonso (1906) 1910, págs. 121-122, curs. añad. al or.).

moralmente malsano”.⁴⁵ En su célebre libro “Degeneración”, Max Nordau expresaba un juicio aún más sombrío de la vida en la urbe. “Con el crecimiento de las grandes ciudades, aumenta paralelamente el número de degenerados de todas clases, de criminales, de locos...”⁴⁶. Y años después José María Salaverría describirá las grandes ciudades son “núcleos de debilitamiento y de contagio” donde sufrimos todo tipo de “vicios, enfermedades y fatigas”.⁴⁷

La idea ‘científica’ de la degeneración había sido formulada originalmente desde el ámbito de la medicina mental.⁴⁸ De hecho, tanto la propuesta inicial del médico alienista B. A. Morel como las versiones realizadas a final de siglo por médicos y psiquiatras (V. Magnan, H. Maudsley, E. S. Talbot, M. Nordau) relacionaban el proceso de degeneración con un número indefinido de enfermedades mentales: se hablaba de histeria, neurastenia, abulia, manías imitativas, sugestibilidad patológica; y de cleptomanía, dipsomanía, ninfomanía, claustrofobia, agorafobia, piromanía, exhibicionismo...⁴⁹ Además, la idea de *enfermedad mental* que acompañaba a los procesos degenerativos tenía un significado y una aplicación cada vez más amplia, e incluía muchas otras conductas asociadas al *crimen* y la *delincuencia*.

A finales del siglo XIX la conducta criminosa y delictiva estaba siendo paulatinamente psiquiatrizada: el criminal se concebía a menudo como un ser afligido por desórdenes mentales de tipo orgánico, un individuo de voluntad patológica e incapaz de resistirse a la tentación del dinero fácil y al libertinaje. Un degenerado.⁵⁰

⁴⁵ “Dégénérescence?”...págs. 815 y 823. Véase también su “Bosq. psic. de los pueb. europ.”...pág. 627.

⁴⁶ M. Nordau, “Degeneración”...pág.58. Véase también Bonafonte Nogués, “Degeneración y locura”, Zaragoza: M. Ventura, 1900, pág. 103.

⁴⁷ J. M. Salaverría, “El muchacho español”, S. Sebastián: Libr. Intern. (1917) 1938, pág. 43. “Los excitantes como el café, el tabaco, el alcohol, los periódicos, la política, el cine y el lujo, minan y gastan sin cesar nuestro organismo. La competencia crece y se agrava en todas las actividades” (pág. 43).

⁴⁸ Por supuesto, la medicina mental europea de las últimas décadas del XIX –y hasta la I Guerra Mundial– se caracteriza a la vez por un fuerte determinismo biológico.

⁴⁹ A partir de 1880 el término degeneración había alcanzado un reconocimiento amplio en la psiquiatría clínica. “Llegó un momento –cuenta Ellenberger– en que casi todos los certificados médicos de los hospitales mentales de Francia comenzaban con las palabras ‘dégénérescence mentale, avec...’, tras lo cual se citaban los síntomas principales” (“El descubrimiento del inconsciente”...pág. 325). Por su parte, el español Bonafonte Nogués afirmaba que la inmensa mayoría de “locuras” eran sintomáticas de la “degeneración mental”. A la vez, reconocía la dificultad de limitar con exactitud el estudio de la etiología de la degeneración –“es imposible someter a reglas fijas e invariables, a preceptos generales lo que es tan vario y múltiple” (“Degeneración y locura”...págs. 109 y 77-78).

⁵⁰ Véase para esta cuestión R. Nye, “Crime, Madness and Politics in Modern France”...págs. 98-99 y 128. Las caracterizaciones más “populares” del criminal –cuenta Nye– se basaban en la existencia de “patologías de la voluntad”, en los términos escogidos por el psicólogo Théodule Ribot.

“...el delincuente es un individuo cuya alma presenta las innumerables degeneraciones o detenciones de desarrollo que se encuentran en el loco moral y en los salvajes” – afirman Nicéforo y Sighele.⁵¹ De hecho, la condición psico-patológica de los procesos degenerativos no sólo hacía referencia a la locura, el delito y el crimen. Apuntaba también a muchos otros comportamientos vinculados a la *desviación social*, el *alcoholismo*, la *prostitución*, la *pornografía*, el *suicidio*, e incluso a la *infertilidad* o la *indigencia*. Como afirman Campos Marín y Huertas García-Alejo, a finales de siglo la degeneración se había convertido en un cajón de sastre que explicaba todo tipo de desdichas individuales y colectivas. “La locura, el alcoholismo, la tuberculosis, la sífilis, etc., se convirtieron en patologías que lejos de agotarse en el individuo enfermo, se transmitían durante generaciones...Pero también la elevada mortalidad, sobre todo la infantil, la disminución de la talla, la miseria, las condiciones de trabajo, la extensión de la prostitución, la criminalidad, las transgresiones morales, etc., eran tomadas al mismo tiempo como causa y síntoma de degeneración”.⁵² En este sentido, el esquema explicativo relacionaba las distintas manifestaciones patológicas entre sí bajo el síndrome común de la degeneración hereditaria.⁵³

En la década de 1890 –en el contexto de una serie de crisis sociales, económicas y políticas que se extienden por toda Europa⁵⁴– el concepto de degeneración había alcanzado un importante respaldo no sólo entre psiquiatras y médicos, también entre criminólogos y sociólogos. Unos y otros se hacen eco de esta concepción biologicista del sujeto y la sociedad moderna.⁵⁵ Participan del debate en torno a las consecuencias

⁵¹ A. Nicéforo y S. Sighele, “La mala vida en Roma”...pág. 248. Charles Féré va todavía más lejos: “...la diferenciación, desde el punto de vista biológico, del criminal y el enajenado y más aún del criminal y el hombre sano que lleva en germen los elementos de todos los vicios y de todos los delirios es difícilísima...” (“Degeneración y criminalidad”...pág. 121).

⁵² “Degeneración biológica y decadencia social en España”, en C. Naranjo y C. Serrano (eds.), “Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español”, Madrid, CSIC, 1999, pág. 59. Véase también R. Huertas, “Locura y degeneración”, Madrid, CSIC, 1987, pág. 85.

⁵³ De ahí que fuera difícil pensar en uno de estos problemas sociales con independencia de los restantes. No era únicamente la relación entre enfermedad mental y crimen. P. ej., existía un vínculo parecido entre la enfermedad mental y el alcoholismo. “La embriaguez alcohólica suele ir acompañada de trastornos mentales...” –dice Féré en “Degeneración y criminalidad”...págs. 119-120. “La relación que existe entre la locura y el alcoholismo es conocida por todos...” –dice A. Muñoz en “Alcoholismo: su influencia en la degeneración de la raza latina”, Madrid: G. Carrión, 1906, pág. 90.

⁵⁴ Véase H. Hughes, “Consciousness and Society”, Brighton: Harvester Press (1958) 1979, págs. 41-42.

⁵⁵ Si bien las teorías degeneracionistas ponían el foco de atención en la influencia del medio social urbano en la aparición y desarrollo de la conducta desviada, la entidad sociológica de sus explicaciones es muy débil. De entrada, la influencia del medio social se concreta dentro de los parámetros evolucionistas y organicistas, y se evalúa en términos médico-psiquiátricos –influencia saludable o morbosa sobre los individuos. Además, la teoría de la degeneración entiende ‘lo social’ como un continuo que no puede

perniciosas del progreso y la vida urbana en la constitución física y mental de los ciudadanos. Y advierten –en su diagnóstico final– del aumento imparable de ‘degenerados’. Fouillée habla del aumento de la criminalidad, el suicidio y la locura; del estancamiento de la población y el avance del alcoholismo.⁵⁶ Nicéforo y Sighele alarman sobre el enorme crecimiento estadístico de locos, alcohólicos y, sobre todo, criminales: “...la curva general de la criminalidad en nuestro país...aumenta de año en año en una proporción que espanta”.⁵⁷ Nordau se refiere al incremento constante de criminales, locos y suicidas, y de las afecciones del sistema nervioso –“consecuencia inmediata de la civilización moderna”.⁵⁸

Aunque estos autores justifican sus ideas en base a hechos biológicos y médicos supuestamente contrastados mediante la observación clínica y los datos estadísticos, el discurso degeneracionista está saturado de términos morales y proféticos de factura religiosa. El libro de Nordau puede servir como ejemplo. Tras reivindicar como propia la perspectiva del científico positivista en las primeras páginas de “Degeneración” (“...este libro es un ensayo de crítica realmente científica...”)⁵⁹, Max Nordau salpica el texto de principio a fin con un amplio repertorio de términos morales extraídos de una cosmovisión religiosa: ‘el bien’ y ‘el mal’; ‘el vicio’ y ‘la virtud’, ‘la perversión’, ‘la abyección’, ‘la vileza’, ‘la infamia’ y ‘el libertinaje’; ‘la envidia’, ‘el egoísmo’, ‘la avaricia’, ‘la vanidad’, ‘el orgullo’...Dicho de otra manera, el libro tiene una clara *vocación moralizadora* y nexos evidentes con la religión. La misma idea médico-psiquiátrica de ‘degeneración’ parece suministrar una metáfora secularizada del pecado, sustituyendo la contraposición cristiana entre el bien y el mal por la antítesis salud/enfermedad, normalidad/desviación, evolución/regresión evolutiva.⁶⁰ Y la retórica

separarse de ‘lo biológico’, a través del mecanismo de herencia neo-lamarckiano. Véase R. A. Nye, “Crime, Madness and Politics”...págs. 119, 127 y 123.

⁵⁶ Las referencias están sacadas de Fouillée: “Temperamento y carácter según los individuos, los sexos y las razas”, Madrid, F. Fé, 1901, págs. 314-316; “Bosq. psic. de los pueb. europ.”...págs. 614 y 646-647.

⁵⁷ “La mala vida en Roma”...pág. 254. “Pensando efectivamente en la considerabilísima delincuencia de los centros populosos, nos vemos inclinados a creer, con Rousseau, que las ciudades son ‘abismos de la especie humana’...el Minotauro de la civilización” (op. cit., pág. 14).

⁵⁸ M. Nordau, “Degeneración”...pág. 65.

⁵⁹ M. Nordau, op. cit., pág. xix.

⁶⁰ “...hemos tomado de la Medicina los términos y las comparaciones, para tratar las cuestiones intelectuales o morales” –afirma Sighele en “Literatura trágica”...pág. 161. Para esta cuestión, véase también A. Morris, “Oscar Wilde and the Eclipse of Darwinism”, *Studies in History and Philosophy of Science*, vol. 24, nº 4, 1993, en especial pág. 529.

degeneracionista adquiere con frecuencia el *tono profético y apocalíptico* del Antiguo Testamento. Los terribles efectos del alcoholismo, la enfermedad y el vicio universal avanzan sin remedio, esterilizando la raza y consumando el fin de la humanidad.⁶¹ Esto nos lleva a la segunda cuestión de este apartado: la que conecta el concepto biológico y médico de la degeneración evolutiva con la idea del declive de la raza y la nación.

El discurso degeneracionista era en sí mismo contradictorio. Al tiempo que hace referencia de manera particular a una serie de individuos desviados, minorías marginales y grupos sociales desafortunados y ‘peligrosos’ –enfermos mentales, delincuentes, alcohólicos, criminales, suicidas, prostitutas, mendigos, vagabundos, etc.- la degeneración se describía también como *un proceso ubicuo y un peligro inminente para la totalidad del cuerpo social*. Por una parte –afirma Pick- los expertos deseaban aislar una amenaza concreta para la sociedad –“descubrir, transportar, castrar y segregar los elementos nocivos”. Por la otra, la degeneración parecía estar por todos lados, y exigía “campanas masivas de higiene pública, la investigación más minuciosa de poblaciones enteras”.⁶² Los procesos degenerativos eran a la vez un síntoma de la pérdida de vigor racial de la nación –que implicaba a todos sus miembros. A fines del XIX muchos intelectuales europeos anunciaban la decadencia irremisible de la patria con las voces de la medicina y la psiquiatría, esto es, como degeneración hereditaria de la raza.

De hecho, la preocupación sin precedentes que se vivía en toda Europa en torno al aumento estadístico del crimen, las enfermedades físicas y mentales o las conductas desviadas iba con frecuencia de la mano de una inquietud simultánea referida al futuro de la patria. Como en Francia, en donde investigaron con especial insistencia los procesos degenerativos, tales preocupaciones no eran infrecuentes en otros países. “...la identificación de las patologías biológicas como ‘causas-síntomas’ del declive del Estado-nación –afirma R. Nye- llegó a ser amplia en cualquier sitio, particularmente en aquél en el que los ciudadanos tenían motivos para sospechar que su nación había alcanzado su apogeo en el estadio histórico del mundo”.⁶³ En Francia e Italia, y también

⁶¹ Véase también el libro citado de Bonafonte Nogués, “Degeneración y locura”...pág. 74.

⁶² D. Pick, “Faces of Degeneration”...pág.106. Véase también pág. 135.

⁶³ R. A. Nye, “Crime, Madness and Politics in Modern France”...págs. 330-331.

en España, la idea de la *degeneración de las razas latinas* –y la superioridad de los anglosajones– se extendió con rapidez a partir de una serie de crisis internas agudas (de orden social y político) y derrotas militares en el exterior.⁶⁴

Tras la derrota nacional francesa ante Prusia y la Comuna de París el término clínico de “degeneración” se había cobrado un valor añadido en el terreno de la historiografía y la crítica de la sociedad. Para entonces el historiador H. Taine empezó a ver en los datos de población y en las tasas de criminalidad, alcoholismo y enfermedades mentales una prueba indiscutible de la degeneración de la patria. Los espectros que obsesionan a Taine serán compartidos por muchos pensadores franceses de la generación posterior. Jules Soury ve a los franceses como “seres degenerados”, y describe la historia de Francia como un proceso irreversible de debilitamiento, intoxicación y degeneración (“...su degeneración final, su muerte...no es más, ¡ay!, que una cuestión de tiempo”).⁶⁵ Édouard Drumont avanza el mismo diagnóstico: decadencia, degradación, deformación, debilitamiento, corrupción, depravación, perversión, envilecimiento...degeneración. “...entre los franceses de hoy día hay muchos que guardan desgraciadamente relación con los que en medicina se llaman los Degenerados”.⁶⁶

Del mismo modo que la idea de nación de Herder y los románticos alemanes había sido concebida por analogía con el sujeto expresivista de su tiempo, la idea de colectividad nacional de Taine, Soury, Drumont y tantos otros autores debía mucho a la aparición de un sujeto enfermo y degenerado, concebido desde la psiquiatría fin de siglo. El sujeto de la clínica se convierte en este caso en una especie de modelo de referencia en el que muchos van a reconocer el relato decadente de la patria. El loco, el criminal, el alcohólico, la prostituta asumen un papel simbólico destacado en la valoración de la historia y el destino nacional. Como el sujeto degenerado, también la nación está gravemente enferma, “padeciendo un síndrome que la aparta de su curso ‘normal’ de desarrollo”.⁶⁷ El cuerpo y la mente de la nación –como el cuerpo y la mente

⁶⁴ El libro más comentado al respecto era de E. Demolins, “En qué consiste la superioridad de los anglosajones”, Madrid: V. Suárez (1897) 1899. También alcanzó notoriedad en los tres países mencionados el libro de G. Sergi, “La decadencia de las naciones latinas”, Barcelona: Libr. Esp. (1900) 1901.

⁶⁵ J. Soury, “Campagne nationaliste”...págs. 12 y 185-186.

⁶⁶ “Le testament d’un antisémite”, Paris, Dentu, 1891 –citado en P. Birnbaum, “La fin de la France”, en Z. Sternhell (dir.), “L’Éternel retour”, Paris, Presses de la F. N. S. P., 1994, págs. 198 y 207.

⁶⁷ Véase R. A. Nye, “Crime, Madness and Politics”...págs. 143, 329 y 339. Véase también M. Winock, “Les nationalismes français”, Barcelona: Institut de C. P. i S., 1994, pág. 9.

del individuo con procesos degenerativos- está amenazado por la degradación física y moral, la desviación y el envilecimiento.

No obstante, la relación entre el cuerpo enfermo del sujeto y el de la nación no era sólo simbólica o figurativa. El sujeto degenerado se presenta casi siempre como un “síntoma inequívoco” de la decadencia de la patria.⁶⁸ Los degeneracionistas persiguen una explicación biológica de la historia, en la que consideran la herencia morbosa de la raza como principal variable, y la proliferación de enfermos mentales, criminales y desviados como su evidencia más señalada. “Fácil es observar –afirma el escritor y político español Manuel de Burgos y Mazo- ...cómo se va depauperando la constitución física de los ciudadanos, cómo se extienden el raquitismo y las enfermedades que representan degeneración de la raza; cómo el virus minando la salud transmite una debilidad congénita y el virus morbosos de padres a hijos; cómo se afemina el hombre...; cómo se pueblan los hospitales de seres desmembrados y los asilos de anormales y lisiados; de qué suerte aumenta la vagancia...; cómo la pobreza ensancha su esfera y la miseria se ceba en las muchedumbres...”.⁶⁹ Es la reproducción descontrolada de degenerados, el contagio y la diseminación sin límites de las patologías y el aumento del vicio y la depravación moral lo que conduciría a la enfermedad y agonía del cuerpo de la nación.⁷⁰

En cualquier caso, y con independencia de la literalidad de sus palabras, un número creciente de intelectuales europeos va a pensar el *declive de la patria* con los términos acuñados por la biología, la medicina y la psiquiatría. El historiador Taine, que se atribuye el papel de psicólogo de una patria enferma y degenerada, había manifestado su deseo de que la ciencia suministrara a cada pueblo “preceptos de higiene social” – “análogos a las prescripciones de higiene física que los fisiólogos y los médicos

⁶⁸ En sentido parecido afirmaba Pick: “El lenguaje de Taine se movía continuamente entre la representación de la psicopatología de los individuos y la sociedad. El cuerpo individual y la sociedad se consideraban como *metáforas vivas* el uno de la otra, *como si su relación figurativa pudiera ser naturalizada y disuelta en la idea literal de la ‘degeneración’ de la nación*” (“Faces of Degeneration...pág. 72, cursiv. añad. al or.).

⁶⁹ M. de Burgos y Mazo, “El ciclo de las sociedades políticas”, Madrid: Alrededor del Mundo, 1918, pág. 201. Por lo menos hasta la I Guerra Mundial la idea de la “degeneración de la raza” era habitual en el discurso político europeo. Por otra parte, y aunque esta literatura degeneracionista fue cultivada primeramente en Europa, influyó en el pensamiento de autores latinoamericanos como Ramos Mejía, Ricardo Rojas o Alcides Arguedas. Éste último, en su libro “Pueblo enfermo”, denuncia las patologías físicas y mentales, la infertilidad, las enfermedades venéreas, el abuso del alcohol, el exceso de trabajo, etc., que –a su juicio- “van minando el vigor prodigioso de la raza” (op. cit, Barcelona: Vda. de Luis Tasso, 1909, págs. 60 y 184).

⁷⁰ Véase también R. Campos y R. Huertas, “Degener. biol. y decad. soc. en España,”...pág. 56.

introducen hoy día en los hospitales”.⁷¹ En sentido parecido, el novelista francés Paul Adam llega a proponer la creación de una nueva disciplina, la “patología de los pueblos”: “Las enfermedades de la infancia, juventud, madurez y vejez de las razas serán conocidas con exactitud. Se establecerán los diagnósticos. Se adaptarán los remedios”.⁷² Poco después el criminólogo y psicólogo social Joseph Maxwell hace suyo este deseo. Llegará el día –afirma– en que los hombres comprendan la inexorabilidad de las leyes naturales que rigen la evolución de las naciones. “Las sociedades tendrán sus médicos, sus higienistas, hasta sus cirujanos, como nosotros los tenemos actualmente para los individuos”.⁷³

La visión médico-psiquiátrica del declive nacional no se circunscribe al ámbito intelectual francés. En España el escritor y médico Pompeyo Gener había reivindicado la necesidad de una “dictadura higiénica” y una “medicación heroica” que atajara “las enfermedades o vicios constitutivos del país”.⁷⁴ En la misma línea el también escritor y psicólogo Ricardo Macías Picavea pedirá un “plan curativo”, un “terapéutica” y un “tratamiento heroico” para hacer frente a la multitud de enfermedades degenerativas que padece el pueblo español. Tras un periodo prolongado de evolución saludable del “organismo nacional” –afirma Picavea– “aparece la enfermedad, y...convertida en discrasia, en puoemia y toxicohemia, en infección general del organismo entero, se agarra a los hondos de él, forma constitución morbosa, y se hace crónica, minando profundamente la vida hasta acabarla”. De ahí que el autor se apreste a elaborar un cuadro completo de lo que llama “la actual patografía española”.⁷⁵

La *concepción médico-psiquiátrica del declive nacional* había alcanzado tal reconocimiento a finales del XIX que se iba a imponer a cualquier otro modo de contemplar la crisis de la patria.⁷⁶ Incluso autores procedentes de tradiciones

⁷¹ H. Taine, “Sa vie et sa correspondance”...págs. 305-306.

⁷² P. Adam, “D’une pathologie des peuples”, La Revue blanche, 1 nov. 1895, pág. 407.

⁷³ “Psychologie sociale contemporaine”, Paris: F. Alcan, 1911, pág. 279. Además, Maxwell defendía la necesidad de velar no sólo por la “higiene” del cuerpo social sino también por la del espíritu, la “higiene” intelectual y moral de la sociedad (op. cit., pág. 280).

⁷⁴ P. Gener, “Heregías” [sic], Barcelona, Impr. de L. Tasso, 1887, págs. 17-18 y 256.

⁷⁵ R. Macías Picavea, “El problema nacional”, Madrid: Sem. (1899) 1972, págs. 140, 133-134.

⁷⁶ Esta cuestión está bien apuntada –para el contexto francés– por R. Nye: “...un modelo médico de crisis cultural...ejercía un imperialismo lingüístico y conceptual sobre todas las otras formas de contemplar la crisis de la nación...sirvió al objetivo ‘cultural’ completo de explicar al francés los orígenes de la decadencia nacional y la debilidad de su población...a fines del XIX muchos franceses habían aprendido

intelectuales alternativas y que, en muchos casos, carecían de una formación científico-natural concreta, iban a apropiarse de la autoridad y la palabra del médico degeneracionista. Por ejemplo, el escritor y diplomático Angel Ganivet se ve a sí mismo como un “médico espiritual” dedicado al “diagnóstico” de la “enfermedad” que sufren los españoles –e invoca el conocimiento acumulado por Esquirol y Maudsley, por Ribot y Pierre Janet.⁷⁷ Joaquín Costa, jurista e historiador, reivindica la figura de un “cirujano de hierro” para regenerar España; reclama una “terapia política” que reforme la “conciencia viciada de la sociedad”, y la saque de la “postración”.⁷⁸ En el mismo sentido el historiador Rafael Altamira defiende la necesidad de una dictadura que tutele con fines “terapéuticos” a un pueblo (“organismo social”) en estado de “perturbación morbosa” y “degeneración”.⁷⁹ Y, por citar un ejemplo más, el propio E. L. André certifica el estado de postración biológica y mental de España en su “Ensayo de Psicología Política”. Un libro de juventud que –según afirma el autor- aspira a ser “un capítulo interesante de psicopatología social de la nación española”.⁸⁰

De hecho, esto era lo que él y muchos otros estaban haciendo: atribuir a la nación las mismas patologías físicas y mentales que habían sido diagnosticadas para el sujeto degenerado. Jules Soury habla de la ‘debilidad mental’, la ‘anestesia moral’, la ‘amnesia’ y la ‘demencia’ como algunos de los síntomas de la Francia contemporánea.⁸¹ En la misma línea, Édouard Drumont se refiere a la ‘atrofia del cerebro’ y a la ‘debilidad mental’ de los franceses, a la ‘impotencia de su voluntad’ y a su tendencia irrefrenable a la ‘hipnosis’.⁸² Por su parte, André habla de la ‘letargia’, la ‘catalepsia’, la ‘atonía’, la ‘ataxia’ y la ‘cenestesia senil’ de los españoles.⁸³ Unamuno, de la ‘atonía’ y

a pensar en el declive relativo de la nación en términos biológicos y médicos” (“Crime, Madness, and Politics in Modern France”...págs. xiii y 321).

⁷⁷ A. Ganivet, “Idearium español”, Madrid: Biblioteca Nueva (1897) 1998, pág. 138.

⁷⁸ Véase “Oligarquía y caciquismo”, Madrid: Revista de Trabajo (1902) 1975.

⁷⁹ “El problema de la dictadura tutelar en la historia”...págs. 113 y 137. “Los casos de dictadura pueden ser, en cuanto se refieren a la actividad interior de cada pueblo, de dos clases: casos de insuficiencia en el desarrollo (infancia o atraso, paralización del movimiento progresivo), y casos de enfermedad, anormalidad, degeneración o crisis, tanto pasajera, en pueblos fundamentalmente sanos (los casos citados de Inglaterra y E. Unidos), como permanentes, en pueblos esencialmente enfermos...” (op. cit., pág. 137).

⁸⁰ “El histrionismo español. Ensayo de psicología política”, Barcelona: Henrich & C^a., 1906, pág.19.

⁸¹ J. Soury, “Campagne nationaliste”...pág. 172.

⁸² “Le testament d’un antis.”...págs. 138, 171-172; citado en Birnbaum, “La fin de la France”...pág. 207.

⁸³ E. L. André, “La conciencia nacional y sus generadores...”págs. 159-161.

de la ‘mente disociativa’.⁸⁴ Y Picavea, en su patografía del pueblo español, menciona entre otros síntomas el de la ‘idiocia’, el ‘psitacismo’, la ‘pérdida de personalidad’ y la ‘desorientación’.⁸⁵ La lista de síntomas o manifestaciones degenerativas podría ampliarse ad infinitum. No obstante, de entre las señaladas por estos y otros autores hay dos que se van a repetir con frecuencia: la abulia y la tendencia a la sugestión.

Médicos y psicólogos degeneracionistas como Maudsley, Nordau o Ribot habían hecho de la *abulia* o la pérdida de la voluntad un síntoma básico del sujeto degenerado.⁸⁶ La voluntad era –a juicio de Ribot– la última de las cualidades mentales desarrolladas por el ser humano en el proceso de evolución filogenética. En este sentido, se trataba también de la conquista evolutiva más frágil y la primera que habría de desaparecer en individuos aquejados por enfermedades mentales degenerativas.⁸⁷ Angel Ganivet extrapola este trastorno psico-fisiológico de la voluntad a la mayoría de los españoles, y lo convierte en un elemento explicativo de la decadencia de la patria. “Si yo fuese consultado como médico espiritual para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos...diría que la enfermedad se designa con el nombre de...‘aboulía’, que significa eso mismo, ‘extinción o debilitamiento grave de la voluntad’; y la sostendría si necesario fuera, con textos de autoridades y examen de casos clínicos muy detallados, pues...hay una larga serie de médicos y psicólogos que han estudiado esta enfermedad...”.⁸⁸ Ganivet no era el único en hablar de la abulia de los españoles. Poco después Rafael Altamira se refiere también a “la abulia que últimamente hemos padecido”.⁸⁹ Y el farmacéutico y criminólogo J. M. Llanas denuncia en los mismos términos la ausencia de voluntad de los españoles. “España se está comportando como un pueblo enfermo...un pueblo aboulíco, fácil de sugestionar y de llevar a donde se quiera...un débil, una nación niño...”.⁹⁰

⁸⁴ M. de Unamuno, “En torno al casticismo”...págs. 86-95 y 155-158.

⁸⁵ R. Macías Picavea, “El problema nacional”...págs. 136-139.

⁸⁶ “Con el abatimiento característico del degenerado se junta, por regla general, una aversión hacia toda acción que puede llegar hasta el horror de obrar y la impotencia de querer (abulia)” –afirma Nordau en “Degeneración”...pág. 34.

⁸⁷ “Las enfermedades de la voluntad”, Madrid: D. Jorro (1884) 1906. Véase también R. Nye, “Crime, Madness and Politics in Modern France”...pág. 128.

⁸⁸ A. Ganivet, “Idearium español”...pág. 138.

⁸⁹ R. Altamira, “Psicología del pueblo español”...págs. 128 y 151. Aunque Altamira hace una interpretación más libre del concepto.

⁹⁰ J. M. Llanas Aguilaniedo, “Alma contemporánea”, Huesca: I. E. A. (1899) 1991, pág. 167.

Por último, si la voluntad era una de las últimas cualidades mentales desarrolladas en el proceso de filogenia, las conductas inconscientes procedían de los estadios anteriores en la secuencia evolutiva de la especie humana. En este sentido, además de la quiebra de la voluntad, los médicos y psiquiatras hablaban también de las manías imitativas y la “*sugestibilidad patológica*” del degenerado.⁹¹ Este factor psicopatológico se utiliza igualmente para la explicación del declive histórico de la patria. Ya hemos hecho referencia al diagnóstico de Llanas Aguilaniedo (“...un pueblo enfermo...fácil de sugerir...”). El sociólogo Manuel Sales y Ferré tenía la misma opinión: “la sugestibilidad” –afirma– “la propensión a caer bajo la tiranía de una idea y ser arrastrado a llevarla a efecto ciegamente, fanáticamente” es uno de los rasgos fundamentales del “temperamento” del español.⁹² Mucho antes, el historiador Taine había descrito al francés como un ser “excitable”, lanzado con facilidad “fuera de su centro” y pronto a recibir los estímulos externos.⁹³ Y Édouard Drumont había visto en “la hipnosis” uno de los factores esenciales de la decadencia de Francia.⁹⁴

4.3. La nueva psicología de los pueblos

La influencia conjunta del evolucionismo y el organicismo, el temor de los intelectuales a la degeneración de la raza y las nuevas ideas científicas referidas a la importancia del inconsciente en los comportamientos individuales y colectivos prepara el terreno al desarrollo de una tradición alternativa en el estudio de la psicología de los pueblos. Esta segunda corriente, más cercana al positivismo que la *Völkerpsychologie*, va a traducir los antiguos conceptos románticos de la nación a las nuevas fórmulas de la biología y la psiquiatría finisecular, explicando el origen y el desarrollo del alma de los pueblos a partir de la aportación decisiva de la raza y los procesos inconscientes a lo largo de la historia. Desde estos parámetros, los nuevos psicólogos exploran el estado de salud de la nación, determinando las características mentales de sus miembros –sus

⁹¹ Véase p. ej. en M. Nordau, “Degeneración”...págs. 42-43, 50-51.

⁹² M. Sales y Ferré, “Problemas sociales”, Madrid: V. Suárez, 1910, pág.34.

⁹³ H. Taine, “Los orígenes de la Francia contemporánea”...págs. 62-63.

⁹⁴ “La dernière bataille. Nouvelle étude psychologique et sociale”, Paris, Dentu, 1890, págs. 136 y 508.

cualidades y defectos, sus virtudes y vicios más señalados- y elaborando un pronóstico de las posibilidades de regeneración colectiva.

En el período transcurrido entre 1890 y la década de 1920 el estudio ‘científico’ de la psicología de los pueblos –lo que muchos terminarán llamando la *investigación del carácter nacional*- alcanzaría un reconocimiento y una difusión desconocida hasta entonces. Sin dejar de mencionar la obra de una serie de precursores importantes –como Hippolyte Taine, Walter Bagehot o Théodule Ribot- fue sobre todo la publicación del libro de Le Bon, “Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos”, y tal vez la aparición de la “Psychologie du peuple français” de Alfred Fouillée, lo que facilitó un cierto esquema explicativo y proporcionó una mayor popularidad a la nueva psicología de los pueblos.⁹⁵ Otros muchos autores participarán después en la nueva corriente de estudio: Émile Boutmy, Charles Letourneau, Joseph Maxwell, Jacques Bardoux, Firmin Roz, Paolo Orano, Diego Abad de Santillán, Alcides Arguedas, William McDougall, etc. Buena parte de los trabajos fueron realizados por autores franceses, españoles e italianos, inmersos todos ellos en el debate sobre la degeneración de las razas latinas.⁹⁶

Se puede constatar de entrada las semejanzas y diferencias entre la Völkerpsychologie y la psicología positivizada de los pueblos. En primer lugar, la nueva disciplina coincide aparentemente con la Völkerpsychologie en la definición social del individuo y en la *constitución psicosocial del yo*. El hombre pertenece por naturaleza a un grupo o colectividad concreta, y esta pertenencia tiene una importancia decisiva en la formación de su carácter. “No puedo tener un verdadero yo –afirma Alfred Fouillée- más que concibiendo a los otros y al todo”.⁹⁷ A juicio de Paolo Orano, el individuo se constituye como ser psicológico por medio de la sociedad. “...antes del hecho ‘sociedad’ –afirma- no existe una verdadera y propia psicología...anteriormente a

⁹⁵ Aunque el libro “Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos” de Le Bon no alcanzará la difusión de la “Psicología de las multitudes”, tuvo también una enorme popularidad en las primeras décadas del XX, traducándose a multitud de idiomas. Como afirma Nye, Le Bon contribuyó a poner las bases de la nueva psicología de los pueblos, de factura psico-biológica y racalista. “Le Bon, con Fouillée, Boutmy, Bardoux y el ‘antroposociólogo’ Vacher de Lapouge habían sido llevados a sus conclusiones por el estudio de los aspectos instintivos, emocionales e inconscientes de la evolución social” (“The Origins of Crowd Psychology”...pág. 53). Véase también Billig, “Fascists”, London: Acad. Press, 1978, pág. 22.

⁹⁶ Pero los nombres de William McDougall o Alcides Arguedas prueban también que la preocupación en torno a la ‘psicología de los pueblos’ desbordaba las fronteras de la Europa continental.

⁹⁷ “Moral de las ideas-fuerzas”, Madrid: S. de Jubera (1907) 1908, pág. 73. Y en su “Bosq. psic. de los pueb. europ.” afirma: “...No se puede comprender el individuo sino como miembro de un ‘sistema de voluntades’...Hay ideas y sentimientos que reciben los individuos de la nación y ‘por’ la nación; hay también cualidades de carácter que reciben de la nación y por la nación” (págs. 22-23).

la convivencia [los individuos] no son psicológicos, no siendo humanos”.⁹⁸ El hombre se hace plenamente hombre –afirma años más tarde William McDougall– “mediante la participación en la vida de grupo”.⁹⁹ Esta concepción psicosocial del yo –que empujó a Orano, a McDougall y a un tercer autor, Joseph Maxwell, a escribir los primeros libros bajo el título de ‘psicología social’– iba a tener por otro lado una acogida significativa entre los ideólogos del nacionalismo de principios de siglo (Barrès, D’Annunzio, Corradini, etc.).¹⁰⁰ No obstante, el concepto de sociedad que manejan se enmarca dentro del naturalismo y el evolucionismo de la segunda mitad del XIX, y establecen las causas del surgimiento del yo a partir de las leyes biológicas de la *herencia* y las leyes psicológicas de la *sugestión*. De esta forma, la influencia determinante en la constitución del sujeto no es en este caso la lengua o el desarrollo de la expresión lingüística –como había planteado la *Völkerpsychologie*– sino la raza, el territorio y los procesos de interacción social inconsciente.

En segundo lugar, también la nueva psicología de los pueblos representa la Nación como una *colectividad compuesta de sujetos equivalentes* y, al mismo tiempo, como si ella misma fuera un *Sujeto con atributos humanos*. En este punto la coincidencia con la *Völkerpsychologie* y, en general, con todo el discurso nacionalista, es absoluta. Los autores en cuestión hablan una y otra vez del inconsciente de la raza, la mente de la nación o el carácter del pueblo, y lo hacen al menos con dos sentidos distintos: por una parte, para referirse a los rasgos psicológicos adscritos a los miembros individuales de la nación; por otro, en referencia a una colectividad investida con caracteres humanos y que, en todo caso, no puede ser reducida a la suma de sus miembros.¹⁰¹ La mayoría de las veces no es posible determinar cuál de los dos sentidos están utilizando.

⁹⁸ P. Orano, “Psicologia sociale”...págs. 82-83. Véase también pág. 78. El ámbito ‘social’ en el que se constituye ‘lo psicológico’ es considerado a menudo a lo largo del libro como un ámbito ‘nacional’. Es la nación el contexto –a veces implícito– en el que el autor sitúa la gestación de ‘lo psicológico’.

⁹⁹ W. McDougall, “The Group Mind”...pág. 20.

¹⁰⁰ P. ej., Barrès afirmará que “el yo individual” está “enteramente sustentado y alimentado por la sociedad”. De ahí que admita que sus preocupaciones intelectuales hayan pasado “de la ilusión sobre el yo al placer de la psicología social”. Véase “Amori et dolori sacrum”, París: Plon, 1903, págs. 130-131 ; y “Scènes et doctrines du nationalisme”...pág. 17.

¹⁰¹ Como el propio McDougall afirma: “...Hay dos sentidos en los que la expresión (carácter nacional) es utilizada...Por un lado, ...para denotar el carácter de los individuos que son considerados representantes típicos o especímenes corrientes de sus naciones. Por otro lado, puede entenderse el carácter de la nación como un todo o mente colectiva” (“The Group Mind”...pág. 106).

Con todo, y a pesar de las coincidencias apuntadas, la visión del mundo de estos autores distaba de las formulaciones doctrinales del nacionalismo y de los planteamientos de la *Völkerpsychologie*. Sin duda, ello era especialmente cierto en el caso de Gustave Le Bon. Cuando escribe su libro “Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos”, Le Bon permanece todavía en la órbita intelectual del positivismo y el evolucionismo de la segunda mitad del XIX. Aunque traza una visión mucho más negativa del futuro, y advierte de los numerosos peligros de degeneración que amenazan sobre todo a Francia y las restantes naciones latinas, reconoce a la vez su admiración por el desarrollo evolutivo de los pueblos anglosajones. De ahí que no busque las bases del progreso en los criterios ideológicos establecidos por el historicismo nacionalista (individualidad, originalidad, creatividad, continuidad histórica de cada pueblo), sino que lo hace más bien a partir de un patrón único de desarrollo evolutivo en cuyo estadio más avanzado sitúa a la nación inglesa.¹⁰²

Ahora bien, no es menos cierto que algunas de las ideas de Le Bon, Fouillée y otros autores sobre la formación del carácter o la psicología de los pueblos van a reutilizarse enseguida en la justificación ideológica del nacionalismo emergente, una vez que el periodo intelectual del positivismo dé paso a una nueva etapa definida por las ideas vitalistas y neorrománticas. P. ej., Maurice Barrès hará suya la expresión leboniana del “alma (o inconsciente) de la raza”, defenderá la idea de que la nación es ante todo una realidad psicológica, y asumirá que el mecanismo de imitación / sugestión es la llave maestra para la explicación de los procesos históricos.¹⁰³ De modo que la psicología positivista de los pueblos va a contribuir también a la justificación y *naturalización* del nacionalismo.

¹⁰² También Fouillée se había formado en las ideas positivistas y evolucionistas de la segunda mitad de siglo. No obstante, en sus dos obras de referencia sobre el tema –“Psych. du peup. franç.” y “Bosq. psic. de los pueb. europ.”– se advierte ya *complementariamente* la influencia del vitalismo y un regeneracionismo más cercano a las ideas nacionalistas. En algunos pasajes recuerda incluso al nacionalismo cosmopolita de Herder: “No es prudente...excitar a las naciones latinas a la servil imitación de las anglosajonas y las germánicas...(Hay razones) para que no se abandonen ni su cultura latina ni su genio en las artes...Dejen los admiradores exclusivos de los anglosajones de condenar a los demás pueblos a la inferioridad y a la decadencia: cada uno de estos pueblos tiene su valor, sus méritos, su misión útil en el presente, sus esperanzas para el porvenir...ninguno puede lisonjearse de ser depositario de la virtud ni del poder perpetuo. ‘Hay lugar para todos, decía Espinosa, en la casa del Señor’; hay lugar también para todos los pueblos en los destinos de la gran familia humana y nadie está, por naturaleza ni por raza, destinado a la decadencia” (“Bosq. psic. de los pueb. eur.”...págs. 649, 654-657).

¹⁰³ Además, el propio Le Bon, junto con otros ‘psicólogos de pueblos’ como Paolo Orano y Diego Abad terminarán sumándose posteriormente a la justificación del nacionalismo.

En lo que sigue nos centraremos en los principales factores empleados por la nueva disciplina en la explicación del origen y desarrollo del carácter de los pueblos.

4.3.1. La influencia de la raza y el medio

En primer lugar, el factor de la *raza*, que incluye no sólo características físicas como el color de la piel, la talla o la estructura craneal, sino también –y sobre todo- una serie de rasgos igualmente hereditarios relacionados con el *carácter* o el *temperamento* de los miembros de la colectividad. Se trata –en palabras de Taine- de “disposiciones innatas y hereditarias” unidas a diferencias en la estructura del cuerpo y el temperamento, y que varían según los pueblos. Porque existe –a su juicio- una gran variedad de hombres en la naturaleza, “...unos bravos e inteligentes, otros tímidos y torpes, los unos capaces de concepciones y de creaciones superiores, los otros reducidos a ideas e invenciones rudimentarias, algunos más especialmente apropiados para ciertos actos y provistos de ciertos instintos, como se ve en las razas de perros, mejor dotados unos para las carreras, otros para el combate, otros para la caza, otros, en fin, para la custodia de casas o de rebaños”,¹⁰⁴

Aunque había sido probablemente el Conde de Gobineau, con su “Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas, publicado en 1853, el que iniciara el proceso de difusión de las teorías raciales en la segunda mitad del XIX, hubo que esperar algunos años más, al triunfo definitivo del naturalismo positivista y la vulgarización de las ideas de Darwin, para que estas teorías alcanzaran verdadero reconocimiento. En este sentido, las teorías de Hippolyte Taine o de Walter Bagehot tenían ya un lenguaje más moderno, e integraban una serie de conceptos darwinistas en sus respectivos esquemas raciales. Taine conocía bien la obra de Darwin y elogió en varias ocasiones la de Spencer. Sus

¹⁰⁴ “Introduc. a la hist. de la liter. ingl.”...pág.43. “Hay razas humanas, como de animales –afirma Fouillée- más o menos sociables por naturaleza, según las aptitudes e instintos que las caracterizan” (“Bosq. psic. de los pueb. europ.”...págs. 553-554). Con frecuencia se equipara la evolución de los distintos pueblos a la evolución de las diferentes especies animales. “Los bohemios –afirma Ribot- son, en nuestro mundo moral y social, lo que el ornitorrinco en el mundo físico: los sobrevivientes de una edad desaparecida. La civilización es un medio muy complejo, una atmósfera moral a la cual ha tenido que acostumbrarse el hombre...El que no puede adaptarse a las nuevas condiciones de la vida social deberá perecer” (“La herencia psicológica”, Madrid: F. Fé (1871) 1900, págs. 121-122). Todavía en 1920 Le Bon afirmaba: “Los pueblos han adquirido en el curso de la historia, como las especies animales y vegetales en el curso de las edades geológicas, caracteres fundamentales que permiten clasificarlos, y al lado de éstos, otros susceptibles de variaciones, porque la herencia no los ha fijado todavía” (“Psicología de los tiempos nuevos”, Madrid: Aguilar (1920) s. a., pág. 27).

estudios sobre el carácter de los pueblos estaban imbuídos de conceptos evolucionistas que incluían los de selección natural, lucha por la vida, adaptación al medio, progreso y regresión evolutiva. Por su parte, Bagehot afirmaba que el principio de la selección natural había dominado la historia desde las primeras razas humanas.¹⁰⁵ A comienzos de la década de 1870 publicaba un libro con un título significativo: “Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia”. Las ideas raciales de estos dos autores habrían de tener una influencia considerable en el esquema explicativo de la nueva psicología de los pueblos.¹⁰⁶

En concreto, Bagehot pensaba que los caracteres de la raza eran las “huellas vivientes” de una conformación adaptada al clima y al país a través del mecanismo de la selección natural, en los primeros estadios del desarrollo de las naciones.¹⁰⁷ En la misma línea, Fouillée se sirve también del mecanismo señalado para explicar el origen de la psicología o el carácter nacional –“...íntimamente relacionado con la constitución hereditaria y los rasgos étnicos, no menos que con el medio físico”.¹⁰⁸ Y William McDougall seguirá años después idéntico esquema para arrojar luz sobre lo que llama – con Bagehot- el “período de construcción de la raza”. “La diferenciación de tipos raciales en el período prehistórico debe haber sido principalmente obra de las diferencias del medio físico, operando directamente a través de la selección, a través de la adaptación de cada raza a su medio por vía de la exterminación de las razas menos adecuadas para existir bajo esas condiciones físicas...”¹⁰⁹

El *medio físico* era un factor capital en el proceso de formación del carácter o temperamento de la raza. Nadie como Taine había ejemplificado la fórmula de este determinismo geográfico. A su juicio, el medio o entorno natural –el territorio- explicaba la profunda diferencia entre las razas humanas. (“Un clima y una situación diferentes representan...necesidades diferentes y además un sistema de acciones diferentes, y un sistema de costumbres diferentes y, en fin, un sistema de aptitudes e

¹⁰⁵ “Leyes científicas del desarrollo de las naciones”, Madrid: La España Moderna (1872) s. a., pág. 24. También en este caso se aprecia la influencia de Spencer, a quien cita varias veces en el libro.

¹⁰⁶ P. ej., Taine ejerce gran influencia sobre Boutmy (“Essai d’une psychologie politique du peuple anglais au XIX siècle”), sobre Bunge, (“Nuestra América. Ensayo de psicología social”) y, en cierto modo, sobre el propio Le Bon. La influencia de Bagehot resulta obvia en Fouillée (“Psych. du peup. français”) y en McDougall (“The Group Mind”). También está presente en la obra citada de Boutmy.

¹⁰⁷ W. Bagehot, “Leyes científicas del desarrollo de las naciones”...págs. 108-109.

¹⁰⁸ “Psych. du peup. fr.”...pág. i. Véase también “Temperamento y carácter”...págs. 281-282 y 289-290.

¹⁰⁹ W. McDougall, “The Group Mind”...pág. 201.

instintos diferentes...”).¹¹⁰ Émile Boutmy recoge más tarde la perspectiva de Taine en su estudio sobre la psicología del pueblo inglés. “...las grandes causas naturales...perpetúan...los caracteres inveterados y los pliegues hereditarios que han imprimido desde el principio, en las primeras generaciones...”¹¹¹ Por su parte, Diego Abad de Santillán afirma en su “Psicología del pueblo español” –citando a R. von Ihering- que “la geografía es la historia trazada de antemano”. Una historia basada en la geografía y centrada en la evolución racial específica de cada pueblo sería –a juicio de este autor- “la historia perfecta”.¹¹² Un cierto determinismo geográfico y racial está también presente en los escritos de Paolo Orano (“Per una psicologia del popolo italiano”) y Carlos Bunge (“Nuestra América. Ensayo de psicología social”), con escasas modificaciones.¹¹³

De esta forma, cada pueblo ha adquirido su temperamento o carácter racial por efecto de la adaptación a un medio físico específico en el transcurso de la historia, o de la prehistoria. El temperamento o –como lo denominan otros autores- la “constitución cerebral hereditaria” se caracteriza por una serie de *instintos, tendencias, impulsos, predisposiciones o aptitudes diferenciadas*. P.ej., Taine y Fouillée hablan de un grupo de instintos y aptitudes que se transmiten por herencia a lo largo de la vida de un pueblo y que lo distinguen de las restantes agrupaciones humanas.¹¹⁴ Aunque los instintos serían comunes a todos los hombres, con independencia de su raza –afirma McDougall- no es a su juicio menos cierto que “estas tendencias innatas primarias tienen fuerzas relativas diferentes en las constituciones innatas de los individuos de razas diferentes, y

¹¹⁰ H. Taine, “Introducción a la historia de la literatura inglesa”...pág. 45.

¹¹¹ “Essai d’une psych. polit. du peup. angl.”...págs. 3-4. “Entre las causas que dan forma a un pueblo las fuerzas naturales son las que tienen el máximo de peso y eficacia...la configuración del sol, la disposición de las montañas y los ríos, del continente y del mar, la clemencia o el rigor del clima, la abundancia o la escasez de los frutos de la tierra. Su influencia es tan antigua como el hombre...” (op. cit., págs. 3-4).

¹¹² “Psic. del pueb. esp.”, Madrid: F. Peña, 1917, págs. 14 y 18-19. “El clima y el suelo son los cimientos fundamentales de toda nación...El medio físico determina el asiento de un pueblo, y ese pueblo será literato, industrial, comerciante o científico, según en qué ‘campo de fuerzas’ se desenvuelva” (pp.11-12).

¹¹³ Véase Orano, “Per una psicologia del popolo italiano”...págs. 210-214 y 218; y Bunge, “Nuestra América. Ensayo de psicología social”...pág. 3. No obstante hay alguna diferencia en el énfasis más o menos determinista de sus explicaciones. En general, los autores más influenciados por el nacionalismo o el vitalismo de principios de siglo (p. ej., Fouillée, Orano, Abad de Santillán o McDougall) terminarán reivindicando la importancia de la ‘voluntad’ en los procesos históricos, aunque sin abandonar apenas una visión del mundo cientifista y determinista que todos ellos habían asimilado en sus años de juventud.

¹¹⁴ Véase Taine, “Filosofía del arte”, Tomo II, Valencia: F. Sempere (1881) s. a., págs. 216-219 y Fouillée, “Bosq. psic. de los pueb. europ.”... págs. 553-554.

son favorecidas o impedidas en grados muy diferentes por las circunstancias sociales muy diferentes de hombres en estadios diferentes de cultura...”¹¹⁵

Por último, el temperamento de la raza aparece en todo caso definido por su *permanencia*. Aunque los pueblos cambien y se transformen en el curso de la historia, el fondo mismo de su carácter –su constitución cerebral hereditaria- permanece más o menos inalterada. Siempre es posible encontrar en ellos un grupo de instintos y aptitudes heredadas que trascienden –a juicio de estos autores- los cambios sociales o políticos de una época concreta. “Mirad al español que describen Estrabón y los historiadores latinos -propone Taine-, solitario, altivo, indomable, vestido de negro, y vedlo más tarde, en la Edad Media...”¹¹⁶ La comparación de los pueblos de la antigüedad con las poblaciones del medievo y las naciones modernas no ofrece –a su juicio- duda ninguna. De los galos decían Julio César y Tácito que se trataba de un pueblo sociable, emotivo, exaltado, vivaz, muy dado a la oratoria y la discusión, vanidoso, valiente, incapaz de esfuerzo continuado, fácilmente dirigido por la voz de mando. “¿No os choca reconocer todavía al francés de hoy en el antiguo galo del tiempo de César?” –se pregunta Fouillée.¹¹⁷

4.3.2. La constitución mental de la nación

Además de la raza y el medio, otro factor decisivo para el desarrollo del carácter de los pueblos era la existencia de una serie de ideas y sentimientos compartidos por la colectividad y resultantes de su historia pasada. A fin de cuentas, no eran pocos los autores que completaban la descripción biológico-racial de la nación con un lenguaje de

¹¹⁵ “An Introduction to Social Psychology”, London: Methuen (1908) 1919, pág. 19. Véase también su libro “National Welfare and National Decay”, London: Methuen, 1921, pág. 91.

¹¹⁶ H. Taine, “Filosofía del arte”...tomo II, págs. 216-219.

¹¹⁷ “Bosq. psic. de los pueb. europ.”...p. 6. Véase también McDougall, “The Group Mind”...págs. 228-231. Otro precursor de la psicología positivista de los pueblos es el psicólogo francés T. Ribot, quien, en relación a la “permanencia” del “carácter nacional” –entendido como un carácter hereditario- afirma: “...en medio de este torbellino incesante que constituye (la vida del Estado), queda alguna cosa permanente, que es la base de su unidad y de su identidad. En un pueblo, esta suma de caracteres psíquicos que se encuentran en toda su historia, en todas sus instituciones, en todas las épocas, se llama el ‘carácter nacional’...Tomad un pueblo en su principio (los Romanos en la época de los reyes, los Galos antes de César), sus grandes rasgos están ya trazados. Son el producto de su constitución física, del clima, de otras causas diversas; y como un pueblo se perpetúa por medio de la generación, como es una ley de la naturaleza que lo semejante produce lo semejante...se advierte con hechos palpables cómo el carácter nacional se conserva por la herencia” (“La herencia psicológica”...págs. 105-107).

corte más psicológico y mentalista que hacía referencia a las *ideas y sentimientos comunes transmitidos a lo largo de los siglos*. Por ejemplo, el escritor y médico catalán Pompeyo Gener había descrito la nación como una unidad social “con psicología propia”, una entidad “con una o varias tradiciones convergentes de ideas, de sentimientos, de aspiraciones...”¹¹⁸ En sentido parecido Gustave Le Bon afirmaba poco después que cada pueblo tiene una “constitución mental” peculiar de tanta fijeza como sus caracteres anatómicos, una constitución que incluye a su juicio un número de ideas inconscientes transmitidas por los antepasados.¹¹⁹

Este legado psicológico-colectivo de la nación no era de todas formas un factor independiente de la raza. Las ideas y sentimientos transmitidos a lo largo de la historia estaban fijados –a juicio de algunos autores- en la estructura genética del grupo. El propio Le Bon amplía el significado del concepto de herencia racial. “...las generaciones extinguidas –afirma- no sólo nos imponen su constitución física: nos imponen asimismo sus ideas...Ha existido siempre entre todos los pueblos y en todas las edades ese complejo de ideas, de tradiciones y de creencias *hereditarias* que forma el alma de una colectividad de hombres...”¹²⁰ Su propuesta estaba en deuda con las teorías lamarckianas del psicólogo Théodule Ribot, para quien todas las formas de actividad mental podían ser transmitidas a través de la herencia: “instintos”, “facultades” o “aptitudes”, pero también “hábitos”, “sentimientos” y “recuerdos”.¹²¹

De este modo, cada pueblo tiene una serie de características más o menos fijas de naturaleza física y, sobre todo, psicológica, muy especialmente un complejo de ideas y creencias hereditarias que Le Bon denomina la “constitución mental del pueblo”, el

¹¹⁸ P. Gener, “Heregías” [sic]...págs. 40-42.

¹¹⁹ “Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos”, Madrid: D. Jorro (1894) 1912, págs. 1, 6, 16.

¹²⁰ G. Le Bon, op. cit., págs. 16 y 18-19. Si bien conocía de primera mano las investigaciones sobre el volumen del cráneo de las razas humanas, Le Bon comenzó a reivindicar la necesidad de estudiar las fuerzas psicológicas profundas –“inconscientes”- que dirigen el destino de las distintas razas. Como ha expuesto Nye, “...Le Bon buscaba extender la lógica de la raza al límite de la ‘imaginación científica’...Suministrando una explicación ‘científica’ de la raza basada en los rasgos psicológicos y del carácter...evitaba la debilidad del pensador de la raza ‘de compás’ cuyos datos eran a menudo conflictivos. Su definición más flexible...retenía pese a todo el trasfondo determinista que...favorecía claramente el poder de la ‘sangre’ sobre la educación...” (“The Orig. of Crowd Psych.”...pág. 49).

¹²¹ T. Ribot, “La herencia psicológ.”...págs. 384-385. “En el orden físico, como en el moral, todo animal hereda fatal, necesariamente, los caracteres de su especie...Aún más: en una misma especie animal o humana, hasta las razas conservan sus caracteres psíquicos, lo mismo que los fisiológicos. Por último, en el hombre ni aun esas variedades de la misma raza, que se llaman pueblos, dejan de presentar caracteres morales permanentes, si se las considera en la totalidad de sus individuos” (págs. 383-384).

“alma (o inconsciente) de la raza”.¹²² El planteamiento de Le Bon es recogido enseguida por otros autores. En su estudio sobre la psicología de los pueblos hispano-americanos Alcides Arguedas se refiere a la raza como “conjunto de individuos con unos mismos anhelos e idéntica conformación mental”.¹²³ Por su parte, Charles Letourneau en “La Psychologie Ethnique” habla de “una herencia, latente y callada, de deseos, de impresiones, hasta de ideas y juicios”, una herencia que el autor llama “la voz de los ancestros”.¹²⁴ Y Diego Abad –citando a Le Bon– da por buena la hipótesis sobre la constitución mental del pueblo, de la que se derivan “sentimientos, pensamientos, instituciones y artes”.¹²⁵ A juicio de Joseph Maxwell –discípulo reconocido de Gustave Le Bon– las formas ancestrales se revelan en el cuerpo y en la mentalidad de la raza. “La mentalidad presenta las mismas diferencias étnicas que la forma corporal, diferencias que hacen muy difícil que los miembros de razas alejadas se comprendan entre sí”.¹²⁶

Conviene adelantar en este punto –aunque sólo sea de paso– que el concepto leboniano de “alma (o inconsciente) de la raza” va a ser además retomado por el nacionalismo de la época. Así, a modo de ejemplo, Barrès defiende también la tesis de que las memorias y tradiciones históricas del pueblo se transmiten en buena medida a través del mecanismo lamarckiano de herencia, y constituyen el “inconsciente de la raza”. De este modo, los miembros de un mismo pueblo comparten –a su juicio– una visión idéntica del mundo. “El hecho de ser de la misma raza...forma un determinismo

¹²² En otras ocasiones habla Le Bon del “carácter del pueblo”, dando a esta expresión un significado parecido al del “alma (o inconsciente) de la raza”. De hecho, afirma, “el carácter está formado de una estratificación de ideas inconscientes” (“Leyes psic. de la ev. de los pueb.”...págs. 156-157).

¹²³ “Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispano-americanos”...pág. 184. Arguedas también suscribe la idea de que no existen ya las ‘razas puras’, y que las razas deben estudiarse desde el punto de vista psicológico (op. cit., págs. 33-34).

¹²⁴ “La psychologie ethnique”, Paris: Schleicher, 1901, págs. 26-27. “Desde el punto de vista psíquico – afirma también– las diversas razas de nuestra humanidad se escalonan, como los tipos animales desde el punto de vista orgánico. Ellas se clasifican conforme a una taxonomía mental...” (op. cit., pág. 521).

¹²⁵ D. Abad de Santillán, “Psicología del pueblo español”...pág. 19.

¹²⁶ “Psychogíe sociale contemporaine”...pág. 99. A parecida conclusión había llegado Le Bon: “Las diferencias profundas que haya entre las sendas constituciones mentales de dos pueblos tienen por consecuencia que cada uno de ellos perciba el mundo exterior de formas muy desemejantes, dando esto por resultado que sientan, razonen y ejecuten de formas diferentes y se hallen por tanto en situación de recíproco disenso en todas las cuestiones en cuya consideración concurren. La mayor parte de las guerras que menciona la historia nacieron de este orden de disensos. Guerras de conquista, guerras de religión, guerras de dinastía, en realidad han sido siempre guerras de raza” (“Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos” ...págs. 217-218).

psicológico”.¹²⁷ Un planteamiento semejante había mantenido el neurólogo nacionalista Jules Soury. Los sujetos de la raza aria –afirma– “...tenemos en el fondo la misma concepción del mundo y de la vida, el mismo ideal estoico de renuncia y de sacrificio, el mismo culto al honor, ese culto del que sale nuestra caballería espiritual, todo un pueblo de héroes y de santos –la religión del infinito”.¹²⁸

No obstante, no todos los psicólogos de pueblos habían suscrito el esquema explicativo de Le Bon, ni aceptarían su noción de “alma (o inconsciente) de la raza” o su determinismo radical.¹²⁹ Se puede admitir que la raza o la mezcla de razas “acondiciona” el desarrollo evolutivo de un pueblo –afirma Fouillée– pero no es cierto que “determine” su desarrollo. Los verdaderos y activos resortes de la evolución de los pueblos están en las causas psicológicas y sociales, a saber, en la comunidad de ideas y sentimientos que resultan de la *interacción* de los miembros en el curso de la historia. “...cada pueblo comprende...un conjunto de sentimientos y de ideas producido por la acción de los sentimientos de todos sobre cada uno y de los sentimientos de cada uno sobre todos...De aquí resulta... un sistema de ‘ideas-fuerza colectivas’...la ‘conciencia nacional’, el alma de un pueblo”.¹³⁰ Aunque Fouillée se había referido también al protagonismo de la raza y el entorno en los estadios iniciales de la evolución, sostiene a la vez que lo que condiciona decisivamente el desarrollo posterior de los pueblos es su legado psicológico-colectivo –el conjunto de sentimientos, ideas y aspiraciones producido por la colectividad en el curso de la interacción histórica.¹³¹

En el fondo, el punto de vista de Fouillée –y el de É. Boutmy, V. Gay o W. McDougall¹³²– estaba en deuda con el planteamiento esbozado un par de décadas antes por Walter Bagehot. Las naciones –decía Bagehot– son el producto de dos grandes

¹²⁷ “Scènes et doct. du nationalisme”...pág. 17. Véase también su novela “Los desarraigados”...pág. 103.

¹²⁸ J. Soury, “Campagne nationaliste”...pág. 212.

¹²⁹ “La historia, en sus líneas generales, puede ser considerada como la simple exposición de los resultados producidos por la constitución psicológica de las razas...En todas las manifestaciones de la vida de una nación encontramos siempre el alma inmutable de la raza tejiéndole sus destinos” (G. Le Bon, “Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos”...págs. 121-122).

¹³⁰ A. Fouillée, “Bosquejo psicológico de los pueblos europeos”...págs. 8, 18-19 y 21-23.

¹³¹ En sentido parecido decía V. Gay: “Como factor endógeno que contribuye a formar la psicología de los pueblos, aparece el factor espiritual, esto es, las ideas y los sentimientos que pueden ser determinados en los individuos por causas históricas. Y el espíritu, en cierto modo, no absolutamente, tiene cierta independencia sobre la raza” (“Constitución y vida del pueblo español”...págs. 219 y 266).

¹³² En relación a É. Boutmy véase “Essai d’une psych. pol. du peuple ang.”...págs. 3-4 y 82. Sobre McDougall, “The Group Mind”...págs. 201-202, 246 y 270.

fuerzas. La primera, “la fuerza productora de la raza”, activa sobre todo durante el período prehistórico, habría formado los distintos tipos raciales a partir de las diferencias en el medio físico, operando directamente a través del mecanismo de selección natural. La segunda, “la fuerza creadora de las naciones”, actúa desde el comienzo de la historia y señala el inicio de la civilización. En este segundo estadio se debilita la influencia modeladora del medio físico en favor del medio social: ideas, creencias, costumbres, leyes, etc.¹³³ De este modo, la “fuerza”, el “impulso” ancestral de la nación –afirma Fouillée– no es sólo la herencia de la raza y la acción permanente del medio físico, esto es, el “empuje ciego” de los instintos de la edad cuaternaria y de los factores materiales del entorno. La nación es, además, la fuerza de las costumbres, la educación, las leyes, el lenguaje, la religión..., “[el empuje] de las ideas y sentimientos desarrollados por la civilización y que superponen al organismo físico un organismo moral”.¹³⁴

Aunque Fouillée utilizaba a menudo el lenguaje mecanicista del autor de “Physics and Politics” (fuerza, impulso, empuje, sistema de ideas-fuerza...), denunciaba al mismo tiempo la concepción determinista y fatalista de la historia. “El fatalismo psicológico e histórico bajo todas sus formas, principalmente bajo las más desalentadoras, he ahí lo que se extiende en nuestros días y lo que interesa combatir”.¹³⁵ De hecho, la crítica frontal a todos aquellos autores que presagiaban la degeneración inexorable de la raza era uno de los objetivos fundamentales de su libro sobre la psicología del pueblo francés. “...Al contribuir con frases absurdas como ‘fin de la raza’, ‘fin de siglo’, ‘fin del pueblo’, uno se abandona a la corriente general, se desinteresa, pretexto su impotencia individual contra un destino que pesa sobre todo un

¹³³ Véase Bagehot, “Leyes científicas del desarrollo de las naciones”...págs. 88-89, 109-110, 134.

¹³⁴ A. Fouillée, “Psych. du peup. franç.”...págs. 385-386; y “Dégénérescence ?”...págs. 823-824. Ninguno de estos autores negaba el papel del factor racial en el desarrollo histórico de las naciones. Aunque las razas se hubieran formado durante la prehistoria –y los cambios sucesivos fueran insignificantes– su constitución final, tendría una gran importancia en el desarrollo posterior del medio social de la nación y, en consecuencia, en su destino histórico. En palabras de McDougall, a lo largo de la historia de una nación, “las cualidades raciales son muy persistentes, y ejercen una presión o predisposición ligera pero constante sobre el desarrollo de todo lo que constituye el medio social, sobre las formas de las instituciones, costumbres, tradiciones y creencias de todo tipo, de modo que el efecto de esa predisposición ligera pero constante se acumula de generación en generación, y a largo plazo ejerce una influencia inmensa” (“The Group Mind”...págs. 112, 200-201).

Aunque algunos autores se esforzaban en separarse de los ideólogos más señalados del racismo todos ellos hablan de un fundamento racial de la psicología de los pueblos. (Véase Le Quintec “Alfred Fouillée et la psychologie des peuples”, Cahiers de Sociol. Econ. et Cultur., n° 15, 1991, págs. 35-60).

¹³⁵ A. Fouillée, “Psychol. du peup. franç.”...pág. iv.

pueblo y toma incluso el aspecto de una fatalidad física. En realidad..., esta fatalidad no existe”.¹³⁶ Esta posición intelectual de Fouillée anticipa, más claramente que la de Le Bon, la axiología vitalista y voluntarista del nuevo nacionalismo.

Dejando al margen la importancia desigual que unos y otros otorgan a la herencia de la raza, y la factura más o menos determinista de sus explicaciones, todos ellos hacen hincapié en el conjunto de ideas, sentimientos y aspiraciones comunes que conforman la realidad nacional. En este sentido, *la nación se define preferentemente como una realidad mental, un hecho psicológico*. En esencia, la nación no es ni fisiológica o etnográfica, ni económica o política. En palabras de Fouillée, “la individualidad nacional se manifiesta sobre todo por signos psicológicos”.¹³⁷ Entre los diversos elementos que pueden determinar el porvenir de las naciones –dice años más tarde Gustave Le Bon– “los más poderosos serán siempre los factores psicológicos”.¹³⁸ Casi en los mismos términos se expresaba William McDougall: la formación de las naciones y el desarrollo de la civilización es, antes que nada, “un problema psicológico”.¹³⁹

4.3.3. El peso de la sugestión en la Historia

Pero no sólo eso. Si los autores referidos definen la nación como una realidad psicológica, la interacción social entre los miembros se describe también con el lenguaje de la primera psiquiatría dinámica, esto es, como un proceso de sugestión o imitación inconsciente. La base de la vida social es la sugestión de persona a persona –había dicho

¹³⁶ Fouillée, op.cit., pág. 385. Fouillée identifica a menudo fatalismo histórico y determinismo racial, y critica a los que “tienden a absorber la sociología en la antropología”. La historia del hombre –afirma– “no se entendería si se reduce a la historia natural” (op. cit., pág. i y iii).

¹³⁷ A. Fouillée, “Psych. du peup. franç.”...pág. 14.

¹³⁸ G. Le Bon, “Psicología de los tiempos nuevos”...pág. 21. “Con las cualidades de las almas es con lo que se teje, principalmente, el destino de los pueblos” (op. cit., pág. 21).

¹³⁹ W. McDougall, “The Group Mind”...pág. 270. La misma concepción psicológica de la nación se desprende del libro de Gay: “Si sobre un conglomerado de razas surgiese un sentimiento y una idea comunes, podríamos decir que allí había un pueblo, una nacionalidad, una *unidad psicológica*, una ‘raza espiritual’. La unidad étnico-colectiva tiene el nombre de raza; la *unidad psicológico-colectiva*, sobre base étnica heterogénea, puede también significar una personalidad bien definida y dársele el nombre de ‘raza espiritual’, pero en el sentido de componer una *unidad psicológica*...” (“Constitución y vida del pueblo español”...pág. 276, curs. añad. al or.).

Tarde- un fenómeno parecido al que los médicos alienistas de la época denominaban hipnotismo o sonambulismo. El miembro de la nación se aparece en este caso como un sujeto crédulo y dócil, un ser movido por la imitación inconsciente, casi un verdadero sonámbulo. “El estado social, como el estado hipnótico, es una forma de sueño... Tener tan sólo ideas sugeridas y creerlas espontáneas: tal es la ilusión del sonámbulo y también del hombre social”.¹⁴⁰

La interacción entre los individuos pertenecientes a la misma nación va a entenderse –primero y sobre todo- como *un proceso de influencia social de la élite sobre la masa*. Cada nación tiene una “élite natural” que representa el “alma del pueblo” –en palabras de Fouillée.¹⁴¹ Esta minoría es la encargada de difundir las ideas y aspiraciones al conjunto de la nación. “La élite” moldea los sentimientos y guía el juicio de “la masa” en todos los asuntos públicos y privados –dice McDougall.¹⁴² En segundo lugar, el sentido de interacción o influencia social manejado por estos autores se articula a partir del repertorio terminológico de la psiquiatría de la época, *como sugestión e imitación inconsciente*. De esta forma, las ideas y aspiraciones de la élite se incorporan a la cultura nacional a través de un proceso general de imitación –“estimulando por medio de la sugestión a las masas del pueblo para dar forma a sus sentimientos”, dice McDougall.¹⁴³

Algunos años antes Walter Bagehot había defendido la importancia de la imitación en el desarrollo histórico de las naciones. La fuerza dominante en “la formación de los caracteres nacionales” era –según sus palabras- “la imitación inconsciente”.¹⁴⁴ En el origen de los Estados –cuenta Bagehot- una minoría de individuos enérgicos habría reunido a los hombres en grupos, imponiéndoles un conjunto de usos comunes y proporcionándoles un modelo de carácter a seguir.¹⁴⁵ Después, la tendencia humana a la imitación hizo el resto, empujando a la mayoría a conformar su carácter de acuerdo con el modelo establecido. “En el interior de esos

¹⁴⁰ “Las leyes de la imitación”, Madrid: D. Jorro (1890) 1907, págs. 102-103 y 114. “La sociedad – concluye Tarde- es la imitación y la imitación es una especie de sonambulismo” (op. cit., pág. 114).

¹⁴¹ “Psych. du peup. franç.”...pág. 12. Véase también McDougall, “The Group Mind”...pág. 139.

¹⁴² “The Group Mind”...págs. 138 y 196-197.

¹⁴³ “The Group Mind”...pág. 112. Véase también, del mismo autor, “The Frontiers of Psychology”, London: Nisbet, 1934, págs. 227-229.

¹⁴⁴ W. Bagehot, “Leyes científicas del desarrollo de las naciones”...págs. 37-38.

¹⁴⁵ W. Bagehot, op. cit., págs. 31 y 37-38.

grupos, unidos por la costumbre...se forman los caracteres nacionales...La mayoría de los hombres copia sobre todo lo que ve, toma el tono de lo que oye, y así se forma un tipo fijo, un carácter persistente”.¹⁴⁶ Porque la mayor parte de los hombres –repite varias veces Bagehot- “son guiados por modelos, no por argumentos”.¹⁴⁷

Como muchos otros evolucionistas de la década de los 60 y 70, Bagehot mantiene la fe en el progreso, la ciencia y, en general, el triunfo de la razón como mecanismo último de adaptación social entre los hombres. Su énfasis en la imitación se refiere sobre todo a un estadio evolutivo particular, una etapa de desarrollo de las naciones a la que seguiría de todas formas un estadio diferente, una era de argumentación y racionalidad ejemplificada por la sociedad inglesa de su tiempo. El planteamiento posterior de Le Bon y Fouillée –sin llegar a romper los vínculos intelectuales con el evolucionismo y el positivismo tardío- era distinto. De hecho, ambos autores consideran la imitación y la sugestión como un mecanismo clave para explicar toda la evolución histórica de los pueblos –también su estadio más avanzado. “La razón es cosa muy nueva para la humanidad, y muy imperfecta aún para poder revelarnos las leyes de lo inconsciente, especialmente para reemplazarlas. En todos nuestros actos la parte inconsciente es inmensa y la de la razón muy pequeña” –advierte Le Bon en las postrimerías del XIX.¹⁴⁸ La imitación inconsciente –dice por su parte Fouillée- no es sólo un recurso adaptativo del pasado. El progreso y la vida civilizada se mide en parte por su poder y su deseo de imitar. “No es cierto, como quiere Bagehot, que el poder de imitar disminuya con la civilización, ni que los pueblos más adelantados imiten menos”.¹⁴⁹

De este modo, los estudios sobre la psicología de los pueblos no sólo focalizan la atención en los aspectos inconscientes e instintivos de la evolución social, sino que contribuyen a la vez a socavar la confianza en las filosofías racionalistas de la historia y

¹⁴⁶ W. Bagehot, op. cit., págs. 143-144.

¹⁴⁷ W. Bagehot, op. cit., pág. 92.

¹⁴⁸ “Psicología de las multitudes”...pág. 12. Los hombres –afirma Le Bon años más tarde- “obedecen a impulsos afectivos, místicos o colectivos...la mayoría de sus opiniones proceden de sugestiones del medio, obrando sobre los elementos inconscientes hereditarios de que se forman los caracteres de la raza” (“Enseñanzas psicológicas de la guerra europea”, Madrid: Gutenberg, 1916, págs. 119-120).

¹⁴⁹ A. Fouillée, “Bosq. psic. de los pueb. europ.”...págs. 569-570. Mientras el evolucionismo clásico asociaba las conductas inconscientes con los procesos adaptativos ‘normales’ en estadios evolutivos anteriores o –como vimos en el último apartado- con los procesos ‘anormales’ de la degeneración evolutiva, Fouillée, Le Bon y otros psicólogos de pueblos ven la sugestión o imitación inconsciente como un recurso adaptativo imprescindible en las sociedades modernas.

preparan el terreno a las ideas vitalistas y neorrománticas del nuevo nacionalismo. De hecho, algunos de los textos publicados en décadas posteriores –“Per una psicologia del popolo italiano” de Orano; “Psicología del pueblo español” de Abad de Santillán; “The American Nation: Its Problems and Psychology” de McDougall...- se escriben ya desde posiciones ideológicas cercanas o coincidentes con el nacionalismo.¹⁵⁰ Para sus autores, la élite está obligada a difundir entre las masas –por medio de la sugestión- la obra de los grandes héroes y genios de la historia, transmitiéndola sin pérdida a las generaciones sucesivas. Deberá ser –en palabras de McDougall- una élite de “patriotas”, de hombres que conciban la nación “como una totalidad que permanece, que resulta de toda su historia pasada y se proyecta a un futuro prolongado indefinidamente”. Porque la nación, antes que la razón, la ciencia o el humanitarismo, es “la principal exigencia y el principal recurso para el cumplimiento de la buena vida” –concluye McDougall.¹⁵¹

4.4. La instrumentalización nacionalista de la psicología de las masas

Como señalamos más arriba, el nacionalismo de principios de siglo iba a hacer suyas algunas de las ideas y expresiones formuladas por la psicología de los pueblos, como el concepto de alma (o inconsciente) de la raza, la primacía de las variables psicológicas en la definición de la colectividad y el peso de la sugestión/imitación en el devenir de la Historia. Con todo, mayor importancia va a tener en la articulación de este nacionalismo una segunda corriente psicológica aparecida por las mismas fechas en la Europa meridional: la *psicología de las masas o de las multitudes*. En este sentido, muchos nacionalistas de la época realizaron su particular lectura de los estudios sobre las masas de Taine, Tarde, Sighele y, sobre todo, Le Bon, incorporando los conocimientos y aplicaciones de la nueva disciplina para controlar, excitar y manipular el deseo de las multitudes.

¹⁵⁰ En cuanto a Le Bon, si bien es cierto que estaba muy lejos de los postulados nacionalistas cuando escribe “Leyes psic. de la evol. de los pueb.”, también él se sumó más tarde a la justificación de la ideología, como se aprecia en “La psicología política y la defensa social” y, más claramente, en algunos de sus libros publicados durante la guerra. Sobre este autor volveremos en el próximo apartado.

¹⁵¹ W. McDougall, “The American Nation: Its Problems and Psychology”...págs. 42, 45 y 71. Véase también “The Group Mind”...pág. 138 y “The Frontiers of Psychology”...págs. 227-229.

La investigación sobre las masas era deudora en sus inicios del lenguaje cientifista y las preocupaciones finiseculares sobre la evolución, la herencia, la reproducción, la patología y la degeneración evolutiva. Muy especialmente, la psicología de las masas entroncaba de manera natural en el discurso del *degeneracionismo*. De hecho, el concepto de degeneración evolutiva no sólo era utilizado para explicar un enorme elenco de patologías mentales y conductas criminales o desviadas (alcoholismo, prostitución, pornografía, suicidio, indigencia...), sino que se utilizaba también en la explicación de otros fenómenos de naturaleza política, ligados al desarrollo y expansión de ideologías como el anarquismo o el socialismo y, en general, a la incorporación a la vida política de las nuevas masas urbanas. En este sentido, los psicólogos de las masas iban a servirse de la perspectiva analítica del médico, el psiquiatra y el criminólogo para la explicación de la conducta ‘degenerada’ de las multitudes.¹⁵²

Las últimas décadas del XIX habían presenciado, junto a un proceso de industrialización y urbanización sin precedentes en las sociedades europeas occidentales, el acceso a la vida política de las *nuevas clases urbanas* –la extensión paulatina del sufragio, la formación de la opinión pública, el nacimiento de los partidos políticos de masas y la legalización de los sindicatos obreros. “El advenimiento de las clases populares a la vida política...es una de las características más salientes de nuestra época...”, afirmaba por entonces Le Bon.¹⁵³ Con todo, la vida política que cautivó la imaginación de este y otros autores había sido la protagonizada por las multitudes en la calle. “La edad en la que entramos será realmente la *era de las muchedumbres*...Hoy...la voz de las multitudes se ha convertido en preponderante”.¹⁵⁴ El último tramo del XIX había presenciado también un número cada vez mayor de huelgas, manifestaciones multitudinarias y, desde 1890, el comienzo de las celebraciones masivas del 1º de Mayo. Si hubo una serie de acontecimientos que estimuló de manera especial la aparición de una nueva “ciencia” de las masas –cuenta

¹⁵² En relación a los vínculos intelectuales entre el degeneracionismo y la psicología de las masas véase Pick, “Faces of Degeneration”...págs. 87-96 y 222-224; y Nye, “Crime, Madness and Politics”...págs. 178-180. Los degeneracionistas –afirma P. Crook- “ampliaron su teoría de los rasgos degenerativos...a fenómenos políticos tales como el disturbio, la revolución y la guerra. Ellos vieron tales inestabilidades como infecciones infiltrándose en la raza” (“Darwinism, War and History”, Cambridge: Camb. Univ. Press, 1994, pág. 81).

¹⁵³ G. Le Bon, “Psicología de las multitudes”...pág. 18.

¹⁵⁴ G. Le Bon, op. cit., págs. 17-18.

van Ginneken- fue la de “los trabajadores en huelga y tomando las calles de todas las ciudades más grandes de Europa el mismo día de cada año, y con las mismas demandas”.¹⁵⁵ En este contexto social y político surgió la necesidad de una explicación científica de lo que era –para muchos- la conducta irracional y patológica de las muchedumbres.

Porque la agregación de individuos con buen sentido –dicen los cultores de la nueva ‘ciencia’- produce siempre una multitud carente de sentido común. Así, por el sólo hecho de formar parte de una muchedumbre, el hombre se convierte en un ser impulsivo e incapaz de pensar por sí mismo, un ser que descende muchos grados en la escala de la evolución, un “bárbaro”. “Entrar en la multitud era regresar, retornar, ser arrojado de vuelta a una cierta no-individualidad, el más bajo común denominador de una multitud de ancestros –un mundo de instintos peligrosos y memorias primitivas”, resume con acierto Daniel Pick.¹⁵⁶ Según el relato evolucionista más extendido por entonces, el desarrollo de la sociedad debía proceder de forma natural desde una estructura homogénea a otra heterogénea; desde la materia indiferenciada e incoherente de los orígenes al triunfo de la diferenciación y el individualismo, estadio en que los hombres se comportaban como seres autoconscientes, libres y racionales. Pero la presencia de las masas *urbanas* planteaba un escenario de degeneración, de regresión evolutiva, la disolución en la uniformidad incoherente, el retorno a un estadio primitivo en el que los hombres no disponían de individualidad propia ni capacidad de razonar.¹⁵⁷

Por tanto, la conducta de los hombres en la masa se caracteriza por su *irracionalidad, emotividad y primitivismo*. En una multitud –afirman- se produce siempre la inhibición de las funciones mentales superiores y el estímulo de las funciones más bajas. Los miembros de la multitud son guiados por instintos y mecanismos inconscientes –sobre todo el *contagio emocional* y la *sugestibilidad extrema*. Los individuos en la masa –dice Le Bon- no son dueños de sus actos. “Desvanecimiento de la personalidad consciente, predominio de la personalidad inconsciente, orientación por vía de sugestión y contagio de los sentimientos y de las ideas en un mismo sentido,

¹⁵⁵ “Crowds, Psychology and Politics, 1871-1899”, Cambridge: Camb. Univ. Press, 1992, pág. 234. Véase también S. Barrows, “Distorting Mirrors”, New Haven: Yale Univ. Press, 1981, pág.193, y R. L. Geiger, “Democracy and the Crowd”...pág. 62.

¹⁵⁶ D. Pick, “Faces of Degeneration”...pág. 223.

¹⁵⁷ Véase Pick, op. cit., págs. 87-96; y J. S. McClelland, “The Crowd and the Mob”, London: Hyman, 1989, pág. 159.

tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas; tales son...los principales caracteres del individuo en muchedumbre. No es el individuo mismo, es un autómatas, en quien no rige la voluntad”.¹⁵⁸ Los caracteres especiales del miembro de la masa –concluye Le Bon- se aproximan a los del salvaje. “Aislado sería tal vez un individuo culto, en muchedumbre es un bárbaro...un impulsivo. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también los entusiasmos y los heroísmos de los seres primitivos”.¹⁵⁹

Pero, además de irracional y primitiva, la conducta de las multitudes va a definirse por su *naturaleza patológica*. Las principales fuentes intelectuales de la nueva ‘ciencia’ –la psiquiatría y los estudios sobre la hipnosis, la epidemiología y la investigación de las enfermedades contagiosas, y la criminología-¹⁶⁰ establecen una estrecha vinculación entre el concepto de masa y el concepto de enfermedad. De hecho, en la descripción de la multitud encontramos otra vez los temas de preocupación del degeneracionismo –la locura, el crimen, el alcoholismo, el vicio.¹⁶¹ “...se trata –dice Sighele- de un verdadero delirio...un estado de verdadera locura, [que] lo demuestra, no solamente la enormidad de los delitos que comete, sino también la inconsciencia y la irreflexión con que los pone en ejecución...Se trata propiamente del delito del loco, sin causa y sin objeto...del frenesí que no razona ni comprende, consecuencia natural de la embriaguez producida por la sangre y por los fusilamientos, por los gritos y por el vino...se trata de la locura que hace retroceder al hombre a sus instintos atávicos...A tal grado llega...la muchedumbre; y ésta es la última fase de su corrupción intelectual y moral”.¹⁶²

Junto a esta idea de masa o multitud –sobre la que tendremos ocasión de volver en la segunda parte de la tesis- se fue desarrollando una *visión alternativa*. De hecho, Barrès, Ramos Mejía, D’Annunzio y otros nacionalistas de la época estaban realizando

¹⁵⁸ G. Le Bon, “Psicología de las multitudes”...págs. 40-41.

¹⁵⁹ G. Le Bon, op. cit., págs. 41 y 46.

¹⁶⁰ Hay una exposición breve pero bastante clarificadora de los antecedentes intelectuales de la psicología de las masas en C. F. Graumann, “Introduction to a History of Social Psychology”, en M. Hewstone et al. (eds.), “Introduction to Social Psychology”, Oxford: Blackwell (1988) 1992, págs. 10-11.

¹⁶¹ Véase R. A. Nye, “Crime, Madness and Politics in Modern France”...pág. 180.

¹⁶² S. Sighele, “La muchedumbre delincuente. Ensayo de psicología colectiva”, Madrid: La España Moderna (1892) s. a., págs. 107-108.

una lectura parcial –en clave neorromántica y vitalista- de la nueva ‘ciencia’ de las masas, muy especialmente de su obra más conocida: “*Psicología de las multitudes*”, de Le Bon. Como es de sobra conocido, el objetivo fundamental del libro de Le Bon había sido el de criticar el comportamiento ‘irracional’ y ‘patológico’ de unas masas urbanas que, sugestionadas por las ideas democráticas y niveladoras de su tiempo, amenazaban –a juicio del autor- con devolver a las sociedades modernas a la anarquía, el caos y la barbarie primitiva.¹⁶³ Pero Le Bon incorporaba además una serie de hipótesis que contribuyeron a forjar la concepción alternativa de las masas.

En primer lugar, las masas o multitudes no pueden eludir la influencia permanente de la *raza*. En palabras de Le Bon, el “alma inconsciente de las muchedumbres” está siempre condicionada por los innumerables residuos ancestrales que componen el “alma de la raza”. En una multitud aparecen caracteres psicológicos nuevos y variables debido a la sugestión de la minoría sobre la mayoría, al contagio emocional entre los miembros y a su sentimiento de omnipotencia –afirma Le Bon. Pero los caracteres nuevos y variables de las multitudes –añade- se superponen siempre sobre un sustrato compartido e invariable, el alma (o inconsciente) de la raza.¹⁶⁴ Sean jacobinas, socialistas o anarquistas, las masas francesas serán, primero y ante todo, masas de raza latina. “En la irritabilidad de las muchedumbres, en su impulsividad y en su versatilidad...intervienen siempre los caracteres fundamentales de la raza que constituyen el campo invariable en el cual germinan todos nuestros sentimientos. Todas las muchedumbres son siempre impulsivas e irritables sin duda, pero en grado muy distinto. La diferencia entre una muchedumbre latina y una muchedumbre anglosajona, es sorprendente”.¹⁶⁵

En segundo lugar, este vínculo indisoluble con la raza es una evidencia de la naturaleza *conservadora* de las masas. A juicio de Le Bon, las masas están “regidas por

¹⁶³ “Hoy las reivindicaciones de las multitudes se presentan cada vez con mayor franqueza, pretendiendo destruir por completo la sociedad actual para llevarla al comunismo primitivo, que fue el estado normal de todos los grupos humanos en la aurora de la civilización” (“*Psicología de las multitudes*”...pág. 19).

¹⁶⁴ G. Le Bon, “*Psicología de las multitudes*”...págs. 33-39.

¹⁶⁵ G. Le Bon, op. cit., pág. 49. Más adelante vuelve sobre esta cuestión: “...la raza...es el más poderoso de los factores susceptibles de determinar los actos humanos; y también ejerce su acción en los caracteres de las muchedumbres. Una de éstas, compuesta sólo de ingleses o de chinos, sean cualesquiera el valor de éstos, se distinguirá profundamente de otra muchedumbre compuesta de individuos de la misma condición, pero de distinta raza: rusos, franceses, españoles, etc...El alma de la raza domina, pues, enteramente el alma de la multitud, y es el ‘substractum’ poderoso que limita sus oscilaciones” (op. cit., págs. 198-199).

lo inconsciente” y “sometidas a herencias seculares”. De este modo, y al margen de su propia adscripción y reivindicaciones políticas, todas las masas o muchedumbres son en el fondo “extremadamente conservadoras”. También las masas socialistas. “Tras la movilidad constante de la muchedumbre, de sus furores, sus entusiasmos, sus violencias y sus odios generadores de tantos trastornos, persisten tenaces sus instintos conservadores. Las muchedumbres latinas más revolucionarias siguen siendo muy conservadoras, muy tradicionalistas”.¹⁶⁶

En tercer lugar, Le Bon insiste varias veces a lo largo del libro en la idea de que, además de muchedumbres criminales existen también muchedumbres *virtuosas* y *heroicas*. Desde el punto de vista intelectual la multitud siempre es inferior al individuo aislado –afirma– pero desde el punto de vista de los sentimientos y de la moralidad de sus actos la multitud puede ser mejor o peor. “Todo depende de la manera en que está sugestionada”. La investigación contemporánea sobre la conducta de masas había puesto el foco de análisis casi exclusivamente en los actos criminales de las multitudes. Las muchedumbres son a menudo capaces de los crímenes más abyectos –reconoce Le Bon– pero también lo son de realizar actos de una moralidad elevada. Sugestionados hábilmente por la élite –afirma– “son capaces del heroísmo, de la abnegación y de las virtudes más altas”. Y pone como ejemplo las muchedumbres heroicas que entregan la vida por la gloria, el honor, la religión o “la patria”.¹⁶⁷

De este modo, a juicio de Le Bon, las masas se mueven condicionadas por las ideas inconscientes de la raza, son naturalmente conservadoras, y pueden llegar a ser heroicas. Con todo, a pesar de que establece un nexo natural entre las masas y la herencia de la raza, Le Bon no hace recaer sobre él la garantía de la virtud y la moral heroica. Su dependencia del positivismo y el evolucionismo decimonónico, y su desconfianza hacia las razas latinas se lo impide. Éste es el paso que van a dar poco después Barrès, D’Annunzio, Ramos Mejía y otros. La idea de unas *masas heroicas vinculadas a la tradición y a la herencia de la raza* va a ser reivindicada por estos autores desde los parámetros del vitalismo y del nacionalismo.

¹⁶⁶ G. Le Bon, op. cit., págs. 70-71 y 107 ; y “Las opiniones y las creencias”...págs. 209 y 217.

¹⁶⁷ “Psicología de las multitudes”...págs. 22-23, 26-27, 42-43, 64-65 y 72-74. “La muchedumbre es frecuentemente criminal, sin duda, pero también es con gran frecuencia heroica. Tales son las muchedumbres a quienes se impulsa a dejarse matar por el triunfo de una creencia o de una idea, las muchedumbres que se entusiasman por la gloria o por el honor, aquellas a quienes se arrastra casi sin pan y sin armas, como en la Era de las Cruzadas para librar de infieles la tumba de Cristo, o como en 1793, para defender el suelo de la patria. Heroísmos un poco inconscientes sin duda; pero con estos heroísmos se constituye la Historia” (op. cit., págs. 42-43).

Los parámetros *vitalistas* de la generación ‘fin-de-siècle’ establecen una nueva jerarquía de valores en torno a la ciencia, el progreso y el orden burgués. Así, frente a la confianza del positivismo en la razón y en la aplicación social del conocimiento científico, el ideario vitalista reivindica la primacía del instinto y las fuerzas inconscientes; frente al raciocinio abstracto y dubitativo, el culto a la acción, la voluntad, la impulsividad, la fuerza; frente a la existencia artificiosa y monótona del burgués, la exaltación de la vitalidad y la moral del héroe. En la estela de Nietzsche, la nueva generación sostiene que el desarrollo excesivo de la facultad de pensamiento sofoca irremediablemente la energía vital de los instintos. La reivindicación del instinto –considerado como una fuerza profunda, oscura y misteriosa de la naturaleza- habría de convertirse en uno de los estandartes de la generación ‘fin-de-siècle’.¹⁶⁸

Desde la nueva axiología vitalista no fue difícil reevaluar los atributos principales de la masa, celebrando ahora su instinto y su fuerza, su energía y su impulsividad. Las mismas características por las que había sido condenada por el positivismo tardío como una colectividad irracional y bárbara eran ahora saludadas como una garantía de regeneración. “Se sospecha en ocasiones –dice Barrès- de nuestras fuerzas inconscientes, de nuestras masas populares desorganizadas. ¡Son ellas las que nos salvan!”. Barrès exalta la fuerza primitiva, el instinto y la vitalidad de las masas. Son ellas –afirma- las que poseen el sentido más seguro de “salud pública”.¹⁶⁹ Si las masas habían sido caracterizadas previamente por su naturaleza patológica, ahora se distinguían también por sus cualidades higiénicas y curativas. “El virus que destruye y mata –dice Ramos Mejía en su libro sobre las masas argentinas- es susceptible de curar”.¹⁷⁰ Además de un síntoma perturbador y degenerativo, las masas son consideradas un factor básico en el proceso de regeneración.

Las masas eran portadoras del alma o inconsciente de la raza. El recurso a su fuerza, instinto, energía e inconsciencia era una apelación a la voz de los ancestros. Todo ello tenía ahora un claro sentido de *afirmación nacionalista*. Mientras el francés Le Bon había respaldado la tesis de la superioridad de las masas (y las razas)

¹⁶⁸ En palabras de Carl Schorske, “el instinto empezó a jugar el mismo papel, intelectualmente validado, que (el que) jugara la gracia divina en la cultura del Barroco...Liberado en la esfera individual, el instinto restablecería la vida del sentimiento a una psique enferma por lo que se consideraba un exceso de intelecto y desecación racional” (“Thinking with History”, Princeton: Princ. Univ. Press, 1998, pág. 131).

¹⁶⁹ M. Barrès, “Scènes et Doctrines du Nationalisme”...pág. 191. Véase también Z. Sternhell, “La droite révolutionnaire”, Paris: Le Seuil, 1978, pág. 173.

¹⁷⁰ J. M. Ramos Mejía, “Las multitudes argentinas”, Madrid: V. Suárez (1899) 1912, pág. xxxix.

anglosajonas frente a una supuesta decadencia latina, Barrès y D'Annunzio defienden las cualidades innatas de Francia e Italia, respectivamente, y aspiran a una regeneración colectiva a partir del activismo de sus masas. En la novela “El fuego”, de D'Annunzio, el protagonista Stelio Effrena se vanagloria de ser latino, y anuncia el renacimiento de Italia a través de la agitación del “alma de la muchedumbre”, de su energía libre y oscura, de su “instinto” e “inconsciencia”. “La palpitación de la multitud y la voz del poeta parecían devolver a...la vida primera, y renovar...el espíritu originario: un núcleo de ideas potentes...[que] testimonian la nobleza de una estirpe”.¹⁷¹

Desde los parámetros ideológicos del *nuevo nacionalismo* se busca en la participación irreflexiva de las masas la solución a los problemas políticos del momento. En “Scènes et Doctrines du Nationalisme”, Barrès opone al racionalismo y al universalismo de los intelectuales partidarios del capitán judío Alfred Dreyfus la vitalidad y el vigor de unas masas autóctonas impulsadas por los mismos “instintos” y las mismas ideas “inconscientes”. Para Barrès, las cuestiones de justicia y verdad no pueden dilucidarse con criterios abstractos y universales, sino que deben atender en cada caso al imperativo de la raza y/o la nación. De esta forma son las masas o multitudes francesas –las portadoras de la voluntad inconsciente del pueblo- las que proporcionan el criterio más seguro de conducta política. Para asegurar la salud de Francia –afirma- “...tenemos que reaccionar contra los extranjeros que nos invaden y que deforman nuestra razón natural; nos hace falta restablecer la concordancia entre el pensamiento, en ocasiones vacilante, de nuestra élite y el instinto seguro de nuestras masas”.¹⁷²

En una representación psicológica a la que ya nos hemos referido, la nación de D'Annunzio, Barrès y otros nacionalistas se asemeja a una *mente colectiva* en la que las masas hacen la función del *inconsciente*. Así, en tanto que miembro inconsciente de la nación, las masas se describen y celebran como “puro instinto”, “reserva de energía” y “herencia racial de los ancestros”. El inconsciente de las multitudes –afirma J. M. Ramos Mejía- atesora “esas grandes ideas” que surgen en el curso de la evolución “del seno profundo de las naciones” y que las masas conservan “en forma de vago sentimiento”.¹⁷³ En segundo lugar –y como complemento a lo anterior- una élite o

¹⁷¹ G. D'Annunzio, “El fuego”, Barcelona: Maucci (1898) 1900, págs. 131, 64-65 y 68-69.

¹⁷² M. Barrès, “Scènes et doctrines du nationalisme”...pág. 82. En relación a este autor, véase también el libro de Z. Sternhell, “La droite révolutionnaire”...págs. 173-174.

¹⁷³ J. M. Ramos Mejía, “Las multitudes argentinas”...pág. 104.

minoría de la nación está llamada a ejercer la función de la *conciencia*, canalizando la energía de las multitudes, transformando sus vagos sentimientos y rudas pasiones en objetivos históricos definidos. “Nosotros, los nacionalistas” –afirman G. Papini y G. Prezzolini- seremos “la luz” y “la antorcha” que alumbra a las masas, al pueblo, a esa otra Italia “inconsciente” y “llena de energía” pero “sin dirección”.¹⁷⁴ Las personalidades de relieve que generan la “conciencia nacional” –afirma E. André- han de salir a la plaza pública, ponerse en contacto con las masas, y crear el espíritu que en ellas existe “en latencia, en conciencia subconsciente”.¹⁷⁵ Porque la fuerza de la nación –en palabras del nacionalista polaco Roman Dmowski- se asienta en “la habilidad para gobernar y dirigir a las multitudes a una meta, predeterminada desde arriba”.¹⁷⁶

De hecho, el pensamiento nacionalista pasó a concebirse como una *ideología de masas* por excelencia, una doctrina política que aspiraba a encuadrar y movilizar a las nuevas clases urbanas emergentes.¹⁷⁷ En este punto tenemos que destacar una vez más la influencia de G. Le Bon. En su libro “*Psicología de las multitudes*” Le Bon había exhortado a los políticos conservadores de su tiempo no sólo a que aceptaran la existencia de las masas como una realidad social y política insoslayable (“la edad en la que entramos será realmente la era de las muchedumbres”¹⁷⁸) sino también, y sobre todo, a que aprendieran a manipularlas de manera eficaz, como a su juicio ya estaban haciendo los líderes socialistas. “El conocimiento de la psicología de las muchedumbres es hoy el último recurso del hombre de Estado...es necesario saber resolver los problemas que nos propone su psicología, o resignarse a ser devorado por ellas”.¹⁷⁹ De esta forma, Le Bon anticipaba algunas de las características ideológicas fundamentales del nacionalismo posterior: la defensa de una política conservadora de perfiles

¹⁷⁴ G. Papini y G. Prezzolini, “Vecchio e nuovo nazionalismo”, Milano: Lombardo, 1914, pág. 73.

¹⁷⁵ E. L. André, “La conciencia nacional y sus generadores”...págs. 184-187. Aunque, como advertimos en el capítulo anterior, André estaba influenciado sobre todo por Unamuno y la *Völkerpsychologie* alemana, en algunas publicaciones posteriores a la primera guerra mundial se vale también de la terminología del vitalismo y la psicología de las masas para la justificación de su nacionalismo.

¹⁷⁶ Panfl. sin título, Varsovia, 5 Feb. 1905. (Cit. en Porter, “When Nationalism Began to Hate”, pág. 156).

¹⁷⁷ Véase Z. Sternhell, “La droite révolutionnaire”...en especial pág. 174.

¹⁷⁸ G. Le Bon, “Psicología de las multitudes”...pág. 17.

¹⁷⁹ G. Le Bon, op. cit., págs. 24 y 132. Véase también G. R. McGuire, “Pathological Subconscious and Irrational Determinism in the Social Psychology of the Crowd: the Legacy of Le Bon”, en Baker et al (eds.), “Current Issues in Theoretical Psychology”, Amsterdam : Elsevier, 1987, págs. 208-209.

autoritarios, reacia al parlamentarismo y partidaria del control directo sobre las masas.¹⁸⁰

Además, y relacionado con lo anterior, el libro de Le Bon contenía una serie de consejos o aplicaciones útiles para la adecuada *agitación y manipulación de las multitudes*. Las masas son siempre crédulas, emotivas e incapaces de razonar; así, para impresionarlas, los oradores deberán servirse de la “sugestión” (o la “hipnosis”) y el “contagio” de las emociones, nunca del razonamiento. Las masas sólo conocen los sentimientos simples, extremos, excesivos; por eso, el orador que aspire a seducirlas deberá echar mano de la afirmación, la repetición y la exageración sin límites. Las masas únicamente comprenden asociaciones muy elementales de ideas, piensan a través de imágenes y carecen de la noción de verosimilitud; de modo que el orador deberá provocar asociaciones rudimentarias e imágenes sugestivas en las que los elementos fantásticos y legendarios predominen sobre los reales. “Lo que impresiona la imaginación popular no son los hechos en sí mismos, sino la manera en que son presentados y distribuidos...una imagen saliente que llene y sugestione el espíritu”.¹⁸¹

Los ideólogos más señalados del nacionalismo de principios de siglo tomaron buena cuenta de las recomendaciones de Le Bon. Como afirma R. A. Nye, “la lucha política por la justificación del nacionalismo en la década anterior a la I Guerra Mundial siguió la demanda de la psicología de las masas, y la subsiguiente experiencia bélica inició a muchos de estos mismos políticos en la utilización de propaganda emocional para mantener la moral alta...”¹⁸² P. ej., Barrès y D’Annunzio apostaron de manera decidida por la movilización de las masas en la calle, incorporando los conocimientos y aplicaciones de la psicología leboniana para controlar, excitar y manipular la “voluntad inconsciente” de las multitudes. Así, la dirección de las masas debía tener en cuenta los factores emotivos más que los racionales, utilizar imágenes simples y estructuras

¹⁸⁰ Si bien es cierto que el libro de Le Bon repetía muchas ideas publicadas antes que él por Taine, Tarde o Sighele, incorporaba una serie de propuestas ideológicas que iban a ser poco después recogidas por la nueva derecha nacionalista. Nuestra exposición está aquí en deuda con Susanna Barrows: “Psychologie des Foules” marcó un punto de giro para Le Bon y para la psicología de las masas. Aconsejando al líder sobre la manipulación de los grupos, Le Bon sugirió que las reglas de la psicología de las masas pudieran ser usadas para forjar un régimen moderno y fundamentalmente de derechas. En este sentido, Le Bon merece ser visto...como uno de los arquitectos de la ‘nueva Derecha’...En contraste con la derecha monárquica, legal y parlamentaria de los 70, la derecha de 1898 emergió como una derecha ‘conservadora’, ferozmente nacionalista, ‘vehementemente antiparlamentaria’, y enamorada de la acción directa en las calles. Donde una vez habían odiado a la masa, ahora la utilizaban para sus propios propósitos” (“Distorting Mirrors”...pág. 196).

¹⁸¹ “Psicol. de las multit.”...pág. 91. Véanse también págs. 19, 50-52, 65, 68, 87, 131-132, 145-146, 159.

¹⁸² R. A. Nye, “The Origins of Crowd Psychology”...pág. 169.

retóricas repetitivas, hacer uso de eslóganes, símbolos y rituales referidos a la nación, y, por encima de todo, servirse del mecanismo de la *hipnosis*. El verdadero conductor del pueblo debe su capacidad movilizadora a la utilización de mecanismos inconscientes como la sugestión hipnótica y el contagio emocional, que le permiten dominar la voluntad de las multitudes.¹⁸³

En su libro “El fuego” D’Annunzio concibe al poeta como un conductor de almas, un hipnotizador de multitudes, un líder capaz de dar respuesta a los problemas de la patria con su verbo sugestivo.¹⁸⁴ También Giovanni Papini concedía a la élite nacionalista la capacidad de regenerar Italia a partir de las enseñanzas de la psicología de las masas. “Dadme unos pocos hombres que sientan y entiendan lo que deseo hacer, y con su contagio cambiarán el clima moral del país, y el contagio de este país cambiará el mundo”.¹⁸⁵ Para regenerar España –decía por su parte André– es necesario que una minoría de “elegidos” cumpla en la plaza pública su misión de “sugestionar a las masas”.¹⁸⁶ Los ejemplos no se circunscriben a los países europeos. Por las mismas fechas, el intelectual hindú Bipin Chandra Pal reclamaba la necesidad de una élite regeneradora, una minoría nacionalista que –a través de una serie de “pases hipnóticos”– despertara a las masas indias a “la misión” y “el destino” de su raza.¹⁸⁷

¹⁸³ Véase E. Gentile, “Il mito dello Stato nuovo”, Roma: Laterza, 1982, págs. 10-11 y 14-15; y J. M. Becker, “Nationalism and Culture”, N. Y.: P. Lang, 1994, págs. 24-27.

¹⁸⁴ En palabras de Becker, “la astuta manipulación por parte de D’Annunzio de su público le conecta con una de las obsesiones características de la cultura nacionalista radical de su tiempo. Él es un consumado practicante del arte teorizado por Sighele en Italia y Le Bon en Francia: él forma imágenes diseñadas para dirigir a la multitud, moviéndola con su música. Como Le Bon y Sighele, además, D’Annunzio tiene una intención profundamente anti-democrática al dirigirse a la multitud” (op. cit., pág. 26).

¹⁸⁵ G. Papini, “La cultura e la vita italiana”, Leonardo, Oct-Dec. 1905. (Cit. en J. A. Thayer, “Italy and the Great War”, Madison & M.: University of Wisconsin Press, 1964, pág. 196).

¹⁸⁶ E. L. André, “La conciencia nacional y sus generadores”...págs. 184-187 y 191-193.

¹⁸⁷ B. C. Pal, “Hinduism and Indian Nationalism” (1910), en E. Kedourie (ed.), “Nationalism in Asia and Africa”, London: F.Cass, 1970, pág. 349. A juicio de Pal, el problema de la India no era político, sino “psicológico”, y se concretaba en el hecho de que una minoría de extranjeros gobernara a 300 millones de indios a través del “puro hipnotismo”. Sin embargo, la solución a los problemas del país no pasaba por la articulación de una fórmula de gobierno más racional y democrático. Más bien requería que una minoría alternativa –la élite nacionalista– se apropiara para sus fines del método hipnótico, como ya se estaba haciendo: “La escuela nacionalista...comenzó a realizar lo que se llama pases opuestos en hipnotismo, e inmediatamente despertó al pueblo a un sentido de su propia fuerza, a un aprecio de su propia cultura, y ha creado una nueva convicción de que también ellos, como las otras razas del mundo, tienen una misión y un destino distinto” (op. cit., pág. 349).

Una última cuestión merece ser destacada. Si la mayor parte de los nacionalistas de la época fueron influidos de una u otra manera por las aportaciones de los psicólogos de las masas, estos últimos terminaron abrazando poco tiempo después las ideas programáticas del nuevo nacionalismo. Así, durante el período previo a la I Guerra Mundial autores como S. Sighele, A. A. Marie, G. L. Duprat o el propio Le Bon encontraron en el nacionalismo conservador, autoritario y a menudo belicista de Barrès, D'Annunzio y Corradini el recurso ideológico fundamental para controlar y canalizar la energía inconsciente de las multitudes. “Todos nuestros esfuerzos deben concentrarse precisamente sobre la defensa de la noción de patria, que implica toda una organización moral”. Porque las masas no pueden vivir “sin ejército, sin jerarquía, sin respeto a la autoridad y sin disciplina mental” –advierte Le Bon- la única manera de cohesionar y regenerar al pueblo es a través de una moral colectiva basada en el “patriotismo”.¹⁸⁸

De hecho, Le Bon no tardó en reclamar a la élite conservadora del país la sugestión y movilización de las masas a partir de una serie de valores vinculados al nacionalismo barresiano: la defensa cerrada de la patria y el ejército frente a los enemigos internos y externos (socialistas, sindicalistas, pacifistas, alemanes, judíos, emigrantes, extranjeros en general...), el enaltecimiento de la raza, la exaltación de la Historia, la apelación al mandato de los ancestros (“En la sombra de la tumba se hallan nuestros amos verdaderos”).¹⁸⁹ Si durante su etapa más positivista Le Bon había proclamado la degeneración irremediable de la raza latina, y más concretamente del pueblo francés, a la altura de 1910 expresaba una mayor confianza en su voluntad de regeneración. “Fe en la patria, fe en un ideal, fe en el porvenir... Los pueblos que pierdan toda su fe, pierden con su alma las razones de obrar... La fe que levanta las montañas se llama voluntad, y es la creadora verdadera de las cosas... No es la fatalidad la que gobierna al mundo, sino la voluntad”.¹⁹⁰ Con todo, la razón fundamental para el optimismo descansaba en la naturaleza de unas masas que podían ser controladas eficientemente por medio de los residuos ancestrales del alma racial. “El papel de los directores... consiste en hacer germinar en el alma de las multitudes voluntades

¹⁸⁸ G. Le Bon, “La psicología política y la defensa social”... págs. 421-422.

¹⁸⁹ G. Le Bon, op. cit., pág. 424. “El amor de la patria –dice Le Bon- forma el verdadero cimiento social capaz de mantener el poder de un pueblo. La patria es el símbolo de las adquisiciones hereditarias de toda nuestra Historia. No pudiendo vivir sino por ella debemos vivir para ella. Verdades evidentes son éstas, sin duda, pero no nos cansaremos de repetirlas. Los socialistas repiten una y otra vez... Una verdad sólo se incrusta en las almas después de repeticiones innumerables” (op. cit., págs. 422-423).

¹⁹⁰ G. Le Bon, op. cit., págs. 149 y 427.

inconscientes. Y lo logran mejor cuando obran siguiendo los impulsos ancestrales de los pueblos que dirigen”.¹⁹¹

Un caso similar es el del criminólogo positivista Scipio Sighele. En su libro más conocido, “La muchedumbre delincuente”, Sighele había definido a las masas por sus impulsos criminales, mórbidos y perniciosos (“la muchedumbre está, en general, más dispuesta para el mal que para el bien. El heroísmo, la virtud, la bondad...no son nunca, o casi nunca, las cualidades de una gran reunión de individuos”).¹⁹² Pero sólo una década más tarde Sighele proporciona una visión alternativa de las masas en “L’intelligenza della folla” (“La inteligencia de la muchedumbre”), un libro más cercano al vitalismo neorromántico y al nacionalismo de comienzos de siglo. “...no se puede negar que en ocasiones la multitud llega a una altura psicológica que el hombre aislado no sabría alcanzar, o manifiesta una generosidad casi sublime que ningún individuo podría desplegar”.¹⁹³ Más que una patología y una perturbación moral, la masa es vista ahora como un factor higiénico y curativo, el miembro sano capaz de redimir a Italia de la degeneración.

Poco tiempo después, Sighele elogia la “intuición admirable” de Gabriele D’Annunzio en el drama político “La nave”, una obra que pone el conocimiento de la psicología de las masas al servicio de las aspiraciones territoriales del nacionalismo y el irredentismo italiano en el imperio austro-húngaro (Trieste, Trentino). Para Sighele – como para el propio D’Annunzio- la élite del país debe disponer y preparar la fuerza instintiva de las masas para la conquista del Adriático a partir de la evocación y glorificación del pasado naval de los italianos. Porque una multitud así sugestionada se convierte en “la vía maestra del heroísmo y del sacrificio” –afirma Sighele.¹⁹⁴ De

¹⁹¹ G. Le Bon, “Enseñanzas psicológicas de la guerra europea”...pág. 33. Véase también para esta cuestión el libro de R. A. Nye, “The Origins of Crowd Psychology”...pág. 106.

¹⁹² S. Sighele, “La muchedumbre delincuente. Ensayo de psicología colectiva”...pág. 63.

¹⁹³ “L’intelligenza della folla”...pág. 25. Con todo, Sighele no cambia radicalmente su visión de las masas. En “La muchedumbre delincuente” también había reconocido la posibilidad de que las muchedumbres actuaran guiadas por criterios nobles, grandes, abnegados, heroicos. (“...desde los 300 de las Termópilas hasta los últimos mártires de la independencia italiana, forman, por decirlo así, en la historia una ruta sagrada, que demuestra por sí misma suficientemente que una multitud puede, lo mismo que un solo individuo, elevarse hasta las sublimes alturas de la abnegación y del heroísmo”, págs. 65-66). Y en “La intelligenza della folla” seguiría afirmando que “en general la muchedumbre es moralmente peor que el individuo” (pág. 27). Pero el tono general del texto sí ha cambiado, centrándose mucho más en la nobleza y virtud de las masas, y en su papel protagonista en la historia de la nación.

¹⁹⁴ S. Sighele, “La psicologia della folla nella ‘Nave’ di D’Annunzio”, Nuova Antologia, 16 marzo 1908, vol. CXXXIV, serie V, págs. 291-292. La familia de Sighele procedía de la región de Trentino, y durante los últimos años de su vida Sighele participó en la reivindicación irredentista de este territorio.

hecho, para realizar todo su potencial, las masas del país deben ser adoctrinadas en un programa patriótico en el que Sighele participará años más tarde desde la dirección de la Asociación Nacionalista Italiana. “Nosotros queremos reanimar todos los valores morales del patriotismo, y someterlo a una disciplina más rígida; queremos encuadrarlo en un sistema de ideas que lo justifiquen científicamente, y formularlo en un programa que le de cumplimiento práctico”.¹⁹⁵

4.5. La elaboración doctrinal del nuevo nacionalismo

Entre los ideólogos del *nuevo nacionalismo* volvemos a encontrar una serie de temas que ya estaban presentes en el nacionalismo del periodo anterior: la crítica al universalismo abstracto de la Ilustración y a la concepción intelectualista del ser humano; la reivindicación de las emociones, de los impulsos y de la voluntad; la primacía de la comunidad sobre el individuo y de la moralidad colectiva sobre el utilitarismo individualista; la ambivalencia hacia el comercio, la industria, la especialización funcional, la vida en la ciudad; la evocación de una vida prístina, espontánea y natural, de verdadera individualidad colectiva; la apelación a un tiempo pasado –y una edad ‘heroica’- para la regeneración moral de la comunidad. El mensaje final del nacionalista encierra una vez más una idea de regeneración colectiva a partir de la Historia, la búsqueda de “una reacción al desfallecimiento moral” de la comunidad, en palabras de Papini y Prezzolini.¹⁹⁶ Con todo, a pesar de las muchas coincidencias temáticas e ideológicas, existían también diferencias notables entre la nueva doctrina nacionalista y la elaboración originaria de Herder o Fichte.

Entre ellas, la diferencia más clara resulta de la *conexión estrecha con el naturalismo positivista* de la segunda mitad del XIX. El nacionalismo, como ideología política de los primeros años del siglo XX –afirma el historiador Claudio Cesa- nace del tronco de la cultura del positivismo tardío. Una serie de elementos románticos,

¹⁹⁵ S. Sighele, “Il nazionalismo e i partiti politici”...pág. 21. Véase también su libro “Pagine nazionaliste”, Milano: Treves, 1910, págs. 231-236.

¹⁹⁶ G. Papini y G. Prezzolini, “Vecchio e nuovo nazionalismo”...pág. x. Como afirma Sternhell, la reacción contra el sentimiento de quiebra, de decadencia política y moral era uno de los puntos de partida de este nacionalismo. “A la duda y al pesimismo se oponen las certidumbres de la historia; al artificio, el culto de la energía y de la vitalidad; a una civilización envejecida, aquella de la juventud; a la desagregación y al individualismo, el sentido de la disciplina. Al racionalismo científico se oponen las fuerzas del instinto” (“Maurice Barrès et le nationalisme français”...pág. 43).

idealistas e historicistas están de nuevo presentes en su formulación, pero “amalgamados a la cultura positivista”. De ahí que los nuevos nacionalistas se sirvan de las aportaciones de la *biología* y la *psicología* para la justificación de su doctrina.¹⁹⁷ El nacionalismo –decía Barrès– es la aceptación de un determinismo psicológico, el que resulta de la herencia inconsciente de la raza francesa. “...una criatura sólo es viable en la medida en que se transforma conforme a su carácter y a sus hábitos hereditarios. Este sentido histórico, este elevado sentido naturalista, esta aceptación de un determinismo, he aquí lo que nosotros entendemos por nacionalismo”.¹⁹⁸

Aunque exhiben con frecuencia una moral de superación cercana al vitalismo de Nietzsche, Barrès y otros ideólogos de su tiempo estaban a la vez influenciados por una cosmovisión determinista parecida a la del historiador Taine.¹⁹⁹ Lo mismo podría decirse del italiano Sighele. “...se puede ser nacionalista –afirma– en la medida en que se cree en ciertas leyes hereditarias que imprimen para la eternidad aquello que seremos y estamos obligados a ser...”.²⁰⁰ Para estos autores, las leyes que determinan la conducta de las naciones son, en todo caso, las leyes de la biología evolutiva y racial y la *psicología de los pueblos*. Las naciones son realidades “esencialmente psicológicas” –afirma McDougall– “los productos e instrumentos más valiosos del proceso de evolución humana”.²⁰¹ En la misma línea, el psiquiatra y político catalán D. Martí i Julià asentaba sus reivindicaciones de autogobierno para Cataluña en lo que denomina “los fundamentos psico-biológicos del nacionalismo”.²⁰² Algunos años antes el médico

¹⁹⁷ C. Cesa, “Tardo positivismo, antipositivismo, nazionalismo”, en “La cultura italiana tra '800 e '900 e le origini del nazionalismo”, B. A. S. I., XXII, Firenze: Olschki, 1981, pág. 98. “A una base ‘positiva’ que, más que en Comte, se inspiraba en la persistente tradición de estudios psicológicos y biológicos, se agrega el modelo de la ciencia histórica y filológica, sobre todo alemana, y, en el fondo, la aspiración a una fórmula unitaria de todo el saber, que se podría definir bien como vitalismo naturalista, y a veces también panteísta” (op. cit., págs. 72-73).

¹⁹⁸ M. Barrès, “Scènes et doctrines du nationalisme”...pág. 231. Véase también pág. 13.

¹⁹⁹ Esta doble defensa del determinismo y el voluntarismo vitalista fue esbozada por otros muchos intelectuales europeos de la generación de Barrès y de la siguiente. Como afirma R. Wohl: “...los mismos intelectuales que se preciaban de haberse liberado de las ilusiones del progreso y la mística de la ciencia permanecían extrañamente engranados a determinismos de diversas clases, determinismos, además, que estaban inspirados por teorías científicas...La mayoría de los intelectuales europeos de finales del XIX buscaron escapar de este dilema afirmando que el hombre podría dominar los determinismos que le constriñen únicamente elevándolos a conciencia, aceptándolos, y viviendo la vida con vitalidad y pasión” (“The Generation of 1914”, London: W. & N., 1980, pág. 213). Véase también el prólogo de A. Porras a la ed. española de la novela de Barrès, “Los desarraigados” (Madrid: Cátedra, 1996, pág. 72).

²⁰⁰ S. Sighele, “Il nazionalismo e i partiti politici”...págs. 23-24.

²⁰¹ W. McDougall, “The Group Mind”...pág. 100; “Ethics and Some Modern World Problems”, London: Methuen, 1924, pág. 148.

y escritor Pompeyo Gener se había propuesto abordar “la cuestión catalana” apoyándose en la fisiología y la psicología de los pueblos, esto es, a partir de “las leyes orgánicas que rigen el desarrollo de las razas humanas sobre la Tierra”.²⁰³

En relación a las leyes de la biología y la psicología de los pueblos, los nuevos ideólogos incorporan como parte de la doctrina nacionalista las ideas nucleares del *darwinismo social*. Así, y de la misma forma que la lucha por la vida y la selección de los más aptos era considerado uno de los principales mecanismos reguladores de la evolución de las especies, la guerra entre los pueblos era también uno de los factores básicos en el devenir del proceso civilizatorio. “...una paz universal –advierde Le Bon– marcaría el fin inmediato de toda civilización y de todo progreso y la vuelta rápida a la más espantosa barbarie”.²⁰⁴ En su “Campagne Nationaliste” Jules Soury había valorado la guerra como fuente de progreso y vida superior sobre la tierra (“...yo tengo fe en la virtud regeneradora de la espada y del fuego para los pueblos decaídos, envilecidos, resignados a no tener historia”).²⁰⁵ Cuando los pueblos no luchan por la civilización con sus vecinos quedan irremisiblemente estancados –afirmaba el también nacionalista D. Abad de Santillán. “La lucha de las razas es el principal motor del progreso humano”.²⁰⁶ Y en su libro “El muchacho español” J. M. Salaverría transmitía en términos parecidos la intención belicista de este nacionalismo. “Para los afanes y los trabajos del Progreso, la sociedad exige cuerpos sanos y vigorosos...La vida es una guerra; todos los hombres somos soldados...”.²⁰⁷

En la nueva formulación no queda ya nada del concepto de Humanidad y las ideas humanitarias defendidas por Herder, Humboldt y los primeros nacionalistas. La creencia en la igualdad básica y la dignidad común a todos los hombres –en la que se había basado el concepto originario– no podía conciliarse con las taxonomías biológicas de la especie, la división entre razas superiores e inferiores. Y los propósitos humanitarios eran de facto inalcanzables en la medida en que la lucha se consideraba

²⁰² D. Martí i Julià, “Per Catalunya”...págs. 247-251.

²⁰³ P. Gener, “Inducciones”, Barcelona: Librería de J. Llordachs, 1901, pág. 209.

²⁰⁴ G. Le Bon, “La psicología política y la defensa social”...pág. 99. (Véase también pág. 94). Y en plena guerra mundial afirma: “De los dramas de la hora presente surgirá sin duda una patria regenerada y más fuerte...Una juventud intrépida habrá vivido el más prodigioso acontecimiento de la Historia...” (“Enseñanzas psicológicas de la guerra europea”...1916, pág. 8).

²⁰⁵ J. Soury, “Campagne nationaliste”...págs. 185 y 195.

²⁰⁶ D. Abad de Santillán, “Psicología del pueblo español”...pág. 120. (Véase también pág. 57).

²⁰⁷ J. M. Salaverría, “El muchacho español”...pág. 42.

una condición necesaria para la supervivencia de la nación. Utilizando siempre los criterios del darwinismo social, Barrès, Papini, D'Annunzio, Corradini o Sighele justificaban y naturalizaban el *recurso a la fuerza* en el orden internacional, promovían una política exterior basada en el militarismo, el expansionismo, el imperialismo, la guerra. “Complemento necesario de todo nacionalismo es el expansionismo. Ninguna nación moderna puede permanecer en sus confines...” –escribían Papini y Prezzolini en su libro “Vecchio e Nuovo Nazionalismo”.²⁰⁸ Porque la competición y la lucha son consustanciales a la naturaleza –advierte Sighele- “vivir significa expandirse”, en el plano individual y también en el colectivo.²⁰⁹ “El nacionalismo –afirma años más tarde Enrico Corradini- es la doctrina de los instintos de unidad orgánica y de potencia imperial de las naciones...La guerra es el acto de engrandecimiento de los Estados”.²¹⁰

Con todo, aunque el darwinismo ocupa un lugar destacado en la ideología nacionalista de la época, conviene añadir una vez más que su formulación y conceptualización concreta no era ajena a una tradición literaria neorromántica emparentada con el vitalismo y el voluntarismo de *Nietzsche*.²¹¹ De ahí que la lucha por la vida no sólo fuera considerada por estos autores como una condición de fortaleza y salud corporal, sino también como un requisito de vitalidad ‘auténtica’ y realización ‘genuina’.²¹² Frente a la existencia simulada, artificiosa y vacía del burgués, la guerra sería capaz de reactivar la energía y los instintos de los combatientes y posibilitaría la participación de los ciudadanos en una vida política más sincera, natural y plena –como

²⁰⁸ G. Papini y G. Prezzolini, “Vecchio e nuovo nazionalismo”...pág. 30. “...queremos que Italia sea verdaderamente una nación, esto es, que esté unida y organizada, que se arme para atacar y para defenderse...” –afirman más adelante (op. cit., pág. 118).

²⁰⁹ S. Sighele, “Pagine nazionaliste”...págs. 238-240.

²¹⁰ E. Corradini, “L’unità e la potenza delle nazioni”, Firenze: Vallecchi Ed., 1922, págs. 101 y 284.

²¹¹ Como expone R. N. Stromberg: “Existían también aproximaciones vitalistas que señalaban que Darwin no había abordado en absoluto la cuestión importante de qué es lo que causa realmente...el proceso evolutivo. Aceptando que la selección natural tiene lugar, y con evidente ceguera y crueldad...parecería que otros factores están también presentes, incluyendo una inteligencia que recorre toda la vida. La conducta de los organismos es a menudo tan extraordinariamente intencional que uno tiene dificultad en atribuir todo a un proceso mecanicista. A fin de cuentas, ¿puede la selección natural dar una explicación de la emergencia de la vida misma? Hay también traspasando la vida una voluntad de vivir, como Schopenhauer y Bergson notaron. ¿Puede esta inagotable vitalidad ser el resultado de un proceso mecánico?...Quizás esta fuerza vital es realmente la ‘causa’ de la evolución, la selección natural sólo un medio que ella emplea” (“European Intellectual History Since 1789”...pág. 132).

²¹² Como afirma Gellner, “Nietzsche articuló este tipo de ideas, combinando la tradición romántica literaria con lecciones reales o supuestas extraídas de la biología” (“Nacionalismo”, Barcelona: Destino (1997) 1998, pág. 128). Y aunque Nietzsche se mostraba muy crítico con el nacionalismo, sus ideas iban a ser utilizadas ampliamente por el nacionalismo de finales del XIX y principios del XX.

relata Sighele a propósito de la guerra colonial italiana en el Norte de África.²¹³ En sentido análogo, Le Bon celebraba la nueva vida de los soldados franceses que combatían en las trincheras de la I Guerra Mundial. “...Morir, héroe de una causa noble, cuando se creía abocado a una existencia monótona y vacía, es un destino envidiable...”.²¹⁴ Esta visión edulcorada –y casi siempre épica²¹⁵– de la guerra, convertida en un ámbito privilegiado para la realización del sujeto, se encarna con frecuencia en la figura romántica del guerrero o el caballero de la Edad Media. Durante la guerra presente –añade Le Bon– “se ha visto a millones y millones de hombres...alcanzar la bravura de los más célebres guerreros”.²¹⁶ Los caballeros franceses de la canción de gesta y de las Cruzadas –afirma Barrès– “adelantan, anuncian las hazañas manifiestas en nuestro ejércitos de 1916”.²¹⁷

Por lo demás, este nacionalismo darwinista y nietzscheano tenía también entre sus objetivos la neutralización del movimiento obrero de la época. El contexto social y político en Europa había propiciado por las mismas fechas una expansión sin precedentes de la ideología socialista.²¹⁸ En este sentido, y oponiéndose al poder de convocatoria de la izquierda, los líderes nacionalistas emplazaban al conjunto de la población a que participaran en una contienda alternativa, un frente ideológico transversal que convertía la lucha de clases en lucha de patrias y de razas, en la guerra contra el extranjero. Así, Barrès, D’Annunzio, Le Bon o Sighele utilizaban a menudo la *carta del enemigo exterior* para solucionar los problemas sociales del país y conjurar la división interna. Porque en tiempo de guerra –contaba el italiano Sighele– las preferencias partidistas y de clase daban paso a un sentimiento diferente. “...el instinto de la raza, el amor de la patria, el deseo de quererla grande, el placer de sacrificarse por

²¹³ S. Sighele, “La nouvelle psychologie irredentiste”, La Revue, 15 Mar. 1912, Vol. XCV, pp. 145-156.

²¹⁴ “Enseñanzas psicológicas de la guerra europea”...pág. 9. “Cuando vuelvan a las fábricas, a los campos o a las oficinas más de uno añorará quizá esas mortíferas zanj...” (op. cit., pág. 288).

²¹⁵ Sighele habla de la guerra en el Norte de África como un desencadenante de “las virtudes heroicas del pueblo”, “el ímpetu de noble pasión que anima a nuestros soldados” y “la belleza y la poesía del sacrificio de nuestra vida” (“La nouvelle psychologie irredentiste”...págs. 154- 155).

²¹⁶ G. Le Bon, “Enseñanzas psicológicas de la guerra europea”...págs. 271-272.

²¹⁷ “Los rasgos eternos de Francia”, Barcel.: Blond (1916) 1917, pág. 31. “En cada generación (Francia) hace revivir Rolandos, Godofredos, Boyardos, Turenas...A veces el poema dormita” (op. cit., pp. 42-43).

²¹⁸ Como afirma Hughes, una serie de factores concatenados –entre los que se cuenta la crisis de la economía capitalista a finales del XIX, el desorden social creciente en los países avanzados y el deterioro de las instituciones políticas liberales– contribuyó a la difusión de las ideas marxistas y al fortalecimiento de los partidos de izquierda por todo el continente. (“Consciousness and Society”... págs. 41-42).

ella pone en todos los corazones y en todas las bocas un solo y mismo grito: ¡Italia! ¡Italia! ¡Italia!”.²¹⁹

La carta del enemigo exterior hacía en ocasiones referencia a la figura del *emigrante*, al que se consideraba también un extranjero, un bárbaro capaz de provocar la degeneración y la ruina moral de la patria. En “Scènes et Doctrines du Nationalisme” Barrès utiliza el lenguaje del organicismo y el degeneracionismo para lamentar la presencia del emigrante en la sociedad francesa. De ahí que hable de él como “el germen de destrucción nacional” (pág. 73), como “un parásito que nos intoxica” (pág. 303). Y que denuncie la “invasión”, la “oleada”, la llegada masiva de bárbaros, de “hordas de emigrantes” que amenazan con “inundar nuestra raza” (págs. 73, 322 y 329). Preocupado igualmente por la degeneración de la raza, Le Bon compara las grandes emigraciones a Estados Unidos y Francia a principios del XX con las invasiones bárbaras que acabaron con el Imperio romano. “...los que emigran son gente inferior, incapaz de valerse por sí misma...Las mayores hecatombes de los campos de batalla serían infinitamente preferibles a tales invasiones. Un instinto muy certero enseñaba a los antiguos el temor a los extranjeros”.²²⁰ Sin abandonar el discurso degeneracionista, René Johannet advertía años más tarde de “las adulteraciones de los metecos”, y criticaba la presencia masiva de unos emigrantes que –a su juicio- provocarían “enfermedades de la personalidad” e incluso la “muerte” de la raza.²²¹

Otra diferencia notable con respecto a los primeros nacionalistas radica en su *visión secularizada del mundo y de la historia*. Si Herder y Fichte concibieron el relato del pasado como parte de un proceso transcendental, como la manifestación de un mandato o designio divino, los nuevos nacionalistas renunciaban de entrada a la clave teológico-metafísica para la interpretación de la Historia. “El alma de un pueblo –afirma Le Bon- no es una concepción metafísica, sino una realidad viviente”.²²² De hecho, la

²¹⁹ “La nouvelle psychologie irrédentiste”...pág. 150. Véase también Le Bon, “Enseñanzas psic. de la guerra europea”...pág. 423. Sobre D’Annunzio, véase Becker, “Nationalism and Culture...”págs. 120-121.

²²⁰ G. Le Bon, “La psicología política y la defensa social”...pág. 98. Véase también su libro “Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos”...págs. 152-153.

²²¹ R. Johannet, “Le principe des nationalités”...págs. 367-368. Y lo ilustraba con un ejemplo que hoy provocaría estremecimiento: “Por haber albergado con demasiada facilidad a demasiados judíos –afirma- Polonia agoniza”.

²²² G. Le Bon, “Las opiniones y las creencias”...pág. 200.

Historia de la colectividad solamente podía entenderse a partir del código biológico de la evolución, si bien impregnado de teleología vitalista. “Sabemos ya que las naciones no viven para cumplir determinado ‘destino providencial’, sino que cumplen un destino porque viven, y un destino más que otro, porque viven en regiones determinadas” – afirma Diego Abad de Santillán.²²³ Para estos autores lo sobrenatural ha perdido su valor como principio o soporte explicativo, e incluso como objeto privilegiado de culto. La devoción requiere un objeto que no se encuentre fuera sino dentro del mundo – afirma el nacionalista Barrès. “Yo he vuelto a poner mi devoción por el más allá sobre la tierra –concluye-, sobre la tierra de mis muertos”.²²⁴

A pesar de su visión secularizada del mundo y de la historia, los líderes nacionalistas no mantienen una posición beligerante con las religiones establecidas. Más bien al contrario. Casi todos ellos elogian en algún momento la función social de las religiones del pasado, y hacen uso de la herencia recibida para la realización de su programa. “Las religiones constituyen una fuerza a utilizar; jamás a combatir” –afirma Le Bon.²²⁵ Por supuesto, el valor y la fuerza que los nacionalistas asignan a la religión tradicional no tiene nada que ver con el mensaje o la doctrina de la fe, sino con el aprovechamiento político e ideológico de la institución, con la iglesia como cuerpo social y entidad histórica, esto es, como una garantía y un símbolo de la continuidad, el orden y la cohesión de la patria. Enrico Corradini considera a la Iglesia de Roma como una gran institución y un instrumento clave para unir al pueblo italiano.²²⁶ En el mismo sentido Jules Soury y Maurice Barrès, que no esconden su falta de fe religiosa, valoran sin embargo el papel de la Iglesia como fuerza social y factor de cohesión y continuidad de la patria. “Yo me siento profundamente cristiano en cuanto al ‘patrón de vida’:

²²³ D. Abad de Santillán, “Psicología del pueblo español”...págs. 19-20. “La ciencia ya no admite el finalismo tradicional; admite un teleologismo fisiológico...” (op. cit., pág. 19). Este sentido teleológico de la evolución era muy común entre los defensores del vitalismo.

²²⁴ M. Barrès, “Scènes et doctrines du nationalisme”...pág. 14. La nación italiana –dice por su parte Sighele- “ha quitado al Papa el poder temporal” (“Pagine nazionaliste”...págs. 220-221).

²²⁵ “Aphorismes du temps présent”, Paris: Flammarion, 1913, pág. 88. Si durante su periodo más positivista Le Bon había sido muy crítico con las religiones, algunos años después su visión al respecto parecía distinta: “...Juzgadas por sus obras, estas augustas sombras merecen toda la veneración de los pensadores...Fueron en el pasado los elementos más seguros de la estabilidad moral de los pueblos. El porvenir los transformará seguramente, pero mientras el alma humana necesite esperanza, no podrán perecer” (“La psicología política y la defensa social”...págs. 373-374). Esta concepción conservadora de las religiones puede rastrearse también en la obra de Taine. “...Si existen razones valederas para legitimar la costumbre, las hay superiores para consagrar la religión...en toda sociedad la religión es un órgano a la vez preciso y natural” (“Los orígenes de la Francia contemporánea”, vol. II...págs. 39-40).

²²⁶ “Nazionalismo e anticlericalismo”, Il Regno, I, n° 52, nov. 20, 1904; citado en J. A. Thayer, “Italy and the Great War”...pág. 201.

cristiano de la Iglesia donde he nacido, donde moriré, cristiano de la Iglesia católica, apostólica y romana” –afirma Soury.²²⁷

Por otra parte, y a pesar de la secularización de sus relatos históricos, estos autores se sirven con frecuencia del lenguaje de la tradición religiosa y apelan repetidamente a la *figura y palabra del predicador, el apóstol, el profeta*. Los ejemplos son incontables. Le Bon defiende la necesidad de un “apóstol” para la regeneración de Francia –“nuestro Pedro el Ermitaño”²²⁸; un “apóstol” del orden y la verdad, un “fanático del bien” que se oponga al “fanatismo del mal”, el que propagan –a su juicio– los líderes de la izquierda. “Desgraciadamente –afirma– los apóstoles sólo se combaten con apóstoles”.²²⁹ Por las mismas fechas Havelock Ellis, desde planteamientos igualmente nacionalistas, reclama para España la presencia de “un profeta enérgico” que “con su voz” levante al país “como un Lázaro”.²³⁰ “Nuestra raza espera que alguien le mande recoger la camilla en donde yace y eche a andar” –repite años después Diego Abad de Santillán.²³¹ Las referencias bíblicas y proféticas están presentes asimismo en la obra de Barrès. En su novela “Los desarraigados” describe a los protagonistas de la trama –los siete jóvenes lorenenses recién llegados a la capital para hacer carrera– como seres desnortados y desarraigados en el “desierto” de París. Y también ellos –como los hombres del desierto– buscan “un profeta”, un “profesor de energía”, un “director de almas” que sólo alcanzan a vislumbrar ante la tumba de Napoleón.²³² D’Annunzio, por su parte, a través del protagonista de su novela “Las vírgenes de las rocas”, busca un nuevo líder, un profeta, un “oráculo” de las estirpes que se crea destinado a “grabar sobre nueve tablas, nueve leyes para el alma religiosa de los pueblos”.²³³

²²⁷ J. Soury, “Campagne nationaliste”...pág. 211. Véase también Sternhell, “Maurice Barrès et le nationalisme français”...pág. 266. “Lo importante –como afirma Winock– no es ya el contenido de la fe, sino la religión tomada como estructura de orden” (“Les nationalismes français”...pág. 11).

²²⁸ “Psicología de la educación”, Madrid: Gutenberg (1901) 1910, págs. 48-49. Probablemente éste sea el primer libro de Le Bon que propone ya en algunos pasajes un regeneracionismo nacionalista para Francia. Pero de forma muy contradictoria todavía: la hipótesis dominante está más cerca del regeneracionismo de corte positivista, que tiene como modelo el desarrollo de los países anglosajones.

²²⁹ G. Le Bon, “La psicología política y la defensa social”...págs. 388 y 411-412.

²³⁰ H. H. Ellis, “El alma de España”, Barcelona: Araluce, 1908, pág. 416.

²³¹ D. Abad de Santillán, “Psicología del pueblo español”...pág. 82.

²³² M. Barrès, “Los desarraigados”...págs. 260-268.

²³³ “Las vírgenes de las rocas”, Barcelona: Maucci (1895) 1900, págs. 39-40. Con todo –añade D’Annunzio– “por sus labios no hablaría el furor de un dios presente en el trípode, pero sí el genio mismo de las estirpes, custodia fúnebre de innumerables destinos ya cumplidos. Su oráculo no sería una espiral

No obstante, la *voz del profeta* no tiene ya para estos autores el sentido sacro que sin duda conservaba en los textos nacionalistas de Fichte, Ricardo Rojas o Joaquín Costa. A fin de cuentas, ellos están reclamando la figura de un apóstol que haya interiorizado la muerte de Dios, un iluminado que se limite a dominar las regiones del inconsciente, un profeta de la Historia y el destino de los pueblos cuyo reino sea sólo de este mundo. En este sentido, la virtud del profeta no tiene ahora nada que ver con el conocimiento de una supuesta verdad revelada (la que convertía la Historia del pueblo en la manifestación de un designio providencial) sino con una cuestión bien diferente: su habilidad para la *retórica efectista*, el control y la agitación de la grey. “Los apóstoles, que en el curso de las edades transformaron nuestras creencias –afirma Le Bon-, debieron su triunfo a repeticiones incesantes...cuando por el doble mecanismo de la repetición y del contagio han dominado esas regiones de lo inconsciente, donde se elaboran los móviles generadores de nuestra conducta”.²³⁴

La constante apelación al profeta-como-agitador-de-multitudes respondía además a la insatisfacción manifiesta e incluso al rechazo de la democracia representativa y de los regímenes parlamentarios de la burguesía del XIX. De hecho, los nuevos nacionalistas, que habían tomado buena nota de las leyes y aplicaciones de la *psicología de las multitudes*, iban a proponer una relación política más directa y ‘natural’ entre la élite y el pueblo, entre gobernantes y gobernados, una relación que carecía de las divisiones ‘artificiales’ del Parlamento y de los ‘peligros’ de la democracia niveladora. Una relación basada en lo que algunos habían llamado la *política de la plaza*.²³⁵ La sugestión de las masas populares por parte de una minoría de elegidos –la élite nacionalista-, se convierte a principios de siglo en la pieza básica de una nueva arquitectura política de factura conservadora y autoritaria. Porque la burguesía no comprende que una sociedad no puede vivir “sin disciplina, sin tradición y sin jerarquías” –se quejaba Le Bon- e “ignora el arte de hablar a las multitudes”.²³⁶

dispuesto hacia un mundo suprasensible, sino la advertencia de todas las sabidurías humanas, mezcladas con el soplo de la Tierra...” (op. cit., págs. 40-41).

²³⁴ G. Le Bon, “La psicología política y la defensa social”...págs. 13-14.

²³⁵ En este punto estamos en deuda con Gentile, “Il mito dello Stato nuovo”...págs. 14-15. Véase también G. L. Mosse, “Mass Politics and the Political Liturgy of Nationalism”, en E. Kamenka (ed.), “Nationalism”, London: E. Arnold, 1973, pág. 50.

²³⁶ “La psicología política y la defensa social”...pág. 225. Casi todos los autores critican el olvido de la tradición por parte de la burguesía, desconfían de la herencia política del liberalismo y lamentan vivir en un mundo demasiado “incierto” e “inestable”. P. ej., en un capítulo de “Il nazionalismo e i partiti politici” titulado “Il problema dell’ordine”, Sighele lamenta la crisis de todos los valores e ideales provocada por

Además de la presencia del profeta como agitador (“hipnotizador”) de multitudes, la política de la plaza asimilaba como un aspecto central de la escenografía del nacionalismo los símbolos y rituales de la religión, y creaba lo que G. L. Mosse ha denominado “un nuevo estilo de política”, una suerte de “religión o liturgia secularizada”.²³⁷ El fuego sagrado, las banderas, los himnos, las estatuas, los monumentos, las fiestas, las conmemoraciones, las tumbas, los cenotafios...un conjunto de *símbolos, ritos y objetos de culto religioso* se incorporan al discurso y la escenificación del nacionalismo, concebidos por parte de estos autores como una liturgia política y un espectáculo de masas. Sin duda, el lenguaje del rito y la simbología cristiana constituye un recurso básico del nacionalismo de Barrès, Le Bon, Sighele, Orano y, por supuesto, Gabriele D’Annunzio. “Es necesario que la representación (ante la multitud) vuelva a ser solemne como una ceremonia, comprendiendo los elementos constituyentes de todo culto” –decía D’Annunzio por boca de uno de los personajes de su novela “El fuego”.²³⁸

A pesar de las características particulares del nuevo nacionalismo de masas, en especial su conexión con el darwinismo, la psicología de las razas y la psicología social de las multitudes, persiste, como hemos indicado, la continuidad temática e ideológica con el *primer nacionalismo romántico*. Baste con subrayar aquí el valor que todos ellos conceden a la Historia como ámbito de rehabilitación y redención colectiva. Y la importancia que asignan al arte y la creatividad popular en la construcción del relato del pasado. De hecho, tanto Barrès como D’Annunzio o Enrico Corradini, que, antes que

la quiebra del orden tradicional y la irrupción de una era de incertidumbre o escepticismo. (“Se combatía contra todo...nada era cierto, nada era sacro”, pág.112). El deseo de crear un mundo más cierto, ordenado y estable explica también la reivindicación de valores como la ‘autoridad’ y la ‘disciplina’. “El nacionalismo –dice Barrès- ...no debe ser simplemente una expresión política: es una disciplina” (“Scèn. et doctrin. du national.”...pág. 90). “El desarrollo de nuestra anarquía se revela, sobre todo, por los progresos del antipatriotismo” –dirá por su parte Le Bon (“La psic. pol. y la def. soc.”...pág. 340).

²³⁷ G. L. Mosse, “Mass Politics and the Political Liturgy of Nationalism”...págs. 39-40.

²³⁸ “El fuego”...págs. 129-130. A juicio de Le Bon, no sólo las religiones tienen necesidad de ritos y de símbolos. “Las fiestas nacionales, las grandes conmemoraciones, las banderas, las estatuas...son los más seguros sostenes de las tradiciones y de la comunidad de sentimientos que constituyen la fuerza de las naciones” (“La vida de las verdades”, Madrid: Aguilar (1914) s. a., pág. 36. Véase también su libro “Aphorismes du temps présent”...págs. 95 y 97). Otro psicólogo de las masas, G. L. Duprat, afirma que el desarrollo de los sentimientos cívicos y patrióticos se garantiza “...mediante todo tipo de sugerencias sociales, mediante el recurso a los símbolos, a las ceremonias, que hacen de la Ciudad y de la Patria el objeto de un verdadero culto...” (“La psychologie sociale”, Paris: O. Doin, 1920, págs. 78-79).

políticos, eran también poetas, novelistas o dramaturgos –‘hombres de letras’, en la terminología de Znaniecki- establecen nuevamente una ecuación básica entre el ideal de regeneración y el impulso de creatividad del pueblo, lo que ellos llaman la “energía (o potencia) creadora” de las multitudes.²³⁹ Así las cosas, el profeta de la plaza, el psicólogo manipulador de las muchedumbres se vuelve a encarnar en no pocas ocasiones en la figura del poeta o el artista, en el portavoz autorizado de un pueblo que se define por su creatividad. “Existía en la multitud una belleza reposada...[que] se revelaba de improviso por el clamor elevado, en el teatro o en la plaza pública, o en la trinchera...La palabra del poeta, comunicada a la muchedumbre, era pues un acto, como el ademán del héroe. Era un acto que creaba en la obscuridad del alma innumerable, una instantánea belleza, como un estatuario portentoso podría, de una mole de arcilla, sacar con un solo toque, de su pulgar plástico, una estatua divina...‘La fortuna de Italia - afirma Stelio Effrena- es inseparable de la suerte de la Belleza’”.²⁴⁰

²³⁹ Términos como el de “energía creadora” prueban otra vez la enorme influencia del neorromántico Nietzsche. Además de la reivindicación del ‘instinto’, la ‘fuerza’, la ‘energía’, la ‘potencia’ o la ‘vitalidad’, y junto a ellos, Nietzsche había reclamado el valor de la creatividad y la belleza. De hecho, el filósofo alemán había llegado a justificar la vida a través de sus manifestaciones artísticas. Como resume Taylor: “Lo que en el universo suscita nuestra afirmación...no es propiamente su bondad, pero se aproxima a ser su belleza...Parte del heroísmo del superhombre nietzscheano es que puede elevarse más allá de la moral, más allá de la preocupación por lo bueno, y conseguir, a pesar del sufrimiento y el desorden, y de la ausencia de toda justicia, responder a algo como la belleza que hay en todo ello. Por consiguiente, la afirmación no puede separarse por completo de una transfiguración estética. Zaratustra es inseparablemente visionario y poeta” (“Fuentes del yo”...pág. 616).

Sobre la influencia de Nietzsche en el nacionalismo francés previo a la Gran Guerra véase C. Forth, “Nietzsche, Decadence, and Regeneration in France”, *J. of the History of Ideas*, 1993, 54 (1), pp. 97-117.

²⁴⁰ G. D’Annunzio, “El fuego”...págs. 145-147. No sólo D’Annunzio hace recaer la regeneración nacional en el renacimiento de su arte, en la energía creadora del pueblo. Para el caso de Barrès puede consultarse Taguieff, “El nacionalismo de los nacionalistas”...págs. 133-134.

**PARTE II: EL LENGUAJE DE LOS CRÍTICOS. LA
FUNDAMENTACIÓN PSICOLÓGICA DEL
ANTINACIONALISMO**

CAPÍTULO QUINTO: LA CONCEPCIÓN PSICOLÓGICA DEL SUJETO

Sin duda, las fórmulas doctrinales del nuevo nacionalismo eran todavía deudoras de la concepción romántica y expresivista del sujeto, la visión post-racionalista que tuvimos ocasión de analizar en el primer capítulo de este trabajo. Pero estaban también en deuda con una visión alternativa, una concepción no ya post-racionalista sino *irracional* del yo que se estaba formulando desde los parámetros de la biología y la psicología de la época. A finales del siglo XIX un número creciente de intelectuales europeos educados en los valores de la Ilustración y el positivismo, en la fe en la racionalidad humana y en la aplicación social del conocimiento científico, empezó a considerar la irracionalidad como una característica definidora de la especie. De hecho, el pensamiento más profundo e innovador generado por las ciencias humanas y sociales por aquel entonces –y, con toda probabilidad, hasta el estallido de la Gran Guerra– estaba poniendo su foco principal de atención en el estudio de la naturaleza irracional del individuo –su conducta instintiva, sus procesos inconscientes, su vida emocional, sus ‘residuos’, su acción no-lógica... Como intérpretes posteriores han señalado, un cambio radical en la idea del individuo y la sociedad se acabaría produciendo en el plazo de una generación. “El papel de la razón y el estatus del saber científico como elemento de la acción se han visto atacados una y otra vez. Nos hemos visto arrollados por una inundación de teorías anti-intelectualistas acerca de la naturaleza y la conducta humanas... Es difícil encontrar una revolución de tal magnitud en las interpretaciones

empíricas vigentes de la sociedad humana dentro del corto espacio de una generación, a no ser que nos remontemos hasta alrededor del siglo XVI”.¹

En la gestación del nuevo sujeto algo tuvo que ver la propia deriva del positivismo durante la segunda mitad del XIX. En primer lugar porque, bajo el impacto de la biología evolutiva, el positivismo acabó renunciando a los principios racionalistas de su etapa anterior. El positivismo original, vinculado al utilitarismo, había fundado su doctrina sobre la convicción de que el individuo podría y debía regir su existencia a partir de criterios racionales y universales. Sin embargo, para el positivismo darwinista posterior no era ya la elección racional y consciente lo que guiaba la conducta del sujeto, sino la determinación objetiva e impersonal de la herencia y el medio. En palabras de Claudio Cesa, el darwinismo social supuso una ruptura no sólo con la idea de progreso como evolución pacífica sino también con “la primacía del cálculo racional”, en la medida en que para la supervivencia se necesitaban “capacidades y comportamientos distintos de los que Comte y todavía Spencer habían considerado característicos de la era moderna”.²

Pero la deriva del positivismo trajo también, en segundo término, un interés desconocido hasta entonces por el estudio de la psicología humana. Como ya señalamos en el capítulo anterior, las últimas décadas del XIX habían presenciado una curiosidad inusitada por la exploración de “las profundidades escondidas de la mente” (Ellenberger), y no sólo en el ámbito de la clínica, también en el arte, la literatura, la filosofía, la política y, en general, todas las ramas de la cultura. “Nadie lo puede negar – decía por entonces Paolo Orano- la época nuestra está dominada por la tendencia psicológica. Estamos todos poseídos por la invencible necesidad de ver dentro de las cosas, de tocar con la mano lo que hay debajo de las expresiones o de las apariencias reveladas. Todas las ramas de la cultura moderna están sometidas, y ciertamente sacudidas, por el soplo de este espíritu nuevo”.³ Esta *psicologización del sujeto* participó también en la quiebra de lo que había sido hasta entonces el paradigma dominante, la concepción racionalista del yo.

¹ T. Parsons, “La estructura de la acción social”, Madrid: Guadarrama (1937) 1968, Tomo I, pág. 37. Véase también H. S. Hughes, “Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930”...págs. 33 y 35; y Z. Sternhell, “Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France”, Bruxelles: Complexe (1983) 1999, págs. 145-147.

² C. Cesa, “Tardo positivismo, antipositivismo, nazionalismo”...págs. 98-99. Véase también T. Parsons, “La estructura de la acción social”...págs. 161-162.

³ P. Orano, “Psicologia sociale”...pág. 205.

De hecho, la atención especial que muchos autores habían puesto en el estudio de la psicología contribuyó a sustituir la evidencia racionalista de la Ilustración y el primer positivismo por otra evidencia de sentido contrario: los individuos –también los que habitan las sociedades más evolucionadas- no parecen capaces de gobernarse de acuerdo con criterios de comportamiento racional o lógico. Las emociones y los sentimientos, los instintos y los procesos inconscientes condicionan la conducta de los hombres en mucha mayor medida que la razón, la conciencia y la voluntad. Estableciendo a menudo una estrecha continuidad con la conducta de los animales, el nuevo paradigma reivindicaba la necesidad de estudiar la motivación no-racional del sujeto. Dicho de otra forma, la irracionalidad no era ya –o mejor, no era ya *solamente*- la expresión de un déficit mental atribuido a individuos, minorías o colectividades concretas (locos, criminales, alcohólicos, indigentes, niños, mujeres, emigrantes, seres primitivos...) sino que era –además- una característica de todo ser humano.⁴

Con seguridad, algunos de los rasgos de este sujeto habían sido prefigurados por una serie de filósofos, pensadores, dramaturgos y novelistas como Nietzsche, Bergson, Ibsen o Dostoievski. Pero fue sobre todo el análisis clínico de los procesos mentales y sus aplicaciones ulteriores en el ámbito de la sociedad, la cultura y la política lo que permitió fijar científicamente la nueva representación del sujeto. *Un sujeto caracterizado por su irracionalidad, determinado por necesidades instintivas y procesos inconscientes, de constitución mental frágil y moralidad heterónoma, fácilmente manipulable, motivado por sentimientos y asociaciones de imágenes, antes que por ideas y argumentos.*⁵

Esta concepción del sujeto, que había influido en la justificación del nacionalismo de masas (cap. 4º), va a ser también determinante en la formulación de la crítica de esa misma ideología tras el estallido de la guerra mundial (caps. 6º, 7º y 8º). De ahí que le dediquemos el espacio de este capítulo 5º. Como veremos en el primer apartado, la ruptura con el racionalismo había dado paso a una idea más compleja y contradictoria del yo, caracterizado en buena medida por su *fragilidad mental*. Una

⁴ Véase E. Crespo, “Introducción a la psicología social”...págs. 103-104.

⁵ En este punto estamos en deuda con Z. Sternhell, “La droite révolutionnaire, 1885-1914”...pág. 152 y “Ni droite ni gauche. L’idéologie fasciste en France”...pág. 150.

concepción que desdibujaba las antiguas divisiones del evolucionismo en torno a la salud y la enfermedad, la razón y la locura, la civilización y la barbarie. Por otra parte, y junto a la fe en la razón del sujeto, desaparece también la confianza en su propia autonomía. De hecho, como analizaremos en el segundo apartado, el individuo es considerado casi siempre como un ser muy influenciado, manipulado, *sugestionado con extraordinaria facilidad*. Un sujeto en estado de hipnosis.

Por supuesto, la caracterización del individuo se realiza ahora desde la perspectiva preferente, casi exclusiva, de la psiquiatría y la psicología de la época. De ahí que hablemos en este capítulo de la concepción psicologista del yo. Este tipo de reduccionismo hace a menudo *abstracción del contexto político y social* del sujeto, así como del significado que éste da a sus propias acciones (apartado tercero y cuarto). En último término, el sujeto referido guarda una estrecha relación con los planteamientos de la psiquiatría degeneracionista y, de manera muy especial, las aportaciones de la psicología de las masas. Unos y otros habían hablado de una criatura frágil –en cuyo interior se oculta el enfermo, el loco, el bárbaro, el asesino–, un ser irracional, inconsciente, arrastrado por agentes externos mediante la sugestión y el contagio emocional, un sujeto que no dispone de voz política propia ni de raíces sociales definidas...un *miembro de la masa*. Sobre todo ello volveremos en el apartado final del capítulo.

5.1. La fragilidad del yo

Como acabamos de señalar, la pérdida de confianza en el racionalismo ilustrado y en la noción de progreso positivo estaba dando paso a finales de la centuria a una visión mucho más compleja, contradictoria y frágil del sujeto, desdibujando sus atributos de racionalidad, autoconsciencia y libre determinación, y abriendo la puerta a concepciones menos firmes de la personalidad y la psicología humanas. El yo, “el tan cacareado yo” –alcanzaba a decir Unamuno– “es lo más superficial y vano, sombra de sombra levísima, que se cree árbitro y es juguete y resultado del animal, del salvaje, de la raza, de la tribu y de la familia”.⁶

⁶ M. de Unamuno, “Espíritu de la raza vasca”...pág. 154.

Por supuesto, la ruptura con la antropología precedente no sólo ponía en duda el protagonismo de la razón, sino la unidad y consistencia del sujeto, su solidez física y, sobre todo, mental. Mucho más que “un libro inteligentemente ideado” –decía Karl Lamprecht a principios del XX- el individuo se aparece ahora como “un organismo hecho de contradicciones”.⁷ El sujeto no es un tratado de lógica con figura humana –decía por su parte el historiador Rafael Altamira- sino un ser que refleja la “ondulación incesante de la inteligencia, del sentimiento, de la voluntad”.⁸ Por las mismas fechas, el escritor J. M. Salaverría hablaba del carácter dúplice, multiforme del sujeto, de su naturaleza imprevisible, inconstante, siempre contradictoria. “...ideas y pasiones cambian, oscilan, nacen y se desvanecen, como si fuera un cielo de Marzo...”.⁹ Un número cada vez mayor de pensadores de distinta procedencia y formación coincide en presentar al sujeto como *un ser contradictorio, inconsistente, frágil*. “El hombre de los libros, dotado de manera artificial con una personalidad fija, parece ahora una ficción. El hombre real es muy diferente...nuestro yo constituye siempre una construcción frágil, susceptible de muy grandes oscilaciones” –repetía G. Le Bon años después.¹⁰

Sin duda, la nueva concepción del yo había comenzado a formarse durante la etapa de expansión del positivismo decimonónico. Importa señalar en este punto la notable influencia del discurso psiquiátrico –en especial, de la medicina degeneracionista y la primera psiquiatría dinámica- en el pensamiento, la literatura, el arte e incluso la historiografía europea del último cuarto de siglo. A modo de ejemplo, el historiador H. Taine, que conocía muy bien toda la investigación en curso acerca de las lesiones orgánicas del cerebro, el hipnotismo y el desdoblamiento de la personalidad, presentaba en general al sujeto de sus historias como un ser de constitución frágil, emotivo, mentalmente inestable. En este sentido, y siguiendo la estela de la psiquiatría degeneracionista, Taine desdibujaba la división establecida hasta entonces entre el individuo racional y sano y el enfermo mental. La enfermedad y la locura no eran sólo fenómenos o estados anormales de individuos o minorías concretas. El peligro de la *enfermedad mental* acecha siempre en el interior de cada hombre. “...la alucinación, el delirio, la monomanía, que habitan a nuestra puerta, siempre están en

⁷ K. Lamprecht, “What is History?”...pág. 178.

⁸ R. Altamira, “Psicología y literatura”, Barcelona: Henrich y C^a., 1905, págs.. 113-114.

⁹ J. M. Salaverría, “El perro negro”, Madrid: Fernando Fé, 1906, págs. 53 y 58.

¹⁰ G. Le Bon, “Enseñanzas psicológicas de la guerra europea”...págs. 26-28.

disposición de penetrar en nosotros. Hablando con propiedad, el hombre es loco, como el cuerpo es enfermo, por naturaleza; la salud de nuestro espíritu, lo mismo que la salud de nuestros órganos, no es más que una fortuna frecuente y un accidente grato”.¹¹

La idea de la fragilidad del yo respondía a las dudas acerca de la razón y el equilibrio del sujeto, y apuntaba también a las *limitaciones de la conciencia* (“...el yo visible es incomparablemente más pequeño que el yo oscuro...El cerebro humano es un teatro en que se representan a la vez varias funciones distintas, en varios planos, uno sólo de los cuales está iluminado”).¹² La primera psiquiatría dinámica –que alcanzaría su reconocimiento máximo en los años 80, con el estudio clínico de la hipnosis por parte de Charcot y Bernheim- había contribuido a popularizar un modelo de psiquismo basado en la dualidad consciente/inconsciente.¹³ Pero hubo que esperar unos años más, hasta la fase última del positivismo, para que una nueva psiquiatría dinámica –que desembocaría en la obra de Freud- redujera la conciencia a un papel secundario, incluso marginal, en la explicación de la vida psíquica. De hecho, el médico vienés contribuyó a socavar la creencia de que el centro de la personalidad pudiera ser un yo consciente e informado, un sujeto capaz de tomar decisiones racionales mediante la elección libre de alternativas adecuadamente valoradas.¹⁴

¹¹ H. Taine, “Los orígenes de la Francia contemporánea”...pág. 61

¹² H. Taine, “La inteligencia”, Tomo I, Madrid: D. Jorro (1870) 1904, págs. 8 y 15.

¹³ La experiencia acumulativa de varias generaciones de magnetizadores e hipnotizadores dio lugar al lento desarrollo a lo largo del s. XIX de lo que Ellenberger llama la *primera psiquiatría dinámica*. “Estos pioneros –afirma Ellenberger- llevaron a cabo con gran audacia la exploración y utilización terapéutica de las energías psicológicas inconscientes...Los principios más importantes (de esta psiquiatría) proceden de Mesmer y Puységur...Hacia 1880 tuvo lugar un gran resurgimiento, y la primera psiquiatría dinámica consiguió el reconocimiento universal gracias a Charcot y Bernheim. Siguió un rápido desarrollo. Emergió entonces lentamente una nueva psiquiatría dinámica, y durante algún tiempo coexistieron los dos sistemas, hasta 1900, en que las nuevas escuelas pasaron a primer plano...A través de las innumerables variantes de la primera psiquiatría dinámica, algunas características principales han permanecido constantes: 1) Se adoptó el hipnotismo como vía principal de aproximación, o ‘vía regia’, al inconsciente...2) Se dedicó atención particular a ciertos cuadros clínicos (a veces denominados enfermedades magnéticas): sonambulismo espontáneo, letargia, catalepsia, personalidad múltiple; a finales de siglo, el interés se centró cada vez más en la histeria. 3) Se generalizó un nuevo modelo de la mente humana, basado en la dualidad de psiquismo consciente e inconsciente...4) Las nuevas teorías sobre la patogénesis de la enfermedad nerviosa, que al principio se basaron en el concepto de un fluido desconocido, fueron pronto reemplazadas por el concepto de energía mental...5) La psicoterapia se apoyaba sobre todo en el uso del hipnotismo y de la sugestión, y se concedía una atención especial a la relación entre el paciente y el magnetizador. Surgieron nuevos tipos de terapeutas: el magnetizador y, posteriormente, el hipnotizador, que no era sino una variante del primero” (“El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica”...págs. 136-137).

¹⁴ Como afirman G. Collier et al. en “Escenarios y tendencias de la psicología social”, Madrid: Tecnos (1991) 1996, pág. 206.

Con todo, otros muchos autores compartían con Freud la sospecha de que la *actividad inconsciente* era más determinante que la que resultaba de la conciencia o el intelecto. En todos nuestros actos el peso de la razón es muy limitado y el del inconsciente inmenso, “una fuerza todavía desconocida” –había dicho poco antes G. Le Bon.¹⁵ La inteligencia es una cosa muy pequeña “en la superficie de nosotros mismos”, una fuerza menor comparada con la “omnipotencia” de lo no consciente –decía por su parte Barrès.¹⁶ Positivistas tardíos e intelectuales neorrománticos comparten la creencia en el inconsciente como una fuerza misteriosa e incontenible, o como un territorio vasto, soterrado e ignoto que espera a ser descubierto, y que esconde la parte esencial del psiquismo. “Explorar el inconsciente –afirmaba Henri Bergson-, trabajar en el subterráneo de la mente con métodos especialmente adecuados, ésta debe ser la tarea principal de la psicología en el siglo que ha empezado. No dudo de que se harán grandes descubrimientos, tan importantes quizás como han sido en los siglos anteriores los de la física y las ciencias naturales”.¹⁷

Junto a la importancia del inconsciente, la psicología de la época estaba también especialmente interesada en desvelar la *influencia del instinto* en la conducta del sujeto. En “El origen del hombre”, publicado en 1871, el naturalista Charles Darwin había desarrollado la idea de que la especie humana era el producto final de un proceso evolutivo que incluía a todos los organismos biológicos existentes. Además de trazar una historia natural de la evolución humana –para lo cual comparó anatómicamente la afinidad evolutiva entre humanos y primates- Darwin planteaba la hipótesis de que los hombres compartían con sus antepasados animales una serie de “instintos”, como el de autoconservación y el de atracción sexual, y las emociones de amor, miedo y curiosidad. Psicólogos de la relevancia de S. Freud, W. James, J. Dewey, E. L. Thorndike, R. S. Woodworth o W. McDougall sucumbirían en mayor o menor medida a la hipótesis del instinto. De la misma manera que el hombre ha evolucionado a partir de ancestros pre-humanos cuyas vidas estaban dominadas por instintos –decía McDougall- es necesario reconocer el alcance completo y la función de los instintos en nuestra especie. “...todo el complejo aparato intelectual de la mente más desarrollada

¹⁵ G. Le Bon, “Psicología de las multitudes”...pág. 12.

¹⁶ M. Barrès, “Scènes et doctrines du nationalisme”...pág. 14. Véase también un libro anterior de Barrès, “Le Culte du moi: le jardin de Bérénice”, Paris: Emile-Paul (1891) 1910, págs. 197-198.

¹⁷ H. Bergson, “Le Rêve”, Bulletin de l’Institut psychologique international, I, 1900-1901, págs. 97-122 –citado en Ellenberger, “El descubrimiento del inconsciente”...pág. 377.

no es sino un medio para esos fines, el instrumento por medio del cual esos impulsos buscan satisfacción...”.¹⁸

Las formulaciones de la psicología instintivista constituían un ataque más contra la fortaleza del sujeto o, al menos, contra sus atributos de racionalidad, autonomía y conciencia moral. De hecho, si los hombres son empujados inexorablemente por una variedad de instintos animales cuya naturaleza ha sido determinada a lo largo del curso de la evolución, lo que la ciencia tenía que plantearse era precisamente lo contrario: “¿Cómo puede ser que los hombres así impulsados lleguen alguna vez a actuar como deben, siguiendo criterios morales o racionales?”- se preguntaba McDougall.¹⁹ La mayoría de antropólogos e historiadores evolucionistas habían sorteado con facilidad esta cuestión, ubicando la conducta instintiva en un estadio primitivo de desarrollo, en el que –a su juicio- estaban todavía los pueblos ‘salvajes’ de África y Asia. En un estadio posterior, el de los pueblos ‘civilizados’, la capacidad de raciocinio se convertiría en el principal mecanismo de adaptación, produciéndose a la vez la atrofia de los instintos, que quedarían reducidos finalmente a meros vestigios o supervivencias del pasado.

Con todo, lo que la mayor parte del pensamiento evolucionista europeo –muy especialmente el inglés- había considerado un vestigio o una supervivencia extraña de un pasado salvaje, para otros autores se trataba más bien de un sustrato biológico perdurable, una herencia animal hasta cierto punto suprimida, pero subsistente bajo la conciencia del hombre civilizado. P. ej., el evolucionista francés Taine hablaba de una serie de instintos de ferocidad y violencia animal sobreviviendo en el fondo de cada ser humano. “...el hombre...por su estructura es un animal...provisto de caninos, carnívoro y carnicero, que ha sido caníbal, y por consiguiente, cazador y belicoso. De aquí que tenga un fondo persistente de brutalidad, de ferocidad, de instintos violentos y destructores...”.²⁰ En la misma línea, Le Bon mencionaba la existencia de unos instintos salvajes que, lejos de atrofiarse, se transmitían como legado biológico de nuestra condición primitiva. De todas formas –afirma- la razón humana no tiene capacidad de

¹⁸ W. McDougall, “An Introduction to Social Psychology”...págs. 23-24 y 44. McDougall reconoce expresamente su deuda intelectual con la hipótesis de Darwin (op. cit., págs. 5, 14 y 22).

¹⁹ W. McDougall, “An Introduction to Social Psychology”...pág. 10.

²⁰ H. Taine, “Los orígenes de la Francia contemporánea”...pág. 62.

sustituir por completo la herencia instintiva de la especie; todo lo más que puede hacer es controlar y modificar su actuación.²¹

En la década de 1890 las categorías y divisiones del evolucionismo social habían perdido el trazo firme, cierto, seguro que tuvieran en la década de 1860. Las fronteras entre la civilización y la barbarie, o entre la razón humana y el instinto primitivo y animal se habían vuelto mucho más vagas y tenues, más porosas. En cierto sentido, empezaron a concebirse a la vez como fronteras internas. Así, el salvaje no era sólo un ser aparte, un individuo de otro tiempo o un miembro de una raza inferior. De hecho, no habitaba necesariamente fuera, en las colonias de África o Asia, sino que lo hacía también dentro, en el interior del sujeto, bajo la conciencia del hombre civilizado. Los escritos de contenido social y político de la época abundaban cada vez más en la idea de la debilidad del hombre civilizado y el peligro de la *bestia salvaje* que pervive, dormida o aletargada, *en su interior*. Criticando la sociedad ‘racionalista’ e ‘igualitaria’ de su época, Taine había reclamado la presencia de un gendarme armado, una fuerza firme y represiva que pudiera controlar con mano dura al “loco” y al “salvaje” que cada cual oculta, “dormidos o encadenados, pero vivientes siempre, en la caverna del propio corazón”.²² En sentido parecido, Le Bon prevenía contra los instintos de ferocidad destructora y de barbarie primitiva que “duermen en el fondo de cada uno de nosotros”.²³ Por las mismas fechas, Ramiro de Maeztu alertaba del peligro de que la sociedad de su tiempo “despertase” los instintos animales del sujeto, y con ellos, “la mala bestia que cada hombre lleva dentro de sí”.²⁴

Conectado a menudo con la locura y la barbarie, otro factor que vino a agudizar el sentido de fragilidad del yo era el temor a sus *pulsiones criminales*. También en el campo de la criminología se estaba produciendo un cambio evidente de orientación intelectual, alejándose cada vez más de los planteamientos desarrollados en los años 70

²¹ Véase su “Psicología de las multitudes”...pág. 73. Y en “La psicología política y la defensa social” afirma: “...todo el esfuerzo de las sociedades –esfuerzo indispensable para permitirles subsistir- fue constantemente el de refrenar por medio de las tradiciones, las costumbres y las leyes ciertos instintos naturales legados al hombre por su animalidad primitiva. Es posible dominarlos –y un pueblo es tanto más civilizado cuanto más los domina- pero no se puede destruirlos” (pág. 413).

²² H. Taine, “Los orígenes de la Francia contemporánea”...pág. 63. Además del “loco” y el “salvaje”, Taine habla de un tercer personaje –“el bandido”- que habitaría igualmente en la caverna del corazón humano. (Sobre el bandido o el criminal hablaremos en los párrafos siguientes). De nuevo habría que considerar a Taine como un pensador adelantado a los planteamientos de la generación finisecular.

²³ “Psicol. de las multitudes”...pág. 73 y “La psicol. política y la defensa social”...págs. 412-413.

²⁴ R. de Maeztu, “Hacia otra España”, Madrid: Rialp (1899) 1967, págs. 53-54.

por el médico positivista Cesare Lombroso. Desde la perspectiva de Lombroso, el “hombre delincuente” no era más que una anomalía evolutiva, una peculiaridad atávica, una lamentable supervivencia en cuya biología reaparecen los instintos feroces de la humanidad primitiva y de los animales inferiores. Un auténtico salvaje que vive fuera de su tiempo, en el seno de la sociedad civilizada. Para fundamentar su teoría del atavismo, Lombroso señalaba una serie de características morfológicas distintivas – “estigmas” las llamaba el autor- que a su juicio permitían identificar al “uomo delinquente”, y separarlo de los hombres civilizados. En este sentido, Lombroso utilizaba los métodos antropométricos de Paul Broca para determinar los rasgos atávicos, ‘simiescos’ del criminal: enormes mandíbulas, pómulos pronunciados, frente baja y estrecha, arcos superciliares prominentes, orejas grandes y con forma de asa.²⁵

Frente al intento de Lombroso de circunscribir el problema del crimen a la biología del ‘uomo delinquente’, y fijar un retrato preciso del criminal, la investigación criminológica de finales de siglo apuntaba más bien en sentido contrario, esto es, a la dificultad de establecer una divisoria más o menos clara entre el ciudadano honesto y la población delincuente y a la necesidad de reconocer los instintos de ferocidad primitiva en todo ser humano, con independencia de sus rasgos físicos externos. El propio Taine se había referido a la periódica resurrección atávica de un instinto homicida primordial que, desde su punto de vista, no afectaría sólo a determinados individuos sino al conjunto de la sociedad.²⁶ Un planteamiento semejante será recogido más tarde por otros muchos autores. Detrás del hombre civilizado pervive y acecha la *bestia*, el animal, el hombre primitivo y salvaje con sus instintos de muerte y destrucción. “La psicología del criminal –dirá el joven Azorín- es la psicología de todo el mundo. Si queréis conocer el corazón del delincuente, sondead el vuestro. Fácil sería escribir un tratado del asesino”.²⁷ Incluso el lombrosiano Sighele dudará años después de la divisoria que había trazado su predecesor entre el sujeto ‘normal’ y el delincuente. Nos miramos en el delito –afirma- como en esos espejos cóncavos o convexos que alteran o

²⁵ “L’uomo delinquente”, Milano: Hoepli, 1876. Estas características morfológicas se correspondían además con una serie de peculiaridades psicológicas: la pasión incontenible, la ausencia de moralidad y rubor, la mayor agudeza perceptiva, la insensibilidad ante el dolor, etc. Sin duda, la frenología fue una de las principales fuentes de inspiración de la teoría de Lombroso. Otra fuente importante fue el evolucionismo de Darwin. En “El origen del hombre”, Darwin había planteado la posibilidad de que una serie de *caracteres o disposiciones* biológicas perjudiciales pudieran reaparecer en el curso evolutivo debido a reversiones a una etapa anterior de desarrollo, a un estadio primitivo o salvaje de la humanidad.

²⁶ Véase al respecto Sighele, “La muchedumbre delincuente”... págs.. 92-94.

²⁷ Azorín, “La sociología criminal” (1899), en “Obr. completas”, Tomo I, Madrid: Aguilar, 1975, p. 275.

exageran nuestra fisonomía. “...acaso comprendemos, sin llegar a confesarlo, que estudiando esos delitos, nos estudiamos a nosotros mismos...”.²⁸

La figura amenazante del criminal, la del bárbaro y el loco –que habitaban *fuera*, pero también en el *interior* del yo- contribuirían a finales del ochocientos a la formación de un nuevo concepto de sujeto, definido por su fragilidad física y mental.

5.2. La sugestibilidad del yo

Junto a la creencia en la racionalidad del individuo, desaparece también la fe en su autonomía. El sujeto se concibe ahora casi por definición como *un ser crédulo y dócil, fácilmente manipulable, sometido a todo tipo de sugerencias o en estado de hipnosis*. “El cerebro humano –afirma Pompeyo Gener- no es más que un órgano repetidor y multiplicador”.²⁹ La palabra, los gestos, las sensaciones auditivas o visuales, de la misma manera que los sentimientos de su entorno actúan sobre el individuo y moldean su alma. “El hombre social –sostiene Jean Finot- es un verdadero sonámbulo, hipnotizado por toda la atmósfera ambiente”.³⁰

La nueva concepción del yo estaba en deuda con la psiquiatría dinámica francesa de los años 80 y 90, con la teoría y la práctica de la hipnosis desarrollada en Salpêtrière por la escuela de J. M. Charcot, y en Nancy por la escuela de H. Bernheim. En especial con esta última, en la medida en que la hipnosis no era para Bernheim una condición patológica que afectaba a mujeres con cuadros de histeria –como había planteado previamente Charcot- sino un estado de sugestión extrema que todos los individuos, en grados distintos, podían experimentar. Algunos autores no dudaron en servirse del estudio clínico de la “sugestión hipnótica” para la explicación de patrones de conducta no necesariamente patológicos. Por ejemplo, el criminólogo y sociólogo francés Gabriel Tarde extrajo el concepto de hipnosis del campo restringido de la psicoterapia para aplicarlo, con un criterio más amplio, al conocimiento de la conducta social, esto es, como un modelo de relaciones ‘normales’. Examínense las investigaciones de

²⁸ S. Sighele, “Literatura trágica”...págs. 212 y 208-209. Aunque Sighele seguía creyendo en la existencia de un tipo de criminal nato, de naturaleza atávica, problematizaba al mismo tiempo la frontera que había separado analíticamente a la población delincuente y la población ‘normal’.

²⁹ P. Gener, “Literaturas malsanas”, Barcelona: Juan Llordachs (1894) 1900, págs. 368-369.

³⁰ J. Finot, “El prejuicio de las razas”, Tomo II, Valencia: Sempere y Co. (1905) 1909, pág. 59.

Bernheim, Binet y Féré –afirma el propio Tarde– y se verá que no es exagerado considerar al hombre social como un sonámbulo, un ser en estado de hipnosis. “La sociedad es la imitación, y la imitación es una especie de sonambulismo”.³¹

Para Tarde, pero también para Scipio Sighele, Gustave Le Bon, Paolo Orano, William McDougall y otros pensadores de la época la conducta del individuo en sociedad debía explicarse en términos de influencia social y, más concretamente, a partir de procesos de imitación y sugestión inconsciente. Esta concepción del yo no oculta la crítica hacia el racionalismo anterior y, en especial, hacia los filósofos revolucionarios franceses. El criterio de racionalidad y, junto a él, los valores esenciales de libertad e igualdad entre los hombres pierden ahora la condición de mitos fundacionales de la sociedad burguesa. La sociedad no reposa, como creía Rousseau, en un contrato igualitario entre individuos libres, sino en relaciones psicológicas desiguales basadas en la sugestión. “Todo nuestro movimiento psíquico es resultado del contrato sugestivo con el semejante” –decía Paolo Orano.³² El origen y el fundamento de la vida en sociedad no es la simpatía, sino la sugestión mental, la pasividad imitativa del yo.³³

La idea de un sujeto que ha perdido las cualidades previas de racionalidad y autonomía surge, en buena medida, de la *creciente inquietud de la burguesía europea* del momento, en especial, la inquietud que se derivaba del acceso a la vida política de las clases medias-bajas y de la cada vez más numerosa clase trabajadora. De hecho, y junto a las grandes transformaciones económicas y sociales de la época (proceso de industrialización, desarrollo del comercio y de los medios de transporte, aumento exponencial de la población, multiplicación de los procesos migratorios, crecimiento de las grandes ciudades...), había comenzado a producirse un cambio simultáneo en la organización y el funcionamiento de la política, condicionada desde las últimas décadas del XIX por la presencia y participación de las nuevas clases sociales emergentes. La extensión del sufragio, el nacimiento de los grandes partidos políticos de izquierda, la legalización de los sindicatos obreros, la difusión sin precedentes de la prensa y la

³¹ G. Tarde, “Las leyes de la imitación”... págs. 102 y 114. En la fecha en que se publicó mi libro –añade Tarde– “apenas si se comenzaba a hablar de la sugestión hipnótica, y se me ha tachado de paradoja insostenible la idea de sugestión social universal, que después ha sido enérgicamente defendida por Bernheim y otros. En la actualidad esta opinión es completamente vulgar” (op. cit., pág. 102).

³² P. Orano, “Psicología sociale”...pág. 90.

³³ Como también sugiere Tarde en “Las leyes de la imitación”...págs. 102-104 y 111. Sobre esta cuestión, puede verse J. Carroy et al., “Histoire de la psychologie en France”, Paris: La Découverte, 2006, en concreto el capítulo 4º.

formación de la opinión pública prepara el terreno al nacimiento de la llamada política de masas. En este contexto, muchos intelectuales burgueses terminaron renunciando a los principios y valores del liberalismo clásico, y pasaron a definir al sujeto político, al ciudadano, como un ser irracional, inconsciente, sugestionable y crédulo; un individuo incapaz de gobernarse a sí mismo, manipulado siempre por algún poder exterior (el partido, el sindicato, la prensa escrita...). “La credulidad, y no el escepticismo, constituyen nuestro estado normal” –afirmaba G. Le Bon a principios del siglo XX.³⁴

Desde distintos ámbitos o parcelas de saber (la ciencia política, la sociología, la psicología de los pueblos, la criminología y, enseguida, desde la nueva psicología social) se considera que las personas son irracionales, esto es, receptores pasivos de influencias provenientes de una fuente prestigiosa. Y ello parece especialmente cierto en el ámbito de los movimientos políticos y los medios de comunicación de masas. En ambos casos la interpretación mayoritaria parte del supuesto de que *la ciudadanía es incapaz de pensamiento propio*, y está siempre sujeta a la oratoria del líder o a la manipulación de la prensa. P. ej., para Scipio Siguele el periódico ejerce siempre sobre el lector una influencia enormemente eficaz a través de la “sugestión imitativa” (“...el arbusto se dobla a impulsos del viento, venga éste de donde venga”).³⁵ La prensa modela a voluntad a cada uno de los individuos –afirma también Émile Boutmy por las mismas fechas. “Un tipo común [de hombre] se ha formado, desarraigado, determinado por la prensa; ella ha atraído hacia sí y dado forma a su semejanza a todos los individuos”.³⁶

La idea de un yo fácilmente manipulado a través de procesos de sugestión imitativa o hipnótica –al modo del paciente de la psiquiatría de Nancy- convierte los medios de comunicación en instrumentos de influencia directa, poderosa y eficaz. Esta capacidad de persuasión de la prensa se ilustra a menudo con los efectos nocivos, malsanos de la crónica negra, a la que se considera responsable del aumento de las tasas de criminalidad. “...los diarios colaboran eficazmente en la tarea de sugestión funesta; son laboratorios de apologías criminales” –afirma José Ingenieros.³⁷ Al idealizar el acto

³⁴ “La psicología política y la defensa social”...pág. 147. “La credulidad ilimitada de las multitudes – afirma Le Bon quince años después de la publicación de su “Psicología de las multitudes”- no es un sentimiento exclusivo de ellas” (op. cit., pág. 147).

³⁵ “Literatura trágica”...pág. 170. Véase también “La muchedumbre delincuente”...pág. 152.

³⁶ É. Boutmy, “Essai d’une psychologie politique du peuple anglais”...págs. 449-450.

³⁷ J. Ingenieros, “Psicopatología del arte” (1903), en “O. C.”, Vol. I, B. Aires: Elmer, 1957, pág. 87.

criminoso, la prensa es “la autora inconsciente” de una serie de delitos cometidos “por sugestión periodística” –sostiene Sighele.³⁸ La exhibición innecesaria y constante del crimen conduce a “despertar instintos animales mal dormidos entre las sábanas ligeras de la moral...” –afirma por su parte Ramiro de Maeztu.³⁹ El mismo esquema explicativo es utilizado muchas otras veces para dar cuenta del “crimen político”. Por ejemplo, Pompeyo Gener consideraba que todos los sujetos culpables de magnicidio habían sido “fascinados”, “sugestionados”, “hipnotizados” por el relato periodístico de un magnicidio cometido previamente. “En el explosivo de sus bombas hay parte de la tinta de ciertos periodistas”.⁴⁰

Aunque muchos de estos autores parecían reconocer en los procesos de imitación o sugestión hipnótica un patrón de conducta social que consideraban normal, natural o inevitable, el sentido de anormalidad patológica reaparece casi siempre en el análisis de la prensa, los partidos políticos o los movimientos sociales contemporáneos. Dicho de otra forma, el significado del término *sugestión* no se separa del todo del concepto clínico de *sugestibilidad*, y de la idea de confusión mental, debilidad o demencia de los individuos implicados. Así, y volviendo al caso de la prensa, no pocos autores describían a la vez al lector moderno de periódicos como parte de un público excitable, nervioso, histérico. O, en otras ocasiones, como miembro de la plebe, la chusma o la masa degenerada. “...las turbas no conciben que un periódico pueda mentir o engañar” –afirma Alcides Arguedas.⁴¹ “El cerebro de la chusma” –advierte Miguel de los Santos Oliver- absorbe la noticia del periódico “como absorbe su cerveza negra y su aguardiente”.⁴² Los públicos de las grandes ciudades –afirmaba Gener algunos años

³⁸ S. Sighele, “Literatura trágica”...págs. 223 y 226.

³⁹ “La propaganda del crimen”, en “Hacia otra España”...págs. 53-54. Podríamos ampliar aún más la lista de citas. Véase, p. ej. A. A. Marie, “La psychologie collective”, Paris: G. V., 1910, págs. 158-159; A. Muñoz Ruiz, “Alcoholismo”...págs. 18-19; J. Maxwell, “El crimen y la sociedad”, Madrid: Gutenberg (1909) 1914, pág. 263 y, del mismo autor, “Psychologie sociale contemporaine”...págs. 131-142. Algunos de estos autores proponen suprimir de los periódicos los relatos detallados de los crímenes y los retratos de los criminales para evitar de este modo el “contagio” y la “sugestión morbosa”.

⁴⁰ P. Gener, “Literaturas malsanas”...págs. 369-370.

⁴¹ A. Arguedas, “Pueblo enfermo”...pág. 143.

⁴² M. de los Santos Oliver, “Alcoholismo literario” (1904), en su libro “Entre dos Españas”, Barcelona: G. Gili, 1906. Las referencias son de las págs. 57 y 60-61.

antes- están siempre “excitados” y “como fuera de quicio” esperando crímenes, escándalos y trastornos. “El equilibrio de la sana razón ha desaparecido...”.⁴³

5.3. La pérdida de la voz política: la reducción psicologista del yo

Por lo demás, la nueva caracterización del yo no sólo se construye con lenguaje psicológico, sino que se hace además desde premisas marcadamente psicologistas. Nada o casi nada se dice de las variables histórico-sociales que constriñen o condicionan la conducta, ni de las *razones* o el *significado* que el propio actor asigna al curso de sus actos. La causalidad sociológica, económica, cultural o política queda la mayoría de las veces reducida a una causalidad de corte psicológico, a una serie de *procesos mentales* o *mecanismos psíquicos* que escapan de todas formas a la voluntad del actor. La conducta del yo está determinada por su psicología.

Buen ejemplo de ello lo encontramos de nuevo en el ámbito de la política. A finales del XIX y principios del XX muchos intelectuales regeneracionistas europeos afirmaban que *los problemas fundamentales del debate político podían y debían reformularse como problemas psicológicos*. Éste es el caso del criminólogo Scipio Sighele, quien poco después de escribir su célebre panfleto “Contro il Parlamentarismo”, reivindicaba la importancia de la psicología (y, en concreto, la psicología de las masas) frente a lo que consideraba fórmulas gastadas de la política oficial italiana.⁴⁴ Por las mismas fechas, Joaquín Costa proponía la reducción del debate político parlamentario al dictamen autorizado del psicólogo. “No está el Parlamento en la plaza de las Cortes, detrás de los leones de bronce, sino dentro de la cabeza de los españoles...”.⁴⁵ La tendencia psicologista no hizo sino aumentar, hasta el punto de que

⁴³ P. Gener, “Literaturas malsanas”...págs. 369-370. En relación al “excitable y nervioso público moderno” véase también S. Sighele, “Literatura trágica”...págs. 191-193 y 213; J. M. Salaverría, “En la vorágine”, Madrid: Caro Raggio, 1919, págs. 115-117 y 119-120.

⁴⁴ S. Sighele, “L’intelligenza della folla”; y, sobre todo, “La psicología della folla nella ‘Nave’ di Gabriele D’Annunzio”...págs. 279-292.

⁴⁵ “Sobre frases altisonantes: ‘moralizar el sufragio’, ‘respetar la voluntad del pueblo’, pueden fabricarse y se han fabricado muy hermosos discursos...Para que la voluntad del pueblo sea respetada, lo primero que hace falta es que tal voluntad exista...No se hace cuenta con la psicología; no nos hacemos cargo de que para ‘querer’...se requiere una voluntad muy madura, asistida por un entendimiento cultivado...No está el Parlamento en la plaza de las Cortes, detrás de los leones de bronce, sino dentro de la cabeza de los españoles; y, por desgracia, las cabezas no se asaltan con la misma facilidad con que el general Pavía asaltó el palacio de la “Representación nacional”. Las urnas de cristal cuesta poco decretarlas y se

muchos autores habrían suscrito la creencia de Le Bon de que “sin el conocimiento de la psicología de las razas, de los pueblos, de los individuos y de las multitudes la política no podría ser comprendida”.⁴⁶

Este tipo de propuestas no ocultaba la pérdida de confianza en las ideologías políticas racionalistas y en el funcionamiento de la democracia y sus instituciones. Detrás de los discursos y la retórica parlamentaria, más allá de los planteamientos ideológicos de los partidos liberales y socialistas se postula la existencia de una realidad menos obvia y racional, menos consciente, pero más decisiva para la resolución de los problemas políticos contemporáneos: la constitución psicológica del yo. En palabras de H. S. Hughes, todas las bases del debate político habían sido radicalmente alteradas. “No era posible permanecer satisfecho por más tiempo con las promesas corrientes de las ideologías racionalistas herederas del siglo y medio anterior...Se trataba más bien de penetrar detrás de las ficciones de la acción política, detrás de lo que Sorel llamaba los ‘mitos’, Pareto las ‘derivaciones’ y Mosca las ‘fórmulas políticas’ de la época”. En este sentido –concluye Hughes- la psicología del yo y, en especial, sus procesos mentales inconscientes, se convirtieron en el tema principal de atención. “...lo que los hombres sentían a nivel inconsciente había llegado a ser bastante más interesante que lo que habían racionalizado conscientemente”.⁴⁷

En su libro “Human Nature in Politics”, Graham Wallas estaba reclamando un nuevo enfoque para el estudio científico de la política, una perspectiva post-intelectualista, que abandonase las abstracciones de Bentham y Lord Bryce, y que hiciera suyo el concepto de naturaleza humana alumbrado por la biología evolutiva y la psicología de las masas. De acuerdo con el nuevo planteamiento, los impulsos políticos no podrían ser meras inferencias intelectuales de cálculos medios-fines. De hecho, lejos de guiarse de manera lógica o racional –afirma Wallas- la conducta de la ciudadanía estaría en todo momento condicionada por una serie de *tendencias instintivas* y *procesos inconscientes*. De ahí que el político aspire sobre todo a crear o modular la opinión de la mayoría “mediante la explotación deliberada de la inferencia no-racional

fabrican pronto: lo que no se fabrica con la misma facilidad es el elector...” (“Oligarquía y caciquismo”...págs. 88-90).

⁴⁶ G. Le Bon, “Aphorismes du temps présent”...pág. 179.

⁴⁷ H. S. Hughes, “Consciousness and Society”...págs. 65-66.

subconsciente”.⁴⁸ El verdadero papel de los hombres de estado –afirma poco tiempo después Gustave Le Bon– es el de saber manejar los sentimientos subconscientes de su pueblo y, de este modo, influir en su opinión.⁴⁹ Para estos y muchos otros autores el debate de la política había sido relegado del centro del escenario a la zona de bastidores –“de la retórica de la discusión pública a la manipulación de sentimientos semi-conscientes”.⁵⁰

Desde estas premisas psicologistas no resulta nada sorprendente la *desafección manifiesta hacia el discurso político* como tal, hacia la doctrina de los partidos, el debate ideológico y la disputa parlamentaria. La voz de la política, la palabra del político se desprecia casi siempre en términos de verbosidad inútil, retórica vacía, vaniloquio. Los ejemplos son numerosos. Barrès habla del “verbalismo de la política”⁵¹; Arguedas, de “la verbosidad desbordante, vacua, vistosa, multiforme” del diputado y de la clase política en su conjunto (“Faltan ideas, pero desborda el verbo”)⁵²; Le Bon, de la “retórica” y de los “sofismas” del parlamento⁵³; de las Cortes y la política habla también Macías Picavea para criticar “el deplorable abuso de la figura retórica”⁵⁴; o Papini y Prezzolini, que aluden al parlamento italiano como “academia lucrosa de quinientos pedantes”, y califican sus discursos de “vaniloquios, ideología, fraseología”⁵⁵. Todos estos autores coinciden en devaluar la palabra política, en vaciarla de cualquier significado y considerarla como retórica o palabrería vana.⁵⁶

De este modo, la única atención que muchos intelectuales prestan al discurso político no hace apenas referencia a su *contenido* o significado ideológico, sino a la *forma* o al estilo de la comunicación, al uso afectado, ampuloso, artificioso de su lenguaje, a su manierismo. O, en otros casos, al empleo reiterado de *lenguaje simbólico*,

⁴⁸ G. Wallas, “Human Nature in Politics”, London: Constable (1908) 1916, págs. x-xii.

⁴⁹ G. Le Bon, “La psicología política y la defensa social”...págs. 23-25.

⁵⁰ El entrecomillado y la metáfora teatral están sacados de Hughes, “Consciousness and Society”...p. 66.

⁵¹ Por boca de uno de los protagonistas de su novela “Los desarraigados”...págs. 287-288.

⁵² A. Arguedas, “Pueblo enfermo”...pág. 115.

⁵³ G. Le Bon, “Primeras consecuencias de la guerra”, Madrid: Gutenberg, 1917, pág. 63.

⁵⁴ R. Macías Picavea, “El problema nacional”...págs. 137-138.

⁵⁵ G. Papini y G. Prezzolini, “Vecchio e nuovo nazionalismo”...pág. 71.

⁵⁶ En esta crítica del discurso y la ideología política podríamos de nuevo encontrar un precedente en el historiador Taine, que llamaba a los guías e ideólogos de la Revolución Francesa “hombres de la frase”, “charlatanes” (“Los orígenes de la Francia contemporánea”...págs. 174-175). “Hallamos en Rousseau tan pronto un sofista que se ingenia, como un retórico que se explaya, como un predicador que se entusiasma” –afirma en otro momento (op. cit., pág. 86).

icónico y ornamental para la difusión de la doctrina. P. ej., Le Bon, que nada o casi nada dice de los principios doctrinales del socialismo, de sus bases ideológicas, de sus argumentos o razones políticas, de sus metas u objetivos programáticos, llama repetidamente la atención sobre la dimensión simbólico-expresiva de la ideología, sobre el repertorio de símbolos, imágenes y figuraciones que los líderes socialistas utilizan para la captación del apoyo de las masas. La “imaginación representativa” de las masas –afirma– es muy poderosa, muy activa y susceptible de ser vivamente impresionada. “No pudiendo pensar sino por imágenes,...sólo se dejan impresionar por ellas...nunca han poseído tantos fetiches como en los últimos cien años, ni jamás las antiguas divinidades...llegaron a tener tantas estatuas ni tan innumerables altares”.⁵⁷

Por lo demás, el interés casi exclusivo en el simbolismo y la imagería política –y la desatención simultánea del contenido o significado de la ideología– permite a Le Bon y a otros autores establecer una estrecha semejanza entre el lenguaje de la *política* y el de la *religión* o el *mito primitivo*. Si el socialismo tiene hoy una influencia tan poderosa sobre las multitudes es porque ha sido capaz de predicar una nueva fe con sus profetas, imágenes, símbolos y rituales –afirma Le Bon.⁵⁸ En la misma línea, el historiador Taine había visto la doctrina de la Revolución Francesa como una nueva forma de religión, y a Voltaire y Rousseau como “predicadores”, “apóstoles”, “profetas”.⁵⁹ En la era contemporánea, las creencias religiosas han sido reemplazadas por creencias políticas, pero no constituyen en el fondo sino una nueva forma de culto –vienen a decir. La ideología socialista, jacobina o cualquier otra tienen las mismas bases afectivas y místicas que el budismo, el cristianismo o el islamismo, la misma fe en dogmas, ídolos y fetiches. “...el jacobino no es un racionalista, sino un creyente...un místico que ha sustituido sus antiguas divinidades por nuevos dioses. Imbuído de la fuerza de las palabras y de las frases, les atribuye un poder misterioso”.⁶⁰

⁵⁷ “Psic. de las multit.”...pp. 86-87 y 96-97. Prueba evidente de que le importa poco el contenido ideológico del socialismo es que la mayoría de las leyes psicológicas que enuncia son válidas para las multitudes socialistas, pero también para cualquier otro tipo de multitud, sea cual fuere su ideología.

⁵⁸ Véase “Psic. de los tiempos nuevos”...pág. 17; y “La psic. política y la defensa social”...pág. 220.

⁵⁹ H. Taine, “Los orígenes de la Francia contemporánea”...págs. 80, 86 y 88.

⁶⁰ G. Le Bon, “La Revolución Francesa y la psicología de las revoluciones”, Madrid: Gutenberg (1912) 1914, págs. 82 y 85-86. “Los principios de la Revolución enseguida inspiraron una corriente de entusiasmo místico, análogo al provocado por las diversas creencias religiosas que le habían precedido. No hicieron sino cambiar la orientación de una mentalidad ancestral, solidificada por los siglos...Los principales héroes del Terror, Couthon, Saint-Just, Robespierre, etcétera, eran apóstoles...destruían los altares de los falsos dioses para propagar su fe; soñaban con catequizar el universo” (op. cit., págs. 79-80). Véase también del mismo autor “Psicología de los tiempos nuevos”...pág.16.

El lenguaje expresivo, simbólico, ornamental de la política no es sino una manifestación del misticismo y el fetichismo arcaico, primitivo, de la ciudadanía –según la interpretación de estos autores- y una evidencia de su incapacidad para gobernarse de manera racional. Los supuestos doctrinales de la ideología política se asientan sobre la base de *prejuicios, esquemas cognoscitivos falaces y errores de atribución*. De la misma manera que el evolucionismo de E. B. Tylor, L. H. Morgan o J. G. Frazer había explicado el hecho religioso como si se tratara de un error intelectual –“un fracaso en la clasificación de los fenómenos”, en palabras de Burrow⁶¹- una serie de intérpretes posteriores iba a utilizar un esquema cientifista muy parecido para dar cuenta de las ideologías políticas contemporáneas. Las ideas socialistas o jacobinas –afirma Le Bon- están basadas en asociaciones que sólo tienen entre sí lazos aparentes de sucesión o analogía –como las asociaciones del salvaje, que se figura que comiendo el corazón de un enemigo valeroso adquiere su bravura. De este modo, el individuo sugestionado por tales ideas asocia realidades muy diferentes que sólo tienen apariencias de relación y generaliza de forma inmediata e incorrecta los casos particulares. “Pasa por alto los encadenamientos de los fenómenos y sus consecuencias. Jamás aparta los ojos de su sueño”.⁶²

La pretensión de reducir la voz política al dictamen psicológico –cuando no psicopatológico- encerraba en muchos casos el propósito más o menos explícito de enajenar a la mayoría de los ciudadanos de la participación pública en los asuntos de relevancia social y política. El ejemplo paradigmático lo proporcionan de nuevo los psicólogos de las masas. Al devaluar las manifestaciones multitudinarias de trabajadores, sindicalistas, socialistas o cualquier otra colectividad social discrepante – estableciendo para ello un nexo inevitable entre el comportamiento de masas y la conducta irracional del salvaje o el loco- los psicólogos de las masas apartaban las razones o argumentos potenciales que las multitudes esgrimían para justificar su protesta. En palabras de Susanna Barrows, se trataba de “racionalizar la negativa a

⁶¹ “...desde el decenio de 1860 hasta aproximadamente finales de siglo en Gran Bretaña, la explicación predominante de la religión no sólo se hacía en términos de psicología individual como en el siglo XVIII, sino que la psicología misma seguía siendo más o menos la misma...; esencialmente era el mecanismo de la asociación de ideas, que funcionaba sin sentido crítico en las mentes sencillas bajo la impresión del miedo; la religión era el resultado de un fracaso intelectual, un fracaso en la clasificación de los fenómenos. Engañados por semejanzas superficiales, los salvajes se precipitaban a sacar conclusiones y atribuían agencia e intención a las consecuencias de las leyes naturales...” (J. W. Burrow, “La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914”, Barcelona: Crítica (2000) 2001, págs. 117-118).

⁶² G. Le Bon, “La Revol. Franc. y la psic. de las revol.”...pág. 86; “Psic. de las mult.”...págs. 84-85.

escuchar las voces disidentes, una arraigada renuencia a evaluar los movimientos proletarios en sus propios términos”.⁶³

5.4. La ausencia del contexto social: más sobre la reducción psicologista del yo

Además de las razones o el significado que el sujeto asigna al curso de sus actos, se omiten también las variables histórico-sociales que condicionan y conforman su conducta. Como ya hemos apuntado con anterioridad, el *contexto social* del sujeto es parcial o totalmente desatendido, y la explicación de la conducta reducida a una *causalidad de corte psicológico* (o psico-biológico), a una serie de procesos mentales o mecanismos psíquicos como la sugestión, la imitación, el instinto o los procesos inconscientes. Estamos en este caso ante una concepción de la mente del sujeto como realidad natural separada de las relaciones sociales de su entorno, un modelo de actividad humana que había ganado crédito en el período de Ilustración europea.⁶⁴

De hecho, y por extraño que pudiera parecer, la idea del sujeto analizado en los apartados anteriores responde todavía a los planteamientos de una ontología social individualista –una concepción según la cual la *vida en sociedad* estaría definida en término de la *influencia de unos individuos sobre otros*. Esta representación de la vida social estaba en deuda con los planteamientos del degeneracionismo, la psicología de las multitudes y los estudios pioneros sobre la opinión pública y los medios de comunicación de masas.⁶⁵ Unos y otros habían descrito la dinámica de la vida colectiva como un proceso de influencia o interacción social asimétrica entre los miembros, un proceso en el que todo el anclaje psicosociológico del yo desaparecería: valores, creencias, normas, costumbres, tradiciones, ideología, incluso lenguaje. De este modo,

⁶³ “Distorting Mirrors”...pág. 191. Véase también E. Apfelbaum y G. R. McGuire, “Models of Suggestive Influence and the Disqualification of the Social Crowd”, en Graumann y Moscovici (eds.), “Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior”, N.Y.: S.-V., 1986, págs. 28 y 32; y R. L. Geiger, “Democracy and the Crowd”...pág. 51.

⁶⁴ Véase F. Cherry, “The Stubborn Particulars of Social Psychology”, London: Routledge, 1995, pág. 2.

⁶⁵ Para este punto ha sido de gran utilidad la interpretación que Danziger hace de la psicología de las masas. Véase “The Project of an Experimental Social Psychology”, *Science in Context* 5, 2 (1992), en especial págs. 309-315; y “Making Social Psychology Experimental”, *J. of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 36, n° 4, 2000, en especial págs. 336-338.

todos ellos postulaban la existencia de un sujeto individualista, “desconectado artificialmente de los contextos en que se hace y actúa socialmente”.⁶⁶

Esta concepción individualista y ahistórica de la vida social había sido prefigurada sobre todo por la escuela de la psicología de las masas. De hecho, la fuerte dependencia del lenguaje psiquiátrico (y el recurso a la hipnosis) restringe esencialmente el análisis de la conducta social a una serie de mecanismos inter e intra-individuales –como ha sido señalado por G. R. McGuire.⁶⁷ En este sentido, y a pesar de las constantes referencias a la nación, la sociedad moderna, la civilización burguesa o el movimiento obrero contemporáneo, los psicólogos de las masas parecían evitar en último término las coordenadas sociológicas y políticas de la conducta colectiva. Lo mismo Taine que Tarde, Sighele o Le Bon buscaban a menudo una explicación de la conducta de la masa tan objetiva como intemporal, que fuera igualmente válida para todos los tiempos y lugares.⁶⁸ Así las cosas, el individuo de la masa era sustraído de su contexto histórico específico, arrancado del mismo medio en que se había constituido

⁶⁶ La expresión es de José Ramón Torregrosa (“Ortega y la psicología social histórica”, *R. de Psic. Social*, nº 0, Oct. 1985, pág. 56). Aunque el autor se está refiriendo a la concepción del sujeto manejada por el paradigma dominante de la psicología social –el paradigma experimental– hay una indiscutible continuidad entre esta concepción y la de los psicólogos de las masas. Como afirma Parker, los efectos ideológicos de las teorías de las muchedumbres “sobreviven en el modo en que la actividad individual es deliberadamente fragmentada en psicología social”, esto es, en ambos casos “los sujetos individuales son arrancados del contexto social” (“The Abstraction and Representation of Social Psychology”, en Parker y Shotter (eds.), *Deconstructing Social Psychology*, London: Routledge, 1990, págs. 93-94). A juicio de Danziger, fue precisamente “la ontología social individualista de la psicología de las masas” la que otorgó relevancia al “microcosmos de la situación experimental”. Ambos planteamientos –afirma– “presuponían una posición inconfundiblemente individualista para la que la vida en sociedad era definida en términos de la influencia de los individuos entre sí, y para la que el individuo aislado, independiente era tan real como el individuo en un grupo” (“The Project of an Experim. Soc. Psych.”...págs. 309 y 313).

Asimismo, el estudio de la influencia social es uno de los objetivos cardinales de la psicología social posterior. La meta de la psicología social es “la liberación de los valores individuales de su control inadvertido por parte de otros individuos” –afirma F. Allport. Propone por tanto “una psicología ‘social’ de cómo resistir la propaganda” (“Social Psychology and Human Values”, *The Intern. J. of Ethics*, vol. XXXVIII, July 1928, págs. 384-386). Años más tarde, su hermano G. Allport definía la psicología social como “un intento de entender y explicar cómo el pensamiento, sentimiento y conducta de los individuos son influidos por la presencia real, imaginada o implicada de otros seres humanos” (“The Historical Background of Modern Social Psychology”...pág. 5). Como afirma Moscovici, “la influencia llegó a ser el problema central a resolver por la psicología social”, que se constituyó como “una respuesta a la masificación de la sociedad” (“Social Influence and Conformity”, en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *Handbook of Social Psychology*...págs. 403 y 347).

⁶⁷ “La psicología de las masas –afirma McGuire– consideró la masa como una entidad en sí misma, pero la dependencia de este análisis de la metáfora hipnótica restringe esencialmente el análisis a los mecanismos de los procesos intra-individuales...” (“Pathological Subconscious and Irrational Determinism in the Social Psychology of the Crowd”...pág. 208). Incluso Le Bon –como afirma R. Farr– “privilegió una interpretación de los fenómenos sociales en términos de individuos” (“The Roots of Modern Social Psychology, 1872-1954”, Oxford: Blackwell, 1996, pág. 46).

⁶⁸ Véase Nye, “The Orig. of Crowd Psych.”...págs. 192-193; y Barrows, “Distorting Mirrors”...pág. 43.

psicosocialmente como tal sujeto. El hombre de la masa –decía Ortega y Gasset- es un individuo sin raíces, sin historia, sin identidad, sin memoria del pasado, un ser que “vegeta suspendido ficticiamente en el espacio”. De ahí que “estas vidas sin peso y sin raíz –déracinées de su destino- se dejen arrastrar por la más ligera corriente”.⁶⁹

Además, la incidencia del *medio social* sobre la conducta del sujeto se concibe en muchos casos como una suerte de contagio, una *influencia malsana, maligna sobre el yo*. Este tipo de planteamientos era muy utilizado por los criminólogos post-lombrosianos para explicar las nuevas formas de delincuencia en ambientes urbanos marginales, las distintas manifestaciones del crimen, el delito y cualquier conducta ‘depravada’ y ‘mórbida’ (‘degenerada’) en el entorno de lo que muchos autores llamaban “la mala vida” de la ciudad.⁷⁰ Pero no sólo era utilizado por criminólogos. Debido en gran medida a la influencia del degeneracionismo, el mismo esquema explicativo era empleado para alumbrar el comportamiento del individuo en muchos otros ámbitos de la vida social contemporánea. En este sentido, la *conducta social* del sujeto –esto es, la que resultaba de la influencia de uno o varios sujetos sobre el yo- se describía de forma análoga a la conducta anormal o *patológica* y a la conducta *desviada*.⁷¹

Por ejemplo, diversos autores hablan de los efectos mórbidos de la prensa, de su influencia malsana y perniciosa sobre los lectores, de su corrupción moral. La lectura diaria del periódico –dice J. M. Salaverría- es una “gimnasia enfermiza” que “irrita” y “sobrealimenta” la sensibilidad del hombre moderno.⁷² Deberíamos considerar al periodista como un “envenenador de la conciencia”, un foco de “microbios patógenos” y “enfermedades epidémicas” –dice por su parte Pompeyo Gener.⁷³ En términos muy parecidos, Sighele se refiere a las consecuencias “patógenas”, “malsanas” de la prensa y

⁶⁹ J. Ortega y Gasset, “La rebelión de las masas”, Barcelona: Orbis (1929) 1983, pág. 109.

⁷⁰ De hecho, son numerosos los estudios de la época que llevan por título la citada expresión: A. Nicéforo y S. Sighele, “La mala vida en Roma”; C. Bernaldo de Quirós y J. M. Llanas, “La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico”, Zaragoza: Egido (1901) 1998; E. Gómez, “La mala vida en Buenos Aires”, B. Aires: J. Roldán, 1908; M. Bembo, “La mala vida en Barcelona”, Barcelona: Maucci, 1912. Algunos de estos autores habían pertenecido a la escuela criminológica de Lombroso, pero incorporaron con el tiempo algunos postulados de la criminología degeneracionista. Los delincuentes “no son tales únicamente porque obre en ellos el germen atávico –afirma Sighele-, sino también porque los lugares en que viven, la atmósfera que respiran los arrastran al mal” (“Literatura trágica”...pág. 129).

⁷¹ Repetidamente, pero no siempre. Como vimos en el capítulo 4º, la influencia sugestiva de la élite sobre la masa sobre la base del “carácter nacional” puede considerarse una influencia natural y saludable.

⁷² J. M. Salaverría, “En la vorágine”...págs. 115-117.

⁷³ P. Gener, “Literaturas malsanas”...págs. 369-370 y 377.

la novela, y a sus efectos “narcotizantes” y “embriagadores”.⁷⁴ Como hace el propio Sighele, muchos otros intelectuales degeneracionistas establecen un paralelismo directo entre la conducta patológica y desviada del dipsómano y la lectura del periódico por parte del pueblo llano. Así, el pueblo absorbe la noticia “embruteciéndose, enervándose, sintiéndose invadido poco a poco por el temblor convulsionario de los bebedores, después por el furor purpúreo de los alcoholizados, y seguidamente por raptos de violencia contra el propio tabernero” –afirma desde posiciones elitistas y conservadoras el escritor Miguel de los Santos Oliver.⁷⁵

De la misma manera, la conducta del sujeto en la masa se equipara con frecuencia a la conducta anormal, desviada, “degenerada” de locos, delincuentes y criminales. Que el individuo en la masa se encuentra en “un estado de verdadera locura” –había dicho el criminólogo italiano Sighele- lo prueba no sólo la gravedad de los “delitos” que comete, sino la inconsciencia y la falta de racionalidad con las que los pone en ejecución.⁷⁶ La participación en las multitudes “trastorna los cerebros de muchos miles de ciudadanos” –afirmaba el político y escritor español Manuel Azaña- que se ven arrastrados a la realización de “crímenes”.⁷⁷ Influido también por la psiquiatría degeneracionista y la psicología de las multitudes, el sociólogo norteamericano E. A. Ross propone años más tarde la utilización de “profilácticos” para preservar al individuo de la “locura” y el “contagio mental” de las masas.⁷⁸

⁷⁴ S. Sighele, “Literatura trágica”...págs. 197-198 y 215-217.

⁷⁵ M. de los Santos Oliver, “Alcoholismo literario”...págs. 60-61. “Del mismo modo que habría que hacer más difícil el consumo de bebidas envenenadas, causa fisiológica de una excitación tóxica –afirma J. Maxwell- habría que dificultar el consumo de productos intelectuales adulterados...hay venenos psicológicos cuyo comercio no debiera ser libre e impune” (“El crimen y la sociedad”...p 263).

⁷⁶ S. Sighele, “La muchedumbre delincuente”...págs. 107-108.

⁷⁷ M. Azaña Díaz, “La responsabilidad de las multitudes”, Madrid: Hijos de M. G. Hernández, 1900, pág. 19. Aunque Azaña no suscribe muchos de los supuestos de la psicología de las masas, su descripción de la conducta de la multitud tiene cierta semejanza con la de aquella escuela.

⁷⁸ E. A. Ross, “Social Psychology”, N.Y.: Macmillan Co., 1909, págs. 83 y sig. Los estudios sobre la psicología de las masas –afirma Parker- no sólo separan a los individuos del contexto social, sino que “la acción colectiva es representada como anormal o desviada” (“The Abstraction and Representation of Social Psychology”...pág. 94). Estamos de nuevo ante una manera de estudiar la conducta colectiva que va a tener una fuerte repercusión en la naciente psicología social. “Los psicólogos sociales vieron una estrecha conexión entre el estudio de la conducta social y la identificación de la desviación...El tema director que desembocaba en la psicología social cuando se formó en sus comienzos era que las patologías de la acción individual y social debían ser el principal foco de atención de cualquier ciencia de la conducta. En 1921, la psicología social encontró reconocimiento oficial...cuando fue incorporada en el título del Journal of Abnormal Psychology. Los editores de la revista observaron que la psicología social probablemente no hubiera podido alcanzar su actual estatus de no haber sido por los desarrollos de la ‘ciencia hermana’ de la psicología anormal. Si esto era cierto, entonces era razonable sugerir que la psicología social podría beneficiarse ‘de modo peculiar’ de los descubrimientos en psicopatología...”. De

5.5. La importancia de la masa en la definición del yo

El sujeto que hemos descrito hasta aquí –una criatura de constitución frágil, en cuyo interior se oculta el enfermo, el loco, el bárbaro, el asesino; un ser irracional, determinado por la herencia de los instintos, arrastrado por agentes externos mediante procesos inconscientes; un sujeto sin voz política propia ni raíces sociales precisas- es además, casi por definición, un *miembro indiferenciado* de lo que los intelectuales del momento llamaban *la masa*. En este sentido, la masa había llegado a considerarse a principios del siglo XX como uno de los ámbitos fundamentales de referencia para el individuo, una categoría social imprescindible en la comprensión del (des)orden social de la época.⁷⁹

Como ha expuesto con acierto J. M. Becker, la cultura europea de finales del XIX y comienzos del XX estaba obsesionada por la presencia de la masa. “A veces aparece como una chusma monstruosa y sanguinaria, en otros momentos como un ejército glorioso avanzando en nombre del progreso y la auto-determinación. Enseguida, como la insurrección del proletariado, resuelta a derribar el sistema capitalista. Incluso cuando está en reposo y no implicada en alguna lucha, la masa tiene un enorme poder sugestivo...Las masas del pueblo concentradas en la metrópoli moderna anuncian una nueva era, como las chimeneas de la fábrica levantándose sobre el paisaje, las locomotoras echando humo por todo el país, o los periódicos de masas divulgando sus noticias a un espectro cada vez más amplio de población. La masa urbana, como estos otros desarrollos, se convierte en una de las imágenes más características de la vida moderna, a la vez sugerente y perturbadora”.⁸⁰

hecho, la psicología social, como la ‘ciencia hermana’ de la ‘psicología anormal’, puso especial celo en “localizar patologías” (I. Parker, “The Crisis in Modern Social Psychology and How to End it”, London: Routledge, 1989, págs. 42-43; “The Abstr. and Repres. of Soc. Psych.”...pág. 94).

⁷⁹ Aunque, como señalamos en el apartado anterior, los psicólogos de las masas postulaban una ciencia de la conducta colectiva objetiva e intemporal (“una ciencia positiva, una destilación de psicología, biología y antropología racial de los rasgos esenciales, transhistóricos de la multitud”), las referencias específicas a la sociedad de su tiempo son numerosas. (Véase D. Pick, “Faces of Degeneration”...págs. 223-224). En este sentido, los autores parecían insinuar a la vez que la conducta de las masas era un patrón de comportamiento característico sobre todo de las sociedades democráticas modernas. (Véase también R. L. Geiger, “Democracy and the Crowd”...pág. 50).

⁸⁰ J. M. Becker, “Nationalism and Culture”...pág. 7.

Por supuesto, la representación más frecuente de la masa conservó durante décadas una serie de caracteres siniestros que la identificaban como una *agrupación regresiva y malsana* –los mismos caracteres que el historiador Taine había visto en su análisis de las multitudes revolucionarias francesas. La masa es el ámbito inevitable de la regresión evolutiva, la vuelta del yo a un estadio previo de desarrollo. Así, y en la medida en que ha suspendido sus facultades racionales y se conduce por medio de la sugestión inconsciente y los instintos primitivos, el sujeto de la masa desciende mucho en la escala de la civilización y se transforma en un bárbaro, un salvaje. De todo ello ya hablamos en el capítulo cuarto. La masa o muchedumbre –decía Sighele– “se conduce más con los instintos del salvaje y del bruto que con aquellos del hombre cívico”.⁸¹ El hombre de la masa es un “primitivo”, un “Naturmensch” –decía Ortega–, un ser “bárbaro” que “se ha deslizado por los bastidores en el viejo escenario de la civilización”.⁸²

Como también señalamos en el capítulo anterior, el hombre de la masa no sólo se define por su naturaleza atávica o regresiva, sino por su condición insana. La psicología de las masas pone el acento en el comportamiento patológico de las multitudes. Fueron fundamentalmente conceptos de la psiquiatría (‘hipnosis’) y la epidemiología (‘contagio’) –junto al concepto jurídico y criminológico de “responsabilidad reducida”– los que articularon el esquema básico de la nueva doctrina de las masas. Dejando a un lado el concepto de masa regeneradora –del que ya hemos hablado previamente– la conducta del sujeto en la masa se equipara casi siempre a la conducta anormal y desviada –“degenerada”– de locos, delincuentes y criminales. Por supuesto, el *discurso* de los psicólogos de masas es –como el propio discurso del degeneracionismo– internamente contradictorio, y está *formulado al mismo tiempo en primera y en tercera persona*. Esto es, presta especial atención a la conducta de individuos con una particular psicopatología y condición moral, pero, a la vez, hace extensible su conducta al conjunto de los hombres ‘normales’.

Piénsese por ejemplo en las dos corrientes de la psiquiatría francesa que, desde un principio, habían influido en el concepto de la sugestión hipnótica de las masas. Para la escuela de Charcot, la hipnosis sólo podía realizarse en aquellos individuos que, por

⁸¹ Aunque la cita de Sighele pertenece a su libro “L’intelligenza della folla” (pág. 25), la idea en sí se ajustaba más al contenido de una de sus obras anteriores, “La muchedumbre delincuente”. Véase también Le Bon, “Psic. de las multitudes”...págs. 41 y 46; y “La Rev. Franc. y la psic. de las revoluciones”...pág. 94.

⁸² J. Ortega y Gasset, “La rebelión de las masas”...pág. 92.

constitución orgánica *anormal*, estuvieran predispuestos a determinadas psicopatologías como la histeria. Por contra, la escuela de Bernheim consideraba que *todos* los individuos podían ser hipnotizados en mayor o menor grado, a partir del mecanismo mental de la sugestión.⁸³ Lo que nos interesa señalar aquí es que los psicólogos de las masas no diferenciaron nunca con claridad ambos enfoques. Aunque su interpretación de los fenómenos de masa era en todo caso imprecisa y genérica, parece bastante probado que los psicólogos de las multitudes aplicaron conjuntamente los dos modelos de la tradición del magnetismo.⁸⁴

De este modo, el hombre de la masa responde siempre a perfiles psicosociales distintos y, en buena medida, contradictorios. Por una parte, *el perfil más concreto* parece ser el de individuos afectados con patologías mentales, como los histéricos, y minorías que comparten -según la literatura de la época- una constitución psicofísica deficiente y malsana: delincuentes comunes y criminales, vagabundos, mendigos, alcohólicos, prostitutas, hombres de mala vida... En su relato sobre las multitudes revolucionarias, Taine ponía especial atención en la caterva de personajes desgraciados y siniestros que hacían acto de presencia en las calles y plazas de la capital durante los días de revuelta (“Ladrones, galeotes, forajidos de toda especie...de repente, ¡qué figuras se ven por París!”).⁸⁵ Esta caterva de desgraciados –“la hez de las sociedades”,

⁸³ Una breve exposición del planteamiento de las dos doctrinas rivales de la sugestión (Bernheim en Nancy) y la hipnosis (Charcot en Salpêtrière) puede verse en Apfelbaum y McGuire, “Models of Suggestive Influence and the Disqualification of the Social Crowd”...pág. 39. Véase también J. van Ginneken, “Crowd, Psychology and Politics”...págs. 143-144.

⁸⁴ Véase Apfelbaum y McGuire, op. cit., págs. 28 y 44. De acuerdo con estos autores, “la terminología fue por lo general tomada de la escuela de la sugestión, pero las conceptualizaciones subyacentes eran las de la escuela de Charcot...A nivel superficial, tanto Tarde como Le Bon emplearon el vocabulario general de la concepción de Bernheim (en una multitud, los individuos son ‘sugestionados’ más que ‘hipnotizados’), pero un análisis cuidadoso de las referencias subyacentes apuntan todas al modelo histérico de Charcot, con la connotación degradante que tal modelo conlleva. Así, en la descripción particular que Tarde hace de la multitud, había una referencia constante a factores psiquiátricos, tales como ilusiones de grandeza, persecución y alucinaciones mentales. El resultado de esta asociación entre las multitudes y el modelo orgánico-histérico de la influencia social fue esencialmente una descalificación a priori de las multitudes” (págs. 28 y 44). Véase también la interpretación de Nye en “The Orig. of Crowd Psych.”. A su juicio, Le Bon había resuelto la disputa entre las dos escuelas, Salpêtrière y Nancy, mezclando los términos de hipnosis y sugestión, de modo que “...la sugestión ejercía una influencia casi universal, e implicaba un tinte de anormalidad en sus portadores. Así, el desprecio elitista de Le Bon por esos seres inferiores que se asociaban en una colectividad para actuar concertadamente recibió apoyo ‘científico’ de la psiquiatría clínica” (op. cit., pág. 70).

⁸⁵ “...Ladrones, galeotes, forajidos de toda especie son los que formarán la vanguardia en las insurrecciones...En toda revolución, el limo de una sociedad sube a la superficie. Jamás habían sido vistos; como tejones de bosque o como ratas de alcantarilla, permanecían ocultos en sus madrigueras. Salen a bandadas, y de repente, ¡qué figuras se ven por París!” (“Los oríg. de la Franc. cont.”...pág. 168).

les llama Manuel Azaña-⁸⁶ constituye siempre una parte importante de la colectividad-masa. En términos muy parecidos, Sighele se refería al conjunto de “individuos mal reputados”, “seres abominables” y “figuras siniestras” que –a su juicio- tenía un protagonismo singular en la conducta de las masas. “Delincuentes, locos, hijos de locos, víctimas del alcohol, el lastre social, privado de todo sentido moral, curtido en el delito, constituían una gran parte de los rebeldes y de los revolucionarios”.⁸⁷

Pero el hombre de la masa tiene la mayoría de las veces *un perfil mucho menos definido*. Así, de acuerdo con el criterio de estos autores, la masa no estaba únicamente compuesta por sujetos histéricos, maleantes y criminales, por seres marginales, la chusma y el lumpen social. Para los psicólogos de las masas ningún individuo era ‘inmune’ a la conducta atávica y degenerada de las multitudes. De la misma manera que las categorías y divisiones del evolucionismo clásico en torno a la razón, la salud y la moralidad del sujeto eran más inciertas e imprecisas a finales del siglo XIX, era también más dudosa la distancia que la civilización creía tener con respecto a las masas irreflexivas y bárbaras. A juicio de estos autores –afirma Serge Moscovici- la conducta de la masa es algo más que la conducta del ignorante, el loco y el hombre primitivo. “La masa es todo el mundo –tú, yo, cada uno de nosotros... Si exploramos lo suficiente en el fondo de la sociedad nos encontramos con la masa, de la misma forma que si exploramos lo suficiente en el fondo del hombre nos encontramos con la bestia”.⁸⁸

En consecuencia, el hombre de la masa era, por una parte, *un miembro diferenciado* de la mayoría por su naturaleza primitiva e insana, pero, al mismo tiempo, *una identidad común* a todos y cada uno de los individuos que viven en sociedad. Este tipo de planteamientos manifiestamente contradictorio desde el punto de vista de la lógica científica, adquiriría todo su sentido y validez en el ámbito de la justificación

⁸⁶ M. Azaña, “La responsabilidad de las multitudes”... págs. 19-20.

⁸⁷ S. Sighele, “La muchedumbre delincuente”... págs. 96-98 y 101-102. “...desempeña un papel capital en todas las conmociones sociales –dice por su parte Le Bon- ...un residuo social subversivo dominado por una mentalidad criminal. Degenerados del alcoholismo y miseria, ladrones, mendigos, desvalidos, obreros mediocres sin trabajo, constituyen el bloque peligroso de los ejércitos insurrectos...” (“La Revol. Franc. y la psicol. de las revoluc.”...pág. 63).

⁸⁸ “The Discovery of the Masses”, en Graumann y Moscovici (eds.), “Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior”... págs. 8 y 10. Aunque Moscovici tiene razón en señalar que para los psicólogos de las masas –y, en especial, para Le Bon- todos los hombres eran miembros potenciales de la masa, creemos que no la tiene cuando concluye que Le Bon está apostando por una concepción no-patológica de la masa (“...parecería que no hay nada demente o patológico en la llamada locura o delirio de la masa. Las multitudes están compuestas de gente normal, gente relativamente estable, gente como tú y yo...”, op. cit., pág. 9). Más bien lo contrario es cierto: si todos los hombres son miembros potenciales de la masa es precisamente porque todos ellos pueden conducirse de forma anormal o insana.

ideológica. Lo que Le Bon y los restantes psicólogos de las masas perseguían era, por un lado, psiquiatrizar y criminalizar la conducta colectiva de las multitudes (en especial, las multitudes obreras) para lo cual presentaban al ‘hombre de la masa’ como un tipo humano o clase social específica, enferma y peligrosa. Pero, al mismo tiempo, no dejaban de anunciar –con el tono jeremíaco del intelectual degeneracionista- la propagación y generalización de la conducta de masas, presentándola como un peligro ubicuo, una amenaza inminente que podía afectar al conjunto de la población. Como expone J. S. McClelland, la mayoría de los psicólogos de masas hablaban el lenguaje del apocalipsis, de la catástrofe de la sociedad moderna y el fin de la vida civilizada. “...ellos escriben con la sensación de estar ante el fin de un mundo, casi como si estuvieran intentando intencionalmente generar miedo social...Le Bon se propone deliberadamente presentar a la masa de la forma más aterradora posible. Lo que quiere sugerir es que en el mundo moderno no hay nada que pueda contener a la masa, porque está por todas partes”.⁸⁹

El objetivo ideológico de estos intelectuales ‘fin de siècle’ se valía casi siempre de la *indefinición de los conceptos básicos* que manejaban. De entrada, el concepto de *masa* utilizado por Taine, Le Bon, Tarde o Sighele encerraba sobre todo el significado de una agrupación humana transitoria –*multitud, muchedumbre*- como las que habían protagonizado los fenómenos insurreccionales de la historia contemporánea de Francia (Revolución Francesa, Revolución de 1848, Comuna de París, etc.). Para todos ellos, la imagen más repetida de las masas implicaba la presencia de una multitud o muchedumbre de individuos reunidos en una calle o plaza de una ciudad europea y cometiendo tropelías y masacres sin cuento.⁹⁰ Pero los mismos autores ampliaban repetidamente el significado del término para referirse a un *público*, a un *movimiento* o *clase social* específica, a toda la *nación*, e incluso al conjunto de la *civilización* burguesa. En determinadas circunstancias –afirma Le Bon- millones de individuos separados entre sí también podrían adquirir los caracteres de la muchedumbre

⁸⁹ J. S. McClelland, “The Crowd and the Mob”...págs. 198-199 y 204.

⁹⁰ Como afirma Danziger, “...la imagen esencial de la masa, el prototipo al que la psicología de las masas debía su existencia y siempre regresaba, era la de una colección de individuos congregados en el mismo sitio durante un período limitado de tiempo” (“Making Social Psychology Experimental”...pág. 336). No obstante, Danziger reconoce tímidamente que, al mismo tiempo, los psicólogos de las masas tenían la tentación de “extender el significado de la masa para incluir a los miembros de instituciones o incluso naciones...” (op. cit., pág. 336).

psicológica.⁹¹ “Nuestra civilización –decía por su parte Filippo Manci- la civilización que se extiende desde la Revolución Francesa a la reciente guerra mundial, se ha caracterizado por “la invasión inexorable, sistemática y tenaz de la multitud”.⁹²

El discurso de las masas habla enfáticamente de *ellos*, de *los otros*, de sujetos que –según se cree- son incapaces de pensar, no disponen de categorías morales ni control sobre sus cuerpos: del bárbaro, el loco, el criminal, el niño, la mujer, el iletrado, el obrero...Pero también habla de *nosotros*, del conjunto de la población que se había tenido por moderna y civilizada. La masa se considera a principios del siglo XX una colectividad clave para cualquier definición del sujeto.

⁹¹ “Psicología de las multitudes”...pág. 31. No le falta razón a E. G. King cuando afirma que para el autor francés todos los tipos de agrupaciones sociales eran en cierto modo masas, esto es, “entidades psicológicas homogéneas cuyos miembros existían en un estado uniforme de elevada sugestionabilidad, credulidad, irresponsabilidad e irracionalidad” (“Reconciling Democracy and the Crowd in Turn-of-the-Century American Social Psychological Thought”, J. of the History of the Behav. Sc., vol. 26, oct. 1990, pág. 335). La misma afirmación es válida para los restantes psicólogos de las masas. “Las sociedades – afirma Maxwell- son comparables a las masas desde muchos puntos de vista; la mayor parte de los que las componen son relativamente indiferentes y dispuestos a sufrir la influencia de los elementos más activos y más enérgicos junto a los que se encuentran” (“Psych. soc. contemp.”...págs. 124-125).

De este modo, las diferencias entre la “masa” y cualquier otro tipo de agrupación humana no están nunca claramente definidas, como señalaron algunos pensadores de la época. P. ej, a juicio de José Ingenieros, “el concepto de multitud, diluido por Le Bon en todos los agregados de individuos, pierde su carácter inicial y desaparece como entidad psicológica...” (“Las multitudes argentinas”, Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas, nº VII, sep. 1900, pág. 516). La noción fundamental de la multitud –dice por su parte V. Micelli- “es poco precisa y difícilmente precisable”. La psicología colectiva “no ha dado aún una definición exacta de la multitud” (“La psicologia della folla”, Rivista Italiana di Sociologia, 3, 1899 –cit. en Gropali, “Psicologia sociale e psicologia collettiva”...págs. 166-167).

⁹² F. Manci, “La folla”, Milano: D. F. Vallardi, 1924, pág. 2. “...la multitud...domina la historia, domina el mundo en el cual procura su reino...” (op. cit., pág. 1). José María Salaverría habla asimismo de la “civilización multitudinaria”. “¡Nunca tuvo la multitud tan fervorosos sacerdotes y tan sumisos adeptos! ¡Nunca ha sido un déspota tan bajamente adulado como lo es hoy la muchedumbre!...sobre un altar hemos entronizado a la bestia multitudinaria...” (“En la vorágine”...págs. 123-127).

CAPÍTULO SEXTO: LA MALDICIÓN DE NUESTRO TIEMPO. LAS MASAS BÁRBARAS Y DEGENERADAS DEL NACIONALISMO

El sujeto definido desde los parámetros de la psicología de la época –un ser fundamentalmente irracional, heterónomo, determinado por necesidades instintivas y procesos inconscientes, manipulado con facilidad, motivado por sentimientos y asociaciones de imágenes, antes que por ideas y argumentos –el individuo de la masa- , iba a convertirse bien pronto en una de las concepciones o creencias sociales más extendidas y duraderas del panorama intelectual europeo y norteamericano de la primera mitad del siglo XX. De hecho, la influencia cultural de esta concepción del yo ha sido extraordinariamente persistente, y todavía influye en la vida contemporánea en un grado insospechado. De manera particular, ha condicionado el modo en que hemos explicado una serie de acontecimientos, procesos o ideologías políticas contemporáneas de enorme relevancia. En especial, el nacionalismo.

En los capítulos que siguen vamos a valorar la importancia de los constructos y las teorías psicológicas de principios de siglo en la formación de una nueva idea del nacionalismo, una concepción elaborada durante el período de las dos guerras mundiales, que va a condicionar de manera notable la comprensión académica y profana de la ideología en el medio siglo posterior. De acuerdo con esta segunda concepción, el *nacionalismo* ya no aparece vinculado con el despertar del pueblo y la reivindicación de su autonomía, con la realización de los designios de su Historia o la expresión de su individualidad creadora. El relato historicista de liberación y progreso colectivo se convierte ahora en un *drama de muerte y destrucción, de violencia atávica y crímenes*

en masa, de guerra y apocalipsis total. “Entre 1918 y 1945 –cuenta Peter Alter- el nacionalismo llegó a ser sinónimo de intolerancia, inhumanidad y violencia. Guerras fueron hechas y crímenes atroces perpetrados en su nombre...Para individuos y pueblos enteros el nacionalismo significaba ahora peligro, restricciones de su libertad y, a menudo, una amenaza a su supervivencia...”¹

En efecto, si el nacionalismo había sido considerado previamente por una gran parte de los intelectuales como una fuerza de progreso, libertad y paz entre los hombres, la mayoría de historiadores e intelectuales de Occidente que escriben después de la Primera y, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial y el genocidio nazi, consideran el nacionalismo una fuerza regresiva, totalitaria y violenta. En especial, lo que acentúa la oscura imagen del nacionalismo es considerarlo una *verdadera amenaza a la paz mundial* –como ha señalado Tiryakian.² No es nuestra intención valorar aquí los efectos peligrosos o malignos de la ideología, ni discutir la verosimilitud o justicia de lo que para Tiryakian no dejaba de ser una leyenda inmerecida –“la leyenda negra del nacionalismo”.³ Nuestro propósito más bien es centrarnos en el modo en que se forjó esta imagen o leyenda. Porque la nueva representación social del nacionalismo, levantada sobre las ruinas de las dos guerras mundiales, se construye también sobre los cimientos intelectuales del *psicologismo*.

Así, de la misma manera que la psicología había estado jugando un papel esencial en la justificación ideológica del nacionalismo finisecular (a través de la psicología de los pueblos y la psicología de las masas o multitudes), la aportación de los *conceptos y constructos psicológicos* va a ser determinante en la articulación del discurso anti-nacionalista tras la Primera Guerra Mundial. El ejemplo de la psicología de las masas resulta de nuevo ilustrativo. Como afirma Michael Billig, una obra tan popular, tan ampliamente divulgada como “Psicología de las multitudes” de Le Bon terminaría influyendo sobre muy diferentes facciones políticas y corrientes ideológicas. De hecho, además de un libro de cabecera para los principales ideólogos del nuevo nacionalismo, será un texto fundamental para articular la crítica de la ideología nacionalista tras la Gran Guerra.⁴

¹ P. Alter, “Nationalism”, London : E. Arnold (1985) 1989, págs. 1-2.

² E. A. Tiryakian, “Nacionalismo, modernidad y sociología”...pág. 155.

³ E. A. Tiryakian, op. cit., págs. 153-156.

⁴ “Fascists”...pág. 23. Aunque Billig está aludiendo a la influencia de Le Bon sobre la ideología fascista y anti-fascista, su juicio es igualmente válido para la ideología nacionalista y el discurso anti-nacionalista.

Dicho de otra forma, muchos de los conceptos y términos que Maurice Barrès y Gabriele D'Annunzio habían utilizado en su campaña de regeneración nacionalista para combatir los males de la patria ('degeneración', 'regresión', 'primitivismo', 'atavismo', 'sugestión', 'instinto', 'masa', 'patología', 'locura', 'multitud', 'muchedumbre', 'contagio', 'epidemia', 'infección', 'intoxicación', 'inconsciente', 'adicción', 'vicio', 'crimen', 'perversión', 'maldición'...) van a ser re-utilizados por un sinnúmero de intelectuales y filósofos morales de postguerra para denunciar las consecuencias perniciosas del nacionalismo. El nacionalismo es un "narcótico" para las masas –dirá el historiador Carlton Hayes en los años 20-, un foco amenazante de "patologías", "abusos" y "males"...la "maldición" de nuestro tiempo.⁵

En los capítulos siguientes nos proponemos analizar la *centralidad o importancia del lenguaje psicológico* en la representación académica y social del nacionalismo hasta, al menos, los años 60 del siglo pasado. En concreto, las dos corrientes de pensamiento psicológico que más van a contribuir a una visión post-historicista del nacionalismo son la *psicología de las masas* y el *psicoanálisis*. En este capítulo nos ocuparemos preferentemente del influjo de Le Bon y la psicología de las masas, dejando para un capítulo posterior la aportación del psicoanálisis.

En el primer apartado nos detendremos brevemente en uno de los supuestos fundamentales de la nueva representación social del nacionalismo: la que relaciona la ideología con la *violencia*. Muchos intelectuales del período analizado no tardaron en señalar al nacionalismo como principal culpable del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Además, como veremos en el apartado siguiente, la agresividad y violencia nacionalista era para la mayoría de ellos una manifestación de las partes tenebrosas de la psique humana. En este sentido, el nacionalismo se consideraba una expresión del instinto de horda o instinto de combate, la *supervivencia de la bestia salvaje* en el interior del hombre civilizado.

Con todo, el nacionalismo combativo y jingoísta no era sólo una herencia evolutiva de la especie, una manifestación de los instintos primitivos de la humanidad. En el tercer apartado del capítulo veremos cómo los intelectuales del momento

⁵ C. J. H. Hayes, "Essays on Nationalism", N. Y.: Macmillan Co., 1926, págs. 73-74, 197, 228, 240-246, 258-260, 264, 271.

utilizaban al mismo tiempo el discurso degeneracionista para condenar y maldecir las conductas nacionalistas. En este sentido, el nacionalismo se presentaba también como *enfermedad física y mental, crimen execrable y perversión moral de la civilización*. Por último, en el cuarto apartado nos fijaremos con más detenimiento en los criterios intelectuales que manejaban los nuevos críticos del nacionalismo, unos criterios asentados la mayoría de las veces sobre los postulados establecidos por la psicología de las multitudes. De hecho, si la conducta del sujeto nacionalista era a la vez atávica y degenerada, patológica y criminal, vesánica y abyecta, y, por supuesto, irracional, extrema, intolerante, violenta, cruel, despiadada...su conducta se asimilaba a la del sujeto de las multitudes. En el período de entreguerras, la visión del nacionalismo se reconstruye casi siempre con las viejas lentes distorsionadas de los psicólogos de las masas.

Así, como veremos al final del capítulo, el nacionalismo pasó a describirse preferentemente como una doctrina política perniciosa y regresiva instigada por agitadores interesados y demagogos irresponsables (políticos y diplomáticos intrigantes, empresarios y capitalistas codiciosos), una minoría dispuesta a convertir al conjunto de la población –a través de la propaganda- en una *masa criminal y bárbara, movilizada para la guerra*.

6.1. Nacionalismo y guerra

Si existe una idea que articula y dota de sentido al relato post-historicista del nacionalismo es la idea de la violencia. Para la mayoría de intelectuales europeos y norteamericanos que vivieron los luctuosos acontecimientos internacionales de la primera mitad del siglo XX el *nacionalismo* estaba sobre todo directamente relacionado con el drama de la *guerra*. Después de la Primera y la Segunda Guerra Mundial el nacionalismo fue visto como el principal culpable de unos conflictos en los que millones de personas perdieron la vida. “El nacionalismo no promete unificar sino desintegrar el mundo –decía Carlton Hayes-, no promete preservar y crear sino destrozar la civilización”.⁶

⁶ C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...pág. 133.

La historia del nacionalismo desemboca en “un relato horripilante de violencia y crueldad” –decía otro renombrado académico de las ideas.⁷ Para Kedourie y muchos de sus coetáneos el intento de redefinir el mundo desde fronteras nacionales había creado nuevos conflictos, exacerbado tensiones y traído la catástrofe a un número incontable de seres humanos.⁸ A mediados de siglo casi toda la intelligentsia occidental consideraba acertada la vieja profecía de Lord Acton: el principio político de las nacionalidades no conduce a la libertad o al progreso, ni puede anticipar un mundo próspero y pacífico. Más bien al contrario –advertía Lord Acton- su curso estará señalado “por la ruina material y moral”.⁹

La Primera y, de manera todavía más evidente, la Segunda Guerra Mundial y el genocidio nazi grabaron sobre la conciencia occidental una impresión muy profunda y negativa sobre el significado del término *nacionalismo*. Para historiadores, sociólogos, politólogos, filósofos, ensayistas, y también para el resto de la población, la palabra nacionalismo pasó a significar mayoritariamente una serie de *conductas extremas, intolerantes y agresivas llevadas a cabo en nombre de la nación*, conductas que, en cualquier caso, debían condenarse en el plano de la moral. “Después de la II Guerra Mundial –cuenta Peter Alter- la inmensa mayoría de los europeos igualaba nacionalismo a agresión bélica, al impulso desenfrenado de expansión y al racismo”.¹⁰ De esta forma, el término volvía a adquirir un significado muy próximo al que le había dado a finales del siglo XVIII el abad jesuita Barruel (considerado el inventor de la expresión), como desprecio y antagonismo hacia los extranjeros.¹¹

Esta acepción del término contrastaba con la que durante décadas había manejado no sólo el romanticismo y el idealismo alemán, sino la propia tradición liberal europea del siglo XIX. Para todos ellos el nacionalismo era más bien un movimiento político y cultural que aspiraba a liberar a los pueblos o naciones del continente del sometimiento de regímenes foráneos. Según el criterio dominante entre los liberales del XIX, el nacionalismo estaba tan íntimamente unido con la libertad, la democracia y el progreso que resultaba inconcebible que una nación soberana pudiera amenazar o

⁷ E. Kedourie, “Nationalism”...pág. 135.

⁸ E. Kedourie, op. cit., págs. 133-134.

⁹ Acton, “Nacionalidad” (1862), en “Ensayos sobre la libertad y el poder”, Madrid: I. E. P., 1959, p.329.

¹⁰ P. Alter, “Nationalism”...pág. 18.

¹¹ Véase en este sentido el libro de M. Anderson, “States and Nationalism in Europe since 1945”, London: Routledge, 2000, pág. 2.

agredir a sus naciones vecinas. Por ejemplo, para Mazzini la virtud del nacionalismo no sólo descansaba en las ventajas resultantes para la nación concernida en términos de autonomía o libertad sino también en los supuestos beneficios para el equilibrio y la fraternidad internacional.¹²

Todavía a finales de la Gran Guerra muchos pensadores y políticos liberales confiaban plenamente en los principios de la ideología nacionalista para evitar los riesgos de una nueva conflagración mundial. De hecho, el propio presidente norteamericano Woodrow Wilson y quienes habían negociado los tratados de paz vieron en la idea de la autodeterminación nacional la clave para la paz del futuro.¹³ No existía para ellos fricción o antagonismo alguno entre nacionalismo e internacionalismo. “...el camino al internacionalismo –decía por entonces Alfred E. Zimmer- está trazado por la vía del nacionalismo, no igualando a los hombres en un cosmopolitismo gris, homogéneo, sino apelando a los mejores elementos en la herencia colectiva de cada nación”.¹⁴ Más que un obstáculo, estos intelectuales veían en el nacionalismo una doctrina necesaria para la instauración de un nuevo orden internacional que acabaría para siempre con las guerras. “Sólo es posible construir un internacionalismo saludable y eficiente –dice por su parte J. M. Mecklin- sobre la base de un nacionalismo vigoroso y auto-consciente”.¹⁵

Pero otros muchos autores no tardaron en establecer una contraposición fundamental entre la ideología nacionalista contemporánea y los ideales del internacionalismo, responsabilizando parcial o totalmente a aquella del estallido de la *Gran Guerra*. Siendo un factor destacado en la civilización del siglo XIX –afirma Hayes- “el sentimiento del nacionalismo ha contribuido a la generación de la guerra presente”.¹⁶ Historiadores liberales como J. Holland Rose, G. P. Gooch o el propio Hayes señalaban al nacionalismo de la época –un nacionalismo, decían, “estrecho”,

¹² Véase R. Emerson, “From Empire to Nation”, Camb., Mass.: Harvard Univ. Press, 1960, pp. 386-387.

¹³ Como expone el historiador E. H. Carr en su libro “The Twenty Years’ Crisis, 1919-1939”, N. Y.: Harpertorchbook (1939) 1964, pág. 46.

¹⁴ A. E. Zimmern, “Nationality and Government”, London: Chatto & W., 1918, pág. 85.

¹⁵ J. M. Mecklin, “The International Conscience”, Intern. J. of Ethics, vol. XXIX, 1918-1919, pág. 286. De hecho –afirma Mecklin- “la emergencia del Estado moderno con su particularismo político radical fue realmente un paso adelante en la solución del problema de una conciencia internacional. Aseguró a los diversos pueblos la libertad en el desarrollo de su propio modo de vida característico. Dentro del conjunto más grande de la civilización occidental, varias culturas nacionales surgieron enriqueciendo la vida moderna, estimulando el progreso y emancipando a los hombres de las manos muertas de una sociedad medieval estancada” (op. cit., pág. 286).

¹⁶ C. J. H. Hayes, “The War of the Nations”, Political Science Quarterly, vol. 29, 1914, págs. 695-696.

“intolerante”, “agresivo”, “infame”- como uno de los principales causantes del conflicto.¹⁷ El nacionalismo comenzaba a ser visto, primero y ante todo, como un *obstáculo para la unidad mundial y para la paz*.

La misma valoración negativa era compartida por otros intelectuales de diferente adscripción ideológica, conservadores, anarquistas, socialistas, comunistas, pacifistas... Para Edward B. Krehbiel el nacionalismo se opone al progreso en la medida en que “obstruye el desarrollo de instituciones planetarias y humanitarias” y “conduce a la guerra”.¹⁸ En la misma línea, Maurice Vaussard afirmaba que el nacionalismo era probablemente el problema más grave de la época porque, entre otras razones, había estado “en el origen de la guerra europea”.¹⁹ ¿Es compatible el nacionalismo con la civilización –se preguntaba algunos años más tarde Harold J. Laski. “¿No constituye, por sus elementos particularistas e irracionales, un obstáculo ante el progreso de la civilización, definido precisamente por la unificación planetaria y la creciente racionalización de la existencia humana?”²⁰ Para el historiador Arnold Toynbee, el único factor de la “civilización europea” que podía y, de hecho, estaba provocando la calamidad de la guerra era “el elemento pernicioso en el nacionalismo” –llámese “chauvinismo”, “jingoismo” o “prusianismo”.²¹

Como Toynbee, no eran pocos los autores que denunciaban los elementos perniciosos de la ideología nacionalista (sus manifestaciones “extremas” e “intolerantes”, el jingoismo “bárbaro” y “pugnaz” de ésta o aquella nación –casi siempre una nación contra la que se había luchado en la Primera Guerra Mundial). Otros muchos autores llevaban la crítica más lejos, y condenaban al nacionalismo como una

¹⁷ P. ej., J. Rose escribía en 1916: “Esta guerra es la ‘reductio ad absurdum’ del movimiento (nacionalista) en su forma reciente, estrecha e intolerante...podemos estar seguros de que, cuando el nacionalismo infame de los años recientes haya llevado a su protagonista (Alemania) a la ruina, habrá una potente reacción a favor de los ideales internacionales...Ya existen los medios en el Tribunal de la Haya para asegurar el triunfo de la razón en lugar de la fuerza” (“Nationality in Modern History”...págs. 200-201). La Gran Guerra –dice por su parte Gooch- es “el resultado inevitable y la refutación final de la verdad y el valor del nacionalismo intolerante y falto de corazón...” (“The Teaching of History in Relation to World Citizenship”, en J. H. Whitehouse y G. P. Gooch, “Wider Aspects of Education”, Cambridge: Cambridge University Press, 1924, pág. 7).

¹⁸ E. B. Krehbiel, “Nationalism, War and Society”, N. Y.: Macmillan Co., 1916, pág. 141. “El nacionalismo es la causa fundamental de guerra...La naturaleza humana se puede decir que causa guerras sólo porque trabaja por medio del nacionalismo; la misma naturaleza humana dentro de los límites nacionales no causa guerras...” (op. cit., pág. 146).

¹⁹ M. Vaussard, “Enquête sur le nationalisme”, Paris: Spes, 1924, págs. 373-374.

²⁰ H. J. Laski, “Nationalism and the Future of the Civilization”, London: Watts, 1932, págs. 21-22.

²¹ A. J. Toynbee, “Nationality and the War”, London: Dent & Sons, 1915, pág. 10.

ideología *en sí misma* perniciosa, siempre vinculada a conductas intolerantes y agresivas, al militarismo y a la guerra. En palabras del sociólogo y crítico liberal Walter Sulzbach, el hombre nacionalista no lucha nunca por una creencia, sino que “ha hecho de la misma lucha su creencia”.²² El nacionalismo no puede disociarse de la guerra—dice por su parte C. Hayes. “Las tradiciones históricas más veneradas por cualquiera de las nacionalidades existentes sobre la tierra son tradiciones de guerra; las figuras más heroicas del pasado son héroes militares o navales; la grandeza de las naciones se mide principalmente por su valor en el combate”.²³

La condena de la violencia y pugnacidad del nacionalismo era también la condena de su Historia, la narración del pasado que había venido enseñándose durante décadas en las escuelas de la patria. Como señalamos en el capítulo 2º, la Historia nacionalista se había escrito como un relato de factura épica, personajes heroicos y gestas memorables —casi siempre, luchas contra la ‘opresión’ y victorias en el campo de batalla. Los *manuales escolares* que se utilizaban en la mayoría de colegios públicos de los países europeos a principios de siglo ponían preferentemente el foco de atención en la historia de las guerras contra el extranjero, en la relación de batallas y gestas marciales de la nación, y en la biografía de los grandes ‘héroes’ que dieron la vida por la patria —todo ello revestido con la fascinación del romance. Los libros de texto nacionalistas —decía Jonathan F. Scott— instruyen a los niños y jóvenes de todas las naciones en una “narrativa” heroica, prejuiciosa e intolerante que es “una continua amenaza para la paz mundial”.²⁴ En la misma línea, el filósofo Bertrand Russell afirmaba que el concepto de “gloria” y “patriotismo” fomentado por el “nacionalismo estrecho” adoctrinaba a los alumnos en “la usurpación territorial y el exterminio de extranjeros”.²⁵

A muchos de los supervivientes de la I Guerra Mundial —en la que murieron en torno a 8 millones de europeos— la épica de la Historia les parecía ahora excesivamente costosa. En el período de entreguerras, una serie de intelectuales, entidades gubernamentales y organismos e instituciones internacionales —auspiciados casi siempre

²² W. Sulzbach, “National Consciousness”, Washington: A. C. P. A., 1943, pág. 119. Aunque este libro fuera escrito en los años cuarenta, su posición sobre el nacionalismo la había fijado ya en diversas publicaciones aparecidas en los años veinte y treinta.

²³ C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...págs. 189-191.

²⁴ J. F. Scott, “The Menace of Nationalism in Education”, London: Allen, 1926, págs. 16-17, 35 y 212.

²⁵ “Is a Permanent Peace Possible?”, The Atl. Monthly, vol. CXV, 1915, p. 376. “La nación más gloriosa es la que mata al mayor número de extranjeros y se apodera de la mayor extensión de territorio” (p. 376).

por la Sociedad de Naciones- plantearon la *necesidad de revisar el concepto y la escritura de la Historia* y, en especial, el modo en que ésta se estaba enseñando en los colegios. De casi todos los estudios y análisis que se hicieron al calor de estas iniciativas se desprendía la misma conclusión: la escritura y la enseñanza de la Historia -impartida hasta entonces desde las premisas ideológicas del nacionalismo- era una amenaza para la estabilidad y la paz mundial.²⁶

Volveremos sobre estas cuestiones en el capítulo próximo.

6.2. La regresión atávica del nacionalismo

Con todo, los comportamientos agresivos del nacionalista no eran sólo el resultado de la enseñanza de la Historia en las escuelas de la patria. Para un número mayoritario de intelectuales de entreguerras el problema del nacionalismo era mucho más profundo y difícil de erradicar, en la medida en que se consideraba a la vez una *manifestación de las partes tenebrosas de la psique humana*, la expresión del instinto de lucha o de combate o, como dirán otros, la supervivencia de la bestia salvaje en el interior del hombre civilizado. “El nacionalismo –afirma E. Hanbury Hankin- es la agresividad de ese terrible ser, el hombre de las cavernas que se esconde en cada uno de nosotros”.²⁷

Sin duda, la misma brutalidad de la guerra había consolidado la idea – ampliamente difundida a principios de siglo- de que la civilización en curso ocultaba bajo su fina y frágil capa la herencia biológica de los ancestros, del primitivo, el salvaje,

²⁶ “...deberíamos adoptar diferentes métodos de enseñanza de la historia en nuestras escuelas” –dice J. H. Whitehouse. Antes de la guerra “la Historia inglesa se caracterizaba sobre todo por ser una sucesión de eventos militares. Nuestros héroes eran los héroes militares. Incluso algunas historias con pretensiones literarias eran desfiguradas por una apelación nacionalista estrecha y extravagante” (“Some Suggestions for the Promotion of International Education”, en Whitehouse y Gooch, op. cit., págs. 65-66).

Los artículos y libros de entreguerras que pedían la revisión de los manuales escolares de historia, y que proponían una enseñanza alejada del nacionalismo –al que se atribuía a menudo la culpabilidad en el desencadenamiento de la guerra- son numerosos. Por citar algunas: H. Réverdin, “L’esprit international et l’enseignement de l’histoire”, Paris: Delachaux, 1922; E.H. Reisner, “Nationalism in Education since 1789”, N. Y.: Macmillan, 1922; M. J. Prudhommeaux, “Introduction” de la “Enquête sur les livres scolaires d’après-Guerre”, Paris: C. E. de la Dotation Carnegie, 1923; G. P. Gooch, “The Teaching of History in Relation to World Citizenship”...págs. 1-23; J. F. Scott, “The Menace of Nationalism in Education”...; D. R. Taft, “Historical Textbooks and International Differences”, Progressive Education, Ap-Jun 1925, págs. 92-96; M. Starr, “Lies and Hate in Education”, London: Hogarth, 1929; C. E. Merriam, “The Making of Citizens”, NY: Columbia Univ., 1931.

²⁷ E. H. Hankin, “Nationalism and the Communal Mind”, London: Watts & Co., 1937, pág. 151.

incluso el animal. La literatura científica y popular del tiempo de guerra abundaba repetidamente en la noción de la “bestia interior”, esto es, en la presencia inquietante y perturbadora de un ser primitivo y salvaje que acechaba en las profundidades del yo, y ponía en constante peligro las conquistas de la sociedad civilizada. El conflicto bélico había supuesto para muchos intelectuales de la época la reaparición de aquel ser ancestral, atávico. El estallido de la guerra ha sacado de las profundidades del hombre “fuerzas oscuras y misteriosas” –dice el escritor Stefan Zweig- “los impulsos e instintos más primitivos e inconscientes de la bestia humana”.²⁸ Al tiempo que destruye los hábitos de comportamiento que la civilización ha venido formando durante generaciones –afirma por su parte Arnold J. Toynbee- la guerra “trae el sustrato salvaje del carácter humano a la superficie” y estimula “el instinto de venganza y de pillaje”.²⁹ En sentido parecido, Rafael Altamira consideraba que la guerra había activado un depósito de “pasiones primitivas”, “instintos ancestrales” y “herencias bárbaras”.³⁰

Vinculado a la ferocidad de la guerra, el propio nacionalismo pasó a criticarse como una *forma de supervivencia evolutiva, de regresión al pasado más remoto, la reaparición de la bestia sanguinaria* en el corazón de los hombres. Para los críticos de la ideología, el nacionalismo no era sólo –ni siquiera era principalmente- el despertar de los pueblos a su cultura y a su Historia –como lo había sido para los principales ideólogos del XIX. El nacionalismo era más bien la irrupción, el renacimiento, la reaparición de las pulsiones irracionales y bárbaras bajo la conciencia de la sociedad civilizada. La civilización occidental no está ya amenazada por los enemigos o bárbaros del exterior –decía el sociólogo Charles Ellwood al comienzo de la Gran Guerra- sino por los “bárbaros interiores”, la masa de individuos adoctrinados en las ideas del actual nacionalismo.³¹ El nacionalismo moderno –afirma años más tarde el también sociólogo Frederick Hertz- apela a la pulsión del “instinto”, a la “barbarie primitiva”, a “la bestia acechando bajo el barniz de la civilización”.³² En la misma línea, el nacionalismo era

²⁸ S. Zweig, “El mundo de ayer”, Barcelona: El Acantilado (1944) 2001, págs. 286-287.

²⁹ A. J. Toynbee, “Nationality and the War”...págs. 3-4.

³⁰ “La propaganda de las ideas y los sentimientos pacifistas”, Madrid: J. Cosano, 1926, págs. 6-7 y 12.

³¹ O “hiper-nacionalismo”, en expresión del propio Ellwood. Según este autor, con las doctrinas del materialismo, el individualismo y el “hiper-nacionalismo” del siglo XIX y XX no es extraño que “nuestra civilización haya alimentado dentro de sí una masa de bárbaros”. “La civilización occidental” –afirma- “no está ya amenazada por enemigos externos. Si sus muros son alguna vez derribados no será por los bárbaros de África o Asia, sino por los bárbaros dentro de sus puertas” (“The Social Problem and the Present War”, The Sociological Review, vol. VIII, nº 1, enero 1915, pág. 13).

³² F. Hertz, “Nationality in History and Politics”...págs. 271-273.

para el historiador Carlton Hayes “un esfuerzo más o menos intencionado por revivir el tribalismo primitivo en una escala ampliada y más artificial”.³³

El nacionalismo en general -y, más concretamente, el que había conducido al estallido de la guerra- era una manifestación de primitivismo, una regresión evolutiva en el escenario de la Europa contemporánea, la irrupción de los instintos del bárbaro en la era de la racionalidad científica y el progreso. Así, además de una amenaza para la paz del mundo, se consideraba que la doctrina nacionalista era *obsoleta, anacrónica, regresiva, contraria a los ideales del progreso y la vida moderna, profundamente irracional*. El “nacionalismo estrecho” de nuestros días viene a significar la derrota de la razón sobre los “instintos brutales” –decía Bertrand Russell en 1915.³⁴ Bajo la influencia del nacionalismo “todas las ideas de prudencia, de humanidad o de razón quedan en suspenso” –afirma Hanbury Hankin.³⁵ Estamos –dirá Adam de Hegedus años más tarde- ante “el peor enemigo del progreso”.³⁶

Por supuesto, no todos los autores daban a la ideología la misma entidad o relevancia histórica. Por un lado, y en línea con el pensamiento evolucionista del siglo XIX, algunos creían que este nacionalismo era tan sólo una *supervivencia evolutiva extraña*, una manifestación atávica residual, un vestigio de “instintos primitivos” subsistiendo en la Europa civilizada. De acuerdo con esta interpretación, las conductas irracionales del nacionalismo se atribuían sobre todo a un conjunto de pueblos “bárbaros”, “cruels”, “incivilizados” –muy particularmente a una serie de países que había luchado en la Gran Guerra desde el otro lado de la línea de trincheras. De hecho, esta visión del nacionalismo iba a ser ampliamente utilizada durante la Primera Guerra Mundial para denunciar –con un lenguaje más propio de la propaganda que de la ciencia- la conducta del enemigo. Por poner algún ejemplo, para el historiador inglés J. H. Rose, el nacionalismo no era sino el resultado del “instinto intolerante y agresivo” desarrollado por Alemania y los Países Bálticos, un instinto que retrotraía –a juicio del autor- a “un estado de violencia y barbarie”.³⁷ Los actos de “bestialidad salvaje”

³³ C. H. Hayes, “The Historical Evolution of Modern Nationalism”, N.Y.: Macmillan Co., 1931, pág. 12.

³⁴ B. Russell, “Is a Permanent Peace Possible?”...pág. 376.

³⁵ E. H. Hankin, “Nationalism and the Communal Mind”...pág. 151.

³⁶ A. de Hegedus, “Patriotism or Peace”...pág. 47.

³⁷ J. H. Rose, “Nationality in Modern History”...págs. vi y 200-201. “El nacionalismo da señales de haber agotado su fuerza excepto entre los pueblos más atrasados” –afirma en referencia a la política de Alemania (op. cit., pág. 200).

perpetrados por el Estado alemán –decía por las mismas fechas el francés Le Bon- son la consecuencia de los instintos ancestrales de su población –“instintos de conquista, asesinato y rapiña”.³⁸ Para el cirujano británico Wilfred Trotter, el “instinto agresivo” de los alemanes se asemejaba al de una manada de lobos: “son una recrudescencia del tipo agresivo de gregarismo...una reaparición de la sociedad del lobo...”.³⁹

Con todo, la mayoría de los intelectuales europeos no creía ya que los instintos primitivos de horda, agresión y conquista fueran privativos de las naciones hostiles. De hecho, y a pesar de la retórica culpabilizadora del enemigo, muchos pensadores parecían admitir de forma más o menos explícita que los instintos bárbaros que habían conducido al nacionalismo y la guerra eran los instintos de todo el mundo, las tendencias o impulsos emocionales arraigados en la propia naturaleza del ser humano. Existe “en todos los hombres” una disposición para el ejercicio de “los sentimientos instintivos” –decía Bertrand Russell- una “bestia interior” que está en el fondo del “odio entre las naciones”.⁴⁰ En términos muy parecidos, el filósofo y teólogo anglicano William Ralph Inge explicaba el origen del nacionalismo de su tiempo en “la pugnacidad instintiva de la ‘bête humaine’”.⁴¹ Para estos y otros autores, los impulsos irracionales del nacionalismo no podían considerarse una mera supervivencia de pueblos bárbaros y hostiles, sino un *sustrato biológico común a toda la especie*; una herencia animal en

³⁸ “Enseñ. psic. de la guerra eur.”...pág. 57. “El mundo ha contemplado con estupor los actos de bestialidad salvajes perpetrados en la lucha presente. Fueron obra de un pueblo poseedor de una cultura intelectual elevada, pero cuyos instintos de barbarie ancestral estaban contenidos sólo por sanciones sociales que la guerra hizo naturalmente desaparecer” (op. cit., págs. 28-29). Véase también “Primeras consec. de la guerra”, donde vuelve a referirse críticamente al “fondo de salvajismo ancestral” de los germanos y a la resurrección de los “instintos” de las “hordas teutonas” (pág. 151), al tiempo que arremete contra el “patriotismo”, “estatismo” y “militarismo” de los alemanes (págs. 199 y 343). De hecho, en sus escritos de propaganda de guerra, Le Bon no tiene pudor en enarbolar en determinados pasajes los principios de la racionalidad y el humanitarismo.

³⁹ “Instincts of the Herd in Peace and War”, London: E. Benn (1915) 1947, pág. 179. Trotter se refiere al Estado alemán como “un Estado en el que prevalece un tipo primitivo de instinto gregario –el agresivo- un tipo que muestra la más estrecha semejanza en sus necesidades, ideales y reacciones a la sociedad de la manada de lobos” (pág. 199). Al *tipo primitivo* contraponen el *tipo socializado* del inglés, “más complejo y menos primitivo”, con un instinto gregario más parecido al de la abeja, y que representa “una tendencia hacia una solución satisfactoria de los problemas a los que el hombre como animal gregario se enfrenta” (págs. 172, 179 y 258). Entre el *tipo inglés* y el *tipo alemán* –afirma- “...hay una divergencia que casi equivale a una diferencia específica en la escala biológica. Quizás en esto reside la causa de la ferocidad desesperada y sin parangón de esta guerra. No es tanto una guerra de naciones contendientes como de especies contendientes” (pág. 182). Véase también I. W. Howerth, “The Great War and the Instinct of the Herd”, Intern. J. of Ethics, Vol. XXIX, 1918-19, en especial pág. 183.

⁴⁰ B. Russell, “Is a Permanent Peace Possible?”...pág. 369.

⁴¹ W. R. Inge, “Patriotism”, Quarterly Review, 224, Jul. 1915. (Citado en P. Crook, “Darwinism, War and History...págs. 137-138).

cierto modo reprimida o modificada, pero aún subsistente bajo las frágiles instituciones de la civilización.

Una emoción tan poderosa como la de morir por la patria sólo puede entenderse como “la realización de un impulso básico” –afirma el sociólogo norteamericano Herbert A. Miller.⁴² La explicación más popular o extendida durante la guerra y la postguerra hace hincapié en el legado hereditario de los hombres, en una serie de *disposiciones, tendencias o instintos ancestrales* que –según se cree- están detrás de la conducta irracional y destructiva del nacionalismo. Llámese como se quiera. Para unos se trata de un “instinto de hostilidad o violencia” (W. B. Pillsbury, B. Russell, D. L. Sturzo)⁴³, de un “instinto de combate” (W. Sulzbach)⁴⁴; para otros, de un “instinto territorial” (R. Mukerjee, N. N. Sen-Gupta)⁴⁵; de un “instinto de adoración” (R. Rocker)⁴⁶; o de un “instinto gregario” o “de manada” (W. Trotter, I. W. Howerth, J. F. Scott).⁴⁷ Una nación está unida instintivamente frente a la amenaza de un enemigo exterior, sea cual fuere la causa, decía el filósofo y educador americano I. W. Howerth. “Una nación es una manada”.⁴⁸

⁴² “Races, Nations and Classes”, Philadelphia: Lipp., 1924, págs. 4-5. “En la evolución de la especie humana y en la mayoría de las especies pre-humanas, ningún individuo sobrevivió excepto como miembro de un grupo” (págs. 4-5).

⁴³ “La asociación humana nació del conflicto –afirma Pillsbury- y los instintos que eran necesarios para el conflicto fueron los que con más seguridad se desarrollaron y sobrevivieron...Esta tendencia significa que la nacionalidad...es un sentimiento doble, de colaboración hacia todos los de dentro del grupo y de desconfianza hacia todos los de fuera”. La importancia del “odio” hacia el exogrupo existe también en el reino animal, argumenta Pillsbury, y pone el ejemplo de un organismo unicelular: el paramecio. (“The Psychology of Nationality and Internationalism”, N.Y.: Appleton, 1919, págs. 88-89 y 78). Véase también B. Russell, “Is a Permanent Peace Possible?”...págs. 367-376; y D. L. Sturzo, “Réponse de Don Luigi Sturzo”, en Vaussard, “Enquête sur le nationalisme”, Paris: Spes, 1924, pág. 278.

⁴⁴ W. Sulzbach, “National Consciousness”, Washington: A. C. P. A., 1943.

⁴⁵ “...Un territorio común es la condición indispensable del nacionalismo, mientras que las luchas raciales han sido a menudo el resultado de las usurpaciones de territorios...Nada impone un mayor grado de lealtad que el territorio. Probablemente esto está relacionado con el amor al nido y al hogar que todas las clases de organismos han manifestado en el curso de la historia natural” (“Introduction to Social Psychology”, Boston: Heath, 1928, pág. 197).

⁴⁶ “La obsesión guerrera de 1914, que arrojó al mundo entero a un vértigo morboso e hizo a los hombres inaccesibles a las fuentes de la razón muestra...que hay en la subconsciencia del hombre fuerzas ocultas que no se pueden definir de una manera lógica. Es el impulso religioso que vive todavía en el ser humano, aun cuando se han modificado las formas de la fe” (R. Rocker, Nacionalismo y cultura”, Madrid: La Piqueta (1937) 1977, pág. 317.

⁴⁷ Véase W. Trotter, “Instincts of the Herd in Peace and War”; I. W. Howerth, “The Great War and the Instinct of the Herd”...págs. 174-187; J. F. Scott, “The Menace of Nationalism in Education”...pág. 14.

⁴⁸ I. W. Howerth, “The Great War and the Instinct of the Herd”...págs. 175-176 y 178.

Ahora bien, si la conducta nacionalista tiene su origen en la naturaleza, en la constitución biológica de los hombres, en la supervivencia de los instintos de combate, territorialidad o gregarismo, ¿qué otra cosa se podría hacer sino aceptar de forma pasiva lo que se consideraba eran sus efectos perniciosos? Dicho de otra forma, si la nación es la “unidad biológica”⁴⁹ en la que ha actuado durante siglos el impulso gregario y combativo de la manada, ¿cómo sería posible evitar las guerras futuras con el extranjero? ¿Cómo confiar en que las normas y tratados internacionales no fueran transgredidos una y otra vez por el mandato imperativo de los instintos –la ley de la naturaleza? Para muchos intelectuales de entreguerras el nacionalismo contemporáneo era una manifestación –lamentable y dolorosa, pero inevitable- de *tendencias primitivas muy arraigadas en la especie humana*. “Porque no es nuevo para el hombre tener aversión hacia los extranjeros o amar a su patria chica” –decían entre otros E. H. Carr y M. Ginsberg.⁵⁰ Porque los hombres son gregarios y combativos “por naturaleza” –decía el sociólogo Walter Sulzbach.⁵¹

Por esta vía, los mismos autores que estaban denunciando los efectos irracionales y destructivos del nacionalismo participaban a la vez en su *naturalización*: convertían una ideología política de su tiempo en herencia biológica de la especie.

6.3. Locura y degeneración nacionalista

Con todo, el nacionalismo combativo y jingoísta no era sólo una herencia evolutiva de la especie, una expresión de los instintos primitivos de la humanidad. De hecho, los intelectuales de la época utilizaban además el *lenguaje del degeneracionismo*

⁴⁹ “La nación –afirma Trotter- ...debe considerarse la unidad más pequeña sobre la que a día de hoy actúa sin restricciones la selección natural. Entre tales unidades...el regulador último de sus relaciones es la fuerza física”. La nación es “la unidad biológica dentro de la cual se encuentra la función primitiva del altruismo” (“Instincts of the Herd in Peace and War”...págs. 126 y 129).

⁵⁰ “...las ‘naciones’ en el sentido moderno de la palabra no surgieron hasta el final de la Edad Media, cuando los sentimientos y tendencias primitivas inherentes a la naturaleza humana se convirtieron en la base sobre la que fue gradualmente construida la organización política de la sociedad moderna” (Royal Institute of International Affairs, “Nationalism”, London: F. Cass (1939) 1963, págs. 5-7).

⁵¹ W. Sulzbach, “National Consciousness”...págs. 92-93. “Los hombres son gregarios y desean combinarse en grupos y tienen, además, un impulso combativo que penetra en la vida social...La conexión entre el impulso combativo y la conciencia nacional es tan estrecha que ésta no existiría sin aquél. Innumerables grupos humanos han guerreado con otros durante miles de años...La selección natural inevitablemente trabajó a favor de los grupos que consideraban valioso el coraje guerrero. Esta consideración todavía existe en nuestra sociedad moderna” (págs. 92-93).

para condenar y maldecir la ideología y las manifestaciones del nacionalismo. En este sentido, el nacionalismo se presentaba también como un fenómeno patológico, un crimen execrable y una perversión moral de la civilización. Necesitamos “purgar”, “regenerar” el cuerpo debilitado y enfermo de la vieja Europa de la “hipertrofia mórbida y perniciosa del nacionalismo” –decía Arnold Toynbee durante la Primera Guerra Mundial.⁵² El sentimiento nacionalista “mórbido” y “pervertido” –decía por las mismas fechas Alfred E. Zimmern- es “una de las heridas sangrantes de nuestro tiempo”⁵³

Como vimos en el capítulo cuarto, los científicos degeneracionistas de finales de siglo habían vertido buena parte de los temores decimonónicos sobre el progreso y la vida moderna en una distopía organicista en la que el desarrollo de la técnica, la mecanización y especialización del trabajo y el crecimiento de las grandes ciudades desembocaba irremediabilmente –a través de un mecanismo de transmisión lamarckiano- en una sociedad de enfermos, locos, criminales, alcohólicos y desviados, una sociedad “degenerada”. Aunque los avances experimentales de la genética fueron desacreditando el concepto de degeneración evolutiva en las primeras décadas del siglo XX, el *discurso* degeneracionista siguió utilizándose con mucha frecuencia en el debate político y social. De hecho, así como la categoría de sujeto degenerado empezó a perder visibilidad en los años previos y durante la Primera Guerra Mundial –cuenta Daniel Pick- el *lenguaje* del degeneracionismo no desapareció, sino que se refractó más bien “a través de una serie adicional de representaciones sociales europeas”.⁵⁴ De manera particular, un número significativo de intelectuales empezó a aplicar durante las décadas subsiguientes los recursos terminológicos, temáticos y retóricos del degeneracionismo en la condena moral del nacionalismo.⁵⁵

⁵² “Nationality and the War”... págs. 10, 478, 485, 488 y 490. “Debilitada por la hipertrofia mórbida del nacionalismo que ha estado devorándola durante años, exhausta por la convulsión de la guerra en que la enfermedad ha culminado, Europa debe ahora andar sobre muletas o sufrir un colapso...” (pág. 488).

⁵³ A. E. Zimmern, “Nationality and Government”...pág. 100. Véase también la pág. 74.

⁵⁴ D. Pick, “Faces of Degeneration”...págs. 203 y 232-233.

⁵⁵ A pesar de que –como señalaba antes- el concepto de degeneración evolutiva había perdido buena parte de su crédito en la investigación genética, puesto que la teoría de la herencia neo-lamarckiana (que explicaba supuestamente el comienzo de los síndromes degenerativos) no gozaba ya del respaldo de la mayoría de la comunidad científica especializada. En cualquier caso, los intelectuales de entreguerras seguirían utilizando el discurso degeneracionista (p. ej., para criticar el nacionalismo), sin suscribir necesariamente la teoría hereditaria neo-lamarckiana. Dicho de otra forma: ellos se apropiaban de forma muy libre de la retórica o el lenguaje degeneracionista, pero no se adherían a la causalidad ni a las consecuencias genéticas del degeneracionismo.

De esta forma, el nacionalismo se aparecía ahora como un desorden orgánico, psíquico y moral, como ‘enfermedad’, ‘patología’, ‘vicio’, ‘mal’, ‘demencia’, ‘delirio’, ‘locura’, ‘malestar’, ‘contagio’, ‘infección’, ‘peste’, ‘virus’, ‘intoxicación’, ‘germen’, ‘perversión’, ‘maldición’, etc.⁵⁶ Tras la guerra –decía William McDougall– muchos autores han intensificado la antipatía hacia el nacionalismo, al que se describe hoy como “una especie de enfermedad de la naturaleza humana”, como “la desafortunada propensión de los hombres a la embriaguez”, algo esencialmente “malo” y “condenable” que debe ser reprimido o erradicado si se quiere vivir en un mundo sin guerras ni conflictos.⁵⁷

De entrada, no eran pocos los intelectuales que utilizaban el lenguaje de la psiquiatría para describir el nacionalismo como una “neurosis” (J. H. Rose), una “locura” (J. Oakesmith), un tipo de “alucinación” (H. G. Wells).⁵⁸ Para la historiadora británica Caroline E. Playne, que estudió durante los años 20 el fenómeno del nacionalismo, se trataba de una neurosis social causada por el estrés y la tensión de la vida moderna.⁵⁹ Para R. Mukerjee y N. N. Sen-Gupta y, años más tarde, también para Luther Lee Bernard, el nacionalismo era “una especie de demencia” o “ceguera mental” que distorsiona la relación entre los pueblos y nos aboca a la guerra.⁶⁰ En la misma línea, Erich Fromm vería en el nacionalismo “la demencia” de nuestra era: “pervierte” la razón del individuo, alimenta la “ilusión paranoide”, “envenena” el vínculo con el prójimo y el extranjero.⁶¹ El ser nacionalista –el hombre-masa de la sociedad actual, dirá Adam de Hegedus– no es capaz de pensar por sí mismo, es un ser “emocionalmente deficiente”.⁶² Sobre todo ello volveremos en el apartado final de este capítulo.

De hecho, la doctrina política del nacionalismo se concibe *como una patología de la mente y/o del cuerpo*; como ideología mórbida, perniciosa, dañina. Para Toynbee

⁵⁶ Véase en relación a esto el artículo de L. L. Farrar, “Villain of the Peace: Nationalism and the Causes of World War I”, *Canadian Review of Studies in Nationalism*, XXII, 1-2, 1995, pág. 57.

⁵⁷ W. McDougall, “The Group Mind”... págs. 177-178.

⁵⁸ J. H. Rose, “Nationality in Modern History”... pág. 171; J. Oakesmith, “Race and Nationality”, London: W. Heinemann, 1919, págs. 266-267. Sobre H. G. Wells véase E. M. Earle, “H. G. Wells, British Patriot in Search of a World State” en E. M. Earle (ed.), “Nationalism and Internationalism”, N.Y.: Columbia University Press, 1950, pág. 88.

⁵⁹ C. E. Playne, “The Neuroses of the Nations”, London: Allen & Unwin, 1925.

⁶⁰ R. Mukerjee y N. N. Sen-Gupta, “Introduction to Social Psychology”... pág. 263-264 y 267; L. L. Bernard, “War and Its Causes”, N. Y.: H. Holt, 1944, pág. 382.

⁶¹ E. Fromm, “The Sane Society”, London: Routledge, 1955, pág. 58.

⁶² A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...págs. 104-105 y 112-113.

y Zimmern –como ya señalamos- el nacionalismo de los europeos se había “hipertrofiado” hasta convertirse en una “enfermedad”. De forma parecida, I. Zangill, G. E. Partridge y J. Oakesmith criticaban el nacionalismo “patológico”, “mórbido” y “pervertido” de su tiempo, en especial el de Alemania.⁶³ Para J. H. Hayes o D. L. Sturzo, el nacionalismo era un “mal” que “debía ser curado”, que necesitaba de algún “antídoto” (quizás la ciencia o el internacionalismo, sugería el propio Hayes).⁶⁴ Y Harold J. Laski, Frederick Hertz y Adam de Hegedus plantearían años más tarde la urgencia de establecer un diagnóstico preciso para la “curación” de esta “enfermedad”. Se trata –según Laski- de una “enfermedad” que infecta la humanidad y no puede ser curada mediante un conjuro.⁶⁵ Estudiar el nacionalismo debiera ser como estudiar medicina, “como examinar una úlcera sifilítica o un hígado canceroso” –afirma de Hegedus.⁶⁶

Como hiciera el degeneracionismo finisecular, los críticos del momento tomaban muchos de sus términos del campo de la epidemiología. Así, el nacionalismo se presentaba *como epidemia o enfermedad infecciosa*, como un germen –virus o bacteria-, como la Peste de la era moderna. Con ello no sólo incidían en la naturaleza patológica de la doctrina, sino que advertían de su rápida difusión a través del contagio. Por ejemplo, el físico Albert Einstein veía el nacionalismo como un virus: “el sarampión de la humanidad”.⁶⁷ También el escritor Adam de Hegedus se refería a la ideología como “una enfermedad contagiosa”, una epidemia aún peor que la Peste Negra que asoló la Europa medieval.⁶⁸ Para muchos intelectuales de entreguerras, el virus del nacionalismo había infectado la mayor parte del continente europeo, había causado estragos en los Imperios Habsburgo y Otomano, se extendía por Oriente Próximo y la India...En ningún período de la historia humana ha habido una “epidemia de perversidad moral”

⁶³ Véase I. Zangill, “The Principle of Nationalities”, London: Watts, 1917, págs. 46 y 49; G. E. Partridge, “The Psychology of Nations”...pág. 161 y 306; J. Oakesmith, “Race and Nationality”...págs. 266-267.

⁶⁴ C. Hayes, “Essays on Nationalism”...págs. 246, 264 y 271; D. Sturzo, “Réponse de Don Luigi Sturzo”...pág. 283.

⁶⁵ H. J. Laski, “Nationalism and the Future of Civilization”...pág. 26.

⁶⁶ A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...pág. 109. “Se debería estudiar los síntomas, intentar encontrar la causa y, después, intentar suministrar el remedio” (op. cit., pág. 109). Sobre F. Hertz, véase su libro “Nationality in History and Politics”...pág. 413.

⁶⁷ Véase S. Reicher y N. Hopkins, “Self and Nation”...pág. 53.

⁶⁸ A diferencia del nacionalismo –advierte de Hegedus- “...otros males del pasado nunca podrían considerarse ‘universales’ o ‘totales’. La Peste, la gran plaga que duró tres siglos, se limitó a Europa...el nacionalismo es en parte una enfermedad contagiosa...” (“Patriotism or Peace?”...págs. 46-47).

como la que ha provocado en la actualidad el nacionalismo –decía el poeta y filósofo indio Rabindranath Tagore en los años 20.⁶⁹

Otras veces los críticos del nacionalismo recurrían al lenguaje de la toxicología y hacían aparecer al nacionalismo *como un gas, un veneno, una droga o bebida alcohólica*. La prensa jingoísta “intoxica la imaginación” de los individuos –advertía el escritor y periodista inglés Norman Angell antes de la Gran Guerra- y anula su juicio por completo, revirtiendo su desarrollo al de un colegial.⁷⁰ Como él, muchos otros autores iban a denunciar los efectos tóxicos –embriagadores, narcotizantes, cautivadores, anestésicos- de la ideología nacionalista. “Bajo la influencia de sus vapores –escribía Tagore pocos años después- todo el pueblo puede llevar a cabo su programa sistemático de egoísmo virulento sin ser consciente de su perversión moral”.⁷¹ Así, Tagore describía el nacionalismo como “vapor anestésico”; Rudolf Rocker lo hace como “aire mefítico”; Carlton Hayes y Hamilton Fyfe, como un “veneno”; Adam de Hegedus, como “una droga peligrosa”; Paul Valéry, Edward Carr o F. L. Schuman, como una bebida alcohólica, un “vino espirituoso”.⁷² En ocasiones –afirma Schuman- “el vino embriagador del nacionalismo” pervierte las mentes “casi al mismo grado que el opio o la locura”.⁷³

De este modo, los efectos del nacionalismo se equiparan a los de la exposición, inhalación, inyección o ingesta de sustancias tóxicas, muy especialmente los producidos

⁶⁹ R. Tagore, “Nationalism and the New Age”, en D. Allen (ed.), “Pacifism in the Modern World”, N.Y.: Doubleday, 1929, págs. 209-210. La utilización del lenguaje epidemiológico está presente en muchas otras publicaciones de la época. P. ej., T. Veblen, “An Inquiry into the Nature of Peace”, N.Y.: Sentry (1917) 1964, pág. 47; H. J. Laski, “Nationalism and the Future of Civilization”...pág. 26; L. Wirth, “Types of Nationalism”, Amer. J. of Sociol., vol. 41, 1936, pág. 726; F. Hertz, “Nationality in History and Politics”...págs. 272 y 412. También se emplea la retórica epidemiológica en escritos posteriores a la II Guerra Mundial: A. J. Toynbee, “A Study of History”, vol. VIII, London: Oxford Univ. Press, 1954, págs. 536-539; L. L. Snyder, “The Meaning of Nationalism”...págs. 76 y 158; K. R. Minogue, “Nacionalismo”, B. Aires: Paidós, (1967) 1975, pág. 109.

⁷⁰ N. Angell, “The Great Illusion”, London: W. Heinemann (1909) 1914, págs. 204-205.

⁷¹ R. Tagore, “Nationalism”, N. Y.: Macmillan Co., 1917, pág. 57.

⁷² R. Tagore, op. cit., pág. 57; R. Rocher, “Nacionalismo y cultura”...pág. 713; C. Hayes, “Essays On Nationalism”...pág. 271; H. Fyfe, “The Illusion of National Character”, London: Watts, 1940, págs. 235-236; A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...pág. 98, 131 y 133; P. Valéry, “Regards sur le monde actuel”, Paris: Stock, 1931, pág. 63; E. H. Carr, “Nationalism and After”, London: Macmillan (1945) 1967, pág. 11; F. L. Schuman, “ ‘The Historical Evolution of Modern Nationalism’ by C. J. H. Hayes”, Internat. J. of Ethics, vol. XLI, 1930-31, pág. 520.

Compruébese que, incluso un autor como E. Carr, cuyo análisis del nacionalismo se fundamenta en la explicación de una serie de procesos económicos que acontecen en las sociedades contemporáneas, se hace igualmente eco –en algunos párrafos de su libro- del lenguaje psico-biológico del degeneracionismo.

⁷³ F. L. Schuman, “ ‘The Historical Evolution of Modern Nationalism’ by C. J. H. Hayes”...pág. 520.

por el consumo desmedido de alcohol. En determinados lugares –decía el psicólogo social Daniel Katz- el nacionalismo de nuestro tiempo se asemeja “al vicio de beber durante el fin de semana”.⁷⁴ De hecho, al igual que hiciera el degeneracionismo finisecular, también los críticos del nacionalismo establecen una relación directa y explícita entre ideología y vicio. El nacionalismo aparece así *como pérdida de templanza, como perversión del juicio o corrupción de normas y costumbres sociales*. El nacionalismo “vicia el derecho internacional” (E. Krehbiel); “corrompe la buena relación entre las naciones” (L. S. Greenberg); “pervierte la moral de todo el pueblo” (R. Tagore).⁷⁵

Junto a la enfermedad, la locura y el vicio, los críticos de la época equiparan la ideología nacionalista con el crimen, o hacen a aquella responsable de un número incontable de actos delictivos y criminales cometidos en su nombre. El nacionalismo es un pretexto para intenciones deshonrosas, incluso criminales. “...el último refugio de un sinvergüenza” –decían por entonces, parafraseando al escritor y ensayista inglés Samuel Johnson.⁷⁶ Porque la bandera de la nación cubre “toda inhumanidad, toda infamia y todo crimen” –afirmaba Rudolf Rocker.⁷⁷ El “agudo nacionalismo” de la actualidad, y en especial el nacionalismo alemán –decía H. L. Stewart durante la Gran Guerra- es el culpable de los “crímenes” que presenciamos.⁷⁸ Después de la Primera y, todavía más, tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, era frecuente que los intelectuales rescataran las palabras de Lord Acton para poner de relieve la *naturaleza criminal del nacionalismo*.⁷⁹ Y, en todo caso, algunos de los epítetos que pasaron a adscribirse de forma automática a la ideología pertenecían también al campo semántico de la criminología del siglo XIX. Así, la conducta del nacionalista –como la del ‘uomo

⁷⁴ D. Katz, “The Psychology of Nationalism”, en J. P. Guilford (ed.), “Fields of Psychology”, N.Y.: Van Nostrand, 1940, pág. 176. Asimismo, el historiador A. Toynbee consideraba que el nacionalismo (la pretensión de vincular la lengua vernácula con la soberanía política) es “un brebaje político embriagador de energía psíquica” (“A Study of History”...págs. 536-539).

⁷⁵ E. Krehbiel, “Nationalism, War and Society”...pág. 141; L. S. Greenberg, “Nationalism in a Changing World”, N.Y.: Greenberg, 1937, págs. 14-16; R. Tagore, “Nationalism”...pág. 57. Puede consultarse también A. E. Zimmern, “Nationality and Government”...pág. 53; W. D. Wallis, “The Prejudices of Men”, The Amer. J. of Sociology, vol. 34, 1929, pág. 819; E. Fromm, “The Sane Society”...pág. 58.

⁷⁶ Véase p. ej. H. Fyfe, “The Illusion of National Character”...págs. 243 y 13. Aunque habla sobre todo del “patriotismo”, el autor hace constantes referencias a la ideología nacionalista de su tiempo.

⁷⁷ R. Rocker, “Nacionalismo y cultura”...pág. 317.

⁷⁸ H. L. Stewart, “Is patriotism immoral?”, The Amer. J. of Sociology, vol. 22, 1917, pág. 616.

⁷⁹ “...la teoría de la nacionalidad”, la equivalencia del Estado con la nación –dice Acton- “es más absurda y más criminal que la teoría del socialismo” (“Nacionalidad”...pág. 330).

delincuente' y el criminal degenerado- se caracteriza por ser siniestra, malvada, infame, vil, abominable, incluso demoníaca. El nacionalismo es “el mayor mal del universo” (A. de Hegedus), “un poder demoníaco sobre la historia y la vida” (H. Kohn), la encarnación del mal.⁸⁰

La consideración del nacionalismo como una ideología pervertida e infame, como un mal demoníaco -“diabólico”, decía Toynbee⁸¹- nos lleva a otra similitud con el discurso degeneracionista: la constante valoración de la doctrina en términos morales y religiosos.⁸² Después de la guerra se juzga al nacionalismo como una doctrina que fomenta la ambición y agresión colectiva contra otras naciones en nombre de la propia, y sin ningún tipo de limitación moral. El nacionalismo fomenta el “egotismo”, el “odio”, la “vanagloria” y el “vicio moral” –sostiene el sociólogo Herbert A. Miller.⁸³ Se trata de una ideología “sin limitaciones morales” –afirman D. L. Sturzo y V. C. Hopkins.⁸⁴ Además, para la valoración ética de la doctrina se utilizan a menudo *categorías morales extraídas de una cosmovisión religiosa*.⁸⁵ Así, se habla del mal o la maldad del nacionalismo, de su vicio y sus excesos, de su depravación o degeneración moral, de sus pecados: orgullo, envidia, egoísmo, avaricia, vanidad, odio...A juicio de Thorstein Veblen, la lealtad a la patria encubre “una multitud de pecados”.⁸⁶ En palabras de Carlton Hayes, “...el nacionalismo no inculca ni caridad ni justicia; es orgulloso, no humilde..., su realización supone el egoísmo y la vanagloria tribal”. La creencia nacionalista –concluye el historiador norteamericano- es “mala” y deber ser “maldecida”.⁸⁷

En otras ocasiones, el mal del nacionalismo se describe con una carga fuertemente profética, y casi siempre apocalíptica. De hecho, el mal aparece en estos casos con mayúscula, *como si se tratara de un castigo sobrenatural o divino, como Mal*

⁸⁰ H. Kohn, “Historia del nacionalismo”...pág. 374; A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...pág. 45.

⁸¹ A. J. Toynbee, “A Study of History”...págs. 536-539.

⁸² Véase el libro de Peter Alter, “Nationalism”...pág. 2.

⁸³ “Races, Nations and Classes”...pág. 184. Aunque Miller se refiere aquí al patriotismo, afirma que “el nacionalismo...puede considerarse virtualmente en los mismos términos...” (op. cit., pág. 181).

⁸⁴ Véase D. L. Sturzo, “Réponse de Don Luigi Sturzo”...pág. 279 ; V. C. Hopkins, “Nationalism Re-examined”, Thought, autumn 1955, vol. XXX, nº 118, pág. 391.

⁸⁵ En este punto estamos en deuda con la revisión crítica de las teorías nacionalistas (y, en concreto, la de Kedourie) que hace A. D. Smith en su libro “Las teorías del nacionalismo”...págs. 74-75.

⁸⁶ T. Veblen, “An Inquiry into the Nature of Peace and the Terms of its Perpetuation”...pág. 40.

⁸⁷ C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...págs. 125 y 246.

o maldición. “El nacionalismo es la maldición de nuestro tiempo” –repiten muchos intelectuales de entreguerras, desde G. P. Gooch o C. Hayes a W. D. Wallis o J. Huizinga.⁸⁸ Algunos autores se limitaban a recordar la lúgubre profecía de Lord Acton sobre la doctrina del nacionalismo (su “curso” estará marcado “por la ruina moral y material, para que prevalezca una nueva invención sobre la obra de Dios y los intereses de la humanidad”).⁸⁹ Otros readaptaban las metáforas y figuraciones bíblicas para trazar un retrato igualmente terrorífico de las consecuencias del nacionalismo. “Por mi vida han galopado todos los corceles amarillentos del Apocalipsis, la revolución y el hambre, la inflación y el terror, las epidemias y la emigración...la peor de todas las pestes: el nacionalismo...una barbarie como no se había visto en tiempos...” –decía el escritor austríaco Stefan Zweig.⁹⁰

En definitiva, el “mal del nacionalismo” se combatía con diferentes recursos temáticos, retóricos o argumentativos, pero utilizando casi siempre las diversas acepciones de malignidad que el degeneracionismo había acuñado. *En primer lugar*, el mal se entiende como afección o trastorno (enfermedad, locura, infección, epidemia); como patología que debe ser diagnosticada, recetada, tratada, curada. *En segundo lugar*, pero no menos importante, la naturaleza maligna del nacionalismo era entendida como maldad o vileza, esto es, como una doctrina inmoral que debía ser condenada o reprobada sin ambages. De hecho, la mayoría de académicos e intelectuales se oponen con vehemencia a una ideología a la que califican de malévola, pervertida, infame, vil, abominable o siniestra. *En tercer y último lugar*, el mal del nacionalismo se describe con un fuerte sentido profético, como designio divino o maldición. Así, los críticos de la

⁸⁸ Véase G. P. Gooch, “The Teaching of History in Relation to World Citizenship”... pág. 6; C. Hayes, “Essays on Nationalism”...pág. 246; W. D. Wallis, “The Prejudices of Men”...pág. 819. En relación a Huizinga, véase Snyder, “The New Nationalism”, N.Y.: Cornell Univ. Press, 1968, pág. 29.

⁸⁹ Acton, “Nacionalidad”...pág. 329. Tras el estallido de la I Guerra Mundial –y hasta mucho después del final de la Segunda– se multiplican las citas de Acton, que muchos consideraban el verdadero profeta del nacionalismo. Véase p. ej. B. Russell, “Is a Permanent Peace Possible?”...pág. 376; A. E. Zimmern, “Nationality and Government”...págs. 20-21; S. Herbert, “Nationality and its Problems”, London: Methuen, 1920, págs. 89-91; L. Mumford, “The relations of nationalism and culture”, The Sociological Review, vol. XIV, nº 1, Jan. 1922, pág. 317; C. Hayes, “Essays on Nationalism”...pág. 255; E. H. Carr, “Nationalism and After”...pág. vi; A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...pág. 48. “El veredicto de Lord Acton –decía Kedourie–...parecería ser profético, templado y justo...” (“Nationalism”...pág. 134).

⁹⁰ S. Zweig, “El mundo de ayer”...pág. 13. También puede citarse al sociólogo Lewis Mumford. El nacionalismo –afirma– es “otro ejemplo de la herejía antigua, la del ‘poder espiritual’...que busca el dominio temporal; y en ningún sitio se ha demostrado más cierto que quien empuña la espada morirá por la espada. Las flores de la cultura, propagadas por ‘razones de Estado’ degeneran en hierbajos hediendos; y el nacionalismo político se convierte en la cosa infame que el gran historiador Lord Acton declaró que sería” (“The relations of nationalism and culture”...pág. 317, curs. añad. al or.).

ideología se convierten a menudo en profetas del apocalipsis. Incluso Kedourie, años más tarde, encontraría el tono admonitorio preciso en esta cita del poeta romántico Heine: “Habrá kantianos futuros que en el nuevo mundo venidero no querrán sentir reverencia por nada, y que asolarán sin piedad, y devastarán a sangre y fuego el suelo de toda la vida europea para desenterrar hasta la última raíz del pasado...”.⁹¹

Una cuestión final merece ser destacada. Como hemos dicho, los críticos de entreguerras veían en el nacionalismo la *representación moderna del mal absoluto*: como malestar (o patología), como maldad y como maldición. Con todo, y a pesar de su declarada oposición al nacionalismo de su tiempo, muchos de estos mismos autores participaban en la legitimación de la ideología nacionalista a partir de una serie de distinciones retóricas adicionales. P. ej., algunos postulaban la existencia de un *nacionalismo bueno*, virtuoso y razonable, un nacionalismo contrapuesto al anterior y, por tanto, respetuoso con las otras naciones y los valores humanitarios. Aunque el “nacionalismo pervertido e insatisfecho” es una de las heridas sangrantes de nuestra época -afirmaba el historiador y politólogo británico Alfred E. Zimmer- la misma ideología nacionalista se convierte en ocasiones en “una gran fuerza de inspiración y vigor, un baluarte contra el chauvinismo y el materialismo, contra todas las fuerzas impersonales e incivilizadas que acosan y degradan las mentes y los espíritus de los hombres modernos”.⁹² De forma parecida, Louis S. Greenberg hablaba de la existencia de un tipo de nacionalismo tolerante y pacífico, herderiano, capaz de respetar a todas las culturas, opuesto en cualquier caso al nacionalismo intolerante y chauvinista que amenazaba al mundo con la barbarie y la guerra.⁹³

Otra distinción académica –y más común que la anterior a partir de los años 20 y 30- consistía en categorizar al nacionalismo en su conjunto como una doctrina necesariamente maligna, inmoral y belicista, y asignar al “patriotismo” las manifestaciones pacíficas, virtuosas y benignas del sentimiento o lealtad a la nación.⁹⁴

⁹¹ E. Kedourie, “Nationalism”...págs. 83-84.

⁹² “Nationality and Government”...pág. 100. “...el nacionalismo no es una simple moda o manía; ni, como Mr. Wallas lo denomina...‘un hecho alterable por la voluntad humana’, sino que surge de raíces profundas en la naturaleza heredada del hombre...los cosmopolitas o los bolcheviques...son como flores cortadas: no absorben alimento de su tierra natal” (op. cit., pág. 99).

⁹³ L. S. Greenberg, “Nationalism in a Changing World”...págs. 14-16 y 19-20.

⁹⁴ Véase P. A. Taguieff, “El nacionalismo de los ‘nacionalistas’”...págs. 68-69 y 87.

Por ejemplo, H. L. Stewart, G. E. Partridge, D. L. Sturzo o R. Altamira diferencian entre el *buen patriotismo* y el malvado nacionalismo de su tiempo.⁹⁵ También Harold J. Laski, que elogiaba el patriotismo como una expresión instintiva genuina de parentesco hacia la propia nación, mucho más racional y tolerante que el nacionalismo. “El patriotismo se construye, en parte, del instinto gregario del hombre y, en parte, del deseo racional de auto-gobierno...Pero el deseo de administrar sus asuntos no significa el derecho a administrar los asuntos de otros pueblos”.⁹⁶ Frente a la ideología artificial, agresiva y patológica del nacionalismo –decía por su parte Hayes– “el patriotismo es amor al propio país...una expresión particularmente natural y ennoblecedora del sentimiento humano primitivo de lealtad”...Una lealtad –concluye Hayes– que carece de envanecimiento y hostilidad hacia el extranjero.⁹⁷

Con este tipo de distinciones o tipologías analíticas, los intelectuales buscaban a menudo justificar y *naturalizar* el vínculo o lealtad personal con la propia nación, presentado como benéfico patriotismo, y *condenar* a la vez al nacionalismo intolerante y agresivo como un mal ajeno (un peligro de otros pueblos o países).⁹⁸ Con todo, a pesar de los repetidos intentos de proyectar el problema del nacionalismo fuera de las fronteras de la patria, la mayoría de intelectuales que sobrevivieron a la Gran Guerra parecían reconocer, de algún modo, los muchos peligros que acechaban a todo patriotismo. No era preciso ir tan lejos como el escritor inglés Samuel Johnson.⁹⁹ Aún

⁹⁵ H. Stewart, “Is Patriotism Immoral?”...págs. 616-17 y 620-21; G. Partridge, “The Psychology of Nations”...págs. 79-80, 87-88 y 213; D. Sturzo, “Réponse de Don Luigi Sturzo”...págs. 270-272 y 275 ; R. Altamira, “Patriotismo y nacionalismo” (1924), en “Escritos patrióticos”, Madrid: F. Fe, 1929, págs. 115-121. “...ser patriotas y fervientes partidarios de la doctrina de las nacionalidades –afirma Altamira– no fuerza a devenir nacionalistas: ni en lo agresivo de esta política, por lo que se refiere a las relaciones internacionales, ni en su inclinación retrógrada...He peleado siempre contra todas las patrioterías, que me parecen funestas y germen seguro de los imperialismos que, a su vez, se basan en la sobreestimación de las propias cualidades y energías y el menosprecio de las ajenas; pero nunca he creído que el verdadero patriota hubiese de ser por necesidad un patriotero de esa *calaña*. () ...hay muchos hombres...para quienes el ideal de grandeza de su Nación no se edifica sobre despojos o mediatizaciones de vida ajena, sino sobre el cultivo de las calidades y riquezas propias, defendiendo y sublimando la genuina originalidad y patrimonio de cada uno para mejor contribuir a la labor humana de mejoramiento, que requiere todas las colaboraciones...” (op. cit., págs. 116, 118 y 120, cursiv. añad. al or.).

⁹⁶ H. J. Laski, “A Grammar of Politics”, London: Allen & Unwin (1925) 1967, pág. 232.

⁹⁷ C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...págs. 274-275.

⁹⁸ Véase P. A. Taguieff, “El nacionalismo de los ‘nacionalistas’”...págs. 68-69 y 87. La distinción nacionalismo/patriotismo se seguirá utilizando por las ciencias sociales a finales del siglo XX. Véase M. Billig, “Banal Nationalism”, London: Sage, 1995, págs. 55 y sig.

⁹⁹ Nos referimos a la conocida afirmación de Samuel Johnson: “El patriotismo es el último refugio de los canallas”. En la misma línea, decía el ensayista y polígrafo ilustrado Feijoo: “Busco en los hombres aquel amor de la patria que hallo tan celebrado en los libros...aquel amor justo, debido, noble y virtuoso, y no lo encuentro. En unos no veo algún afecto a la patria; en otros sólo veo un afecto delincuente...¿Qué

siendo una expresión “instintiva” y “genuina” de amor a la patria –reconocía el mismo Laski- el patriotismo “podía desviarse por caminos tortuosos”.¹⁰⁰ El patriotismo –decía por las mismas fechas el psicólogo social B. C. Ewer- “se pervierte con facilidad en formas malévolas y usos infames, en hostilidad desvergonzada hacia otras naciones...”.¹⁰¹ Para estos y otros autores, la lealtad o el amor a la nación era un sentimiento natural y noble que podía *degenerar* –y a menudo *degeneraba*- en nacionalismo y chauvinismo. El patriotismo “se pervierte” con frecuencia en interés de guerras injustificables –decía Luther Lee Bernard.¹⁰² O, en palabras de W. D. Wallis, “degenera” en estrechez de miras y en la pérdida de la virtud, en “la gran maldición del nacionalismo”.¹⁰³

Como los profetas del *degeneracionismo*, los intelectuales de entreguerras anunciaban con voz airada la presencia inquietante y perturbadora de un terrible mal que encarnaban casi siempre en otras naciones, pero que no parecía del todo ajeno a la propia. Los pecados y vicios del nacionalismo amenazaban con propagarse por todo el orbe como la Peste de nuestro tiempo.

guerra se emprendió sin este especioso pretexto?” (“Amor de la patria y pasión nacional” (1729), en “Teatro Crítico”, Madrid: Libra, 1971, pág. 29).

¹⁰⁰ H. J. Laski, “A Grammar of Politics”...pág. 221. Véase también pág. 234.

¹⁰¹ “Social Psychology”, N.Y.: Macmillan Co., 1929, págs. 403-404. Este “patriotismo pervertido” –dice Ewer- sí se ha de convertir en la amenaza de la que habla Samuel Johnson. “La iniquidad patriótica ha escrito muchas de las páginas más negras de la historia, páginas negras de odio y crueldad, de deshonestidad y rapacidad...Correctamente ha sido llamado ‘el último refugio del sinvergüenza’” (págs. 403-404). Ewer es aún más crítico con el nacionalismo (págs. 349 y 405).

¹⁰² “War and its causes”...pág. 296. En términos parecidos, McDougall se refería a los peligros que acechaban al patriotismo: “Un *patriotismo puro e intenso* es enteramente compatible con un espíritu de buena voluntad y amable cooperación con otras naciones. Pero, desafortunadamente...es muy propenso a asumir en muchos hombres *una forma pervertida* en que la envidia y la antipatía hacia otras naciones llega a ser tan poderosa para el mal como el amor al país es poderoso para el bien, *esa forma pervertida* llamada con acierto Chauvinismo. E incluso en ausencia de toda antipatía positiva hacia otras naciones, el patriotismo, como el amor a uno mismo, puede llegar a ser peligroso debido al desarrollo excesivo de la voluntad de poder...La codicia de poder, que tan a menudo acompaña al patriotismo como un ingrediente del *espíritu de nacionalismo*, es por tanto un factor real y serio que contribuye a la guerra” (“Janus: The Conquest of War”, London: K. Paul, 1927, págs. 49-50, curs. añad. al or.).

¹⁰³ “The Prejudices of Men”...pág. 819. Sorprende la frecuencia con la que los intelectuales utilizaban los verbos *degenerar* y *pervertir* para referirse a las formas agresivas o chauvinistas del patriotismo o del sentimiento de nacionalidad. En ocasiones, sobre todo en los nuevos Estados –decía Zangwill- la nacionalidad deja de desarrollarse “con normalidad” o en una “conciencia saludable”, y “*degenera*” en nacionalismo (“The Principle of Nationalities”...págs. 46 y 49). “Cuando una nacionalidad ha logrado autonomía política –decía Wirth- redefine en ocasiones sus objetivos en términos de imperio o *degenera* en chauvinismo nacional” (“Types of Nationalism”...pág. 726). “El único gran inconveniente del sentimiento de nacionalidad como valor común –decía R. Angell- es que *degenere* tan fácilmente en chauvinismo egoísta...Podemos convertirnos en americanos ardientes, pero pobres ciudadanos del mundo” (“The Integration of American Society”, N.Y.: McGraw-Hill, 1941, págs. 18 y 110).

6.4. La psicología de las masas y la crítica del nacionalismo

Por lo demás, si la conducta del *nacionalista* era, a la vez, atávica y degenerada, patológica y criminal, además de irracional, extrema, agresiva, inhumana, cruel, abyecta, tal conducta se asimilaba a la del *sujeto de las masas o multitudes*, como había sido descrita en el último tercio del siglo XIX por Taine, Zola, Sighele y Le Bon. De hecho, tras el final de la Gran Guerra, y en las décadas sucesivas, la mayor parte de los intelectuales europeos y americanos utilizaban de forma más o menos explícita los viejos conceptos y nociones de la psicología de las multitudes para criticar el nacionalismo belicista de su época. Aunque tiene su origen en círculos intelectuales –decía Max Boehm- el nacionalismo agresivo logra su verdadera fuerza e importancia “a través de su apelación a los instintos de la masa”.¹⁰⁴

Así, el nacionalismo pasó a describirse preferentemente como una doctrina política perniciosa y regresiva instigada por agitadores interesados y demagogos irresponsables (políticos sin escrúpulos, diplomáticos intrigantes, empresarios codiciosos), una minoría dispuesta a convertir a la mayoría de la población –*a través de las leyes de la sugestión y la propaganda*- en una masa criminal y bárbara, movilizada para participar en la guerra. El economista británico John A. Hobson fue uno de los primeros en utilizar los planteamientos de Le Bon para criticar el patriotismo chovinista que había conducido –a su juicio- a la Guerra de los Boers. A través del “contagio” y la “sugestión” de la prensa –afirmaba Hobson- por medio de apelaciones al odio primitivo y al deseo animal de sangre, la nación británica se ha transformado en una multitud o muchedumbre belicista. Sean las que fueren las razones e intereses de políticos, financieros y periodistas para provocar el conflicto, la aprobación y entusiasmo popular por la guerra “no fue estimulada por ningún proceso de raciocinio”. Más bien –concluye Hobson- “la nación británica se convirtió en una muchedumbre, y expuso su mente de masa a las sugestiones de la prensa”.¹⁰⁵

Algunos años más tarde, un número significativo de académicos e intelectuales a derecha e izquierda utilizaría el esquema reduccionista de la psicología de las

¹⁰⁴ M. H. Boehm, “Nationalism”, en “Encyclopaedia of the Social Sciences”, vol. XI, N.Y.: The Macmillan Co., 1937, pág. 231. “...el individuo debe ser alcanzado cuando sus poderes críticos estén subdesarrollados o en suspenso. Por esta razón la propaganda nacionalista se concentra sobre los jóvenes y las masas” (op. cit., pág. 237).

¹⁰⁵ J. A. Hobson, “The Psychology of Jingoism”, London: G. Richards, 1901, págs. 8 y 18-19.

multitudes para explicar el origen y desarrollo de la I Guerra Mundial. Los países o naciones civilizadas han suspendido sus capacidades superiores de juicio y responsabilidad moral, de raciocinio y pensamiento crítico. Los pueblos más modernos y cultos se han convertido en *muchedumbres irracionales y bárbaras*, en *multitudes criminales dispuestas para la guerra*. Los ciudadanos, habitualmente pacíficos e inofensivos –advierte I. W. Howerth- se juntan y someten al poder colectivo de la masa, “su individualidad consciente desaparece en la personalidad inconsciente de la multitud”, y se prestan a cometer los crímenes y barbaridades propias de las tribus salvajes.¹⁰⁶ “Los procesos mentales de un pueblo entero son transformados” –afirma el filósofo y pedagogo Everett Dean Martin- y “toda la nación se convierte en una multitud homicida”.¹⁰⁷

Para muchos de los intelectuales que habían vivido directa o indirectamente el conflicto bélico –su inopinado estallido, su duración temporal o su extremada crueldad en vidas humanas- la propia experiencia de la guerra parecía confirmar de una u otra manera los conceptos básicos establecidos por la psicología de las multitudes. De hecho, y a juicio de estos autores, toda la contienda bélica habría validado las afirmaciones y simplificaciones postuladas previamente sobre la irracionalidad, el primitivismo y la criminalidad de las masas.¹⁰⁸ Así, para aquella generación de entreguerras, el ejemplo paradigmático de la multitud inconsciente y regresiva ya no era sólo la huelga o las manifestaciones obreras del 1º de Mayo –como sí lo había sido para muchos intelectuales de la generación anterior- sino que podía ser también la nación en armas. “El ejemplo típico de la masa asesina es, por supuesto, una nación en guerra” –decía E. D. Martin al poco de terminar el conflicto. En tales momentos –insiste este autor- no es sólo el ejército sino la totalidad de la nación la que se transforma en una “masa homicida”.¹⁰⁹

Pero, además de representar a las masas regresivas y violentas como “naciones en armas”, los académicos e intelectuales de entreguerras responsabilizaban cada vez

¹⁰⁶ I. W. Howerth, “The Great War and the Instinct of the Herd”...págs. 180-181.

¹⁰⁷ “The Behavior of Crowds”, N.Y.: Harper, 1920, págs. 108-109. La representación de las naciones en guerra como masas o multitudes bárbaras y violentas la encontramos todavía a la altura de la II Guerra Mundial. “Ocurre hoy, como ha ocurrido en todos los periodos, que las naciones, aparentemente pacíficas y conscientes de su interés, se convierten de la noche a la mañana en muchedumbres vociferantes por el anuncio de que sus gobernantes han optado deliberadamente por la guerra o han entrado tropezándose y tambaleándose en ella” (H. Fyfe, “The Illusion of National Character”...pág. 12).

¹⁰⁸ Véase S. Giner, “Sociedad masa”, Barcelona: Península, 1979, págs. 112-113.

¹⁰⁹ E. D. Martin, “The Behavior of Crowds”...págs. 108-109.

más a la ideología nacionalista –y en concreto al *nacionalismo de masas*- del estallido último del conflicto. Como se ha visto en la inesperada irrupción de histeria y odio de la Gran Guerra –afirmaba el historiador y pedagogo británico Mark Starr- “las pasiones de la multitud” pueden ser excitadas contra el extranjero a partir de “la educación nacionalista”.¹¹⁰ En la misma línea, el psicólogo social Floyd H. Allport sostenía que la ideología (o falacia) nacionalista era el principal recurso a través del cual los gobernantes y publicistas de la época “podían hacer que millones de personas fueran a la guerra sin la debida reflexión”.¹¹¹ Apelando a las emociones de las masas, a la psicología de las multitudes –dirá poco después Louis Stanley Greenberg- la doctrina nacionalista promueve la intolerancia, el chauvinismo y el provincialismo, y es la principal responsable de las guerras.¹¹²

De hecho, la idea de masa/multitud atávica, degenerada se convirtió poco a poco en la metáfora preferida por los intelectuales para criticar el nacionalismo de su tiempo. El nacionalismo es “una agitación crónica” en relación a la vida y el honor de la patria –decía el politólogo americano M. S. Handman-, “una preocupación excitada e inquietante” en la que las acciones del líder de la guerra son imitadas por todo el mundo para repeler al enemigo.¹¹³ En el campo de las relaciones internacionales no ha sido aún posible introducir las restricciones de la razón y “las condiciones de la muchedumbre a menudo prevalecen” –afirmaba el sociólogo Luther Lee Bernard.¹¹⁴ Los críticos de la ideología nacionalista –se lamentaba William McDougall- miran a la mayoría de la población con lástima o desprecio, como chusma, como “una multitud dominada por prejuicios y pasiones irracionales”, bajo el poder impulsor de instintos primitivos, y engañada con quimeras.¹¹⁵

¹¹⁰ M. Starr, “Lies and Hate in Education”...pág. 17.

¹¹¹ F. H. Allport, “The Psychology of Nationalism”, Harper’s, CLV, 1927, pág. 300.

¹¹² L. S. Greenberg, “Nationalism in a Changing World”...pags. 14-16 y 19-20.

¹¹³ “The Sentiment of Nationalism”, Political Sc. Quart., Vol. XXXVI, Mar 1921, nº 1, págs. 104-106.

¹¹⁴ “The Conflict Between Primary Group Attitudes and Derivative Group Ideals in Modern Society”, The Amer. J. of Soc., vol. 41, 1936, pág. 615. En una publicación anterior hay un reconocimiento expreso de la importancia de la psicología de las multitudes al campo de las RR.II.: “...los procesos de sugestión e imitación y la influencia de la propaganda, la tradición y la costumbre en la creación de la opinión pública, la acción de la multitud, y otras formas de conducta social activa...estos estudios han influido profundamente el trabajo de los posteriores estudiantes de relaciones internacionales” (L. L. Bernard y J. Bernard, “Sociology and the Study of International Relations”...pág. 80).

¹¹⁵ W. McDougall, “The American Nation: Its Problems and Psychology”...pág. 46.

O dicho de otra forma, el *sujeto del nacionalismo* era, por definición, un trasunto del *sujeto de las masas*, y su caracterización debía mucho al retrato que habían fijado tres décadas antes los psicólogos de las multitudes: irracionalidad, inconsciencia, emotividad, impulsividad, primitivismo, sugestibilidad extrema, irresponsabilidad, amoralidad, criminalidad, brutalidad, sadismo... Aunque muchos intelectuales desconfiaban para entonces de las bases raciales de la conducta colectiva y criticaban la creencia de Le Bon en una mente supra-individual (“la mente de la masa”), casi todos ellos coincidían en calificar a las masas nacionalistas o patrióticas que apoyaban la guerra de irracionales, inconscientes y primitivas. Por ejemplo, Rafael Altamira, cercano por entonces a los objetivos pacifistas de la Fundación Carnegie, hablaba de “masas” (o muchedumbres) “ignorantes”, “crédulas”, “impulsivas”, sujetas a todo tipo de “sugestiones” y “pasiones primitivas”.¹¹⁶ En la misma línea, y criticando el nacionalismo o patriotismo de su tiempo, Hamilton Fyfe se refería a las muchedumbres “irreflexivas”, “crédulas”, “estúpidas”, “apasionadas”, “fácilmente sugestionables” e “histéricas” que habían jaleado el comienzo de la Gran Guerra. “Ninguna multitud tiene iniciativa” –afirma el escritor y periodista inglés. Todas necesitan “la fé del líder que mueve montañas”.¹¹⁷

Las referencias a la literatura de las masas y, en especial, a su autor más conocido, Gustave Le Bon, son constantes. Un grupo de hombres en unidad convocados por la nación no es casi nunca más razonable que sus componentes individuales –decía Salvador de Madariaga a finales de los años veinte. De nuevo, el escritor y diplomático español se inspiraba en el libro “Psicología de las multitudes” para denunciar no ya al movimiento obrero y la lucha de clases, sino al movimiento e ideología nacionalista y la guerra de las patrias. Mientras que cada individuo por separado puede ser hombre de razón –continúa diciendo Madariaga- el grupo nacional en unidad provocará las más de las veces “la manifestación de fuerzas animales que, sofrenando el poder de la razón,

¹¹⁶ Véase “Cuestiones modernas de historia”...págs. 308-309. Y en su libro “La propaganda de las ideas y los sentimientos pacifistas” afirma que la cultura, el estado mental, los prejuicios y los sentimientos de la masa de cada pueblo son “depósito de pasiones primitivas, de recelos y de xenofobias fácilmente inflamables a la voz de cualquier agitador que, sincera o insinceramente, arrima allí el ascua de sus propias pasiones o de sus planes de violencia...Eso se aprecia, sobre todo, en momentos de crisis, cuando una cuestión internacional agita los sentimientos populares de los países en pugna. Se ha visto durante la Gran Guerra...” (págs. 6-8).

¹¹⁷ H. Fyfe, “The Illusion of National Character”...págs. 15-17, 64, 110, y 256-258.

transforman un puñado de hombres en un populacho y hasta en una jauría...”¹¹⁸ El nacionalismo de nuestro tiempo –afirma algunos años más tarde el historiador y sociólogo Frederick Hertz- muestra “las más estrechas semejanzas posibles con las descripciones de Le Bon, p. ej., la hipnotización de las masas por el líder y la supresión de la inteligencia y la moralidad por las emociones de las masas”.¹¹⁹

De hecho, y con independencia de su adscripción académica e ideológica, los críticos del nacionalismo copiaban, citaban o parafraseaban éste o aquel pasaje del libro de Le Bon. Podían ser pacifistas (Rafael Altamira, Salvador de Madariaga), progresistas (Charles Merriam), socialistas (Hamilton Fyfe), socialdemócratas (Frederick Hertz), liberales (Walter Sulzbach), anarquistas (Rudolf Rocker)...Podían defender en el ámbito de la ciencia ideas conductistas (como Floyd Allport), psicoanalíticas (como Sigmund Freud) o pragmatistas e interaccionistas (como George H. Mead), pero al hablar de nacionalismo, al analizar y criticar el nacionalismo de su tiempo, todos ellos tenían algo de lebonianos. Lo patético del nacionalismo actual –afirmaba Mead- es su enorme parecido con las “multitudes inconscientes”.¹²⁰

Por lo demás, si el nacionalista se conduce como el sujeto de la masa (como un ser que ha suspendido sus funciones mentales superiores, ha descendido en la escala de la civilización y se convierte en un bárbaro) se debe también a que una *minoría de agitadores y demagogos* ha secuestrado su voluntad: políticos y diplomáticos intrigantes, capitalistas avariciosos, empresarios de la industria de guerra, militaristas profesionales, periodistas sin escrúpulos, intelectuales chauvinistas...Se trataría –de acuerdo con la interpretación más común- de *élites económicas y políticas* muy concretas que sacan algún provecho o beneficio de la manipulación de las multitudes,

¹¹⁸ “Discursos internacionales”, Madrid: Aguilar (1929) 1934, págs. 48-49. Madariaga aboga por una sociedad internacional, y apunta a la pasión nacionalista como uno de sus principales enemigos.

¹¹⁹ “Nationality in History and Politics”...pág. 16. “El nacionalismo y racialismo moderno –afirma Hertz- están siempre dispuestos a rechazar argumentos de razón y experiencia y exaltar la llamada del alma mística de la masa, el impulso del instinto, la voz de la sangre” (op. cit., pág. 271).

¹²⁰ “...los nacionalismos del XIX y del XX –afirma Mead- han aspirado a la rápida comprensión de que los hombres pertenecían a las comunidades que trascendían sus grupos, familias y clanes...Lo patético está en la incapacidad de sentir la nueva unidad con la nación excepto en la unión de las armas”. Y un poco antes: “En tiempo de guerra...[se produce un] sentimiento de unidad de una enorme multitud...detrás de la exaltación espiritual del patriotismo de guerra y la irresponsabilidad de la conciencia de la multitud reside el mismo mecanismo psicológico” (“National-Mindedness and International-Mindedness”, The Internat. J. of Ethics, Vol. XXXIX, Jul. 1929, nº 4, págs. 402-403 y 393). En cuanto a S. Freud o F. Allport, si bien es cierto que la *explicación* que cada uno de ellos daba del comportamiento de las masas nacionalistas no se ceñía al marco explicativo de Le Bon, no es menos cierto que ambos dieron por buena la *descripción* leboniana de la conducta de las multitudes.

utilizando para ello las leyes psicológicas de la sugestión y la propaganda. El nacionalismo puede permanecer en suspenso durante años pero estalla “tan pronto los agitadores políticos llegan con sus sugerencias” –afirma el naturalista británico Ernest Hanbury Hankin.¹²¹ “Hombres de estado y políticos intrigantes” –afirman en la misma línea los sociólogos Jerome Davis y Harry Barnes- “pueden jugar fácilmente con el orgullo nacional y las debilidades cerebrales de los ciudadanos mediante sus declaraciones y discursos públicos...a través de los periódicos”.¹²²

Para estos y otros autores la *propaganda a través de la prensa* era el principal recurso de las élites para la sugestión interesada y maliciosa del nacionalismo. “El breve, dogmático, categórico e inverificable cablegrama es...el modo perfecto de sugestión jingoista” –había afirmado John A. Hobson en plena Guerra de los Boers.¹²³ A la altura de la Gran Guerra (en parte gracias a la contribución de intelectuales pacifistas como Bertrand Russell o Georg Friedrich Nicolai) y, sobre todo, tras el final de la contienda mundial, durante los años veinte y treinta, se multiplicó la oposición a la prensa nacionalista. Por ejemplo, el politólogo Charles E. Merriam denunciaba el uso constante de esta propaganda en los países avanzados, una prensa que tenía –a su juicio- “un efecto hipnótico en las masas de los lectores, sobre las que tales sugerencias se proyectan una y otra vez”.¹²⁴ Con un planteamiento igualmente leboniano, el historiador Carlton Hayes criticaba la difusión de este tipo de prensa, y asumía de nuevo la irracionalidad y credulidad de sus públicos (¿o multitudes?) lectoras. “¿Dónde está a día de hoy el plebeyo que pueda escapar al periódico con su incesante e insistente nacionalismo?”¹²⁵

En cualquier caso, y al poner el acento en la absoluta *credulidad o sugestibilidad de sus lectores*, Merriam, Hayes y muchos de sus coetáneos daban a entender algo más:

¹²¹ “Nationalism and the Communal Mind”...págs. 137-138. “...un hombre puede vivir feliz bajo un gobierno cuyos miembros son de raza extranjera, pero, tan pronto como los agitadores políticos llegan con sus sugerencias, el hombre descubre, o puede descubrir, que el gobierno extranjero es un agravio...En su incidencia limitada [el amor propio o dignidad nacional] difiere de los instintos...puede permanecer en suspenso durante años y ser puesto en actividad en circunstancias especiales” (págs. 137-138).

¹²² J. Davis y H. E. Barnes et al. (eds), “Introduction to Sociology”, Boston : Heath, 1927, pág. 179.

¹²³ J. A. Hobson, “The Psychology of Jingoism”...pág. 11. “Una prensa sesgada, dominada y envenenada ha sido la principal máquina para manufacturar jingoismo” –dice sobre aquella guerra (op. cit., pág. 125).

¹²⁴ C. E. Merriam, “The Making of Citizens”...pág. 312.

¹²⁵ “Essays on Nationalism”...pág. 80. “Por todas partes el periódico es omnipresente, omnipotente y, con frecuencia, como confiesa el propio periódico, omnisciente. Puede ser conservador o liberal, republicano o demócrata, metropolitano o provincial, urbano o rural, obrero o capitalista, pero en todas partes se ha hecho nacionalista en los siglos XIX y XX, con relativamente pocas excepciones” (op. cit., pág. 80).

que la conducta irracional e inconsciente de las masas podía extrapolarse a la conducta de los públicos, o a la de cualquier otra agrupación o colectividad que no requiriese de relaciones cara a cara o interacción social directa. Algo que, por cierto, había sido sugerido una y otra vez por los propios psicólogos de las masas. “Los periódicos – afirmaba Le Bon- son en todas partes agitadores potentes, porque manejan a su antojo los verdaderos factores afectivos de la opinión de las masas: la afirmación, la repetición, la sugestión y el prestigio”.¹²⁶ De hecho, como vimos en el capítulo anterior, los psicólogos de las multitudes ampliaban a menudo el significado del término “masa” hasta referirse, indistintamente, a una multitud, un movimiento social, un público y –por qué no- al conjunto de la sociedad. “...un pueblo entero, sin que se produzca en él aglomeración visible, puede convertirse en muchedumbre bajo la acción de ciertas influencias”.¹²⁷

En este sentido, los intelectuales de los años veinte y treinta se servían de la *indefinición de los conceptos básicos* de Taine, Le Bon o Sighele para articular retóricamente la crítica del nacionalismo, buscando a menudo provocar alarma social y conjurar así el fantasma de la guerra. Por un lado, las masas regresivas del nacionalismo eran descritas como *agrupaciones humanas transitorias*, como muchedumbres enloquecidas, violentas y febriles cometiendo todo tipo de desmanes en calles, plazas o trincheras: las muchedumbres patrióticas que jaleaban el comienzo del conflicto en agosto de 1914, las turbas chauvinistas que eliminaban al disidente o a las minorías foráneas como traidores a la patria, las multitudes homicidas entregadas a la barbarie de la guerra en el frente de batalla... “Ninguna credulidad iguala a aquella de las horas de la movilización y de los tiempos de la guerra...Con frecuencia, hasta desaparecen las formas ordinarias de sociabilidad...En una manifestación popular, el día de la declaración de la guerra, en medio de la multitud que linchaba a un individuo por no haber convenido gritar con todo el mundo ‘Abajo Alemania’, vimos damas de la mejor sociedad precipitarse sobre este desconocido y exigir, acto seguido, que fuera colgado de la primera farola...”.¹²⁸

¹²⁶ G. Le Bon, “Enseñanzas psicológicas de la guerra europea”...pág. 201.

¹²⁷ G. Le Bon, “Psicología de las multitudes”...pág. 31.

¹²⁸ La cita es de C. Coste, en su libro “La Psychologie sociale de la guerre”, Paris, B. L., 1929, pág. 27. Podemos encontrar descripciones muy parecidas de los excesos de las masas en los libros de Taine, Sighele, Tarde, Le Bon o Zola. Todos ellos daban un protagonismo especial a la mujer, al ser considerada un ser menos evolucionado, más cercano a la barbarie.

Por otro lado, los mismos críticos ampliaban a menudo el significado del término hasta abarcar a la mayoría o al *conjunto de la población*, en condiciones ordinarias o normales. Agricultores, comerciantes, tenderos, obreros, jornaleros, amas de casa, empleados domésticos...A través de la institución escolar, la prensa diaria y el ejército, la inmensa mayoría de la población de las sociedades contemporáneas pasa a integrar las “masas del nacionalismo” –advierte Hayes- y todos ellos “repiten como loros los lemas o consignas del nacionalismo”: “mi país, con razón y sin ella”, “derechos nacionales”, “intereses nacionales”, “honor de la nación”...¹²⁹ Las masas no aparecen en este caso como agrupaciones transitorias, como multitudes pasajeras en momentos extraordinarios de la vida social. Las masas del nacionalismo –“los gérmenes del nacionalismo”, decía Frederick Hertz- están por todas partes...como si la ideología perniciosa y belicista se hubiera filtrado por todo el cuerpo social, y amenazara al conjunto de sus instituciones. “Enseñado en la escuela, adoctrinado a través de la instrucción militar, predicado por la prensa y desde la tribuna, personificado en el Estado nacional, simbolizado por la bandera” –afirma Carlton Hayes- “el nacionalismo es un credo profesado por las multitudes y un culto practicado por las multitudes”.¹³⁰

De este modo, sin abandonar el *lenguaje impreciso* y el *tono de admonición y augurio fatal* del degeneracionismo y la psicología de las multitudes, los intelectuales de la época daban a entender que no había nadie inmune a los tambores de guerra del nacionalismo. Sin duda, algunos países eran considerados más nacionalistas y pendencieros que los demás; algunos individuos o grupos de interés, mucho más patrioterros y belicistas que el resto.¹³¹ Pero, de nuevo, la responsabilidad o culpabilidad final del nacionalismo era a la vez fijada de forma genérica. A fin de cuentas –vienen a

¹²⁹ C. J. H. Hayes, “The Historical Evolution of Modern Nationalism”...pág. 317.

¹³⁰ “Essays on Nationalism”...pág. 197. “...en la actualidad en todos los Estados nacionales hay un gran número de personas que, puesto que han aprendido a leer pero no a pensar, son víctimas potenciales de cualquier propaganda, especialmente de la propaganda del patriotismo y el nacionalismo. Las masas irreflexivas a las que se dice sólo cosas buenas de su propio país...van a ser probablemente tan orgullosas y jactanciosas –y tan intolerantes- como ignorantes”. Y apoyarán por tanto “ese tipo de nacionalismo extremo defendido y propagado por supuestos patriotas ‘al ciento por ciento’” (op. cit., pág. 243).

¹³¹ Se acusa a Alemania de belicista, sobre todo entre los intelectuales de la Entente. P. ej., para E. Martin: “Algunas naciones son mucho más pendencieras que otras...pero la diferencia, aunque sea grande, es más de grado que de clase, y se debe en gran medida al hecho de que la organización política de Alemania permitió a los patriotas prusianos mantener la mente nacional en un permanente estado de multitud” (“The Behavior of Crowds”...págs. 110-111). En Alemania –decía Howerth- “el modo de hacer la guerra que se creía más efectivo provocaba directamente el espíritu de la multitud...una compañía de soldados se convierte en una muchedumbre excitada por el espíritu de la multitud, y no hay límite a las atrocidades que cometerá” (“The Great War and the Instinct of the Herd”...pág. 181).

decir- todas las masas adoctrinadas a través de la escuela, la prensa y el ejército parecían llamadas a convertirse antes o después -en alguna grave crisis del futuro- en multitudes bárbaras y degeneradas, en muchedumbres histéricas y homicidas, en turbas ocupando las calles y plazas de la civilizada Europa para celebrar, otra vez, el retorno de la guerra.¹³²

¹³² “Es probablemente utópico imaginar que *en alguna grave crisis del futuro*” –afirma Hayes– las masas de la sociedad, que han sido adoctrinadas constantemente en el nacionalismo, “serán dominadas por intelectuales internacionalistas”. De hecho, “es más verosímil suponer que serán dominadas por personas que esperan derivar algunas ventajas y promociones de la explotación de la ignorancia, el prejuicio y la emotividad de las masas” (“The Hist. Ev. of Mod. Nat.”...págs. 317-318, curs. añad. al or.). En la misma línea, y tras el estallido de la II Guerra Mundial, afirma Hertz: “...los gérmenes del nacionalismo están latentes en todos los estratos sociales, y *cuando surge una gran crisis* las pasiones nacionales pueden estallar con un poder que nadie habría previsto. El factor decisivo es la ideología nacional que puede ser comparada con una red gigantesca en la que todas las clases son inextricablemente atrapadas mientras que una minoría tira de los hilos” (“Nat. in Hist. and Polit.”...pág. 412, curs. añad. al or.). “Una nación, por supuesto –dice Hertz– no es una multitud fortuita tal como la que se reúne en una plaza y escucha a un orador... Sin embargo, el éxito de Hitler para hacerse con el poder demuestra que incluso una gran nación civilizada puede degradarse en una multitud mediante el hábil recurso de todos los medios técnicos de propaganda para estimular los instintos latentes” (op. cit., pág. 16).

CAPÍTULO SÉPTIMO: LA NACIÓN COMO OBJETO DE LA PSICOLOGÍA. NACIONALISMO Y PSICOLOGISMO

Como hemos visto en el capítulo anterior, los intelectuales de los años veinte y treinta readaptaban las viejas nociones de la psicología de las multitudes para explicar el origen y el desarrollo de la guerra del 14, y para recordar a su generación, a modo de ominoso presagio, la posibilidad real de que la tragedia volviera a repetirse. Con todo, la influencia de Taine, Sighele y Le Bon no se limitaba a la representación de las naciones en guerra como unidades colectivas definidas a partir de las propiedades fenoménicas atribuidas a las masas. Como veremos en este capítulo, la influencia de la psicología de las multitudes era aún mayor, y estaba también relacionada con la difusión ulterior de una epistemología cientifista y psicologista para la explicación del nacionalismo.

De hecho, durante el período de entreguerras se había comenzado a elaborar, sobre todo en los países más avanzados de Occidente, una concepción académica y social del *nacionalismo* muy distinta a la que habían forjado en el siglo y medio anterior los ideólogos del historicismo. De acuerdo con esta concepción, las razones o causas últimas del nacionalismo no debían buscarse en una supuesta historia colectiva –la Historia de la Nación– sino *en la mente del ciudadano individual*, en sus falacias y ficciones, en sus mitos y preconceptos, en sus prejuicios y estereotipos sobre el extranjero. Así, muchos intelectuales de la época pasaron a definir el nacionalismo como una idea o sentimiento más o menos poderoso pero arbitrario, una fantasía, un constructo mental. “El nacionalismo es una idea, una idea-fuerza que inunda el cerebro

y el corazón del hombre con nuevos pensamientos y sentimientos, llevándolo a traducir su conciencia en hechos de acción organizada” –decía el historiador de origen checo Hans Kohn.¹ El nacionalismo es “una condición de la mente” –afirmaba por su parte Carlton Hayes- “un hábito mental orgulloso y jactancioso sobre la propia nación, acompañado por una actitud despectiva y hostil hacia las otras naciones...”²

Tanto Kohn como Hayes, a la sazón dos de los más prestigiosos historiadores en este campo de estudio, iban a contribuir al cambio de orientación en el análisis del nacionalismo –*de la Historia a la psique*. Para ellos, como para muchos otros intelectuales de su generación, el pasado al que apelaban los nacionalistas era un mito, una ficción, una “pseudorrealidad” que solamente existía en la mente de los nacionalistas. A fin de cuentas, la mayor parte de los individuos que integraban las sociedades contemporáneas había sido vista como población crédula, ignorante, incapaz de pensar por sí misma, víctima potencial de cualquier propaganda. De modo que era ahí, en la mente de una ciudadanía transformada tantas veces en masa/multitud donde habría que localizar las fuerzas irracionales que empujaban en último término al nacionalismo: *ficciones y creencias falaces, emociones primarias, ideas inconscientes, impulsos atávicos, instintos primitivos, prejuicios irracionales, imágenes o estereotipos simplificadores, etc.*³

Por supuesto, y para que se entienda bien, Kohn, Hayes y la mayoría de historiadores de la época eran plenamente conscientes de muchos de los factores sociales y políticos que habían contribuido a la génesis y la expansión del nacionalismo. Por ejemplo, Hayes destacaba la importancia de la revolución industrial, el movimiento romántico, la idea de democracia, la conscripción militar, la institución escolar o el desarrollo de la prensa moderna. Pero en la valoración final de la ideología nacionalista parece desplazar las causas de la misma al ámbito de la moralidad o la psicología, en concreto al inconsciente. “El nacionalismo –afirma en las páginas finales de sus “*Essays on Nationalism*”- es ignorante y prejuicioso o inhumano y envidioso; en ambos casos una forma de manía, un tipo de egotismo extendido y exagerado, con síntomas

¹ H. Kohn, “Historia del nacionalismo”...pág. 29. Aunque este libro se publica en los años 40, su posición se había fijado –como afirma el autor en el prefacio- a lo largo de los años 20 y 30.

² C. J. H. Hayes, “*Essays on Nationalism*”...págs. 6 y 275.

³ En relación a la nueva perspectiva de estudio del nacionalismo por parte de los historiadores puede consultarse E. J. Palti, “The Nation As a Problem: Historians and the ‘National Question’”, *History and Theory*, vol. 40, nº 3, Oct. 2001, en especial la pág. 334.

fácilmente reconocibles de egoísmo, intolerancia y jingoísmo, indicativos de los delirios de grandeza de quien lo sufre”.⁴

También es cierto que los mismos historiadores que reprobaban el nacionalismo como una doctrina falaz y peligrosa daban por supuesta la existencia misma de la nación, su antigüedad en la historia, su individualidad creadora y carácter distintivo en relación a las restantes naciones. O, en el mismo sentido, naturalizaban el vínculo personal con la nación en términos de benéfico patriotismo. La conciencia nacional y el patriotismo “no sólo es natural e instintiva sino valiosa y útil” –decía el propio Hayes.⁵ De hecho, no es difícil encontrar en la obra de un mismo historiador (en Hayes, en Kohn o, entre nosotros, en Altamira) las voces del historicismo nacionalista y el lenguaje psicológico de los críticos del nacionalismo. Pero, siendo esto cierto, también lo es que el tono de los escritos sobre nacionalismo había cambiado radicalmente. Se trataba, sobre todo, de recordar la guerra del 14, de conjurar las guerras del porvenir. Se trataba, en una palabra, de combatir el nacionalismo como una doctrina ficticia y peligrosa en la mente de los hombres, una amenaza para la paz mundial.

Al cambio de orientación de la literatura contribuyó también la ausencia de interés de la propia sociología de entreguerras en el estudio de la nación y el nacionalismo. De hecho, tanto los sociólogos liberales como los marxistas consideraban el nacionalismo como una ideología residual y/o contraria al proceso de modernización de las sociedades, cuando no bárbara y belicista. Para los liberales, la lealtad a la comunidad nacional no podría sobrevivir durante mucho tiempo a las poderosas fuerzas del progreso: el desarrollo de la ciencia y la tecnología, la difusión de la cultura, la expansión de los mercados y la división internacional del trabajo. Tampoco los sociólogos marxistas contemplaban la pervivencia a medio plazo de una ideología que sólo podía suponer un obstáculo a las leyes materialistas de la historia: la acumulación del capital, la lucha de clases y el ascenso del movimiento obrero “internacional”. No sorprende por tanto que también desde la sociología se acabara recurriendo a conceptos mentalistas (“falacia”, “prejuicio”, “ilusión colectiva” o forma de “falsa conciencia”) para explicar la inesperada continuidad del nacionalismo.⁶

⁴ C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...pág. 275.

⁵ C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...págs. 248 y 274-275.

⁶ Sobre la falta de interés de la sociología en el estudio del nacionalismo durante el período de entreguerras llamaba ya la atención Louis Wirth en “Types of Nationalism”...págs. 723-724. Véase

Sea como fuere, tanto los historiadores como los sociólogos o los politólogos y, junto a ellos, muchos escritores e intelectuales de la época estaban desplazando la semántica de la palabra *nacionalismo* desde el ámbito de la historia, la filología y la arqueología al de la *psicología* y la *moral*.

En el primer apartado de este capítulo nos fijaremos en la relectura del libro de Ernest Renan, “¿*Qué es una nación?*”, por parte de un número significativo de académicos e investigadores que había vivido la experiencia de la I Guerra Mundial. Aunque casi todos ellos suscriben de entrada la tesis fundamental del historiador y filólogo francés (“una nación es el consentimiento, la voluntad, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común”) no tardan en extender y modificar su significado con nociones procedentes de la psicología y la psicología de las multitudes. Esto es, las nuevas definiciones de la nación apenas ocultan un *mayor pesimismo en cuanto a la posibilidad de confiar en su voluntad*. Por lo demás, si algunos dudaban de la voluntad y racionalidad de la ciudadanía, otros terminaron por quitarle la palabra. En el terreno epistemológico –como veremos en el segundo apartado– la Gran Guerra contribuyó a sancionar la aspiración de la psicología conductista de estudiar el comportamiento humano con los métodos experimentales o de laboratorio. Para ello había que descomponer la conducta del sujeto en unidades atomizadas, observables, cuantificables. Este tipo de epistemología científico-natural permitiría estudiar el comportamiento colectivo, y más concretamente el relacionado con el nacionalismo, *prescindiendo de la voz del sujeto y del contexto social de sus acciones*. Esto es, de modo muy parecido a como el propio Le Bon había estudiado las masas o multitudes socialistas.

En el siguiente apartado nos centraremos en cómo, a lo largo de todo el período de entreguerras, una serie de científicos e intelectuales fue estableciendo los conceptos nucleares en torno a los que cristalizará la nueva representación académica y social del *nacionalismo* al término de la II Guerra Mundial. Así, el nacionalismo pasó a definirse como una “*falacia del entendimiento*” (mito, ficción, adoración fetichista a los símbolos de la patria, etc.). Otras muchas veces aparecía vinculado a los “*prejuicios*” (hostilidad,

también A. D. Smith, “Nationalism and Classical Social Theory”, *The British Journal of Sociology*, vol. 34, nº 1, mar 1983, pág. 24.

odio, aversión irracional hacia el extranjero). Y, en ocasiones, era la consecuencia natural de los “*estereotipos*” o imágenes distorsionadas de otros pueblos. Al mismo tiempo, como veremos en el apartado que cierra este capítulo, la medida de las “*actitudes*” a través de escalas, catálogos de adjetivos y cuestionarios –aplicados por la psicología social norteamericana– se había ido convirtiendo en una herramienta fundamental para seguir la pista del nacionalismo hasta su supuesto origen, en la mente del sujeto.

7.1. ¿La Voluntad de la Nación? Reinventando a Renan después de la guerra

Si hubiéramos de elegir la cita o pasaje más glosada por los estudiosos del nacionalismo a lo largo de los últimos cien años tendríamos seguramente que buscarla entre los textos de alguno de los primeros ideólogos alemanes (quizás Herder o Fichte). O acaso en la obra de los críticos más prominentes y demolidores de la ideología (Lord Acton, Elie Kedourie o alguno de los contemporáneos, Ernest Gellner, Eric Hobsbawm o Benedict Anderson). Con todo, la elección más acertada podría ser uno (o varios) de los célebres pasajes de la Conferencia pronunciada en la Sorbona en 1882, “¿Qué es una nación?”, por el historiador y filólogo francés Ernest Renan:

“Para nosotros una nación es un alma, un espíritu, una familia espiritual; resulta, en el pasado, de recuerdos, de sacrificios, de glorias, con frecuencia de duelos y de penas comunes; en el presente, del deseo de continuar viviendo juntos...”

(...)

“...La existencia de una nación es (perdonadme esta metáfora) un plebiscito de todos los días, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de vida”.⁷

De hecho, y a diferencia de los otros autores referidos, Renan ha sido citado muchas veces tanto para justificar o legitimar el nacionalismo como para criticar determinadas manifestaciones de la ideología nacionalista. Por ejemplo, una de las

⁷ E. Renan, “¿Qué es una nación?”...págs. 4-5 y 38.

lecturas más frecuentes de Renan pone el acento en su visión liberal y voluntarista de la nación, contraponiéndola en todo caso con una concepción más orgánica y determinista asociada a menudo con el nacionalismo alemán. Lo más importante para que una nación sea tal –advierte Renan– no es que sus miembros hablen la misma lengua o pertenezcan a la misma raza. Lo más importante es haber hecho grandes cosas en el pasado y querer hacerlas otra vez en el porvenir. En una palabra: la voluntad, “el deseo claramente expresado de continuar la vida común”.⁸

Sin duda, esta lectura de Renan olvida las deudas intelectuales del autor con el romanticismo y el historicismo germano: la importancia de la Historia (el culto de los antepasados, la reivindicación del pasado heroico), la referencia a la nación como un principio espiritual o el recurso que hace de las analogías orgánicas, comparando la existencia de la nación con la del individuo. “La nación, como el individuo, es la desembocadura de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de abnegaciones” – afirma en otro momento.⁹ Pero, aún así, no deja de ser cierta la constante apelación de Renan a la *voluntad* del hombre (y a su racionalidad y moralidad) como un elemento constitutivo de la nación:

“...para disponer de los pueblos es necesario contar previamente con su opinión...El hombre no pertenece ni a su lengua ni a su raza; no pertenece más que a sí mismo, pues es un ser libre, un ser moral...”

(...)

“...Hay en el hombre algo superior a la lengua: la voluntad”.

(...)

⁸ E. Renan, “¿Qué es una nación?”...págs. 5 y 38.

⁹ E. Renan, op. cit., pág. 37. A juicio de A. D. Smith, “el celebrado ensayo de Renan contiene elementos extraídos de ambas especies ideológicas de nacionalismo, la plebiscitaria y la tradicional-orgánica”. Esto explicaría las conclusiones un tanto diferentes sacadas por sus discípulos (“Las teorías del nacionalismo”...pág. 279). En palabras de Girardet: “Si Renan, el más frecuentemente citado como intérprete de la concepción ‘francesa’ [o voluntarista] de la nación, define la nación como ‘un plebiscito de todos los días’, el rol esencial de los valores de la herencia, la importancia de los factores de duración y continuidad permanecen sin embargo muy subrayados. Paralelamente, pero en sentido inverso, Fichte no deja, en ciertos pasajes de los ‘Discursos a la nación alemana’, de alejarse de todo determinismo étnico para otorgar una importancia mayor a la noción eminentemente voluntarista de la ‘educabilidad’, factor según él decisivo de la unidad nacional” (“Nationalismes et nation”...págs. 15-16).

Sobre la interpretación de la conferencia de Renan, véase también A. D. Smith, “Nationalism”...pág. 37; y P. Spencer y H. Wollman, “Nationalism”, London: Sage, 2002, págs. 102-103.

“...el hombre es un ser razonable y moral antes de estar acantonado en tal o cual lengua, antes de ser miembro de tal o cual raza o adherente a tal o cual cultura”.¹⁰

Con un planteamiento análogo, un número importante de académicos e intelectuales que había vivido la experiencia de la Gran Guerra no tardó en utilizar la disertación de Renan para reivindicar la *dimensión subjetiva* de la nación, frente a la determinación estricta de factores culturales o raciales. Por ejemplo, a juicio del historiador británico Arnold Toynbee no existe ciertamente ningún factor objetivo que sea a priori necesario para la existencia de la nacionalidad; sólo lo es –afirma– “el deseo determinado de la población viva implicada”.¹¹ En la misma línea, y evocando también a Renan, el sociólogo alemán Robert Michels afirma que todos los elementos constituyentes de la idea de patria se encuentran subordinados y, en ocasiones, reemplazados por el elemento subjetivo: “la voluntad de ser una nación, la voluntad de Patria”.¹² A pesar de la importancia de los “lazos objetivos” de la nacionalidad –afirma por su parte Hans Kohn– ninguno de ellos es esencial: no lo es el idioma, ni tampoco el territorio, ni el poder político, ni la religión, ni la tradición, ni por supuesto la raza. “...el elemento más esencial para la formación de las nacionalidades es poseer una voluntad de corporación viviente y activa”.¹³

El recurso a los *factores subjetivos* contenía también una crítica frontal a la concepción racialista de nación, que algunos autores comenzaron a asociar con Alemania. De nuevo, los intelectuales retomaban una de las ideas básicas de la conferencia de Renan, quien había criticado la pretensión alemana de equiparar

¹⁰ E. Renan, op. cit., págs. 3-4, 29-30 y 31. Aunque de nuevo habría que añadir que no queda claro, en muchos de los pasajes, si Renan se está refiriendo a la voluntad de los miembros individuales o a la Voluntad del pueblo como unidad (o Sujeto) colectivo. Como casi siempre, el discurso nacionalista se refiere de manera ambigua a ambos sujetos. No creemos que Renan sea una excepción al respecto.

¹¹ A. J. Toynbee, “Nationality and the War”...pág. 15. El sentimiento de nacionalidad “puede ser encendido por la presencia de uno o varios de una serie de factores: una patria común...; un lenguaje común, especialmente si ha dado nacimiento a una literatura; una religión común; y esa fuerza mucho más intangible, una tradición común o un sentido de memorias compartidas del pasado. Pero es imposible argumentar *a priori* desde la presencia de uno o incluso varios de estos factores hasta la existencia de una nacionalidad: pueden haber existido durante siglos sin encender ninguna respuesta. Y es imposible argumentar desde un caso a otro: precisamente el mismo grupo de factores puede producir nacionalidad aquí, y allí no tener efecto” (op. cit., pág. 13-14).

¹² R. Michels, “Patriotismo”, en “Introd. a la sociol. pol.”, B. Aires: Paidós (1927) 1969, pág. 147-148.

¹³ H. Kohn, “Historia del nacionalismo”...págs. 25-27.

“etnografía” y “política” para justificar la anexión de Alsacia-Lorena.¹⁴ Por ejemplo, a juicio del escritor judío Israel Zangwill la nacionalidad no implica en absoluto unidad de raza, ni la unidad de raza en un área concreta implica “el estado de espíritu llamado nacionalidad o el deseo de establecer un Estado”.¹⁵ La oposición a las políticas racialistas será mucho más evidente a partir de los años 30 y 40, tras el ascenso de Hitler al poder. Fundamentar la existencia de la nación en factores objetivos como la raza –afirmaba Hans Kohn- supone que aceptemos el retorno al estado primitivo de la tribu. Porque la raza no tiene nada que ver con las naciones modernas. “La fuerza de una idea, no la voz de la sangre, es lo que ha constituido y modelado las modernas nacionalidades”.¹⁶

Como Renan, todos ellos reconocen una serie de factores objetivos preexistentes (políticos, lingüísticos, religiosos, económicos, geográficos...), pero en cualquier caso subordinados al *factor subjetivo*, al deseo, a la *voluntad* de ser una nación. La más poderosa de todas las fuerzas que moldean a los hombres en naciones –repetían por separado Ramsay Muir, Maxwell Garnett y Bernard Joseph- es “ese recuerdo de gozo y pesar experimentados en común, de victorias logradas y derrotas sufridas”.¹⁷ Una definición satisfactoria de la nación debe buscarse en el plano subjetivo, en “los pensamientos y sentimientos de los individuos que la componen” –afirmaban Walter Sulzbach o Frederick Hertz. Por eso –reiteraban ambos autores- la fórmula de Renan apunta en la dirección correcta: “una nación es un plebiscito de todos los días”.¹⁸

¹⁴ E. Renan, “¿Qué es una nación?”...págs. 21-29. “...El estudio de la raza...no tiene aplicación en política...las primeras naciones de Europa son naciones de sangre esencialmente mezclada...La historia humana difiere esencialmente de la zoología. En ella, la raza no lo es todo como entre los roedores o los felinos, y no hay derecho a ir por el mundo tentando el cráneo de las personas, y agarrándolas luego por el cuello diciéndoles: ‘Tú eres de nuestra sangre, tú nos perteneces’...la razón, la justicia, lo verdadero, lo bello, igual es para todos. Esta política etnográfica no es segura. Hoy la explotáis contra otros; más adelante, la veréis volverse contra vosotros mismos. ¿Quién puede asegurar que los alemanes, que tan alto han izado la bandera de la etnografía, no verán a los eslavos analizar los nombres de las aldeas de Sajonia y de Lusacia...” (op. cit., págs. 27-28).

¹⁵ I. Zangwill, “The Principle of Nationalities”...pág. 84.

¹⁶ H. Kohn, “Historia del Nacionalismo”...págs. 26-27. Todas las “teorías objetivistas” –decía por su parte F. Hertz- “se utilizaron a menudo por los nacionalistas para justificar las anexiones sin consultar al pueblo que deseaban anexionar” (“Nationality in History and Politics”...págs. 11-12).

¹⁷ R. Muir, “Nationalism and Internationalism”, London: Constable, 1919, pág. 42; J. C. M. Garnett, “The Psychology of Patriotism”, London: Pelican, 1926, pág. 13; B. Joseph, “Nationality”...pág. 105.

¹⁸ W. Sulzbach, “National Consciousness”...pág. 64; F. Hertz, “Nationality in History and Politics”...págs. 8 y 11-12.

Ahora bien, aunque estos y otros autores de entreguerras suscriben aparentemente la tesis fundamental de Renan (una nación es el consentimiento, la voluntad, el deseo claramente expresado de continuar la vida común), extienden y modifican al mismo tiempo su significado, incorporando términos procedentes de la psicología y la psicología de las masas. De algún modo, en las décadas que siguieron al estallido de la I Guerra Mundial muchos de los conceptos o categorías básicas de la ideología nacionalista fueron colonizados y reinventados por la psicología. Sobre todo – como ya hemos apuntado- el concepto de “nacionalismo”. Pero no sólo. También las categorías de “Nación” y “Voluntad nacional” –escritas hasta entonces con letras versales- fueron parcialmente psicologizadas después de la contienda. Como si la fe o la confianza ciega que muchos intelectuales habían depositado en los Sujetos de la Historia hubiera sido minada para siempre en la guerra de trincheras.¹⁹

De entrada, llama la atención que la mayoría defina el término nación (o nacionalidad) como un *hecho psicológico*, una *realidad mental*. “La nacionalidad es subjetiva, psicológica, una condición de la mente, una posesión espiritual, un modo de sentir, pensar y vivir” –afirmaban casi al mismo tiempo los historiadores británicos Alfred E. Zimmern y George P. Gooch.²⁰ A juicio de Israel Zangwill, se trata de “un fenómeno psicológico... un estado mental que se corresponde con un hecho político”.²¹ Tampoco es muy distinta la definición del historiador Sydney Herbert (“el problema de la nacionalidad es, en su base, psicológico”) o la de Salvador de Madariaga: ni la historia, ni la geografía, ni el lenguaje, ni la religión, “ni siquiera la misma voluntad de vivir en común” –afirmaba el historiador y diplomático español- es suficiente para definir la nación más que en un sentido político. “En su sentido natural, la nación es un hecho psicológico”.²²

Otro concepto que aparece reiteradamente en las nuevas definiciones de la nación es el de *sentimiento*. La nación (o nacionalidad) tiene que ver con una condición

¹⁹ Véase también, aunque con un tratamiento diferente, el artículo de G. Sluga, “What is National Self-Determination? Nationality and Psychology during the Apogee of Nationalism”, *Nations and Nationalism*, vol. 11, nº 1, 2005, págs. 1-20.

²⁰ A. E. Zimmern, “Nationality and Government”...pág. 51; G. P. Gooch, “Nationalism”, London: Swarthmore Press, 1920, pág. 8.

²¹ I. Zangwill, “The Principle of Nationalities”...págs. 38-39.

²² S. Herbert, “Nationality and Its Problems”...pág. 145; S. de Madariaga, “Ingleses, franceses, españoles”...pág. 9.

mental o “sentimiento colectivo” –decían Alfred Zimmern o Bernard Joseph.²³ Como todas las grandes fuerzas de la vida humana –afirmaba Toynbee- la nación no es nada material o mecánico, sino “un sentimiento psicológico subjetivo de la población viva”.²⁴ La idea de nacionalidad no puede ser analizada en términos objetivos ni equiparada a la categoría de raza, como pretenden algunos intelectuales alemanes –decía por su parte el historiador británico Ramsay Muir. “Su esencia es un sentimiento, y en último término sólo podemos decir que una nación es una nación porque sus miembros lo creen así de manera apasionada y unánime”.²⁵ Una nacionalidad es esencialmente un “sentimiento” –afirmaba también el sociólogo Morris Ginsberg- “un complejo de disposiciones emocionales que tiene como núcleo u objeto el grupo como un todo...sus tradiciones, ideales y aspiraciones”.²⁶

La mención mayoritaria al sentimiento y la psicología ya es por sí misma reveladora. De hecho, el recurso a los criterios subjetivos de la nación –la vuelta a Renan- parecía al mismo tiempo *un giro a la mente del sujeto, y no sólo a la voluntad del ciudadano*. Esto es, el recurso a un sujeto que no se rige ya exclusiva ni preferentemente por criterios de razón o voluntad. En este punto, la distancia con el conferenciante de la Sorbona –que había considerado al hombre como un ser “razonable” y “moral”, un ciudadano “libre”, capaz de opinar y plebiscitar- era mucho mayor. Frente a los ilustrados y los liberales del XIX –recuerda el escritor Adam de Hegedus en “Patriotism or Peace?”- los científicos de nuestro tiempo han asimilado los descubrimientos de Charcot y Freud sobre la psicología humana, y ven al sujeto como una criatura “irracional e irrazonable, poco interesado en informarse bien; con una mente dividida, capaz de poco pensamiento racional y mucha creencia irracional”.²⁷

Una nación es voluntad pero también sentimiento y, por supuesto, psicología. Siendo “un fenómeno psicológico” y “una forma de sentimiento” –advierde Israel Zangwill- la nacionalidad sólo puede explicarse a partir de las leyes de la “psicología”

²³ A. E. Zimmern, “Nationality and Government”...pág. 52; B. Joseph, “Nationality”...pág. 27.

²⁴ A. J. Toynbee, “Nationality and the War”...pág. 13.

²⁵ R. Muir, “Nationalism and Internationalism”...pág. 45.

²⁶ Y que ha tenido un valor biológico apreciable en la lucha por la existencia de la especie –afirma Ginsberg. Véase su libro “The Psychology of Society”...págs. 98-99.

²⁷ A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...págs. 19-21. “La razón...es comparativamente nueva, delicada y fácil de perturbar. Si esto ocurre la parte más antigua y poderosa del cerebro se convierte en predominante” (op. cit., pág. 20).

y, en concreto, a partir de las aportaciones de la “psicología de las masas” (“...el pensamiento nacional no es una meditación sino un contagio, no es una actividad sino una epidemia”).²⁸ Las nuevas definiciones de la nación apenas ocultan un *mayor pesimismo en cuanto a la posibilidad de confiar en la voluntad del ciudadano*. Si la definición subjetivista de Renan era, en lo básico, correcta –afirma el historiador y sociólogo Frederick Hertz- exageraba el componente “racional” de “la voluntad de la nación”. De hecho, la voluntad nacional no es sino “un cúmulo de sentimientos e ideas vagas” instigadas por una minoría sobre la mayoría de la población.²⁹ Como tantos intelectuales de la época, Hertz aborda conjuntamente –sin solución de continuidad- la voluntad de la nación y la inconsciencia de la masa. La voluntad de la nación es decisiva –decía el sociólogo Robert Michels- pero “está sujeta a las leyes sobre la sugestión de masas”.³⁰

La nación es consentimiento, voluntad, “un plebiscito de todos los días”...También Walter Sulzbach suscribía la fórmula de Renan, adaptándola debidamente al lenguaje psicológico de los nuevos tiempos. “La solidaridad sentida por los compatriotas nacionales entre sí pero no hacia los extranjeros es un hecho psicológico”.³¹ De nuevo, la interpretación de Sulzbach alteraba las palabras del historiador francés, y convertía la voluntad y el plebiscito nacional en “psicología” e “inconsciencia multitudinaria”. Una nación puede ser un plebiscito –afirmaba Sulzbach- pero “los plebiscitos no se celebran en todo momento”. En este sentido –añade- “la psicología de la conciencia nacional no guarda relación con el pensamiento y la vida cotidiana de cada individuo, sino más bien con determinadas explosiones violentas de la mente de masa y cómo se preparó el terreno para tales explosiones”. Para Sulzbach, la condición básica para ser una nación no se establece ahora en la “voluntad” del elector sino en el “inconsciente” de una población convocada cada cierto tiempo para la guerra.³²

²⁸ I. Zangwill, “The Principles of Nationalities”...págs. 38-39, 44 y 64. “Puede venir el tiempo en que anhelemos los días en que los dioses locales y las ciudadanías se fundían con ilusión...en el gran Imperio Romano...” (op. cit., pág. 64).

²⁹ F. Hertz, “Nationality in History and Politics”...págs. 12-14.

³⁰ R. Michels, “Patriotism”...pág. 147.

³¹ W. Sulzbach, “National Consciousness”...pág. 28.

³² W. Sulzbach, op. cit., pág. 109.

Algunos años después, el historiador británico Elie Kedourie volvería sobre la célebre Conferencia para terminar evocando a Le Bon mucho más que a Renan. La existencia de una nación recae en la voluntad del individuo o, como dicen otros, “en su psique” –señala Kedourie- y una comunidad política que lleva a cabo plebiscitos diarios debe caer pronto “en una quejumbrosa anarquía o en una obediencia hipnótica”.³³

7.2. De la Voz del Pueblo a la conducta de la población

La influencia de Taine, Sighele y Le Bon no se limitaba a la representación de las naciones en guerra a partir de las propiedades atribuidas a las masas (capítulo 6º). Como veremos en los apartados siguientes, la influencia de la psicología de las multitudes era aún mayor, y estaba también relacionada con la difusión ulterior de una *epistemología cientifista y psicologista* para la explicación del nacionalismo: la concepción de la colectividad nacional como un agregado de individuos homogéneos, y de la guerra internacional como un laboratorio de almas; la consideración del sujeto como un ser sin historia ni sociedad, sin raíces, cautivo o sometido al poder de manipulación de un agente externo; la estrecha conexión entre el estudio del comportamiento colectivo y el estudio de la enfermedad mental, el crimen y la desviación social; la abstracción del sentido o significado político de la ideología, equiparada sin más a la ‘religión’ o al ‘mito’ primitivo; la valoración empirista de las creencias nacionalistas, consideradas como ‘falacias’, ‘ficciones’, ‘prejuicios’, ‘estereotipos’; la desatención del contenido frente a las formas simbólicas y rituales de la ideología –‘banderas’, ‘himnos’, ‘monumentos’, ‘ceremonias’, ‘conmemoraciones’...

De hecho, tras el estallido de la I Guerra Mundial se fue abriendo camino en las nuevas ciencias de la conducta una epistemología (y metodología) individualista y psicologista, de factura científico-natural, que aspiraba a estudiar el comportamiento colectivo en general -y el nacionalismo en concreto- *prescindiendo de la voz del sujeto y del contexto social de sus acciones*. Esto es, de modo muy parecido a como el propio Le Bon había estudiado las masas o multitudes socialistas. La visión de los actores sociales es tan “incompleta” y está tan “distorsionada” –decía el cirujano y psicólogo de

³³ E. Kedourie, “Nationalism”...págs. 75-76. “La auto-determinación nacional es, en el análisis final, una determinación de la voluntad; y el nacionalismo es, sobre todo, un método para enseñar la correcta determinación de la voluntad” (op. cit., pág. 76).

las colectividades Wilfred Trotter- que resulta necesario hacer de su conducta o actuación -“más que de su palabra”- el centro de la observación y el análisis científico.³⁴ Porque la mente humana está controlada por leyes que son ciertas –afirmaba el psicólogo conductista Walter Pillsbury- no se debe otorgar demasiada confianza a las razones que el agente da de sus actos o de las fuerzas que cree le controlan. “Es privilegio del científico arrogarse la omnisciencia en cuanto a las causas que empujan las acciones de la masa... Esto sólo puede hacerse estudiando la conducta del individuo o de la sociedad bajo condiciones diferentes...”.³⁵

Como otros muchos psicólogos norteamericanos de su generación, Pillsbury era partidario de explicar la conducta o comportamiento de los hombres a través de los métodos experimentales utilizados por las ciencias de la naturaleza (p. ej., la física o la biología). Para ello, el investigador debía descomponer la conducta del sujeto en unidades simples, elementales y cuantificables, sometiéndolas a manipulación *en las condiciones artificiales del laboratorio*. El estudio del comportamiento humano debía referirse únicamente a hechos observables, a una secuencia precisa de unidades estímulo-respuesta (los estímulos que actúan sobre los órganos sensoriales de un organismo y las reacciones observables que responden a tales estímulos) bajo control experimental o de laboratorio. Con el mismo planteamiento atomista, conductista y experimentalista, Floyd H. Allport planteaba la necesidad de explicar el comportamiento del individuo en sociedad analizando la conducta de los sujetos por separado y su interacción mutua como estímulos externos. “La conducta social se compone de los estímulos y las reacciones que se producen entre un individuo y la porción social de su medio; esto es, entre el individuo y sus prójimos”. Sobre estas bases, Allport reivindicaba la fundación de una *nueva psicología social* como “ciencia que estudia la conducta del individuo en tanto que esta conducta estimula a otros individuos, o es una reacción de la conducta de estos...”.³⁶

De alguna manera, la concepción atomista y conductista del laboratorio había recuperado el viejo sueño de Condillac y la Ilustración de considerar la psique como un objeto natural, con propiedades mensurables y leyes causales precisas (véase cap. 1º), y disponía a la vez el escenario para las prácticas y aplicaciones de una psicología social

³⁴ W. Trotter, “Instincts of the Herd in Peace and War”...pág. 95.

³⁵ W. B. Pillsbury, “The Psychology of Nationality and Internationalism”...págs. 21-23.

³⁶ F. H. Allport, “Social Psychology”, Boston: Houghton Mifflin, 1924, págs. 3 y 12.

que explicara la interacción en sociedad de modo análogo a como acontece la interacción de los objetos en la naturaleza.³⁷ Eso sí, para lograr su propósito la nueva disciplina tenía que dejar fuera del laboratorio casi todo lo específicamente humano, aquello que diferenciaba al sujeto del resto de seres (y objetos) de la naturaleza: la reflexividad, la historicidad, el lenguaje...En palabras de José Ramón Torregrosa, la investigación experimentalista o de laboratorio manejaba una concepción mecánica y pasiva del sujeto, un modelo de hombre individualista, sin historia, “desconectado artificialmente de los contextos en que se hace y actúa socialmente”.³⁸

Esta visión pasiva y asocial del yo no era del todo nueva. Como ya vimos en el capítulo quinto, también los *psicólogos de las multitudes* postulaban la existencia de una ontología social individualista en la que un sujeto pasivo e irracional, sin historia ni raíces, era influido, sugestionado o manipulado por un agente externo o fuente prestigiosa. A fin de cuentas, ellos habían descrito la dinámica de la vida colectiva como un proceso de influencia o interacción social asimétrica entre los miembros, un proceso en el que todo el anclaje sociológico del yo desaparecía: valores, creencias, normas, ideología, lenguaje. Ian Parker y Kurt Danziger han señalado recientemente que la psicología de las masas proporcionó la inspiración ideológica, epistemológica y programática fundamental para la aplicación de los métodos experimentales en la psicología social de los años 20 y 30. “En ambos casos –afirma Danziger– lo social se constituyó por la presencia inmediata de otras personas y la influencia directa que esto ejercía sobre los individuos”.³⁹

No es descabellado pensar que la inspiración referida fuera facilitada por el mismo acontecimiento de la guerra, la *movilización en masa de millones de ciudadanos cautivos*, privados de la posibilidad de discrepar –ciudadanos sin voto, individuos *sin*

³⁷ Véase F. Cherry, “The Stubborn Particulars of Social Psychology”...pág. 2.

³⁸ J. R. Torregrosa, “Ortega y la psicología social histórica”...pág. 56.

³⁹ K. Danziger, “Making Social Psychology Experimental...”pág. 337. “La psicología de las multitudes...podía suministrar la estructura para un programa de experimentación psicológico-social porque la masa prototípica se ajustaba a las restricciones de la situación experimental mucho mejor que muchos otros fenómenos sociales relevantes...Las multitudes son un tipo de fenómenos sociales que podían encontrar una analogía experimental dentro del formato ya establecido de la experimentación psicológica. En una multitud, las influencias sociales eran evidentemente locales y próximas –los individuos que estaban presentes en un espacio confinado funcionaban como estímulos sociales entre sí...En segundo lugar, y comparado con una vasta gama de fenómenos sociales que tenían una dimensión histórica, los efectos psicológicos que operan en una multitud eran efectos a corto plazo...Además, puesto que la multitud presentaba los fenómenos sociales en una forma física tan evidente, estos parecían ser sumamente disociables en elementos que fueran manipulados experimentalmente sin pérdida del efecto total” (op. cit., págs. 336-337).

voz; la vivencia de la guerra como un inmenso laboratorio de cuerpos y de almas. Delante de nuestros ojos se está produciendo “el más grande experimento que uno pueda imaginar” –afirmaba el médico e higienista alemán Karl Mense.⁴⁰ En el transcurso de la Gran Guerra un número importante de científicos –médicos, cirujanos e higienistas, pero también psiquiatras y psicólogos- no dudaron en describir la guerra de las patrias como un enorme experimento o laboratorio humano que haría prosperar como nunca antes el conocimiento de las ciencias bio-psico-sociales, y sus múltiples aplicaciones. “No estamos tomando parte en una simple guerra –decía Wilfred Trotter en su estudio sobre la psicología de las colectividades- sino en uno de los experimentos augustos de la Naturaleza”.⁴¹

La guerra actual constituye para el observador una fuente excepcional de conocimiento que compensa en gran medida “la indigencia de experimentación en ciencias sociales” –decía Guillaume Léonce Duprat en sus “*Essais de psychologie sociale*”.⁴² Quizás no sea una casualidad que los psicólogos de las multitudes que participaron directa o indirectamente en el conflicto –por ejemplo, el francés Duprat o el italiano Filippo Mancini- describieran y celebraran también este parentesco entre el sujeto de la guerra, el sujeto de la masa y el sujeto del laboratorio. “...una gran parte [de mi investigación sobre las masas]...ha sido completada en la trinchera, y no podía desear un laboratorio experimental más rico, más vario, más palpitante...” –afirmaba Mancini, poco después de que acabara el conflicto.⁴³ También el viejo Le Bon había descrito la guerra como “un vasto laboratorio de psicología experimental”, la prueba más concluyente de la validez de las leyes que había ido elaborando en las décadas previas sobre la psicología de las multitudes.⁴⁴

⁴⁰ Véase W. U. Eckart, “The Most Extensive Experiment that the Imagination Can Conceive”, en R. Chickering y S. Förster (eds.), “Great War, Total War”, Cambridge: Camb. Univ. Press, 2000, pág. 137.

⁴¹ W. Trotter, “Instincts of the Herd in Peace and War”...pág. 182.

⁴² “*Essais de psychologie sociale. Les combattants*”, R. Internat. de Sociol., 26, Jan-Febr. 1918, pág. 14.

⁴³ F. Mancini, “La folla”...pág. xi.

⁴⁴ G. Le Bon, “Psicología de los tiempos nuevos”...pág. 22. En un libro anterior, que escribe durante la guerra, Le Bon parece anticipar en algunos pasajes el programa de experimentación conductista que los psicólogos sociales aplicarán años después al estudio de los medios de masas: “Los problemas psicológicos que se plantean a los estadistas durante la guerra y se plantearán después de la paz son múltiples. ¿Cómo dar nacimiento y ampliar un sentimiento, una opinión, una creencia? ¿Cómo provocar la regresión de un sentimiento? ¿Cómo sustituir un elemento afectivo por otro? ¿Cuáles son los medios para actuar sobre la voluntad inconsciente de los individuos y de los pueblos? ¿De qué manera deben manejarse los elementos fundamentales de la persuasión: el prestigio, la afirmación, la repetición, la sugestión mental y el contagio?” (“*Primeras consecuencias de la guerra*”...pág. 44).

Sea como fuere, esta nueva epistemología atomista y psicologista –que reforzaría su prestigio en ese otro laboratorio de almas que fue la II Guerra Mundial- va a influir en la investigación sobre la conducta colectiva y, en particular, en la investigación del nacionalismo. Volveremos sobre estas cuestiones en el último apartado del capítulo.

7.3. Psicologismo: la importancia de la psique en la nueva representación del nacionalismo

Como venimos apuntando, una nueva representación social del nacionalismo se estaba formando desde la 1ª postguerra mundial, *con lenguaje psicológico y premisas fuertemente psicologistas*. De hecho, para una mayoría de intelectuales de la época, los factores históricos, sociales, económicos o culturales que condicionaban la “conducta” del nacionalista eran relegados a un segundo plano, y las razones o argumentos políticos, ideológicos o doctrinales del sujeto del nacionalismo eran obviados o despreciados por su futilidad explicativa. “Una historia de las doctrinas del nacionalismo –afirmaba el historiador norteamericano Frederick Schuman- no arroja mucha luz sobre su naturaleza esencial y causas como un movimiento social, puesto que las doctrinas no son sino manifestaciones de la superficie y racionalizaciones de fuerzas arraigadas en la sociedad...El problema [del nacionalismo] es un problema para el psicólogo social y para el filósofo interesado en la conducta de grupo y las emociones de masas más que para el historiador”.⁴⁵

Por supuesto, las causas más importantes para la *psicologización del nacionalismo* no están por entonces en el campo de la epistemología, sino en el de la crítica social, moral y política de una ideología que ahora se relaciona con la guerra y la regresión a la barbarie (véase capítulo 6º). Historiadores, educadores, sociólogos, politólogos, ensayistas, además de psicólogos sociales van a fijar a lo largo del periodo de entreguerras los conceptos básicos o nucleares en torno a los que se articulará a mediados de siglo la nueva representación académica y social del nacionalismo:

⁴⁵ F. L. Schuman, ““The Historical Evolution of Modern Nationalism””...pág. 522.

ficciones y creencias falaces, emociones primarias, ideas inconscientes, impulsos atávicos, instintos primitivos, prejuicios irracionales, imágenes o estereotipos simplificadores... Al término de la II Guerra Mundial el nacionalismo será, sobre todo, una doctrina ficticia y peligrosa en la mente de los hombres.

Así, como veremos en este apartado, el nacionalismo comenzó a describirse como una *falacia del entendimiento* (mito, ficción, adoración fetichista a los símbolos de la patria). Otras muchas veces las conductas irracionales del nacionalismo se describían como la consecuencia natural de los *prejuicios en la mente* del sujeto (ignorancia y hostilidad irracional hacia el extranjero). O eran, en otros casos, el resultado inevitable de los *estereotipos o imágenes distorsionadas* hacia las restantes naciones. A fin de cuentas –decía el historiador Frederick Hertz- la masa de la población “aún muestra una gran cantidad de ideas vagas, faltas de realismo, descoordinadas e inconsistentes, la propensión a pensar por analogías y símbolos, y una poderosa influencia de prejuicios e ilusiones”.⁴⁶

7.3.1. El nacionalismo como falacia del entendimiento: símbolos, mitos, ficciones y fetiches de la mente

Como ya hemos señalado, una de las consecuencias más evidentes del nuevo paradigma conductista era la falta de interés en el lenguaje del actor. Si, como decía Frederick Schuman, las razones políticas son racionalizaciones y la lógica del movimiento se asimila a la conducta reactiva de las masas, no es necesario penetrar en el mundo del lenguaje y el significado, en la cosmovisión doctrinal o ideológica del nacionalismo. Ni es menester preguntar a los actores por el sentido que ellos atribuyen a sus propias acciones. La voz del nacionalista carece de toda relevancia explicativa. De hecho, la única atención que muchos intelectuales dispensan al discurso del nacionalista no hace referencia a su *contenido* o significado ideológico sino a su *dimensión formal*, a la profusa utilización de fórmulas simbólicas y rituales para la difusión de la doctrina: banderas, himnos, monumentos, ceremonias, conmemoraciones. El nacionalismo –decía Frederick Hertz- excita y lleva al éxtasis “las pasiones de las masas” a través de

⁴⁶ F. Hertz, “Nationality in History and Politics”...pág. 236.

“símbolos, uniformes, músicas, danzas, tambores, repetición constante de eslóganes, desfiles, etc”.⁴⁷

También aquí encontramos el precedente de Le Bon. De la misma manera que los intelectuales conservadores de finales del XIX pasaban por alto los objetivos ideológicos y programáticos del socialismo, y centraban su atención en la *dimensión simbólica y ceremonial* del movimiento de masas, muchos críticos de entreguerras parecían desnudar la doctrina y el movimiento nacionalista de cualquier referencia que no fuera simbólica, icónica o ritual. Porque las masas son incapaces de pensar por medio de razones o argumentos –parecen suscribir- necesitan de banderas, himnos, estatuas y ceremonias para representar la nación. Para el ciudadano común –afirmaba Graham Wallas- el Estado nación existe como una “entidad de la mente”, como un “símbolo”, “personificación” o “abstracción”, esto es, como una “asociación emocional” que le empuja, cuando estalla la guerra, a dar la vida por la patria. Cuando un hombre muere por su país, ¿por qué muere? ¿Qué se le aparece en la carga final? –se pregunta Wallas. “Si es italiano, quizás el nombre, las sílabas musicales de Italia. Si es francés, la estatua marmórea de Francia, con su espada partida, tal y como la viera en la plaza del mercado de su ciudad natal, o el ritmo exasperante de la Marsellesa. Los romanos han muerto por un águila de bronce...los ingleses por una bandera, los escoceses por el sonido de la gaita”.⁴⁸

Las palabras de Wallas –escritas en 1908- anticipan la crítica de otros autores al término de la I Guerra Mundial. La conducta irracional y belicista del nacionalista –afirma Floyd Allport- sólo puede entenderse examinando el proceso a través del cual una serie de objetos se convierten en “símbolos emocionales” para el conjunto de la ciudadanía: la bandera, los retratos de presidentes, los nombres de los héroes de la nación, la entonación del himno nacional, el relato de episodios históricos. El “condicionamiento emocional” a los símbolos de la patria explicaría –a su juicio- la trágica paradoja de las guerras de nuestro tiempo: la gran mayoría de la gente en la mayor parte de las naciones no desea ya la guerra, pero su vinculación emocional a los símbolos de la nación les convierte en blanco fácil de la propaganda belicista. Éste

⁴⁷ F. Hertz, op. cit., pág. 271.

⁴⁸ G. Wallas, “Human Nature in Politics”...págs. 273-274 y 72-73.

había sido el principal detonante de la Gran Guerra: “el poder emocional de los símbolos y la creencia en la realidad de la Nación detrás de ellos”.⁴⁹

La I Guerra Mundial fue un momento álgido de lo que algunos autores denominaron “patriotismo de banderita”. De hecho, muy pocos acontecimientos de la historia previa habían contribuido tanto a la política del *simbolismo* nacional, a la exhibición y manipulación de banderas, himnos y ceremoniales patrióticos como lo hizo la guerra del 14-18.⁵⁰ Seguramente por ello, al término del conflicto, muchos intelectuales críticos con el nacionalismo denunciaban aquellas prácticas del simbolismo y el ritual, considerándolas casi siempre una forma de veneración, superstición o culto irracional y violento. “Los hombres de la sociedad moderna – afirmaba Carlton Hayes- ...se inclinan a considerar la veneración medieval de imágenes, iconos y reliquias como una ‘superstición’, pero sustituyámosles una estatua de San Jorge por una efigie del General George Washington...y una reliquia de la Cruz Sagrada por una bandera de guerra hecha jirones, y ellos exhiben una reverencia que consideran hermosa y ennoblecedora”.⁵¹

De nuevo, el interés unilateral por el simbolismo y la imaginería *política* del nacionalismo, y la banalización del contenido o significado de la ideología permitía trazar todo tipo de paralelismos con el lenguaje de la *religión*. Así, como cualquier otro culto religioso, el nacionalismo tiene sus altares y santuarios, su adoración a los héroes y mártires, sus himnos y rituales en torno a la bandera, sus días de fiesta y conmemoración, su espíritu de misión y autosacrificio. El nacionalismo puede definirse como “la identificación emocional de la personalidad con los símbolos del Estado”, esto

⁴⁹ F. H. Allport, “The Psychology of Nationalism”...págs. 293-294, 298 y 300. Allport utiliza los estudios del fisiólogo ruso Pavlov sobre los reflejos condicionados para explicar cómo los niños son enseñados a responder con afecto, obediencia y lealtad ante los símbolos de la nación. “Los sentimientos, emociones y actitudes elementales que ya han sido desarrollados dentro del círculo familiar pueden transferirse a la vista o sonido de símbolos nacionalistas, como la bandera...Así como la reacción salival fue evocada y transferida al sonido de la campana, así la respuesta de amor y respeto que el niño ha experimentado hasta ese momento sólo hacia sus padres se extiende a la bandera nacional o al himno nacional” (op. cit., págs. 293-294).

⁵⁰ Como apunta F. Trommler en “The Historical Invention and Modern Reinvention of Two National Identities”, en N. Finzsch y D. Schirmer (eds.), “Identity and Intolerance”...pág. 32.

⁵¹ “Essays on Nationalism”...pág. 109. Era tal la fuerza que se atribuía a los símbolos en la llamada ‘sociedad de masas’ que incluso los críticos proponían un simbolismo (o fetichismo) alternativo como mejor remedio contra los males del nacionalismo. En plena guerra, el psicólogo y pedagogo A. D. Weeks afirmaba: “El hombre que piensa sabe ya que hay mucho que ganar con la concordia mundial, pero el hombre gobernado por las ideas de otros necesita ser influido, y requiere un entrenamiento de las emociones. Una bandera internacional tendría enormes posibilidades. El fetichismo de millones de hombres podría ser vinculado con el tiempo a un emblema internacional, que ondee siempre por encima de las banderas nacionales...” (“The Mind of the Citizen”, Amer. J. of Soc., vol. 21, nov. 1915, pág. 651).

es, como “la religión del Estado” -afirmaba Daniel Katz.⁵² Así como los cristianos y mahometanos de la Edad Media apreciaban su religión como una realidad trascendental por la que luchar –decía por su parte Floyd Allport- también el nacionalista de nuestro tiempo considera la nación como una entidad sobrehumana, reclamando su total devoción y sacrificio. “La Iglesia Militante se convierte en un modelo para la Nación Militante”.⁵³

De hecho, y para ser más exactos, la mayoría de críticos del nacionalismo establecen semejanzas o analogías con el lenguaje de la religión, pero no cualquier religión. “El nacionalismo es una fé...que conduce a la guerra” –afirma el historiador Edward B. Krehbiel.⁵⁴ “Un culto” que eleva las almas “al sacrificio...a la intransigencia y a la crueldad que manifiestan en el pasado las religiones dogmáticas” –en palabras de Salvador de Madariaga.⁵⁵ “Una religión” que predica “el egoísmo tribal, la vanagloria, la intolerancia y la guerra” –sostiene Carlton Hayes.⁵⁶ Como católico, Hayes se mostraba muy comprensivo hacia lo que denominaba el “instinto religioso”, una “emoción” tan arraigada en el ser humano –afirma- que debe expresarse de un modo u otro.⁵⁷ Pero lamentaba la nueva religión del nacionalismo, que adoctrina en el odio y la violencia.⁵⁸ Se trata, en suma, de una religión cruel e inhumana que devuelve a la especie a formas de adoración primitiva o tribal.

Así, lo más característico del nacionalismo no es su parecido con la simbología y el ritual de las religiones actuales o establecidas –vienen a decir- sino su estrecha vinculación con esas otras *formas de culto más primarias, dogmáticas e irracionales*. El nacionalismo es semejante a las religiones primitivas, comparable al animismo (E. Freeman), la idolatría (R. Tagore, E. Fromm), el fetichismo (A. D. Weeks) o el totemismo primitivo (D. Katz); o, según otros, al mito antiguo o tribal (F. Delaisi, K.

⁵² D. Katz, “The Psychology of Nationalism”...pág. 164.

⁵³ F. H. Allport, “Institutional Behavior”, Chapel Hill: University of North Carolina, 1933, pág. 178.

⁵⁴ E. Krehbiel, “Nationalism, War and Society”...págs. 141 y 143.

⁵⁵ S. de Madariaga, “Ingleses, franceses, españoles”...pág. 291. “...la nación se va transformando poco a poco en una divinidad irresponsable...Se va exigiendo una abnegación absoluta, la sumisión de la voluntad y del cerebro ante el altar de la nación” (op. cit., pág. 292).

⁵⁶ C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...pág. 125.

⁵⁷ “¿No pudiera ser que encontremos aquí [en la emoción religiosa] la explicación más convincente de la fuerza del nacionalismo moderno, el celo de sus apóstoles y la devoción de sus discípulos?...Desde los orígenes el hombre se ha distinguido por lo que puede llamarse un ‘instinto religioso’” (op. cit., pág. 95).

⁵⁸ Hayes, op. cit. págs. 93-125.

Popper).⁵⁹ “...la idea nacional ha asumido el carácter intangible de una fé y la intransigencia de un mito religioso...” –afirmaba el economista francés Francis Delaisi.⁶⁰

En este sentido, la utilización reiterada del lenguaje simbólico y el ceremonial por parte del nacionalista es interpretado como una manifestación o síntoma de la *idolatría* o el *fetichismo* arcaico de sus portadores. P. ej., Daniel Katz explica el culto o adoración a la bandera nacional como fetichismo o totemismo. En los pueblos primitivos –recuerda Katz- cada clan tiene su animal totémico, el símbolo y el emblema protector del clan. El animal en cuestión no puede ser cazado, es tabú. Representa, encarna al clan –es el clan- y todos sus miembros se identifican entre sí a través del símbolo totémico. Pues bien, a juicio de este autor el fundamento psicológico que está detrás del culto a la bandera es similar al de la adoración al tótem. “Retrocedemos horrorizados ante la idea de que alguien profane la bandera americana. Nuestra reacción no se basa únicamente en el significado simbólico de su acción, esto es, en la cólera hacia una persona que de este modo se proclama nuestro enemigo. Sentimos que la bandera ha sido mancillada, que se ha hecho un daño real a nuestra nación y a nosotros mismos. Hemos añadido *subjetivamente* a las propiedades físicas de la bandera americana nuestro significado emocional que consideramos existe en la misma bandera”.⁶¹

Dicho de otro modo, el “carácter idólatra” del nacionalismo puede verse en la reacción ante el ultraje a la bandera, ante lo que Erich Fromm llama las violaciones de los “símbolos del clan”. “Imaginémonos a un hombre que toma la bandera de su país en una calle de una de las ciudades del mundo occidental, y la pisotea a la vista de otros. Será afortunado si escapa de ser linchado. Casi todo el mundo sentiría una sensación de indignación furiosa, que *difícilmente permite cualquier pensamiento objetivo*. El

⁵⁹ Véase E. Freeman, “Social Psychology”, N.Y.: H. Holt, 1936, pág. 13; R. Tagore, “Nationalism and the New Age”...pág. 215; E. Fromm, “The Sane Society”...págs. 59-60; A. D. Weeks, “The Mind of the Citizen”... pág. 651; D. Katz, “The Psychology of Nationalism”...169-172; F. Delaisi “Political Myths and Economic Realities”, N.Y.: The Viking Press, 1927, págs. 214 y 420; K. Popper, “The Open Society and Its Enemies”, vol. II, London: Routledge, 1945, págs. 48-49. También F. Allport habla de la “idolatría” del nacionalismo en “Institutional Behavior”...pág. 193.

⁶⁰ F. Delaisi, “Political Myths and Economic Realities”...pág. 420.

⁶¹ D. Katz, “The Psychology of Nationalism”...págs. 169-170, curs. añad. al or. La concepción popular de la nación –afirmaba en la misma línea Floyd Allport- “acepta acríticamente una realidad proyectada detrás de nuestros símbolos nacionales y transmitida a nosotros en el lenguaje de la metáfora. La Nación es un gran Ser en el que los destinos de los individuos son fundidos y en cuya consideración los intereses individuales deben ser sacrificados” (“The Psychology of Nationalism”...pág. 296).

hombre que profanó la bandera habría hecho algo incalificable; habría cometido un crimen que no es ‘un’ crimen cualquiera, sino ‘el’ crimen, el único que no se puede olvidar ni perdonar...Incluso si un hombre debe hablar despectivamente de Dios, difícilmente excitaría el mismo sentimiento de indignación que contra ‘el’ crimen, contra el sacrilegio que es la violación de los símbolos de la patria...El objeto es “sagrado”, un símbolo de la adoración del clan...”.⁶²

Obsérvese que tanto Katz como Fromm aluden a las dificultades del nacionalista para el ‘pensamiento objetivo’. Esto nos lleva a una última cuestión, quizás la más importante del apartado. El lenguaje simbólico, icónico y figurativo, el culto a las banderas, las estatuas, los himnos y monumentos de la nación no es sólo una manifestación de idolatría o fetichismo arcaico, sino que se considera –además- una evidencia del *pensamiento falaz, erróneo o a-científico* del nacionalista. En este sentido, casi todos los críticos de la época parten de una antítesis o contraposición fundamental entre la doctrina y la ciencia. El nacionalismo –como las religiones del pasado- se basa en “concepciones que están más allá de la experiencia y no pueden ser verificadas” – advierte el sociólogo alemán Walter Sulzbach- o en “mitos”, “creencias erróneas”, “nociones ficticias” y “especulaciones visionarias” sobre el origen, destino, valores e intereses de la nación.⁶³

De hecho, con un planteamiento psicologista y cientifista muy parecido al que utilizaran Tylor, Morgan o Frazer en su análisis de la religión y el mito primitivo, muchos intelectuales de entreguerras describen el nacionalismo como un error de juicio, una falacia del intelecto, un fracaso en la clasificación o atribución de los fenómenos. La creencia popular de que hay algo detrás de la bandera –un Sujeto colectivo, el Alma de la Nación- es simplemente falsa, una creencia errónea, una falacia. “La visión que considera la nación como un sujeto colectivo que siente, habla y actúa por sí mismo – afirma Floyd Allport- la denominaremos la *falacia nacionalista*...Esta realidad supuesta [detrás de nuestros símbolos] es un Ser Nacional a quien no podemos ni ver ni probar; pero un Ser por el que debemos luchar y matar”.⁶⁴ Allport no estaba solo en su denuncia

⁶² E. Fromm, “The Sane Society”...págs. 59-60, curs. añad. al or.

⁶³ W. Sulzbach, “National Consciousness”...págs. 6, 119-120, 132 y 137.

⁶⁴ F. H. Allport, “The Psychology of Nationalism. The Nationalistic Fallacy as a Cause of War”...págs. 293 y 301. “Aunque el hombre medio...no pueda reconocer con palabras la creencia en tal persona colectiva o entidad como la nación, sin embargo, en momentos de tensión se le puede ver ‘conduciéndose como si creyera en tal entidad’. Y en los asuntos nacionales, como en cualquier otro, *lo importante no es lo que decimos que creemos sino lo que nuestras acciones indican*” (pág. 295, curs. añad. al or.).

del Volkgeist. Después de la guerra no eran pocos los intelectuales que lamentaban por errónea y peligrosa la que había sido hasta entonces una idea básica al discurso ideológico del nacionalismo: la representación de la nación como un Sujeto colectivo con atributos humanos, con voluntad, conciencia, carácter y psicología propios.⁶⁵

En todo caso, un número cada vez mayor de pensadores y científicos occidentales describía ahora el nacionalismo como *un error del intelecto, una falacia o ficción mental, un mito o forma de pensamiento ilusorio*. Las teorías nacionalistas sobre el Volkgeist no ofrecen una explicación verdadera del surgimiento de las naciones – afirma Hans Kohn- sino que remiten a “conceptos ficticios”, a “pseudorrealidades de una prehistoria mítica”.⁶⁶ La falacia del nacionalismo podía presentarse de muchas maneras: no sólo se denunciaba la “falacia” del Sujeto colectivo, se lamentaba también el “mito” de la Historia (H. Kohn), la “ficción” de la raza (F. H. Hankins), la “ilusión” del carácter nacional (H. Fyfe), la “falacia” de la soberanía nacional en un mundo de intercambios económicos internacionales (F. Delaisi). El sistema económico de nuestro tiempo –con el desarrollo de la moderna maquinaria y la expansión del comercio internacional- no permite ya la existencia de entidades políticas autónomas y soberanas –argumenta Delaisi. El origen del problema de la soberanía nacional es hoy “psicológico”, reside “en nuestra interpretación equivocada de los hechos”, en “nuestra perspectiva mental”.⁶⁷

7.3.2. El nacionalismo como prejuicio de la mente

Símbolos arcaizantes, fetichismo primitivo, falacias que conducen a la hostilidad y a la guerra...prejuicios. Si el nacionalismo es visto como un conjunto de ideas erróneas que impulsan a la aversión o el desprecio hacia el extranjero, el concepto

⁶⁵ Por citar algunos ejemplos, una crítica parecida a la idea de ‘Sujeto colectivo’ puede verse en W. Lippmann, “La opinión pública”, B. Aires: Fabril (1922) 1964, págs. 77 y 147-148; M. Ginsberg, “The Psychology of Society”...págs. xi, 47-50; R. Rooker, “Nacionalismo y Cultura”...págs. 556-557; W. Sulzbach, “National Consciousness”...pág. 95; A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...pág. 255.

⁶⁶ H. Kohn, “Historia del nacionalismo”...pág. 25.

⁶⁷ F. Delaisi, “Political Myths and Economic Realities”...págs. 416-419. Sobre los restantes autores citados, véase F. H. Hankins, “Racial Differences and World Unity”, World Unity, 1928, n° 3, págs. 89-95 y H. Fyfe, “The Illusion of National Character”...págs. 2, 5, 34, 90.

que mejor sintetiza la nueva visión de la ideología seguramente es el concepto de *prejuicio*. Para los intelectuales internacionalistas o cosmopolitas de nuestros días –se quejaba William McDougall a mediados de los años veinte- el patriotismo es irracional, “un mero prejuicio que distorsiona nuestro juicio” y que “implica inevitablemente odio y desprecio por otras naciones”.⁶⁸ En efecto, un número importante de pensadores y activistas liberales, socialistas, cristianos y pacifistas –contra los que dirige su crítica McDougall- estaba fijando después de la guerra una estrecha vinculación semántica entre la conducta patriótica o nacionalista y la lógica irracional de los prejuicios.

Los orígenes del término *prejuicio* –entendido como oposición a la racionalidad- se remontan al periodo clásico de la Ilustración europea. Así, uno de sus máximos exponentes, el francés Voltaire, había definido “prejuicio” como “*una opinión sin juicio*”. El filósofo de la racionalidad apuntaba de este modo una explicación de la irracionalidad: una opinión es prejuiciosa si los juicios sobre los que se fundamenta son defectuosos, infundados o inexistentes.⁶⁹ En lo sucesivo, el concepto de prejuicio vendría asociado al mal de la irracionalidad que todo ciudadano moderno –esto es, ‘razonable’ y ‘decente’, según los criterios de la Ilustración- debía evitar. Incluso hoy, en nuestros días, el prejuicio sigue siendo considerado una opinión indeseable, y arrastra un cierto estigma moral. Tener prejuicios es ser sesgado, parcial, arbitrario, subjetivo e injusto.⁷⁰

Con todo, a partir de los años veinte y treinta del pasado siglo, el significado más común del término prejuicio no hacía sólo referencia a “opiniones sin juicio” en general –en la línea apuntada por Voltaire- sino a un tipo particular de opiniones irracionales que conllevan actitudes y conductas hostiles hacia determinados individuos en base a su pertenencia o adscripción grupal. Esto es, se trataba de *opiniones y actitudes negativas y, en todo caso, erróneas, irracionales e injustificadas, hacia uno o varios individuos en tanto que miembros de una colectividad*. “Cada vez que una actitud negativa hacia ciertas personas se ve sostenida por una espuria generalización excesiva –concluía Gordon Allport años más tarde- encontramos el síndrome del prejuicio”.⁷¹ En

⁶⁸ W. McDougall, “The American Nation: Its Problems and Psychology”...págs. 51-52.

⁶⁹ Voltaire, “Diccionario filosófico”, Madrid: Temas de Hoy, [1764] 1995, págs. 471-473. Véase también M. Billig, “Ideology and Opinions”, London: Sage, 1991, págs. 130-131.

⁷⁰ Véase E. Faris, “The Nature of Human Nature”, N.Y.: McGraw-Hill, 1937, pág. 323; y M. Wetherell y J. Potter, “Mapping the Language of Racism”, London: Harvester, 1992, págs. 202-203.

⁷¹ G. Allport, “La naturaleza del prejuicio”, B. Aires: Eudeba, (1954) 1971, págs. 26-27.

concreto, la principal preocupación para los intelectuales de la primera y la segunda postguerra mundial serán los prejuicios basados en la categoría de *nación y raza*.⁷²

Además, después de la Gran Guerra la oposición a los prejuicios se seguía viendo como una empresa moral, pero ahora en dos sentidos distintos. Por un lado, el prejuicio se consideraba una *desviación de la norma de racionalidad* (juicio precipitado o preconcepto, generalización excesiva, negativa a modificar una opinión pese a nuevas evidencias, etc). Al mismo tiempo, el prejuicio suponía también la *violación de la norma de la equidad y el humanitarismo* (el reconocimiento de la humanidad común, de la dignidad e igualdad básica a todos los hombres, de la práctica de la tolerancia y la convivencia pacífica).⁷³ La lucha contra los prejuicios se planteaba sobre todo como una aspiración –más o menos voluntarista- de erradicar las actitudes xenófobas de la mente de los hombres. “...la mayoría del pueblo –afirmaba Rafael Altamira- posee, en el fondo de su espíritu, un depósito de ideas y de sentimientos que constituyen sustancias fácilmente inflamables...los prejuicios contra el extranjero, reliquia de una tradición a veces lejana, sostenidos, y alguna vez intensificados, por una propaganda insensata o por una negligencia moralmente reprensible”.⁷⁴

La lucha contra los prejuicios era una de las demandas más reiteradas entre los intelectuales críticos del nacionalismo. Hasta el punto que algunas veces identificaban o asimilaban *nacionalismo y prejuicio*. Por ejemplo, para el historiador Jonathan F. Scott, el nacionalismo estaba constituido “de todos los odios, todos los prejuicios, todas las burdas antipatías que los pueblos alimentan entre sí”.⁷⁵ Para el politólogo norteamericano Charles Merriam, se trataba de “un sistema de adoctrinamiento de masas en las teorías o prejuicios de grupo”.⁷⁶ En la misma línea, el sociólogo alemán

⁷² Véase M. Billig, “Ideology and Opinions”...págs. 132-133.

⁷³ Véase J. Hardin et al., “Prejudice and Ethnic Relations”, en Lindzey y Aronson (eds.), “The Handbook of Social Psychology”, vol. 5, Mass: Addison-Wesley, 1969, pág. 5.

⁷⁴ R. Altamira, “Observaciones sobre el estudio de las ‘Causas profundas de las guerras’” [1932], incluido en “El Derecho al servicio de la paz”, México: Impr. Univ., 1954, pág. 309. Véase también, del mismo autor, “La propaganda de las ideas y los sentimientos pacifistas”...pág. 12.

⁷⁵ J. F. Scott, “The Menace of Nationalism in Education”...pág. 79. En realidad, Scott toma prestada la cita del poeta y político francés Lamartine.

⁷⁶ C. Merriam, “The Making of Citizens”...pág. 337.

Frederick Hertz equiparaba la “enfermedad del nacionalismo” a “la fuerza del prejuicio, el egotismo y el pensamiento ilusorio”.⁷⁷

Otras veces, sin llegar a identificar *nacionalismo* y *prejuicio*, se señalaba sin embargo la importancia de este último en el sistema ideológico del primero. Porque una nación es “una agrupación de hombres reunidos por un mismo error sobre su origen y una aversión común hacia sus vecinos” –habían dicho los biólogos Julian S. Huxley y Alfred C. Haddon.⁷⁸ Deberíamos admitir que en la idea comúnmente aceptada de “nacionalidad” –afirmaba por su parte el historiador Sydney Herbert- entran muchos elementos que son peligrosos e irracionales: elementos que promueven el “falso orgullo” y las “actitudes agresivas hacia otras naciones”, los “prejuicios”.⁷⁹ En la misma línea, el historiador Hans Kohn y el sociólogo Kimball Young hablaban de un vínculo necesario entre las demandas políticas del nacionalismo y la existencia de prejuicios internacionales. “Toda nación adoctrina a su juventud con actitudes y valores patrióticos, y al hacerlo así estimula a menudo los prejuicios, no sólo contra las naciones rivales, sino contra los grupos minoritarios dentro de sus propias fronteras”.⁸⁰

En cualquier caso, unos y otros hacían hincapié en la difusión perniciosa de los *prejuicios* en la sociedad moderna, y fijaban la responsabilidad moral en las *doctrinas nacionalista y racialista*. A juicio de Carlton Hayes, “el nacionalismo ascendente y furibundo” del último siglo habría exacerbado “los prejuicios y las intolerancias raciales” en todo el orbe, a límites desconocidos hasta entonces.⁸¹ Para otro historiador norteamericano de su generación, Arthur M. Schlesinger, el nacionalismo difundía “peligrosos prejuicios” contra las naciones extranjeras, disponiendo de este modo a la población para la guerra. Especialmente a través de las instituciones educativas. La

⁷⁷ F. Hertz, “Nationality in History and Politics”...pág. 413. “Como contrapartida a las creencias que exaltan la excelencia de la propia nación están los prejuicios nacionales que tienden a desacreditar a las otras naciones” (op. cit., págs. 19-21).

⁷⁸ J. S. Huxley y A. C. Haddon, “We Europeans”, N. Y.: Harper & Brothers, 1936, págs. 16.

⁷⁹ S. Herbert, “Nationality and Its Problems”...pág. 38.

⁸⁰ K. Young, “Social Psychology”, N.Y.: Appleton (1930) 1944, págs. 290. Véase también H. Kohn, “Historia del nacionalismo”...pág. 30.

⁸¹ C. Hayes, “Essays on Nationalism”...págs. 235-236. “...no hay nada nuevo en que un europeo piense que los hombres amarillos y negros son diferentes a él, y que tenga cierto prejuicio contra ellos; pero antes del advenimiento del nacionalismo moderno las diferencias físicas obvias eran vistas generalmente como resultados interesantes del clima o fenómenos curiosos de la naturaleza, y el prejuicio popular no era tan grande...” (op. cit. págs. 235-236).

escuela de nuestro tiempo –afirma el citado autor- “es un vivero de discordia internacional para las generaciones presentes y futuras”.⁸²

Al igual que Schlesinger, muchos autores coetáneos denunciaban la participación de la escuela en la difusión de los prejuicios. Nada más terminar la I Guerra Mundial –como ya señalamos en el capítulo anterior- un número importante de historiadores, educadores, moralistas e intelectuales en general –amparados casi siempre por la Sociedad de Naciones- reclamaron a las autoridades políticas y educativas del momento la revisión urgente de los libros de texto y los manuales de historia de los escolares. A su juicio, la enseñanza de la historia se había basado hasta entonces sobre los criterios ficticios y falaces del nacionalismo: la visión épica del pasado, la atención desmedida a los acontecimientos bélicos de la historia, la concepción homérica de la guerra, el enaltecimiento de los logros científicos, artísticos, económicos y sociales de la propia nación a costa de las restantes... Y, sin duda, la transmisión de todo tipo de prejuicios hostiles hacia otros países. “...los escritores de libros de texto y profesores de lectura, historia, geografía y educación cívica –decía J. F. Scott- están enseñando a los niños del mundo en la estrechez de miras nacionalista, en los prejuicios nacionalistas”.⁸³

Si bien existían precedentes anteriores a la guerra, la nómina de autores que criticaban la *influencia de los prejuicios nacionalistas en la educación escolar* aumentó de manera notable en las décadas posteriores⁸⁴. Historiadores como el propio Scott, M. J. Prudhommeaux y M. Starr, sociólogos como D. R. Taft y K. Young, politólogos como C. E. Merriam, psicólogos como B. C. Ewer y W. F. Vaughan y escritores como H. G. Wells y A. Walworth coinciden en señalar que los manuales o libros de texto utilizados en la escuela están imbuidos de ideas y supuestos nacionalistas, e influyen en la adquisición de actitudes hostiles o prejuicios hacia otras naciones y razas. “Muchos gobiernos ponen todo su empeño en inculcar el sentimiento nacionalista en las mentes de los escolares, a través del manejo de ejercicios patrióticos, que incluyen en ocasiones

⁸² A. M. Schlesinger, “Introduction” a Walworth, “School Histories at War”, Cambridge, Mass: Harvard Univ. Press, 1938, pág. xiii.

⁸³ J. F. Scott, “The Menace of Nationalism in Education”...pág. 16. “En periodos de normalidad puede parecer que tal enseñanza importa poco; pero cuando la guerra amenaza...el dogma del nacionalismo estrecho promovido en la escuela se convierte en yesca para el fósforo del chauvinista” (op. cit. pág. 206).

⁸⁴ Entre los precedentes, véase el artículo del historiador norteamericano A. B. Hart, “School Books and International Prejudices”, International Conciliation, nº 38-39, 1911, págs. 3-13.

expresiones directas de hostilidad a los pueblos circundantes” –afirmaba B. C. Ewer.⁸⁵ La mayoría de críticos insiste en que el único modo de garantizar una paz duradera en el futuro es eliminar los prejuicios y falsificaciones nacionalistas de los manuales de historia de la escuela.⁸⁶

La idea de *prejuicio* manejada por muchos de estos autores conservaba hasta cierto punto el sentido racionalista que Voltaire y la Ilustración le habían dado en sus orígenes. Así, los prejuicios contra el extranjero eran *opiniones sin juicio*, concepciones erróneas, generalizaciones defectuosas o excesivas, juicios basados en información falsa, parcial, en datos no-verídicos. Se trataba, en suma, de *errores o falacias que requerían campañas masivas de educación e información*. En palabras del educador Heber R. Harper, la “instrucción” y la “información” habría de contribuir decisivamente a eliminar los prejuicios o actitudes nacionalistas estrechas o intolerantes.⁸⁷ Para el sociólogo Luther Lee Bernard, “el espíritu humano se liberaba del prejuicio, la estrechez y el fanatismo” a través del dominio del “intelecto” y la “ciencia”.⁸⁸ De la misma manera, también los psicólogos norteamericanos que firmaron –en los estertores de la II Guerra Mundial- un famoso manifiesto para desterrar para siempre el prejuicio y la intolerancia de la mente de los hombres parecían conservar, en su empeño, todo el optimismo racionalista de los primeros ilustrados. “A través de la educación y la experiencia la gente puede aprender que sus ideas prejuiciosas sobre el inglés, el ruso, el japonés, los católicos, los judíos, los negros, son erróneas o enteramente falsas. Puede aprender que los miembros de un grupo racial, nacional o cultural son básicamente semejantes a los de otros grupos, y tienen problemas, ilusiones, aspiraciones y necesidades semejantes. El prejuicio es un asunto de...instrucción e información”.⁸⁹

De acuerdo con este criterio, la ciencia, el conocimiento, la información contrastada y veraz era la llave maestra para la eliminación del prejuicio, la intolerancia

⁸⁵ B. C. Ewer, “Social Psychology”...pág. 406. “...la escritura y el estudio de la historia están orientados de algún modo por propósitos nacionalistas” (pág. 406).

⁸⁶ Véase también M. J. Prudhommeaux, “Introduction” a “Enquête sur les livres scolaires d’après-Guerre”...; M. Starr, “Lies and Hate in Education”...; D. R. Taft, “Historical Textbooks and International Differences”...págs. 92-96; W. F. Vaughan, “Social Psychology”, N.Y.: Odyssey, 1948; H. G. Wells, “The Common Sense of World Peace”, London: Hogarth Press, 1929.

⁸⁷ H. R. Harper, “What European and American Students Think on International Problems”, N.Y.: Teachers College, Columbia Univ. Press, 1931, págs. 46-47.

⁸⁸ L. L. Bernard, “An Introduction to Social Psychology”, London: Allen & Unwin, 1927, pág. 493.

⁸⁹ “The Psychologists’ Manifesto”, en G. Murphy (ed.), “Human Nature and Enduring Peace”, Boston: Houghton, 1945, págs. 455-456.

y la guerra entre los pueblos. Seguramente, una de las huellas más visibles del racionalismo y el optimismo de la Ilustración puede reconocerse en el apoyo de lo que más tarde se llamaría *hipótesis del contacto*. De hecho, un nutrido grupo de autores de la primera postguerra mundial pensaba que la reducción o eliminación de los prejuicios nacionales se produciría como resultado del aumento de los contactos, la comunicación, la familiaridad o –en la terminología más común de la época– los *viajes al extranjero*. Esto es, cuanto mayor el grado de contacto entre los miembros de distintas naciones, mayor el grado de información o conocimiento recíproco, y menor su grado de aversión o prejuicio. “Llegar a ser amistoso cuando hay un conocimiento o comprensión mutua [entre los pueblos] es tan inevitable como una vez fue considerar al extraño como un enemigo natural al que había que engañar, matar o devorar. La familiaridad y la comunicación contribuyen a una conciencia mundial” –afirmaba el psicólogo y pedagogo Arland D. Weeks.⁹⁰

Tras la firma del armisticio que puso fin a la I Guerra Mundial, numerosos programas de intercambio de profesores y estudiantes, subvenciones para estudiar en el extranjero y planes de estímulo a la celebración de congresos internacionales fueron promovidos por entidades y organismos pacifistas e internacionalistas, todo ello con el propósito de *facilitar el conocimiento y la familiaridad entre los países* y eliminar los prejuicios, errores y malentendidos que habían llevado a la guerra. El viaje al extranjero es “un recurso extraordinario para la educación internacional” –afirmaba el político y educador británico John H. Whitehouse.⁹¹ El viaje ensancha la mente, promueve la “disposición internacional” –en palabras del educador y misionero James C. Manry.⁹² El nuevo orden internacional que surgirá de la guerra –afirmaba el Alto Comisionado de

⁹⁰ “The Mind of the Citizen”...pág. 650. La necesidad del contacto, el viaje o la comunicación para reducir los prejuicios era reclamada por algunos autores durante la guerra. “Mediante el viaje un hombre pierde...mucho de su insularidad estrecha...Si vamos a tener éxito en nuestra tarea de alcanzar una internacionalización mayor...[el] viaje debe ser promovido y facilitado” (E. Crawshaw-Williams, “The International Idea”, *The Intern. J. of Ethics*, Apr. 1917, pág. 277). Y antes de la guerra afirmaba A. B. Hart: “Tres enormes influencias contribuyen a una comprensión mutua entre los pueblos. La primera es el periódico, que cada mañana imprime información de las partes más alejadas de la tierra. La segunda es el viaje, que enseña a una multitud de gente que el chino, el turco, el zulú y el mexicano son, después de todo, gente bastante agradable. La tercera es la internacionalización de los hombres de conocimiento en sus congresos mundiales...” (“School Books and International Prejudices”...pág. 4). Hart se muestra optimista y confiado en la posibilidad de suprimir los “prejuicios internacionales”, a pesar de que hace remontar su existencia a “sentimientos” y “antipatías” ancestrales que han existido siempre (op. cit., p. 3).

⁹¹ J. H. Whitehouse, “Some Suggestions for the Promotion of International Education”...pág. 70.

⁹² J. C. Manry, “World Citizenship. A Measurement of Certain Factors Determining Information and Judgment of International Affairs”, Iowa: University of Iowa, 1927-1928, págs. 3 y 50.

la Sociedad de Naciones, Fridtjof Nansen- sólo podrá construirse “sobre la base del conocimiento y la comprensión mutua entre los pueblos”. Y el único medio de conseguirlo es “a través del viaje al extranjero” –añade el explorador y zoólogo noruego.⁹³

Con todo, a pesar del optimismo de algunos autores en la primera y –de nuevo- en la segunda postguerra mundial, la confianza en la bondad del viaje y el contacto como recursos para la reducción de los prejuicios nacionales estaba siendo discutida y contestada desde finales de los años veinte. Se dice hoy que las naciones sólo necesitan conocerse para llegar a ser amistosas –afirmaba por entonces el psicólogo norteamericano George Malcolm Stratton- pero el conocimiento puede conducir a la amistad o a la enemistad, “depende del tipo de encuentro”.⁹⁴ A partir de un cuestionario en el que trataba de medir la disposición de un grupo de 500 estudiantes universitarios norteamericanos hacia el internacionalismo (y su oposición al nacionalismo), el psicólogo Arthur Koldstad no halló ninguna diferencia significativa entre las actitudes de aquellos estudiantes que habían viajado alguna vez al extranjero y las de aquellos otros que nunca habían salido del país. Se supone –afirma Kolstad- que “el viaje ensancha la mente”, que el “contacto” con gente de otra nacionalidad promueve la tolerancia y favorece el “internacionalismo”...pero no influye en todos los individuos de la misma manera.⁹⁵ Aunque otros datos apuntaban en sentido contrario (véase p. ej., E. Diggins⁹⁶), un número cada vez mayor de psicólogos y psicólogos sociales (George Stratton y Arthur Koldstad, Gardner y Lois Murphy, Herbert Gurnee y, enseguida, Florian Znaniecki, Muzafer Sherif, Otto Klineberg, Gordon Allport, etc) rebajaba y acotaba –si no reducía a la insignificancia- los efectos reales del contacto con el extranjero en la supresión de los prejuicios.⁹⁷

⁹³ F. Nansen, “Prólogo” al “Handbook of Student Travel”, London: I. C. S., 1927 (citado en J. E. Harley, “International Understanding”, California: Stanford Univ.Press, 1931, pág. 47).

⁹⁴ G. M. Stratton, “Social Psychology of International Conduct”, N.Y.: Appleton, 1929, págs. 127-128 y 131.

⁹⁵ “A Study of Opinions on Some International Problems”, N.Y.: Columbia Univ., 1933, pp. 37, 39 y 83.

⁹⁶ “A Statistical Study of National Prejudices”, Master’s Thesis, N.Y.: Columbia University, 1927.

⁹⁷ Y a pesar de que en el periodo inicial de la 2ª postguerra, la hipótesis del viaje y el contacto encontró de nuevo un enorme eco entre los intelectuales de las potencias vencedoras, en un discurso legitimador que reivindicaba el internacionalismo y el humanitarismo sobre cualquier pretensión nacionalista (la que se atribuía explícita o implícitamente a los vencidos). Pero la aceptación acrítica de la hipótesis duró poco, mucho menos que en la 1ª postguerra mundial. Otto Klineberg resume este cambio de orientación: “...durante el periodo inicial de la postguerra, se dio por supuesto que cualquier intercambio para la educación internacional produciría casi automáticamente los resultados deseables. Más tarde se reconoció

De hecho, el concepto mismo de *prejuicio* parecía alcanzar la entidad o naturaleza de *constructo psicológico* en contraposición a esa evidencia ingenua de la Ilustración y el racionalismo: la adquisición de nuevo conocimiento (derivado o no del viaje o el contacto con el extranjero) es de todo punto insuficiente para derribar los prejuicios mentales que separan a los hombres. Los “pre-juicios” se hacen “prejuicios” –afirmaría Gordon Allport en “La naturaleza del prejuicio”- solamente cuando *no son reversibles bajo la acción de conocimientos nuevos*. A diferencia de una simple concepción errónea –añade Allport- “un prejuicio se resiste activamente a toda evidencia que pueda perturbarlo. Estamos propensos a reaccionar emocionalmente cuando se amenaza a un prejuicio con una contradicción...Constituye un auténtico problema psicológico”.⁹⁸ Nada separaba más a la generación de entreguerras de la de los ilustrados del siglo XVIII que esa supuesta “resistencia activa” y “reacción emocional” del sujeto portador de prejuicios.

Desde los años treinta hasta la década de los sesenta la visión más común del portador de prejuicios es la de un sujeto de escasa capacidad discriminatoria y comprensiva, en el que predomina la vertiente afectiva o emocional –afirma Sagrario Ramírez.⁹⁹ En este sentido, los prejuicios contra el extranjero eran algo más que concepciones erróneas, generalizaciones excesivas o falacias; los prejuicios eran también la *expresión de procesos psicológicos emocionales, que operaban a menudo inconscientemente*, canalizando tensiones y problemas internos del individuo hacia algún enemigo exterior. A través de la influencia conjunta de la psicología de las masas y del pensamiento psicoanalítico –John Dollard, la teoría de la frustración-agresión y el estudio de Berkeley de la personalidad autoritaria- el prejuicio pasó a definirse como un problema psicológico, enraizado con frecuencia en la dinámica de la personalidad.¹⁰⁰

que este supuesto era demasiado optimista...la anterior visión ingenua de que cuanto más contacto mejor ha sido sustituida por la posición más sofisticada de que el tipo de contacto es crucial...¿Qué clase de contacto bajo qué condiciones tienen qué efectos sobre qué aspectos de las actitudes intergrupales?...” (“The Human Dimension in International Relations”, N.Y.: Holt, 1964, págs. 116 y 118).

⁹⁸ G. W. Allport, “La naturaleza del prejuicio”...págs. 24 y 27.

⁹⁹ S. Ramírez Dorado, “Hacia una psicología social del nacionalismo”, Madrid: U. Complutense, 1992, págs. 151-152. Aunque Ramírez se está refiriendo al concepto de “actitud” utilizado por la psicología social de la época, el estudio del “prejuicio” puede subsumirse por entonces en el de las actitudes, como la propia autora recuerda (op. cit., págs. 154-155).

¹⁰⁰ Sobre la evolución histórica de los estudios sobre los prejuicios en la literatura psicosocial, véase F. Samelson, “From ‘Race Psychology’ to ‘Studies in Prejudice’”, J. of the History of the Behavioral Sciences, 14, 1978, pág. 269; y J. Duckitt, “Psychology and Prejudice. A Historical Analysis and Integrative Framework”, American Psychologist, vol. 47, n° 10, oct. 1992, págs. 1185-1186.

Sea como fuere, para erradicar los prejuicios nacionalistas no bastaría ya con campañas informativas y educativas o viajes de intercambio con el extranjero. Ni sería suficiente con suprimir los errores y falacias de los manuales y libros de historia de los escolares. En contra de lo que el propio Voltaire pudo nunca imaginar, mucho más que meras ‘opiniones sin juicio’ debería poder borrarse de la mente de los hombres. Volveremos sobre estas cuestiones en el capítulo próximo.

7.3.3. El nacionalismo como estereotipo (“imágenes en la cabeza”)

Por último, el nacionalismo venía asociado también al peso o la fuerza irracional de los *estereotipos*. La noción que tiene el hombre medio de un francés, un alemán, un irlandés o un judío –decía el historiador norteamericano Carlton Hayes- no es producto de la observación personal o directa de cada individuo por separado, sino de la aceptación acrítica de descripciones convencionales y retratos simplificadores, de estereotipos que han sido difundidos entre la población a través de la propaganda por los intelectuales o ideólogos del nacionalismo. Los poetas, dramaturgos y novelistas de la patria, los voceros y propagandistas de la nación –afirma Hayes- no han dudado en “exagerar, simplificar y estereotipar las diferencias” con otros pueblos, suministrando así una base literaria a la creencia de que toda nación tiene un “alma” y una “misión”.¹⁰¹

De hecho, de la misma manera que las masas necesitaban imágenes, estatuas, iconos y figuraciones para representar la nación –como ya hemos señalado en un apartado anterior- se pensaba que las masas requerían también de imágenes o retratos simples, cuadros simplificados, caricaturas o estereotipos (“imágenes en la cabeza”) para representar al extranjero. “El inglés es alto, de piel clara, empírico, práctico, un carnívoro y un deportista. El alemán es gordo, de tez clara, sentimental, metódico, disciplinado, aburrido, un kantiano y un bebedor de cerveza. El italiano es pequeño, de piel morena y come macarrones; es sobrio, artístico, sutil e inclinado a la perfidia. El español es de piel morena, orgulloso, indolente, etc.”. Estos retratos o tipos ficticios, popularizados a través de la prensa, el cómic y el dibujo –afirmaba el francés Francis

¹⁰¹ C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...págs. 61-67.

Delaisi- “ejercen una influencia profunda sobre las masas”, que llegan a confundirlos con tipos o seres reales.¹⁰²

En este sentido, los autores de entreguerras daban al análisis de las imágenes o *estereotipos* del extranjero un tratamiento muy parecido al que habían otorgado a los símbolos, fetiches e imágenes de la nación, esto es, como una *falacia* o error del entendimiento. P.ej., Floyd Allport, Daniel Katz, Kenneth Braly y Rudolf Rocker describían los estereotipos nacionales como “símbolos emocionales” o “fetiches verbales”, y hacían recaer su existencia última en la ficción grupal, esto es, en la falacia del Sujeto colectivo. “Las pinturas estereotipadas de los grupos raciales y nacionales – afirmaban Katz y Braly- pueden surgir sólo en tanto que los individuos acepten consciente o inconscientemente la actitud de la falacia de grupo hacia el lugar de nacimiento y el color de la piel. Para el realista no hay grupos raciales o nacionales que existan como entidades y que determinen las características de los miembros del grupo...Tales observaciones siguen generalmente la ficción grupal o institucional que puede servir para colgar las características típicas...”.¹⁰³

Los estereotipos se definen en cualquier caso como *imágenes o cogniciones simplificadas*, como *caracterizaciones o juicios parciales, defectuosos o inexactos de una colectividad específica* (casi siempre naciones y razas). El modo en que la mayoría de la población accede a la imagen del extranjero se asemeja al método utilizado en el dibujo de caricaturas –afirmaba Walter Sulzbach. “El caricaturista es indiferente a las características generales y exagera la variación de la norma...”.¹⁰⁴ Los críticos de la época parten de nuevo de una contraposición fundamental entre las imágenes en la cabeza del sujeto y la visión contrastada y veraz del hombre de ciencia. Los juicios habituales sobre las distintas naciones (los irlandeses inconstantes, los franceses lógicos, los alemanes disciplinados, los eslavos ignorantes, los japoneses indignos de confianza...) son “generalizaciones extraídas de muestras” –afirmaba el periodista norteamericano Walter Lippmann- pero tales muestras “son seleccionadas según un

¹⁰² “Political Myths and Economic Realities”...págs. 210-212. “Aquí tenemos retratos que están singularmente abiertos a la discusión. Sin embargo, son aceptados en todas partes como ciertos por la masa, que...tiene pocas oportunidades de comprobar su veracidad” –insiste Delaisi (op. cit., pág. 211).

¹⁰³ D. Katz y K. Braly, “Racial Stereotypes of One Hundred College Students”, The J. of Abn. and Soc. Psych., 1933, vol. 28, págs. 280 y 288-289. Sobre la descripción del estereotipo como un símbolo emocional y las referencias al trabajo de F. Allport de los símbolos nacionales véase también en el citado artículo (págs. 280 y 289). En relación a Rocker, véase su libro “Nacionalismo y Cultura”...pág. 557.

¹⁰⁴ W. Sulzbach, “National Consciousness”...pág. 39. “El mismo proceso tiene lugar cuando la *imaginación popular* concibe a las diversas naciones” (op. cit., pág. 39).

método que, de un punto de vista estadístico, carece totalmente de solidez”.¹⁰⁵ Se trata, en suma, de juicios distorsionados o erróneos que no resisten los parámetros de la ciencia.

No obstante, la noción de *estereotipo* no sólo se solapa con el concepto de falacia o ficción mental, sino también –y sobre todo- con la noción de *prejuicio*, hasta llegar en muchos casos a confundirse con él. “...los estereotipos están cargados de preferencias, impregnados de afectos o aversiones, ligados a miedos, anhelos, deseos violentos, orgullo, esperanza...” –decía Lippmann.¹⁰⁶ Durante la década de los treinta y cuarenta los estereotipos de nación y raza eran, sobre todo, *imágenes o cogniciones erróneas que comportaban actitudes hostiles hacia el extranjero* y permitían justificar la discriminación, la violencia, la guerra. Para los intelectuales de la primera y la segunda postguerra mundial la cuestión del estereotipo se planteaba, antes que nada, como un problema moral vinculado al prejuicio y, por tanto, como una violación de la norma de la racionalidad, la equidad y el humanitarismo.¹⁰⁷

Así, algunos de los historiadores, educadores y moralistas que estaban reclamando por entonces la revisión urgente de los *libros de texto de los escolares* y, en particular, la supresión de los prejuicios hacia los países extranjeros, denunciaban también la difusión de imágenes o estereotipos simples, falaces y, casi siempre, negativos hacia aquellos mismos países. P. ej., el historiador Jonathan F. Scott pedía la eliminación de “las generalizaciones estúpidas e inexactas” en relación a las supuestas características atribuidas a los pueblos extranjeros.¹⁰⁸ Por su parte, la historiadora Bessie L. Pierce, después de analizar casi 400 libros de texto utilizados en los colegios de EE.UU., concluía que la descripción que en ellos se hacía de la mayoría de las naciones sólo podía redundar en su “ignominia”, en contraste con la visión respetable y

¹⁰⁵ W. Lippmann, “La opinión pública”...pág. 116.

¹⁰⁶ W. Lippmann, op. cit., pág. 96. Y sigue diciendo: “Todo lo que invoca al estereotipo es juzgado con el sentimiento apropiado. Salvo cuando suspendemos el prejuicio, no observamos a un hombre para luego juzgar que es malo: vemos directamente a un hombre malo. Vemos una mañana llena de rocío, una doncella que se sonroja, un santo sacerdote, un inglés linfático, un rojo peligroso, un bohemio despreocupado, un hindú perezoso, un astuto oriental, un eslavo soñador, un irlandés veleidoso, un judío lleno de codicia, un norteamericano al ciento por ciento. Así se formulan en general, en nuestro mundo laborioso, los verdaderos juicios que preceden a las pruebas y encierran ya la conclusión que, con toda seguridad, éstas confirmarán. En un juicio de este tipo no caben ni justicia, ni misericordia, ni verdad, puesto que el juicio antecede a las pruebas” (op. cit., pág. 96).

¹⁰⁷ Véase una revisión crítica de la literatura sobre estereotipos, de Lippmann en adelante, en Sangrador, “Estereotipos y cognición social: una perspectiva crítica”, *Interacción social*, nº 1, 1991, págs. 65-87.

¹⁰⁸ J. F. Scott, “The Menace of Nationalism in Education”...págs. 211-212.

digna del americano. “El español es representado en las historias como violento y cruel...¿acaso el español no tuvo virtud alguna?” –se pregunta al final del libro.¹⁰⁹ Y el mexicano, el chino o el judío, ¿no es hombre como nosotros? –interpela por medio de Shakespeare. “¿...no tiene ojos, no tiene manos ni órganos ni alma, ni sentidos ni pasiones?...Si le pican, no sangra? ¿No se ríe si le hacen cosquillas? ¿No se muere si le envenenan? ¿Si le ofenden, no trata de vengarse?...”.¹¹⁰

Enarbolando casi siempre la causa del humanitarismo o el internacionalismo, desde posiciones ideológicas conservadoras, liberales o marxistas, diversos intelectuales de entreguerras denunciaban la difusión de estereotipos o imágenes prejuiciosas contra el extranjero en los libros de texto de los escolares o, alternativamente, en los cómics y cuentos infantiles, en la novela y el drama, la prensa, la radio o a través del cine. En el mundo occidental –afirmaba Lippmann- “el cinematógrafo fabrica continuamente las imágenes que luego son evocadas por las palabras que la gente lee en los periódicos”. De este modo –continúa el autor- la pantalla tiene hoy sobre la imaginación “el mismo tipo de autoridad que ayer la palabra impresa, y antes aún, la palabra hablada”.¹¹¹ En cualquier caso, los estereotipos nacionales eran descritos por Lippmann y otros muchos autores como imágenes o caracterizaciones erróneas e injustificadas *de segunda mano*, adquiridas a menudo a través de los medios de comunicación de masas, más que por experiencia directa.

Además de la amplia difusión mediática de los estereotipos nacionales, otra de las ideas subrayadas por los críticos de la época era la enorme aceptación de estas imágenes distorsionadas entre la población de un mismo país. Algunos trabajos empíricos –realizados casi siempre en territorio norteamericano- apuntaban en esa dirección. A principios de los años treinta, los psicólogos sociales Daniel Katz y Kenneth Braly habían pedido a un centenar de estudiantes universitarios de Princeton que seleccionaran de una lista de adjetivos previamente confeccionada los atributos

¹⁰⁹ B. L. Pierce, “Civic Attitudes in American School Textbooks”, Chicago:Un. of Chicago, 1930, p. 254.

¹¹⁰ B. L. Pierce, op. cit., págs. 255-256. La historiadora reproduce el célebre monólogo de Sylock de la obra teatral de Shakespeare, “El mercader de Venecia”, Madrid: Lápari (1600) 1997, pág. 57.

¹¹¹ “La opinión pública”...pág. 76. Las fotografías del cinematógrafo –afirma Lippmann- “parecen tan absolutamente reales que imaginamos que vienen a nosotros directamente, sin intervención humana, constituyendo el alimento mental menos agotador que se pueda concebir. Cualquier descripción en palabras, cualquier pintura inerte, requieren un esfuerzo de memoria antes de instalarse en nuestra mente. En cambio, en la pantalla, todo el proceso de observar, describir, retratar, y luego imaginar, ya ha sido efectuado para nosotros...La idea vaga se vuelve nítida; la noción confusa que tenemos del Ku Klux Klan, p. ej., cobra realidad gracias al señor Griffith en ‘El nacimiento de una nación’...” (págs. 76-77).

“más típicos” de una serie de grupos étnicos y nacionales.¹¹² Los resultados del estudio –repetidos hasta la saciedad en esa y otras universidades americanas en décadas sucesivas– ponían de manifiesto un *alto grado de acuerdo* a la hora de caracterizar a cada uno de los pueblos: los alemanes eran eficientes y fríos; los italianos, apasionados e impulsivos; los chinos, supersticiosos y taimados; los turcos, fanáticos y crueles; los judíos, mercenarios y sagaces; etc, etc, etc. A juicio de Katz y Braly, el alto grado de acuerdo en las respuestas no podía ser resultado del contacto o las experiencias particulares de cada uno de los estudiantes con los miembros de esas naciones, sino más bien del aprendizaje de los mismos estereotipos a través de los canales de comunicación social.¹¹³

Por último, estas imágenes simplificadas y prejuiciosas sobre las naciones extranjeras no sólo tenían un alto grado de aceptación o penetración social, sino que permanecían rígidamente inmunes a la nueva experiencia o información por parte de los individuos perceptores. Los estereotipos se definían como imágenes mentales *fuertemente resistentes al cambio*. De este modo, y al igual que se acabará diciendo de los prejuicios (G. Allport), tampoco los estereotipos parecían fácilmente reversibles bajo la acción de conocimientos nuevos. La “experiencia individual” de los estudiantes de Princeton con los miembros de otras nacionalidades o etnias podía contribuir a la caracterización o atribución de rasgos de cada pueblo –afirmaban Katz y Braly– pero probablemente lo hacía para confirmar el estereotipo que todos ellos habían aprendido con anterioridad.¹¹⁴

Como los prejuicios de la mente, el peso o la fuerza del estereotipo ponía en evidencia los mejores propósitos del racionalismo cosmopolita de postguerra. O, al menos, así fue visto por muchos autores. El estereotipo –decía Lippmann– obstaculiza el conocimiento crítico, las virtudes de la educación y los efectos del contacto con el extranjero. “...los relatos de viajeros que regresan del exterior son, a menudo, simples cuentos de lo que cada uno llevó consigo”.¹¹⁵ La multiplicación de los contactos

¹¹² “Racial Stereotypes on One Hundred College Students”...págs. 282-284. A pesar de que el título del artículo hace sólo referencia a los “estereotipos raciales”, la mayoría de los grupos que los estudiantes tenían que caracterizar eran grupos nacionales o étnicos. De hecho, todavía en los años 30 era frecuente que se utilizaran estos términos de forma intercambiable, tanto en el lenguaje académico como en el lenguaje más popular.

¹¹³ D. Katz y K. Braly, op. cit., pág. 288. Véase también pág. 280.

¹¹⁴ D. Katz y K. Braly, op. cit., pág. 288.

¹¹⁵ W. Lippman, “La opinión pública”...pag. 81.

personales entre individuos de distintos países –insistían William Buchanan y Hadley Cantril después de la II Guerra Mundial- no elimina la lógica del estereotipo ni mejora necesariamente las relaciones entre los pueblos.¹¹⁶

7.4. La medida de las actitudes y la escala del nacionalismo

Como hemos visto hasta aquí, una serie de intelectuales y críticos de entreguerras –entre los que se encontraba un nutrido grupo de historiadores y educadores y un número cada vez mayor de psicólogos sociales- estaba articulando una concepción del nacionalismo alternativa a la que habían formulado en el siglo XIX los ideólogos y difusores del historicismo. De acuerdo con esta visión, las causas últimas del nacionalismo no debían buscarse ya en la historia colectiva de los pueblos sino en la mente individual de una ciudadanía convertida en masa/multitud, y engañada por falacias, símbolos, fetiches, prejuicios e imágenes estereotipadas sobre el extranjero. Además –y contribuyendo directamente al giro psicologista señalado- la medida de las “actitudes” a través de escalas, catálogos de adjetivos y encuestas de opinión se habría de convertir al mismo tiempo en la metodología fundamental para seguir la pista del nacionalismo hasta su supuesto origen, en la mente del sujeto.

En este punto, el *desarrollo empírico de la psicología social* va a ser decisivo. Debido a la influencia ideológica, epistemológica y programática de la psicología de las multitudes y de la propia psicología social conductista (véase el apartado 2º de este capítulo), la medida del nacionalismo parecía necesitar de unas condiciones cuasi-experimentales o de laboratorio, o al menos, la utilización de un entorno artificial y manipulable, con poblaciones cautivas que respondieran a las preguntas cerradas de un cuestionario o eligieran una u otra posición de una escala de actitudes. “Una de nuestras más importantes tareas en psicología social –decía el conductista Floyd Allport- es el desarrollo de escalas y técnicas para estudiar las actitudes nacionales y raciales, y para medir la adhesión -u hostilidad- a las ficciones institucionales y a los estereotipos de

¹¹⁶ W. Buchanan y H. Cantril, “National Stereotypes”, en W. Schramm (ed.), “The Process and Effects of Mass Communication”, Urbana: Univ. of Illinois Press, 1954, pág. 205.

nación, raza y clase. Los experimentos que miden el efecto de la propaganda sobre las actitudes internacionales...ya están en curso”.¹¹⁷

La demanda de nuevas metodologías en el estudio del nacionalismo había comenzado a producirse en la década que siguió a la Gran Guerra. Poco después de fundarse como organización no gubernamental, la Oficina Internacional de Educación (OIE), en colaboración con el Congreso de Educación Moral (que abordaba por entonces la reforma de la enseñanza de la historia) difundió entre sus miembros y socios una encuesta para explorar el sentimiento del patriotismo y sus diferentes manifestaciones. La OIE justificaba así su iniciativa: “Se ha estudiado muy poco hasta hoy los sentimientos referentes al patriotismo. Muy especialmente, creemos que no se ha prestado aún suficiente atención a las muy grandes diferencias que existen en las que podrían llamarse ‘conciencias’ o ‘experiencias’ patrióticas. Los *historiadores* las han señalado con relación a diferentes épocas; pero los *sociólogos* y los *psicólogos* no han estudiado el modo de su distribución conforme a las civilizaciones, los países, las clases sociales y los individuos, y los educadores no les han prestado atención ninguna”.¹¹⁸

Un año antes, en 1926, en un informe para la Sección de Educación de la Fundación Carnegie, el historiador Rafael Altamira pedía la realización de encuestas para determinar de la manera más exacta y completa posible “la opinión actual y común respecto de los demás países del mundo, y singularmente de los prejuicios vulgares que con referencia a cada uno se tienen, de las cualidades y defectos que se les atribuyen, y de las razones de simpatía y antipatía hacia los extraños”.¹¹⁹ Contrario a un tipo de patriotismo impulsivo, poco meditado y belicista –el “nacionalismo” o “patriotería”– Altamira anticipa con su propuesta el programa de la psicología social para la medición de los prejuicios y estereotipos en la mente de los individuos. “Estoy convencido de que mientras no penetremos en lo hondo de estos estados de conciencia o de subconciencia –afirma Altamira– no estaremos suficientemente preparados para luchar con eficacia...contra las tentaciones de la guerra como medio de resolver los conflictos internacionales”.¹²⁰

¹¹⁷ F. H. Allport, “Psychology in Relation to Social and Political Problems”, en P. S. Achilles (ed.), “Psychology at Work”, N.Y.: McGraw-Hill, 1932, pág. 223.

¹¹⁸ Véase R. Altamira, “Una encuesta sobre patriotismo” [1927], incluido en su libro “Escritos patrióticos”...págs. 124-125, curs. añad. al or.

¹¹⁹ “La propaganda de las ideas y los sentimientos pacifistas”...pág. 22.

¹²⁰ R. Altamira, “Una encuesta sobre patriotismo”...pág. 129.

De hecho, y por las mismas fechas, algunos psicólogos y sociólogos norteamericanos habían comenzado a medir las actitudes y las opiniones prejuiciosas (especialmente estereotipos étnicos y nacionales) a partir de encuestas y escalas. P. ej., el sociólogo *Emory Bogardus* elaboró una primera escala de actitudes –*Escala de Distancia Social*– para cuantificar el grado de cercanía o intimidad que cada individuo estaría dispuesto a tener con personas de otras nacionalidades. La propuesta de Bogardus –considerada durante mucho tiempo un método satisfactorio de medir el nivel de prejuicio– consistía en presentar a los sujetos investigados un listado de grupos étnicos o nacionales (ingleses, canadienses, franceses, griegos, italianos, hindúes, turcos, etc.) que tenían que clasificar en una escala de siete puntos, de acuerdo con el nivel de cercanía o intimidad deseado: como parientes, como miembros del mismo club, como vecinos, como compañeros de trabajo, como ciudadanos del país, sólo como visitantes del país o bien les impediría la entrada en el país.

Poco después –en un artículo publicado en 1928 con el título de “Attitudes can be measured”– el psicólogo e ingeniero *Louis L. Thurstone* elaboraba una *nueva escala* para la medida de las actitudes y, ese mismo año, aplicaba su técnica escalar a la determinación cuantitativa de las *preferencias –o prejuicios– nacionales*.¹²¹ En un contexto intelectual en el que el neo-positivismo y el experimentalismo tenían cada vez mayor predicamento en el estudio de la mente y la sociedad, la posibilidad de contar con “una tecnología para medir las actitudes” se convirtió en un impulso decisivo para la realización de estudios cuantitativos por medio de escalas.¹²² Por otro lado, la inmediatez con la que se aplicaban las nuevas escalas a la medición del prejuicio nacional y étnico era una evidencia más del peso o la significación que había alcanzado este problema a finales de los años veinte y comienzos de los treinta.

Además, un número considerable de investigaciones de corte experimental sobre modificación de actitudes, realizadas a lo largo de los años treinta, estaba igualmente relacionada con el problema de los prejuicios nacionales y raciales. En este caso, las actitudes eran medidas antes y después de la introducción controlada de algún factor –la

¹²¹ L. L. Thurstone, “An Experimental Study of Nationality Preferences”, *J. of General Psych.*, vol. 1, 1928, págs. 405-425. Thurstone aplicaba una serie de procedimientos utilizados en psicofísica, pero en vez de pedir a los sujetos investigados que resolvieran problemas característicos de esta disciplina, como p. ej. la comparación de pesos, les pedía que comparasen las distintas nacionalidades en términos de preferencia.

¹²² Véase J. L. Álvaro y A. Garrido, “Psicología social”, Madrid: McGraw-Hill, 2003, págs. 213-214; K. Danziger, “Naming the Mind. How Psychology Found Its Language”, London: Sage, 1997, pág. 146.

emisión de una película, la asistencia a una conferencia o la participación en cursos universitarios, referidos p. ej. a las relaciones y percepciones existentes entre grupos nacionales o étnicos, o a la cuestión del patriotismo, la conciencia internacional, el pacifismo, la guerra, etc.¹²³ De hecho, el desarrollo de la investigación empírica sobre *prejuicios intergrupales* (inter-nacionales, inter-raciales) se había de convertir en el espacio de una generación en una de las áreas más prolíficas de toda la investigación psicosocial sobre actitudes, y uno de sus logros más conocidos dentro y fuera del entorno académico.

Por supuesto, el constructo “*actitud*” y la medición escalar de las actitudes va a tener sus propios efectos tanto en el análisis de los prejuicios como en los intentos posteriores de explicar el nacionalismo. De entrada, para F. Allport, L. Thurstone y otros autores conductistas el concepto de actitud era un *concepto psicológico*, desligado de la dimensión social –o mejor, sociológica- del sujeto. Por actitud se entendía la predisposición del individuo a valorar determinados objetos o aspectos de su mundo de un modo favorable o desfavorable. Las actitudes eran atributos individuales –como recuerda Kurt Danziger- y debían ser estudiadas desde el punto de vista de su organización psíquica, su relación con determinados rasgos de personalidad, y su susceptibilidad a la manipulación controlada.¹²⁴ De esta forma, el concepto de actitud perdía cualquier referencia a la interacción social (G. H. Mead), a las normas y valores culturales (F. Znaniecki), y los sujetos medidos escalarmente eran considerados como entidades autónomas o realidades separadas del mundo social.¹²⁵

¹²³ L. L. Thurstone, “Influence of Motion Pictures on Children’s Attitudes”, J. of Soc. Psych., 1931, vol. 2, págs. 291-305; R. Peterson y L. L. Thurstone, “The Effect of a Motion Picture Film upon Children’s Attitude Toward the Germans”, J. of Educ. Psych., vol. 23, 1932, págs. 241-246; D. W. Campbell y G. F. Stover, “Teaching International-Mindedness in the Social Studies”, J. of Educ. Soc., vol. 7, 1933, págs. 244-248; B. M. Cherrington, “Methods of Education in International Attitudes”, N.Y.: Teachers College, Columbia Univ., 1934; R. J. Longstreet, “An Experiment With the Thurstone Attitude Scale”, School Review, vol. 43, 1935, págs. 202-208; B. M. Cherrington y L. W. Miller, “Changes in Attitude As the Result of a Lecture and Reading Similar Materials”, J. of Soc. Psych., vol. 4, 1933, págs. 479-484.

¹²⁴ K. Danziger, “Naming the Mind”...pág. 142.

¹²⁵ Véase Danziger, op. cit., págs. 141-142 y 144-146. “Sea la que fuere la posición de los psicólogos individuales hacia las reclamaciones más extravagantes del conductismo radical –afirma- la adopción de la categoría de ‘conducta’ como la pieza central de un lenguaje disciplinar generalmente aceptado conllevaba la admisión de una metafísica dualista que distinguía abruptamente entre ‘conducta’ externa, observable y sus causas internas, inferidas. Cuando el concepto de ‘actitud’ fue asimilado dentro de este marco vino a referirse a cierto estado interno que era, por definición, distinto del que era visto en el exterior... [Por el contrario] los teóricos orientados sociológicamente tendían a rechazar el dualismo extremo implicado en el uso psicológico de los términos clave...hablaban a menudo de ‘actos’ o ‘acción’, más que ‘conducta’, enfatizando que los aspectos intencionales o disposicionales ‘internos’ de un acto eran parte del acto y no podían ser distinguidos arbitrariamente de sus aspectos ‘externos’ o

Por otra parte, los psicólogos intentaban captar la *disposición afectiva o emocional* del individuo hacia determinados objetos o aspectos de la realidad a través de medidas escalares, pero para ello tenían que transformar una serie de temas o cuestiones de debate o discusión pública, en ocasiones extraordinariamente complejas y dilemáticas –la opinión sobre el extranjero, el emigrante, la patria, el nacionalismo, la guerra...- en variables cuantitativas o medidas de intervalo, *reduciendo la complejidad a un constructo unidimensional*. Algunos autores de la época manifestaron desde un primer momento sus reservas en torno a las nuevas técnicas de medición. “El concepto de actitud implica la noción de dos extremos entre los cuales los individuos varían – extremos a favor o en contra de algo. Que las actitudes deben medirse por algún tipo de escala es, por tanto, una consecuencia lógica...En realidad el problema es éste: ¿Qué actitudes pueden en verdad incluirse en una ordenación escalar?...existen muchas razones para creer que ninguna de las actitudes sociales de cierta complejidad...se ajustarán alguna vez a una medida tan rigurosa. Cualquiera que haya tenido la ocasión de hacer test de actitudes está familiarizado con las manifiestas inconsistencias...que aparecen en las respuestas incluso entre grupos de estudiantes universitarios”.¹²⁶

Pero muchos otros psicólogos sociales –que deseaban emular a las ciencias de la naturaleza- aceptaron sin más la lógica de las escalas. De hecho, aunque la utilización de esta metodología no tenía por qué ajustarse en sentido estricto a los criterios del experimentalismo, el sujeto sometido a estas mediciones –casi siempre población cautiva- no recuperaba plenamente la palabra. En vez de ello, se limitaba a escoger una

‘conductuales’ (Faris, Mead). Desde este punto de vista, las actitudes podían verse no simplemente como estados intra-individuales, sino como parte de una realidad inter-individual que implicaba a los individuos ‘tomando las actitudes de los otros’ (Mead). Esta diferencia en la comprensión psicológica y sociológica de la ‘actitud’ está íntimamente unida a una diferencia en el significado de lo ‘social’. En la literatura psicológica, las actitudes eran ‘sociales’ en tanto hacían referencia a reacciones individuales a los ‘estímulos sociales’. Estos eran simplemente una sub-categoría de estímulos en general, y eran interpretados en términos de una metáfora biológica de organismos respondiendo a condiciones del medio físico. Para muchos sociólogos, sin embargo, esto era perder el carácter esencial de lo ‘social’. Las acciones sociales, como la cooperación, la competición o el intercambio, eran sólo inteligibles como acciones que implican a varios individuos, cada uno jugando un papel en la terminación de toda la acción. Desde este punto de vista, era posible hablar de una ‘conversación de actitudes’ (Mead), una idea que tenía poco sentido en términos de una concepción puramente psicológica de actitud” (págs. 145-146).

¹²⁶ G. Murphy, L. B. Murphy y T. M. Newcomb, “Experimental Social Psychology”, N.Y.: Harper, 1937, pág. 897-898. En la escala de Thurstone –afirma Danziger- “la medida sustituiría algo psicológico y complejo por otra cosa que se definía por su variación a lo largo de una dimensión, normalmente una posición sobre una escala de estar más o menos a favor o en contra de una determinada cuestión...En el caso de cuestiones más complejas podría tener que invocarse más de una dimensión, pero eso no afectaría el principio de reducir todas las formas de complejidad cualitativa a dimensiones lineales independientemente definidas...esto implicaba descomponer un estado de cosas complejo y medirlo en fragmentos” (op. cit., pág. 150).

de entre varias opciones seleccionadas por el investigador –como hiciera en el laboratorio- o a manifestar su grado de acuerdo con una batería de enunciados. Se trataba, en todo caso, de una pequeña concesión del conductismo y los partidarios del experimentalismo que esperaban, a cambio, describir con lenguaje matemático esos *estados psicológicos o entidades internas* que subyacían hipotéticamente a las opiniones vagas y contradictorias de la población. Y, lo que es más importante, que prometían anticipar su conducta futura.¹²⁷

Sea como fuere, la retórica mentalista de las *actitudes* –y sus escalas de medida- encontraron fácil acomodo en el estudio de una ideología política que los críticos de entreguerras asociaban con *otros constructos de la mente* (*falacias, prejuicios, estereotipos...*). Así, no puede extrañar que, desde principios de los años treinta, algunos intelectuales utilizaran el vocablo actitud incluso en la definición del término *nacionalismo*. P. ej., para el sociólogo alemán Max Hildebert Boehm el nacionalismo era “la actitud que adscribe a la individualidad nacional un lugar elevado en la jerarquía de valores” y que “connota una tendencia a dar un énfasis particulamente excesivo, exagerado y exclusivo al valor de la nación”.¹²⁸ En la misma línea, el politólogo americano James Clement King definía el nacionalismo como “la actitud de una población cuyos miembros dan su lealtad suprema a una nación determinada”.¹²⁹ Y el psicólogo Ross Stagner o el politólogo Quincy Wright –escribiendo ya a la altura de la II Guerra Mundial- daban definiciones similares. “El nacionalismo –dice Wright- es una fuerza socio-psicológica que varía en intensidad y que puede ser medida”.¹³⁰

Algunos años más tarde, en el periodo que siguió a la guerra, se elaborarían otras muchas *escalas de tipo Likert* para medir no ya los prejuicios mentales de la ciudadanía sino sus *actitudes nacionalistas* (aunque estableciendo en todo caso una estrecha correlación con las escalas de prejuicio): Escala de Internacionalismo-Nacionalismo de D. J. Levinson; Escala de Cosmopolitismo de H. P. Smith y E. W. Rosen; Escala de Nacionalismo de J. G. Martin y F. R. Westie; Escala de Jingoísmo de C. D. Farris,

¹²⁷ Las actitudes –decía G. Allport- “ejercen una influencia directriz o dinámica sobre la respuesta del individuo a todos los objetos y situaciones con los que se relaciona”. Véase de este autor “Attitudes”, en C. Murchison (ed.), “A Handbook of Social Psychology”, N.Y.: Russell & Russell, 1935, pág. 810.

¹²⁸ M. H. Boehm, “Nationalism”...pág. 231.

¹²⁹ J. C. King, “Nationalism”, American J. of Sociology, vol. 39, May 1934, pág. 820. Véase igualmente en su libro “Some Elements of National Solidarity”, Chicago: Univ. of Chicago, 1935, pág. 1.

¹³⁰ Q. Wright, “A Study of War”, vol. II, Chicago: Univ. of Chicago Press, 1941, pág. 998. Véase también R. Stagner et al., “An Analysis of Social Scientists’ Opinions on the Prevention of War”...págs. 394.

etc.¹³¹ Todas ellas estaban elaboradas a partir de una contraposición o antítesis fundamental entre “nacionalismo” e “internacionalismo”, que constituían los dos extremos de la escala. De hecho, la guerra contra el fascismo y el nazismo había fijado aún más entre la mayoría de los intelectuales de postguerra la idea de que el nacionalismo era una ideología maligna que socavaba los cimientos de la civilización y los valores del humanitarismo y el internacionalismo. De este modo, sólo restaba medir las actitudes de la población y, tal vez, explorar la psique de aquellos sujetos particularmente prejuiciosos e intolerantes que puntuaban en uno de los extremos de la escala. Volveremos en el capítulo próximo sobre estas cuestiones.

¹³¹ D. J. Levinson, “Authoritarian Personality and Foreign Policy”, *J. of Conflict Resolution*, vol. 1, nº 1, Mar. 1957, págs. 37-47; H. P. Smith y E. W. Rosen, “Some Psychological Correlates of World Mindedness and Authoritarianism”, *J. of Personality*, vol. 26, June 1958, págs. 170-183; J. G. Martin y F. R. Westie, “The Tolerant Personality”, *American Sociological Review*, vol. 24, nº 4, Aug. 1959, págs. 521-528; C. D. Farris, “Selected Attitudes on Foreign Affairs as Correlates of Authoritarianism and Political Anomie”, *J. of Politics*, 1960, vol. 22, nº 1, págs. 50-67.

CAPÍTULO OCTAVO: LAS GUERRAS DE LA MENTE. NACIONALISMO Y PSICOANÁLISIS

El preámbulo de la Constitución de la Unesco recogía una idea muy extendida al término de la II Guerra Mundial entre los intelectuales y académicos de la época: “Puesto que la guerra nace en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”. De hecho, los redactores de la Carta se limitaban a convertir en máxima una idea que no era en absoluto nueva, y que destilaba el psicologismo de las décadas anteriores en el estudio de las relaciones internacionales y de la guerra. El recurso definitivo para resolver el problema de las tensiones y conflictos entre los pueblos no debía buscarse en el ámbito de la política, la economía, la geografía o la ciencia en general, sino en consideraciones de naturaleza psicológica. Algunos años antes, el escritor y diplomático español Salvador de Madariaga había propuesto construir en la mente un nuevo orden universal, sin prejuicios nacionales (“Nada puede acontecer en el mundo de los hombres que no haya acontecido primero en la mente de los hombres”).¹ Y el novelista británico H. G. Wells reclamaba la eliminación de las falacias nacionalistas de la enseñanza de la historia en términos casi

¹ S. de Madariaga, “Discursos internacionales”...pág. 21.

idénticos: “No existe camino para la paz mundial –afirma Wells- excepto a través de estas batallas preliminares de la mente”.²

La mayoría de intelectuales de entreguerras coincidía asimismo en asignar al nacionalismo un papel negativo en la construcción del nuevo orden y en el mantenimiento de la paz. De hecho, y como hemos visto en capítulos anteriores, la ideología nacionalista aparecía ahora estrechamente relacionada con el conflicto y la violencia, con procesos regresivos de influencia o sugestión en masa, y con la existencia de prejuicios, falacias y estereotipos mentales sobre el extranjero. Así las cosas –venían a decir- la paz del futuro sólo sería posible eliminando de la mente los prejuicios de nación y raza. Porque, más que una ideología, el *nacionalismo* se definía sobre todo como una *actitud o complejo actitudinal que anticipa la barbarie de la guerra*. Los datos de un cuestionario aplicado a historiadores, economistas y politólogos a finales de los años 30 por el Comité sobre la Guerra y la Paz del S. P. S. S. I. (Society for the Psychological Study of Social Issues) arrojaban esta misma conclusión: el factor psicológico principal implicado en el desencadenamiento de las guerras internacionales es “el complejo actitudinal llamado nacionalismo”.³

Con todo, el *giro psicologista* de la literatura no estaría completo sin mencionar la *aportación decisiva del psicoanálisis*. Además de los aspectos hasta aquí reseñados, se considera también que el nacionalismo es una fuerza poderosa que cumple funciones afectivas o emocionales y requiere para su explicación el lenguaje del inconsciente. Siguiendo la fórmula que había propuesto Harold Lasswell, la doctrina nacionalista es un desplazamiento de deseos personales a cuestiones públicas, y se explica a partir de la ‘ansiedad’, ‘inseguridad’, ‘frustración’, ‘ambivalencia’ ‘complejo de inferioridad’ y/o ‘ilusiones de grandeza’ de sus practicantes. A mediados de siglo, la fórmula sería aceptada por la mayoría de los críticos de la ideología. Resulta cada vez más obvio –afirma el historiador norteamericano Louis Leo Snyder- que el nacionalismo no es ni lógico ni racional. “Sus raíces están en el mundo ilógico, irracional y fantástico del inconsciente”.⁴

² H. G. Wells, “The Common Sense of World Peace”...págs. 38-39.

³ R. Stagner et al., “An Analysis of Social Scientists’ Opinions on the Prevention of War”...págs. 381-394.

⁴ L. L. Snyder, “The Meaning of Nationalism”...pág. 101. En relación a la fórmula citada de Lasswell, véase su libro “Psicopatología y política”, B. Aires: Paidós (1930) 1963, págs. 250 y 252.

Muchos años antes, durante el transcurso de la I Guerra Mundial, algunos intelectuales habían establecido una conexión más o menos directa entre el fenómeno del nacionalismo y el problema de la enfermedad mental, el crimen y la desviación, a partir de una retórica emparentada con el degeneracionismo finisecular (véase capítulo sexto). Con todo, y a pesar de que esta retórica se seguiría utilizando para articular la crítica del nacionalismo, la psiquiatría degeneracionista había perdido buena parte de su prestigio científico y académico a favor de otros lenguajes de la mente como el conductismo y el psicoanálisis. De este modo, y por las mismas fechas, varios autores estaban avanzando una interpretación de la ideología *en clave de psicodinámica de los afectos y mecanismos defensivos del yo*. Para ellos, el nacionalismo debía analizarse como una forma de identificación y narcisismo regresivo, detrás del cual el ciudadano esconde sus problemas de inseguridad y autoestima individual; y, a la vez, como una vía de salida a la agresividad almacenada por las frustraciones de la vida cotidiana. En ocasiones, “el hombre de la masa” apenas oculta la necesidad de una identificación compensatoria y regresiva con la colectividad (p. ej. con la patria), que se convierte así en “un objeto disfrazado de narcisismo” –decía Everett Dean Martin al término de la Gran Guerra.⁵

El psicoanálisis va a proporcionar una interpretación del nexo afectivo que vincula al sujeto de las masas con los símbolos, prejuicios y estereotipos de la nación. Y, sobre todo, va a procurar una respuesta psico-patológica a la pregunta de por qué *determinados individuos o colectividades* están especialmente inclinados a las pasiones del nacionalismo. En este sentido, algunos críticos veían en el nacionalismo una manifestación de desorden o trastorno mental (un tipo de egotismo, con síntomas de intolerancia y delirios de grandeza –había dicho un conocido historiador de la época).⁶ A la altura de los años 30 intelectuales de izquierda como Wilhelm Reich, Erich Fromm o Harold Lasswell trataban de alumbrar los orígenes del nacionalismo totalitario de entreguerras al margen de la ortodoxia marxista, y recurriendo para ello a una serie de variables o factores psicológicos complementarios: las carencias afectivas de los alemanes de clase media-baja que habían contribuido al ascenso del nacionalsocialismo. “Desairados por un mundo que les asignaba una menor consideración, reducidas sus

⁵ E. D. Martin, “The Behavior of Crowds. A Psychological Study”...págs. 137-138.

⁶ Véase C. J. H. Hayes, “Essays on Nationalism”...pág. 275.

oportunidades económicas...necesitaban nuevos objetos de adoración y nuevos blancos para la agresión”.⁷

Pero fue al término de la II Guerra Mundial cuando se estableció con fuerza entre los intelectuales occidentales de izquierda y derecha una nueva visión de la ideología como desorden psicológico o trastorno mental. Así, el nacionalismo pasó a describirse como una causa que compromete las pasiones privadas de individuos extraordinariamente prejuiciosos, de sujetos fanáticos, intolerantes, con una estructura de la personalidad diferenciada y, en todo caso, patológica. La acotación final del *nacionalista* nos deja el retrato psicodinámico de un *sujeto inseguro, temeroso, de baja autoestima, débil, frágil, reprimido, en guerra consigo mismo -las guerras de la mente*. De acuerdo con este planteamiento, la política agresiva u hostil del nacionalista era el resultado de la única cuestión que preocupaba en verdad a este sujeto: la batalla interna del yo.

Sobre el recuerdo vivo y estremecedor de los horrores provocados por Hitler y la memoria del holocausto nazi se va a fraguar –con lenguaje freudiano y medidas escalares- una de las visiones o representaciones sociales más vigorosas y duraderas de la ideología nacionalista, que persiste aún en la actualidad: la visión que relaciona al sujeto o actor nacionalista con la angustia o el conflicto interior, la inseguridad personal, la debilidad mental y moral, y la psicopatología.

En el primer apartado nos fijaremos en la revisión o relectura psicoanalítica que autores como Everett Martin o el propio Sigmund Freud habían realizado a principio de los años 20 del que era todavía el libro de referencia sobre el comportamiento colectivo, la “Psicología de las multitudes” de Le Bon. Aunque por lo general daban por buena la descripción de la conducta de masas de Le Bon, avanzaban una explicación diferente de la misma a partir de las *necesidades libidinosas de los participantes*. Enseguida, otros autores van a seguir un planteamiento parecido para criticar la *conducta de masas del nacionalismo*. Por supuesto, no todas las aportaciones desde el campo del psicoanálisis van a ser indiscutiblemente críticas con la ideología del nacionalismo. En el segundo apartado nos detendremos un momento en una significativa excepción: los estudios

⁷ H. D. Lasswell, “The Psychology of Hitlerism” (1933), en “Harold D. Lasswell on Political Sociology”, Chicago: Univ. of Chicago Press, 1977, págs. 295-296.

sobre el carácter nacional realizados durante los años 40. De hecho, como ya hemos advertido en capítulos anteriores, el lenguaje de los *críticos* no es siempre distinguible de las voces de la *naturalización*. Como si ambos lenguajes tuvieran que coexistir y alternarse en el mundo de las naciones y los nacionalismos.

Con todo, la hipótesis explicativa que habría de tener más seguidores durante la década siguiente adscribía la conducta nacionalista a individuos muy concretos, con una estructura de la personalidad diferenciada, casi siempre inestable, inmadura y/o patológica. La investigación de Adorno et al. sobre “La personalidad autoritaria” constituye en este punto la obra de referencia. De hecho, las interpretaciones psicodinámicas de postguerra confluían con la investigación empírica sobre el prejuicio y la medición escalar de las actitudes para fijar un diagnóstico del nacionalista fanático como un *sujeto con poca autoestima y graves problemas emocionales* (apartados tercero y cuarto). Así, se pasó a hablar de individuos inseguros, poco equilibrados e incluso psicóticos que necesitaban creer en los símbolos colectivos de la patria para encubrir su debilidad; o abrigaban los prejuicios y estereotipos del extranjero para descargar su frustración y resentimiento personal.

Con todo –como veremos en el último apartado- *el recuerdo del holocausto* y la atribución del nacionalismo a sujetos desequilibrados obligaba a *olvidar muchas otras cosas* que algunos años antes resultaban más o menos claras. En concreto, los intelectuales de los años 50 parecían olvidar que la mayoría de los ciudadanos había compartido antes de la guerra las mismas ‘falacias’ sobre la nación, los mismos prejuicios e imágenes estereotipadas sobre el extranjero.

8.1. Psicoanálisis de las masas nacionalistas

Al poco tiempo de firmarse el armisticio de 1918 que puso fin a la I Guerra Mundial, el padre del psicoanálisis Sigmund Freud hizo su propia incursión en un tema que conservaba por entonces toda la actualidad: la psicología de las multitudes. Los individuos en la masa son impulsivos, inconscientes, apasionados, volubles, irritables, desinhibidos, crédulos; sus actos están guiados por instintos crueles, brutales, destructivos, los residuos de una época pasada que permanecen de forma latente en cada uno de ellos. De entrada, el médico y neurólogo austríaco daba por buena la *descripción* que Gustave Le Bon había realizado un cuarto de siglo antes de la psicología de las

multitudes, a la que comparaba con la psicología del niño y el hombre primitivo. “...la disminución de la actividad intelectual, la afectividad exenta de todo freno, la incapacidad de moderarse y retenerse, la tendencia a transgredir todo límite en la manifestación de los afectos y a la completa derivación de éstos en actos; todos estos caracteres y otros análogos...representan, sin duda alguna, una regresión de la actividad psíquica a una fase anterior en la que no extrañamos encontrar al salvaje o a los niños”.⁸

Con todo, y a pesar de alabar la descripción de Le Bon –“el impresionante cuadro de Le Bon”, afirma⁹– la *explicación* última de la conducta de masas no reside ya en la sugestión o la hipnosis sino en la *libido*, en los lazos afectivos o emocionales que unen al individuo con la masa. (“...la característica de una masa se halla en los lazos libidinosos que la entrecruzan”).¹⁰ La conducta del individuo en una multitud se explicaría –a juicio de Freud– a partir de dos tipos de lazos afectivos: primero y, sobre todo, una forma de identificación primaria con el líder (que se convierte en el ideal del sujeto); segundo, y derivado de la anterior, una identificación con los restantes miembros de la masa (con los que el individuo comparte el mismo nexo hacia el líder).¹¹ De este modo, el individuo en la masa abandona su particularidad –“renuncia a su ideal del yo, trocándolo por el ideal de la masa, encarnado en el caudillo”.¹²

La *identificación primaria con el líder o caudillo de la masa* es un proceso regresivo que evoca –a juicio de Freud– la relación con el jefe tiránico de la *horda* primitiva, que dominaba al resto de la población en la prehistoria de la humanidad (“...la desaparición de la personalidad individual consciente, la orientación de los

⁸ S. Freud, “Psicología de las masas”, Madrid: Alianza Ed. (1921) 2010, pág. 63. Véase también las págs. 18-21.

⁹ S. Freud, “Psicología de las masas”...pág. 63. Hasta en cuatro ocasiones a lo largo del libro alaba Freud el trabajo de Le Bon. Véanse también págs. 12, 22 y 77.

¹⁰ S. Freud, “Psicología de las masas”...pág. 45. Freud entiende por libido “la energía...de los instintos relacionados con todo aquello susceptible de ser comprendido bajo el concepto de amor”. En este sentido, aclara Freud: “El nódulo de lo que nosotros denominamos amor se halla constituido, naturalmente...por el amor sexual...[pero]...no separamos de tal concepto aquello que participa del nombre de amor, o sea, de una parte, el amor del individuo a sí propio, y de otra, el amor paterno y el filial, la amistad y el amor a la Humanidad en general, a objetos concretos o a ideas abstractas...la expresión de los mismos movimientos instintivos que impulsan a los sexos a la unión sexual...que...son desviados de este fin sexual o detenidos en la consecución del mismo...” (op. cit., págs. 33-34). De este modo se puede admitir la hipótesis de que “en la esencia del alma colectiva existen también relaciones amorosas (o para emplear una expresión neutra, lazos afectivos)” (op. cit., pág. 35).

¹¹ Se trataría –dice Freud– de “una reunión de individuos que han reemplazado su ideal del ‘yo’ por un mismo objeto, a consecuencia de lo cual se ha establecido entre ellos una general y recíproca identificación del ‘yo’” (“Psicología de las masas”...págs. 62-63).

¹² S. Freud, “Psicología de las masas”...pág. 77.

pensamientos y los sentimientos en un mismo sentido, el predominio de la afectividad y de la vida psíquica inconsciente, la tendencia a la realización inmediata de las intenciones que puedan surgir...corresponde a un estado de regresión a una actividad anímica primitiva, tal y como la atribuiríamos a la horda prehistórica”¹³). Pero además, la identificación con el líder de la masa retrotrae también a la identificación primaria con el *padre* en el proceso de desarrollo infantil. Al igual que el niño quería ser como el progenitor, conformar su yo con él, convertirlo en su ideal, tomarlo como modelo – “reemplazarlo en todo”, dice Freud- los miembros de la masa renuncian a su propio yo, y regresan a un estado de dependencia infantil del líder, identificándose con él como si fuera el padre.¹⁴

Con ser quizás la más conocida, la de Freud no había sido la primera incursión del psicoanálisis en el estudio de la conducta de las masas. Un año antes de la publicación del libro de Freud, el escritor y psicólogo norteamericano Everett Dean Martin establecía sus propios *paralelismos entre la psicodinámica de la familia y la de la masa*. En ocasiones –plantea este autor- la idea de la masa sirve para disfrazar “la imagen del padre” y nuestra propia “identificación imaginaria” con él. Martin pone el ejemplo de las masas patrióticas o nacionalistas: “La nación [americana] es para el hombre de la masa la patria [“the fatherland”], la madre patria [“the mother country”], el Tío Sam [“Uncle Sam”] –una imagen que sirve para algo más que para que los ilustradores marquen las iniciales U.S. El Tío Sam es también la imagen apenas disfrazada del padre”.¹⁵ Además –añade Martin- la pertenencia a una masa que se considera grande, única y/o heroica puede ser al mismo tiempo “una forma disfrazada de narcisismo”, esto es, un modo indirecto y subrepticio de que sus miembros aumenten la autoestima individual.¹⁶

Aunque ni Martin ni Freud se referían de forma exclusiva a las masas o multitudes nacionalistas, otros autores coetáneos utilizarán poco después sus intuiciones

¹³ S. Freud, op. cit., pág. 70.

¹⁴ S. Freud, op. cit., págs. 49-50. Freud resume su idea de la “identificación” en estos tres puntos: “1º La identificación es la forma primitiva del enlace afectivo a un objeto; 2º Siguiendo una dirección regresiva, se convierte en sustitución de un enlace libidinoso a un objeto, como por introyección del objeto en el yo, y 3º Puede surgir siempre que el sujeto descubre en sí un rasgo común con otra persona que no es objeto de sus instintos sexuales” (op. cit., pág. 52).

¹⁵ E. D. Martin, “The Behavior of Crowds. A Psychological Study”...pág. 138.

¹⁶ E. D. Martin, op. cit., págs. 137-138 y 81-82. “La grandeza que cada multitud reverencia...es sólo esa grandeza que la multitud atesora como un símbolo de sí misma, el tipo de superioridad que los miembros de la multitud pueden absorber para hinchar la conciencia de su propio ego” (op. cit., págs. 81-82).

y propuestas para criticar específicamente la conducta de masas del nacionalismo. P. ej., el psicólogo social Floyd Allport se sirve de la interpretación de Everett Martin (la multitud proporciona al individuo una visión exaltada de su propia importancia) para desvelar lo que considera una de las fuentes motivacionales del nacionalismo: la devoción y lealtad intensa a la patria es también un método sutil de querer-se a sí mismo con igual devoción. “Nuestras alabanzas al propio grupo se acepta que pasen por altruismo sin indagar en su significado más profundo, como una forma indirecta de alabarse a uno mismo...[La nación] suministra un método socialmente aprobado de elevar la autoestima individual”.¹⁷

En la misma línea se manifestaba el sociólogo norteamericano Earle Leslie Hunter. A través de la idea de independencia y soberanía nacional –decía Hunter– muchos ciudadanos “pueden magnificar su autoestima” identificándose con el poder y la gloria de la nación.¹⁸ Y el psicólogo Daniel Katz explicaba el nacionalismo alemán de los años treinta a partir de un proceso “de naturaleza compensatoria”: si la gente pudiera vivir vidas plenas y ricas como individuos, tendría menos necesidad de identificarse con los símbolos y héroes de la nación.¹⁹ Para estos y otros autores de entreguerras la conducta de masas del nacionalismo aparece como una forma de *identificación sustitutiva y narcisismo encubierto, detrás del cual los individuos esconden sus propios problemas de autoestima*. Y supone en todo caso –como Freud había apuntado– una suerte de reversión a una etapa anterior en el desarrollo psicológico del yo.

La idea de la “identificación” compensatoria y regresiva también está presente en el análisis que hace Wilhelm Reich del nacionalismo fascista alemán. El sentimiento nacional es –de nuevo– una prolongación de los lazos afectivos dentro de la familia, y el tipo o la estructura de la familia a la que pertenece el individuo determinaría ahora la modalidad de la vinculación afectiva con la patria.²⁰ En concreto –afirma Reich– los hijos de familia pequeño-burguesa, ligados a la figura de un padre severo y represor,

¹⁷ F. H. Allport, “The Psychology of Nationalism”...págs. 295-296. (El propio Allport reconoce en estas mismas páginas su deuda con Everett Martin). Por supuesto –y en línea con lo que constituía su principal argumento– Allport añade que nada de esto ocurriría si los ciudadanos no dieran crédito a la falacia del nacionalismo. “Es la misma falacia de creer en todo el grupo como una entidad, aparte de los individuos particulares, lo que hace posible esta forma de exaltación” (op. cit., pág. 295).

¹⁸ E. L. Hunter, “A Sociological Analysis of Certain Types of Patriotism”, N. Y.: Columbia Univ. Press, 1932, págs. 182 y 187.

¹⁹ D. Katz, “The Psychology of Nationalism”...págs. 165-166.

²⁰ W. Reich, “Psicología de masas del fascismo”, Madrid: Ayuso (1933) 1972, págs. 79-81.

estarían llamados a integrar las masas del nacionalismo, y a identificarse con un líder autoritario. “...el jefe (Führer) nacionalista...concentra en él todas las posturas afectivas primitivamente adoptadas con relación al padre...la identificación de los individuos de masas con el padre...es el fundamento psicológico de su narcisismo nacional, es decir, del amor propio que extrae de la ‘grandeza de la nación’...Su situación de miseria material y sexual está psicológicamente sofocada por la idea exultante de formar parte de la raza de los señores y de ser conducido por un genio...”²¹

Con independencia de cómo desarrolla cada uno de ellos su esquema explicativo, y de si incorporan o no otras variables de naturaleza histórica, sociológica o económica, muchos autores parecían coincidir en la hipótesis básica, de factura psicodinámica: la conducta de masas del nacionalismo es el resultado de un proceso de *identificación narcisista y regresivo con un líder y/o colectividad heroica, grandiosa, omnipotente*. Cuando la autoestima del hombre disminuye, cuando por su precaria situación económica se rebaja la satisfacción y orgullo de sí mismo –decía el psicoanalista alemán Erich Fromm- “esta mengua y rebaja se compensan, por ejemplo, con fantasías de que la propia nación o raza son las mejores y más excelentes de entre todos los pueblos...”²² El nacionalismo es hoy una característica distintiva de las masas porque “el *hombre-masa* necesita compensación” –repetía el escritor húngaro Adam de Hegedus años más tarde- y no hay para esto nada mejor que la “droga mental” del nacionalismo: “proporciona amor propio gratuito...adormece a la gente en un sueño, les anima a vivir vidas de segunda mano y les da un sentimiento de comunidad sobre falsas pretensiones”.²³

Además de una compensación vicaria para el sujeto, se pensaba que la conducta de masas del nacionalismo permitía también *liberar la agresividad acumulada por las frustraciones individuales hacia algún enemigo exterior*. En su libro “Psicología de las

²¹ W. Reich, op. cit., págs. 86-87. Por el contrario –afirma Reich- si el proletariado se inclina por el internacionalismo y no tanto por el nacionalismo es porque su estructura familiar era completamente diferente, con un padre menos severo y coercitivo (op. cit., págs. 80-81).

²² E. Fromm, “El condicionamiento social de la estructura psíquica. La misión y el método de una psicología social analítica” (1937), reimpr. en “Espíritu y sociedad”, Barcelona: Paidós, 1966, pág. 77.

²³ A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...pág. 131. Atiéndase a que el autor se refiere al nacionalismo como una droga mental. De hecho, esta combinación de lenguaje degeneracionista e hipótesis psicoanalíticas era frecuente a mediados del siglo pasado.

masas” Freud había hecho recaer la explicación de la conducta de las multitudes en lazos afectivos o amorosos, en la identificación con el líder y los restantes miembros de la masa. Con el establecimiento de estos vínculos afectivos –que el autor asimilaba a los de una fase anterior de desarrollo onto y filogenético- el sujeto abandonaba *puerilmente* su propia conciencia por la de la autoridad, y renunciaba a toda responsabilidad individual sobre sus actos. De este modo –decía Freud- cuando el individuo está en la masa desaparecen todas sus inhibiciones y reaparecen los instintos primitivos de crueldad y barbarie.²⁴ Algunos autores (p. ej., el psicoanalista británico John Carl Flugel) utilizarán años más tarde este mismo esquema para denunciar la “irresponsabilidad” e “inmoralidad” del nacionalismo.²⁵

Con todo, para explicar la conducta brutal y violenta de las multitudes Freud apuntaba un argumento alternativo, relacionado en este caso con un concepto nuclear de la teoría psicoanalítica: la *ambivalencia*. Tanto en el desarrollo psicológico del sujeto como en el devenir de la civilización, Freud concedía una enorme importancia a los sentimientos ambivalentes, a los vínculos de amor-odio que, a su juicio, estaban siempre presentes en el contexto de la interacción familiar. (“...casi todas las relaciones afectivas íntimas de alguna duración entre dos personas –el matrimonio, la amistad, el amor paterno y el filial- dejan un depósito de sentimientos hostiles, que precisa, para desaparecer, del proceso de la represión”).²⁶ En este sentido, los vínculos amorosos con el líder –el *padre sustituto* de los miembros de la masa- dejaban también un *poso de odio y resentimiento* que debía ser una vez más reprimido por el bien y la seguridad del yo. O, en todo caso, reconducido por otras vías y descargado sobre grupos o individuos que no formaran parte de la multitud.²⁷ Freud ponía el ejemplo de las masas religiosas

²⁴ S. Freud, “Psicología de las masas”...pág. 19. Al término de la I Guerra Mundial, y un año antes de escribir “Psicología de las masas”, Freud había anunciado una revisión de su teoría de los instintos para dar mayor relevancia al instinto de muerte o destrucción. Véase su libro “Más allá del principio del placer”, Madrid: Alianza (1920) 2010.

²⁵ Así, y tras citar el trabajo de Freud sobre las masas, afirma Flugel: “Cuando nuestra patria o nación toma el lugar del superyó...abandonamos el control moral de nosotros mismos a través de nuestro superyó (interno) en favor del control de los estándares del grupo. Aquí tenemos la explicación...de esa pérdida de poder crítico y sensibilidad moral del individuo que tantos psicólogos sociales, de Le Bon en adelante, han observado y deplorado...El peligro moral inherente de entregar la conciencia individual al grupo es, por supuesto, que estamos a merced de las emociones e ideales que gobiernan el grupo, y, con nuestro sentido de responsabilidad individual abolido, fácilmente podemos aceptar la conducta bruta y primitiva...” (“Man, Morals and Society. A Psycho-analytical Study”, London: Duckworth, 1945, págs. 182-183).

²⁶ S. Freud, “Psicología de las masas”...pág. 45.

²⁷ Para Freud, la energía instintiva no se pierde si no logra alcanzar la meta que persigue.

de la Edad Media (“...toda religión, aunque se denomine religión de amor, ha de ser dura y sin amor para con todos aquellos que no pertenecen a ella...cruel e intolerante para aquellos que no la reconocen”), pero daba a entender que lo mismo podía decirse de cualquier otra clase de masas, con independencia de cuales fueran sus reivindicaciones (“...Cuando una distinta formación colectiva sustituye a la religiosa...surgirá contra los que permanezcan fuera de ella la misma intolerancia que caracterizaba las luchas religiosas...”).²⁸

De este modo la identificación con el líder y los restantes miembros de la colectividad oculta a la vez deseos inconscientes de agresión y muerte que deben ser defensivamente canalizados, y *desplazados hacia algún enemigo exterior*. El análisis psicodinámico de las masas bárbaras y homicidas va a servir de modelo o inspiración a muchos intentos ulteriores de explicar el prejuicio internacional y la violencia nacionalista (a través de teorías como las del chivo expiatorio y la personalidad autoritaria). El odio, la xenofobia nacionalista –decía Adam de Hegedus- no es otra cosa que un mecanismo de defensa, la racionalización, el desplazamiento o “la provisión de un chivo expiatorio” que compensa los males que el individuo sufre a manos de sus compatriotas –“...como el ordenanza que da una patada al gato de la oficina después de haber sido reconvenido por el jefe”.²⁹ La guerra de masas del nacionalismo –decía el psicólogo social norteamericano Kimball Young- proporciona al individuo “un canal culturalmente aceptado y esperado para la descarga de la agresividad”.³⁰ A través del nacionalismo la agresividad encuentra salida –afirma también el psicoanalista Laci Fessler- y las tendencias destructivas, deploradas habitualmente como inmorales, son consideradas “meritorias y dignas de alabanza”.³¹

En definitiva, además de una forma de identificación compensatoria y narcisismo regresivo, el nacionalismo pasó a concebirse como una vía de salida –socialmente aceptada- para el instinto de agresión. La identificación nacionalista con los

²⁸ S. Freud, op. cit., págs. 42-43. Como ocurría con la psicología de las masas de Taine, Sighele o Le Bon, tampoco Freud prestaba mucha atención a los objetivos o reivindicaciones de los participantes en una multitud, ni diferenciaba entre religión e ideología política. Todo ello parecía ser perfectamente prescindible. Le bastaba con analizar la “conducta” de la muchedumbre, aplicando en este caso sus variables psicodinámicas.

²⁹ A. de Hegedus, “Patriotism or Peace?”...pág. 133.

³⁰ K. Young, “Psicología social de la revolución y de la guerra”, B. Aires: Paidós (1944) 1969, págs. 52, 54 y 106-108.

³¹ L. Fessler, “Psychology of Nationalism”, Psychoanalytical Review, 1941, vol. XXVIII, págs. 377-378.

símbolos y héroes del endogrupo permite liberar la agresión inhibida, el odio almacenado por el individuo como resultado de las frustraciones personales –afirma Daniel Katz. “...la gente externa al grupo es un excelente objeto para la agresión...El proceso aquí es muy parecido al descrito en la conducta de la multitud, a través del cual el individuo puede dar rienda suelta a sus deseos antisociales porque sus prójimos están con él”.³²

8.2. Detrás de las masas. Los sujetos psicóticos del nacionalismo

Como ya hemos apuntado en capítulos anteriores, la retórica de las masas posibilitaba describir el nacionalismo como un *peligro difuso* y persistente que se cernía sobre el conjunto de la sociedad (“...el nacionalismo es nuestra forma de incesto, es nuestra idolatría, es nuestra demencia”³³), al tiempo que señalaba a *determinados individuos o colectividades* como principales causantes o como encarnación de todos sus males. En este sentido, el psicoanálisis iba a presentar, además de una nueva interpretación del nexo afectivo de la ciudadanía con los símbolos, prejuicios y estereotipos de la nación, una respuesta en clave psico-patológica a la pregunta de por qué determinados individuos o colectividades estaban especialmente inclinados a las pasiones de masas del nacionalismo. ¿Cuáles eran esas respuestas, y quiénes los sujetos predispuestos al nacionalismo?

En primer lugar, algunos intelectuales europeos de izquierda, que habían sido testigos oculares del ascenso de Hitler al poder, destacaban la vinculación irracional y patológica a la nación de *determinadas capas o estratos de la sociedad* –y, en concreto, de la *pequeña burguesía* y de una parte de la *clase obrera alemana*. De hecho, desde los postulados del marxismo resultaba muy difícil explicar por qué la crisis económica y la altísima tasa de desempleo en Alemania no había producido una mayor conciencia revolucionaria e internacionalista entre los estratos más depauperados o precarizados de la población, y en vez de ello, había visto nacer un movimiento de masas que

³² D. Katz, “The Psychology of Nationalism”...págs. 167-168.

³³ E. Fromm, “The Sane Society”...págs. 58-59.

alimentaba el culto irracional a un líder nacionalista autoritario, extremadamente intolerante y xenófobo. En este contexto, los intelectuales referidos, muchos de ellos miembros del Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt (Wilhelm Reich, Erich Fromm, Theodor Adorno, Max Horkheimer), consideraron necesario completar la hipótesis del marxismo acerca de la evolución de las sociedades contemporáneas con las teorías freudianas sobre la personalidad y el inconsciente. Porque los hombres no parecen guiarse siempre de manera lógica o racional, ni se ajustan a lo que –se pensaba– eran sus intereses de clase.

Seguramente fue el médico y psicoanalista austríaco Wilhelm Reich el primero que planteó este tipo de cuestiones, a la vez que invitaba a integrar el esquema básico del materialismo histórico con una mayor atención a lo que denominaba las “estructuras psíquicas” de las clases sociales. A su juicio, las estructuras psíquicas –que corresponden a una situación histórica concreta– “están formadas en sus rasgos más generales en la primera infancia y tiene un carácter mucho más conservador que las fuerzas productivas técnicas”.³⁴ De hecho, Reich localizaba el origen de la pasividad revolucionaria de las clases depauperadas en su estructura o constitución psicológica, esto es, en la determinación de un carácter autoritario que se habría formado durante la infancia, en el seno de una familia patriarcal que reprimía la expresión libre y espontánea de los instintos sexuales. De acuerdo con su esquema, los niños criados en hogares de clase media-baja (pequeños comerciantes, artesanos, empleados...) desarrollaban una fuerte identificación con un padre severo y autoritario, vivían con ansiedad, inseguridad y miedo, y estaban predispuestos a identificarse más tarde con figuras igualmente autoritarias, v.gr., con un líder nacionalista que concentrara sobre sí los lazos emocionales primitivos con el padre.³⁵

Como Reich, el sociólogo y psicoanalista Erich Fromm explicaba el ascenso del nacionalismo extremo de los años 30 a partir de una interacción compleja de factores

³⁴ W. Reich, “Psicología de masas del fascismo”...pág. 31. A juicio de Reich, la “ideología” no tendría como única función la de “reflejar el proceso económico de la sociedad”, sino la de “anclarla en las estructuras psíquicas de los hombres de esa sociedad” (op. cit., pág. 30). De esta forma, la familia es una institución clave en la reproducción ideológica de la sociedad.

³⁵ “El padre adopta en el interior de la familia la posición que toma respecto a él su superior jerárquico en el proceso de producción. Y reproduce en sus hijos, particularmente en los varones, su estado de sujeción a la autoridad. De estas relaciones deriva la actitud pasiva, servil, del hombre pequeño burgués ante las figuras de los dirigentes...Esta posición del padre reclama particularmente una severa represión sexual...los hijos, en una postura sumisa respecto a la autoridad, desarrollan una fuerte identificación con el padre que más tarde se convertirá en una identificación con toda autoridad, llena de una gran carga afectiva” (W. Reich, “Psicología de masas del fascismo”...págs. 74-75).

socioeconómicos, ideológicos y psicológicos, entre los que destaca la estructura del carácter –o “carácter social”³⁶– de la clase media-baja europea, sobre todo alemana, que también denomina “carácter autoritario”. Aunque Fromm no creía que la estructura psíquica del autoritario estuviera determinada por la represión durante la infancia de la pulsión sexual hacia uno de los padres, sino por la incapacidad de desarrollar la autonomía, la espontaneidad y la expansión del niño³⁷, estaba de acuerdo con Reich en que la familia era el agente psicológico primordial en este proceso.³⁸ El diagnóstico final –tal y como lo establece Fromm– presenta al sujeto de clase media-baja como un ser débil, inseguro, neurótico, angustiado, de profundo ascetismo, lleno de hostilidad y odio patológico hacia sus semejantes, resentido con la vida, fascinado por la autoridad, con deseos sádicos de dominar a los más débiles, e impulsos masoquistas a renunciar a su individualidad y someterla a un poder externo. “El individuo aterrorizado busca algo o alguien a quien encadenar su yo; no puede soportar más su propia libre personalidad...[De ello se deriva] el intento de convertirse en parte integrante de alguna más grande y más poderosa entidad superior a la persona...un individuo, una institución, Dios, la nación...Al transformarse en parte de un poder sentido como incommovible, fuerte, eterno y fascinador, el individuo participa de su fuerza y gloria”.³⁹

La hipótesis freudomarxista no fue la única respuesta a la pregunta de por qué algunos individuos y colectividades eran proclives a la regresión de masas del

³⁶ “...lo que nos interesa no son las peculiaridades que contribuyen a las diferencias interpersonales entre los miembros de un mismo grupo, sino aquella parte de la estructura del carácter que es común a la mayoría de ellos. Podemos denominar a esta parte carácter social...el núcleo esencial de la estructura del carácter de la mayoría de los miembros de un grupo; núcleo que se ha desarrollado como resultado de las experiencias básicas y los modos de vida comunes del grupo mismo” (E. Fromm, “El miedo a la libertad”, Barcelona: Paidós (1941) 1982, págs. 303-304).

³⁷ Fromm se aparta del instintivismo y el énfasis en el impulso sexual que hicieran tanto Freud como Reich, y se centra más en el yo. Considera que el ser humano tiene una serie de necesidades psicológicas universales: la tendencia al pensamiento creador y crítico, el deseo de libertad, la tendencia a la justicia y a la verdad (op. cit., págs. 314-316). “Lo que puede observarse en el meollo de toda neurosis, así como en el desarrollo normal, es la lucha por la libertad y la independencia” (op. cit., pág. 203).

³⁸ La familia puede ser considerada como “el agente psicológico de la sociedad” (op. cit., pág. 314). Y añade: “Freud ha demostrado que las experiencias tempranas de la niñez ejercen una influencia decisiva sobre la formación de la estructura del carácter”, pero “los padres no solamente aplican las normas educativas de la sociedad que les es propia, con pocas excepciones, debidas a variaciones individuales, sino que también, por medio de sus propias personalidades, son portadores del carácter social de su sociedad o clase. Ellos transmiten al niño lo que podría llamarse la atmósfera psicológica o el espíritu de una sociedad, simplemente con ser lo que son...representantes de ese mismo espíritu” (págs. 313-314).

³⁹ Fromm, “El miedo a la libertad”...págs. 176-180. Véanse también págs. 166, 203, 236-237, 247 y 262.

nacionalismo. Otros muchos autores –en su mayoría angloamericanos- creían que la vinculación irracional y patológica con el nacionalismo no dependía tanto del estrato o la clase social, sino de la pertenencia a *determinadas naciones*, casi siempre *Alemania o Japón* (las potencias del Eje durante la II Guerra Mundial). De nuevo, se postulaba la existencia de estructuras psíquicas o caracterológicas diferenciales, desarrolladas a partir de unas prácticas de crianza específicas que –se creía- eran comunes a todos (o la mayoría de) los miembros de una nación. El concepto clave en este caso no es el de carácter social, sino el viejo término del “carácter nacional”, remozado con las nuevas aportaciones de la antropología cultural y el psicoanálisis neo-freudiano.

La creencia de que cada nación tiene un carácter específico que persiste a lo largo del tiempo, y que puede rastrearse en el legado artístico y cultural de su historia estaba muy extendida a mediados del siglo pasado.⁴⁰ De hecho, los mismos historiadores que habían condenado frontalmente la ideología y los movimientos de masas del nacionalismo –p. ej., C. Hayes, H. Kohn, E. Carr, L. Snyder- daban por supuesta la existencia y antigüedad de las naciones y la realidad incuestionable de los “caracteres nacionales”. Podían criticar las bases raciales del carácter, reprobar su asignación o adscripción a hipotéticos sujetos colectivos (la falacia del Sujeto colectivo) y cuestionar su inmutabilidad a lo largo de la historia. Pero –con algunas excepciones⁴¹- casi todos los historiadores e intelectuales de la época aceptaban la existencia del *carácter nacional*. En palabras de Hans Kohn: “La vida en el mismo territorio, sujeta a idénticas influencias de la naturaleza y...a los efectos de la historia y de los sistemas jurídicos, produce determinados rasgos y actitudes comunes que a menudo se llaman carácter nacional. En el curso de la historia y en la literatura de todos los pueblos encontramos frecuentes caracterizaciones de grupos nacionales: galos o griegos, alemanes o ingleses. Algunos de estos rasgos parecen persistir durante largo tiempo, de

⁴⁰ Como constataba por entonces Frederick Hertz en su libro “Nationality in History and Politics. A Study of the Psychology and Sociology of National Sentiment and Character”...pág. 37. Véase también A. D. Smith, “The Ethnic Origins of Nations”...pág. 7.

⁴¹ Entre las excepciones destaca Hamilton Fyfe y su libro “The Illusion of National Character”. En las primeras páginas se puede leer: “...La idea de que las naciones tienen caracteres diferentes aún prevalece. Es el más peligroso y potente de los elementos que contribuyen a la guerra...el obstáculo más efectivo en la próxima etapa civilizatoria... ()...la idea de que las naciones tienen caracteres y misiones...[ha] sido aceptada acríticamente como un hecho, aunque es en realidad una ficción semejante a la supuesta llanura de la Tierra...” (op. cit., págs. 2-5). La creencia en los caracteres nacionales –dice después- “no es simplemente absurda. Tiene un aspecto peor...es una fuente frecuente de desconocimiento, hostilidad, aversión mutua...” (pág. 34). Véase también Géza Róheim, “Modern Nations”, en “Psychoanalysis and Anthropology”, N.Y.: Intern. Univ. Press (1950) 1973, págs. 390-394.

manera que los mencionan observadores de diferentes siglos; otros, en cambio, parecen cambiar bajo la influencia del desarrollo histórico”.⁴²

Con todo, la nueva investigación angloamericana sobre el *carácter nacional*, realizada durante los años 40, era en muchos aspectos distinta a la precedente. En primer lugar, la mayoría de los intérpretes del carácter de los pueblos no eran ya historiadores y hombres de letras (poetas, dramaturgos, literatos) –como lo habían sido durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX- sino *antropólogos, psiquiatras, psicoanalistas*. En segundo lugar, la mayoría de los estudios o investigaciones no giraban como antaño sobre el carácter de la nación –nuestra nación- ni apelaban al renacimiento o regeneración de la patria; en vez de ello, los psiquiatras y antropólogos estudiaban casi siempre el carácter de *los otros* –los pueblos extranjeros, y, en muchos casos, las naciones enemigas.⁴³ En tercer lugar, el recurso analítico del carácter –un constructo psicológico que había sido fundamental en la articulación y naturalización de la ideología nacionalista- era utilizado ahora por unos autores que se significaban precisamente por su *crítica* de las conductas y motivaciones del nacionalismo. Así, en la mayoría de los casos, se trataba de explorar desde la psiquiatría el carácter, la personalidad de unos pueblos –el alemán, el japonés- que parecían condenados por sus patrones específicos de socialización infantil a la conducta de masas del nacionalismo y a la guerra contra el enemigo exterior. “...las motivaciones hacia el nacionalismo, el militarismo y una política exterior agresiva tienen profundas raíces en las compensaciones y reacciones psicológicas de los alemanes generadas en los patrones educacionales prevalecientes de su ‘élite’ y de los que imitaron a esa ‘élite’ y promovieron tales actitudes en sus hijos...El nazismo sobre todo explotó algunas de

⁴² H. Kohn, “Historia del nacionalismo”...pág. 21. También Hayes, otro historiador y crítico del nacionalismo, hablaba del carácter o la psicología nacional en su libro sobre el patriotismo francés: “...los franceses constituyen una nacionalidad distintiva con hábitos nacionales bien marcados y con lo que puede denominarse adecuadamente una psicología nacional. En verdad, ninguna otra nacionalidad moderna (salvo quizás la inglesa) posee una conciencia común más profundamente arraigada o más tenazmente perdurable que la francesa...()...los franceses son una nacionalidad, con una psicología nacional que tiene raíces reales en la tradición antigua, medieval y moderna...” (C. J. H. Hayes, “France. A Nation of Patriots”, N.Y.: Columbia University Press, 1930, págs. 1 y 16).

⁴³ Véase M. Mead, “The Study of National Character”, en D. Lerner y H. D. Lasswell (eds.), “The Policy Sciences”, Stanford: Stanford Univ. Press, 1951, págs. 70-85. “En los EE.UU. el estudio del carácter nacional como la aplicación de métodos antropológicos y psicológicos a las sociedades contemporáneas se desarrolló durante la II Guerra Mundial. Fue la situación bélica –en la que los EE.UU. se enfrentaron con el problema de librar una guerra total, incluyendo la guerra psicológica, contra enemigos poco conocidos e inaccesibles- lo que estimuló este desarrollo científico especial...” (op. cit., pág. 70). Véase también A. Inkeles y D. Levinson, “National Character: The Study of Modal Personality and Sociocultural Systems” (1969), en A. Inkeles, “National Character. A Psycho-Social Perspective”, New Brunswick: Transaction, 1995, págs. 3-5.

estas tendencias y sistematizó en un código político de conducta otro complejo relacionado que nunca estuvo muy lejos de la superficie del carácter alemán...la tendencia a la proyección psicológica. Los alemanes tienen gran dificultad en aceptar en sí mismos la considerable carga de odio latente contra la autoridad paterna...la tensión de la culpa fue aliviada dirigiéndose a chivos expiatorios exteriores”⁴⁴

Los nuevos estudios del carácter nacional combinaban la teoría psicoanalítica (y nociones de la psicología de la Gestalt) con una mayor atención a los condicionamientos de la cultura, en la línea que había avanzado la Escuela de Cultura y Personalidad.⁴⁵ Suscribían la *psicodinámica freudiana* como explicación básica del desarrollo de la personalidad, pero haciendo a la vez hincapié en la *diversidad cultural* de las prácticas de crianza. “Aunque la introyección es probablemente un mecanismo universal en la infancia –decía el antropólogo inglés Geoffrey Gorer- se asume que el superyó ético descrito por Freud...es un resultado de la conducta cultural específica y no ocurre en todas las sociedades”.⁴⁶ En este sentido, los principales objetivos de la investigación eran: (a) la descripción y caracterización psicológica (o psico-patológica) de las *diferentes naciones* (casi siempre, las naciones enemigas de la patria); (b) la explicación

⁴⁴ H. V. Dicks, “Some Psychological Studies of the German Character”, en T. H. Pear (ed.) “Psychological Factors of Peace and War”, London: Hutchinson & Co., 1950, págs. 204-205. Un claro precursor de este tipo de análisis fue el psicoanalista Ernest Jones en el artículo “War and Individual Psychology” (1915), incluido en su libro “Essays in Applied Psycho-Analysis”, London: The International Psycho-Analytical Press, 1923, págs. 360-380. Véanse sobre todo págs. 373-374.

⁴⁵ Véase M. Mead, “The Study of National Character”...págs. 73-74. Con todo, los principales impulsores de esta escuela -Mead, Benedict, Kardiner, Linton- habían sido muy escépticos en torno a la posibilidad de aplicar la nueva terminología psicoantropológica, elaborada inicialmente para el estudio de las comunidades premodernas, en el análisis de las sociedades avanzadas o de los Estados-nación modernos. Así, conceptos como los de ‘personalidad configuracional’ (Benedict) o ‘estructura de la personalidad básica’ (Kardiner, Linton) no podían ser aplicados sin más para el estudio del llamado carácter nacional. Recuérdese p. ej. la observación de M. Mead sobre la complejidad de la cultura y los patrones morales de las sociedades contemporáneas en “Adolescencia, sexo y cultura en Samoa”. O estas palabras de Benedict: “Las civilizaciones occidentales, con su diversidad histórica, su estratificación en ocupaciones y clases...no son con todo bastante bien entendidas para resumirse en un par de tópicos...Las configuraciones culturales son tan inevitables y tan importantes en las sociedades avanzadas y más complejas...Pero el material es demasiado complejo y cercano para que nosotros podamos con él exitosamente” (R. Benedict, “Patterns of Culture”, Boston: Houghton Mifflin, 1934, págs. 54-56). Tras el final de la II Guerra Mundial Linton manifestará también su escepticismo sobre los resultados de la investigación sobre el carácter nacional: “El paso del concepto de personalidad básica al de carácter nacional es largo y no puede decirse que haya sido validado científicamente hasta ahora. El concepto de personalidad básica fue desarrollado a través del estudio de sociedades homogéneas, relativamente pequeñas. La nación moderna es un agregado de comunidades, clases y grupos ocupacionales...Cada región y cada clase social en una nación moderna tiene su propia subcultura...” (R. Linton, “The Concept of National Character”, en A. H. Stanton y S. E. Perry (eds.), “Personality and Political Crisis”, Illinois: The Free Press, 1951, pág. 140).

⁴⁶ G. Gorer, “National Character: Theory and Practice”, en M. Mead y R. Métraux (eds.), “The Study of Culture at a Distance”, Chicago: University of Chicago Press, 1953, pág. 72.

de los caracteres nacionales a partir de las influencias culturales y, sobre todo, los *patrones específicos de socialización infantil*. La familia era considerada una vez más el agente psicológico fundamental, el determinante crítico del carácter y la conducta de los pueblos.⁴⁷

De hecho, la mayoría de intérpretes del carácter nacional trazaban todo tipo de similitudes, equivalencias y/o continuidades entre los vínculos primarios de la familia “patriarcal” o “autoritaria” —el modelo de familia imperante entre las potencias del Eje, se decía— y la actitud de los ciudadanos hacia los líderes políticos, los símbolos de la nación y los pueblos extranjeros. “Para el individuo [alemán] el aprendizaje básico de la seguridad y expansión del yo se produce en la familia, bajo un sistema patriarcal severo. El niño es mimado por la madre pero, a la vez, se hacen constantes requerimientos a la obediencia, la disciplina y la autoridad...La rebelión contra esta disciplina...encuentra pronto una salida en las concepciones culturalmente condicionadas de la misión sagrada de Alemania como un poder mundial y de los enemigos que la rodean y la destruyen...La seguridad y expansión del yo proceden de la identificación con la ‘voluntad colectiva’ de la raza, el pueblo y el Estado...La contrapartida a su egocentrismo [nacional] es el sometimiento demandado por la jerarquía de estricta autoridad y obediencia...resultado de lo que ellos llaman el ‘Führerprinzip’...”⁴⁸

La descripción final del carácter alemán se parece en muchos casos a la descripción de Reich y Fromm de las clases medias-bajas, a las que también se había atribuido una personalidad autoritaria. En palabras de H. V. Dicks el alemán típico es serio, industrioso, metódico pero siempre está sometido a la autoridad, es dócil y servil, rígido y educado en exceso, ordenancista, inhumano y despiadado con aquellos que puede dominar. “Su ansiedad por conocer su lugar en la jerarquía social, su quisquillosa insistencia en dar y recibir el respeto debido al título y al rango, su amor por la uniformidad y la regimentación y su incapacidad para enfrentarse a lo inesperado ...su contoneo marcial —su arrogancia y auto-adulación nacionalista, especialmente cuando está en la masa...El individuo alemán se ha sentido tan pequeño e indefenso en

⁴⁷ Véase una revisión crítica de la Escuela de Cultura y Personalidad (e indirectamente de la literatura sobre el carácter nacional) en A. R. Lindesmith y A. L. Strauss, “A Critique of Culture-Personality Writings”, *American Sociological Review*, oct. 1950, vol. 15, nº 5, págs. 587-600. Y una revisión más reciente en P. Claret, “Theories of National Personality Revisited: Anglo-American Models and French Conceptions”, en A. Dieckhoff y N. Gutiérrez (eds.), “Modern Roots. Studies of National Identity”, Aldershot: Ashgate, 2001, págs. 43-72.

⁴⁸ K. Young, “Social Psychology”...págs. 66-67.

las relaciones personales con su padre que ha tendido a proyectar esta situación en su destino nacional”.⁴⁹

La investigación del carácter nacional –que había florecido sobre todo en la década de los 40, como literatura de guerra⁵⁰– apenas sobrevivió unos pocos años más, una vez finalizado el conflicto bélico. De hecho, a principios de los años 50 las nuevas ciencias de la conducta comenzaron a poner en evidencia las principales carencias metodológicas y epistemológicas de una investigación que no pudo nunca sustraerse a la tentación del *psicologismo*.⁵¹

8.3. Prejuicio, etnocentrismo y personalidad autoritaria

Una tercera explicación de por qué *determinados sujetos* estaban predispuestos a la regresión de masas del nacionalismo prescindía casi por completo de las variables de clase y nacionalidad, y se centraba en los *factores más psicodinámicos*, las relaciones familiares de la infancia y sus efectos en el desarrollo de la personalidad. Esta nueva hipótesis fue poco a poco ganando terreno en la psicología social norteamericana de postguerra, a partir de la investigación empírica sobre los prejuicios y la medición escalar de las actitudes. De hecho, y junto a la noción de personalidad, el concepto clave vuelve a ser aquí el de prejuicio. Las personas con prejuicios extremos son casi siempre “superpatriotas” o “nacionalistas”, personas para las que el prejuicio no es un incidente en su vida sino que “está inserto en la estructura íntima de la personalidad” –decía Gordon Allport a mediados de siglo.⁵²

⁴⁹ H. V. Dicks, “Some Psychological Studies of the German Character”...págs. 199 y 205.

⁵⁰ Éste es otro aspecto a tener en cuenta en relación a toda la literatura del carácter nacional: que ha aumentado durante los períodos bélicos. Así ocurrió p. ej. en la guerra franco-prusiana, la guerra de Cuba o las dos guerras mundiales. Algunos autores del periodo de entreguerras ya llamaron la atención sobre este aspecto. Véase H. D. Lasswell, “Propaganda Technique in the World War” N.Y.: Peter Smith (1927) 1938, págs. 92-93, y J. W. Sprowls, “Social Psychology Interpreted”...pág. 7. Décadas más tarde vuelve sobre esta cuestión D. Martindale: “Cualquiera que investigue la literatura sobre el carácter nacional descubre rápidamente...[que] aumenta durante e inmediatamente después de los periodos de guerra, y declina su volumen de forma brusca en tiempos de paz” (“Community, Character and Civilizations. Studies in Social Behaviorism”, London: The Free Press of Glencoe, 1963, pág. 173).

⁵¹ Véase la revisión crítica de esta literatura por parte de F. I. Greenstein, “Personality and Politics”, en F. I. Greenstein y N. W. Polsby (eds.), “Handbook of Political Science”, vol. II: Micropolitical Theory, Reading, MA: Addison-Wesley, 1975, págs. 61-62.

⁵² G. W. Allport, “La naturaleza del prejuicio”...págs. 439, 442 y 549-550.

La aportación más señalada e influyente va a ser en este caso el estudio de Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford sobre la personalidad potencialmente fascista o autoritaria. A pesar de la orientación marxista del propio Adorno (y de su deseo, como miembro de la Escuela de Frankfurt, de unir las ideas de Freud y Marx para dar cuenta de la evolución de las sociedades contemporáneas), los factores explicativos de la personalidad autoritaria se reducían a una serie de *variables psicológicas o psicodinámicas*. La atención al contexto sociológico, a las condiciones económicas y a la estructura de las clases sociales se desvanecía en este trabajo a favor de las relaciones interpersonales de la primera infancia, y su efecto en el desarrollo de la personalidad. En palabras de Franz Samelson, “las fuerzas sociales históricas...habían sido reducidas a vagos factores...antecedentes, apenas mencionados en la introducción; la clase y la conciencia de clase habían desaparecido; y la ideología se había convertido en la ‘organización de las opiniones, actitudes y valores’ de cualquiera –en la medida en que los coeficientes de correlación fueran lo bastante altos”.⁵³

De hecho, los autores de “La personalidad autoritaria” habían transformado el interés freudomarxista por el estudio de la ideología y la sociedad moderna en una *investigación sobre los prejuicios y las actitudes individuales*, que se ajustaba a los criterios metódico-técnicos de la psicología empírica liberal. Ahora bien, una vez que el estudio de la ideología era reformulado en términos de “actitudes” y “prejuicios”, existía desde el principio el riesgo de poner todo el énfasis en las variables específicamente psicológicas.⁵⁴ Y Adorno et al. así lo reconocían en varios pasajes del libro: “La investigación presente sobre la naturaleza del individuo potencialmente fascista empezó poniendo el foco de atención en el antisemitismo...un lugar para buscar los determinantes de las opiniones y actitudes antisemitas es dentro de las personas que las expresan...este énfasis en la personalidad requería centrar la atención en la psicología más que en la sociología o en la historia...()...nuestros hallazgos se limitan estrictamente a los aspectos psicológicos del problema más general del prejuicio”.⁵⁵

⁵³ F. Samelson, “Authoritarianism from Berlin to Berkeley: On Social Psychology and History”, *Journal of Social Issues*, vol. 42, n° 1, 1986, págs. 199-200. Puede consultarse también M. Roiser y C. Willig, “The Hidden History of Authoritarianism”, *History of the Human Sciences*, vol. 8, n° 4, 1995, pág. 93.

⁵⁴ Seguimos en este punto el razonamiento de M. Billig en “Ideology and Social Psychology”, Oxford: Basil Blackwell, 1982, págs. 114-115. Véase también F. Samelson, “Authoritarianism from Berlin to Berkeley”...pág. 200.

⁵⁵ T. W. Adorno et al., “The Authoritarian Personality”, N.Y.: Harper & Row, 1950, págs. 2-3 y 972. Con todo –reconocían los autores- esta separación de psicología, sociología e historia no dejaba de ser “artificial” (op. cit., pág. 3).

A diferencia de la “ideología” –un concepto de naturaleza fundamentalmente sociopolítica- los “prejuicios” estaban siendo analizados y medidos por la psicología social como atributos o disposiciones individuales que podían existir en todas las épocas y en cualquier contexto social, político, económico.⁵⁶ Como señalamos en el capítulo anterior, el *prejuicio* era sobre todo un *problema de naturaleza psicológica*, la expresión de procesos emocionales que operaban de forma inconsciente y canalizaban las frustraciones y los problemas internos de la personalidad. A mediados de los años 40, el Departamento de Investigación Científica del Comité Judío Americano financió la realización de una serie de investigaciones sobre el prejuicio que iba a reforzar y consolidar la visión del prejuicio como expresión de una deficiencia o patología de la personalidad. De los estudios publicados destaca “Anti-Semitism and Emotional Disorder: A Psychoanalytic Interpretation”, de N. W. Ackerman y M. Jahoda; “Dynamics of Prejudice”, de B. Bettelheim y M. Janowitz; y, sobre todo, el ya mencionado, “The Authoritarian Personality”.⁵⁷

El punto de partida de la encuesta utilizada por Adorno et al. para la realización de su estudio había sido precisamente una escala para evaluar el *prejuicio antisemita* (Escala de Antisemitismo). Así, se pidió a los encuestados –dosmil sujetos norteamericanos, de ambos sexos y origen social diverso- que indicasen su grado de acuerdo o desacuerdo con una batería de enunciados que expresaban las actitudes prejuiciosas hacia los judíos. Después, y tras aplicar el mismo procedimiento para evaluar las actitudes hacia *otras minorías*, se constató que los sujetos que puntuaban alto en la escala de antisemitismo, manifestaban asimismo hostilidad hacia los ‘negros’, los mexicanos, los filipinos, los japoneses y los extranjeros en general. De ahí que los autores introdujeran el término “etnocentrismo” para referirse a la mentalidad de aquellos individuos “provincianos” o “de cultura estrecha” que tendían a aceptar de forma rígida a los que son parecidos a él, y rechazar a los diferentes.⁵⁸

⁵⁶ Como afirma Billig, “...el asunto del capitalismo se localiza en un definido contexto histórico, e incluso geográfico, mientras que el ‘prejuicio’ sugiere un temperamento que podría encontrarse en cualquier sociedad y en cualquier época”. Las explicaciones psicológicas tienden a asumir “un aire de universalidad” (“Ideology and Social Psychology”...págs. 114-115). Véase también K. Danziger, “Naming the Mind. How Psychology Found Its Language”...pág. 153.

⁵⁷ Véase G. Richards, “Race, Racism and Psychology. Towards a Reflexive History”, London: Routledge, 1997, pág. 227; y J. Duckitt, “Psychology and Prejudice. A Historical Analysis and Integrative Framework”...págs. 1186-1187.

⁵⁸ T. W. Adorno et al., “The Authoritarian Personality”...pág. 102.

Si el prejuicio es “un sentimiento de aversión contra un grupo específico” – afirman Adorno et al.- el *etnocentrismo* se refiere a “una estructura mental relativamente consistente” en relación a todos los que son ‘extraños’ o distintos (sean extranjeros o habitantes del mismo país); una estructura según la cual el individuo tiende a dividir la humanidad en “endogrupos” (los grupos con los que se identifica) y “exogrupos” (hacia los que no tiene un sentido de pertenencia y con los que se contraidentifica).⁵⁹ Para los primeros, sólo puede haber actitudes positivas y adhesión acrítica; para los exogrupos, opiniones y actitudes hostiles. “..el individuo etnocéntrico parece sentirse amenazado por la mayoría de grupos hacia los que no tiene un sentido de pertenencia; si él no puede identificarse, debe oponerse...La distinción endogrupo-exogrupo llega a ser así la base para la mayor parte de su pensamiento social...Los exogrupos están por lo general completamente subordinados (negros, mexicanos), o los grupos con relativamente bajo estatus y poder...La mayoría de las naciones...tiende a ser considerada como exogrupo”.⁶⁰

Aunque los autores de “La personalidad autoritaria” apenas utilizaban el término “nacionalismo”, las referencias a esta ideología –y, en concreto, a sus manifestaciones extremas- eran bastante evidentes, tanto en la confección de la escala de etnocentrismo como en la subescala de “*pseudopatriotismo*”. Siguiendo el razonamiento de los investigadores de Berkeley, el sujeto etnocéntrico modifica a menudo sus identificaciones de grupo para tener siempre un exogrupo al que odiar o despreciar. Así, en el ámbito de las relaciones internacionales, el etnocéntrico se convierte en lo que Adorno et al. llaman un “pseudopatriota”, un individuo caracterizado por “la vinculación ciega a determinados valores culturales nacionales, la conformidad acrítica hacia las costumbres prevalecientes del grupo, y el rechazo de otras naciones como exogrupos”.⁶¹ La escala final para medir las actitudes etnocéntricas (Escala de

⁵⁹ T. W. Adorno et al., “The Author. Pers.”...pág. 102 y 104. Los términos “grupo”, “endogrupo” y “exogrupo” tienen aquí un sentido parecido al que le darán la mayoría de las investigaciones posteriores sobre el prejuicio, reducidos a “categorías sociales”. Algunas páginas más abajo afirman: “El término ‘grupo’ se utiliza en el sentido más amplio para abarcar toda serie de personas que constituyen una entidad psicológica para cualquier individuo... Psicológicamente son grupos en tanto que son categorías sociales o regiones en la perspectiva social de un individuo –objetos de opiniones, actitudes, afecto y esfuerzo. ‘Endogrupo’ y ‘exogrupo’...se refieren a la identificación y, por así decirlo, a la contra-identificación, más que a la pertenencia formal en el grupo...” (op. cit., pág. 146).

⁶⁰ T. W. Adorno et al., “The Author. Pers.”...pág. 147.

⁶¹ T. W. Adorno et al., “The Author. Pers.”...págs. 107. Es necesario –a juicio de los autores- distinguir el “pseudopatriotismo” del “patriotismo genuino”, porque éste último ama a su patria, y se vincula críticamente con los valores de la nación. “El patriotismo genuino...puede apreciar los valores y costumbres de otras naciones...Está libre de conformismo rígido, rechazo exogrupal y de la lucha

Etnocentrismo) incluía una subescala con varios ítems o enunciados para determinar las actitudes hacia el “pseudopatriotismo”. Por ejemplo:

- ‘El mayor peligro para el verdadero americanismo durante los últimos cincuenta años ha venido de ideas y agitadores extranjeros’.
- ‘América puede que no sea perfecta, pero el modo de vida americano nos ha llevado casi al límite de la perfección de lo que los seres humanos pueden conseguir’.
- ‘Ahora que una nueva organización mundial se ha establecido, América debe estar segura de que no pierde nada de su independencia y poder completo como nación soberana’.
- ‘Algunas sectas religiosas que se niegan a saludar a la bandera deberían ser obligadas a cumplir ese deber patriótico, o se las debería proscribir’.
- ‘La mejor garantía de nuestra seguridad nacional es para América tener el ejército más grande del mundo y el secreto de la bomba atómica’.⁶²

Habida cuenta de la correlación entre las distintas escalas y subescalas, los conceptos de etnocentrismo y pseudopatriotismo invitaban a estudiar los prejuicios étnicos y nacionales de forma conjunta, como una forma de estructurar las relaciones endo-exogrupo. La lógica irracional del antisemitismo no podría entenderse sin explicar a la vez por qué el sujeto antisemita odiaba también a los japoneses, a los filipinos, a los mexicanos, a la mayoría de las naciones extranjeras. Por último, Adorno et al. diseñaron y aplicaron una nueva escala para medir el *autoritarismo* o la potencialidad hacia el fascismo (Escala F), que correlacionaba a su vez con las escalas anteriores. A través de la aplicación de la escala F, los autores creían haber encontrado lo que denominaban “el

imperialista por el poder” (op. cit., págs. 107-108). (Para una revisión más exhaustiva de la concepción de Adorno et al. de “etnocentrismo”, “patriotismo” y “pseudopatriotismo” véase H. D. Forbes, “Nationalism, Ethnocentrism and Personality”, Chicago: University of Chicago Press, 1985, págs. 21-28 y 55-58).

⁶² T. W. Adorno et al., “The Author. Pers.”...págs. 142. En un artículo posterior, uno de los participantes en la investigación de Berkeley, Daniel Levinson, definía el “nacionalismo” en términos parecidos: “El nacionalismo puede verse como...pensamiento etnocéntrico en la esfera de las relaciones internacionales. Como otras formas de etnocentrismo, se basa en una distinción rígida y generalizada entre endogrupos y exogrupos. El endogrupo primario en este caso es la nación americana; todas las otras naciones son exogrupos potenciales...La nación americana como un símbolo es glorificada e idealizada; considerada superior a las otras naciones...Se pone gran énfasis en conceptos tales como honor nacional y soberanía nacional. Otras naciones son vistas como inferiores, envidiosas y amenazantes” (D. J. Levinson, “Authoritarian Personality and Foreign Policy”...págs. 38-39).

síndrome de la personalidad autoritaria” (“...un síndrome único, una estructura relativamente duradera dentro del sujeto, que le hace sensible a la propaganda antidemocrática”). Los síntomas actitudinales concurrentes eran estos:

- Convencionalismo. Adhesión rígida a valores convencionales.
- Sumisión autoritaria. Actitud de sumisión hacia las autoridades del endogrupo.
- Agresión autoritaria. Actitud hostil hacia los que transgreden las normas convencionales del endogrupo.
- Anti-intrapección. Oposición a lo subjetivo, imaginativo y sentimental.
- Superstición y estereotipia. Creencia en la determinación sobrenatural del sujeto e inclinación a pensar por medio de categorías rígidas.
- Poder y fortaleza. Preocupación por la dimensión dominio-sumisión, fortaleza-debilidad. Identificación con las figuras de poder. Valoración excesiva de la fuerza.
- Destructividad y cinismo. Hostilidad general hacia la humanidad.
- Proyectividad. Disposición a creer que en el mundo ocurren cosas siniestras y peligrosas. Proyecta en otros sus impulsos emocionales reprimidos.
- Obsesión con las cuestiones sexuales.⁶³

De este modo, Adorno et al. avanzaban la principal hipótesis del libro, desarrollada después a partir del análisis de entrevistas en profundidad: la existencia de *factores psicológicos o psicopatológicos subyacentes* –un tipo o estructura de *personalidad autoritaria*- que explicaría la disposición de determinados sujetos al prejuicio, el etnocentrismo, el pseudopatriotismo y el fascismo. Dicho de otra forma, el prejuicio generalizado hacia el exogrupo es la expresión de una deficiencia del carácter, el producto de una perturbación de la personalidad que tiene su origen en una serie de problemas emocionales de la primera infancia. Por resumir un argumento que a estas alturas no nos resulta del todo desconocido: el sujeto autoritario habría aprendido durante sus primeros años de vida –en el seno de una familia severa, poco transigente, convencional y puritana- a aceptar la autoridad de forma sumisa y acrítica, a reprimir implacable y dolorosamente los propios deseos y pasiones, a proyectar hacia fuera los

⁶³ Véase T. W. Adorno et al., “The Author. Pers.”...pág. 228.

impulsos prohibidos, y a liberar el resentimiento personal y la agresividad acumulada sobre otros individuos y colectividades, los chivos expiatorios.

8.4. Psicodiagnóstico del fanatismo

Como acabamos de señalar, los intelectuales de los años 50 no sólo describían al pseudopatriota o *nacionalista* como un sujeto con muchos prejuicios, sino que explicaban su hostilidad fundamental hacia el extraño como una perturbación de las relaciones humanas primarias y una deficiencia de la personalidad. Así, el sujeto en cuestión era presentado como *un ser débil e inseguro, obsesionado por sentimientos de insignificancia, incapaz de reconocer sus dudas, temores y pulsiones reprimidas*. “El individuo prejuicioso” –afirmaban Adorno et al.- no está dispuesto a aceptar como propias las tendencias e impulsos que considera inaceptables, “el miedo, la debilidad, la pasividad, los impulsos sexuales y los sentimientos agresivos hacia figuras autoritarias, especialmente los padres”. Necesita en todo momento mecanismos de defensa psicológicos, la identificación sustitutiva, el desplazamiento y, por supuesto, la proyección: “...lo que no puede aceptarse como parte del propio yo es externalizado”.⁶⁴

Huyendo de por vida de unos padres severos y autoritarios, de su incapacidad personal para mediar en el *conflicto interno* (ello-superyó), de su carencia de una moral internalizada consistente y duradera, el yo prejuicioso y nacionalista se retira a un mundo infantil de identificaciones primarias con figuras de autoridad, visiones simples, dogmáticas y maniqueas de la vida social, y categorizaciones estereotipadas sobre el extranjero.⁶⁵ La hostilidad hacia la autoridad es “desplazada”, afirman Adorno et al.: “...a partir de una necesidad interna, el autoritario debe desviar su agresión hacia los

⁶⁴ T. W. Adorno et al., “The Author. Pers.”...pág. 474. Véase también G. W. Allport, “La naturaleza del prejuicio”...págs. 431-432 y 549-550.

⁶⁵ “...El aspecto más esencial de esta estructura [de la personalidad] –afirman Adorno et al.- es...que la conciencia o superyó está insuficientemente integrada con el self o yo...El yo es el que gobierna las relaciones entre el self y el mundo exterior, y entre el self y los estratos más profundos de la personalidad; el yo se encarga de regular los impulsos de forma que haga posible la gratificación sin provocar demasiadas represalias del superyó, y aspira en general a realizar las actividades del individuo de acuerdo con los requerimientos de la realidad. Es función del yo hacer las paces con la conciencia, crear una síntesis mayor dentro de la cual la conciencia, los impulsos emocionales y el self operen con relativa armonía...La debilidad del yo se expresa en la incapacidad de constituir una serie consistente y duradera de valores morales dentro de la personalidad; y es esta situación, según parece, la que empuja al individuo a buscar alguna agencia organizadora y coordinadora fuera de sí mismo...la conciencia es externalizada” (“The Author. Pers.”...pág. 234).

exogrupos”.⁶⁶ La máxima de la Unesco cobra aquí todo el sentido psicodinámico que los críticos de mediados de siglo le habían dado. Ante la impotencia para enfrentar sus propios problemas, *el sujeto ha transferido la batalla interna hacia el exterior*; ha convertido la fragilidad y debilidad psicológica –el odio, la poca tolerancia hacia sí mismo- *en intolerancia y fanatismo contra los demás*.⁶⁷ La guerra del nacionalismo habría comenzado en la mente de los hombres.

O dicho de otra forma, el mal contra el que lucha el fanático reside en su interior. Adorno et al. reconocían una marcada semejanza entre el síndrome de la personalidad autoritaria y el retrato del antisemita que Jean-Paul Sartre había realizado pocos años antes.⁶⁸ Ahora estamos en condiciones de comprenderlo, decía Sartre: “El antisemita...[es] un hombre que tiene miedo. No de los judíos, por cierto: de sí mismo, de su conciencia, de su libertad, de sus instintos, de sus responsabilidades, de la soledad, del cambio, de la sociedad y del mundo; de todo, menos de los judíos. Es un cobarde que no quiere confesarse su cobardía; un asesino que reprime y censura su tendencia al homicidio sin poder refrenarla y que, sin embargo, no se atreve a matar sino en efígie o en el anonimato de una multitud; un descontento que no se atreve a rebelarse...El judío es para él un pretexto: en otros países, utilizarán al negro; en otros, al amarillo. La existencia del judío permite sencillamente al antisemita ahogar en embrión sus angustias, persuadiéndose de que su puesto estuvo siempre señalado en el mundo”.⁶⁹

Al término de la II Guerra Mundial el concepto de *nacionalismo* era con frecuencia asociado a los *conflictos emocionales de sujetos fanáticos o intolerantes*. De hecho, la denuncia de la ideología y, en especial, de sus manifestaciones más estridentes o violentas –ejemplificadas con el régimen hitleriano- hizo que muchos críticos de la época recurrieran al lenguaje del psicoanálisis para realizar un diagnóstico ya no sólo de las *masas*, también de las *élites* nacionalistas. Los agitadores son personas con problemas emocionales –afirmaba por entonces G. M. Kurth-, individuos con una intensa ambivalencia hacia la autoridad que procede de sus conflictos infantiles, y de la que tienden a escapar mediante el mecanismo de proyección. De ahí que sean los encargados de convencer a otros de sus visiones –añade Kurth- de captar para la causa a

⁶⁶ T. W. Adorno et al., “The Author. Pers.”...pág. 233.

⁶⁷ Véase en este sentido la exposición de S. E. Asch, “Psicología social”, B. Aires: Eudeba (1952) 1964, pág. 606.

⁶⁸ Véase Adorno et al., “The Author. Pers.”...pág. 971.

⁶⁹ J. P. Sartre, “Reflexiones sobre la cuestión judía”, B. Aires: Ed. Sur, 1946, págs. 49-50.

aquellos individuos “que están bajo el dominio del mismo conflicto de ambivalencia intensa”, y que encuentran en la ideología del agitador la solución a sus problemas.⁷⁰ En la misma línea, Erich Fromm había descrito a Hitler como un sujeto con “sentimientos de inferioridad, odio a la vida, ascetismo y envidia hacia quienes disfrutaban de la existencia”; como “un don nadie” capaz de embaucar con sus ensoñaciones a un estrato numeroso de la población alemana a causa de “su similar estructura de carácter”.⁷¹

Esta visión del líder era hasta cierto punto nueva.⁷² Algunos años antes, al poco de terminar la I Guerra Mundial, Sigmund Freud había sostenido que la psicología de la masa no tenía nada que ver con la psicología del jefe o el caudillo. Mientras que los miembros de la masa necesitan creer que “el líder los ama a todos con un amor justo y equitativo” –decía Freud– el jefe o caudillo no necesita amar a nadie: “...aunque absolutamente narcisista, se halla seguro de sí mismo y goza de completa independencia”.⁷³ Como Freud, la mayoría de intelectuales de los años 20 y 30 establecían una clara diferencia entre la *psicología del líder* y la *psicología de las masas*. P. ej., muchos críticos marxistas y liberales describían a los líderes o portavoces del nacionalismo como una minoría interesada y codiciosa (políticos sin escrúpulos, diplomáticos intrigantes, capitalistas avariciosos, empresarios de la industria de la guerra, militaristas profesionales...), una élite dispuesta a extraer alguna ventaja de la sugestión o manipulación de la multitud (véase capítulo 6º). En este sentido, los motivos ocultos del líder eran casi siempre de naturaleza instrumental, la búsqueda de poder o de dinero.⁷⁴

⁷⁰ G. M. Kurth, “Hitler’s Two Germanies: A Sidelight on Nationalism”, en G. Róheim (ed.), “Psychoanalysis and the Social Sciences”, N.Y.: International Universities Press, vol. II, págs. 303-304.

⁷¹ E. Fromm, “El miedo a la libertad”...págs. 242 y 262. “...la personalidad de Hitler, sus enseñanzas y el sistema nazi –afirma en otro momento– expresan una forma extrema de aquella estructura del carácter que hemos denominado ‘autoritaria’ y que, por este mismo hecho, logró influir profundamente en aquellos sectores de la población que poseían –más o menos– la misma estructura del carácter” (op. cit., págs. 246-247).

⁷² Aunque sólo hasta cierto punto. Dejemos anotado a pie página que los primeros psicólogos de las masas (p. ej., Le Bon o Sighele) ya definían al líder de las multitudes como un ser con problemas mentales. “...en la vida real son los neuróticos, los desequilibrados, quienes se erigen en caudillos de las turbas, quienes inoculan en el gran cuerpo colectivo ya el veneno de su locura, ya el germen fecundo de sus ideas humanitarias” (S. Sighele, “Literatura trágica”...págs. 150-151).

⁷³ S. Freud, “Psicología de las masas”...pág. 71. “Sabemos ya que el narcisismo limita el amor, y ...actuando así se ha constituido en un importantísimo factor de civilización” (pág. 71).

⁷⁴ Por supuesto, no todos los autores coincidían con este retrato del líder. P. ej., ya a mediados de los años veinte el historiador C. Hayes hablaba así del líder nacionalista: “En la propagación del nacionalismo...hay siempre una oportunidad para la persona que quiere ser el centro de la atención y sentir que es un hombre (o una mujer) de no poca importancia...Presidir una sociedad patriótica,

Por el contrario, durante los años 40 y 50 los motivos psicodinámicos se consideraban también acuciantes para el agitador, tan necesitado de amor como los demás. El *líder nacionalista* era presentado como un *fanático con los mismos problemas emocionales que las masas a las que se dirige*. “Fanáticos” como el clérigo alemán Adolf Stöcker, el escritor francés Édouard Drumont y, por supuesto, los líderes nazis alemanes han buscado una solución a sus problemas personales y emocionales en el “nacionalismo violento” –decía el historiador norteamericano Boyd C. Shafer.⁷⁵ La demagogia puede ser un ardid político o una socaliña lucrativa –decía Gordon Allport- pero muchos líderes y agitadores, si no todos, tienen “prejuicios caracterológicos”, “pertenecen al tipo de personalidad autoritaria” e incluso pueden estar al límite de la “insanía paranoide”.⁷⁶ De nuevo, las referencias a Hitler y la élite hitleriana son constantes. Más que explotar de forma “calculadora” y “racional” la psicología de las masas –decía H. V. Dicks- la camarilla de líderes nazis habría estado “profundamente implicada a nivel emocional en la dinámica paranoide”.⁷⁷

8.5. Después del holocausto. La medida del prejuicio extremo

La publicación de “La personalidad autoritaria” estimuló la realización de numerosas investigaciones empíricas que trataban de confirmar la correlación positiva entre *nacionalismo* (medido a través de diversas escalas de actitud: Escala de Nacionalismo, Etnocentrismo, Cosmopolitismo o Jingoísmo) y *autoritarismo* (medido por medio de la Escala F).⁷⁸ Todas estas investigaciones daban por bueno el esquema

pronunciar un discurso en el descubrimiento de un monumento a un héroe nacional, marchar engalanado y con medallas a la cabeza de una procesión patriótica se calcula que alimenta la propia autoestima...La vanidad puede ser un defecto, pero si es así es un defecto muy humano. Aflora en el clérigo, en el noble, en el hombre de negocios, en el profesor. Nos ha dado últimamente...muchos propagandistas ostentosos del nacionalismo” (“Essays on Nationalism”...pág. 77).

⁷⁵ B. C. Shafer, “Nationalism: Myth and Reality”...pág. 177.

⁷⁶ G. W. Allport, “La naturaleza del prejuicio”...págs. 452-454.

⁷⁷ H. V. Dicks, “Some Psychological Studies of the German Character”...págs. 205-206. Por su parte, el psiquiatra K. E. Appel hablaba de “una similitud entre las ilusiones psicóticas y las ideas de soberanía nacional que políticos y hombres de estado enuncian tan fácilmente” (“Nationalism and Sovereignty: A Psychiatric View”, *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, vol. 40, nº 4, oct. 1945, pág. 359).

⁷⁸ Pueden destacarse las siguientes (algunas han sido ya citadas): C. Bay, “The Theoretical Preparation of a Research Project on Nationalist Attitudes”, *International Social Science Bulletin*, vol. III, nº 2, 1951, págs. 244-246; C. Bay et al., “Nationalism. A Study of Identifications with People and Power”, Oslo: Institute for Social Research, 1950; T. F. Lentz, “The Attitudes of World Citizenship”, *The Journal of*

analítico de Adorno et al, y respaldaban la hipótesis de que los sujetos extremadamente prejuiciosos tenían una determinada estructura de carácter, originada durante los primeros años de vida, que les disponía para la identificación posterior con el nacionalismo. La influencia de una familia ordenancista –decía el politólogo Christian Bay- tiende a producir un sentimiento de ausencia de poder e insignificancia, y a motivar al sujeto a identificarse con los líderes poderosos y los ‘héroes’ de la nación, o con los símbolos de unidad y poder nacional.⁷⁹

Durante los años 50 y 60 –señala Forbes- más de una veintena de investigaciones parecía confirmar la correlación positiva entre las actitudes nacionalistas extremas y la medida del autoritarismo. A la vez, otros trabajos de la época establecían una correlación similar entre nacionalismo y dogmatismo (medido a través de la Escala de Dogmatismo de Rokeach).⁸⁰ Milton Rokeach había definido el dogmatismo a partir de la convergencia de factores psicológicos como el autoritarismo, la intolerancia y la rigidez mental.⁸¹ En todo caso, el sentido de la investigación iba ahora un paso más allá en el intento de abstraer la medida del prejuicio de su contexto social e ideológico, y con el propósito manifiesto de revelar dinámicas psicológicas supuestamente invariables o atemporales.

Casi todas estas investigaciones coincidían además en limitar o circunscribir el análisis a aquellos individuos que tenían *puntuaciones extremas en las escalas de actitud*. De hecho, los investigadores de Berkeley habían realizado el diagnóstico final del autoritario a partir de entrevistas en profundidad a una pequeña muestra de encuestados que se situaban en los extremos inferior y superior de las Escalas de Antisemitismo y Etnocentrismo. Para comprender las tendencias autoritarias –decían los

Social Psychology, vol. 32, 1950, págs. 207-214; D. J. Levinson, “Authoritarian Personality and Foreign Policy”...; H. P. Smith y E. W. Rosen, “Some Psychological Correlates of World Mindedness and Authoritarianism”...; J. G. Martin y F. R. Westie, “The Tolerant Personality”...; C. D. Farris, “Selected Attitudes on Foreign Affairs as Correlates of Authoritarianism and Political Anomie”... Para la revisión de estas investigaciones puede consultarse H. D. Forbes, “Nationalism, Ethnocentrism and Personality”... págs. 50-53.

⁷⁹ C. Bay et al., “Nationalism. A Study of Identifications With People and Power”... págs. 21 y 33-34. No obstante, y a diferencia de otros autores, Bay et al. distinguen dos clases de nacionalismo: el de los individuos que se identifican principalmente con sus compatriotas como pueblo, y el de aquellos que se identifican más con los símbolos que representan la unidad y el poder nacional.

⁸⁰ Véase p.ej. K. W. Terhune, “Nationalism among Foreign and American Students: An Exploratory Study”, Journal of Conflict Resolution, vol. 8, 1964, págs. 256-270. Para esta cuestión, puede consultarse de nuevo el libro de Forbes, op. cit., págs. 52-53 y 231-232.

⁸¹ M. Rokeach, “El dogmatismo” (1963), en J. R. Torregrosa y E. Crespo (eds.), “Estudios básicos de psicología social”...pág. 315.

autores- el paso más importante consiste en “determinar los factores que distinguen con mayor claridad un extremo del otro”.⁸² También los investigadores posteriores iban a poner el foco de atención en un sector de la población que puntuaba excepcionalmente alto (o excepcionalmente bajo) en las escalas de actitud. De este modo, la propia metodología de trabajo reforzaba la idea de que el origen del problema residía en la predisposición de ciertos individuos al prejuicio y el nacionalismo.⁸³

Ello introducía nuevos aspectos en la forma de articular la crítica del nacionalismo. Como hemos visto en un capítulo anterior, los críticos del período de entreguerras habían mantenido una posición ambigua e incluso contradictoria en torno a la autoría y la responsabilidad moral del nacionalismo, de la que hablaban a la vez en primera y en tercera persona. Así, aunque la mayoría de intelectuales no dejaba de culpabilizar a determinados individuos, grupos de interés o países concretos de los excesos del nacionalismo, parecía reconocer al mismo tiempo que nadie estaba libre de sus ‘impulsos o pasiones bárbaras’. Influidos por la retórica del degeneracionismo y la psicología de las masas, los críticos de entreguerras admitían de una u otra manera que también los hombres ‘normales’, ‘razonables’ o ‘equilibrados’ estaban predispuestos a los excesos y ‘pecados’ del nacionalismo (la bestia primitiva acechaba en su interior, la virtud del patriotismo degeneraba con facilidad en chauvinismo, etc).

Los horrores provocados por el fascismo –y, en especial, el recuerdo del holocausto judío- contribuyeron a debilitar este tipo de discursos en la década de los 50. De hecho, para los intelectuales europeos y norteamericanos que habían ganado la guerra resultaba harto difícil explicar los excesos y crímenes precedentes a partir de procesos psicológicos ‘normales’, o atribuirlos potencialmente al conjunto de la población. Como afirma Duckitt, “la culminación de la ideología racial nazi y el antisemitismo en un genocidio masivo...no resultaba fácilmente comprensible en términos de procesos psicológicos universales y esencialmente normales, característicos de todas las personas”.⁸⁴ De ahí que la raíz del problema fuera buscada en la psicodinámica de la personalidad: ¿qué tipo de persona es el nacionalista?, ¿cuál es su

⁸² T. W. Adorno et al., “The Author. Pers.”...pág. 26. Para los problemas teóricos y metodológicos de esta investigación véase R. Christie y M. Jahoda (eds.), “Studies in the Scope and Method of the Authoritarian Personality”, NY: Free Press, 1954.

⁸³ Como sugería G. Allport en relación al prejuicio, el procedimiento de descartar a la mayoría de la población, que tiene puntuaciones medias en la escala de prejuicio, puede ser aceptado “pero tiene la desventaja de recalcar excesivamente los tipos” (“La naturaleza del prejuicio”...págs. 441-442).

⁸⁴ J. Duckitt, “Psychology and Prejudice. A Historical Analysis and Integrative Framework”...pág. 1186.

psicología?, ¿en qué se diferencia del individuo tolerante y sin prejuicios?⁸⁵ De acuerdo con el nuevo paradigma, las conductas hostiles del nacionalismo eran sobre todo el resultado de una *minoría de sujetos extremos, con una estructura de la personalidad diferenciada y, en todo caso, patológica*.

No había ahora espacio para la ambigüedad en un discurso que estaba también cargado de indignación moral. Después de Hitler, los investigadores buscaban el *retrato psicológico*, la *huella mental* del nacionalista con la misma insistencia con la que Lombroso había examinado los rasgos y contornos atávicos inmutables en el cráneo del criminal italiano Giuseppe Vilella. Buscaban a tipos extremos en escalas psicométricas donde tampoco había lugar a la ambivalencia: de un lado, los nacionalistas fanáticos, sujetos desequilibrados y hasta psicóticos; de otro, la ciudadanía universalista, internacionalista, cosmopolita y, en todo caso, equilibrada y razonable. Los investigadores huían de las posiciones intermedias –donde se encontraba por cierto la mayoría de la población encuestada. A juicio de G. Richards, los científicos norteamericanos liberales de mediados de siglo parecían atrapados en los mismos mecanismos de ocultación y proyección que habían asignado a la personalidad autoritaria: así como el sujeto autoritario habría proyectado sus deseos y temores sobre el judío y el extranjero, los científicos de la época proyectaban su propia intolerancia sobre el autoritario.⁸⁶

En cualquier caso, y sin tener que suscribir la tesis de Richards, la misma exigencia de recordar el holocausto estaba llevando también a *olvidar* otras muchas cosas. P. ej., los horrores propiciados por la cúpula nazi habían empujado a los intelectuales de postguerra a buscar la explicación del nacionalismo en la vida familiar de una minoría de fanáticos –los recuerdos infantiles del autoritario- pero a costa de olvidar en parte el papel de la *enseñanza de la Historia* para el conjunto de la población –el recuerdo colectivo, la elaboración del relato del pasado en las escuelas de la patria. “Es en el colegio –había dicho Hayes unos años antes- en donde las nuevas generaciones toman los reclamos y lemas del nacionalismo (‘honor nacional’, ‘genio de

⁸⁵ Véase H. D. Forbes, “Two Approaches to the Psychology of Nationalism”, *Canadian Review of Studies in Nationalism*, vol. 2, nº 1, 1974, págs. 172 y 178.

⁸⁶ G. Richards, “Race, Racism and Psychology. Towards a Reflexive History”...pág. 233. En palabras de Billig, “...los autores de “La personalidad autoritaria” mostraron una intolerancia a la ambigüedad al concentrar sus análisis en la minoría de los sujetos altamente o escasamente prejuiciosos; en este caso la metodología, por sí misma intolerante a la ambigüedad, pasó por alto la extensión de la ambigüedad de los sujetos” (“Ideology and Social Psychology”...pág. 182).

la nación’, etc)”. La consideración de la familia como el agente psicológico fundamental –el determinante crítico de las conductas nacionalistas- sólo era creíble a fuerza de relegar a un segundo plano la multitud de estudios realizados durante los años 20 y 30 sobre la *importancia de la escuela* en la proliferación de lo que Hayes llamaba “un nacionalismo estrecho, fanático, jactancioso”.⁸⁷

No sólo los historiadores tenían mucho que olvidar. El recuerdo del holocausto y la atribución del nacionalismo a sujetos extremos y desequilibrados empujaba también a relegar o echar al olvido la hipótesis de que la mayoría de ciudadanos pudiera compartir las mismas ‘falacias’ sobre la nación, los mismos ‘prejuicios’ y ‘estereotipos’ sobre los exogrupos nacionales. “El prejuicio nacional está tan difundido y es tan difícil de suprimir que probablemente muy pocas personas se liberen lo suficiente de él” –había dicho algunos años antes Frederick Hertz.⁸⁸ Una de las primeras conclusiones de la investigación psicosocial de los años 30 y 40 había sido precisamente ésta: el *alto grado de acuerdo* que existía entre los habitantes de un mismo país en relación a los *símbolos* de la patria, las *actitudes prejuiciosas* o las *imágenes estereotipadas* de las naciones extranjeras.⁸⁹

⁸⁷ Véase C. J. H. Hayes, “Nationalism and the Social Studies”, *Historical Outlook*, vol. XIV, oct. 1923, pág. 248. Con todo, el olvido era sólo parcial, y algunos autores seguirán incidiendo en el peso de otras instituciones (aparte de la familia) en la reproducción del nacionalismo. En los estados modernos –afirman Bay et al.- “la mayoría de los individuos está expuesto al menos desde el comienzo de la edad escolar a lo que equivale a una permanente campaña de propaganda a favor de las actitudes nacionalistas...Incluso aquellos que cognitivamente rechazan el nacionalismo por principio no están probablemente desprovistos de tales actitudes en ciertos aspectos o en determinadas situaciones” (“Nationalism”...pág. 41). No obstante, como otros tantos, Bay et al. centran su análisis en la existencia de un tipo de personalidad o carácter que tendría mayor predisposición al nacionalismo agresivo.

⁸⁸ F. Hertz, “Nationality in History and Politics”...pág. 20.

⁸⁹ Por ejemplo, uno de los hallazgos de la aplicación de la Escala de Distancia Social a la población norteamericana había sido que existía en todo el país pautas similares de prejuicio, que variaban poco con los ingresos, la región, la educación, la ocupación e incluso con la pertenencia étnica. “La mayoría de las personas –afirma G. Allport-...encuentra aceptables como ciudadanos, vecinos, iguales sociales y parientes a los ingleses y canadienses...En el otro extremo se encuentran los hindúes, los turcos y los negros. El ordenamiento –con pocas variaciones- es sustancialmente el mismo en todos los casos...” (“La naturaleza del prejuicio”...págs. 55-56).

PARTE III: ¿MÁS ALLÁ DEL PSICOLOGISMO?

A MODO DE CONCLUSIÓN. EL PESO DE LA PSICOLOGÍA MEDIO SIGLO DESPUÉS

A mediados del siglo XX coexistían entre los académicos y, con toda probabilidad, entre la mayoría de la población de las sociedades avanzadas, dos concepciones o representaciones fundamentales sobre la ideología política del nacionalismo: una de ellas se asentaba *en la Historia*, en el relato colectivo de la patria; la otra se fijaba *en la psique*, en la mente del sujeto individual. La primera, de factura historicista, había sido formulada a lo largo del siglo XIX por historiadores, filólogos, poetas, novelistas, arqueólogos y psicólogos de pueblos, en lo que se dio en llamar ‘el siglo de la Historia’; la segunda, de factura psicologista, se había levantado sobre las ruinas de la I y la II Guerra Mundial, sobre la denuncia o la condena moral de las falacias, ficciones y prejuicios, o las aportaciones de la psicología de las masas y el psicoanálisis, y se convirtió por entonces en la visión dominante del nacionalismo. “La política [del nacionalista] es una afirmación apasionada de la voluntad –afirmaba Elie Kedourie- pero en el corazón de esta pasión hay un vacío, y toda su actividad es el *delirio* de la desesperación; una búsqueda por lo inalcanzable que, una vez alcanzado, destroza y aniquila”.¹

La visión psicodinámica del nacionalista como un *fanático de baja autoestima* y graves problemas emocionales, como una personalidad débil y frustrada que estaría tratando de resolver sus propios problemas afectivos para provocar conflictos, violencia y sufrimiento a millones de seres humanos ha sido sin duda una de las representaciones

¹ E. Kedourie, “Nationalism”...pág. 83, curs. añ. al orig.

académicas y sociales más penetrantes y duraderas de la ideología durante la segunda mitad del siglo XX. La encontramos en la obra de muchos intelectuales, politólogos e historiadores de postguerra como Crane Brinton, Boyd Shafer, Christian Bay o Louis Snyder.² Pero también en publicaciones mucho más recientes de científicos, escritores y polemistas de finales de siglo que han abundado en la psicologización del nacionalismo. “Lo reprimido ha regresado y su nombre es nacionalismo” –decía el escritor y periodista Michael Ignatieff para describir la política contemporánea en países y regiones como la antigua Yugoslavia, Quebec o el Kurdistán.³

De hecho, el lenguaje psicoanalítico ha tenido y sigue teniendo gran aceptación entre algunos intelectuales y críticos que han alcanzado una cierta notoriedad *en el discurso político y/o los medios de comunicación*. Las leyes del inconsciente –afirmaba Julia Kristeva– son un factor esencial o constitutivo de la dinámica que gobierna las relaciones sociales nacionalistas. Como hace con el racismo y la xenofobia, Kristeva interpreta la doctrina nacionalista a partir del mecanismo psicoanalítico de la proyección. “...los partidarios de los orígenes buscan cobijo ansiosamente entre los que son como ellos, esperando suprimir los conflictos que tienen consigo mismo, proyectándolos sobre los otros –los extranjeros”.⁴ En este sentido, la mejor manera de escapar del círculo infernal del conflicto, la violencia y las guerras del nacionalismo es aceptarnos a nosotros mismos tal y como somos.⁵

Como Kristeva, V. Volkan, P. Loewenberg y el propio M. Ignatieff recurren al lenguaje y la psicodinámica freudiana para explicar las causas del nacionalismo y denunciar sus consecuencias perniciosas. A todos aquellos que se sienten incapaces e inseguros de sí mismos –afirma Loewenberg– la ideología nacionalista les permite

² “Tres de las características principales que los psiquiatras encuentran en la neurosis –afirma L. Snyder– están presentes en el sentimiento de grupo del nacionalismo: ansiedad, sentimiento de inferioridad e inestabilidad. En todos los casos se trata de síntomas de conflicto emocional” (“The Meaning of Nationalism”...pág. 96). “El nacionalismo –afirma por su parte el historiador norteamericano Crane Brinton–...fortifica al débil y al incapaz con su pertenencia al gran conjunto, su participación en la ‘autoestima agrupada’ del patriotismo” (“The Shaping of the Modern Mind”, N.Y.: The New American Library, 1950, págs. 252-253). Véase también B. C. Shafer, “Nationalism: Myth and Reality”...págs. 140-141 y 176-177; C. Bay et al., “Nationalism”...págs. 21 y 33-34.

³ M. Ignatieff, “Blood and Belonging. Journeys into the New Nationalism”, London: BBC/Chatto & Windus, 1993, pág. 2.

⁴ J. Kristeva, “Nations Without Nationalism”, N.Y.: Columbia University Press, (1990) 1993, págs. 2-4 y 50. Véase también de la misma autora “Extranjeros para nosotros mismos”, Barcelona: Plaza & Janes (1988) 1991.

⁵ Véase también J. Searle-White, “The Psychology of Nationalism”, N.Y.: Palgrave, págs. 121-122; D. Brown, “Contemporary Nationalism”, London: Routledge, 2000, págs. 23-25.

formar parte de “un grupo nacional glorioso y bravo”, y proyectar cuanto sea inaceptable, vil y cruel sobre los extranjeros.⁶ El nacionalista no tolera a ‘los otros’ ni los considera como individuos porque su propia identidad es demasiado insegura para permitir la individualización. En palabras de Ignatieff, la fantasía colectiva y narcisista del nacionalismo hace posible que esos sujetos eviten “la carga de pensar por sí mismos o incluso de pensar en sí mismos como individuos”.⁷

De igual manera, el psiquiatra serbio Dusan Kecmanovic equipara puntualmente al sujeto nacionalista con el autoritario: ambos necesitan del prejuicio y el pensamiento dogmático, y comparten a menudo el mismo síndrome psicológico (“...se sienten incómodos con estímulos ambiguos, ansían un mundo estructurado de forma clara, inequívoca...y son reacios a escrutar su propio modo de comportarse, sentir y pensar”).⁸ Aunque la investigación sobre la personalidad autoritaria ha declinado a partir de la década de los sesenta en el área de la ciencia política y las ciencias sociales en general, la idea del nacionalista como un fanático con problemas afectivos o emocionales no ha desaparecido del *lenguaje académico* y, menos aún, del *discurso mediático y popular*. A fin de cuentas –como nos recuerda Serge Moscovici- la teoría psicoanalítica habría desbordado ya a mediados de siglo el entorno de la clínica y la academia para entrar en “la vida, los pensamientos, las conductas, las costumbres y el mundo de las conversaciones de gran cantidad de individuos”.⁹ En este sentido, las categorías psicoanalíticas siguen desempeñando un papel importante en la explicación de las intenciones o motivos del nacionalista, componiendo una de las teorías profanas más repetidas por los ‘críticos’ de la ideología y de los movimientos nacionalistas.

En la prensa diaria y las pantallas de televisión –decía no hace muchos años el politólogo turco Umut Özkirimli- “hemos sido inundados por el discurso del *retorno de*

⁶ P. Loewenberg, “The Psychodynamics of Nationalism”, *History of European Ideas*, vol. 15, nº 1-3, 1992, págs. 94-96. Véase también V. D. Volkan, “The Need to Have Enemies and Allies: From Clinical Practice to International Relationships”, Northvale, NJ: Aronson, 1988.

⁷ M. Ignatieff, “Nationalism and Toleration”, en R. Caplan y J. Feffer (eds.), “Europe’s New Nationalism”, Oxford: Oxford Univ. Press, 1996, pág. 216. Véase también, del mismo autor, “The Warrior’s Honor”, N.Y.: Henry Holt, 1998, págs. 51-52; y el artículo de E. Staub “Blind Versus Constructive Patriotism”, en D. Bar-Tal y E. Staub (eds.), “Patriotism in the Lives of Individuals and Nations”, Chicago: Nelson-Hall, 1997, págs. 217-219.

⁸ D. Kecmanovic, “The Mass Psychology of Ethnonationalism”, N.Y.: Plenum, 1996, pág. 156. Sobre la relación de nacionalismo y autoritarismo véase también T. Blank, “Determinants of National Identity in East and West Germany: An Empirical Comparison of Theories on the Significance of Authoritarianism, Anomie and General Self-Esteem”, *Political Psychology*, vol. 24, nº 2, 2003, págs. 259-288.

⁹ S. Moscovici, “El psicoanálisis: su imagen y su público”...págs. 11-12.

lo reprimido”.¹⁰ A finales del siglo XX los argumentos de Kristeva, Ignatieff, Kecmanovic y Loewenberg reproducían una visión psicológica de sentido común, manejada dentro y fuera de la academia, para explicar la política extrema del Frente Nacional en Francia, los conflictos nacionalistas en Bosnia, Kosovo, Chechenia o Azerbaiyán. La idea de una fuerza psicológica irracional o inconsciente y, en todo caso, ‘bárbara’, habitualmente reprimida, y entrando en erupción en regiones enteras para terminar en un baño de sangre abrió miles de telediciarios y ocupó la portada de infinitud de periódicos después de la caída del muro y la implosión de la Unión Soviética. El libro de Ignatieff “Blood and Belonging”, traducido a varios idiomas, se convirtió pronto en un éxito editorial y acompañó a una serie de televisión realizada por la B.B.C., y emitida por distintas cadenas en todo el mundo.¹¹

Con todo, la idea del *retorno de lo reprimido* no sólo hacía referencia a conceptos o constructos de procedencia psicoanalítica, sino también a una retórica más genérica –a menudo coincidente o solapada con el lenguaje freudiano- que relacionaba el nacionalismo con el *retorno a la animalidad primitiva y la pulsión de los instintos salvajes y criminales de la masa*. Así, los acontecimientos sociopolíticos ocurridos después de 1989 en la URSS y Yugoslavia serían –a juicio de muchos autores- el resultado de una fuerza atávica, funesta, casi demoníaca, la bestia salvaje dormida en el interior de cada hombre y despertándose de nuevo en las guerras atroces del nacionalismo.¹² Para los críticos de la ideología –observaba el politólogo e historiador francés Pierre-André Taguieff- el nacionalismo constituye una supervivencia del pasado más remoto, una regresión colectiva a la animalidad. “...representa la irrupción o el surgimiento de las pulsiones irracionales y bárbaras, desencadena la bestia sanguinaria en el hombre, organiza y legitima los exterminios en masa del mundo moderno...una encarnación de la criminalidad colectiva políticamente organizada”.¹³

La teoría más difundida o popular del nacionalismo –señalaba con mucho acierto el antropólogo británico Ernest Gellner- postula la existencia de una serie de oscuras fuerzas atávicas, la reaparición de los instintos de sangre y territorio en la psique humana (“...siempre latentes, pero durante mucho tiempo contenidos...la disolución de

¹⁰ U. Özkirimli, “Theories of Nationalism. A Critical Introduction”...pág. 233.

¹¹ Véase M. Billig, “Banal Nationalism”...pág. 46.

¹² Véase T. Nairn, “Faces of Nationalism. Janus Revisited”, London: Verso, 1997, págs. 58-61 y 66.

¹³ P. A. Taguieff, “El nacionalismo de los ‘nacionalistas’”...págs. 73-74.

los vínculos permitió resurgir al apenas dominado monstruo”).¹⁴ Como hemos visto en un capítulo anterior, esta teoría debía mucho a los *términos y conceptos del atavismo, el degeneracionismo y la psicología de las masas*, un lenguaje manejado por los intelectuales de los años veinte y treinta para explicar el estallido de la I Guerra Mundial y que, en todo caso, volvería a utilizarse por académicos, políticos y periodistas para las guerras de los años noventa en el Cáucaso o en los Balcanes. El nacionalismo es un sentimiento nacional “hipertrofiado y pervertido” y la materialización de “un gobierno del mal”, afirma Kecmanovic. “La bestia hambrienta que vive dentro del hombre, y que no se atreve a aparecer en tanto no quedan eliminados los obstáculos que representan las buenas costumbres y las leyes, quedó en libertad. Los actos de violencia, el pillaje e incluso el asesinato...fueron autorizados...una sociedad se transformaba de la noche a la mañana”.¹⁵

En este sentido, la conducta prototípica del nacionalista era asimilada otra vez a la de las masas o multitudes bárbaras y degeneradas descritas un siglo antes por Gustave Le Bon: degradación de lo racional, desaparición de la conciencia y del sentido de responsabilidad individual, predominio de los instintos e impulsos, contagio de las emociones, tendencia a transformar en actos las ideas sugeridas...“El nacionalismo es, por así decirlo, una metáfora de la masa” –insiste Kecmanovic con citas de Freud y el propio Le Bon.¹⁶ Las masas del nacionalismo son manipuladas, sugestionadas – “hechizadas”, dice Kristeva- por las invocaciones místicas del Volk.¹⁷ La vieja retórica de las masas o multitudes irracionales reaparece con especial fuerza y actualidad tras la caída del muro para explicar el nacionalismo en el este y el sur de Europa.¹⁸ En los medios de comunicación occidentales y en distintas obras científicas –dice por entonces el historiador checo Miroslav Hroch- se presentan los movimientos nacionalistas

¹⁴ Véase E. Gellner, “Nationalism and Politics in Eastern Europe”, *New Left Review*, nº 189, 1991, págs. 128-129; y, del mismo autor, “Nationalism and Xenophobia”, en B. Baumgartl y A. Favell (eds.), “New Xenophobia in Europe”, London: Kluwer Law, 1995, pág. 6.

¹⁵ D. Kecmanovic, “The Mass Psychology of Ethnonationalism”...págs. 42 y 150. De hecho, para explicar y condenar la última guerra de Yugoslavia, Kecmanovic toma aquí prestadas unas líneas que el Nobel de Literatura bosnio Ivo Andric había escrito a mediados de siglo para describir el estallido de la I Guerra Mundial. (Véase Andric, “Un puente sobre el Drina”, Barcelona: Debate (1945) 2010, pág. 447).

¹⁶ D. Kecmanovic, “The Mass Psychology of Ethnonationalism”...págs. 103-107.

¹⁷ J. Kristeva, “Nations Without Nationalism”...pág. 45.

¹⁸ Con todo, la influencia de la psicología de las masas en la literatura sobre el nacionalismo nunca desapareció totalmente en décadas anteriores. Véase, p. ej., E. Kedourie, “Introduction”, en Kedourie (ed.) “Nationalism in Asia and Africa”, London: Frank Cass, págs. 1-152; y G. L. Mosse, “Mass Politics and the Political Liturgy of Nationalism”...págs. 39-54.

contemporáneos como un “virus” o “enfermedad epidémica”, y como el resultado de “una determinada mentalidad colectiva instigada por agitadores y demagogos irresponsables”.¹⁹ Los líderes nacionalistas, con sus mentiras repetidas una y otra vez – afirma Carol Prager- han convertido a los ciudadanos independientes en una masa enfurecida de “hombres transformados”, capaces de realizar todo tipo de crímenes y desmanes.²⁰

A través del lenguaje del *psicoanálisis* y la *psicología de las masas*, los ‘críticos’ contemporáneos del nacionalismo recuperaban el tono psicológico y moral de la Carta de la Unesco para reproducir, en esencia, la que continua siendo una de las interpretaciones más extendidas o populares sobre la cuestión: el nacionalismo es una forma de pensamiento cerrada, simple, intolerante y primitiva que conduce a la guerra. En último término –vienen a decir- existirá en tanto perduren los prejuicios, las falacias y los mitos en la mente de los hombres.

9.1. Psique, voz y sociedad: la hora de la sociología

A pesar de la indudable fuerza y penetración de la psicología de los prejuicios, el psicoanálisis y la psicología de las masas como teorías profanas o de sentido común, la *investigación académica* del nacionalismo ha iniciado desde hace décadas un paulatino, pero evidente cambio de paradigma, más allá no sólo del psicologismo sino también del historicismo, y hacia una progresiva sociologización de sus conceptos y explicaciones. De hecho, después de un periodo prolongado de olvido por parte de la sociología liberal y marxista (véase capítulo 7º), la segunda mitad del siglo XX ha presenciado un interés cada vez mayor por las *dimensiones sociológicas de la nación y el nacionalismo*.²¹ De

¹⁹ Véase M. Hroch, “Europa y el nacionalismo”, El País, 22 de julio de 1992, pág. 11; y, del mismo autor, “Nationalism and National Movements: Comparing the Past and the Present of Central and Eastern Europe” (1993), en J. Hutchinson y A. D. Smith (eds.), “Nationalism”...vol. II, págs. 608 y 615.

²⁰ C. A. L. Prager, “Barbarous Nationalism and the Liberal International Order: Reflections on the ‘Is’, the ‘Ought’ and the ‘Can’”, en J. Couture et al. (eds.), “Rethinking Nationalism”, Calgary: Univ. of Calg. Press, 1998, págs. 447-448.

²¹ Véase en este sentido G. Day y A. Thompson, “Theorizing Nationalism”, N.Y.: Palgrave Macmillan, 2004, págs. 7-8.

forma premonitoria, el sociólogo polaco Florian Znaniecki había planteado muchos años antes la necesidad de ampliar un campo de estudio que analizaba el nacionalismo y la conciencia nacional como “fuerzas psicológicas” (ideas, creencias, emociones, impulsos, instintos) olvidando el contexto sociológico en que tales fuerzas actúan. “Por valiosa, y aún esencial, que pueda ser una investigación de ese género- afirmaba Znaniecki- no representa más que un aspecto del problema. Los ideales, las creencias, las emociones, los deseos, los impulsos, tienen significado sociológico en la misma medida en que lleven a ‘acciones’ eficaces de resultados sociales objetivamente comprobables”.²²

1. A finales de los años 50 la investigación académica sobre el nacionalismo había comenzado a girar su foco de atención preferente desde el nacionalismo extremo en la Europa de entreguerras hacia los procesos de descolonización y la formación de nuevos Estados en Asia y África. Sin duda, los estudios sobre el nacionalismo y la construcción de la nación (“nation-building”) en el Tercer Mundo, realizados mayoritariamente por politólogos y sociólogos norteamericanos, estaban influidos por la representación que de la ideología había trazado la generación anterior a partir de los términos y conceptos de la psicología de las masas, el psicoanálisis y la hipótesis psicodinámica de la frustración-agresión. No obstante, en la medida en que tendían a sustituir o completar a Le Bon, Dollard o Freud con Durkheim y Erikson, transitaban desde unos presupuestos psicológicos reactivos, intra-mentales y puramente mecanicistas a otros más atentos al *contexto social* y al *significado* de los propios actores del nacionalismo. Por ejemplo, de Durkheim tomaban la preocupación por el cambio social y por la pérdida de cohesión de las sociedades referidas ante el impacto de la modernización social y política. De Erikson, el concepto de ‘identidad’ y ‘crisis de identidad’:

“...allí donde el desarrollo histórico y tecnológico afecta gravemente identidades profundamente arraigadas...la juventud se siente perjudicada, individual y colectivamente, quedando a continuación dispuesta a apoyar doctrinas que

²² F. Znaniecki, “Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones”, México D. F.: El Colegio de México, 1944, págs. 12-13. A pesar de su reivindicación, el planteamiento del autor gira en torno al concepto de ‘cultura’, y no está libre de un cierto historicismo nacionalista.

ofrecen una total inmersión en una identidad sintética...y a condenar...a los enemigos, totalmente estereotipados, de la nueva identidad () El concepto, o al menos el término identidad...ha llegado...a representar...algo correspondiente al núcleo psicológico de la revolución de las razas de color y de las naciones que buscan emanciparse de los residuos de las pautas de pensamiento colonialistas...”.²³

Para autores como Lucian Pye, David Apter o Leonard Binder la explicación del nacionalismo sigue siendo de naturaleza fundamentalmente *psicológica*. A su juicio, los actores políticos se estarían enfrentando a la más básica de sus necesidades individuales: la búsqueda del sentido, la necesidad de dar respuesta a los problemas de la identidad del yo.²⁴ A diferencia de los críticos de postguerra, que habían buscado –a partir de Freud- las raíces de la ideología en las fuerzas irracionales del ‘ello’, los nuevos investigadores utilizaban la terminología de Erikson para ir más allá de los instintos –los impulsos de amor y odio- y atender ahora también a los procesos cognitivos del ‘yo’.²⁵ El paciente de nuestro tiempo –decía Erikson- “sufre más con el problema de qué debería creer y quién debería o podría ser...”.²⁶ Definir el problema ‘psicológico’ del nacionalismo desde el concepto eriksoniano de ‘identidad’ suponía una vuelta parcial al *discurso del sujeto*, una mayor atención a la *voz del propio nacionalista*. Algunos términos clínicos son adoptados “no sólo por los que diagnostican –acertaba a decir Erikson- sino también por aquellos que han sido diagnosticados”.²⁷

Junto a ello, la nueva línea de investigación incorporaba también una mayor atención al *contexto sociohistórico* en el que se articulan las voces o

²³ E. H. Erikson, “Identidad. Juventud y crisis”, Madrid: Taurus (1968) 1985, págs. 77 y 256.

²⁴ Como afirma L. W. Pye en su libro “Politics, Personality and Nation Building: Burma’s Search for Identity”, New Haven: Yale Univ. Press, 1962, págs. 3-4. Véase también D. E. Apter, “Political Religion in the New Nations”, en C. Geertz (ed.), “Old Societies and New States. The Quest for Modernity in Asia and Africa”, N.Y.: The Free Press, 1963, pág. 94.

²⁵ Véase L. W. Pye, “Personal Identity and Political Ideology”, en D. Marvick (ed.), “Political Decision-Makers”, N.Y.: The Free Press, 1961, pág. 298.

²⁶ E. H. Erikson, “Childhood and Society” London: Penguin, 1950, pág. 271.

²⁷ E. H. Erikson, “Identidad”...pág. 16.

reivindicaciones del nacionalismo.²⁸ Para Pye, Apter, Binder y otros autores de la época la quiebra de las estructuras sociales tradicionales y la dificultad de referirse a patrones de conducta o acción alternativos habría generado una gran incertidumbre y ansiedad en un sector importante de la población, conduciéndoles a una ‘crisis de identidad’ generalizada. Lo que tales autores compartían –afirma el sociólogo Anthony Smith– es la creencia en la naturaleza dislocadora de la modernización –“su tendencia a desorientar a los individuos y su capacidad para romper la estabilidad generada por las fuentes de apoyo tradicionales”.²⁹ Desde este punto de vista, el nacionalismo formaría parte de los procesos de modernización o *transición* al orden moderno, “una era de revoluciones y de movilización de masas”.³⁰ Aunque existe una dimensión psicológica en la política de cualquier sociedad –afirma Pye– en los *países en transición* el proceso político a menudo soporta en grado excesivo las presiones y tensiones de individuos que están atrapados en las incertidumbres del cambio social, y que pueden volver sus ojos a la acción política “para ganar un elemento de seguridad personal, restablecer vínculos con sus prójimos y encontrar un sentido de identidad personal”. Por ello –concluye el autor– hasta que los problemas de la comunidad sean resueltos y la sociedad se modernice “habrá una demanda continua de usar la política como una fuerza psicológicamente terapéutica”.³¹

Así, el nacionalismo aparece como una respuesta a un problema definido de nuevo en términos psicológicos –la crisis de la identidad del yo– pero *en un ámbito sociológico preciso*, el de aquellas poblaciones que han experimentado la disolución de las comunidades tradicionales y los efectos traumáticos de la

²⁸ “...al discutir acerca de la identidad –afirma el propio Erikson–...no podemos separar el desarrollo personal y el cambio de la comunidad, ni podemos separar...la crisis de identidad en la vida individual y las crisis contemporáneas dentro del desarrollo histórico, ya que...están en una auténtica relación mutua” (“Identidad”...pág. 20). Véase también Erikson, “Childhood and Society”...págs. 272-273; y J. R. Torregrosa, “Sobre la identidad personal como identidad social”, en J. R. Torregrosa y B. Sarabia (dir.), “Perspectivas y contextos de la psicología social”, Barcelona: Hispano Europea, 1983, págs. 224-225.

²⁹ A. D. Smith, “Nacionalismo y modernidad”, Madrid: Istmo (1998) 2000, pág. 46.

³⁰ A. D. Smith, op. cit., pág. 60.

³¹ L. W. Pye, “Politics, Personality and Nation Building”...págs. 3-5. Con un planteamiento cercano al funcionalista de los teóricos de la modernización podemos citar aquí el artículo de D. Katz, H. Kelman y R. Flacks en “The National Role: Some Hypotheses About the Relation of Individuals to Nation in America Today”, Peace Research Society, Papers, vol. I, 1964, págs. 113-127.

modernización. En una línea parecida, otros autores como Manfred Halpern y Kenneth Minogue recuperan el punto de vista de la psicología de las masas o multitudes, pero con un planteamiento más psico-sociológico, más próximo a la versión de la sociedad-masa de Karl Mannheim y William Kornhauser, y a algunas de las suposiciones nucleares de Émile Durkheim sobre las sociedades modernas (las formas de solidaridad o cohesión social, las condiciones anómicas de la vida urbana, etc.).³² Para estos investigadores, el nacionalismo sería un movimiento de masas extremista y violento que resulta en todo caso de la desintegración de las sociedades tradicionales y del periodo de *transición a la modernidad*. En palabras del politólogo Manfred Halpern:

“La transformación de todos los vínculos previos de parentesco, cultura y religión ha convertido la cuestión del ser en un problema. El nacionalismo permite al hombre moderno juntarse con todos los que comparten su incertidumbre en la búsqueda de una nueva solidaridad, de una definición de sí mismo y de su grupo...En medio de todas las incertidumbres sobre el estatus, las ideas y las metas que acompañan la transformación de la sociedad de Oriente Medio...[el] nacionalismo ofrece y demanda la forma más intensa de ‘sentimiento de unidad’...Cuando la personalidad colectiva, ficticia [de la nación] emerge, no sólo aparece la fuerza mayor del número, sino que el número hace anónimos y, por tanto, aceptables los actos que ningún individuo se atrevería a cometer por sí mismo. Esto permite a la gente expandir su poder...Y la identificación con la nación hace posible expresar toda la ansiedad, frustración y odio que resulta de la transformación de la sociedad de Oriente Medio, pero dirigiendo estas emociones no contra el propio yo o el propio grupo...sino contra el extranjero”.³³

³² El análisis más minucioso de las teorías de la modernización y su relación con el nacionalismo sigue siendo probablemente el de A. D. Smith, “Las teorías del nacionalismo”...capítulo III.

³³ M. Halpern, “The Politics of Social Change in the Middle East and North Africa”, Princeton: Princeton Univ. Press, 1963, págs. 200 y 207-208. Véase también K. R. Minogue, “Nacionalismo”, B. Aires: Paidós (1967) 1975. Aunque podríamos incluir en este punto la aportación del sociólogo D. Lerner (“The Passing of Traditional Society”, Illinois: The Free Press, 1958) y el historiador E. Kedourie, sus visiones del nacionalismo conservan aún muchos elementos de la antigua psicología de las multitudes.

Incluso desde posiciones más cercanas a las premisas o postulados del nacionalismo –p. ej., las de Rupert Emerson o Isaiah Berlin- el juicio o la valoración de la ideología venía a menudo asociada a una serie de vocablos de naturaleza *psicológica o psicodinámica* (‘sentido de dignidad’, ‘necesidad de identidad’, ‘necesidad de pertenencia’, ‘orgullo’, ‘resentimiento’, ‘frustración’, ‘agresión’, ‘humillación’, ‘ambivalencia’, ‘complejo de inferioridad’) pero integrados ahora en explicaciones de corte más *sociológico*. Uno puede desear condenar abiertamente el nacionalismo “como fuerza irracional y avasalladora” –decía Berlin- pero es aún más importante comprender sus raíces en aquellas sociedades atrasadas, explotadas o tuteladas por alguna potencia occidental. “El nacionalismo brota, no pocas veces, de un sentido ultrajado y herido de dignidad humana, del deseo de reconocimiento...es el producto directo de heridas producidas a un sentimiento común de independencia como nación, o de raza o cultura común”.³⁴

2. A finales de los años 60, y durante las décadas siguientes, una serie de científicos sociales e historiadores –en su mayoría británicos- iba a llevar más lejos la investigación sobre las *bases o fundamentos sociológicos de la ideología nacionalista y sus conexiones con la modernidad*. Para Ernest Gellner, Anthony Smith, Tom Nairn, Benedict Anderson, John Breuilly o Eric Hobsbawm el nacionalismo no era ya una doctrina o movimiento de masas ‘de transición’ –necesaria para recomponer el sentido de identidad y pertenencia en la fase primera de la modernización social y política- sino que se trataba más bien de una ideología estrechamente relacionada con las fuerzas estructurales y los desarrollos institucionales de la modernidad: el Estado, el mercado, la democracia, la escuela, la burocracia, las tecnologías de la comunicación. El nacionalismo debe analizarse en el punto de intersección de un conjunto de *transformaciones políticas, sociales y tecnológicas*, y sus efectos sobre la conciencia y la identidad de los individuos. Con independencia de que pudieran surgir en algunos casos de comunidades étnicas preexistentes (A. D. Smith,

³⁴ I. Berlin, “Rabindranath Tagore y la conciencia de nacionalidad”, en “El sentido de la realidad”, Madrid: Taurus, 1998, págs. 360 y 365. Y, del mismo autor, “El retorno del bastón. Sobre la ascensión del nacionalismo”...págs. 432-434. Véase también Z. Barbu, “Nationalism As a Source of Aggression”, en A. de Reuck y J. Knight (eds.), “Conflict in Society”, London : Ciba, 1966, págs. 184-197.

1986), las naciones sólo llegaron a formarse a partir de un Estado territorial de ciudadanos (o la aspiración a establecer uno), un determinado nivel de desarrollo económico y tecnológico, la expansión de la imprenta, la alfabetización o escolarización de las masas, etc.³⁵

Dicho de otra forma, los procesos básicos que habían sido analizados a lo largo del último siglo por Marx, Durkheim y Weber para explicar el surgimiento y las consecuencias de las sociedades contemporáneas (secularización, industrialización, racionalización, escolarización, democratización, formación de la opinión pública) se consideraban ahora decisivos para la explicación del nacionalismo.³⁶ De este modo, las naciones se presentaban como *realidades fundamentalmente sociológicas*, como comunidades nuevas e imaginadas a partir de las interacciones sociales y políticas características de la modernidad. Por ejemplo, Benedict Anderson habla de la nación como de una comunidad que sólo fue posible a partir de la secularización de los vínculos sociales del pasado, la paulatina abolición del derecho divino de los reyes, las nuevas formas de comunicación propiciadas por el “capitalismo de imprenta” (a través de libros y periódicos), una concepción abstracta, precisa y mundana de la temporalidad (medida con relojes y calendarios) y una visión más moderna de la historia. “La idea de un organismo sociológico que se mueve a través del tiempo vacío, homogéneo del calendario –afirma Anderson- es una analogía precisa de la idea de la nación...una comunidad sólida moviéndose constantemente de un lado a otro de la historia”.³⁷

A pesar de la creencia ampliamente difundida dentro y fuera de la academia –decía Ernest Gellner- el nacionalismo no tiene sus raíces en la psique humana sino “en las exigencias estructurales distintivas de la sociedad industrial”.³⁸ Al identificar *nacionalismo y modernidad*, el nuevo paradigma sociológico ponía

³⁵ Véase E. J. Hobsbawm, “Nations and Nationalism Since 1780”, Cambridge: Cambr. Univ. Press, 1990, pág. 10; T. Nairn, “Faces of Nationalism”...págs. 65-66.

³⁶ Véase G. Day y A. Thompson, “Theorizing Nationalism”...págs. 7 y 11-12.

³⁷ B. Anderson, “Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism”, London: Verso (1983) 1991, pág. 26.

³⁸ E. Gellner, “Naciones y nacionalismo”, Madrid: Alianza Editorial (1983) 1988, págs. 52-53.

en cuestión los planteamientos *psicologistas* manejados hasta entonces por muchos intelectuales. De manera especial, los que procedían originalmente de la psicología de las masas. Para Anderson, Gellner, Smith o Nairn el nacionalismo no era una manifestación de las partes tenebrosas de la psique, una regresión a la barbarie o un acceso atávico e irracional a un estadio primitivo de la evolución.³⁹ Ni el nacionalista aparecía ya como un trasunto del sujeto de las masas (irracionalidad, inconsciencia, emotividad, primitivismo, sugestibilidad extrema, irresponsabilidad, amoralidad, criminalidad, sadismo). De hecho, la idea de masa/multitud atávica y degenerada –que había sido desde la Gran Guerra la representación más repetida por los ‘críticos’ del nacionalismo, parecía perder ahora su potencial explicativo.

Todo ello merece algún comentario añadido, habida cuenta de la *influencia y penetración de la psicología de las masas* en la literatura. A semejanza de las multitudes descritas por Taine, Le Bon y Sighele, el nacionalismo se ha presentado en el pasado como una fuerza latente, una potencia psicológica escondida que irrumpe sólo en momentos extraordinarios o críticos de la vida social (crisis políticas, convulsiones sociales y guerras). “...los sentimientos nacionalistas tienden a aparecer rápidamente y declinar...tienden a estar bastante alejados de la mayoría de las actividades de la vida social ordinaria, excepto en condiciones bastante poco frecuentes y a menudo transitorias” –afirmaba todavía Anthony Giddens a mediados de los años ochenta.⁴⁰ Solamente cuando la “seguridad ontológica” de los individuos es puesta en peligro por la “interrupción de las rutinas” o por un foco generalizado de ansiedad aparecería el nacionalismo como fuerza psicológica, como una forma regresiva de identificación con el líder y los símbolos de la nación, como un proceso de sugestión en masa.⁴¹

³⁹ Véase A. Finlayson, “Psychology, Psychoanalysis and Theories of Nationalism”, *Nations and Nationalism*, vol. 4, nº 2, 1998, pág. 145.

⁴⁰ A. Giddens, “The Nation-State and Violence”, Berkeley: University of California Press (1985) 1987, págs. 215 y 218.

⁴¹ A. Giddens, op. cit., págs. 218-219. De hecho, Giddens cita explícitamente la tesis de Le Bon/Freud sobre la psicología de las masas.

En este sentido, el concepto de nacionalismo ha sido tradicionalmente asociado por una mayoría de investigadores con acontecimientos excepcionales de gran magnitud social y política (desaparición de Imperios, implosión de Estados, conflictos étnicos, guerras territoriales, genocidios, revoluciones, crisis sociales agudas), con momentos extraordinarios de disrupción de las rutinas y efervescencia colectiva (conmemoración de la fiesta nacional, de la ‘fundación’ o el ‘renacimiento’ de la nación, de la independencia de la patria, del día de la bandera), con movimientos sociales ‘extremos’ que amenazan la normalidad, el orden o el statu quo dentro y fuera de las fronteras (movimientos secesionistas, movimientos neofascistas o de extrema derecha) y con individuos extremos, prejuiciosos, intolerantes, etnocéntricos (sujetos con puntajes extremos en la escala de autoritarismo). En palabras de Michael Billig, el nacionalismo ha sido definido casi siempre como una pasión poderosa y peligrosa, “una psicología o disposición emocional extraordinaria” que irrumpe en momentos extraordinarios. “Los nacionalistas pueden ser identificados como extremistas que, impulsados por una psicología violentamente emocional, buscan fines irracionales; o pueden ser retratados como personajes heroicos que, en concreto, tienden a ubicarse en el extranjero, batallando contra los opresores colonialistas”.⁴²

Frente a los planteamientos académicos tradicionales, el nuevo paradigma sociológico no sólo ha destacado la estrecha relación del nacionalismo con la *estructura social e institucional* de las sociedades modernas, sino que ha comenzado a estudiar la impregnación o penetración de la ideología en las *prácticas cotidianas y rutinarias* de la población. Autores como Roger Brubaker, Craig Calhoun, Tim Edensor, Andrew Thompson o el citado Michael Billig han puesto recientemente el acento en los numerosos indicadores y recuerdos de la nación que formarían parte de los espacios, rutinas y prácticas cotidianas en el Estado-nación contemporáneo. “...en las naciones establecidas

⁴² M. Billig, “Banal Nationalism”...págs. 5, 15 y 44. Véase también A. Thompson, “Nations, National Identities and Human Agency: Putting People Back into Nations”, *The Sociological Review*, vol. 49, n° 1, 2001, pág. 18.

hay un continuo ‘ondear’ o recuerdo de la nacionalidad” –afirma Billig.⁴³ Así, y junto a los sucesos extraordinarios y disruptivos, los movimientos secesionistas y los individuos con puntajes extremos, las ciencias sociales habrían empezado a estudiar la presencia de conceptos, símbolos y categorías banales que nos recuerdan de manera continuada ‘nuestra’ pertenencia a la nación, y que reproducen rutinariamente ‘nuestra’ adhesión al mundo ideológico del nacionalismo: las banderas nacionales que no se agitan pero presiden los edificios públicos, la referencia constante a la nación en el discurso político, el mapa (nacional) del tiempo en los partes del meteorólogo, la apelación reiterada a un “nosotros” (nacional) en la retórica del gobierno y la oposición, de la patronal y los sindicatos, de economistas, sociólogos, periodistas, locutores de radio y líderes de opinión, etc.

Benedict Anderson ha proporcionado una de las descripciones sociológicas más lúcidas y sugestivas de esta *reproducción banal y rutinaria de la nación* a través del ceremonial cotidiano de la lectura de la prensa (la variante moderna de las plegarias matutinas, decía Hegel):

“La significación de esta ceremonia...se realiza en silenciosa privacidad...[pero] cada comulgante es muy consciente de que la ceremonia está siendo reproducida simultáneamente por miles (o millones) de otros de cuya existencia está seguro, a pesar de que no tiene la menor idea de su identidad. Además, esta ceremonia es constantemente repetida a diario...a lo largo del calendario. ¿Qué otra representación más vívida que ésta puede concebirse para la comunidad imaginada, historizada, secular? Al mismo tiempo, el lector del periódico, al observar que copias exactas de su periódico están siendo consumidas en el metro, la barbería y el vecindario, confirma en todo momento que el mundo imaginado tiene unas raíces visibles en la vida cotidiana...creando esa

⁴³ M. Billig, “Banal Nationalism”...pág. 8. Véase también R. Brubaker, “Myths and Misconceptions in the Study of Nationalism”, en J. A. Hall (ed.), “The State of the Nation”, Cambridge: Cambridge University Press, 1998, págs. 272-306; C. Calhoun, “Nationalism”...pág. 1-3; T. Edensor, “National Identity, Popular Culture and Everyday Life”, Oxford: Berg, 2002, págs. 11-12 y 17; A. Thompson, “Nations, National Identities and Human Agency”...págs. 18-32.

extraordinaria confianza en una comunidad en el anonimato, que es el sello de las modernas naciones”.⁴⁴

3. Con todo, muchos teóricos han seguido manejando premisas o supuestos psicológicos que *naturalizan* y reifican de algún modo la existencia o la continuidad de las naciones. Como ideología o doctrina política –afirman– el nacionalismo podría ser una consecuencia derivada de un conjunto de transformaciones sociológicas de nuestra época (el Estado, el mercado, la democracia, la escuela, la prensa...); en cambio, como sentimiento, vínculo emocional o identificación de grupo –vienen a decir– el nacionalismo satisface también una serie de *necesidades, impulsos o tendencias psicológicas básicas* y, en consecuencia, *universales*: la necesidad de pertenecer, la necesidad de dar sentido o significado a nuestra vida, la necesidad de tener una identidad positiva, la necesidad de arraigo (el imperativo territorial), la necesidad de seguridad y protección, la necesidad de defenderse frente al extraño (el miedo al Otro), la necesidad de tener enemigos (y reconducir la agresividad), la necesidad de realización cultural, la necesidad de trascendencia, etc.⁴⁵ De este modo, el sentimiento de pertenencia y lealtad a la nación tendría sus bases en un conjunto de ‘necesidades’, ‘disposiciones’, ‘tendencias’, ‘impulsos’ o ‘instintos’ como los que habían sido postulados a principios del siglo XX por William McDougall y Wilfred Trotter (véase capítulo 6º).

De hecho, algunos autores recurren otra vez a hipótesis o *presupuestos de naturaleza psicobiológica*: los patrones de conducta y los fundamentos emocionales del nacionalismo reproducen los criterios funcionales y evolutivos de adhesión al propio grupo y odio al forastero (‘etnocentrismo’) que habrían

⁴⁴ B. Anderson, “Imagined Communities”...págs. 35-36.

⁴⁵ Véase p. ej. D. E. Apter, “Political Religion in the New Nations”...pág. 94; G. Stokes, “Cognition and the Function of Nationalism”, *Journal of Interdisciplinary History*, nº IV, 1974, págs. 511-525; H. C. Kelman, “Patterns of Personal Involvement in the National System”, en J. R. Rosenau (ed.), “International Politics and Foreign Policy”, NY: The Free Press, 1969, pág. 277; K. E. Scheibe, “The Psychology of National Identity”, en T. R. Sarbin y K. E. Scheibe (eds.) “Studies in Social Identity”, NY: Praeger, 1983, pág. 140; W. Bloom, “Personal Identity, National Identity and International Relations”, Cambridge: Camb. Univ. Press, 1990, págs. 133-134; G. Guerra, “Aspetti psicosociali dell’appartenenza nazionale”, *Ricerche di Psicologia*, nº 4, 1992, pág. 126; A. D. Smith, “Nations and Nationalism in a Global Era”, Cambridge: Polity Press, 1995, pág. 159.

existido -a su juicio- desde los orígenes de la humanidad. P. ej., para Gale Stokes, John Mack y Brian Porter la lealtad contemporánea a la nación es, además, una manifestación de vínculos o procesos psicológicos básicos, “naturales”, enraizados en nuestra condición humana. “El nacionalismo es a la vez un movimiento o doctrina consciente y parte de la conducta grupal instintiva del género humano. En el primer sentido es comparativamente nuevo, en el segundo, muy antiguo. La gente se comportaba como nacionalistas mucho tiempo antes de que el nacionalismo fuera oído, y aún menos investigado y analizado”.⁴⁶

Otros autores –como J. Searle-White, C. McCauley, M. Tyrrell y D. Druckman-⁴⁷ utilizan los datos o aportaciones de la *psicología social del prejuicio y las relaciones intergrupales* para establecer generalizaciones análogas sobre el sentimiento, la identidad o la categorización nacional. Como vimos en el capítulo 7º, la investigación experimental iniciada por Floyd y Gordon Allport se había desarrollado sobre la noción de “un sujeto abstracto, natural, ahistórico, no socializado, empíricamente inexistente”, y aspiraba a explicar la interacción por medio de principios y procesos psicológicos básicos.⁴⁸ Así las cosas, el estudio científico del nacionalismo demandaba la abstracción del marco y el sentido de la ideología en el concepto ahistórico de grupo. “Los modos en que un individuo se relaciona con su nación tiene aspectos en común con los que utiliza para relacionarse con cualquier otro grupo

⁴⁶ B. E. Porter, “Concepts of Nationalism in History”, en W. A. Van Horne (ed.) “Global Convulsions. Race, Ethnicity and Nationalism at the End of the Twentieth Century”, Albany: SUNY, 1997, pág. 93. Véase también G. Stokes, “The Undeveloped Theory of Nationalism”, *World Politics*, vol. 31, n° 1, 1978, pág. 157; J. E. Mack, “Nationalism and the Self”, *Psychohistory Review*, 1983, vol. 11, n° 2-3, págs. 47-69; Group for the Advancement of Psychiatry, “Us and Them. The Psychology of Ethnonationalism”, NY: Brunner, 1987, págs. 115-116 y 15-126; J. M. Salazar, “Social Identity and National Identity”, en S. Worchel et al. (eds.) “Social Identity”, London: SAGE, 1998, págs. 115-116. En parecida línea, aunque muy anterior, véase L. W. Doob, “Patriotism and Nationalism. Their Psychological Foundations”, Westport: Greenwood, 1964, en especial págs. 1, 3-4 y 263.

⁴⁷ Véase J. Searle-White, “The Psychology of Nationalism”, NY: Palgrave, 2001; C. McCauley, “The Psychology of Group Identification and the Power of Ethnic Nationalism”, en D. Chirot y M. E. Seligman (eds.), “Ethnopolitical Warfare”, Washington: APA, 2001, págs. 343-362; D. Druckman, “Social-Psychological Aspects of Nationalism”, en J. L. Comaroff y P. C. Stern (eds.), “Perspectives on Nationalism and War”, Luwenbourg: Gordon, 1995, págs. 47-98; M. Tyrrell, “Nation-States and States of Mind: Nationalism as Psychology”, *Critical Review*, vol. 10, n° 2, 1996, págs. 233-250.

⁴⁸ Véase J. R. Torregrosa, “Psicología social”, en S. Giner, E. Lamo y C. Torres (eds.), “Diccionario de sociología”...pág. 616.

del que sea miembro”.⁴⁹ De nuevo, las naciones podían tener un contexto histórico preciso, podían haber surgido a partir de las revoluciones políticas, sociales y tecnológicas iniciadas en Occidente dos o tres siglos antes (la ciencia, la democracia, el transporte, las comunicaciones, la mundialización de los espacios), pero la necesidad de pertenecer e identificarse con un grupo, la relación endo-exogrupo, los procesos cognitivos de categorización exogrupal y la necesidad de tener una identidad social positiva para los miembros del endogrupo no habrían cambiado a lo largo de la historia.⁵⁰

Frente a estas interpretaciones, algunos autores han llevado más lejos la concepción sociológica y psicosociológica del nacionalismo, y sus nexos o dependencias con la modernidad. Partiendo en este caso de la perspectiva del construccionismo social, afirman que el nacionalismo no sólo es moderno en tanto que ideología o doctrina política de nuestro tiempo, sino por cuanto conforma, da vida o construye *sentimientos, vínculos, lealtades e identidades de grupo* que, lejos de ser universales, son *propias o específicas de la modernidad*. “La nación y el Estado-nación –afirma el politólogo Paul James- ha llegado a ser muy importante en la articulación de las prácticas y subjetividades de la vida social contemporánea, desde el sentido individual de identidad a la actividad colectiva de hacer la guerra”.⁵¹ Para Paul James, Michael Billig, Charles Taylor, Umut Özkirimli o Craig Calhoun los aspectos afectivos y emocionales del nacionalismo no radican ya en una psicología abstracta, ahistórica o universal (en necesidades, impulsos o procesos psicológicos atemporales). En vez de ello, las motivaciones, pasiones y lealtades del nacionalismo se constituyen *a través de procesos socio-históricos precisos*, los mismos que acompañan la justificación y legitimación ideológica de las naciones.⁵²

⁴⁹ K. W. Terhune, “Nationalism Among Foreign and American Students: An Exploratory Study”...pág. 258. Véase también D. Druckman, “Social-Psychological Aspects of Nationalism”...pág. 49.

⁵⁰ Véase J. Searle-White, “The Psychology of Nationalism”...pág. 120. Para una exposición crítica de estos planteamientos véase M. Billig, “Banal Nationalism”...págs. 65-67.

⁵¹ P. James, “Nation Formation. Towards a Theory of Abstract Community”, London: Sage, 1996, pág. xv.

⁵² Además de los libros ya citados de P. James, M. Billig, U. Özkirimli y C. Calhoun, véase C. Taylor, “Nacionalismo y modernidad”, Inguruak, nº 26, 2000, pág. 7-30.

Dicho de otro modo, el nacionalismo podría considerarse como una forma de identidad, afecto o sentimiento colectivo que aparece al mismo tiempo que la ideología de las naciones. “La sociedad no sólo define, sino que crea realidad psicológica” –decía Peter Berger.⁵³ Considerar las emociones y sentimientos nacionales como una construcción social o como el resultado de *procesos de interacción social específicos* no supone –a nuestro juicio- una concepción “sobresocializada” del sujeto. Las emociones y los sentimientos humanos están siempre mediatizados por su dimensión cognitiva y evaluativa, y son a la vez contruidos socialmente, a través de procesos de interacción simbólica. “...la experiencia y el contexto social no intervienen sólo como catalizadores y desencadenantes en las emociones, o como simple barniz superficial -afirma Jose Ramón Torregrosa- sino como origen constitutivo de las mismas, con una relativa autonomía causal respecto de su basamento neurofisiológico”.⁵⁴

De hecho, y como hemos señalado en varios capítulos, la representación académica de la ideología ha pecado de un reduccionismo muy distinto, de naturaleza psicobiológica, postulando mecanismos instintivos y emociones básicas o primarias -como la necesidad de pertenecer o el miedo al extraño- para explicar un fenómeno tan complejo como el nacionalismo.⁵⁵ Sin embargo, estos *motivos o estados psicológicos* del nacionalista no debieran ser considerados sin más como disposiciones psicológicas universales –y aún menos como una instancia última a la que apelar para la explicación de la ideología. La flecha de la causalidad bien podría estar apuntando en sentido contrario. Los motivos y necesidades del sujeto se constituyen en un determinado contexto histórico y social, y *en base a la ideología que justifica la existencia de las naciones*. La identidad nacional, las emociones, sentimientos y pasiones de masas del nacionalismo sólo pueden existir junto a las creencias compartidas y las

⁵³ P. Berger, “Identity As a Problem in the Sociology of Knowledge”, *European Journal of Sociology*, nº VII, 1966, pág. 108.

⁵⁴ J. R. Torregrosa, “Emociones, sentimientos y estructura social”, en J. R. Torregrosa y E. Crespo (eds.), “Estudios básicos de psicología social”, Barcelona: Hora, 1984, págs. 185-186 y 198. Véase también S. M. Guedes y J. L. Álvaro, “Naturaleza y cultura en el estudio de las emociones”, *Res*, nº 13, 2010, págs. 31-47.

⁵⁵ Véase J. R. Torregrosa, “Emociones, sentimientos y estructura social”...pág. 197.

representaciones sociales que conforman el entramado ideológico del nacionalismo.⁵⁶

Sea como fuere, ni la nación es asimilable a cualquier otra forma de grupalidad, ni el nacionalismo habría existido a lo largo de la historia, ni podría éste equipararse al etnocentrismo tradicional (por lógicas y justificadas que puedan ser las razones sobre las que se levantó el lenguaje de los ‘críticos’). La nación –como ya vimos- es una forma de organización social y política vinculada a la cultura secular, a los intelectuales, científicos y hombres de letras. La conciencia y los hábitos de pensamiento del nacionalista han necesitado de todos modos de un vocabulario científico de sentido común (S. Moscovici, 1961). Historiadores, filólogos, arqueólogos, geógrafos, antropólogos y psicólogos han jugado un papel fundamental en codificar las estructuras cognitivas para imaginar la nación y el nacionalismo.

En este trabajo nos hemos fijado en los conceptos y constructos de la psicología. La psicología de los pueblos, la psicología de las masas, el psicoanálisis y la psicología social de los prejuicios han tenido un peso notable tanto en la naturalización de la ideología como en la crítica y la condena moral del nacionalismo. En cierta medida lo siguen teniendo aún, y ello a pesar de que habría irrumpido con fuerza en el debate académico la visión y el lenguaje de la sociología.

⁵⁶ Véase M. Billig, “Banal Nationalism”...págs. 17-18 y 60-61.

BIBLIOGRAFÍA

Abad de Santillán, D. “Psicología del pueblo español”, Madrid: Imprenta de Felipe Peña Cruz, 1917.

Ackerman, N. W. y M. Jahoda, “Anti-Semitism and Emotional Disorder: A Psychoanalytic Interpretation”, New York: Harper & Row, 1950.

Acton, Lord “Nacionalidad” (1862), en “Ensayos sobre la libertad y el poder”, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1959, págs. 275-330.

Adam, P. “D’une pathologie des peuples”, La Revue blanche, 1 nov. 1895, págs. 405-409.

Adorno, T. W., E. Frenkel-Brunswik, D. J. Levinson y R. N. Sanford, “The Authoritarian Personality”, New York: Harper & Row, 1950.

Altamira, R. “La enseñanza de la historia”, Madrid: Fortanet, 1891.

Altamira, R. “El problema de la dictadura tutelar en la historia” (1895), reimpresso en “De historia y arte. Estudios críticos”, Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1898, págs. 107-172.

Altamira, R. “Psicología del pueblo español”, Madrid: Ed. Biblioteca Nueva (1902) 1998.

Altamira, R. “Psicología y literatura”, Barcelona: Imprenta de Henrich y C^a., 1905.

Altamira, R. “Filosofía de la historia y teoría de la civilización”, Madrid: La Lectura, 1915.

Altamira, R. “Discurso preliminar a una historia universal” (1917), reimpresso en “Cuestiones modernas de historia”, Madrid: Aguilar, 1935, págs. 11-51.

Altamira, R. “Patriotismo y nacionalismo” (1924), reimpresso en “Escritos patrióticos”, Madrid: Librería Fernando Fé, 1929, págs. 115-121.

- Altamira, R.** “La propaganda de las ideas y los sentimientos pacifistas. Sugestiones relativas a los medios más eficaces para cumplir la finalidad de la Fundación Carnegie”, Madrid: J. Cosano, 1926.
- Altamira, R.** “Una encuesta sobre patriotismo” (1927), reimpreso en “Escritos patrióticos”, Madrid: Librería Fernando Fé, 1929, págs.123-130.
- Altamira, R.** “Escritos patrióticos”, Madrid: Librería Fernando Fé, 1929.
- Altamira, R.** “Observaciones sobre el estudio de las ‘Causas profundas de las guerras’” (1932), reimpreso en “El Derecho al servicio de la paz. Cuestiones internacionales”, México: Imprenta Universitaria, 1954.
- Altamira, R.** “Cuestiones modernas de historia”, Madrid: Aguilar, 1935.
- Altamira, R.** “Los elementos de la civilización y del carácter españoles”, Buenos Aires: Editorial Losada (1950) 1956.
- Alter, P.** “Nationalism”, London: Edward Arnold (1985) 1989.
- Álvaro, J. L. y A. Garrido,** “Psicología social. Perspectivas psicológicas y sociológicas”, Madrid: McGraw-Hill, 2003.
- Allport, F. H.** “Social Psychology”, Boston: Houghton Mifflin Co., 1924.
- Allport, F. H.** “The Psychology of Nationalism. The Nationalistic Fallacy as a Cause of War”, Harper’s Monthly Magazine, CLV, 1927, págs. 291-301.
- Allport, F. H.** “Social Psychology and Human Values”, The International Journal of Ethics, vol. XXXVIII, Jul 1928, págs. 369-388.
- Allport, F. H.** “Psychology in Relation to Social and Political Problems”, en P. S. Achilles (eds), “Psychology at Work”, New York: McGraw-Hill, 1932, págs.199-252.
- Allport, F. H.** “Institutional Behavior. Essays Toward a Re-interpreting of Contemporary Social Organization”, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1933.

Allport, G. W. “Attitudes”, en C. Murchison (ed.), “A Handbook of Social Psychology”, New York : Russell & Russell, 1935, págs. 798-844.

Allport, G. W. “The Historical Background of Modern Social Psychology”, en G. Lindzey (ed.), “Handbook of Social Psychology”, Reading, Mass: Addison-Wesley, 1954, págs. 4-56.

Allport, G. W. “La naturaleza del prejuicio”, Buenos Aires: Eudeba (1954) 1971.

Anderson, B. “Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism”, London: Verso (1983) 1991.

Anderson, M. “States and Nationalism in Europe since 1945”, London: Routledge, 2000.

André, E. L. “El histrionismo español. Ensayo de psicología política”, Barcelona: Imprenta de Henrich & C^a., 1906.

André, E. L. “Ética española. Problemas de moral contemporánea”, Madrid: Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1910.

André, E. L. “La mentalidad alemana. Ensayo de explicación genética del espíritu alemán contemporáneo”, Madrid: Daniel Jorro, 1914.

André, E. L. “¿Somos nosotros un pueblo?” Renovación Española, 25 de Julio de 1918, año 1, n° 26, págs. 1-3. (Reimpreso en E. L. André, “Españolismo”, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1931).

André, E. L. “Nociones de educación cívica, jurídica y económica”, Madrid: Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1921.

André, E. L. “La conciencia nacional y sus generadores”, Conferencia pronunciada en la R. A. de Jurisprudencia y Legislación el 21 de Marzo de 1924. (Reimpreso en E. L. André, “Españolismo”, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1931).

Andric, I. “Un puente sobre el Drina”, Barcelona: Ed. Debate (1945) 2010.

Angell, N. “The Great Illusion. A Study of the Relation of Military Power to National Advantage”, London: William Heinemann (1909) 1914.

- Angell, R. C.** “The Integration of American Society. A Study of Groups and Institutions”, New York: McGraw-Hill, 1941.
- Antón del Olmet, F.** “El alma nacional. Sus vicios y sus causas. Genealogía psicológica del pueblo español”, Madrid: Imprenta Cervantina, 1915.
- Apfelbaum, E. y G. R. McGuire,** “Models of Suggestive Influence and the Disqualification of the Social Crowd”, en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), “Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior”, New York: Springer-Verlag, 1986, págs. 27-50.
- Appel, K. E.** “Nationalism and Sovereignty: A Psychiatric View”, The Journal of Abnormal and Social Psychology, vol. 40, nº 4, oct. 1945, págs. 355-362.
- Apter, D. E.** “Political Religion in the New Nations”, en C. Geertz (ed.), “Old Societies and New States. The Quest for Modernity in Asia and Africa”, New York: The Free Press, 1963, págs. 57-104.
- Arguedas, A.** “Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispano-americanos”, Barcelona: Vda. de Luis Tasso, 1909.
- Asch, S.** “Psicología social”, Buenos Aires: Eudeba (1952) 1964.
- Azaña Díaz, M.** “La responsabilidad de las multitudes”, Madrid: Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1900.
- Azorín,** “La sociología criminal” (1899), en “Obras completas”, Tomo I, Madrid: Aguilar, 1975, págs. 243-309.
- Bagehot, W.** “Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia”, Madrid: La España Moderna (1872) s. a.
- Barbu, Z.** “Nationalism As a Source of Aggression”, en A. de Reuck y J. Knight (eds.), “Conflict in Society”, London : Ciba Foundation, 1966, págs. 184-197.
- Barnard, F. M.** “Herder’s Social and Political Thought. From Enlightenment to Nationalism”, Oxford: Clarendon Press, 1965.

- Barrès, M.** “Le culte du moi: Le jardin de Bérénice”, Paris : Emile-Paul, éditeur (1891) 1910.
- Barrès, M.** “Los desarraigados. La novela de la energía nacional”, Madrid: Ed. Cátedra (1897) 1996.
- Barrès, M.** “Scènes et doctrines du nationalisme”, Paris: La Librairie Française (1902) 1987.
- Barrès, M.** “Amori et dolori sacrum”, Paris : Librairie Plom, 1903.
- Barrès, M.** “Los rasgos eternos de Francia”, Barcelona : Blond & Gay (1916) 1917.
- Barrows, S.** “Distorting Mirrors. Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France”, New Haven : Yale University Press, 1981.
- Bauer, O.** “The Question of Nationalities and Social Democracy”, Minneapolis : University of Minnesota Press (1907) 2000.
- Bay, C.** “The Theoretical Preparation of a Research Project on Nationalist Attitudes”, International Social Science Bulletin, vol. III, nº 2, 1951, págs. 244-246.
- Bay, C., I. Gullvag, H. Ofstad y H. Tønnessen,** “Nationalism. A Study of Identifications With People and Power”, Oslo: Institute for Social Research, 1950.
- Becker, J. M.,** “Nationalism and Culture. Gabriele D’Annunzio and Italy After the Risorgimento”, New York: Peter Lang, 1994.
- Bembo, M.** “La mala vida en Barcelona”, Barcelona: Maucci, 1912.
- Ben-Amos, A.** “The Uses of the Past: Patriotism Between History and Memory”, en D. Bar-Tal y E. Staub (eds.), “Patriotism in the Lives of Individuals and Nations”, Chicago: Nelson-Hall Publishers, 1997, págs. 129-147.
- Benedict, R.** “Patterns of Culture”, Boston: Houghton Mifflin Co., 1934.
- Berger, P.** “Identity As a Problem in the Sociology of Knowledge”, European Journal of Sociology, nº VII, 1966, págs. 105-115.
- Bergua, J.** “Psicología del pueblo español”, Madrid: Lib. Bergua, 1934.
- Berlin, I.** “El retorno del bastón. Sobre la ascensión del nacionalismo” (1972) en G. Delannoi y P. A. Taguieff (comp.), “Teorías del nacionalismo”, Barcelona: Paidós, 1993, págs. 425-449.
- Berlin, I.** “Vico and Herder. Two Studies in the History of Ideas”, London: Chatto and Windus, (1976) 1980.

- Berlin, I.** “El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia”, Madrid: Taurus, 1998.
- Bernaldo de Quirós, C. y J. M. Llanas Aguilaniedo,** “La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico”, Zaragoza: Egido Editorial (1901) 1998.
- Bernard, L. L.** “An Introduction to Social Psychology”, London: Allen & Unwin, 1927.
- Bernard, L. L.** “The Conflict Between Primary Group Attitudes and Derivative Group Ideals in Modern Society”, *The American Journal of Sociology*, vol. 41, 1936, págs.611-623.
- Bernard, L. L.** “War and Its Causes”, New York: Henry Holt & Co, 1944.
- Bernard, L. L. y J. Bernard,** “Sociology and the Study of International Relations”, St. Louis: Washington University Studies, 1934.
- Bettelheim, B. y M. Janowitz,** “Dynamics of Prejudice”, New York: Harper & Brother, 1950.
- Bhabha, H.** “Narrating the Nation”, en J. Hutchinson y A. D. Smith (eds.), “Nationalism”, Oxford : Oxford University Press, 1994, págs. 306-312.
- Billig, M.** “Fascists. A Social Psychological View of the National Front”, London: Academic Press, 1978.
- Billig, M.** “Ideology and Social Psychology. Extremism, Moderation and Contradiction”, Oxford: Basil Blackwell, 1982.
- Billig, M.** “Ideology and Opinions. Studies in Rhetorical Psychology”, London: Sage, 1991.
- Billig, M.** “Banal Nationalism”, London: Sage Publications, 1995.
- Birnbaum, P.** “La fin de la France. Le juif perversificateur dans le paradigme Drumont”, en Z. Sternhell (dir.), “L’Éternel retour. Contre la démocratie l’idéologie de la décadence”, Paris, Presses de la Fondation Nationales des Sciences Politiques, 1994, pag. 197-211.

Blank, T. “Determinants of National Identity in East and West Germany : An Empirical Comparison of Theories on the Significance of Authoritarianism, Anomie and General Self-Esteem”, *Political Psychology*, vol. 24, nº 2, 2003, págs. 259-288.

Bloom, W. “Personal Identity, National Identity and International Relations”, Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Boehm, M. H. “Nationalism. Theoretical Aspects”, en “*Encyclopaedia of the Social Sciences*”, vol. XI, New York: The Macmillan Co., 1937, págs. 231-240.

Bonafonte Nogués, M. “Degeneración y locura”, Zaragoza: Tipografía de Manuel Ventura, 1900.

Boutmy, É. “*Essai d’une psychologie politique du peuple anglais au XIX siècle*”, Paris, Librairie Armand Colin, 1901.

Breuilly, J. “Nationalism and the State”, Manchester : Manchester University Press, 1982.

Brinton, C. “The Shaping of the Modern Mind”, New York: The New American Library, 1950.

Brown, D. “Contemporary Nationalism. Civic, Ethnocultural and Multicultural Politics”, London: Routledge, 2000.

Brubaker, R. “Myths and Misconceptions in the Study of Nationalism”, en J. A. Hall (ed.), “The State of the Nation. Ernest Gellner and the Theory of Nationalism”, Cambridge: Cambridge University Press, 1998, págs. 272-306.

Buchanan, W. y H. Cantril, “National Stereotypes”, en W. Schramm (ed.) “The Process and Effects of Mass Communication”, Urbana: University of Illinois Press, 1954, págs. 191-206.

Bunge, C. O. “Nuestra América. Ensayo de psicología social”, Barcelona: Imprenta de Henrich y Ca., 1903.

Burgos y Mazo, M. “El ciclo de las sociedades políticas: formación, conservación y disolución”, Madrid: Imprenta de ‘Alrededor del Mundo’, 1918.

Burrow, J. W. “La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914”, Barcelona: Ed. Crítica (2000) 2001.

Calhoun, C. “Nationalism and Civil Society: Democracy, Diversity and Self-Determination”, en C. Calhoun (ed.), “Social Theory and the Politics of Identity”, Cambridge, Mass.: Blackwell, 1994, págs. 304-335.

- Calhoun, C.** "Nationalism", Buckingham: Open University Press, 1997.
- Campbell, D. W. y G. F. Stover**, "Teaching International-Mindedness in the Social Studies", *Journal of Educational Sociology*, vol. 7, 1933, págs. 244-248.
- Campos Marín, R. y R. Huertas García-Alejo**, "Degeneración biológica y decadencia social en España. Datos para un imaginario patrio", en C. Naranjo y C. Serrano (eds.), "Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español", Madrid, CSIC, 1999, págs. 47-65.
- Carr, E. H.** "The Twenty Years' Crisis, 1919-1939", New York: Harpertorchbook (1939) 1964.
- Carr, E. H.** "Nationalism and After", London: Macmillan (1945) 1967.
- Carreras i Artau, T.** "La filosofía del derecho en el Quijote: Ensayos de psicología colectiva", Gerona: Carreras y Mas, 1903.
- Carreras i Artau, T.** "Ética hispana", Madrid: Ed. V. Suárez, 1912.
- Carroy, J., A. Ohayon y R. Plas**, "Histoire de la psychologie en France", Paris: La Découverte, 2006.
- Cavallo, G.** "Psicologia dei popoli, storia e idee in Lazarus e Steinthal", *Filosofia*, 1986, 37, págs. 205-221.
- Cerezo Galán, P.** "Las máscaras de lo trágico", Madrid: Ed. Trotta, 1996.
- Cesa, C.** "Tardo positivismo, antipositivismo, nazionalismo", en "La cultura italiana tra '800 e '900 e le origini del nazionalismo", Biblioteca Dell' Archivio Storico Italiano, XXII, Firenze: Leo S. Olschki Editore, 1981, págs. 69-101.
- Christie, R. y M. Jahoda** (eds.) "Studies in the Scope and Method of the Authoritarian Personality: Continuities in Social Research", New York: Free Press, 1954.
- Claret, P.** "Theories of National Personality Revisited: Anglo-American Models and French Conceptions", en A. Dieckhoff y N. Gutiérrez (eds.), "Modern Roots. Studies of National Identity", Aldershot: Ashgate, 2001, págs. 43-72.
- Collier, G. et al.** "Escenarios y tendencias de la psicología social", Madrid: Ed. Tecnos (1991) 1996.
- Condillac, E. B. de** "Traité des sensations", Paris : Chez Debusse, 1754.
- Connor, W.** "Beyond Reason : the Nature of the Ethnonational Bond", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 16, nº 3, 1993, págs. 373-389.

- Connor, W.** "Homelands in a World of States", en M. Guibernau y J. Hutchinson (eds.), "Understanding Nationalism", Cambridge: Polity Press, 2001, págs. 53-73.
- Corominas, P.** "Psicología del amor patrio", Ciencia Social, año II, marzo de 1896, nº 6, págs. 170-175.
- Corradini, E.** "L'unità e la potenza delle Nazioni", Firenze: Vallecchi Editore, 1922.
- Costa, J.** "La vida del derecho", Zaragoza: Guara Edit. (1876) 1982.
- Costa, J.** "Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispanas", Madrid: Librería de Fernando Fé (1881) 1888.
- Costa, J.** "Muerte y resurrección de España" (1898) en "Reconstitución y europeización de España y otros escritos", Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1981.
- Costa, J.** "Historia, política social, patria", Madrid: Aguilar (1901) 1961.
- Costa, J.** "Oligarquía y caciquismo", Madrid: Ed. de la Revista de Trabajo (1902) 1975.
- Coste, C.** "La psychologie sociale de la guerre", Paris, Editions Berger-Levrault, 1929.
- Crawshay-Williams, E.** "The International Idea", The International Journal of Ethics, Apr. 1917, vol. XXVII, nº 3, págs. 273-292.
- Crespo Suárez, E.** "Introducción a la psicología social", Madrid: Ed. Universitas, 1995.
- Crook, P.** "Darwinism, War and History. The Debate over the Biology of War From the 'Origin of Species' to the First World War", Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- Cherrington, B. M. y L. W. Miller,** "Changes in Attitude As the Result of a Lecture and Reading Similar Materials", Journal of Social Psychology, vol. 4, 1933, págs. 479-484.
- Cherrington, B. M.** "Methods of Education in International Attitudes", New York: Teachers College, Columbia University, 1934.
- Cherry, F.** "The Stubborn Particulars of Social Psychology", London: Routledge, 1995.
- D'Annunzio, G.** "Las vírgenes de las rocas", Barcelona: Ed. Maucci (1895) 1900.
- D'Annunzio, G.** "El fuego", Barcelona: Ed. Maucci (1898) 1900.
- Danziger, K.** "Origins and Basic Principles of Wundt's 'Völkerpsychologie'", British Journal of Social Psychology, 1983, 22, págs. 303-313.

- Danziger, K.** "The Project of an Experimental Social Psychology: Historical Perspectives", *Science in Context* 5, 2 (1992), págs. 309-328.
- Danziger, K.** "Naming the Mind. How Psychology Found Its Language", London: Sage, 1997.
- Danziger, K.** "Making Social Psychology Experimental: A Conceptual History, 1920-1970", *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 36, n° 4, 2000, págs. 329-347.
- Davis, J. y H. E. Barnes** (eds.), "Introduction to Sociology", Boston: Heath, 1927.
- Day, G. y A. Thompson**, "Theorizing Nationalism", New York: Palgrave Macmillan, 2004.
- Delaisi, F.** "Political Myths and Economic Realities", New York: The Viking Press, 1927.
- Delanty, G. y P. Mahony**, "Nationalism and Social Theory", London: Sage, 2002.
- Demolins, E.** "En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones", Madrid: Librería de Victoriano Suárez (1897) 1899.
- D'Helvetius, C. A.** "Del espíritu", Madrid: Editora Nacional (1758) 1984.
- Dicks, H. V.** "Some Psychological Studies of the German Character", en T. H. Pear (ed.) "Psychological Factors of Peace and War", London: Hutchinson & Co., 1950, págs. 193-218.
- Diggins, E.** "A Statistical Study of National Prejudices", Master's Thesis, New York: Columbia University, 1927.
- Doob, L. W.** "Patriotism and Nationalism. Their Psychological Foundations", Westport, Connecticut : Greenwood Press, 1964.
- Droz, J.** "Le romantisme politique en Allemagne", Paris: Armand Colin, 1963.
- Druckman, D.** "Social-Psychological Aspects of Nationalism", en J. L. Comaroff y P. C. Stern (eds.), "Perspectives on Nationalism and War", Luxembourg: Gordon & Breach, 1995, págs. 47-98.
- Drumont, É.** "La dernière bataille. Nouvelle étude psychologique et sociale", Paris, Dentu, 1890.
- Duckitt, J.** "Psychology an Prejudice. A Historical Analysis and Integrative Framework", *American Psychologist*, vol. 47, n° 10, oct. 1992, págs. 1182-1193.
- Duprat, G. L.** "Essais de psychologie sociale. Les combattants", *Revue Internationale de Sociologie*, 26, Jan-Feb. 1918, págs. 14-31.

- Duprat, G. L.** “La psychologie sociale”, Paris : Librairie Octave Doin, 1920.
- Earle, E. M.** “H. G. Wells, British Patriot in Search of a World State”, en E. M. Earle (ed.), “Nationalism and Internationalism”, New York: Columbia University Press, 1950, págs. 79-121.
- Eckart, W. U.** “The Most Extensive Experiment that the Imagination Can Conceive. War, Emotional Stress, and German Medicine, 1914-1918”, en R. Chickering y S. Förster (eds.), “Great War, Total War. Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918”, Cambridge: Cambridge University Press, 2000, págs. 133-149.
- Edensor, T.** “National Identity, Popular Culture and Everyday Life”, Oxford: Berg, 2002.
- Ellenberger, H. F.** “El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica”, Madrid: E. Gredos (1970) 1976.
- Ellis, H. H.** “El alma de España”, Barcelona Ed. Araluce, 1908.
- Ellwood, C.** “The Social Problem and the Present War”, The Sociological Review, vol. VIII, nº 1, Jan. 1915, págs.1-14.
- Emerson, R.** “From Empire to Nation. The Rise to Self-Assertion of Asian and African Peoples”, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1960.
- Ereño Altuna, J. A.** “De psicología de los pueblos y de folklore”, Bilbao: J. A. Ereño, 1995.
- Ergang, R. R.** “Herder and the Foundations of German Nationalism”, New York: Columbia University Press, 1931.
- Erikson, E. H.** “Childhood and Society”, London: Penguin Books, 1950.
- Erikson, E. H.** “Identidad. Juventud y crisis”, Madrid: Taurus (1968) 1985.
- Ewer, B. C.** “Social Psychology”, New York: The Macmillan Company, 1929.
- Faris, E.** “Book Reviews”, The American Journal of Sociology, vol. 35, 1929-1930, págs. 304-308.
- Faris, E.** “The Nature of Human Nature”, New York: McGraw-Hill, 1937.
- Farr, R. M.** “The Roots of Modern Social Psychology, 1872-1954”, Oxford: Blackwell Publishers, 1996.
- Farrar, L. L.** “Villain of the Peace: Nationalism and the Causes of World War I”, Canadian Review of Studies in Nationalism, XXII, 1-2, 1995, págs. 53-66.

- Farris, C. D.** "Selected Attitudes on Foreign Affairs as Correlates of Authoritarianism and Political Anomie", *Journal of Politics*, 1960, vol. 22, nº 1, págs. 50-67.
- Feijoo, B. J.** "Amor de la patria y pasión nacional" (1729), en "Teatro crítico", Madrid: Ed. Libra, 1971, págs. 29-49.
- Féré, C.** "Degeneración y criminalidad", Madrid: Daniel Jorro (1889) 1903.
- Fernández Larrain, S.** "Cartas inéditas de Miguel de Unamuno", Santiago de Chile: Zig-zag, 1965.
- Fessler, L.** "Psychology of Nationalism", *Psychoanalytical Review*, 1941, vol. XXVIII, págs. 372-383.
- Fichte, J. G.** "Discursos a la nación alemana", Madrid: Editora Nacional (1807-8) 1977.
- Finlayson, A.** "Psychology, Psychoanalysis and Theories of Nationalism", *Nations and Nationalism*, vol. 4, nº 2, 1998, págs. 145-162.
- Finot, J.** "El prejuicio de las razas", Tomo II, Valencia: Ed. Sempere y Co. (1905) 1909.
- Flick, U.** "Introduction: Social Representations in Knowledge and Language as Approaches to a Psychology of the Social", en U. Flick(eds.), "The Psychology of the Social", Cambridge: Cambridge University Press, 1998, págs. 1-12.
- Flugel, J. C.** "Man, Morals and Society. A Psycho-analytical Study", London: Duckworth, 1945.
- Forbes, H. D.** "Two Approaches to the Psychology of Nationalism", *Canadian Review of Studies in Nationalism*, vol. 2, nº 1, 1974, págs. 172-181.
- Forbes, H. D.** "Nationalism, Ethnocentrism and Personality", Chicago: University of Chicago Press, 1985.
- Forth, C. E.** "Nietzsche, Decadence and Regeneration in France, 1891-95", *Journal of the History of Ideas*, 1993, 54 (1), págs.97-117.
- Fouillèe, A.** "La ciencia social contemporánea", Madrid: La España Moderna (1880) 1894.
- Fouillée, A.** "Education From a National Standpoint", London: Edward Arnold (1891) 2000.
- Fouillée, A.** "Dégénérescence? Le passé et le présent de notre race", *Revue des Deux Mondes*, 15 oct. 1895, pp. 793-824.
- Fouillée, A.** "Psychologie du peuple français", Paris: Librairie F. Alcan (1898) 1921.

- Fouillée, A.** “Temperamento y carácter según los individuos, los sexos y las razas”, Madrid, Fernando Fé, 1901.
- Fouillée, A.** “Bosquejo psicológico de los pueblos europeos”, Madrid : Daniel Jorro (1902) 1903.
- Fouillée, A.** “Moral de las ideas-fuerzas”, Madrid: Sáenz de Jubera (1907) 1908.
- Freeman, E.** “Social Psychology”, New York: Henry Holt and Co., 1936.
- Freud, S.** “Más allá del principio del placer”, Madrid: Alianza Editorial (1920) 2010.
- Freud, S.** “Psicología de las masas”, Madrid: Alianza Editorial (1921) 2010.
- Fromm, E.** “El condicionamiento social de la estructura psíquica. La misión y el método de una psicología social analítica” (1937), reimpreso en “Espíritu y sociedad”, Barcelona: Ed. Paidós, 1996, págs. 23-92.
- Fromm, E.** “El miedo a la libertad”, Barcelona: Ed. Paidós (1941) 1982.
- Fromm, E.** “The Sane Society”, London: Routledge & Kegan Paul, 1955.
- Fyfe, H.** “The Illusion of National Character”, London: Watts & Co., 1940.
- Ganivet, A.** “Idearium español”, Madrid: Ed. Biblioteca Nueva (1897) 1998.
- García Picazo, P.** “Herder”, en A. de Blas Guerrero (dir.), “Enciclopedia del nacionalismo”, Madrid: Alianza Editorial, 1997, págs. 213-215.
- Garnett, J. C. M.** “The Psychology of Patriotism”, London: Pelican Press, 1926.
- Gay, V.** “La psicología de los pueblos de España ante las fórmulas del progreso”, en “Constitución y vida del pueblo español”, Madrid: Biblioteca Internacional de Ciencias Sociales, 1905, págs. 351-362.
- Geiger, R. L.** “Democracy and the Crowd: the Social History of an Idea in France and Italy, 1890-1914”, Societas, vol. VII, nº 1, 1977, págs. 47-71.
- Gellner, E.** “Naciones y nacionalismo”, Madrid: Alianza Editorial (1983) 1988.
- Gellner, E.** “Nationalism and Politics in Eastern Europe”, New Left Review, nº 189, 1991, págs. 127-134.
- Gellner, E.** “Nationalism and Xenophobia”, en B. Baumgartl y A. Favell (eds.), “New Xenophobia in Europe”, London : Kluwer Law, 1995, págs. 6-9.

- Gellner, E.** “Nacionalismo”, Barcelona: Ed. Destino (1997) 1998.
- Gener, P.** “Heregías[sic]. Estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles”, Barcelona, Imprenta de Luis Tasso Serra, 1887.
- Gener, P.** “Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria contemporánea”, Barcelona: Juan Llordachs (1894) 1900.
- Gener, P.** “Inducciones. Ensayos de filosofía y de crítica”, Barcelona: Ed. Librería de J. Llordachs, 1901.
- Gentile, E.** “Il mito dello Stato nuovo. Dall’antigiolittismo al fascismo”, Roma: Laterza, 1982.
- Gergen, K. J.** “Social Psychology as History”, *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 26, nº 2, 1973, págs. 309-320.
- Giddens, A.** “The Nation-State and Violence”, Berkeley: University of California Press (1985) 1987.
- Giddens, A.** “Consecuencias de la modernidad”, Madrid: Alianza Ed. (1990) 2008.
- Giner, F.** “La persona social”, Madrid, Librería Gº de Victoriano Suárez, 1899.
- Giner, S.** “Sociedad masa: crítica del pensamiento conservador”, Barcelona: Ed. Península, 1979.
- Giner, S.** “Historicismo”, en S. Giner, E. Lamo y C. Torres (eds.), “Diccionario de Sociología”, Madrid: Alianza, 1998, pág. 353.
- Ginneken, J.** “Crowds, Psychology and Politics, 1871-1899”, Cambridge: Cambridge University Press, 1992.
- Ginsberg, M.** “The Psychology of Society”, London: Methuen, 1921.
- Girardet, R.** “Nationalismes et nation”, Bruxelles: Complexe, 1996.

Goldenweiser, A. "History, Psychology and Culture", Gloucester : Peter Smith (1933) 1968.

Goldenweiser, A. "The Psychosociological Thought of Wilhelm Wundt", en H. E. Barnes (ed.), "An Introduction to the History of Sociology", Chicago: University of Chicago Press, 1948, págs. 216-226.

Gómez, E. "La mala vida en Buenos Aires", Buenos Aires: Juan Roldán, 1908.

Gooch, G. P. "Nationalism", London: Swarhmore Press, 1920.

Gooch, G. P., "The Teaching of History in Relation to World Citizenship", en J. H. Whitehouse y G. P. Gooch, "Wider Aspects of Education", Cambridge: Cambridge University Press, 1924, págs.1-23.

Gorer, G. "National Character: Theory and Practice", en M. Mead y R. Métraux (eds.), "The Study of Culture at a Distance", Chicago: University of Chicago Press, 1953, págs. 57-82.

Graumann, C. F. "Introduction to a History of Social Psychology", en M. Hewstone et al. (eds.), "Introduction to Social Psychology", Oxford: Blackwell (1988) 1992, págs. 3-19.

Greenberg, L. S. "Nationalism in a Changing World", New York: Greenberg, 1937.

Greenstein, F. I. "Personality and Politics", en F. I. Greenstein y N. W. Polsby (eds.), "Handbook of Political Science", vol. II: Micropolitical Theory, Reading, MA: Addison-wesley, 1975, págs. 1-92.

Groppali, A. "Psicologia sociale e psicologia collettiva"(1900), en "Sociologia e psicologia. Studi Critici" Verona : Fratelli Drucker, 1902, págs. 131-177.

Group for the Advancement of Psychiatry, "Us and Them. The Psychology of Ethnonationalism", New York: Brunner, 1987.

Guedes Gondim, S. M. y J. L. Álvaro Estramiana, "Naturaleza y cultura en el estudio de las emociones", Res, nº 13, 2010, págs. 31-47.

Guerra, G. "Aspetti psicosociali dell'appartenenza nazionale", Ricerche di Psicologia, nº 4, 1992, págs. 121-138.

- Gurnee, H.** "Elements of Social Psychology", New York: Farrar & Rinehart, 1936.
- Habermas, J.** "Identidades nacionales y postnacionales", Madrid : Tecnos, 1989.
- Haeberlin, H. K.** "The Theoretical Foundations of Wundt's Folk-Psychology", Psychological Review, 1916, vol. 23, págs. 279-302.
- Halpern, M.** "The Politics of Social Change in the Middle East and North Africa", Princeton: Princeton University Press, 1963.
- Hall, P.** "Nationalism and Historicity", Nations and Nationalism, Vol. III, Part 1, Mar 1997, págs. 3-23.
- Handman, M. S.** "The Sentiment of Nationalism", Political Science Quarterly, vol. XXXVI, Mar 1921, nº 1, págs. 104-121.
- Hankin, E. H.** "Nationalism and the Communal Mind", London: Watts & Co., 1937.
- Hankins, F. H.** "Racial Differences and World Unity", World Unity, 1928, nº 3, págs. 89-95.
- Hardin, J. et al.,** "Prejudice and Ethnic Relations", en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), "The Handbook of Social Psychology", vol. 5, Mass: Addison-Wesley, 1969, págs. 1-76.
- Harley, J. E.** "International Understanding. Agencies Educating for a New World", California: Stanford University Press, 1931.
- Harper, H. R.** "What European and American Students Think on International Problems. A Comparative Study of the World-Mindedness of University Students", New York: Teachers College, Columbia University Press, 1931.
- Hart, A. B.** "School Books and International Prejudices", International Conciliation, nº 38-39, 1911, págs. 3-13.
- Hayes, C. J. H.** "The War of the Nations", Political Science Quarterly, vol. 29, 1914, págs. 687-707.

Hayes, C. J. H. “Nationalism and the Social Studies”, *Historical Outlook*, vol. XIV, oct. 1923, págs. 247-250.

Hayes, C. J. H. “Essays on Nationalism”, New York: The Macmillan Co., 1926.

Hayes, C. J. H. “France. A Nation of Patriots”, New York: Columbia University Press, 1930.

Hayes, C. J. H. “The Historical Evolution of Modern Nationalism”, New York: The Macmillan Co., 1931.

Hegedus, A. de “Patriotism or Peace?”, New York: Charles Scribner’s Sons, 1947.

Hegel, J. G. F. “Lecciones sobre la filosofía de la historia universal”, Tomo I, Madrid: Revista de Occidente (1837) 1953.

Herbart, J. F. “A Text-Book in Psychology. An Attempt to Found the Science of Psychology on Experience, Metaphysics and Mathematics”, New York: Appleton and Co. (1816) 1896.

Herbert, S. “Nationality and Its Problems”, London: Methuen & Co., 1920.

Herder, J. G. “De la gracia en la escuela”, Madrid: Ed. de la Lectura, s. a.

Herder, J. G. “Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad” (1774), en “Obra selecta”, Madrid: Ed. Alfaguara, 1982, págs. 273-367.

Herder, J. G. “Ensayo sobre el origen del lenguaje” (1772), en “Obra selecta”, Madrid: Ed. Alfaguara, 1982, págs. 131-232.

Herder, J. G. “Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad”, Buenos Aires, Ed. Losada (1791) 1959.

Herder, J. G. “Una metacrítica de la ‘Crítica de la razón pura’” (1799), en “Obra selecta”, Madrid: Ed. Alfaguara, 1982, págs. 369-422.

Hertz, F. “Nationality in History and Politics. A Study of the Psychology and Sociology of National Sentiment and Character”, London: Kegan Paul, 1944.

Hobsbawn, E. J. “Nations and Nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality”, Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Hobson, J. A. “The Psychology of Jingoism”, London: Grant Richards, 1901.

- Hooghe, L.** "Nationalist Movements and Social Factors: a Theoretical Perspective", en J. Coakley (ed.), "The Social Origins of Nationalist Movements", London:Sage, 1992, págs. 21-44.
- Hopkins, V. C.** "Nationalism Re-examined", Thought, autumn 1955, vol. XXX, nº 118, págs. 389-401.
- Howard, G. E.** "Social Psychology. An Analytical Reference Syllabus", Nebraska: University of Nebraska, 1910.
- Howerth, I. W.** "The Great War and the Instinct of the Herd", International Journal of Ethics, vol. XXIX, 1918-19, págs. 174-187.
- Hroch, M.** "Social Preconditions of National Revival in Europe", Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- Hroch, M.** "Europa y el nacionalismo", El País, 22 de julio de 1992.
- Hroch, M.** "Nationalism and National Movements: Comparing the Past and the Present of Central and Eastern Europe" (1993), en J. Hutchinson y A. D. Smith (eds.), "Nationalism. Critical Concepts in Political Science", London: Routledge, 2000, vol. II, págs. 607-617.
- Huertas García-Alejo, R.** "Locura y degeneración", Madrid, CSIC, 1987.
- Hughes, H. S.** "Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930", Brighton: The Harvester Press Limited (1958) 1979.
- Humboldt, W. von** "Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad", Barcelona: Círculo de Lectores (1836) 1995.
- Hume, D.** "Tratado de la naturaleza humana", Madrid: Ed. Tecnos (1739-1740) 2005.
- Hunter, E. L.** "A Sociological Analysis of Certain Types of Patriotism", New York: Columbia University Press, 1932.
- Huxley, J. S. y A. C. Haddon,** "We Europeans", New York: Harper & Brothers, 1936.
- Iggers, G. G.** "The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present", Middletown: Wesleyan University Press, 1968.
- Ignatieff, M.** "Blood and Belonging. Journeys into the New Nationalism", London: BBC/Chatto & Windus, 1993.

- Ignatieff, M.** “Nationalism and Toleration”, en R. Caplan y J. Feffer (eds.), “Europe’s New Nationalism. States and Minorities in Conflict”, Oxford: Oxford University Press, 1996, págs. 213-231.
- Ignatieff, M.** “The Warrior’s Honor. Ethnic War and the Modern Conscience”, New York: Henry Holt & Co., 1998.
- Ingenieros, J.** “Las multitudes argentinas”, Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas, nº VII, sep. 1900, págs. 512-525.
- Ingenieros, J.** “Psicopatología del arte” (1903), en “Obras Completas”, vol. I, Buenos Aires: Elmer, 1957.
- Inkeles, A. y D. J. Levinson,** “National Character: The Study of Modal Personality and Sociocultural Systems” (1969), en A. Inkeles, “National Character. A Psycho-Social Perspective”, New Brunswick: Transaction Publishers, 1995, págs. 3-124.
- Isern, D.** “De la psicología del pueblo español y de la opinión pública”, en D. Isern, “Del desastre nacional y sus causas”, Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1900.
- Jahoda, G.** “Encrucijadas entre la cultura y la mente”, Madrid: Visor, 1995.
- James, P.** “Nation Formation. Towards a Theory of Abstract Community”, London: Sage, 1996.
- Joas, H.** “The Creativity of Action”, Cambridge : Polity Press, (1992) 1996.
- Johannet, R.** “Le Principe des nationalités”, Paris : Nouvelle Librairie Nationale, 1918.
- Jones, E.** “War and Individual Psychology” (1915), en “Essays in Applied Psycho-Analysis”, London: The International Psycho-Analytical Press, 1923, págs. 360-380.
- Joseph, B.** “Nationality. Its Nature and Problems”, London : G. Allen & Unwin, 1929.
- Juaristi, J.** “Introducción” a “En torno al casticismo”, Madrid: Ed. Biblioteca Nueva (1895) 1998, págs. 17-43.
- Kant, I.** “Crítica de la razón práctica”, Madrid: Alianza Editorial (1788) 2004.
- Karpf, F. B.** “American Social Psychology. Its Origins, Development and European Background”, New York: McGraw-Hill, 1932.
- Katz, D. y K. Braly,** “Racial Stereotypes of One Hundred College Students”, The Journal of Abnormal and Social Psychology, 1933, vol. 28, págs. 280-290.

- Katz, D.** "The Psychology of Nationalism", en J. P. Guilford (ed.), "Fields of Psychology", New York: D. Van Nostrand Co., 1940, págs. 163-181.
- Katz, D., H. Kelman y R. Flacks,** "The National Role: Some Hypotheses About the Relation of Individuals to Nation in America Today", Peace Research Society, Papers, vol. I, 1964, págs. 113-127.
- Kecmanovic, D.** "The Mass Psychology of Ethnonationalism", New York: Plenum Press, 1996.
- Kedourie, E.** "Nationalism", Oxford: Blackwell (1960) 1993.
- Kedourie, E.** (ed.) "Nationalism in Asia and Africa", London: Frank Cass, 1970.
- Kelman, H. C.** "Patterns of Personal Involvement in the National System: A Social-Psychological Analysis of Political Legitimacy", en J. R. Rosenau (ed.), "International Politics and Foreign Policy", New York: The Free Press, 1969, págs. 276-288.
- Kelman, H. C.** "Nacionalismo e identidad nacional: un analisis psicosocial", en J. R. Torregrosa y B. Sarabia (dir.), "Perspectivas y contextos de la psicología social", Barcelona: Hispano Europea, 1983, págs. 241-268.
- King, E. G.** "Reconciling Democracy and the Crowd in Turn-of-the-Century American Social Psychological Thought", Journal of the History of the Behavioral Sciences, vol. 26, oct. 1990, págs. 334-344.
- King, J. C.,** "Nationalism", The American Journal of Sociology, vol. 39, nº 6, May 1934, págs. 818-826.
- King, J. C.,** "Some Elements of National Solidarity", Chicago: The University of Chicago Libraries, 1935.
- Klineberg, O.** "The Human Dimension in International Relations", New York: Holt, Rinehart & Winston, 1964.
- Kohn, H.** "Historia del nacionalismo", México: F.C.E. (1944) 1949.
- Kolstad, A.** "A Study of Opinions on Some International Problems", New York: Columbia University, 1933.
- Koselleck, R.** "Futures Past: On the Semantics of Historical Time", Cambridge, MA: The MIT Press, 1985.
- Krehbiel, E. B.** "Nationalism, War and Society", New York: The Macmillan Co., 1916.
- Kristeva, J.** "Extranjeros para nosotros mismos", Barcelona: Plaza & Janes (1988) 1991.

- Kristeva, J.** "Nations Without Nationalism", New York: Columbia University Press (1990) 1993.
- Kurth, G. M.** "Hitler's Two Germanies: A Sidelight on Nationalism", en G. Róheim (ed.), "Psychoanalysis and the Social Sciences", vol. II, New York: International Universities Press, 1950, pags. 293-312.
- Lamo de Espinosa, E., J. M. González García y C. Torres Albero,** "La sociología del conocimiento y de la ciencia", Madrid: Alianza Universidad, 1994.
- Lamo de Espinosa, E.** "Sociedades de cultura, sociedades de ciencia", Oviedo: Ed. Nobel, 1996.
- Lamprecht, K.** "What is History? Five Lectures on the Modern Science of History", New York: The Macmillan Co., 1905.
- Laski, H. J.** "A Grammar of Politics", London: George Allen & Unwin (1925) 1967.
- Laski, H. J.** "Nationalism and the Future of the Civilization", London: Watts, 1932.
- Lasswell, H. D.** "Propaganda Technique in the World War", New York: Peter Smith (1927) 1938.
- Lasswell, H. D.** "Psicopatología y política", Buenos Aires: Ed. Paidós (1930) 1963.
- Lasswell, H. D.** "The Psychology of Hitlerism" (1930), en "Harold D. Lasswell on Political Sociology", Chicago: The University of Chicago Press, 1977, págs. 294-304.
- Le Quintrec, G.** "Alfred Foillée et la psychologie des peuples", Cahiers de Sociologie Economique et Culturelle, n° 15, 1991, pp. 35-60.
- Leary, D. E.** "German Idealism and the Development of Psychology in the Nineteenth Century", Journal of the History of Philosophy, vol. XVIII, n° 3, July 1980, pags.299-317.
- Le Bon, G.** "Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos", Madrid: Daniel Jorro (1894) 1912.
- Le Bon, G.** "Psicología de las multitudes", Madrid: Daniel Jorro (1895) 1931, pág. 106.
- Le Bon, G.** "Psicología de la educación", Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz (1901) 1910.
- Le Bon, G.** "La psicología política y la defensa social", Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz (1910) 1912.
- Le Bon, G.** "Las opiniones y las creencias", Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz (1911) 1912.

- Le Bon, G.** “La Revolución Francesa y la psicología de las revoluciones”, Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz (1912) 1914.
- Le Bon, G.** “Aphorismes du temps présent”, Paris : Ernest Flammarion Éditeur, 1913.
- Le Bon, G.** “La vida de las verdades”, Madrid : M. Aguilar Ed. (1914) s. a.
- Le Bon, G.** “Enseñanzas psicológicas de la guerra europea”, Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz, 1916.
- Le Bon, G.** “Primeras consecuencias de la guerra”, Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz, 1917.
- Le Bon, G.** “Psicología de los tiempos nuevos”, Madrid: Aguilar Editor (1920) s. a.
- Leibniz, G. W.** “Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano”, Madrid: Alianza Editorial (1703-1704) 1992.
- Lentz, T. F.** “The Attitudes of World Citizenship”, The Journal of Social Psychology, vol. 32, 1950, págs. 207-214.
- Lerner, D.** “The Passing of Traditional Society. Modernizing the Middle East”, Illinois: The Free Press, 1958.
- Letourneau, C.** “La psychologie ethnique”, Paris: Librairie Schleicher Frères, 1901.
- Levinson, D. J.,** “Authoritarian Personality and Foreign Policy”, Journal of Conflict Resolution, vol. 1, nº 1, Mar. 1957, págs. 37-47.
- Lindesmith, A. R. y A. L. Strauss,** “A Critique of Culture-Personality Writings”, American Sociological Review, oct. 1950, vol. 15, nº 5, págs. 587-600.
- Linton, R.** “The Concept of National Character”, en A. H. Stanton y S. E. Perry (eds.), “Personality and Political Crisis”, Illinois: The Free Press, 1951, págs. 133-150.
- Lippman, W.** “La opinión pública”, Buenos Aires : C. G. Fabril Editora (1922) 1964.
- Locke, J.** “Ensayo sobre el entendimiento humano”, Madrid: Editora Nacional (1690) 1980.
- Lombroso, C.** “L'uomo delinquente studiato in rapporto alla antropologia, alla medicina legale ed alle discipline carcerarie”, Milano: Hoepli, 1876.
- Longstreet, R. J.** “An Experiment With the Thurstone Attitude Scale”, School Review, vol. 43, 1935, págs. 202-208.
- Llanas Aguilaniedo, J. M.** “Alma contemporánea”, Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses (1899) 1991.

- Macdonald, S.** “Reimagining Culture. Histories, Identities and the Gaelic Renaissance”, Oxford: Berg, 1997.
- Macías Picavea, R.** “El problema nacional. Hechos, causas y remedios”, Madrid: Seminarios y Ediciones (1899) 1972.
- Mack, J. E.** “Nationalism and the Self”, *Psychohistory Review*, 1983, vol. 11, nº 2-3, págs. 47-69.
- Madariaga, S. de** “Ingleses, franceses, españoles. Ensayo de psicología colectiva comparada”, Madrid: Espasa-Calpe (1928) 1931.
- Madariaga, S.** “Discursos internacionales”, Madrid: M. Aguilar (1929) 1934.
- Maeztu, R. de** “Hacia otra España”, Madrid: Ed. Rialp (1899) 1967.
- Magnan, V. y P. M. Legrain,** “Les dégénérés : état mental et syndromes épisodiques”, Paris : Rueff, 1895.
- Manci, F.** “La folla. Studio di psicologia collettiva e di diritto penale”, Milano : Dottor Francesco Vallardi, 1924.
- Manry, J. C.** “World Citizenship. A Measurement of Certain Factors Determining Information and Judgment of International Affairs”, Iowa: University of Iowa, 1927-28.
- Maravall, J. A.** “Sobre el mito de los caracteres nacionales”, *Revista de Occidente*, Abr. 1963, nº 3, págs. 257-276.
- Maravall, J. A.** “Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII”, *Revista de Occidente*, Febr. 1972, nº 107, págs. 250-286.
- Marie, A. A.** “La psychologie collective”, Paris: Gauthier-Villars, 1910.
- Martí i Julià, D.** “Per Catalunya”, Barcelona: ed. de la Magrana (1913) 1984.
- Martin, E. D.** “The Behavior of Crowds. A Psychological Study”, New York: Harper & Brothers Publishers, 1920.
- Martin, J. G. y F. R. Westie,** “The Tolerant Personality”, *American Sociological Review*, vol. 24, nº 4, Aug. 1959, págs. 521-528.
- Martindale, D.** “Community, Character and Civilizations. Studies in Social Behaviorism”, London: The Free Press of Glencoe, 1963.
- Maxwell, J.** “El crimen y la sociedad”, Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz (1909) 1914.
- Maxwell, J.** “Psychologie sociale contemporaine”, Paris: Librairie Félix Alcan, 1911.

- McCauley, C.** "The Psychology of Group Identification and the Power of Ethnic Nationalism", en D. Chirrot y M. E. P. Seligman (ed.), "Ethnopolitical Warfare. Causes, Consequences and Possible Solutions", Washington, DC: APA, 2001, págs. 343-362.
- McClelland, J. S.** "The Crowd and the Mob. From Plato to Canetti", London: Unwin Hyman, 1989.
- McClelland, J. S.** "A History of Western Political Thought", London: Routledge, 1996.
- McDougall, W.** "An Introduction to Social Psychology", London: Methuen & Co. (1908) 1919.
- McDougall, W.** "The Will of the People", Sociological Review, vol. V, nº 2, April 1912, págs. 89-104.
- McDougall, W.** "The Group Mind. A Sketch of the Principles of Collective Psychology with Some Attempt to Apply Them to the Interpretation of National Life and Character", Cambridge: Cambridge University Press (1920) 1927.
- McDougall, W.** "National Welfare and National Decay", London: Methuen & Co., 1921.
- McDougall, W.** "Ethics and Some Modern World Problems", London: Methuen, 1924.
- McDougall, W.** "The American Nation: Its Problems and Psychology", London: George Allen & Unwin, 1925.
- McDougall, W.** "Janus: the Conquest of War. A Psychological Inquiry", London: Kegan Paul, 1927.
- McDougall, W.** "The Frontiers of Psychology", London: Nisbet & Co., 1934.
- McGuire, G. R.** "Pathological Subconscious and Irrational Determinism in the Social Psychology of the Crowd: the Legacy of Gustave Le Bon", en W. J. Baker et al. (eds.), "Current Issues in Theoretical Psychology", Amsterdam: Elsevier Science Publishers, 1987, págs. 201-217.
- Mead, G. H.** "National-Mindedness and International-Mindedness", The International Journal of Ethics, vol. XXXIX, Jul 1929, nº 4, págs. 385-407.
- Mead, M.** "The Study of National Character", en D. Lerner y H. D. Lasswell (eds.), "The Policy Sciences", Stanford: Stanford University Press, 1951, págs. 70-85.
- Mecklin, J. M.** "The International Conscience", International Journal of Ethics, vol. XXIX, 1918-1919, págs. 284-293.
- Menéndez Pidal, R.** "La epopeya castellana a través de la literatura española", Madrid: Espasa-Calpe (1909) 1945.

Menéndez Pidal, R. “Los españoles en la historia”, Madrid: Espasa-Calpe (1947) 1971.

Menéndez Pidal, R. “Los españoles en la literatura”, Madrid: Espasa-Calpe (1949) 1971.

Merriam, C. E. “The Making of Citizens”, New York: Columbia University, 1931.

Michelet, J. “Le peuple”, Paris: Lucien Refort (1846) 1946.

Michels, R. “Patriotismo”, en “Introducción a la sociología política”, Buenos Aires: Paidós (1927) 1969, págs. 143-152.

Milá y Fontanals, M. “De la poesía heroico-popular castellana”, Barcelona: Librería de Álvaro Verdagner, 1874.

Miller, H. A. “Races, Nations and Classes. The Psychology of Domination and Freedom”, Philadelphia: Lippincott Co., 1924.

Minogue, K. R. “Nacionalismo”, Buenos Aires: Editorial Paidós (1967) 1975.

Morón Arroyo, C. “Alma nacional: el trasfondo sociológico de ‘En torno al casticismo’”, en T. Berchem y H. Laitenberger (coord.), “El joven Unamuno en su época”, Salamanca: Junta de Castilla y León, 1997, págs. 11-29.

Morris, A. R. “Oscar Wilde and the Eclipse of Darwinism. Aestheticism, Degeneration and Moral Reaction in Late-Victorian Ideology”, *Studies in History and Philosophy of Science*, vol. 24, nº 4, 1993, págs. 513-540.

Moscovici, S. “El psicoanálisis: su imagen y su público”, Buenos Aires: Ed. Huemul (1961) 1979.

Moscovici, S. “Social Influence and Conformity”, en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), “Handbook of Social Psychology”, vol. II, New York: Random House, 1985, págs. 347-412.

Moscovici, S. “The Discovery of the Masses”, en C. F. Graumann y S. Moscovici (eds.), “Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior”, New York: Springer-Verlag, 1986, págs. 5-25.

- Mosse G. L.** “Mass Politics and the Political Liturgy of Nationalism”, en E. Kamenka (ed.), “Nationalism. The Nature and Evolution of an Idea”, London: Edward Arnold, 1976, págs. 39-54.
- Muir, R.** “Nationalism and Internationalism”, London: Constable & Co., 1919.
- Mukerjee, R. y N. N. Sen-Gupta,** ”Introduction to Social Psychology. Mind in Society”, Boston: D. C. Heath & Co., 1928.
- Mumford, L.** “The Relations of Nationalism and Culture”, The Sociological Review, vol. XIV, nº 1. January 1922, págs. 315-319.
- Muñoz Ruiz, A.** “Alcoholismo: su influencia en la degeneración de la raza latina”, Madrid: Ginés Carrión, 1906.
- Murphy, G., L. B. Murphy y T. M. Newcomb,** “Experimental Social Psychology”, New York: Harper & Brothers Publishers, 1937.
- Murphy, G.** (ed.), “Human Nature and Enduring Peace”, Boston: Houghton Mifflin Co, 1945.
- Nairn, T.** “The Break-up of Britain” (1977), en J. Hutchinson y A. D. Smith (eds.), “Nationalism. Critical Concepts in Political Science”, London: Routledge, 2000, vol. I, págs. 288-298.
- Nairn, T.** “Faces of Nationalism. Janus Revisited”, London: Verso, 1997.
- Nicéforo, A. y S. Siguele,** “La mala vida en Roma”, Madrid: Biblioteca Rodríguez Serra, Editor (1898) s. a.
- Nora, P.** (ed.), “Les lieux de mémoire”, vol. II : La Nation, Paris : Gallimard, 1986.
- Nordau, M.** “Degeneración”, Madrid : Librería de Fernando Fé (1892) 1902.
- Nye, R. A.** “The Origins of Crowd Psychology. Gustave Le Bon and the Crisis of Mass Democracy in the Third Republic”, London: Sage, 1975.
- Nye, R. A.** “Crime, Madness and Politics in Modern France. The Medical Concept of National Decline”, Princeton: Princeton University Press, 1984.

- Nye, R. A.** "Sociology and Degeneration: the Irony of Progress", en J. E. Chamberlin y S. L. Gilman (eds.), "Degeneration: the Dark Side of Progress", New York: Columbia University Press, 1985, págs. 49-71.
- Oakesmith, J.** "Race and Nationality. An Inquiry into the Origins and Growth of Patriotism", London: William Heinemann, 1919.
- Oliver, M. de los Santos** "Alcoholismo literario" (1904), en "Entre dos Españas", Barcelona: Gustavo Gili, 1906.
- Orano, P.** "Per una psicologia del popolo italiano", en P. Orano, "Psicologia sociale", Bari: Gius, Laterza & Figli, 1902, págs. 205-251.
- Ortega y Gasset, J.** "La rebelión de las masas", Barcelona: Ed. Orbis (1929) 1983.
- Ortega y Gasset, J.** "Ideas y creencias", Madrid: Alianza Ed. (1940) 2005.
- Özkirimli, U.** "Theories of Nationalism. A Critical Introduction", London: Macmillan, 2000.
- Pal, B. C.** "Hinduism and Indian Nationalism" (1910), en E. Kedourie (ed.), "Nationalism in Asia and Africa", London: Frank Cass and Co., 1970, págs. 338-352.
- Palti, E. J.** "The Nation As a Problem: Historians and the 'National Question'", History and Theory, vol. 40, n° 3, oct. 2001, págs. 324-346.
- Papini, G. y G. Prezzolini,** "Vecchio e nuovo nazionalismo", Milano: Studio Editoriale Lombardo, 1914.
- Parker, I.** "The Crisis in Modern Social Psychology and How to End it", London: Routledge, 1989.
- Parker, I.** "The Abstraction and Representation of Social Psychology", en I. Parker y J. Shotter (eds.), "Deconstructing Social Psychology", London: Routledge, 1990, págs. 91-102.
- Parsons, T.** "La estructura de la acción social", Madrid: Ed. Guadarrama (1937) 1968.
- Partridge, G. E.** "The Psychology of Nations. A Contribution to the Philosophy of History", New York: Macmillan Co., 1919.
- Peabody, D.** "National Characteristics", Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

- Peña, A.** “La ‘Völkerpsychologie’ y la visión de España en la generación del noventa y ocho”, Cuadernos Hispanoamericanos, enero 1978, nº 331, págs. 82-101.
- Perkins, M. A.** “Nation and Word, 1770-1850. Religions and Metaphysical Language in European National Consciousness”, Aldershot: Ashgate, 1999.
- Pérez-Agote, A.** “Sobre la nación. Un inventario de problemas teóricos”, 12th. World Congress of Sociology, Ad Hoc Session 13: Ethnicity and the Nation State, Madrid, 11 y 12 de julio de 1990.
- Peterson, R. y L. L. Thurstone,** “The Effect of a Motion Picture Film upon Children’s Attitude Toward the Germans”, Journal of Educational Psychology, vol. 23, 1932, págs. 241-246.
- Pick, D.** “Faces of Degeneration: A European Disorder, c. 1848-c. 1918”, Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- Pierce, B. L.** “Civic Attitudes in American School Textbooks”, Chicago: The University of Chicago Press, 1930.
- Pillsbury, W. B.** “The Psychology of Nationality and Internationalism”, New York: D. Appleton and Co., 1919.
- Playne, C. E.** “The Neuroses of the Nations: the Neuroses of Germany and France Before the War”, London: G. Allen & Unwin, 1925.
- Popper, K.** “The Open Society and Its Enemies”, vol. II, London: Routledge, 1945.
- Porras Medrano, A.** “Prólogo” a M. Barrès, “Los desarraigados. La novela de la energía nacional”, Madrid: Ed. Cátedra, 1996, págs. 9-78.
- Porter, B. E.** “Concepts of Nationalism in History”, en W. A. Van Horne (ed.), “Global Convulsions. Race, Ethnicity and Nationalism at the End of the Twentieth Century”, Albany: State University of New York, 1997, págs. 93-114.
- Porter, B.** “When Nationalism Began to Hate. Imagining Modern Politics in Nineteenth-Century Poland”, Oxford: Oxford University Press, 2000.
- Prager, C. A. L.** “Barbarous Nationalism and the Liberal International Order: Reflections on the ‘Is’, the ‘Ought’ and the ‘Can’”, en J. Couture et al. (eds.) “Rethinking Nationalism”, Calgary: University of Calgary Press, 1998, págs. 441-462.
- Prat de la Riba, E.** “La nacionalidad catalana”, Madrid: Alianza Editorial (1906) 1987.
- Prudhommeaux, M. J.** “Introduction” a “Enquête sur les livres scolaires d’après-Guerre”, Paris : Centre Européen de la Dotation Carnegie pour la Paix Internationale, 1923.

- Pye, L. W.** “Personal Identity and Political Ideology”, en D. Marvick (ed.), “Political Decision-Makers, New York: The Free Press of Glencoe, 1961, págs. 290-313.
- Pye, L. W.** “Politics, Personality and Nation Building : Burma’s Search For Identity”, New Haven: Yale University Press, 1962.
- Ramírez Dorado, S.** “Hacia una psicología social del nacionalismo”, Madrid: Universidad Complutense, 1992.
- Ramírez, S. y J. R. Torregrosa,** “Psicosociología de las relaciones internacionales”, en J. L. Álvaro, A. Garrido y J. R. Torregrosa (coord.), “Psicología social aplicada”, Madrid: McGraw-Hill, 1996, págs. 199-218.
- Ramos Mejía,** “Las multitudes argentinas”, Madrid: Victoriano Suárez (1899) 1912.
- Redslob, R.** “Le principe des nationalités”, Bordeaux : Imprimerie J. Bière, 1930.
- Reich, W.** “Psicología de masas del fascismo”, Madrid: Ed. Ayuso (1933) 1972.
- Reicher, S. y N. Hopkins,** “Self and Nation: Categorization, Contestation and Mobilization”, London: Sage, 2001.
- Reisner, E. H.** “Nationalism in Education since 1789”, New York: Macmillan, 1922.
- Renan, E.** “¿Qué es una nación?”, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales (1882) 1983.
- Réverdin, H.** “L’esprit international et l’enseignement de l’histoire”, Paris: Delachaux & Niestlé, 1922.
- Ribot, T.** “La herencia psicológica”, Madrid: Librería de Fernando Fé (1871) 1900.
- Ribot, T.** “Las enfermedades de la voluntad”, Madrid: Daniel Jorro (1884) 1906.
- Richards, G.** “Race, Racism and Psychology. Towards a Reflexive History”, London: Routledge, 1997.
- Rocker, R.** “Nacionalismo y cultura”, Madrid: Ediciones de la Piqueta (1937) 1977.
- Róheim, G.** “Modern Nations”, en G. Róheim, “Psychoanalysis and Anthropology”, New York : International Universities Press (1950) 1973, págs. 361-396.
- Roiser, M. y C. Willig,** “The Hidden History of Authoritarianism”, History of the Human Sciences, vol. 8, nº 4, 1995, págs. 77-97.
- Rokeach, M.** “El dogmatismo” (1963), en J. R. Torregrosa y E. Crespo (eds.), “Estudios básicos de psicología social”, Barcelona: Hora, 1984, págs. 315-327.
- Rojas, R.** “Cosmópolis”, París: Garnier Hermanos, 1908.

- Rojas, R.** “La restauración nacionalista. Informe sobre educación”, Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909.
- Rojas, R.** “La guerra de las naciones”, Buenos Aires: Librería la Facultad, 1924.
- Rose, J. H.** “Nationality in Modern History”, New York: The Macmillan Company, 1916.
- Ross, E. A.** “Social Psychology. An Outline and Source Book”, New York : The Macmillan Co., 1909.
- Rousseau, J. J.** “Discurso sobre las ciencias y las artes”, Madrid: Alba (1750) 1999.
- Rousseau, J. J.** “Emilio o de la educación”, México Ed. Porrúa (1762) 1972.
- Royal Institute of International Affairs**, “Nationalism”, London: Frank Cass and Co. (1939) 1963.
- Ruggiero, G.** de “Positivismo”, en “Encyclopaedia of the Social Sciences, vol. XI págs. 260-266.
- Russell, B.** “Is a Permanent Peace Possible?”, The Atlantic Monthly, vol. CXV, 1915, págs. 367-376.
- Salaverría, J. M.** “El perro negro”, Madrid: Librería de Fernando Fé, 1906.
- Salaverría, J. M.** “La afirmación española. Estudios sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos”, Barcelona: Gustavo Gili Editor, 1917.
- Salaverría, J. M.** “El muchacho español”, San Sebastián: Librería Internacional (1917) 1938.
- Salaverría, J. M.** “En la vorágine” Madrid: Rafael Caro Raggio, 1919.
- Salazar, J. M.** “Social Identity and National Identity”, en S. Worchel et al. (eds.), “Social Identity”, London: SAGE, 1998, págs. 114-123.
- Sales y Ferré, M.** “Problemas sociales”, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1910.
- Samelson, F.** “From ‘Race Psychology’ to ‘Studies in Prejudice’: Some Observations on the Thematic Reversal in Social Psychology”, Journal of the History of the Behavioral Sciences, 14, 1978, págs. 265-278.
- Samelson, F.** “Authoritarianism from Berlin to Berkeley: On Social Psychology and History”, Journal of Social Issues, vol. 42, nº 1, 1986, págs. 191-208.
- Sangrador, J. L.** “Estereotipos y cognición social: una perspectiva crítica”, Interacción Social, nº 1, 1991, págs. 65-87.

- Sartre, J. P.** “Reflexiones sobre la cuestión judía”, Buenos Aires: Ed. Sur, 1946.
- Scott, J. F.** “The Menace of Nationalism in Education”, London: Allen & Unwin, 1926.
- Scheff, T. J.** “Bloody Revenge. Emotions, Nationalism, and War”, Boulder: Westview Press, 1994.
- Scheff, T. J.** “Emotions and Identity: A Theory of Ethnic Nationalism”, en C. Calhoun (ed.), “Social Theory and the Politics of Identity”, Cambridge, Mass: Blackwell, 1994, págs. 277-303.
- Scheibe, K. E.** “The Psychology of National Identity”, en T. R. Sarbin y K. E. Scheibe (eds.), “Studies in Social Identity”, New York: Praeger, 1983, págs. 121-143.
- Schlesinger, A. M.** “Introduction” a A. Walworth “School Histories at War. A Study of the Treatment of Our Wars in the Secondary School History Books of the United States and in Those of Its Former Enemies”, Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1938, págs. xiii-xx.
- Schorske, C. E.** “Thinking with History. Explorations in the Passage to Modernism”, Princeton: Princeton University Press, 1998.
- Schuman, F. L.** “‘The Historical Evolution of Modern Nationalism’ by C. J. H. Hayes”, International Journal of Ethics, vol. XLI, 1930-31, págs. 520-522.
- Schutze, M.** “Herder’s Psychology”, The Monist, vol. XXXV, oct. 1925, n° 4, págs. 507-554.
- Searle-White, J.** “The Psychology of Nationalism”, New York: Palgrave, 2001.
- Sergi, G.** “La decadencia de las naciones latinas”, Barcelona: Antonio López-Librería Española (1900) 1901.
- Shafer, B. C.** “Nationalism: Myth and Reality”, New York: Harcourt, 1955.
- Shakespeare, W.** “El mercader de Venecia”, Madrid: LÍpari Ediciones (1600) 1997.
- Sherif, M.** “An Outline of Social Psychology”, New York: Harper & Brothers, 1948.
- Sighele, S.** “La muchedumbre delincuente. Ensayo de psicología colectiva”, Madrid: La España Moderna (1892) s. a.
- Sighele, S.** “L’intelligenza della folla”, Torino: Fratelli Bocca Editori (1903) 1922.
- Sighele, S.** “Literatura trágica”, Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso (1906) 1910.

- Sighele, S.** “La psicologia della folla nella ‘Nave’ di Gabriele D’Annunzio”, *Nuova Antologia*, 16 marzo 1908, vol. CXXXIV, serie V, págs.279-292.
- Sighele, S.** “Pagine nazionaliste”, Milano: Treves, 1910.
- Sighele, S.** “Il nazionalismo e i partiti politici”, Milano: Treves, 1911.
- Sighele, S.** “La nouvelle psychologie irredentiste depuis l’expédition Tripolitaine”, *La Revue*, 15 Mar. 1912, vol. XCV, págs. 145-156.
- Sluga, G.** “What is National Self-Determination? Nationality and Psychology During the Apogee of Nationalism”, *Nations and Nationalism*, vol. 11, n° 1, 2005, págs. 1-20.
- Smith, A. D.** “Las teorías del nacionalismo”, Barcelona: Ediciones Península (1971) 1976.
- Smith, A. D.** “The Ethnic Revival”, Cambridge: Cambridge University Press, 1981.
- Smith, A. D.** “Nationalism and Classical Social Theory”, *The British Journal of Sociology*, vol. 34, n° 1, mar 1983, págs. 19-38.
- Smith, A. D.** “The Ethnic Origins of Nations”, Oxford: Blackwell, 1986.
- Smith, A. D.** “National Identity”, London: Penguin Group, 1991.
- Smith, A. D.** “Nations and Nationalism in a Global Era”, Cambridge: Polity Press, 1995.
- Smith, A. D.** “Nationalism and the Historians”, en G. Balakrishnan (ed.), “Mapping the Nation”, London: Verso, 1996, págs. 175-197.
- Smith, A. D.** “Nacionalismo y modernidad”, Madrid: Ed. Istmo (1998) 2000.
- Smith, A. D.** “Nationalism. Theory, Ideology, History”, Cambridge: Polity Press, 2001.
- Smith, H. P. y E. W. Rosen,** “Some Psychological Correlates of World Mindedness and Authoritarianism”, *Journal of Personality*, vol. 26, Jun 1958, págs. 170-183.
- Snyder, L. L.** “The Meaning of Nationalism”, Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1954.

Snyder, L. L. (ed.), “The Dynamics of Nationalism. Readings in its Meaning and Development”, Princeton: D. Van Nostrand Co., 1964.

Snyder, L. L. “The New Nationalism”, New York: Cornell University Press, 1968.

Soury, J. “Campagne nationaliste”, Paris: Librairie Plon, 1902.

Spencer, P. y H. Wollman, “Nationalism. A Critical Introduction”, London : Sage, 2002.

Sprowls, J. W. “Social Psychology Interpreted”, London: Baillière, Tindall and Cox, 1927.

Stagner, R. et al., “An Analysis of Social Scientists’ Opinions on the Prevention of War”, The Journal of Social Psychology, 1942, 15, págs. 381-394.

Starr, M. “Lies and Hate in Education”, London: Hogarth Press, 1929.

Staub, E. “Blind Versus Constructive Patriotism: Moving from Embeddedness in the Group to Critical Loyalty and Action”, en D. Bar-Tal y E. Staub (eds.), “Patriotism in the Lives of Individuals and Nations”, Chicago: Nelson-Hall, 1997, págs. 213-228.

Sternhell, Z. “Maurice Barrès et le nationalisme français”, Paris, Librairie Armand Colin, 1972.

Sternhell, Z. “La droite révolutionnaire, 1885-1914. Les Origines Françaises du Fascisme”, Paris: Le Seuil, 1978.

Sternhell, Z. “Ni droite ni gauche. L’idéologie fasciste en France”, Bruxelles : Éditions Complexe (1983) 1999.

Sternhell, Z. “De l’historicisme au nationalisme de la terre et des morts”, prefacio a Sternhell, “Maurice Barrès et le Nationalisme Français”, Paris: Fayard, 2000, págs.11-35.

Stewart, H. L. “Is Patriotism Immoral ?”, The American Journal of Sociology, vol. 22, Mar 1917, págs. 616-629.

Stokes, G. “Cognition and the Function of Nationalism”, Journal of Interdisciplinary History, nº IV, 1974, págs. 511-525.

Stokes, G. “The Undeveloped Theory of Nationalism”, World Politics, vol. 31, nº 1, 1978, págs. 150-160.

- Stratton, G. M.** "Social Psychology of International Conduct", New York: D. Appleton and Co., 1929.
- Stromberg, R. N.** "European Intellectual History Since 1789", New Jersey: Prentice Hall (1966) 1981.
- Sturzo, D. L.** "Réponse de Don Luigi Sturzo", en M. Vaussard, "Enquête sur le nationalisme", Paris : Éditions Spes, 1924.
- Sulzbach, W.** "National Consciousness", Washington D. C.: American Council on Public Affairs, 1943.
- Symmons-Symonolewicz, K.** "Nationalist Movements: A Comparative View", Meadville: Maplewood Press, 1970.
- Taft, D. R.** "Historical Textbooks and International Differences", Progressive Education, Apr-Jun 1925, págs. 92-96.
- Tagore, R.** "Nationalism", New York: The Macmillan Co., 1917.
- Tagore, R.** "Nationalism and the New Age", en D. Allen (ed.), "Pacifism in the Modern World", New York: Doubleday, Doran & Co., 1929, págs. 204-217.
- Taguieff, P. A.** "El nacionalismo de los 'nacionalistas'. Un problema para la historia de las ideas políticas en Francia", en G. Delannoi y P. A. Taguieff (comp.), "Teorías del nacionalismo", Barcelona: Paidós, 1993, págs. 63-180.
- Taine, H.** "Introducción a la historia de la literatura inglesa", Buenos Aires: Aguilar (1864) 1960.
- Taine, H.** "La inteligencia", Tomo I, Madrid: Daniel Jorro (1870) 1904.
- Taine, H.** "Los orígenes de la Francia contemporánea. El Antiguo Régimen", vol. II, Barcelona: Planeta De Agostini (1876) 1996.
- Taine, H.** "Filosofía del arte", Tomo II, Valencia: F. Sempere & Co. (1881) s. a.
- Taine, H.** "Sa vie et sa correspondance", vol. IV : "L'Historien. Les dernières années (1876-1893)", Paris, Librairie Hachette et Cie., 1907.
- Tarde, G.** "Las leyes de la imitación", Madrid: Daniel Jorro (1890) 1907.
- Taylor, C.** "Human Agency and Language", Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1985.
- Taylor, C.** "Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna", Barcelona: Paidós (1989) 2006.

- Taylor, C.** “Argumentos filosóficos”, Barcelona: Paidós (1995) 1997.
- Taylor, C.** “Nacionalismo y modernidad”, *Inguruak*, nº 26, 2000, págs. 7-30.
- Terhune, K. W.** “Nationalism Among Foreign and American Students: An Exploratory Study”, *Journal of Conflict Resolutions*, vol. 8, 1964, págs. 256-270.
- Thayer, J. A.** “Italy and the Great War. Politics and Culture, 1870-1915”, Madison & Milwaukee: University of Wisconsin Press, 1964.
- Thompson, A.** “Nations, National Identities and Human Agency: Putting People Back into Nations”, *The Sociological Review*, vol. 49, nº 1, 2001, págs. 18-32.
- Thurstone, L. L.** “Attitudes Can Be Measured”, *The American Journal of Sociology*, vol. XXXIII, Jan 1928, nº 4, págs. 529-554.
- Thurstone, L. L.** “An Experimental Study of Nationality Preferences”, *Journal of General Psychology*, vol. 1, 1928, págs. 405-425.
- Thurstone, L. L.** “Influence of Motion Pictures on Children’s Attitudes”, *Journal of Social Psychology*, 1931, vol.2, págs. 291-305.
- Tiryakian, E. A.** “Nacionalismo, modernidad y sociología”, en A. Pérez-Agote (ed.), “Sociología del nacionalismo”, Bilbao: UPV-Gobierno Vasco, 1989, págs. 143-161.
- Torregrosa, J. R.** “Sobre la identidad personal como identidad social”, en J. R. Torregrosa y B. Sarabia (dir.) “Perspectivas y contextos de la psicología social”, Barcelona: Ed. Hispano Europea, 1983, págs. 217-240.
- Torregrosa, J. R.** “Alcance y problemas de la psicología social”, en J. R. Torregrosa y E. Crespo (eds.), “Estudios básicos de psicología social”, Barcelona: Hora, 1984, págs. 11-52.
- Torregrosa, J. R.** “Emociones, sentimientos y estructura social”, en J. R. Torregrosa y E. Crespo (eds.), “Estudios básicos de psicología social”, Barcelona: Hora, 1984, págs. 185-199.
- Torregrosa, J. R.** “Ortega y la psicología social histórica”, *Revista de Psicología Social*, nº 0, oct. 1985, págs. 55-63.
- Torregrosa, J. R.** “Psicología social”, en S. Giner, E. Lamo y C. Torres (eds.), “Diccionario de Sociología”, Madrid: Alianza Editorial, 1998, págs. 615-618.
- Toynbee, A. J.** “Nationality and the War”, London: J. M. Dent & Sons, 1915.
- Toynbee, A. J.** “A Study of History”, vol. VIII, London: Oxford University Press, 1954.

- Trommler, F.** "The Historical Invention and Modern Reinvention of Two National Identities", en N. Finzsch y D. Schirmer (eds.), "Identity and Intolerance. Nationalism, Racism and Xenophobia in Germany and the United States", Cambridge: Cambridge University Press, 1998, págs. 21-42.
- Trotter, W.** "Instincts of the Herd in Peace and War", London: Ernest Benn Limited (1915) 1947.
- Tyrrell, M.** "Nation-States and States of Mind: Nationalism as Psychology", Critical Review, vol. 10, nº 2, 1996, págs. 233-250.
- Unamuno, M.** "Espíritu de la raza vasca" (1887), en "Obras Completas", vol. IV, Madrid: Escelicer, 1966, págs. 153-174.
- Unamuno, M.** "La enseñanza del latín en España" (1894), en "O. C.", vol. I, págs. 875-889.
- Unamuno, M.** "En torno al casticismo", Madrid: Ed. Biblioteca Nueva (1895) 1998.
- Unamuno, M.** "Sobre el cultivo de la demótica" (1896), en "O. C.", vol. IX, págs. 47-59.
- Unamuno, M.** "Más sociabilidad" (1898), en "O. C.", vol. XI, págs. 60-67.
- Unamuno, M.** "De la enseñanza superior en España" (1899), en "O. C.", vol. I, págs. 735-772.
- Unamuno, M.** "El siglo en España. La lingüística" (1901), en "O. C.", vol. IV, págs. 345-349.
- Unamuno, M.** "Salvar el alma de la Historia" (1915), en "O. C.", vol. VII, págs. 998-1003.
- Unamuno, M.** "Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1934 a 1935, en la Universidad de Salamanca" (1934), en "O. C.", vol. IX, págs. 444-451.
- Valéry, P.** "Regards sur le monde actuel", Paris: Librairie Stock, 1931.
- Varela, J.** "La novela de España. Los intelectuales y el problema español", Madrid: Taurus, 1999.
- Vaughan, W. F.** "Social Psychology", New York: Odyssey Press, 1948.
- Vaussard, M.** "Enquête sur le nationalisme", Paris: Éditions Spes, 1924.
- Veblen, T.** "An Inquiry into the Nature of Peace and the Terms of Its Perpetuation", New York : Sentry Press (1917) 1964.

- Verdery, K.** “Whither ‘Nation’ and Nationalism?”, en G. Balakrishnan (ed.), “Mapping the Nation”, London: Verso, 1996, págs. 226-234.
- Volkan, V. D.** “The Need to Have Enemies and Allies: From Clinical Practice to International Relationships”, Northvale, NJ: Aronson, 1988.
- Voltaire**, “Diccionario filosófico”, Madrid: Temas de Hoy (1764) 1995, págs. 471-473.
- Wallas, G.** “Human Nature in Politics”, London: Constable & Co. (1908) 1916.
- Wallis, W. D.** “The Prejudices of Men”, The American Journal of Sociology, vol. 34, nº 5, Mar. 1929, págs. 804-821.
- Weeks, A. D.** “The Mind of the Citizen”, The American Journal of Sociology, vol. 21, nov. 1915, págs. 634-655.
- Wells, H. G.** “The Common Sense of World Peace”, London: Hogarth Press, 1929.
- Wetherell, M. y J. Potter**, “Mapping the Language of Racism: Discourse and the Legitimation of Exploitation”, London: Harvester/Wheatsheaf, 1992.
- Whitehouse, J. H.** “Some Suggestions for the Promotion of International Education”, en J. H. Whitehouse y G. P. Gooch, “Wider Aspects of Education”, Cambridge: Cambridge University Press, 1924, págs. 65-79.
- Winock, M.** “Les nationalismes français”, Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1994.
- Wirth, L.** “Types of Nationalism”, The American Journal of Sociology, vol. 41, nº 6, May 1936, págs. 723-737.
- Wohl, R.** “The Generation of 1914”, London: Weidenfeld & Nicolson, 1980.
- Wright, Q.** “A Study of War”, vol. II, Chicago: The University of Chicago Press, 1941.
- Wundt, W.** “Ética. Una investigación de los hechos y leyes de la vida moral”, Madrid: Daniel Jorro (1886) 1917.
- Wundt, W.** “Sistemas de filosofía científica”, Madrid: Daniel Jorro (1889) 1913.
- Wundt, W.** “Compendio de psicología”, Madrid: La España Moderna, (1896) s. a.
- Wundt, W.**, “Elementos de psicología de los pueblos”, Barcelona: Editorial Alta Fulla (1912) 1990.
- Wundt, W.**, “Evolución de las filosofías de los pueblos”, Madrid: Nueva Biblioteca Filosófica (1915) 1929.
- Young, K.** “Social Psychology”, New York: Appleton-Century (1930) 1944.

- Young, K.** “Psicología social de la revolución y de la guerra”, Buenos Aires: Ed. Paidós (1944) 1969.
- Zangwill, I.** “The Principle of Nationalities”, London: Watts & Co., 1917.
- Zimmern, A. E.** “Nationality and Government, With Other War-Time Essays”, London: Chatto & Windus, 1918.
- Znaniecki, F.** “Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones”, México D. F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1944.
- Znaniecki, F.** “Modern Nationalities. A Sociological Study”, Urbana: University of Illinois Press, 1952.
- Zweig, S.** “El mundo de ayer. Memorias de un europeo”, Barcelona: El Acantilado (1944) 2001.